

# MADRID EN LA PROSA DE VIAJE II

Estudio y selección  
de José Luis Checa

MADRID EN LA LITERATURA









REPUBLICA DE ESPAÑA  
MINISTERIO DE EDUCACIÓN  
CULTURA Y DEPORTE



CONSEJO DE EDUCACIÓN DE  
**Madrid**

INSTITUTO VASCO DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS  
CONSEJO REGULADOR DE LA INVESTIGACIÓN CIENTÍFICA





Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN  
Comunidad de Madrid

Esta versión digital de la obra impresa forma parte de la Biblioteca Virtual de la Consejería de Educación de la Comunidad de Madrid y las condiciones de su distribución y difusión de encuentran amparadas por el marco legal de la misma.

[www.madrid.org/edupubli](http://www.madrid.org/edupubli)

[edupubli@madrid.org](mailto:edupubli@madrid.org)



Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN  
Comunidad de Madrid

MADRID  
EN LA  
PROSA DE VIAJE  
II



Comunidad de  
**Madrid**

Consejería de Educación  
SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA  
Servicio de Publicaciones  
C/ Alcalá, n.º 30-32  
28014 MADRID

Ref.: 0510







# MADRID EN LA PROSA DE VIAJE II

(siglo XVIII)

Estudio y selección de  
José Luis Checa Cremades



Comunidad de  
**Madrid**



Consejería de Educación  
SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA  
Servicio de Publicaciones  
C/ Alcalá, n.º 30-32

28014 MADRID

**MADRID EN LA LITERATURA**



Comunidad de  
**Madrid**

Reg. : 0510



Biblioteca Virtual  
CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN  
Comunidad de Madrid

Cubierta: *Pareja de majos madrileños*. Tiépolo. Palacio Real de Madrid

Dirección editorial: Agustín Izquierdo

Diseño de cubierta: M<sup>a</sup> González-Conejero Hilla

Gestión administrativa: Sección de Publicaciones de la Consejería de  
Educación y Cultura

Fotocomposición: Diseño Gráfico Gallego y Asociados, S.L.

© Comunidad de Madrid  
Consejería de Educación y Cultura  
Secretaría General Técnica, 1993

© Del estudio y la selección, José Luis Checa Cremades

Depósito Legal: M. 27.669-1993

I.S.B.N.: 84-451-0694-5

Imprenta de la Comunidad de Madrid

Impreso en papel reciclado y ecológico



# Presentación

*La Comunidad de Madrid, a través de la colección «Madrid en la literatura», pretende ofrecer a los ciudadanos la imagen especular, tanto de su ciudad como del resto de la región, que a lo largo de la historia han dejado en sus obras literarias generaciones de escritores. La refundación de la ciudad, que tuvo lugar cuando ésta dio cabida a la Corte de los reyes españoles, vino acompañada de numerosos escritos, pertenecientes a todos los géneros literarios, cuyo objeto era la Villa y Corte, produciéndose así la invención literaria de Madrid, lo que le permitió ocupar un lugar preeminente dentro del universo de las ciudades literarias.*

*Poetas, novelistas, dramaturgos, no han dejado desde entonces de construir en la ficción una ciudad en constante devenir, una ciudad que continúa inventándose en la actualidad, tanto en la experiencia como en la imaginación. La reunión de esta serie de textos, agrupados por su pertenencia a los distintos géneros literarios, hace posible que nazca en el lector una visión rica y variada, llena de registros, de la villa y sus alrededores, de lo que hoy definimos como Comunidad de Madrid, cuyos múltiples aspectos permanecerían de otro modo ocultos e insospechados.*

*Estoy seguro de que la riqueza y calidad de estos textos acrecentará en el lector su atracción por este Madrid diverso y polifacético y, a través de él, su amor por la mejor literatura de todos los tiempos.*

JAIME LISSAVETZKY DÍEZ  
Consejero de Educación y Cultura





# Introducción

## I. Transformaciones de la topografía urbana en el Madrid ilustrado

*La nueva dinastía Borbón, en Madrid desde 1701, emprende reformas urbanas sobre el tejido ciudadano trazado por los Habsburgo durante los dos siglos anteriores que, en pocas décadas, alterarían la estructura física, administrativa y social de la ciudad.*

*El urbanismo cortesano definido desde 1561 por las nuevas funciones de Madrid como sede de la corte y capital de la Monarquía y la consecuente asunción del rango de centro administrativo y político<sup>1</sup> condiciona la adopción de ideas y propuestas de reforma. Para la metodología enciclopedista, el estudio y constatación del hecho urbano precedente condiciona la intervención consecuente, si bien a ésta tampoco son ajenas las ideas diseñadas especulativamente en el plano por urbanistas y arquitectos. En Madrid aquel hecho urbano es una realidad bastante compleja determinada básicamente por el origen árabe de la trama —calles tortuosas— y las sucesivas intervenciones de los Austrias después de la capitalidad. De todo ello resultó una ordenación urbana cuyos rasgos básicos fueron pormenorizados por la historiografía local<sup>2</sup> y los viajeros<sup>3</sup>: calles mal empedradas, sin empedrar y escasamente iluminadas, apariencia discordante, falta de alineaciones y proporción en la altura de las casas, proliferación de casas de malicia, desniveles en las calles, inexistencia de los edificios representativos propios de la capital de un Imperio<sup>4</sup>, desproporción entre el incremento de la población y el ritmo de construcción de nuevas viviendas y, finalmente, carencia de un sistema de limpieza que mejore las condiciones de salubridad en el interior de la villa.*

*En un primer supuesto, la definición negativa del medio ciudadano sirvió para circunscribir restrictivamente el alcance de las intervenciones ilustradas. En un segundo caso, dificultó una política urbana realmente transformadora o un programa concebido con voluntad de cambio. Así, de la constatación primero del desarrollo incontrolado del Madrid barroco<sup>5</sup>, siempre acuciado por las necesidades creadas por el incesante crecimiento demográfico, y segundo del confinamiento de la villa a un centro de población de vitalidad y movimiento estables<sup>6</sup>, se sigue la dificultad de alterar la trama ciudadana, en todo caso la imposibilidad de llevar a término la drástica reforma —sobre todo interior— que exigía la triplicación de la población a lo largo del siglo XVIII<sup>7</sup>. En un tercer supuesto, alentó medidas positivas para paliar las mencionadas deficiencias urbanas.*

*Estos factores generales, a los que se añadieron las especiales circunstancias del entorno de la villa —Reales Sitios—, determinaron que el reformismo municipal borbón actuara con diferente intensidad según los caracteres urbanos definidos en cada zona de Madrid; dicho de otro modo: las intervenciones estatales y privadas revistieron diferente intensidad según se produjesen intramuros, en las zonas periféricas, en los arrabales o en los alrededores de la villa. Veremos ejemplos de los cuatro tipos de actuaciones:*

*1) Las intervenciones dentro del casco urbano, que respondieron siempre a necesidades concretas, fueron muy sectoriales<sup>8</sup> y apenas alteraron la trama ciudadana. El cerramiento oficial de la superficie de la villa por la cerca levantada por Felipe IV en 1625 abortó las tímidas y mínimas tentativas de reforma interior. Éstas se concretaron en el ensanche, alineación y apertura de calles y plazas, en la subdivisión de solares o en el cerramiento de callejones y pasadizos. Fueron también escasamente relevantes ordenaciones de territorios que hasta entonces sólo eran eriales, como el Paseo de los Ocho Hilos —hoy prolongación de la calle de Toledo— concebido como eje principal de la unión de la plaza circular de la Puerta de Toledo (1719-1724) y de otra semicircular a la entrada del puente o la creación de nuevos paseos en forma romboidal, en cuyos vértices se abrieron dos plazas circulares, lo que hoy son los paseos de Pontones, Imperial, los Olmos y de las Acacias. La reconstrucción de la Plaza Mayor por Villanueva tras el incendio de 1790 fue también una intervención excepcional.*

*Pero la imposibilidad de reforma en el plano no impidió que el programa o uniformidad, uno de los tres conceptos básicos del urbanismo clásico, fuese puesto parcialmente en práctica mediante la articulación de un sistema de mejoras cuya mejor realización fue sin duda un conjunto de edificios oficiales y establecimientos administrativos de utilidad pública que dotaron a Madrid de los servicios públicos inherentes a su condición de*

capital del Reino. Pero estos nuevos edificios fueron integrados en la trama urbana a pie forzado, sin solucionar los problemas de trazado y, en última instancia, malograron un espacio que hubiera sido precioso para la definición de nuevas viviendas<sup>9</sup>. Sea como fuere, las nuevas arquitecturas alteraron la fisonomía del casco urbano:

Felipe V (1701-1746), auxiliado por el corregimiento del Marqués de Vadillo (1715-1728) y el arquitecto Pedro de Ribera, construye edificios tan representativos como la Biblioteca Real (1712), la Real Academia de la Lengua (1713), el Monte de Piedad, el Cuartel de los Guardias de Corps (1720) y el Hospicio de san Fernando (1722). El Palacio Real (1734), según planos de Juarra y Sacchetti que incorporan tipologías arquitectónicas europeas, es sin duda la iniciativa más prestigiosa del reinado.

Fernando VI (1746-1759) edifica el Hospital General (Francisco Sabatini, 1756), las Escuelas Pías y termina la Academia de Nobles Artes de san Fernando (Palacio Goyeneche) que había iniciado Churriguera en 1724.

Carlos III (1759-1788), con la ayuda de los Condes de Aranda y Floridablanca y la ciencia y buen gusto de los arquitectos Ventura Rodríguez, Juarra, Sacchetti, Juan de Villanueva, Robert de Cotte y Sabatini, diseña reformas urbanas parciales<sup>10</sup> conforme a un plan de monumentalidad y teatralidad organizado en torno al Palacio Nuevo cuyo objetivo es modelar la Corte bajo un estilo europeo, convirtiendo a la Villa en la capital del Estado centralista como expresión de un nuevo estilo de gobierno. Entre los edificios públicos del reinado destaca la Casa de Correos (Jaime Marquet, 1766-1768), la Real Aduana (Francisco Sabatini, 1769), la Puerta de Alcalá (Francisco Sabatini, 1769-1778), la Imprenta Real (1780), el Hospital General de san Carlos (José de Hermosilla y Francisco Sabatini), el cuartel de san Gil (Manuel Martín, 1782), las Reales Caballerizas (Francisco Sabatini) y el Banco Nacional de san Carlos (1782)<sup>11</sup>.

La misma dificultad para intervenir dentro de la trama explica que la actuación urbana más transformadora del reinado se sitúe en los límites de la ciudad, en un terreno amplio y despejado propiedad del rey: el Salón del Prado (1775-1782) supuso la creación de un gran eje viario desde Atocha a Recoletos, cruzado por otro perpendicular desde la Puerta del Sol a la de Alcalá, con la estatua de Cibeles en la intersección, con una combinación armónica de edificios, fuentes, estatuas y jardines. José de Hermosilla urbanizó la vaguada del arroyo de la Castellana, desde la Puerta de Recoletos hasta la de Atocha. Redujo para ello a unidad un gran espacio longitudinal alargado en forma de circo —un paralelogramo rectángulo— que acotó mediante la alineación de plantíos, disposición, según Chueca, inspirada en la forma de la romana Piazza Navona<sup>12</sup>. El

conjunto tenía tres puntos de referencia escultóricos en sus extremos: las fuentes de Cibeles y Neptuno y la fuente de Apolo en el centro. Su prolongación natural era el Retiro, todavía intacto antes de las destrucciones de la Guerra de la Independencia, un Retiro que todavía es residencia de los reyes, pero que se abrió al público después de la terminación del Palacio de Real. El Salón del Prado era un espacio público que relacionaba un programa de edificios, todos ellos de nueva planta, construidos por Juan de Villanueva con fines científicos —Museo de Historia Natural (1785-1808), Jardín Botánico (1781) y Observatorio Astronómico (1790)<sup>13</sup>—. El conjunto ejemplifica la idea ilustrada de que la utilidad ciudadana es inseparable del desarrollo de las ciencias y la técnica.

Carlos IV (1788-1808), secundado por los arquitectos Juan de Villanueva, Juan Pedro Arnal, Isidoro González Velázquez y Silvestre Pérez, termina monumentos públicos como la casa de los Cinco Gremios Mayores (Joseph de la Ballina, 1788), las Escuelas Pías de san Antón (Francisco Rivas, 1795), Real Casa del Vidrio (1798), Cuartel de san Gil y Depósito Hidrográfico, los tres últimos diseñados por Manuel Martín. También concluye el Hospicio de san Fernando iniciado por Pedro de Ribera; construye diversos establecimientos científicos, tales como el Depósito Hidrográfico, la Junta de Fomento y Balanza, la Escuela de Ingenieros o la Institución Pestaloziana.

\* \* \*

La implantación de nuevas edificaciones públicas incidió singularmente sobre las intervenciones privadas, cuya mejor floración fue la arquitectura palaciega. La construcción del caserío madrileño se vio afectada negativamente por los problemas urbanísticos generales de la ciudad, especialmente por las consecuencias de la Regalía de Aposento y la subsiguiente proliferación de Casas de malicia. A este problema se superpuso la escasez y alto coste de los materiales de construcción, sobre todo de las piedras (que debían ser traídas desde las montañas cercanas al Escorial) y de la cal, lo que motivó la mala calidad de las construcciones. De hecho, construir edificios de nueva planta se convirtió en un privilegio de la Corona, de la aristocracia y de las clases adineradas, a la sazón muy reforzadas institucionalmente por la coyuntura económica relativamente favorable de mediados de siglo. No es de extrañar por ello que, paralelamente a las iniciativas urbanas estatales, se desarrolle en Madrid una nueva arquitectura cortesana.

Aquí conviven dos estilos:

Las mansiones nobiliarias construidas por Pedro de Ribera bajo Felipe V —Palacios de Miraflores (1732), Perales (1730-1733), Ugeña y Torrecilla



(1730-1734), de los duques de Santoña (1730)— mantienen la tipología barroca creada a finales del reinado de Carlos II de empaque decorativo, ostentosas fachadas e imaginativas molduras de piedra enmarcando los huecos de puertas y ventanas. La desaparecida casa del conde de Oñate (1692) marcó la pauta de muchos de los palacios proyectados después por Pedro de Ribera, quien sistematizó las aportaciones de Churriguera y Ardemans. Las casas señoriales, integradas en el contexto urbano, con muros medianeros y una elemental fachada, se construyen a menudo en los barrios antiguos cercanos al Palacio Nuevo, donde la topografía accidentada de la zona y las limitaciones del urbanismo musulmán heredado condicionaron la adopción de propuestas conservadoras.

En la segunda mitad del siglo, se impone un diseño académico de palacios suntuosos, con hermosos jardines, que responde a modelos estéticos neoclásicos y racionales importados de Italia y Francia según los planteamientos formales de la Academia, cuya normativa alienta una progresiva depuración y evolución de los elementos barrocos —Ardemans, Ribera, Churriguera— hacia la severidad clásica de materiales sencillos, poco ostentosos y obedientes a un riguroso plan geométrico (Francisco Moradillo, Ventura Rodríguez, Francisco Sabatini, Juan de Villanueva). Así, el Palacio de Liria, diseñado por Guilbert y Ventura Rodríguez entre 1762 y 1780, introduce en España un modelo de palacio-jardín inspirado en el Palacio Real; el Palacio del Conde de Superunda (Antonio Pló y Agustín López, 1768), el palacio de Altamira (1772), la Casa Palacio de don Antonio Barradas (Silvestre Pérez, 1799) adoptan paradigmas neoclásicos mientras que el antiguo Palacio Goyeneche (1773) o el del Conde de Tepa (Jorge Durán, 1792) superponen a un denostado sustrato churrigueresco la nueva estética clasicista preconizada por la Academia. En este periodo, que coincide con el final reinado de Carlos III y los primeros años del de Carlos IV, la arquitectura cortesana se extiende a las zonas nuevas del Prado y san Jerónimo, después al área del Retiro y, finalmente, a zonas despejadas, definitivamente separadas del área de influencia real —Palacio Buena de Vista (Juan Pedro Arnal, 1777), casa de los Gremios, del Nuevo Rezado, el palacio de la Alameda de Osuna y, ya a comienzos del siglo XIX, el Palacio del Duque de Villahermosa (Antonio López Aguado)—, donde los espacios exentos facilitan el desarrollo del arte de la jardinería.

Así pues, la evolución estilística de la vivienda nobiliaria madrileña del siglo XVIII desde tipologías de casa principal señorial a otras de palacio o casa-palacio corre paralela a un desplazamiento de las construcciones desde el centro a la periferia<sup>14</sup>.

La secularización de la sociedad y una reacción contra la construcción incontrolada de establecimientos religiosos durante la segunda mitad del

siglo XVII explican la disminución en el ritmo de crecimiento de la arquitectura religiosa en la trama<sup>15</sup>. Así y todo, bajo Felipe V Pedro de Ribera diseña la ermita de la Virgen del Puerto (1718), la de Nuestra Señora de Montserrat (1720) y la de san Cayetano (1722); Giacomo Bonavía, entre 1739 y 1746, la iglesia de san Miguel; Francisco Carlier y Francisco Moradillo, bajo Fernando VI, el suntuoso templo y convento de la Salesas Reales (1750-1758), donde, años más tarde, Sabatini construyó los sepulcros de Fernando VI y Bárbara de Braganza; Ventura Rodríguez la iglesia de san Marcos (1749-1753), última obra del barroco madrileño y que fue decorada por Roberto Michel y Luis González según el modelo de san Andrea al Quirinale de Bernini; bajo Carlos III se construyen las iglesias de san Francisco el Grande (Francisco Cabezas, 1761) y el Oratorio del Caballero de Gracia (Juan de Villanueva, 1786-1793), según la corriente neopalladiana del neoclasicismo y que fue decorada por Zacarías González Velázquez. En otros casos, se emprenden obras de reforma en el Monasterio de la Encarnación, Catedral de san Isidro y Convento de las Maravillas. Finalmente, en 1798, Francisco Fontana reedifica la ermita de san Antonio de la Florida, cuya cúpula interior fue decorada con frescos de Goya.

\* \* \*

2) El segundo estrato de actuación ciudadana del equipo ilustrado en Madrid consistió en un conjunto de intervenciones en la periferia. La lógica de los posibles abrió aquí un amplio margen de actuación a una política urbana realmente transformadora y, de hecho, las actuaciones fueron numerosas e importantes. Esta reforma exterior de la ciudad se apoyó, mucho más que las transformaciones en la trama, en un conjunto de premisas culturales que garantizaron la eficacia en la aplicación de las decisiones urbanas de reforma. Por ello antes de estudiar aquella, y también como explicación teórica de las mencionadas actuaciones de reforma interior, conviene detenerse en estas premisas:

a) Adecuada definición del territorio ciudadano, de su economía y recursos apoyada en el desarrollo de técnicas científicas. La Corona impulsa, así, la cartografía entendida renovadoramente como instrumento para el control de la ciudad y por ello insustituible en los proyectos y reformas del plano. En la segunda mitad del siglo XVIII, tras la repetición del Plano de Teixeira de 1656, se impulsa una labor planimétrica sistemática: bajo Fernando VI, la Junta de Aposento alienta un plano parcelario de las casas de Madrid —Planimetría General de Madrid de 1764—, base para la ejecución de planos generales como el Plano de Espinosa de los Monteros de 1769, los de los barrios de Madrid de 1769, 1771 y 1775 y, sobre todo,

el Plano geométrico de Madrid de Tomás López (1785)<sup>16</sup>, aplicable directamente, como el de Chalmandrier de 1761, a los proyectos de obras públicas<sup>17</sup>.

También se desarrolla la estadística al servicio de proyectos urbanos: Floridablanca anima en 1785 la creación de un Censo de población que proporciona datos fidedignos sobre el número de calles y plazas (506), manzanas (558), casas (7.398), eriales (81), vecinos (32.754) y habitantes (130.980).

b) Estudios culturales y económicos sistemáticos sobre las condiciones y posibilidades de desarrollo sectorial de la ciudad y sus arrabales: mientras que Jovellanos propone soluciones teóricas orientadas a la creación de nuevos barrios extramuros la ciudad concebidos ya con la idea de «ensanche», el Marqués de Uztariz y Andrés Martín redactan informes para la traída de aguas a Madrid y su canalización en el Manzanares.

c) Creación de instrumentos jurídicos acordes a las necesidades: el corpus legal sobre salubridad, higiene y alumbrado urbano es enorme. Las Ordenanzas de Ardemans (1719) para la mejora urbana contemplan supuestos como la limpieza de albañales y sumideros, la prohibición de vecindad de las casas con hospitales o muladares, la prohibición de colocar poyos o gradas delante de las casas, la de modificar el nivel del empedrado y de que los vecinos tengan vaciadero que dé a la vía pública.

En 1735, se promulga un Proyecto para la retirada de basuras. Bajo Carlos III, ve la luz la célebre Instrucción de Sabatini para la limpieza, saneamiento y empedrado, que previene todo lo relativo a la pavimentación, evacuación de aguas y recogida de basuras<sup>18</sup>.

Recibieron un fuerte impulso las medidas de policía municipal, y así, en 1750, se ordenaron grupos de casas circundadas por calles que formaban un bloque que empieza a llamarse manzana y esas casas, dentro de la manzana, son numeradas consecutivamente.

En 1761, el Concejo establece unas Reglas para dirigir y construir cloacas, conductos y vertederos de aguas mayores y menores. En 1765, el Marqués de Grimaldi provee una normativa para numerar las casas; el conde de Maceda dicta un bando para la instalación de faroles e iluminación de las casas. También se promulgan normas de policía de circulación urbana para regular el tránsito de carruajes por las calles o para establecer vigilantes nocturnos.

En el terreno programático, dos Reales Ordenes de 1765 y 1777 conceden a la Academia de Bellas Artes de san Fernando la facultad de controlar la arquitectura privada y las obras públicas; de hecho, la Academia define normativamente un modelo urbano y constructivo que sirve para establecer una arquitectura contraria a los excesos ornamentales del barroco local o «churriguerismo», culpable según los neoclásicos de la deca-

dencia de la arquitectura madrileña. De este modo, Diego de Villanueva, Ventura Rodríguez, Valzania, Ponz y Jovellanos —siguiendo teorías de Algarotti, Lodoli, Memmo y Milizia— institucionalizan en Madrid una arquitectura racionalista y universal deudora de modelos europeos, sobre todo de los que vienen de la Academia de Roma.

En la mayoría de los casos la normativa emana de la administración municipal regida desde Felipe V por una Instrucción para regidores (1713), que confirma la constitución del Ayuntamiento de Madrid como un organismo fuerte independiente de la Corona con arquitectos propios, dirigido por la figura del Corregidor y administrado por alcaldes de barrio, diputados del común y personeros.

\* \* \*

El «urbanismo de periferia», apuntalado por normas, estudios e informes técnicos de las Sociedades Económicas de Amigos del País, impulsa un plan orgánico de reformas parciales que quiso dotar a Madrid de una nueva «fachada».

Veamos las medidas concretas: a la reparación de la antigua cerca siguió su circunvalación por paseos enlazados por puertas monumentales. La construcción de estas entradas —Puerta de Toledo, Atocha, Recoletos y san Vicente— está vinculada a la mejora paralela de los caminos de comunicación entre Madrid y los Reales Sitios —Aranjuez, El Pardo, La Granja y El Escorial—, a la construcción del camino de Vallecas que conducía a la iglesia de Nuestra Señora de Atocha, al comienzo por Fernando VI de la construcción de la carretera de Madrid a la Coruña, que mejoró las comunicaciones entre ambas Castillas, a la mejora de los diseños de los caminos a Valencia, Leganés y Carabanchel. Se crean también infraestructuras hidráulicas —acequia del Jarama— o de una incipiente tecnología —línea telegráfica óptica entre Madrid y Aranjuez—. La reconstrucción del Puente de Toledo (Pedro de Ribera, 1719-1724) mejoró la salida hacia Andalucía.

Las intervenciones viarias en la periferia aunaron utilidad y belleza: no sólo se buscó mejorar los accesos a la capital para facilitar la llegada de abastecimientos o el fácil desplazamiento de los reyes a sus residencias campestres, sino que también se trató de embellecerla exteriormente. De hecho, los viajeros que llegaban a Madrid en el siglo XVIII quedaban gratamente sorprendidos por la belleza de los caminos, encontrando en su inicio agradable y placentera la empresa del viaje a Madrid. Autores como Bourgoing y Dalrymple señalan esta fusión entre la utilidad estética y el paisaje ciudadano<sup>19</sup> y ponderan en sus relaciones de viaje la belleza de los caminos, ahora convertidos en agradables paseos gracias a los trabajos

*emprendidos por Felipe V y embellecidos con árboles y fuentes por Carlos III.*

*El «urbanismo de periferia» alumbra, en definitiva, en el Madrid ilustrado el primer cinturón de ronda que, como muestra el plano de Espinosa de los Monteros (1769), dotó a la villa de una bella fachada verde. Años más tarde, a la muerte de Carlos III (1786), quedaron definidos los contornos de la ciudad: el recorrido comienza en la antigua Puerta de la Vega, que coincide con el lugar donde hoy se halla la Cuesta de la Vega. Sigue, hacia el sur, la Puerta de Segovia enfrente del puente de Segovia y de cara a esta ciudad. Más allá del convento y de cara al oeste, estaba la salida de Gilimón. Pasando la Puerta de Toledo y hacia el este, el Portillo de Embajadores (1782). Al final de la calle del Avapiés, cerca del Hospital General, se construye en 1778 el Portillo de Valencia. Después del Hospital General, y aproximadamente en el lugar que hoy ocupa la glorieta, se erigió la Puerta de Atocha. Continúa el recorrido el Paseo de las Delicias que, construido entre 1746 y 1759, baja hasta el río Manzanares. En la puerta de Atocha estaba el popular Paseo del Prado. Cerca del convento de Atocha había una puerta grande llamada Puerta de la Campanilla. Tras pasar los extensos jardines del Retiro, se llegaba a la Puerta de Alcalá, construida en 1778 en el emplazamiento de la antigua. Tras del convento de Recoletos, estaba la Puerta de Recoletos (1756). Seguía la Puerta de Santa Bárbara, arranque de la calle de Hortaleza. Al final de la calle Fuencarral, la Puerta de los Pozos (1767), donde hoy está la Glorieta de Bilbao. La siguiente salida era la Puerta de Santo Domingo o Puerta de Fuencarral. Hacia el este seguía la Puerta del Conde Duque (1770); cerca estaba el Palacio de Liria —o de los Duques de Liria, Berwick y Alba—, el mejor edificio privado de Madrid. Seguía la Puerta de san Bernardino o de san Joaquín, cerca de los dos conventos que llevan estos nombres. Pegados a los muros del jardín del Palacio Real, estaba la Puerta de san Vicente, última en el circuito de Madrid (destruida en 1770). En 1775, se construye una nueva puerta hacia el este, desde cuya plaza se abre, en 1786, una nueva vía hacia el Pardo. Al sur de esta plaza se hallaba el paseo conocido como la Florida (1770) que, bordeando el Manzanares, se extendía desde el Puente de Segovia hasta la ermita de san Antonio. Destacaba también el Paseo de la Virgen del Puerto, diseñado por Pedro de Ribera y alentado por el Marqués de Vadillo, adornado con árboles y fuentes y que, manteniendo todavía ideas del urbanismo barroco, se articuló en función de un edificio religioso. A continuación del Paseo de la Florida, se abrió otro que llegaba hasta la Puerta de Toledo, y desde ésta un tercero que la unía con la de Atocha, al que seguía un cuarto que vinculaba la Puerta de Atocha con la de Recoletos.*

*3) Un tercer grado de actuaciones urbanas se situó en los arrabales, casi siempre en los barrios extremos que lindaban con la cerca, donde la*

abundancia de espacios exentos facilitó ambiciosas intervenciones arquitectónicas. La construcción en ese área de las Reales Fábricas introdujo en el plano una incipiente sectorización funcional según las pautas de Blondel<sup>20</sup> y Milizia<sup>21</sup> que abogaban por la separación nítida entre centro y periferia, zona residencial y comercial y zona industrial. Al norte se construye la Real Fábrica de Tapices de Santa Bárbara así como talleres para la fabricación de alfombras, lana y sombreros; al sudoeste, la Real Fábrica de Coches de las Vistillas de san Francisco así como establecimientos dedicados a la producción de gasas, seda y papel; al sudeste, las industrias ligadas a la producción monopolística del Estado (Imprenta del Papel sellado, Reales Fábricas de Salitre, Aguardientes y Naipes, Real Fábrica de Platería de Martínez).

4) Un cuarto grado de intervenciones tuvo lugar en los alrededores de Madrid. En arquitectura industrial destaca la construcción del complejo del Real Sitio de san Fernando, formado por una Real Fábrica y una población para albergar a sus trabajadores. El complejo fabril llamado Nuevo Baztán (1709-1722) —palacio, iglesia, casa de operarios y gran plaza— destinado a la fabricación de objetos de vidrio fino, fue también un sugerente proyecto urbanístico que, impulsado por Juan de Goyeneche y ejecutado por José Benito Churriguera, se situó a cincuenta kilómetros de Madrid.

Las actuaciones más importantes tuvieron lugar, sin embargo, en las residencias periféricas de los Reyes llamadas Reales Sitios. En Aranjuez, por ejemplo, la presencia del Rey y su séquito, con el subsiguiente desarrollo de una intensa vida cortesana, explica la creación de una verdadera residencia estatal o residencia de príncipes (Residenzstadt): bajo Felipe V, Pedro Caro Idrogo (1715) y más tarde Santiago Bonavía (1745) reforman el Palacio y las estancias reales. Carlos III completó el patio principal con dos nuevas alas, en una de las cuales Francisco Sabatini construyó una capilla. Fernando VI inicia, junto al palacio, las obras de construcción de una villa residencial y cortesana típicamente ilustrada con avenidas radiales, calles trazadas en cordel, edificaciones uniformes y abundantes plazas; Carlos III la ensancha considerablemente y construye establecimientos públicos como el Hospital de san Carlos Borromeo e iglesias como el convento de san Pascual Bailón.

En el Escorial, bajo Carlos III, Juan de Villanueva termina el palacio borbón y completa el entorno monástico concluyendo las casas de oficios y cerrando atrios y lonjas. El mismo Villanueva construye en el Escorial los palacetes de la Casita de Abajo o Casita del Príncipe y la Casita de Arriba o Casita del Infante.

En el Pardo, Francisco Sabatini, y más tarde Juan de Villanueva, llevan a cabo una ampliación del Palacio de los Austrias.

## XVIII



*En el Palacio de la Moncloa, que Gaspar de Haro construyó en los últimos años del reinado de Felipe IV, Ana de Silva termina en 1784 una remodelación según el gusto neoclásico.*

## II. El viaje ilustrado

*Aunque los grandes descubrimientos del siglo XVI introdujeron entre los europeos el gusto por los viajes, sólo dos siglos más tarde este sentimiento penetra de pleno en la conciencia social de los pueblos. La generalización en el siglo XVIII del viaje como empresa reformista e ilustrada determina que la literatura que lo describe, definitivamente consolidada como género literario autónomo inseparable del concepto mismo de desplazamiento geográfico, ilustre ejemplarmente algunas de las nociones fundamentales de la época.*

*Tal ocurre, por ejemplo, con el concepto de empirismo racionalista, cuya traslación al texto escrito viajero altera sustancialmente las relaciones entre escritura y realidad. Cuando Sparman, siguiendo a Addison, sostiene que «todo auténtico libro de viaje debe ser un tratado de filosofía experimental» está afirmando lo deseable de una relación simpática absoluta entre literatura y realidad. Empirismo literario que deberá ser entendido como mimesis, reflejo la vida real<sup>22</sup>, según las leyes de la verosimilitud textual que describe fielmente al hombre y al mundo cultural y natural de su entorno.*

*Pero el siglo XVIII reserva la indagación sobre el hombre a la filosofía mientras que el estudio del medio natural y cultural compete a la literatura y muy especialmente a la literatura de viaje: el viajero cosmopolita de la ilustración escruta la realidad que se presenta ante sus ojos y, dentro de ella, prefiere aquella que se muestra variopinta, dispar, diversa, el rasgo singular que distingue a un pueblo y a una cultura de otra. Paul Hazard ha señalado certeramente como uno de los rasgos de la crisis de la conciencia europea ilustrada esta búsqueda, ansia de novedad, contraste y crítica que opone a la seguridad clásica de lo permanente y estable, el deseo de erudición y de ciencia experimental. En este sentido, los libros de viaje son el instrumento idóneo para comparar las ideas, las costumbres, las filosofías, las religiones, un instrumento para alcanzar lo relativo<sup>23</sup>.*

*El concepto de utilidad proporciona la segunda conexión entre escritura viajera y pensamiento ilustrado: lo narrado, a más de ser reflejo de una realidad variopinta, ha de ser una verdad útil, pues los estudios inútiles se consideran frívolos<sup>24</sup>. Y los conocimientos más útiles serán los que provengan de descubrimientos culturales realizados en viajes de investigación científica, artística o histórica<sup>25</sup>.*

*Pero este modelo de viaje experimental y útil no es más que un concepto elaborado por los tratadistas que sirve para explicar las ideas matrices de los libros de viaje mientras que las realizaciones concretas matizan, enriquecen y a menudo contradicen el arquetipo.*

*Algunos ejemplos:*

*Por una parte, la aplicación de la teoría de lo útil dulce a la literatura viajera hace entrar en crisis el concepto mismo de lo verosímil-experimental desde el momento en que el propósito de entretener sin dejar de instruir propicia la introducción de formas de ficción y organización narrativa próximas a la novela que, siguiendo el modelo clásico de la Odisea, estimulan la imaginación del lector. Esta convivencia entre placer e instrucción, arte literario y sed de conocimientos, simbiosis entre ciencia y belles lettres, entre lo útil y lo dulce, entre lo que divierte y cautiva la fantasía de los lectores y aquello que le proporciona información moral y política sin el tedio y complejidad de los sistemas<sup>26</sup>, perjudica no pocas veces la verosimilitud de lo narrado.*

*Sufre también la mimesis literaria viajera un segundo embate a partir de la década de 1780 y 1790 merced al viaje pintoresco: el narrador describe la realidad mediante las reglas de la belleza pintoresca con la finalidad positiva de provocar en el lector una respuesta emocional a cuya consecución subordina la verosimilitud y realidad de lo narrado. Así, en la literatura viajera de tema español, los tópicos denigratorios sobre Madrid difundidos durante el siglo XVII por D' Alcide de Bonnacase, y sobre todo por las relaciones viajeras de Antonio de Brunel y Mme. d'Aulnoy, configuran buena parte de una imagen de España y de Madrid escasamente verosímil.*

*La tercera quiebra al principio proviene del llamado viaje sentimental y melancólico (Sterne, Rousseau) dominado por una pasión dominante y por la muestra continua de sentimientos estáticos, expresión de la refinada sensibilidad del viajero. Aquí la emoción del viajero deforma la realidad de las descripciones de lugares para, apoyándose en formas literarias propicias como el diario, la carta o las memorias, imponer al lector un modo de sentir egocéntrico alejado de las descripciones miméticas de la realidad.*

*Hechas estas salvedades, cabe preguntarse: ¿qué finalidad persigue la observación veraz de la realidad? Los fenómenos observados en el viaje no son finalidad en sí misma, sino punto de partida para la deducción de principios generales de acuerdo a una epistemología según la cual la realidad es lo dado y los principios lo buscado. La conclusión universal es, pues, el resultado de la observación del medio cultural y geográfico en lo que tiene de singular y de los pueblos en sus costumbres más pintorescas.*

*Los principios generales, así deducidos de los viajes, se convierten, en*



*una segunda etapa, en premisas y condiciones de acción política. El viaje ilustrado engarza así con los grandes proyectos reformistas del Estado y el libro de viaje se convierte en instrumento para comunicar al poder y a los administrados observaciones útiles que contribuyen a conformar una opinión pública, a crear una conciencia y dar a conocer el verdadero estado de los pueblos, base de una política de reformas.*

*Conviven con estas funciones socializadoras del viaje otras dos de naturaleza individual: antropológicamente, el viaje es un medio para enriquecer la personalidad de quien lo realiza mediante el ejercicio de la libertad individual, pues el viajero, en sus empresas cosmopolitas, despliega sus posibilidades de sentimiento, pensamiento y acción. Y desde esta dimensión existencial del viaje se camina con paso seguro hacia otra esfera personal más útil e integradora del viaje ilustrado: la finalidad pedagógica.*

*El viaje se inserta en la empresa docente ilustrada como medio para lograr una educación útil y una información provechosa, no meramente especulativa, difundir las luces de los conocimientos superando la ignorancia, el fanatismo y la miseria mediante la instrucción. Para Diderot, como para otros philosophes, el viaje por Europa es un factor primordial en la formación ilustrada.*

*La institución viajera por excelencia que plasma esta doble función individual del viaje ilustrado es el grand tour o periplo europeo. Formaba parte éste de la educación aristocrática del grand monde y era el estadio final en la formación de los jóvenes antes de iniciarse en los asuntos de la vida madura, pues se creía que la educación estética, moral y literaria debía ser completada al mismo tiempo por la experiencia del mundo; el conocimiento de los hombres, usos y costumbres de lugares extraños ilustraría sensiblemente las teorías y enseñanzas previamente recibidas completando una educación académica. El viaje ilustra empíricamente una educación filosófica.*

*A la vuelta del periplo, el joven ya debía estar preparado para desempeñar el cargo que la sociedad le había asignado. Presentaba por ello mismo el viaje ilustrado un carácter menos libresco que «mundano» en el sentido amplio del término, pues durante este viaje el joven se instruía en las cosas prácticas de la vida en los países europeos con los que todo hombre que se precie debía tener relaciones militares, diplomáticas y comerciales. También le servía como punto de partida para saber cómo conducirse en la sociedad culta tanto en casa como fuera de ella y así prepararse a desempeñar su papel en la sociedad. Al mismo tiempo, estaba también destinado a que el joven viajero aprendiese las lenguas europeas, viese nuevos lugares, admirase los monumentos y obras de arte de los países civilizados y se familiarizase con el gusto e ideas rectoras del pasado clásico y con los*

últimos refinamientos de la vida moderna. Tenía además la finalidad de «observar los usos, las costumbres y el genio de otras naciones, sus gustos dominantes, sus artes, sus ciencias, manufacturas y comercio» (Enciclopedia).

Así entendido, el grand tour se convierte en un instrumento de reproducción social y, desde un punto de vista individual, en un rito iniciático después del cual el neófito acepta las responsabilidades inherentes a la condición de un hijo de buena familia, buena clase y nación.

«Las ventajas del viaje —resume Sterne— pueden concretarse en que permite aprender las lenguas, las leyes y las costumbres y comprender el gobierno e intereses de otras naciones, adquirir la urbanidad y discreción en el comportamiento, y preparar la mente para la conversación y para el discurso sustrayéndonos a la compañía de nuestros familiares y borrando la huella de nuestros defectos infantiles mostrándonos objetos nuevos o antiguos, reformando nuestro juicio, que prueba la variedad de las naturalezas, deslindando lo bueno de lo malo, y observando las habilidades y artes del hombre para concebir lo que es sincero, viendo la diferencia entre tantos y tan variados humores y costumbres para, finalmente, comprender las cosas mejor dentro de sí mismo y así formarse<sup>27</sup>».

El viaje ilustrado es, en definitiva, una empresa cultural que educa a la persona que lo realiza mediante la observación de una realidad útil que el autor aspira a describir verosímilmente en sus relaciones. Como decía la Enciclopedia: «Hoy en día el viaje a los estados civilizados de Europa constituye para los ilustrados una de las partes más importantes de la educación en su juventud y una parte esencial de su experiencia en la edad madura. El viaje abre la mente, la eleva enriqueciéndola con conocimientos, y cura de forma racional contra los prejuicios nacionales».

\* \* \*

*Sentados los principios, veamos las realizaciones.*

En cuanto a la realidad del viaje, que como se ha visto sustenta la verosimilitud de lo narrado, cabe decir que para los franceses de la época de Luis XIV el grand tour solía coincidir con le voyage en Italie, y ello era así porque consideraban que sólo la antigua Roma podía competir con el prestigio francés, y porque el único modelo cívico digno de ser emulado, tanto en artes como en cultura, eran algunas ciudades-estado italianas como Venecia o Florencia, pero sobre todo la nueva Roma construida por los papas después de su vuelta del exilio de Avignon a finales del siglo XV y comienzos del siglo XVI. La Roma renacentista y barroca proporcionaba, en efecto, a monarcas como Enrique IV la visión de una arquitectura del absolutismo y una gran capital.



*Para los ingleses consistía en una salida al continente, desde finales del siglo XVII a Holanda —quizá a causa de las relaciones entre las casas reales de ambos países y en parte también por el común pasado protestante—, Suecia, la Prusia de Federico el Grande, la Rusia de Catalina la Grande o Francia. Curiosamente, para la mentalidad anglosajona Italia quedaba relegada a un segundo plano.*

*Esta creciente apertura de los viajeros hacia la Europa septentrional es un fenómeno del nuevo pensamiento crítico asociado a la Ilustración, que admira y estudia en estos países las instituciones políticas, las prácticas artísticas y los adelantos científicos.*

*La elección del lugar de viaje tenía una significación ideológica y cultural: así, viajar a Roma implicaba abrazar la causa de los antiguos frente a los modernos o expresar afección a las instituciones de la Iglesia Católica. En cambio, elegir el norte, además de demostrar en muchos casos la preferencia por un determinado lugar de exilio, era un gesto de empatía ideológica: marcar una ruptura contra una práctica cultural y vincularse con la nueva filosofía y sus políticos; en este aspecto, el viaje quedaba asociado a la crítica de los philosophes y pasaba a ser elemento de subversión del poder, expresión de una disensión, de un modo de sentir y de decir diferente.*

*Pero ¿qué significaba viajar a España? ¿Qué viajar a Madrid?*

### **III. El viaje a España**

*La impronta ilustrada del grand tour implicó frecuentemente la exclusión de España del circuito viajero europeo: la historia, cultura y arte españoles no eran fácilmente asimilables a los criterios fundamentales de la Razón Ilustrada. Y, de hecho, los caminos de la península ibérica fueron mucho menos transitados que los de Alemania, Francia, Italia o Inglaterra. El sentido del progreso, el contenido moral, la reforma de las costumbres... España no encajaba en el cosmos ordenado de la ilustración. Todo lo más cumplía la función de reverso oscuro contra el que contrasta aún más el fulgor de la Razón positiva, ejemplo, según una metodología comparativista, que sirve para denunciar situaciones propias de un pasado preilustrado, supersticioso e irracional que espolea con nuevo vigor el ansia reformista.*

*Viajeros ingleses como Edward Clarke o Joseph Townsend difunden en sus escritos el vasto corpus de tópicos que definen el caso español dentro de la Europa ilustrada: fanatismo religioso, crueldad, indolencia y sensualidad conforman el carácter del pueblo, ignorancia y vanidad el de la aristocracia.*

cia y, por lo que respecta al paisaje, estepas polvorientas, caminos infernales, posadas inhabitables y monumentos megalómanos generalmente en ruinas. Jardine y Baretti presentan también a España como ejemplo de país poco desarrollado, en contraste con los logros de Inglaterra en agricultura, industria u organización política.

El hecho de que muchos jóvenes de las familias acomodadas francesas o inglesas excluyan a España del grand tour no impidió la llegada de muchos viajeros que, como turistas artísticos, sociales o políticos, recorrieron la geografía hispana durante el siglo XVIII y que, de regreso a sus patrias, se sintieron impelidos a dar a conocer a sus compatriotas las impresiones de su periplo ibérico. Así, turistas ingleses como Richard Twiss, Henry Swinburne o William Beckford, alemanes como Karl C. Plüer y Johann Eberhard Zetzner, franceses como Manier, Massias, Peyron y Langle, italianos como Norberto Caimo y el prerromántico Vittorio Alfieri, suecos como Loeffling publican sus propios Viajes por España.

¿Pero quiénes eran estos viajeros? Algunos son hombres de negocios que aprovechan su viaje para describir los lugares que tienen que visitar; la mayor parte, sin embargo, llegaron a España por motivos políticos: militares y diplomáticos, embajadores acreditados o enviados extraordinarios, como el marqués d'Aubeterre, Bourgoing o Saint-Simon; unos terceros son humanistas y escritores atraídos por un país singular. Abundan también casos singulares: el políglota Silhouette, el sastre peregrino a Santiago Guillermo Manier o el aventurero Casanova.

¿Qué temas tratan en sus relaciones de viaje? En principio nada escapa al interés de estos viajeros: la geografía, el paisaje, la vida urbana y rural, los contrastes de carácter, las costumbres y la educación; en fin, la comida, el atuendo o las diversiones; pero la principal novedad que aportan sus relaciones es que tocan temas de mayor altura intelectual que sus predecesores del siglo XVII tales como la cultura artística, literaria o científica, la política y la religión de España.

Los juicios de valor que emiten sobre España son sobradamente conocidos: España, país atrasado al que todavía no han llegado las luces de la cultura, es una sociedad de costumbres y creencias arcaicas, una nación casi africana, poco poblada, con grandes zonas desérticas, clima extremo, un lugar pobre de religiosidad intolerante, terrible Inquisición y malos caminos. Y de la pobreza del terreno deducen la pobreza humana, y que el español medio es ignorante y supersticioso. De ahí que esperen ver poco más que residuos casi folclóricos de pasados esplendores. España es también para ellos un país en el que el espíritu cosmopolita del Renacimiento apenas ha penetrado, una nación anclada en la Edad Media, que es la que marca su vida literaria y cultural, un territorio cerrado sobre sí mismo y su fe tridentina. En Europa el desarrollo de las conciencias nacionales tiende

a engrandecer en muchas ocasiones las diferencias entre países, y los viajeros que acuden a España no pueden evitar hacerlo.

Se ha repetido que la difusión de topoi peyorativos sobre España tiene su origen en juicios basados en una documentación escasamente contrastada, parcial, limitada u obtenida de obras menores o de escaso mérito, o en breves experiencias viajeras fecundadas por el prejuicio ideológico, político y religioso.

Así señala Defourneax que «no habiendo jamás franqueado las fronteras españolas o apenas habiéndola entrevisto, los viajeros se contentaron con acomodar a una forma nueva el gusto del día, los rasgos estereotipados de un retrato de España generalmente denigrante tomado de obras del siglo precedente»<sup>28</sup>. Morel-Fatio apunta que los viajeros del siglo XVIII, al hablar de España, eran, por lo general, murmuradores sistemáticos, con frecuencia superficiales y a veces muy ignorantes<sup>29</sup>. Domínguez Ortiz insiste en que casi siempre se trata de testigos poco fieles y escasamente escrupulosos y de poca formación intelectual<sup>30</sup>. Jean Sarrailh sostiene en relación a los viajeros franceses que «copian desvergonzadamente al primero que escribe; de ahí que se repitan hasta la saciedad los mismos juicios, observaciones y críticas, los lugares comunes que han adoptado en sus discusiones, que finalmente crean una opinión literaria»<sup>31</sup>.

Con todo, no pocas veces los juicios negativos se atemperan con el contacto con la realidad. El milanés Giuseppe Gorani confesará: «Al poner los pies en España tenía mil prejuicios contra los españoles; pero en cuanto conocí y vi a muchos de ellos no pude negarles mi estima ni dejar de amarlos»... «La mayor parte de quienes nos han transmitido relaciones sobre España nos han inducido al error. Si los creyésemos, los españoles serían los hombres más ignorantes, desconfiados, celosos..., y las mujeres españolas, las más inclinadas a crear intrigas amorosas con el primer llegado y con los extranjeros. Todas ellas son relaciones injuriosas...»<sup>32</sup>

\* \* \*

Contrariamente a la visión fuertemente crítica de muchos viajeros extranjeros, para los ilustrados españoles el viaje a las regiones del propio país es una experiencia intelectual y vital inserta en la empresa común cultural y reformista del Siglo de las Luces. Los viajeros hispanos aplican la metodología viajera ilustrada al territorio nacional. Los resultados son a menudo mucho más veraces que los obtenidos por los viajeros extranjeros, como prueban las relaciones artísticas de Antonio Ponz y Nicolás de la Cruz y Bahamonde.

A Gaspar Gómez de la Serna debemos esta caracterización del viaje peninsular como canal de la ilustración, vehículo transmisor de saberes y

de difusión del pensamiento europeo<sup>33</sup>. Tal idea subraya uno de los aspectos fundamentales de los viajes de no pocos españoles del siglo XVIII: su carácter de viajes promocionados e incluso cuidadosamente planificados por la Corona como parte de una renovación total de la nación española y que reciben impulso durante los reinados de Fernando VI y Carlos III: el viaje, así entendido, tenía su motivación filosófica, su forma de engarzarse en una empresa general, su planteamiento concreto por etapas y, finalmente, su ejecución y memoria final. Pero esta definición, con ser cierta en muchos casos, no refleja la totalidad de los viajes. Por eso a las tipologías de Gómez de la Serna cabría añadir otras<sup>34</sup>:

1) Viajes económicos para estudiar la estructura económica o técnica de España, conocer su estado, informar sobre sus posibilidades de mejoramiento y proponer los proyectos adecuados de reforma (Jovellanos).

2) Viajes científico-naturalistas (Bowles, Talbot Dillon, Ward, Sarmiento o Cavanilles).

3) Viajes artísticos (Antonio Ponz, José Ortiz, Vargas Ponce, Nicolás de la Cruz).

4) Viajes histórico-arqueológicos (Marqués de Valdeflores, Pérez Bayer, Villanueva).

5) Viajes literario-sociológicos (Viera y Clavijo, Tomás de Iriarte, Leandro Fernández de Moratín).

6) Un grupo heterogéneo de escritos de naturaleza geográfica o topográfica reunidos en la Academia de la Historia para la confección del Diccionario Geográfico, así como itinerarios y guías de caminos, guías locales de provincias. Entre ellas nos interesa especialmente la que Tomás López dedicó a la provincia de Madrid en 1763.

7) A las tipologías señaladas por Gómez de la Serna cabe añadir los viajes de motivación rigurosamente política encaminados a recoger una información general de cualquier tipo con la finalidad de orientar la actuación de la Administración Pública. Entre ellos puede incluirse el Diario de los siete viajes de Francisco Zamora por Cataluña entre 1785 y 1790, el viaje de Bernardo de Belluga por Andalucía entre 1785-1786 o los de Campomanes por Extremadura y Castilla la Vieja.

Una clasificación más general separaría los viajes de carácter oficial de aquellos que parten de la iniciativa privada, aunque no siempre resulte fácil deslindar ambas categorías, pues la riqueza de contenidos de muchas relaciones y los intereses personales del viajero desbordan cualquier etiqueta. La iniciativa privada viajera ilustrada es a menudo compatible con la acción del Estado y de las instituciones. Así deben entenderse, por ejemplo, los viajes de Jovellanos por Asturias y sobre todo el célebre viaje de Antonio Ponz, quien, en los dieciocho tomos de Viaje de España, se propuso dar a conocer al lector medio de España «los edificios y obras públicas que

*existen en toda España, manifestando el artificio y excelencia de algunos, así como la falta de inteligencia de otras». La iniciativa era predominantemente individual, pero la finalidad era servir al bien público y al adelanto de las bellas artes, dando a conocer los monumentos desconocidos u olvidados.*

#### **IV. El viaje a Madrid**

*La mayor parte de los viajeros extranjeros que en el siglo XVIII pasan los Pirineos llegan hasta Madrid. La percepción de la Villa y Corte por estos viajeros, así como los objetos de descripción que en ella encuentran, están fuertemente determinados por la personalidad y la profesión de cada uno de ellos. La variedad de éstas permite individualizar grupos representativos de viajeros con rasgos homogéneos e intereses comunes. Veremos los más importantes.*

*Los diplomáticos en misiones políticas o eclesiásticas siguen formando, como durante el siglo XVII, el núcleo más representativo. En su figura confluye el defensor de los intereses del Estado que representa con el ilustrado cosmopolita, convivencia de rasgos que explica la temática bifronte de sus relaciones de viaje: de una parte, el deber de los embajadores, al volver a estar cerca de los Estados a quienes servían, de informar de las cosas que han llegado a su conocimiento mientras han estado en misión, determina que las relaciones de viaje sobre Madrid presenten un carácter marcadamente oficial caracterizado por la utilización de una escueta prosa testimonial así como la alusión a unos temas recurrentes —modo de obrar de los gobernantes, vida del Rey y de la familia real, entorno cortesano, funcionamiento de la burocracia, intrigas en torno al poder—. Como en los siglos XVI y XVII, el carácter «profesional» de la prosa diplomática supuso la adopción de un punto de vista «oficial» respecto a Madrid: para el viajero diplomático, la capital es sobre todo la Corte y como tal paradigma de España; el madrileño, prototipo del español. De ahí que, en estas relaciones, el informe oficial introduzca descripciones cortesanas o apuntes sobre el carácter de los españoles. Además, al funcionar el informe como premisa informativa para la toma de decisiones políticas por parte de los Estados, quienes los realizaban no podían contentarse con reunir material estadístico sobre las fuerzas del Estado en el que estaban acreditados, sino que, además, debían aportar todos los datos no oficiales que ayudaran a comprender un determinado contexto político. Estos datos comprenderían cualquier información susceptible de ser puesta en correspondencia con los esquemas generales de la política, pero, sobre todo, los rasgos relativamen-*

te constantes de cuerpo social, lo que implicaba reducir a un denominador común explicativo el conjunto multiforme de los rasgos sociales observados. Las relaciones de viajeros extranjeros que visitan Madrid durante el siglo XVIII reflejan esta pluralidad de intereses.

Veamos algunos ejemplos. El publicista francés Jean-François de Bourgoing dosifica con equilibrio en Nuevo viaje a España el dato económico, político y administrativo con la descripción artística de monumentos o la pincelada costumbrista.

Edward Clarke, capellán del conde de Bristol, describe la corte de Carlos III en sus Cartas sobre la Nación Española, pero ello mismo le lleva a aludir, por ejemplo, a las celebraciones a que dio lugar su entrada pública en Madrid, por ejemplo a la célebre corrida de toros en la Plaza Mayor.

Para el venezolano Francisco de Miranda, el viaje a Madrid es un modo de participar en la política europea en su lucha por la independencia americana. Domina por ello en sus Memorias la observación política sobre el dato cultural, y si describe detalladamente el Palacio Nuevo es sólo porque en él tiene su sede el poder monárquico, que no por gusto de amateur artístico.

Louis de Rouvray, Duque de Saint-Simon, embajador extraordinario designado por el Duque de Orleans, es quizá un caso único de predominio de relato cortesano sobre la observación topográfica o costumbrista madrileña.

Los viajeros militares forman un segundo grupo homogéneo cuya temática viajera incide en tópicos descriptivos relacionados con los de la prosa diplomática. Así, el mayor Dalrymple, comandante de la guarnición de Gibraltar, desde donde se acercó hasta Madrid por mera curiosidad turística, o Alexander Jardine, que también viene a Madrid desde Gibraltar, alternan la descripción de la vida cotidiana con la escueta relación oficial.

Un tercer grupo encuadra a los viajeros que cultivan profesionalmente alguna rama específica del saber. Ahora se trata de viajeros especialistas que aportan sobre Madrid una información técnicamente muy elaborada y expuesta en un estilo descriptivo preciso y prosaico que desdeña tanto la generalidad del viajero turista o curioso como el exceso emocional del hombre de letras.

En este apartado es posible individualizar tres grupos:

a) El desarrollo de la medicina, ciencias físico-matemáticas y ciencias naturales en el siglo XVIII propicia el surgimiento de un grupo de viajeros científico-naturalistas: así, Guillermo Bowles y su discípulo John Talbot Dillon describen aspectos geológicos del medio natural de los alrededores de Madrid; Heinrich Friedrich Link, profesor de la Universidad de Rostock, especialista en mineralogía y botánica, emite una opinión autorizada sobre las especies vegetales del Real Jardín Botánico. El Padre Flórez



describe meticulosamente los vestigios mineros y el terreno de Buitrago o de las cuevas del Regadillo en los alrededores de la capital.

b) En el campo de las ciencias humanas, mientras Alejandro Laborde introduce el punto de vista del arqueólogo, El viaje de España de Antonio Ponz, paradigma literario de viaje madrileño de erudición ilustrada, aporta la perspectiva del historiador y del académico neoclásico de Bellas Artes.

El Viaje de España de Nicolás de la Cruz y Bahamonde, miembro de la Academia de Bellas Artes de Cádiz, con minuciosas observaciones sobre la arquitectura pública y religiosa de Madrid, une al rigor académico de Ponz la precisión y la exactitud descriptiva.

Antonio Conca en su Descripción viajera de España desdeña la perspectiva personal y costumbrista y, siguiendo los modelos de Baretti y Ponz, prefiere la observación de erudición histórico-artística.

Tomás López en su Descripción de la provincia de Madrid, obra encuadrable, junto a los itinerarios o guías de caminos, en la categoría de literatura de viaje complementaria, introduce el dato histórico como instrumento de comprensión y precisión geográfico-topográfica de los alrededores de la capital.

c) En otras relaciones, la preocupación científica se traslada al campo de las ciencias sociales con la finalidad de estudiar la estructura económica, el urbanismo o la demografía de Madrid: así, Jean-François Peyron incluye en Ensayos sobre España datos estadísticos (número de calles, plazas, parroquias o conventos de Madrid); Joseph Townsend en su Viaje por España en los años 1786 y 1787 aporta datos hacendísticos, relaciones de precios, listas de monedas, datos económicos sobre el Banco de san Carlos o demográficos sobre la capital.

En el otro extremo se sitúa un cuarto grupo de viajeros formado por los hombres de letras. En el viaje sentimental y melancólico la emoción individual del viajero deforma la realidad madrileña o en otros casos la hace irreconocible.

En los esbozos madrileños de William Beckford de Italia, con apuntes sobre España y Portugal, la descripción, aunque alejada ya de la obsesión deformadora gótica característica del autor, dista mucho de la objetividad, esta vez perjudicada por el propósito de mostrar ante los lectores ingleses una imagen amable de los nobles españoles.

En otro ejemplo, el Madrid descrito por el Victor Alfieri en sus Obras es una ciudad apenas reconocible, difuminada por la voluntad de creación literaria del escritor.

En El Manuscrito encontrado en Zaragoza de Jan Potocki, aunque abundan los datos reales —disputas teatrales entre «chorizos» y «polacos», tertulias del librero Moreno— predomina una imagen de Madrid deformada por la fantasía del expresionismo nórdico.

*En Un viaje desde Génova a Londres de Baretti, la abundancia de fuentes y buena información quedan muy oscurecidas, sobre todo en la observación de las costumbres madrileñas, por la personalidad festiva y gozosa del autor. Lo mismo cabe decir de las evocaciones madrileñas de Giacomo Casanova —teatro de los Caños del Peral, Cárcel del Retiro—, en parte exposiciones autojustificativas de una filosofía vitalista y un temperamento aventurero.*

*Esta variedad de perspectivas profesionales, en un viajero ilustrado de personalidad cultural generalmente cosmopolita y de rasgos personales crecientemente complejos, determina la apertura de los objetos de descripción sobre la villa de Madrid a campos cada vez más vastos. Veamos algunos de ellos.*

*Como en siglos anteriores, la relación de viaje suele comenzar con una descripción o impresión general sobre la ciudad, donde los viajeros, apoyándose a menudo en fuentes librescas, reproducen con pocas variaciones los tópicos madrileños al uso: sutileza del aire, cielo despejado, suciedad e inmundicia, falta de homogeneidad del caserío, malos olores... El paisaje urbano de la ciudad ocupa aún la mayor extensión. En este campo las relaciones mantienen un esquema relativamente uniforme: la entrada en la ciudad merece casi siempre el primer comentario mientras que las descripciones de los alrededores pierden importancia en relación al siglo anterior. Con todo, destacan las de Aranjuez, especialmente del Palacio y los jardines y plantaciones, y, en segundo, término el nacimiento de la ciudad residencial.*

*Vienen a continuación los grandes accesos, las obras emprendidas por los Borbones en la periferia con la creación de los nuevos paseos y las nuevas puertas como la de Alcalá —primer encuentro con Madrid del caballero Casanova— y Recoletos. La calle de Alcalá es una de las entradas más importantes y punto de paso casi obligado.*

*Dentro de la Villa, en una primera impresión, deslumbra al viajero la traza barroca de Madrid.*

*La visita al Palacio Nuevo suscita prolijas descripciones: el emplazamiento y arquitectura centran la atención del abate Vayrac y Pöllnitz mientras que la decoración interior —Mengs, Giaquinto— es destacada por viajeros artísticos como Conca y Ponz.*

*Sigue en importancia la descripción del Palacio, jardines, estatuas, ermitas y teatro del Retiro, su esplendor y ruina, que ocupan un lugar preponderante en las relaciones de viajeros aristócratas como Swinburne o Casanova.*

*El Salón del Prado y los establecimientos científicos de la zona —Gabinete de Ciencias Naturales, Jardín Botánico y Observatorio Astronómico— concitan la atención de los viajeros de finales de siglo (Cruz y Bahamonde).*

*La arquitectura palaciega llama la atención de aquellos viajeros que, como Townsend o Beckford, frecuentan los ambientes cortesanos de Madrid.*

*De paso hacia el Palacio, los viajeros atraviesan las plazas y calles más importantes y anchas —calle de Atocha, Carrera de san Jerónimo, Plaza Mayor, Puerta del Sol y Plaza de la Cebada.*

*Aún señalan los viajeros del siglo XVIII la traza conventual de la ciudad: abundan las descripciones de iglesias —san Isidro, Atocha, Convento de la Visitación, convento de Carmelitas Descalzas, san Felipe el Real— conventos y oratorios.*

*Los edificios públicos de nueva planta —Casa de Correos, Imprenta Real, Cárcel de Corte, Real Aduana, Fábrica de Loza, Fábrica de Tapices, Casa de los Consejos— o los establecimientos benéficos —Monte de Piedad— se destacan como arquitecturas que embellecen la ciudad y simultáneamente funcionan como representación oficial de la Monarquía borbónica.*

*Las obras públicas de los puentes de Segovia y Toledo o el canal del Manzanares se presentan como empresas asociadas a la utilidad pública ciudadana.*

*Las observaciones sobre la vida social, diversiones y costumbres de Madrid adquieren una significación específica en los viajeros septentrionales: las relaciones del danés D. G. Moldenhawer, el alemán Fischer y el polaco Potocki transmiten imágenes de Madrid indudablemente realistas —Fischer dice proponerse «pintar la vida viva»—. Pero esta narración de la aventura vivida en la Villa Corte, que es informe sociológico y crónica social, precisamente por esta su relación mimética con lo narrado, trasciende la función de documento sobre Madrid para convertirse a menudo en elemento de formación del viajero según la concepción del Bildungsroman goethiano.*

*El incremento de las referencias a la vida cultural —teatros de los Caños del Peral, de la Cruz y del Príncipe, librerías de la Puerta del Sol— a sus instituciones oficiales —Academia de Bellas Artes de san Fernando, Biblioteca Real— y a algunos de sus principales representantes —Pérez Bayer, Mengs, Sancha...— refleja convenientemente la finalidad educativa y cultural del grand tour.*

*En cuanto a los juicios de valor que estos viajeros emiten sobre la ciudad de Madrid, cabe decir que, en general, son mucho más benévolos que sobre el resto de España. No faltan, sin embargo, panfletistas como el Marqués d'Argens (Cartas Judías, La Haya, 1742), Jean-Marie Fleuriot de Langle (Viaje de Fíguro por España, París 1785), quienes explotan ideas de Voltaire y Montesquieu, el mejicano Servando Teresa de Mier, en una crítica cuya acritud denigratoria perfila a Blanco White, y entre los españoles, el canario Cristóbal del Hoyo Solórzano y Sotomayor, cuyo Madrid por dentro (1745) es un ejemplo acabado de sátira despiadada de costumbres madrileñas.*

Hay otro tipo de crítica menos acerba, centrada sobre todo en aspectos de la vida social, en viajeros italianos como Giusti o Casanova, que se ha explicado por el hecho de ser súbitos de un país que dejaba atrás un siglo de estrechas relaciones y de dependencia política con España<sup>35</sup>.

Pero, en líneas generales, la Villa y Corte sigue todavía seduciendo como capital de un país antaño todopoderoso. Las Cartas de un italiano gentil de Norberto Caimo, por ejemplo, presentan a Madrid como una ciudad rica y floreciente, que, aunque todavía sucia, es hermosa, está bien poblada, tiene calles de hermoso trazado, iglesias majestuosas y una magnífica Corte. El italiano Giuseppe Baretti, en Madrid desde 1760, alaba en sus cartas a la ciudad de Madrid, admira la grandiosidad del Puente de Toledo, describe el Hospital General y destaca la belleza del templo de las Salesas. Edward Clarke describe una fiesta de toros celebrada en 1760 en la Plaza Mayor, de la que no sólo admira la pompa y adorno del lugar, sino también la belleza del espectáculo. El amateur artístico Richard Twiss, en Madrid desde 1773, considera el Palacio Real como el mayor y más suntuoso de Europa —sólo comparable con el napolitano Palacio de Caserta—. El mayor Dalrymple encuentra anchas y hermosas las calles de Atocha, san Jerónimo y Alcalá, si bien halla mediocre el Retiro, del que sólo salva la estatua ecuestre de Felipe IV. Joseph Townsend, que llega a Madrid por Alcalá de Henares, dice que la entrada en la ciudad es de una «belleza indescriptible», pondera las fuentes del Prado, los edificios públicos y las viviendas de la nobleza y embajadores. No puede evitar, sin embargo, las críticas contra el Jardín Botánico, que encuentra frío y solemne, ni contra el Retiro, cuyo Palacio —dice— «estaba cayéndose en ruinas». Menciona con admiración la Fábrica de Tapices y la Academia de la Historia. El naturalista Guillermo Bowles pondera el arbolado del Retiro, los frutales de la Florida y la Casa de Campo, las encinas de los altos de Madrid, como las de la antigua Dehesa o el Pardo, los olmos de los cerros de san Blas; critica, en cambio, la ausencia de árboles en gran parte de la ciudad. Henry Swinburne se muestra más reticente que otros viajeros con edificios como el Palacio Real por su aspecto de fortaleza, si bien queda sorprendido por las riquezas artísticas que alberga, sobre todo por los cuadros de Tiziano, Rubens y Velázquez. John Talbot Dillon alaba la limpieza de la ciudad en contraste con la suciedad anterior al reinado de Carlos III. Jean-François Peyron, en España desde 1777, piensa que Madrid es una de las ciudades más bellas de Europa, aunque no le agrada el Retiro.

Y finalmente ¿qué huella deja la ciudad de Madrid y España en la memoria de los viajeros?. Para terminar, la palabra de Giuseppe Baretti:

«¡Qué ciudad tan bonita es Madrid y qué estupendos los españoles! ¡qué aire tan bueno el de España! y ¡cómo ha mejorado mi salud en este

*viaje! En Madrid me detuve bastantes semanas saboreando esta estancia con gusto mil veces mayor de lo que hubiera podido imaginar... El aire de España me ha venido tan bien, que en mi vida me he encontrado mejor. Dios sabe como me he enamorado de los españoles, gente absolutamente distinta de lo que muchos viajeros bribones han escrito. Si hubiese tenido veinte años menos, me hubiera quedado allí».*<sup>36</sup>

## V. Conclusión: la presente antología

*El libro de viaje de tema madrileño nace en el siglo XVIII como género literario autónomo. El predominio de un modelo narrativo estereotipado no impide la convivencia en el mismo texto de elementos formales procedentes del género epistolar, el itinerario, el diario, la relación de viaje y de la literatura auxiliar (Guías de Caminantes). De hecho, el principio literario estructurante viene dado por el tratamiento recurrente de determinados temas fuertemente condicionados en el siglo por las exigencias del conocimiento empírico y útil de la realidad observada. Viaje y testimonio escrito conviven en la literatura de viaje como realidades difícilmente separables.*

*Tal realidad condicionó la ordenación temática de los textos en la presente antología. A la individualización de la información precedió una separación antitética de conceptos, lo que permitió formar grupos binarios (centro-periferia; Madrid-alrededores; Madrid-inmediaciones; vida pública-vida privada; individuo-comunidad) que cubrían un espectro informativo de ideas antitéticas. Desbrozados los campos, los textos se agruparon en grupos temáticos homogéneos que individualizaban diferentes clases de información. Estos grupos surgieron reuniendo tópicos semejantes, lo que permitió pormenorizar diferentes tipos de información. Dentro de cada grupo, los textos se dispusieron cronológicamente, lo que introduce un principio de estudio diacrónico de las opiniones de los viajeros sobre una misma materia. Este estudio comparativo de puntos de vista sobre un tema permite en todo caso recomponer parcialmente la realidad. La constitución de grupos temáticos se decidió valorando el interés histórico y literario de los textos.*

*La creencia de que el libro de viaje madrileño es el resultado de la interacción hombre-ciudad, morió a incluir datos sobre ambos. La información sobre las circunstancias endógenas del viajero, de un lado, y sobre la coyuntura urbana de la ciudad por otro, auxilian la valoración comprensiva de los textos. Fueron datos sobre la personalidad del autor, medio social, político, literario o artístico de origen, así como sobre la circunstancia social o política de la capital a la que el texto se refiere: se trata de un*

*acercamiento crítico que introduce otro de carácter interactivo que compete plenamente a la teoría de la recepción. El objetivo global de la presente antología ha sido ofrecer una selección articulada de testimonios textuales de viajeros sobre el Madrid del siglo XVIII —once textos de autores españoles y veinticinco de extranjeros—. Aunque los fragmentos incluidos no tienen un valor literario homogéneo, interesan en todo caso por la información que ofrecen sobre concretos aspectos políticos, sociales, culturales o simplemente costumbristas de la vida madrileña y su entorno de modo que, en su conjunto, delinean un panorama comprensivo, aunque siempre forzosamente fragmentario, que permite al lector recomponer la vida madrileña en un momento en que la ciudad se consolida como una importante capital europea.*

*Quiero expresar mi agradecimiento por su intervención en diversos aspectos de este libro a Agustín Izquierdo, Antonio Pequeño y José María Tomás.*

JOSÉ LUIS CHECA

<sup>1</sup> Para las consecuencias que la capitalidad tuvo para la villa de Madrid, *vid.* Manuel Fernández Alvarez: *El establecimiento de la capitalidad en Madrid*, (Madrid. Instituto de Estudios Madrileños, 1960.)

<sup>2</sup> *Vid.*: Ramón Mesonero Romanos: *Manual de Madrid, Descripción de la Corte y de la Villa* (Madrid, 1831).

<sup>3</sup> *Vid.* entre otros Lamberto Wyts: *Relación del viaje por España*. Publicada por Gachard en *Notice des manuscrits concernant l'histoire de Belgique* (Bruselas, 1894) o Camillo Borghese: *Diario in relazione del viaggio di Monsigr.* (París, 1878).

<sup>4</sup> *Vid.* en este sentido Antonio Ponz: «El que reflexione que (Madrid) de dos siglos a esta parte ha sido centro de una de las mayores Monarquías, extrañará no se hallen en su recinto tantos objetos dignos de particular atención como en algunas cortes de príncipes mucho menos poderosos». (Antonio Ponz: *Viage de España*. Madrid: Ibarra, 1772-1780.)

<sup>5</sup> Este desarrollo de hecho jamás respondió a una planificación reflexiva, sino más bien a una expansión acuciada por las necesidades administrativas creadas por la capitalidad.

<sup>6</sup> Aunque a comienzos del siglo XVIII poco queda de las antiguas cercas, los Borbones convalidan la desaparición de las huellas de los antiguos límites de la ciudad.

<sup>7</sup> Sólo en el período 1750-1800 se pasa de 70.000 habitantes a 150.000.

<sup>8</sup> Era el perímetro urbano definido en 1624 por Felipe IV, sólo alterado por la construcción en 1631 de los jardines del Buen Retiro.

<sup>9</sup> *Vid.* Carlos Sambricio: *La arquitectura española de la Ilustración*. (Madrid, 1986.)

<sup>10</sup> *Vid.* Alfredo Humanes: *Ornatos y arquitecturas efímeras, Madrid no construido*, (Madrid, COAM, 1980.)

<sup>11</sup> El viajero Ponz resume el alcance de las reformas de Carlos III en Madrid: «Quien vio antes de este reinado la Puerta de Alcalá y sus inmediaciones, parecidas a otras entradas de Madrid, no pudo prometerse que llegarían, dentro de pocos años, a la magnificencia y hermosura que ahora tiene. La nueva y grandiosa puerta, el jardín de frutas, con verjas de hierro, que dan la vuelta al Prado, los Pósitos, las cercas del Sitio del Buen Retiro por la parte del campo hasta Atocha y el Plantío de árboles alrededor

de ellas, formando paseo, han hermoseado Madrid» (Antonio Ponz: *Viage de España*, Madrid: Ibarra, 1772-1780 pág 411).

<sup>12</sup> Fernando Chueca Goitia, Torres Balbás, P. Badajoz: *Resumen Histórico del urbanismo en España*. Instituto de Estudios de administración local. (Madrid. Gráficas Uguina, 1954.)

<sup>13</sup> En este programa también se incluía el Laboratorio Químico de la calle del Turco y la Escuela de Cirugía.

<sup>14</sup> En la zona de influencia del Palacio Real, el Palacio de los Secretarios de Estado, edificio que, diseñado por Sabatini para Grimaldi en 1776, fue pensado en función de las necesidades administrativas de la Corona, constituye una excepción a este principio.

<sup>15</sup> A finales del siglo XVII, más de la tercera parte de la extensión de Madrid estaba ocupada por edificios religiosos.

<sup>16</sup> *Vid.* Plano Geométrico de Madrid dedicado y presentado al Rey Nuestro Señor Don Carlos III por mano del Excelentísimo Señor Conde de Floridablanca (1785).

<sup>17</sup> Como demuestra el hecho de que se represente la distribución de la población en ocho cuarteles o, por primera vez, la numeración de las manzanas. *Vid.* Fernando de Terán: *Madrid*. Editorial Mapre, 1992.

<sup>18</sup> *Vid.* Luis Cervera Vera: *Francisco Sabatini y sus normas para el saneamiento de Madrid*. A.I.E.M., 1975.

<sup>19</sup> *Vid.* Benito Bails: *Elementos de Matemáticas*, tomo IX, que trata de arquitectura civil. (Madrid, 1783): «La belleza de los alrededores, la amenidad y anchura de sus avenidas, la adecuada disposición general de sus calles y disposición de sus plazas...contribuyen muchísimo a la hermosura de toda ella».

<sup>20</sup> *Vid.* J.F. Blondel: *Cours d'Architecture* (París, 1771). «On doit plazer des édifices à l'extrémité des Faubourg des Capitales, le terrain qu' ils occupent étant trop considerable pour être renfermé dans le sein des Villes».

<sup>21</sup> *Vid.* F. Milizia: *Principi di Architettura Civile* (Bassano, 1785): «e siccome questi edifici occupano gran terreno, debbono perciò collocarsi o verso le mura, o anche fuori di città».

<sup>22</sup> *Vid.* Anders Sparman: *Introduction au Voyage au Cap de Bonne-Esperance, et autour du monde*. (París: Buisson, 1787.)

<sup>23</sup> Paul Hazard: *La crise de la conscience européenne*. 1680-1715 (París, 1935). En el segundo capítulo del *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres* cuando Rousseau apela a un nuevo tipo de viajero llamado *viajero filosófico* dice que el literato viajero debe reflejar con exactitud y apertura de mente las diferentes sociedades del mundo.

<sup>24</sup> Vid. Jean Sarrailh: *La notion de l'utile dans la culture espagnole à la fin du XVIII siècle*. *Bulletin Hispanique*, L. 1948, págs 495-509.

<sup>25</sup> Entre ellos, por ejemplo, los viajes de Jorge Juan, Antonio de Ulloa, Félix de Azara, Cavanilles, P. Burriel, Pérez Bayer, Velázquez, Ponz, Jovellanos, Zamora, Viera y Clavijo...

<sup>26</sup> Vid. Henry Fielding: *The journal of a voyage to Lisbon* (Londres, A. Millar, 1775.)

<sup>27</sup> Vid. Laurence Sterne: *A Sentimental Journey through France and Italy*, ed. Ian Jack. (Londres, Oxford University Press, 1968.)

<sup>28</sup> Vid. Marcelin Defourneaux: *L'Inquisition espagnole et les livres françaises au XVIII siècle*. (París, P.U.F. 1963).

<sup>29</sup> Vid. Alfred Morel-Fatio: *Études sur l'Espagne*. (París, Champion, 1888-1890.)

<sup>30</sup> Vid. Antonio Domínguez Ortiz: *Sociedad y Estado en el siglo XVIII español*. (Barcelona, 1976.)

<sup>31</sup> Vid. Jean Sarrailh: *La España ilustrada en la segunda mitad del siglo XVIII*. (México, 1957.)

<sup>32</sup> Vid. Gorani: *Corti e paesi*. (Milán, 1938, vol. VI, pág. 63 y ss.)

<sup>33</sup> Vid. Gaspar Gómez de la Serna: *Los viajeros de la ilustración*. (Alianza Editorial, Madrid, 1974.)

<sup>34</sup> Vid. Gaspar Gómez de la Serna: *Op. cit.*

<sup>35</sup> Vid. Arturo Farinelli: *Italia e Spagna* (Turín, 1896).

<sup>36</sup> Vid. Giuseppe Baretti: *Carta de 10 de Junio, dirigida a G.A. Battara, abate de Rímíni*. Cfr. Piccioni, L.: *Scritti vari*, (Turín, 1912.)



# Descripciones generales

*Las relaciones de viaje del siglo XVIII introducen al lector en la villa de Madrid mediante una visión e impresión general que reproduce, con escasas variaciones, los tópicos literarios difundidos por los viajeros renacentistas y barrocos. La situación central de Madrid en la península ibérica, su condición de capital de España y sede de la Corte y los tribunales, la abundancia de plazas y fuentes, la suciedad y angostura de las calles, la pureza del agua, sutileza del aire y crecimiento urbano desordenado... continúan siendo las ideas más repetidas. Pero a estos lugares comunes el viajero ilustrado añade, como aportación original, datos sobre la historia y fundación de Madrid (Conca), arquitectura de sus edificios (Townsend), nuevo urbanismo (Vayrac), administración municipal y eclesiástica (Gutiérrez de la Hacera), medio natural de la ciudad y sus alrededores (Talbot, Bowles). La experiencia y observación directa del viaje convive en estos textos con la erudición y con una información cultural decididamente especializada que, finalmente, confluyen en propuestas de reforma ciudadana.*

## **Emplazamiento, calles y plazas: Nicolás de la Cruz y Bahamonde**

Esta Villa y Corte se halla situada en 40 grados 38 metros de latitud norte. El local de su área es prolongado Este Oeste; y se compone de colinas o lomas bajas que hacen su suelo desigual. Las isletas tienen el mismo desorden de la planta, según la irregularidad con que están distribuidas. No tienen entre sí la menor uniformidad.

Las calles, no obstante, son espaciosas, particularmente *la Mayor*, la *ancha de san Bernardo*, la *de las Carretas*, la *de la Montera*, la *de Atocha*, *Carrera de san Jerónimo* y la *Calle de Alcalá*; estas tres últimas son magníficas en sus bellísimos ingresos al Prado. Todas ellas están empedradas y enlozadas por los lados.

Las plazas principales se reducen a tres: *la Mayor*, la de *la Cebada* y *la Puerta del Sol*. La primera es cuadrada, circuida de edificios de cinco altos, y en lo bajo de pórticos llenos de tiendas de paños y otros efectos. En el centro de ella se venden los abastos. No hay cosa singular en su arquitectura; sería más agradable si estuviera más abierta reuniendo la correspondencia de las principales calles. La *Plaza de la Cebada*, aunque de menos altos, es bella y muy espaciosa. Pero *la Puerta del Sol* es la de más nombre. A la verdad más bien merece que se la llame plazuela por su figura cuadrilonga y por su poca extensión, que contará poco más o menos cien varas de largo y cuarenta de ancho. Con todo, la hace apreciable el ser centro de las principales calles. Ellas cruzan por este punto, así recibe las avenidas de las gentes que entran y salen de lo interior a los paseos. Este es el *rendez-vous*, punto de reunión de Madrid. La *Plaza de la Real Biblioteca* y *la de los Afligidos* son bastante espaciosas. No faltan otras plazas y particularmente plazuelas en la Corte.

Nicolás de la Cruz y Bahamonde, conde de Maule. *Viaje por España*. Madrid, Manuel Bosch. 1806-1813.

## Salubridad e higiene: Charles-Louis de Pöllnitz

*Charles-Louis de Pöllnitz (1692-1775) estudió en la Academie des princes, escuela para hijos de nobles fundada por el rey de Prusia. Participa como militar en la campaña de Flandes de 1708 y, cuando regresa a Prusia, se le nombra gentilhombre de Cámara. Frecuenta ambientes cortesanos en París, Berlín, España, Inglaterra y Francia, que refleja en sus escritos.*

*Las Cartas y Memorias del barón fueron publicadas en los Países Bajos en 1734 después de que el autor vendiera el manuscrito de su obra en uno de sus viajes a París. La obra no contiene únicamente la relación de viajes y aventuras del autor, sino también una multitud de anécdotas y retratos de corte relatados con estilo seguro y gusto por la anécdota, lo que aseguró la gran difusión del libro.*

*Pöllnitz encuentra la entrada a Madrid semejante a la de Roma, una ciudad todavía maloliente y sucia, rasgo insistentemente repetido por los viajeros ingleses y franceses del siglo XVII. Aunque en 1735 se promulgó*



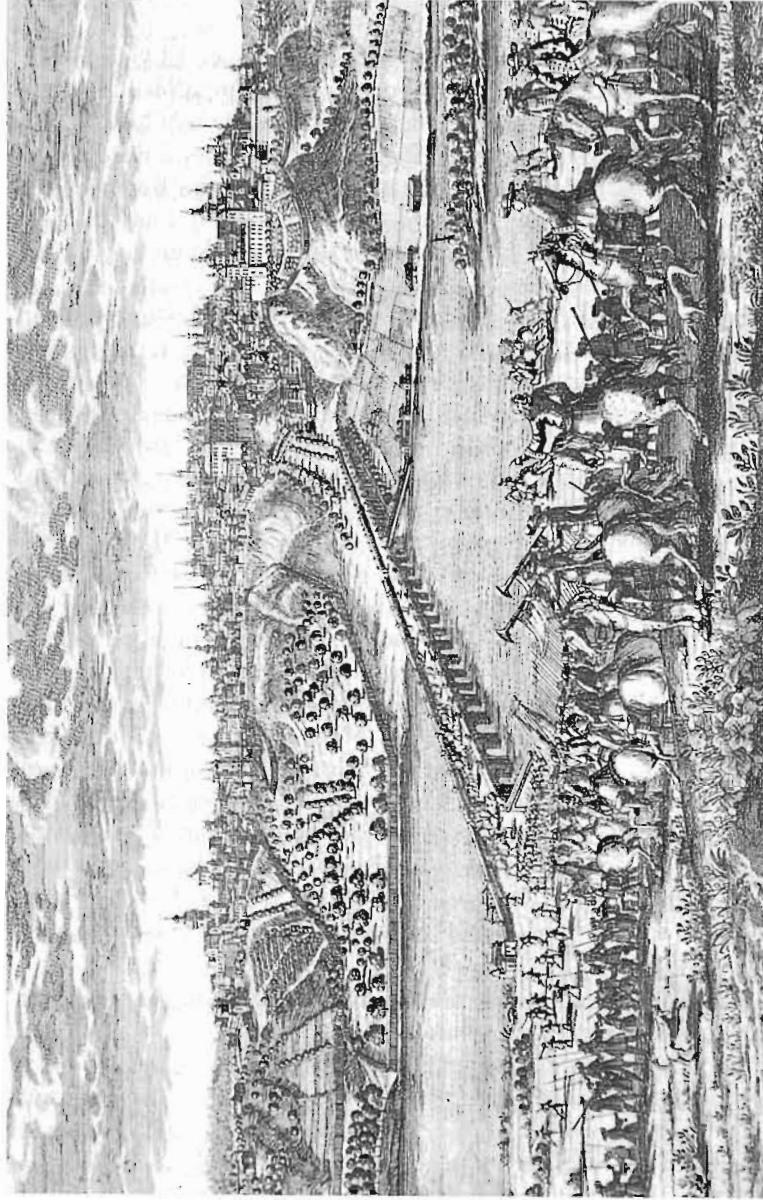
*un Proyecto para la retirada de basuras, el impulso definitivo en orden a la limpieza de las calles lo dio, bajo Carlos III, la Instrucción de Sabatini para la limpieza, saneamiento y empedrado de las calles, que previno todo lo relativo a la evacuación de aguas y recogida de basuras.*

Entre Alcalá y Madrid apenas median siete leguas. El viajero sólo descubre esta capital cuando está muy cerca de ella. Fue colocada en una hondonada sobre el famoso río llamado Manzanares. La entrada de Madrid semeja vagamente a la entrada de Roma por la Puerta del Pueblo; pero este vago parecido no se mantiene durante mucho tiempo. Tres calles en encrucijada conducen al corazón de la ciudad; tomé la de la derecha que me condujo a la *Plaza de Santo Domingo*, donde me dijeron había un albergue francés.

Esta ciudad, aunque bella y adornada de plazas en las que pueden verse fuentes magníficas, con calles en su mayoría largas, rectas y bien trazadas, es, sin embargo, de una suciedad de la que se ven pocos ejemplos en las villas menos civilizadas. Desde todas las casas se arroja gran cantidad de basuras que se consumen se dice desde la tarde hasta la mañana, pues el aire de Madrid es muy corrosivo. Yo he experimentado, sin embargo, lo contrario: me sentí vivamente molesto por el mal olor que despedían estas basuras. El hedor diario en las calles de Madrid no es nada, sin embargo, en comparación con el que se siente en los días de las solemnidades; pues habitualmente esos días se limpian las calles. Es precisamente entonces cuando todo lo que se encuentra allí, al ser puesto en movimiento, se hace difícil de controlar, sobre todo en los períodos de sequía. Encontrándose todo consumido y transformado en un polvo muy sutil, el aire que se respira, incluso todo lo que se come, está infectado por este polvo que penetra por doquier. Sobre esto he oído decir a un médico italiano que uno no podría pasar tres o cuatro años en Madrid sin verse afectado por una de estas enfermedades que a nosotros nos espantan, pero de las que los españoles no se sorprenden en absoluto. Se dice incluso que en muchas familias son hereditarias. Este médico pretendía que todo lo que se respiraba, bebía o comía en Madrid estaba infectado por la inmundicia.

Charles-Louis de Pöllnitz, *Cartas y Memorias con las observaciones que ha hecho en sus viajes*, Amsterdam, François Changuion. 1737.





*MADRID, citta de l'archivescovo de Toledo, les plus conuertes de l'Espagne, le residence du Roy Catholique des Septentrionaux de la Nouvelle Castille, et sur le bord de la grande de la petite Baie de l'Alcazar. D'après l'original de l'année 1650. C. P. 6.*

Madrid, ciudad del arzobispado de Toledo y residencia del Rey Católico. Pierre Aveline el viejo (c.a. 1650-1722).  
Cobre, aguafuerte. MMM.

## Geología y clima: William Bowles

*En el grupo de viajeros científico-naturalistas que visitan Madrid en el siglo XVIII, el caso de William Bowles constituye un ejemplo único de objetividad e imparcialidad de juicio. Describe primero Bowles lo que ha visto siguiendo el orden de observación y con la intención de hacer un inventario de las producciones naturales de Madrid y su región guiándose sobre todo por criterios de utilidad y curiosidad. Emite después una opinión de especialista sobre este medio natural sugiriendo posibles mejoras. Así, el estudio de la composición geológica del suelo de Madrid o la constatación de la escasez de árboles en los altos de la ciudad fundamenta propuestas reformistas sobre posibles utilizaciones de los minerales o sobre el desarrollo de una política de plantación de acacias en los altos del convento de Las Salesas o de olmos en el Retiro y en los altos de san Blas.*

*Bowles nació en un pueblo cercano a la ciudad de Cork (Irlanda) en 1705. En 1740 viaja a París para estudiar historia natural, química, metalurgia y anatomía. En 1752, conoce a Don Antonio de Ulloa, quien le propone instalarse en Madrid. Al servicio de la Corona española, dirige el Gabinete de Historia Natural, lo que le lleva a viajar por toda España recogiendo curiosidades de la naturaleza.*

Madrid está situado sobre algunas colinas bajas de arena gruesa terrosa. Sus casas están tan bien o mejor cortadas que las de ninguna otra ciudad de Europa, y sus nueve o diez mil casas, de las cuales hay muchas grandes y espaciosas, están fabricadas de granito, pedernal, ladrillo, yeso y madera; y las más tienen revocadas y pintadas sus fachadas. El que quiera instruirse de las cosas raras y de las muy nobles Artes que hay en Madrid, podrá hacerlo copiosamente en la descripción erudita de esta Villa, que está actualmente imprimiendo D. Antonio Ponz, a quien ya otras veces me he remitido.

Los vientos norte reinan mucho en Madrid en el invierno, y son fríos, secos y penetrantes; pero los de poniente y mediodía son, por el contrario, templados y lluviosos. La situación de este lugar es casi en el centro de España, y respecto al mar se halla muy elevado, pues hacia el Mediterráneo se baja casi siempre, y las aguas de los arroyos y ríos van al Tajo a perderse en el Océano. Las montañas de Guadarrama con sus derrames son las únicas que se divisan desde Madrid, y hay nieve en sus cimas la mitad del año. Algunas calles principales están empedradas de pedernal cortado; y las demás de pedernal redondeado, que se halla por los alrededores. Los jardines del Retiro, el hermoso Prado y las Delicias, son paseos que tienen pocas capitales de Europa. Hay muchas fuentes públicas, que surten al lugar de agua muy excelente, y varias plazas, donde se

venden los comestibles; pero lo que causa admiración es ver la provisión de ellos que a todas horas se halla en la Plaza Mayor, porque no es fácil concebir que en país tan árido como es este pueda hallarse tal abundancia de frutas, legumbres y demás géneros necesarios para vivir regaladamente. El pan, sobre todo, es de lo más exquisito que se come en el mundo, y el forastero más encaprichado a favor de su patria no puede menos de confesar la excelencia del pan de Madrid. Se hace de la harina pura del mejor trigo candeal, bien amasado, con un poco de sal, cocido en su verdadero punto, y tiene aquel gusto que debe tener, y no más, para dejar dominar y resaltar el sabor de las demás viandas.

Todos los comestibles son muy sabrosos y succulentos en Madrid; pero no es razón que yo entre ahora en la descripción de cada uno de ellos. Diré solamente algo de los pavos que vienen en tanta abundancia de Castilla la Vieja, que no es menester ser hombre rico para comerlos; y aunque son de muy buen gusto, podrían hacerse mucho más delicados si se introdujera la costumbre de cebarlos con nueces, como hacen en Chaumont, cerca de Lyon. Yo lo he practicado en Madrid con feliz éxito, empezando por dar a cada pavo veinte nueces enteras cada día en dos veces, y aumentando diez todos los días hasta darle en uno sólo 120. Esto duró doce días, al cabo de los cuales se mató, y se halló de un gusto delicadísimo (...)

Mucho riesgo de engañarse corren los que forjan sistemas sobre la disposición de nuestro globo sin considerar más que el país donde viven y las materias que tienen alrededor. Así ha sucedido a muchos, y en especial a un célebre Profesor<sup>1</sup>, que dice no hay *sílex* o pedernal en capas seguidas, y que todo el que se halla en el mundo es en pedazos aislados y dispersos formados en las tierras<sup>2</sup>, porque sólo de este modo se halla en Suecia y en Alemania. Esto es lo mismo que si un hombre nacido en san Ildefonso, y criado sin salir de allí, afirmase que todo nuestro globo se compone únicamente de granito, piedra arenisca, roca y arena, sin que haya en el mundo un átomo de piedra caliza; o si un holandés en las mismas circunstancias dijese que todo el mundo se compone de arena, de tierra, de turba y demás materias que abundan en su país; y no quisiese creer que hay montañas altísimas, y piedras grandes y chicas, porque no las hay en su tierra.

Si Mr. Henckel hubiera estado en Madrid, no habría incurrido en este error, pues hubiera visto que muchos parajes de sus cercanías están llenos de pedernal en capas seguidas y continuas, que no hay casa ni fábrica en el país que no esté hecha con cal del mismo pedernal, que de él se hacen las piedras de escopeta, y que todo Madrid está empedrado de la misma piedra. En sus canteras observé algunos pedazos llenos de una especie de ágata rayada con unas cintas de rojo, azul, blanco, verde y

negro, que toman buen pulimento, y de ellos hice labrar cajas para tabaco. Estos colores son fantásticos; porque, calcinada la piedra, desaparecen, y queda toda blanca, conservando su figura cóncava por una parte, y convexa por la otra, tal cual como aparece cuando se rompe. No hay ácido que la disuelva ni mueva a eferescencia; pero, después de calcinada, se enciende con el agua aún con mas violencia que la verdadera piedra caliza; y, mezclada con la arena gruesa que se saca de minas en el mismo terreno de Madrid, forma una excelente mezcla para fabricar; pero con la arena fina del río no se une tan bien.

Se ven en sus canteras varias rajas que muchas veces están llenas de cristales de roca; pero como hemos visto que los hay por toda España en el cuarzo, en la piedra arenisca, en el granito, en la piedra calcárea y en el yeso, no hablaremos más de su formación, concluyendo solamente que el agua puede extraer y arrastrar igualmente de toda especie de piedras aquella tierra con la que se forman los cristales de roca.

Los terrenos cercanos a Madrid por la parte oriental y meridional están llenos de capas o bancos de pedernal no interrumpidos, y empiezan a las mismas puertas, pues yo recuerdo haberlos visto hace algunos años entre el Hospital General y el Paseo de las Delicias. Estas canteras estaban desde seis hasta diez pies de la superficie, y tenían desde uno hasta siete de grueso, y buzaban a veces hasta sesenta, siguiendo por lo regular la inclinación de la colina. Parece que todos los referidos terrenos fueron antiguamente de pedernal; pues aun ahora se halla casi en todas partes, y para buscarle no se necesita de otro indicio más que ver algunas piedras sueltas por encima de tierra que sea un poco blancuzca. Aunque estas dos señales suelen no engañar, sucede alguna vez que no obstante verse las piedras y tierra sobredichas, cavan inútilmente los sacadores, y yo colijo de esto que la capa de pedernal estaba muy somera, y que se ha deshecho y convertido en tierra cultivable. Tengo también observado que la parte superior del mismo pedernal está cubierta de una materia babosa blancuzca; y que la parte inferior descansa sobre una tierra oscura de color chocolate que, puesta al fuego, se vuelve blanca. Ambas tierras son pegajosas, suaves al tacto, correosas y saponáceas o jabonosas; expuestas al aire parecen arcilla; pero no lo son, porque no se deslían en el agua, no conservan las figuras que se dan en los tornos o en los moldes, no se retiran ni encogen enjugándose, y antes apelmazan y endurecen expuestas al aire. Son una especie de *steatitas* bastardas; esto es, una suerte de tierra grasa como manteca, que no es arcillosa, ni caliza, ni yesosa. Algún tiempo dudé que fuese el *gur* el que formase el pedernal; pero esta idea especulativa contradecía la que tengo formada en mi cabeza de las revoluciones de nuestro globo, y de la descomposición y recomposición de los cuerpos, y en especial del mismo pedernal (...)

Es imposible fundir sin adición el pedernal de Madrid, ni otro alguno de los que se hallan en las tierras alcalinas o arcillosas; como tampoco son fusibles las varias especies de ágatas, cornalinas y cristales de roca; pero se calcinan solas, esto es, se convierten en verdadera cal, y se funden muy bien mezcladas con el álcali fijo de la barrilla, o con el plomo, que de todos los metales es el que más presto se funde y convierte en vidrio.

El diamante y el cristal de roca, para ser perfectos, deben ser claros como gotas de agua. En España hay dos especies de cristales de roca: los unos son agrupados, transparentes, de seis caras y nacen siempre en las peñas, de los cuales se hallan infinitos por el Reino, como hemos visto en los viajes precedentes; y los otros se encuentran sueltos, como los guijarros o piedras redondeadas, en Madrid, en las faldas hacia el Manzanares, y en las cuestas de san Isidro, de donde toman la denominación, pues los llaman *piedras de san Isidro*. Yo los he visto desde el tamaño de una avellana, hasta el de un puño, y algunos están cubiertos con una corteza delgada opaca. Como los de esta última especie se hallan con mucha abundancia en la madre del río cerca de Estrasburgo, los naturalistas les han dado el nombre de guijarros del Rin, *cailloux du Rhin*. En el río Henares, como en el Rin, abundan estos cristales, y al paso por san Fernando, a tres leguas de Madrid, los hay cuatro veces más gruesos que los mayores de Estrasburgo; siendo lo más singular que todo aquel terreno es de yeso, como se ve en una quebrada profunda que ha formado el río cerca del Hospital de san Fernando. Es verdad que en este sitio son raros los cristales perfectos que se encuentran; pero estos mismos demuestran al naturalista, mejor que los del Rin, los progresos del trabajo interno de la naturaleza, porque sus imperfecciones son más visibles.

Vuelvo ahora a los guijarros del Henares. Si se quiere hacer un cristal tan duro, claro y transparente como muchas piedras preciosas y más lustroso que el cristal de Inglaterra, será menester valerse de algún inteligente fabricante de cristales, para que pruebe la mezcla del plomo calcinado, o albayalde, con ellos, y con los demás ingredientes que le sugiera el arte y formando su *frita* pase a fundirlas. Yo no dudo que el cristal hecho de este modo sería el más tenso y transparente del mundo. En caso de que se pensase hacer aquí el *flint glass*, sería preciso también economizar un poco el pedernal de Madrid, porque al paso que se gasta, ha de llegar el día en que se acaben sus canteras por estas cercanías; en especial si no se piensa en usar para el empedrado otra piedra distinta, o algún otro arbitrio equivalente, ya que los recursos del ingenio humano no tienen límites<sup>3</sup>.

El empedrado de Madrid se compone, como he dicho, en algunas calles de pedernales cuadrados y cortados a mano de cuatro a seis pulga-



das, y algunos aún son mayores; y en otra de pedernales más pequeños y redondeados por sí mismos en el campo, o en los ríos, o con el uso de largo tiempo en los mismos empedrados. Los primeros tienen los defectos que dije antes; pero dura más su empedrado que el de los segundos; y éstos tienen otras ventajas.

Todo el pedernal que se conoce en Europa, grueso o menudo, se rompe constantemente en segmentos de círculo, esto es, que una parte saca la superficie cóncava y la otra convexa, y esta circunstancia, que se añade a la de romperse fácilmente al golpe de una barreta de hierro, y de dar mucha lumbre, le hace tan cómodo para fabricar a partir de él las piedras de escopeta. En Madrid, y en Biar del Reino de Valencia, es donde se trabajan estas piedras.

Fue una invención muy útil la de poner en las orillas de todas las calles de Madrid listas de losas anchas, para que los transeúntes pudiesen andar por ellas cómodamente, sin sufrir las puntas bastante incómodas de los pedernales del medio. El granito de estas losas, cuando es bueno, se mantiene llano, porque no llegan a él las ruedas de los carros y coches, ni las caballerías; y así va por ellas la gente con mucha comodidad y limpieza (...)

En punto de árboles poco hay que decir de Madrid, porque sacando el Retiro, el Prado, otros paseos nuevos y lo bajo del río desde antes del Soto de Luzón hasta más arriba del Pardo, con algunas huertas de árboles frutales que hay en la Florida, y con la Casa de Campo, que es un sitio bastante ameno, todo lo demás del territorio está pelado de árboles, porque los labradores en ninguna parte de las Castillas quieren plantarlos. Dicen que la sombra de ellos aumenta la lozanía de la hierba; pero que granan poco las mieses, y que el grano vale más que la paja. Añaden que los árboles atraen y multiplican prodigiosamente los pájaros, sirviéndoles de comodidad para sus nidos; y que siendo por sí demasiado grande la plaga de gorriones, sería imprudencia fomentar su cría<sup>4</sup>.

Los altos de Madrid no han sido siempre tan pelados de árboles como ahora, pues sus bosques fueron famosos en otro tiempo, y en el libro de la Montería del Rey Don Alonso XI se dice que su Dehesa era *buen monte de puerco y oso*. De aquí se infiere con evidencia que el suelo no es contrario a la propagación de los árboles, y que si se plantasen o sembrasen se volvería a poblar con el tiempo. Antiguamente, los mismos bosques se conservaban con los árboles que producían las bellotas caídas, y los retoños de las raíces: su sombra y sus hojas podridas mantenían la tierra vegetal para la mejor producción; pero ahora que no hay nada de esto, serían menester nuevos arbitrios para remediar el mal. No creo seguro el conseguirlo por medio del trasplante, porque éste sólo produce buen efecto para hacer con riego una arboleda de paseo y lujo; pues los

árboles, cuando se trasplantan, pierden el nabo o raíz central, y las raíces naturales nunca penetran la tierra con tanto vigor que lleguen a disfrutar la humedad profunda, y por eso el trasplante de los árboles del bosque suele ser operación arriesgada. Según yo entiendo, debería pensarse en poblar de monte las cimas de las colinas que producen poco grano, escogiendo al principio lo que hay donde el agua está superficial y somera, dejando para después las que la tiene profunda<sup>5</sup>. En la cordillera de Vicálvaro, por ejemplo, se halla el agua muy cerca de la superficie y en el alto del Convento de las Salesas no se encuentran hasta ciento y cincuenta pies de profundidad. Si hubiera un mapa hidrológico de las cercanías de Madrid, sería muy útil para estas operaciones, porque por él sabríamos fácilmente a qué profundidad se hallan las aguas subterráneas en cualquier paraje del territorio.

Entre los árboles que podrían probar bien estas y otras colinas, pienso yo que sería muy a propósito la acacia vulgar o *pseudo acacia*, que se cría comúnmente en Francia: 1. porque viene fácilmente de la semilla. 2. porque prende y vive muchos años en cualquier terreno inculto, ingrato y débil, formando monte tallar que se renueva de retoño; 3. porque si una vez ha prendido, no pide ningún cuidado. 4. porque sus hojas son de verdegay muy hermoso, y tan grandes, dulces y nutritivas como las de la alfalfa con que se alimentan los caballos de Valencia; y su leña excelente para la lumbre. La prueba costaría poco porque no hay otra cosa más de obra que tierras malas y quebradas<sup>6</sup> (...)

Todo el mundo sabe que el agua que se bebe en Madrid es extremadamente pura y ligera; y de todas sus fuentes se da la preferencia a la del Berro, de la cual beben las personas reales y toda su Corte en cualquier sitio que se hallen. En España hay más aguados o abstemios que en ningún otro Reino de Europa; y en Madrid tiene más razón, por la bondad de sus aguas que nunca hacen daño, ni alteran la constitución de los que las beben. Estas aguas vienen a Madrid desde las montañas vecinas, y se filtran por espacio de siete a ocho leguas por un terreno de cascajo y arena, que no las comunica ninguna materia extraña. Es muy singular que en tanto espacio no haya otras tierras que las puedan inficionar. Si algún manantial pasa acaso por algún sitio terroso, lo conocen los fontaneros, y con muy poca atención lo conocerá cualquiera, porque aquel agua ha de dejar precisamente poso, como en efecto lo dejan las de la fuente de la Red de san Luis, y la de la calle ancha de san Bernardo, que sin duda pasan por algún banco de tierra gredosa. Quienes tengan dificultad para concebir cómo las aguas de dichas montañas pueden llegar a Madrid atravesando tantos barrancos, colinas y arroyos, no saben el curso que sigue este elemento bajo tierra, y las leyes de él, cosa que yo no puedo detenerme a explicar ahora.

Estos fontaneros, sin ser matemáticos, conducen las aguas de Madrid con mucha inteligencia y sencillez. Cavan un pozo de unos tres pies de diámetro hasta encontrar el manantial del agua. Extienden luego una cuerda perpendicular por el centro de él, y abren una zanja o galería de veinticinco pies de largo, y allí cavan otro pozo igual al primero. Desde éste extienden otra cuerda horizontal hasta el segundo, y haciendo en él la misma operación de las cuerdas, dirigen derecha otra zanja de la misma longitud de veinte y cinco pies, al fin de la cual hacen otro pozo semejante a los primeros; y así, de pozo en pozo y de galería en galería, conducen el agua hasta la fuente donde quieren manifestarla.

En el lugar de Vaciamadrid, a tres leguas de esta Villa, hay una fuente de agua mineral fría, que está cargada de sal de Glauber, sal de Epsom y Selenita, lo que me causa maravilla, porque todo aquel terreno está lleno de yeso. Por esta razón es muy purgante, y yo aconsejo a quienes quieran purgarse con ella que no aumenten su eficacia con alguna dosis de otra sal purgante, porque ella por sí sola tiene demasiada actividad y obra con violencia en algunas complexiones (...)

Antes de acabar este diminuto discurso de las cosas de Madrid, quiero decir cuatro palabras de las cabras que surten el lugar de leche fresca todo el año dos veces al día, una por la mañana y otra por la tarde. Los madrileños que ven esto a todas horas, creerán ocioso hablar de ello; pero deben considerar que no se escribe solamente para Madrid, y que hay muchos países donde lo ignoran, y leerán con curiosidad esta corta relación.

Hay varios rebaños de cabras que vienen todas las noches a dormir y ser ordeñadas en Madrid. Salen al campo a pacer en los parajes donde les es permitido; y además, en la primavera y estío, pacen la cebada verde que se siembra expresamente para ellas en los campos vecinos, la cual crece tan lozana y rápida, que pocos extranjeros podrán formarse una idea de su frondosidad. En otoño e invierno, cuando el campo tiene poca hierba, se mantiene principalmente de las hojas que deshechan y arrojan en las plazas las verduleras. Se sabe que los cabreros les suministran por la noche la sal que quieren comer para que beban mucha agua y produzcan más leche; y por esto es mejor la que se toma por la tarde que no la de la mañana.

William Bowles, *Introducción a la historia natural y a la geografía de España*. Madrid, Imprenta de Francisco Manuel de Mena, 1775.

## Naturaleza y cultura: John Talbot Dillon

*Talbot Dillon pertenece a la categoría ilustrada de los viajeros científico-naturalistas. Viajes a través de España, su principal obra, es una paráfrasis de la Introducción a la historia natural y a la geografía de España de William Bowles. «En las cartas que ofrezco al público —dice el autor en la introducción— he incluido muchas de las observaciones que hizo Mr. Bowles a lo largo de las diferentes jornadas de su viaje, desde el año 1752 hasta la fecha de publicación de este libro». De hecho, en los libros de estos dos naturalistas anglosajones es difícil separar lo que es original de uno o de otro.*

*Aunque Talbot describe predominantemente objetos del mundo natural, no desdeña la observación sobre la historia política y militar en perjuicio del análisis de los llamados los caracteres nacionales. Esta pluralidad de intereses queda reflejado en la descripción general de la villa de Madrid —ciudad que visitó en 1778 de vuelta de un viaje a Italia—, donde el dato urbano (pavimentación de las calles, abastecimiento de agua) convive con la erudición histórica sobre la villa, la apreciación sobre las bellas artes (pinturas y esculturas del Palacio Nuevo) o la curiosidad naturalista (halcón del Retiro).*

La ciudad de Madrid se ha convertido ahora en la capital de los monarcas de España. Está situada en el centro de sus dominios y ha pasado de ser una de las ciudades más sucias que se puedan imaginar a superar en limpieza en la hora presente a varias de las principales capitales de Europa. Está bien pavimentada e iluminada. En cuanto a la población, está muy por debajo de Londres, París o Nápoles.

Madrid está situado en un lugar elevado. Todos los ríos y arroyos de su entorno desembocan en el Tajo, cuyas aguas van a parar al océano. Las montañas de Guadarrama, hacia la vertiente norte de la ciudad, están cubiertas de nieve durante varios meses del año, con vientos cortantes al norte durante el invierno, lo que contribuye a hacer de Madrid una ciudad bastante fría, mientras que en el verano las ráfagas de viento sur y oeste vienen generalmente acompañadas de humedad y lluvia. Algunos viajeros me han dicho que el aire es tan sutil, que si un perro muerto es arrojado a las calles y queda sepultado bajo nieve, a la mañana siguiente no le quedará un trozo de carne en los huesos, pero creo que esto es una fábula. Perros y gatos, así como mulas muertas, permanecen en las calles continuamente, cerca de la cuneta de los caminos, durante días sin que se produzca el mencionado efecto.

Los historiadores cuentan que, cuando rey Juan II estaba en Madrid el año 1434, empezó a llover y a nevar el 29 de octubre, y no paró hasta el



7 de enero siguiente, tanto es así, que varias casas quedaron destruidas, y los habitantes se vieron reducidos a la mayor indigencia y carencia de víveres; un relato ha divulgado que, cuando el Rey trató de vender la ciudad, los habitantes le pidieron que anulase la orden, lo que finalmente terminó en un Edicto Real de 30 de mayo de 1442, por el cual se decretó que nada de la ciudad ni de su jurisdicción podría ser alienado.

Las principales calles de Madrid están pavimentadas con piedras cortadas; las demás con guijarros encontrados en los alrededores. Estas piedras, que sobresalen en el pavimento, se clavan en los pies de los transeúntes. El pavimento que hay cerca de las casas es demasiado estrecho.

La ciudad está bien abastecida de agua, y hay conductos en las calles principales. La familia real gusta habitualmente de beber en la fuente llamada *del Berro*, que está situada en las cercanías de la ciudad. El pan es blanco y bueno. Si se considera la esterilidad del lugar, se puede decir que la *Plaza Mayor*, la principal de la ciudad, donde se instala el Mercado, está muy bien abastecida con toda suerte de provisiones.

Mr. Bowles ha observado que si el célebre profesor Mr. Henckel tuviera que venir a Madrid, se convencería enseguida de su error cuando dice que «el pedernal no se encuentra en estratos y solamente en trozos separados, o en masas», pues aquí encontraría todos los alrededores de la ciudad repletos de estratos de pedernal; además no hay casa o edificación que no haya sido construida con cal hecha con este pedernal, que sirve también para las armas de fuego tanto como para el pavimento. En algunos lugares se encuentran diversas especies de ágata, listadas de rojo, azul, blanco, verde y negro, que toma muy buen brillo, pero estos colores son accidentales y desaparecen por calcinación. Ningún ácido se disuelve en ellos ni causa efervescencia alguna; cuando se lo quema, arde en el agua con más violencia que la verdadera piedra caliza y, mezclada con el guijarro o la arena bruta que hay en las cercanías de Madrid, da un excelente material para la construcción, aunque no responde tan bien con la arena fina del río (...)

En cuanto a la pintura y escultura, no pueden pasarse por alto las bellas pinturas que hay en el *Palacio Real* y en las casas de los nobles españoles; pero, por el momento, prefiero soslayar estas cuestiones, pues ya han sido descritas prolijamente por recientes viajeros. Observo, sin embargo, que un viajero que pasó una temporada en Madrid, cuando habla de la iglesia de las Salesas, donde está enterrado el difunto Fernando y la reina, nos dice que, en el altar mayor, hay una bella copia de la *Transfiguración* de Rafael; pero, a decir verdad, allí sólo hay un bello cuadro de la Visitación, lo que da nombre a la iglesia y que fue pintado por Francisco del Muro en Nápoles. Es cierto, sin embargo, que puede

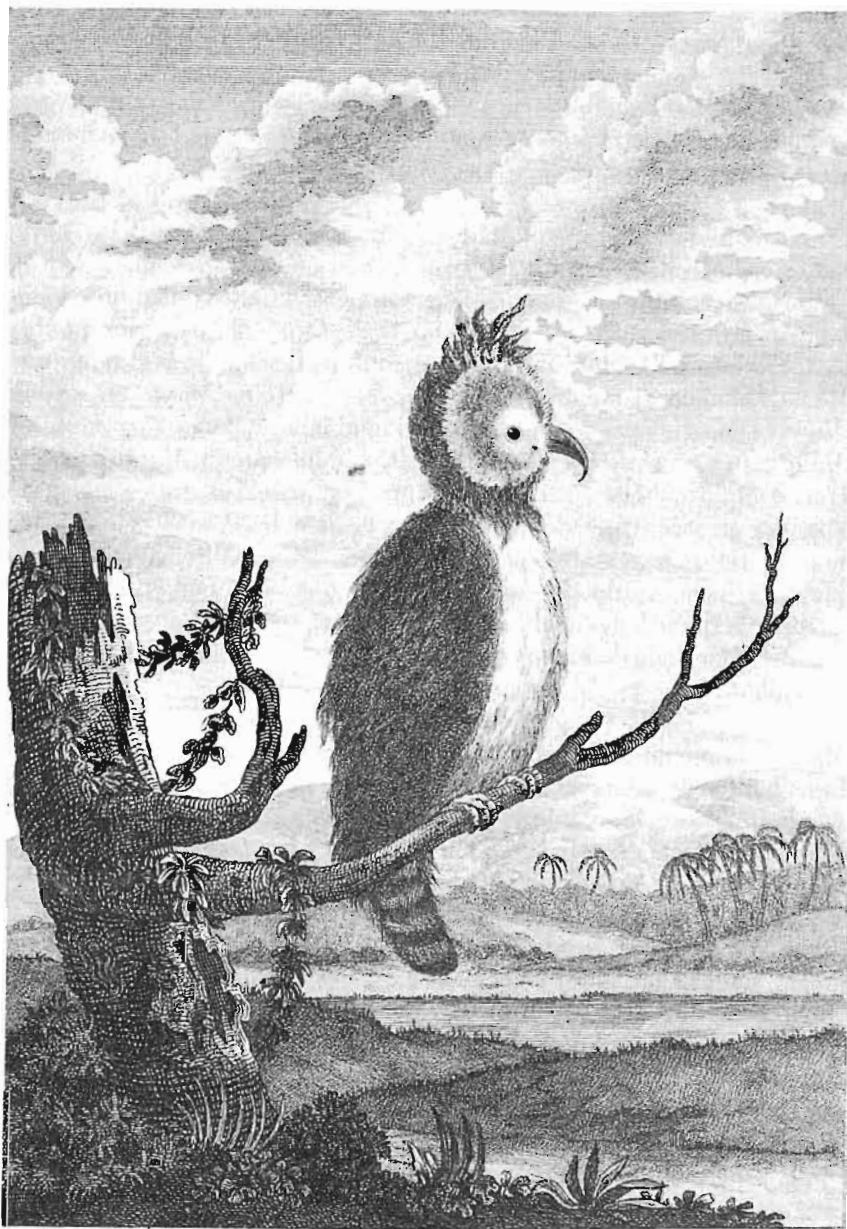
verse una copia de la *Transfiguración* de Rafael en el convento de santa Teresa, colocado aquí por su fundador el Príncipe de Astillana, quien lo tomó como un original del propio Rafael, y lo valoró en 7000 libras. Se supone que la pintó Julio Romano, discípulo favorito y más destacado del maestro italiano.

La bella estatua ecuestre de Felipe IV realizada por Tacca de Florencia, que se levanta en un pequeño jardín del Retiro, suscita la mayor admiración. La actitud del caballo es muy audaz con su pata delantera en el aire. Ha sido esculpida siguiendo el modelo de un cuadro de Velázquez enviado a Italia para este propósito. Cuando fue vista por los artistas florentinos, todos coincidieron en señalar que era imposible plasmarla en una escultura. No obstante, Tacca, con ayuda de Galileo, aplicó felizmente los principios del equilibrio y tuvo éxito en su empeño. Este desafortunado artista murió poco después apenado por el trato que recibió del ministro del gran duque en relación a su estatua, pero su hijo mayor, Fernando, vino a Madrid y reunió en un conjunto las partes de la escultura, que eran tres y la colocó adecuadamente. Se emplearon en su fundimiento 650 quintales de 128 libras de metal por cada parte. En un inventario de los efectos del Retiro, fue valorada en 28.0000 liras, una suma enorme y mucho más de lo que pudo haber costado nunca. Hace algunos años se propuso trasladarla a un lugar más visible, pero el entonces primer ministro, Marqués de Grimaldi, alegó que así se ensalzaba demasiado a la Casa de Austria y que no habría objeción alguna en colocarla allí siempre y cuando la cabeza de Felipe se cambiara por la de Carlos III.

Tacca también terminó la estatua ecuestre de Felipe III de la Casa de Campo, que dejó inacabada Juan de Bolonia a su muerte. Fue enviada a Madrid en 1616 por Antonio Guido (...)

Pasando ahora a hablar del Retiro, diré que en los agradables jardines de este palacio, hay un halcón con cresta. Esta curiosa ave, del tamaño aproximado de un pavo, tiene plumas sobre su cabeza en forma de cresta y un pico en forma de gancho; la mandíbula inferior es más bien estrecha; la espalda, alas y garganta son negras, el vientre blanco, el ala está distinguida por cuatro rayas paralelas cenicientas. Es un ave jamás descrita y a la que no se refiere Lineo.

John Talbot Dillon, *Viajes a través de España*, Londres, G. Robinson, 1780.



*Engraved as the last described, April 1778.*

*Page sculpt*

The **CRESTED FALCON** From the *CARRACCAS*,  
*alive in 1778, in the Menagerie of Buen Retiro, at Madrid.*

*El Halcón de la Casa de Fieras del Buen Retiro de Madrid. J. Talbot Dillon*



Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN  
Comunidad de Madrid

## Tópicos descriptivos: Pascual Ramón Gutiérrez de la Hacerá

*Las noticias sobre Madrid de Gutiérrez de la Hacerá son un exacto epítome del establecimiento, gobierno, situación y cuanto hay de notable en la ciudad de Madrid.*

La Capital de España es Madrid, hermosa villa en Castilla la Nueva, Corte ordinaria de sus Monarcas, colocada en sitio elevado, a los 10 grados, 26 minutos de longitud, 40 grados y 30 minutos de latitud. Algunos atribuyen su fundación al Príncipe *Osno-Bianor*, hijo de Tiberio, Rey de los latinos y Toscana, muchos años antes de Cristo, y más antigua que Roma, dándola el nombre de *Mantua* por la Reina *Manto* su madre; después, en tiempo de los romanos, también se llamó *Carpetana*, y *Majoritum* y en el de los moros *Maderit*, que interpretan *Madre de Ciencias*; o *Madrit*, lugar vistoso; asimismo *Viseria*, o *Ursaria*, a causa de abundar en osos, y que de aquí tienen su origen las Armas, que hoy usa uno de estos, levantadas las manos a un verde madroño, en Escudo plateado, con la orla de siete estrellas, en campo azul, timbrado de Corona, la que concedió el Señor Carlos V año de 1544 a instancias de Don Juan Hurtado de Mendoza, Procurador de esta villa en las Cortes de Valladolid.

En el año 720 —según se refiere— Gracián Ramírez, caballero de Madrid, la recuperó de los sarracenos y habiendo antes degollado a sus hijas porque se sabía vencido, no cayesen en poder de aquellos, cuando volvió victorioso, las halló sanas, arrodilladas en oración a una imagen de María Santísima, de quien eran muy devotas, y hay tradición las condujo al apóstol san Pedro, y sus discípulos Atanasio y Teodoro la labraron Capilla en el campo, que por estar lleno de *Atochares* tomó el nombre; y dicho gracias, para memoria del gran Milagro, fabricó otra en el sitio donde hoy existe, con el convento de Padres Dominicos. Más adelante volvió esta villa al dominio de los Moros, del que fue sacada por Don Ramiro, segundo Rey de León, año de 932 y siendo perdida otra vez, la recuperó Alonso VI año de 1083 (...)

Goza Madrid de aires puros, hermoso cielo y exquisitas aguas. Está situado en el centro de España. Como a tres leguas hay un lugar llamado Pinto, y de los latinos *Pintum*, a causa de hallarse en su medio; por cuyos motivos muchos reyes le han juzgado cómodo para asiento y residencia; y últimamente el Señor Don Carlos I, aunque con mayor resolución el Señor don Felipe II, año 1560, la establecieron en ella con su Corte, donde ha permanecido, a excepción de cinco años, desde el año de 1601 a 1606, que estuvo en Valladolid.

El río Manzanares pasa inmediato. Trae el origen de una fuente



distante media legua de la villa de Manzanares, de donde recibió el nombre, a causa de bañarla con sus ondas y conduciéndose por el Real Sitio del Pardo a Madrid, entre el Jarama cerca de un lugar llamado por este motivo Vacia Madrid, de suerte que desde su nacimiento transita diez leguas, sobre el cual se ven fundidos dos grandes y magníficos puentes; el de Segovia, que tiene nueve ojos, y seiscientos noventa y cinco pies con su calzada de largo, y treinta y dos de ancho, costó doscientos mil ducados en el año de 1584, y el de Toledo, con cuatro puentes, nueve arcos, trescientos ochenta y cinco pies de latitud y de ancho treinta y seis, fue acabado en el 1720 a formar un canal, para beneficio común, con varios molinos, puertas, arboledas y plantíos a un lado, y otro de él en toda su extensión hasta Aranjuez.

Se extenderá Madrid en sus extremos más apartados como una legua, y tras por la circunferencia; está rodeado de Tapias, que se van fabricando bien fuertes de cal, canto y ladrillo, con diez y seis Puertas, de la cual la de Recoletos, Pozos y Campana, nuevamente construidas de piedra, y en especial la primera, son muy vistosas; pero la de Alcalá, concluida el año 1778, con dos fachadas, o caras, tres entradas, y dos postigos; como también otra junto al Parque del Real Palacio, que llaman de san Vicente, que se concluyó año de 1775 son singulares en magnificencia y primor. Tiene esta villa quinientas y treinta calles, muchas de ellas espaciosas, anchas y empedradas de nuevo, todas aseadas y limpias, desde que se labraron pozos en que esconder la inmundicia vertida antes a las mismas; iluminadas en las noches de todo el año con cuatro mil cuatrocientos faroles hermosos repartidos en simetría; cuyos notables beneficios, (allanadas las dificultades y que siempre habían impedido un logro), se deben, entre otros infinitos y grandes, a la suma magnanimidad que resplandece en nuestro Augusto Monarca y Señor Don Carlos III y al particular agrado con que se esmera en la utilidad común, y lucimiento de la Corte, mediante sus Reales Ordenes de 14 de mayo de 1761 y 25 de septiembre de 1765.

Hay en Madrid veinte y cuatro plazuelas, treinta fuentes públicas, con estatuas y pilones de piedra; ocho mil casas, la mayor parte altas pintadas por de fuera, y con balcones de hierro suntuoso, sobresaliendo el Real Palacio, obra tan superior, que sólo le falta el acabarla para acabar de numerarla, por sus circunstancias, entre las maravillas del mundo. Enfrente de él se halla la Real Armería para custodia de gran número de antiguas, fuertes y exquisitas armas de todos géneros; el Buen Retiro, y Casa de Campo, Sitios Reales deliciosos y amenos; la Casa de Correos, la de la Aduana, Tabaco, concluida el año de 1769. La Real Casa que en el año 1774 junto a la antecedente ha franqueado Su Majestad para las funciones de la Real Academia de tres nobles artes, y

enseñanza de los jóvenes que a ellas se dedican; como también se demuestra en la misma un Gabinete de Historia Natural con muchas y varias curiosidades pertenecientes al propio estudio. El Pósito de Trigo, o halóndiga (*sic*), el Saladero, el Cuartel de Guardias de Corps; los de los Españoles, y Walones. La Plaza Mayor, nunca bien alabada, y sí admirada de todos, alcanza de largo cuatrocientos y treinta y seis pies, de ancho trescientos y treinta y cuatro, en circuito de mil quinientos y treinta y seis, tiene ciento y cuarenta casas, seiscientos y quince balcones de hierro, la habitan setecientos vecinos; y cuando se ejecutan en ella Fiestas de Toros, caben sesenta mil personas. Fue concluida su fábrica en el año 1619, costó novecientos mil ducados. Ha padecido dos incendios, uno en el año de 1632 por la fachada de la Zapatería, y otro por la Real Panadería año de 1672.

Hay las Reales Academias de la Lengua Castellana, fundada año 1713. De la Historia el de 1736. La Médico-Matritense el de 1734, con Jardín Botánico muy especial, ahora nuevamente establecido junto al Paseo del Prado año de 1781. La de Tres Nobles Artes Pintura, Escultura y Arquitectura el de 1750. La Latina Matritense en 1755. La de Derecho Público, y Real en 1766 y otras particulares. Una Real Biblioteca fundada año de 1712 para el público aprovechamiento, con más de 8.000 volúmenes y variedad de manuscritos y curiosidades.

Pascual Ramón Gutiérrez de la Hacería. *Descripción general de la Europa y particular de sus Estados y cortes, especialmente de las ciudades, villas y pueblos más notables de España*, Madrid, Imprenta de Jospe Doblado. 1782.

## Arquitectura palaciega y establecimientos religiosos: Joseph Townsend

*En Viajes a través de España durante los años 1786 y 1787 Joseph Townsend (1739-1816) se muestra como uno de los viajeros mejor informados sobre la industria, economía y política españolas de la segunda mitad del siglo XVIII. Townsend, como Young, sabe valorar certeramente los esfuerzos de los ilustrados españoles para sacar a España del Antiguo Régimen. «Pocos viajeros pueden igualarse a Townsend —escribe Blanco White en sus Cartas de España— tanto por la objetividad y gracia de sus descripciones como por la abundancia de informaciones útiles y observaciones profundas con las que ha obsequiado al público lector».*

*En Madrid Townsend se aloja en la Cruz de Malta, visita colecciones reales de pintura, la fábrica de nitrato, las manufacturas reales (Real Fábrica de Tapices) y el Jardín Botánico con Casimiro Ortega; queda*

*impresionado por los minerales del Gabinete de Historia Natural con cuyo director, Eugenio Izquierdo, traba amistad. Asiste a reuniones de la Academia de la Historia y es presentado a Campomanes. Finalmente, visita el Palacio Nuevo «sirviéndome como guía de los excelentes trabajos de Antonio Ponz y Rafael Mengs».*

Me paseé alrededor de la ciudad para hacerme una idea general antes de descender a los objetos particulares. Dividí toda la ciudad en tres porciones, correspondientes a tres períodos fáciles de distinguir. La más antigua es la más próxima al río, el Manzanares, con las calles estrechas, comprimidas y tortuosas y las avenidas obscuras, como aquellas que pueden verse en Londres, pero sobre todo en París, donde un gran incendio no ha devorado, como en Londres, las antiguas construcciones, monumentos incómodos del arte grosero de sus primeros habitantes.

Al norte y este de esa porción, a medida que uno se aleja del río, las calles van siendo más anchas y los edificios ofrecen cierta simetría. Esa porción comprendía la *Plaza Mayor*, que en su tiempo debió haber sido un lugar notable, y termina en la *Puerta del Sol*. Pero cuando Felipe II trasladó su Corte y Madrid se convirtió en capital de este vasto Imperio, la nobleza construyó sus palacios más allá de sus antiguos límites y por ello la *Puerta del Sol* está ahora en el centro de la ciudad.

Madrid tiene quince parroquias, siete mil trescientas noventa y ocho casas, treinta y dos mil setecientas cuarenta y cinco familias y ciento cuarenta y siete mil quinientos cuarenta y tres individuos, sesenta y seis conventos, dieciséis colegios, dieciocho hospitales, cinco cárceles y cinco puertas construidas en granito —la mayor parte elegantes—. El arco principal de la *Puerta de Alcalá* tiene setenta pies de altura y los dos laterales treinta y cuatro; todo ello está muy bien proporcionado. Ha sido construida por Sabatini y hace honor a su gusto.

En el examen de las buenas pinturas, comencé por los Carmelitas Descalzos, tomando por guía las excelentes obras de don Antonio Ponz y Rafael Mengs. En la sacristía se encuentran algunas obras de los mejores maestros, de Tiziano, Van Dyck, Rembrandt, Coello, Ribera, Jordán, Murillo, Zurbarán y Andrea Vaccaro. El claustro ha sido pintado por Velázquez.

La iglesia y el convento de san Francisco de Sales fueron construidos bajo el reinado de Fernando VI, en 1750, y allí se ve su tumba, obra de Sabatini, junto a la de su mujer, la reina Bárbara de Portugal. La cúpula y los arcos han sido pintados por los tres hermanos Velázquez. El altar mayor tiene seis pilastras corintias de mármol verde, como el verde antiguo de Sierra Nevada, cerca de Granada; están hechas de un único bloque y cada una tiene diecisiete pies de alto; las basas y los capiteles

son de cobre dorado. Hay allí algunas pinturas de cierta calidad ejecutadas por Francisco de Muro y Cignaroli. Los tesoros de este convento son considerables.

La iglesia de san Pascual posee la Visitación, que es obra de Jordán; san Esteban, de Van Dyck; un papa de Tiziano; una Sagrada Familia de Leonardo de Vinci; el papa Gregorio, san Ignacio de Loyola y Francisco Javier, de Guerano; una Adoración del Veronés; una degollación de san Juan, por Miguel Angel; un Caravaggio y otros cinco cuadros por Ribera.

La iglesia de san Isidro, que pertenecía antiguamente a los jesuitas, muestra evidentemente los caracteres de esa sociedad no solamente por su tamaño, sino además por el estilo del edificio y sus ornamentos. En mi opinión, es la más elegante de todas las que he visto desde que dejé Zaragoza, y aunque las pinturas no sean de los mestros más afamados no son sin embargo desdeñables.

La gran iglesia de san Francisco es admirada por los jueces más severos; pero creo que su vasta cúpula y sus arcos griegos, enteramente desprovistos de adornos, no están terminados, son fríos y carecen de gusto.

Al día siguiente de mi llegada, cuando buscaba cerca de la *Puerta del Sol* la *calle de la Montera*, como no sabía suficiente español para preguntar por mi camino, un caballero que vio la dificultad en que me encontraba me preguntó en inglés qué calle estaba buscando. Cuando le hube informado, me acompañó hasta la casa adonde iba, y despidiéndose de mí, me invitó a comer con él. Este caballero era don Francisco Escarano, uno de los directores generales de Correos, y que, en agradecimiento a las atenciones que había recibido en Inglaterra cuando había estado como secretario de embajada, nunca creía hacer lo suficiente cuando veía a un inglés en apuros. Poco satisfecho con demostrarme de ese modo su buena disposición, me llevó al Palacio del Rey en Madrid, y mientras estuve en España no ha perdido ocasión alguna para servirme solícitamente.

El *Palacio del Buen Retiro* está formado por una vasta masa de edificios antiquísimos abandonados desde hace mucho tiempo y que, cuando los vi, comenzaban ya a caerse en ruinas. Ese palacio contiene algunos grandes salones, en los que aún puede verse un pequeño número de buenas pinturas; pero los tres objetos que me complacieron más fueron el teatro, el gran salón y la estatua ecuestre de Felipe IV. Esa estatua, fundida por Pedro Tacca de Florencia según una pintura de Diego de Velázquez y de un peso, dicen, de nueve toneladas, se sostiene únicamente sobre una de las patas traseras del caballo. Jamás he visto ni sería capaz de concebir algo más perfecto que parezca tan animado como ese prodigio del arte.

El teatro es vasto y da al jardín. Ahí era donde Fernando VI divirtió a menudo al público con óperas, de las que la Reina, su mujer, gustaba hasta la extravagancia.

El *Salón Grande*, llamado *el Casón*, con su antecámara, pintado al fresco por Lucas Jordán, ha quedado como un monumento a su gusto, intervención y poder imitador. Se ha representado allí a Hércules dando el Toisón de Oro a Felipe el Bueno, duque de Borgoña. En un compartimento contiguo se ve a Palas y a los dioses subyugando a los Titanes, y como *pendant*, la majestad de España en actitud de regular el globo terráqueo. El resto está lleno de expresivas figuras alegóricas. En la antecámara está *la Conquista de Granada*. Desde el *Salón Grande* nos dirigimos hacia el jardín, pasando por un gabinete ovalado cubierto completamente de espejos y en cuyo techo está representado el nacimiento del sol con los pueblos de todas las naciones que adoran esa divinidad naciente, en tanto los sacerdotes están ocupados ofreciendo los sacrificios. Esta obra es también de Jordán.

Vi también una habitación que raramente enseñan a los extranjeros y que contiene maquetas de plazas fuertes. Entre ellas las que más nos sorprendieron fueron las de Cádiz y Gibraltar.

Los jardines del *Buen Retiro* son extensos y ofrecen una variedad agradable de agua y superficie boscosa. Si hubiera tenido que fijar una situación para la residencia real, habría escogido este *Buen Retiro* mucho antes que el actual emplazamiento del Palacio Nuevo.

El Palacio llamado *Casa de Campo* ofrece pocas cosas dignas de atención. Hay allí una estatua ecuestre de Felipe III, comenzada por Juan de Bolonia y acabada después de su muerte por Tacca, su discípulo; se parece a la de Enrique IV, en París. Está también allí el original de las famosas Tentaciones de san Antonio, de Callot.

Es imposible ver el *Palacio Nuevo* sin experimentar el placer más completo. Presenta cuatro fachadas, cada una de cuatrocientos setenta pies de longitud y cien de altura hasta la cornisa. Encierra un patio cuadrado de ciento cuarenta pies. Los cuatro frentes están sostenidos por numerosos pilares o pilastras, y encima de la cornisa hay una balaustrada para ocultar el tejado, que está cubierto de plomo. La fachada norte tiene cinco pisos, además de los entresuelos y las habitaciones subterráneas.

Se ve también en la balaustrada una serie de reyes de España colocados sobre pedestales, desde Ataulfo hasta Fernando VI. El plano es bastante regular. En el piso principal se suceden varias habitaciones grandes y elegantes, que, comunicándose a todo alrededor del palacio, reciben la luz por las fachadas. Allí se alojan los criados. Estas habitaciones tienen ventanas que dan a una vasta galería, que gira todo alrededor del patio, sobre un pórtico abierto y que está cubierto por una terraza.

Los cimientos de este edificio fueron puestos en el año 1737, tres años después de que el viejo alcázar hubiera sido consumido por el fuego, y para prevenir en lo sucesivo un accidente semejante, todos ellos están contruidos sobre arcos. La habitación más sorprendente de este palacio es la cámara de audiencia, llamada *Salón de los Reinos*, que tiene forma de doble cubo de noventa pies tapizado de terciopelo carmesí, y que, con su dosel suntuoso y techo pintado, ofrece una apariencia magnífica.

Las pinturas de los techos son de Tiépolo, Giaquinto, Bayeu, Velázquez, Maella y Mengs. Es imposible ver, sin experimentar un placer y satisfacción especiales, la apoteosis de Hércules, en la sala de conversación, y la de Trajano en el comedor del Rey. Mengs ha desarrollado todo su talento en la ejecución de esas obras y parece no haber hallado ninguna dificultad para plasmar en los lienzos lo que su imaginación había concebido. La facilidad y la elegancia brillan por doquier. Es difícil decidir en esos dos temas deliciosos si debemos admirar más el dibujo, el colorido, la invención o la composición; todos esos objetos parecen igualmente ser merecedores de nuestros elogios.

Joseph Townsend, *Un viaje por España durante los años 1786 y 1787*, Londres, 1791.

## Mejoras urbanas bajo Carlos III: Antonio Conca

*La Descripción viajera de España de Antonio Conca es un ejemplo típico de viaje artístico, género literario inaugurado por el Viaje de España de Antonio Ponz, desarrollado por Vargas Ponce y, ya en el siglo XIX, por Isidoro Bosarte y José Ortiz. No oculta Conca su deuda para con la obra de Ponz, de la cual es a menudo traducción, ni con las relaciones de viaje de Baretti o Bourgoing. El libro, indudable viaje ficticio, ofrece una detallada información sobre las bellas artes en Madrid. La belleza del estilo y fiabilidad de las fuentes bibliográficas no suple aquí la ausencia de apreciaciones personales o de descripciones costumbristas derivadas de la observación directa.*

Si tuviera que hacer la historia de esta metrópoli y hablar de la antigüedad que algunos libros le atribuyen, debería primero remontarme a una época oscura y legendaria, apoyarme en hechos vagos e inciertos y formar sistemas inseguros e inconclusos que no complacerían ni instruirían al lector. Si dijese, por ejemplo, que Madrid es la antigua *Mantua Carpetana*; que sus fundadores vinieron de Grecia o del Lazio o que su origen es más antiguo que el de la propia de Roma, pocos me creerían, pues me limitaría a reproducir lo que otros muchos ya han escrito en sus

libros. Sin embargo, avanzar que Madrid, situado en un territorio fértil y abundante en víveres donde se respira un aire purísimo, era desde sus orígenes una tierra muy notable y que gozaba de gran fama hasta que fue conquistada por los Sarracenos, que los reyes antiguos residieron allí durante algún tiempo y que fijaron en esta ciudad las Cortes o Dietas nacionales, y finalmente que se convirtió en metrópoli y residencia estable de los Reyes de España solamente en tiempos de Felipe II, quien amplió y reformó el antiguo Palacio Regio, o Alcázar, creo que no sería faltar a la verdad de los hechos y de cuanto nos han dejado escrito los autores más acreditados.

En aquella época Madrid creció rápidamente, pero sin seguir un orden o una planificación regulada y sin aquella simetría con la que los mismos españoles construyeran ciudades semejantes en el Nuevo Mundo. Los grandes y otros nobles, abandonando los soberbios palacios y castillos, herencia de sus ilustres antepasados, siguieron a sus monarcas y se establecieron dentro de los muros de la nueva capital, demasiado pequeña para albergar a una población tan abundante. Al principio se preocuparon únicamente por asentarse en cualquier morada en donde pudieran cobijarse ellos y sus séquitos sin apenas atender a la ornamentación externa y magnificencia que tales mansiones debían observar, de modo a reflejar aparentemente el rango de los personajes que las habitaban. El paso del tiempo no reparó este defecto, entre otras cosas porque ciertas costumbres e ideas de ostentación determinaron la pérdida de tesoros inmensos y mucho más porque, comenzando a decaer el buen gusto, se dejaban las cosas en el estado en el que habían sido encontradas y lentamente todo iba empeorando. De aquí que no pocas casas de personajes respetables, aunque enriquecidas en su interior por elegantes adornos y bellas pinturas, se distinguían solamente de muchas otras de señores particulares por la vasta mole, que no por la elegante y noble grandiosidad.

La suciedad e inmundicia de Madrid fueron consideradas durante mucho tiempo como el mayor obstáculo para la construcción de suntuosos edificios; este escollo fue superado por Carlos III; pronto surgieron, en efecto, nuevos palacios y otros edificios públicos de mayor suntuosidad; y en virtud de sabios reglamentos que regulaban la moderna limpieza, puede decirse de la capital de España con el francés Bourgoing que es hoy una de las ciudades más limpias de Europa. Sus calles, aunque trazadas con grandes desniveles, son generalmente largas, luminosas y bastante rectas; las casas, altas y cómodas. Las calles, plazas y plazuelas llegan a 560, las casas a 7.398, las familias a 32.745, que forman 156.672 individuos, 21 parroquias con sus iglesias anexas, 66 conventos y 18 Hospitales. Tienen su sede en Madrid los Tribunales más importantes de

la nación, esto es, el Consejo de Estado, el Consejo y Cámara de Castilla, el Consejo de Guerra, el Consejo y Cámara de las Indias, el Consejo de los Ordenes y de Hacienda, el de la Inquisición, la Sala de los Alcaldes de Casa y Corte, la Rota de la Nunciatura y otros tribunales a éstos subordinados. Sin entrar en los pormenores de cada una de estas jurisdicciones, y después de haber alabado merecidamente la sabiduría, doctrina e integridad de los respetables consejeros, me limitaré aquí a decir aquello que atañe más a nuestro objeto y que está relacionado con la Casa o Palacio de los Consejos, el cual sirve, por su magnificencia y buen gusto, al decoro de la capital; conocemos el nombre de su arquitecto: Francisco de Mora, discípulo que fue y sucesor del célebre Juan de Herrera.

No han pasado muchos años desde que Madrid fuera declarada plaza de armas, cuya guarnición se componía de tres regimientos de infantería, uno de caballería y de un batallón de voluntarios. En aquel tiempo la ciudad estaba dividida en cuatro barrios, y cada uno de ellos en ocho distritos, cada uno de los cuales tenía su propio alcalde, quien estaba a su vez bajo las órdenes del *Alcalde de Casa y Corte*. Gracias a este sistema de policía tan bien organizado, Madrid disfruta del buen orden, seguridad y tranquilidad de los que pocas otras ciudades pueden vanagloriarse. En las plazas, calles, paseos públicos y jardines se ven muchas fuentes, algunas de las cuales merecerían una descripción pormenorizada dada la belleza y elegancia de su arquitectura y singularidad de sus obras escultóricas. Otras, estando descuidadas y faltas de ornamentación, parecen quejarse al tiempo de la destrucción de alguna de sus piezas; por ello el ilustre arquitecto Buenaventura Rodríguez (*sic*), autor de las más elegantes entre las modernas, y los felices cinceles de los Gutiérrez, los Alvarez, Michel, Primo y Bergaz conspiran al unísono para su renovación. Por lo demás, todas ellas están situadas en los lugares más adecuados, y pocas dejan de suministrar excelentes y cristalinas aguas que colman las necesidades de los habitantes.

Los viajeros que antes del reinado de Carlos III vieran la antigua Puerta de Alcalá y sus alrededores, difícilmente hubieran creído que, pocos años después, este monumento alcanzaría la magnificencia, belleza y amenidad que ostenta en la hora presente. La grandiosa puerta nueva, cuyas cinco entradas dan a la amplia calle de la que recibe su nombre, es uno de los monumentos más bellos de la capital. Ha sido erigida a guisa de arco triunfal para eternizar el feliz advenimiento de Carlos III a su Corte. El arco, magníficamente construido, está rodeado por los jardines del Buen Retiro, provistos de toda suerte de frutos, y las plantaciones de árboles de los alrededores forman un delicioso paseo que ha embellecido de tal modo aquella parte de Madrid, que en nada desme-



rece de las más bellas entradas que puede ostentar cualquier otra ciudad; difícilmente se encontrará alguna que, dentro del recinto de sus murallas, tenga un lugar tan bello y magnífico, donde cualquier persona cultivada puede recrearse durante todas las estaciones del año.

En aquellos amenos paseos se dan cita, en efecto, gentes en carroza o viandantes que disfrutan de la sombra de largas y verdosas hileras de árboles, placer que el hombre suele apetecer durante los calores estivales, pues allí se respira un aire refrescado por los chorros de agua de las nobles y elegantes fuentes perfumadas por las suaves exhalaciones de las flores y las plantas aromáticas del nuevo Jardín Botánico. Se halla situado éste a media legua delante de Madrid, en el camino que conduce al pueblo del Pardo. Se lo llevó a aquellos parajes disponiéndolo de tal modo, que sus recintos sirviesen de ornamento, que no de obstáculo, para disfrutar de aquel delicioso y utilísimo conjunto, que ofrece tanta variedad de plantas, arbustos y árboles exóticos. Y para aunar lo magnífico a lo útil y deleitable, ahora se está diseñando allí uno de los más bellos edificios de Europa para instalar en su interior la Nueva Real Academia de las Ciencias, donde puedan impartirse lecciones públicas e instalarse un laboratorio químico y otras dependencias necesarias para los estudiosos de las ciencias naturales. Puesto que no es mi deseo detenerme observando la singularidad de las rarezas del mencionado Jardín, me limitaré a decir aquí que el soberano quiere y puede convertirlo en el más perfecto y completo de cuantos se conocen gracias a la diversidad de climas y terrenos.

Antonio Conca, *Descripción viajera de España*, Parma, 1793-1797.

## Urbanismo y arquitectura: Vayrac

Estado presente de España (*París, 1718*) es un ejemplo típico de viaje ficticio: las referencias españolas del abate Vayrac provienen de Alvarez de Colmenar y, según Sarrailh, de las Memorias de la Corte de España de Mme d' Aulnoy y, por lo que hace a Madrid, del libro de Núñez de Castro Sólo Madrid es Corte (1669). Conviene subrayar con todo que Vayrac viajó realmente a España, donde estuvo veinte años antes de volver a Francia en 1710 y que sus observaciones sobre la administración y corte de Felipe V, que responden a un interés personal confirmado por otros libros suyos como Estado presente del Imperio (*París, 1711*), Máximas de Derecho y del Estado (*París, 1716*), Historia de la Revolución de España (*París, 1718*), derivan de la observación directa. La finalidad de la relación es «criticar a los autores modernos que, cuando hablan de las costumbres y usos, o del

*gobierno de los españoles, los llenan de sarcasmos malintencionados o les atribuyen defectos que no tienen».*

Antaño Toledo era la principal ciudad de la Alcarria, pero hoy lo es Madrid, tanto más cuanto que es la sede de la Corte. Madrid es la ciudad mejor construida y más poblada de España. En la antigüedad la villa no era más que un pueblo casi desconocido que pertenecía al arzobispado de Toledo. Está situada en medio de una gran llanura rodeada por todos los lados de montañas, que son toda su defensa, pues no tiene murallas ni fosos. Si se exceptúa la *Puerta de Alcalá*, sus puertas no indican para nada que se entra en una capital. Están vigiladas por centinelas, pero no porque la plaza necesite ser guardada, sino solamente para obligar a los extranjeros a pagar los derechos de entrada y salida.

Las calles de Madrid son anchas, largas y rectas, pero también sucias y pavimentadas con pequeños guijarros puntiagudos, que son bastante incómodos para los viandantes. Las más bellas son la de *Alcalá*, *san Jerónimo*, *san Bernardo* y *Toledo*.

Apenas puede encontrarse en Europa una ciudad donde se vean tantas bellas plazas como en Madrid. Destacan la *Plaza Mayor*, la de la *Cebada*, la del *Sol* y la de *san Ginés*.

Casi todas las plazas, así como muchas calles, están adornadas con hermosas fuentes de mármol embellecidas con estatuas. Las más grandes suministran a buena parte de la ciudad agua excelente y tan ligera, que el Cardenal Infante, cuando estaba en Flandes, ordenó que se la trajeran en cántaros desde Madrid y no bebía otra cosa.

Las avenidas de Madrid son muy bellas. Destaca la *Calle Mayor*, es decir, la calle más grande, que es muy amplia y se halla bordeada a ambos lados por soberbias casas que la embellecen sobremedida.

Aunque el aire sea un poco inconstante a causa de las montañas, es tan puro que jamás se experimenta la malignidad de las influencias del crepúsculo. Este es el motivo por el que los Reyes de España decidieron fijar su Corte en esta ciudad.

Casi todas las casas de la villa son de ladrillo a excepción de las viviendas de los pobres. El hecho de que sean de ladrillo, como acabo de decir, no impide que sean muy bellas, pero desgraciadamente su arquitectura es bastante irregular. Aunque tienen bastante pocas ventanas, gran parte de ellas presentan balcones con celosías desde lo más bajo de la calle hasta el último piso. Tras ellas las mujeres se ocultan para poder ver sin ser vistas por los viandantes tratando así de liberarse del enclaustramiento forzoso al que les someten sus celosos maridos. Apenas se ven patios ni puertas cocheras. Los cristales escasean (...)

Vayrac, *Estado presente de España*, Amsterdam, Steenouwer, Uytwerf, 1719.)

## **Tortuosidad de las calles, malas edificaciones: Servando Teresa de Mier**

*Fray Servando Teresa de Mier (Monterrey 1765- México 1827) es un viajero atípico y curioso. En Méjico recibe el hábito de Santo Domingo, después órdenes menores de subdiácono y diácono. Fue maestro de estudios, y finalmente profesa el sacerdocio. Lector en filosofía y doctor en teología en el convento de Santo Domingo, alcanza gran celebridad como predicador. Perseguido por la Inquisición, fue desterrado durante diez años a España, donde es recluido en el convento de Las Caldas, cerca de Santander, inhabilitándose para enseñar, predicar y confesar y privándosele del título de doctor. En 1796, viaja a Madrid, donde pide justicia para su causa ante el Consejo de Indias. Finalmente, pasa a un convento de Salamanca. Su talante crítico y heterodoxo le emparenta con Blanco White. Las Memorias de Mier, como las Cartas de Blanco, son una defensa, cuando no una apología, de su vida expuesta siempre con verbo crítico y humorista.*

Hablando de lo que es la villa de Madrid, ya se supone el desorden, angostura, enredijo y tortuosidad de calles, sin banqueta ninguna, ni la hay en parte ninguna, ni la hay en parte alguna de España, sino en la calle Ancha, de Cádiz. El pavimento es de pedernal, piedritas azules, puntiagudas y paradas que estropean los pies. Las casas, de palo y piedras, sin igualdad ni correspondencia, todas feas y en aspecto de ruinas por las tejas y las guardillas. Arriba del techo, para que el sol no queme la pieza, hay una especie de tapanco o desván, sobre el cual está el techo de teja y tiene una ventanilla a la calle para que se ventee. Esto se llama guardilla, y suele vivir allí algún infeliz, como otros infelices suelen vivir en subterráneos que tienen las casas. El palacio abandonado del Rey en el Retiro, donde está un monasterio de jerónimos, es muy poca cosa. El palacio actual del Rey debía constar de tres lienzos; pero se han quedado en uno por los gastos locos de Godoy y la reina, cuyo bolsillo secreto anual subía a 56.000.000 reales para pagar sus amores y hacer un palacio a su familia en Parma. Los Consejos están amontonados en un caserón viejo. Son razonables edificios hechos casi en mi tiempo, la casa de la Imprenta real y el Correo, aunque en ésta al arquitecto se le olvidó que debía tener escalera, y han tenido que pegar a un lado una de palo. Los templos tampoco valen nada: el mejor es san Isidro el Real, que era de los jesuitas y hoy es colegiata. Allá las iglesias no son templos magníficos y elevados, como por acá, sino una capilla. Ninguna tiene torre, y la ponderada Giralda de Sevilla es más baja que la torre de santo Domingo de México. Los conventos son casas de vecindad, y los de las monjas,

excepto uno u otro, son casas embebidas en la acera con algún oratorio, y me sucedió estar pasando por una calle dos años y no saber que allí había convento de monjas. Las casas no son, como acá, de una familia cada zaguán, sino que en cada uno, conforme va uno subiendo la escalera, a cada puerta que queda a un lado y a otro de la escalera, vive una familia. Tampoco allá la casa de vecindad es, como acá, sino un amontonamiento de cuartitos donde todos están oliéndose el resuello. De los balcones se arrojaban los bacines a la calle diciendo: —¡*Agua va!*, como todavía se hace en Portugal. Carlos III se empeñó en quitar esta porquería de la calle, y los madrileños se resistieron, diciendo al protomedicato que por ser el aire muy delgado convenía impregnarlo con el vapor de la porquería. Carlos III decía por eso que los madrileños eran como los muchachos, que lloraban cuando les limpiaban la caca. Al fin se hizo en cada casa una secreta de un agujero, que llaman Y griega. Está en la cocina y sirve para derramar allí los bacines, porque nadie puede sentarse; siempre está mojada de las aguas de la cocina, que echan por allí. Todos los conductos de las YY griegas van a un depósito. Este lo limpian los gallegos, cada uno o dos meses, por la noche, que no dejan dormir a nadie, y es tal la peste durante ocho días, que muchos enferman.

A las ocho o a las nueve comienza el Paseo en el Prado, que es una calle ancha con árboles, y allí hay dos fuentes: una al principio, que llaman de la Cibeles, y otra al fin con una estatua de Neptuno en su carro; hay a un lado también una estatua de Apolo. Nada tiene de particular. Está este paseo al lado del Retiro, donde hay jardines, un estanque de agua, un bosque con algunos animales, la casa de la China, el edificio del Observatorio, una parroquia, el juego del mallo, es decir, donde se tira a la pelota con una pala y a los dos lados hay tablas para que no salga y la casa de fieras. Es un pequeño edificio redondo donde suele haber algún león, algún tigre y arriba algunos pájaros grandes. Fuera del Retiro está la plaza de toros, hecha de tablas, redonda.

El temperamento de Madrid es extremoso, y dicen allá que se reduce a ocho meses de invierno y cuatro de infierno. El frío es mayor que el de todas las Cortes de Europa, excepto Petesburgo, pues tienen al lado casi siempre nevado el cerro Guadarrama, ramo de los Pirineos. El aire es tan delgado, que suele matar en el paso de una calle con un dolor de costado. Y se siente más porque no hay chimeneas, como en Inglaterra y Francia, ni estufas, como en el norte y en París, sino un brasero miserable en medio de la sala, que dura todo el día. Por eso al que lo menea le dicen que largue la pesata de la firma, porque lo destruye, y este brasero se entiende en las casas decentes, y aun esas necesitan empeños para conseguir carbón. La gente pobre, o rabia de frío, o compra las cenizas de estiércol azafroso, que yo no sé cómo pueden soportar. Aun el brasero, si

no está bien apagado, causa jaquecas terribles, y algunas veces sofoca y mata a la gente. En el pueblo bajo todo era infelicidad, y me admiraba yo cómo se podían mantener con taránganas del rastro, que son unas tripas llenas de sangres.

El calor es sumamente insoportable y el agua misma está caliente, por lo que en las casas decentes siempre la echan hielo. Todas las puertas altas de las casas tienen encima unos esterones o persianas, y las casas están oscuras, que cuando uno entra no ve nada. Se riegan a las once las salas por lo mismo, y todo el verano se vive en los pisos bajos. Las señoritas están dentro en pelota, puesto una especie de saco como enaguas sueltas desde el pescuezo, de las cuales sacan los brazos todos desnudos, y así se presentan en las visitas. No sé si debajo llevan alguna camisa, porque yo no se las vi, a pesar de que están desgolletadas, que estando sentado cerca les veía los dos pechos desnudos. A las seis de la tarde aún no se puede salir a la calle, porque los pedernales despiden fuego.

Fray Servando Teresa de Mier, *Memorias*, s. a., Madrid, Biblioteca América, Biblioteca Ayacucho.

## **Neoclasicismo académico versus «churriguerismo» castizo: Henry Swinburne**

*El viajero inglés Henry Swinburne (Bristol 1743-1803) llega a España en 1775. En 1763, había visitado Turín, donde estudió en la Real Academia las pinturas, esculturas y reliquias de la ciudad. Recorre después Austria, Alemania y Holanda.*

*En la relación que lleva el título de Viajes a través de España en los años 1775 y 1776 Swinburne dio a conocer por primera vez en Inglaterra «las artes y monumentos de los antiguos habitantes de España». El autor envió el manuscrito a Inglaterra al editor Samuel Henley, quien, en 1796, lo publica ilustrado con dibujos muy exactos de arquitectura romana y árabe. En 1797, la obra se reedita en dos volúmenes in-octavo y ese mismo año De la Borde la traduce al francés. En 1806 y 1810 se publican ediciones abreviadas.*

*Las noticias de Swinburne sobre Madrid conjugan la observación descriptiva y el dato histórico con la opinión artística militante: en el texto siguiente opone a los excesos del sistema barroco oficial de la arquitectura religiosa en las iglesias madrileñas «churriguerismo» la nueva estética neoclásica preconizada por la Academia de Bellas Artes de san Fernando, defensora institucional de proyectos ciudadanos racionalistas e industria-*

*les cuyas mejores realizaciones en Madrid fueron los diseños de Diego de Villanueva y Ventura Rodríguez.*

Desde mi regreso de Aranjuez, he empleado las mañanas revolviendo una multitud de libros y folletos sacando extractos de todo aquello que pudiera arrojar luz sobre la historia, literatura y antigüedad de España. He dedicado las tardes a visitar los edificios más importantes de Madrid, y, si se exceptúan los palacios reales, hay pocas construcciones que merezcan la pena. No creo que en Europa haya una capital que tenga tan pocos como Madrid: no habiendo sido jamás sede episcopal, no tiene catedral ni ninguna iglesia que se diferencie mucho del tipo corriente de parroquias y conventos. Puedo decir que, en líneas generales, la arquitectura exterior de todas ellas es bárbara y el sistema de ornamentación interior tan malo como el de las peores épocas; la mayoría fueron erigidas o reformadas durante los años que transcurrieron entre la mitad del siglo XVII y el año 1759, un periodo de la historia de España en el que todas las artes y las ciencias descendieron al más bajo nivel de degeneración como consecuencia de la corrupción de las costumbres, la falta de espíritu público y el desorden y debilidad de una monarquía decadente. Estos vicios del sistema político de los últimos príncipes de la Casa de Austria no podían desaparecer inmediatamente con el advenimiento de otra dinastía. Las guerras que conmovieron los mismos fundamentos de su trono durante los primeros diez años de este siglo mantuvieron las bellas artes en un estado de postración cuando se aventuraron a alzar de nuevo la cabeza y solicitar el favor del soberano. Parece ser que hubo una carencia total de profesores que secundaran sus esfuerzos y las orientaran hacia el buen sentido y auténtico gusto. Nunca soñó un arquitecto, por loco que estuviera, una distorsión de miembros tan caprichosa, un retorcimiento de columnas, cornisas o frontones tan turbulento y fantástico como los ejemplos reales que pueden encontrarse en muchas iglesias de Madrid. Todas ellas son pequeñas y pobres, tanto en mármoles como en pinturas. Sus altares son montones de ornamentos de madera apilados hasta el techo, llenos de velas, que más de una vez han prendido fuego a toda una iglesia. Los conventos de los que se puede decir que poseen una buena colección de pinturas son los de *san Pascual* y los de las monjas *Carmelitas Descalzas*. El primero tiene un maravilloso Tiziano, un importante Guercino y muchas otras piezas de afamados maestros italianos. En la sacristía del último, hay una rica colección de pinturas de varios artistas, muchas de las cuales son de notable mérito. Las tumbas de Fernando VI y de la reina Bárbara, en la iglesia de la Visitación, son casi los únicos monumentos sepulcrales de alguna importancia.



El primer Rey que permaneció algún tiempo en Madrid fue Enrique IV. Antes de su reinado, el paraje no era más que un lugar insignificante con un pequeño castillo construido para comodidad de los reyes que venían a cazar osos por los alrededores, que estaban entonces tan poblados de árboles como lo están ahora desnudos. Su situación, sobre una colina que dominaba muchas leguas de campo, abierta por todos lados a la libre circulación de los vientos y con abundancia de buenas aguas, indujo al Emperador Carlos V a construir aquí un amplio palacio que trató de convertir en su principal residencia, porque consideraba que el clima era el que mejor convenía a su naturaleza. Una vez establecido el soberano en Madrid, la nobleza pronto abandonó sus castillos hereditarios y sus casas en otras ciudades para seguir a la Corte. Los nobles se vieron en la necesidad de acomodarse en las casas que encontraron ya construidas; y por esta razón, a la que se añadió la gran desidia que se apoderó de los españoles durante los dos últimos tercios del siglo XVII y casi la mitad del presente, la mayoría de las grandes familias continúa habitando vastos caserones de fea ejecutoria que no se pueden distinguir de las casas ordinarias de las calles, excepto por sus mayores dimensiones.

Henry Swinburne, *Viajes por España en los años 1775 y 1776*, Londres, P. Elmsly, 1779.

## Urbanismo y clima: H. F. Link

La villa de Madrid es bella. Las calles están bien pavimentadas y casi todas bordeadas por aceras para los viandantes. Presentan un aspecto muy limpio y la mayoría tienen bellos edificios. Cuando se entra, sorprende especialmente la *Puerta de Alcalá*. Se llega allí por una calle larguísima y ancha llamada *la calle de Alcalá* de bello trazado. Cerca de la puerta se encuentran, a la izquierda, los jardines del *Buen Retiro*. Viene después el *Prado*, paseo soberbio con muchos árboles y abundantes fuentes. El camino conduce hasta la puerta de *Aranjuez*, junto a soberbios jardines y palacios. Destaca entre ellos el del duque de Medinaceli todas cuyas puertas son de una arquitectura noble y simple. La parte central de la ciudad anuncia un origen más antiguo por sus calles angostas y de trazado más irregular. Allí está la *Plaza Mayor*, soberbia plaza rodeada de arcadas, desfigurada sin embargo por abundantes tiendas que la convierten en una especie de mercado. La parte posterior de la ciudad se parece al centro. Solamente ofrece, sin embargo, algunos palacios. Precisamente allí se encuentra el amplio y magnífico



Palacio del Rey. Esta parte termina al oeste de la ciudad en una pendiente escarpada, lo que hace que la perspectiva sea muy agradable y sorprendente en varias calles. Delante puede verse la montaña que forma la frontera de Castilla. En el horizonte se descubre El Escorial y sus alrededores. En el fondo fluye el *Manzanares*, río pequeño, pero adornado con bellísimos puentes y bordeado por paseos llenos de olmos y álamos. La abundancia de campanarios confiere a la ciudad un bello aspecto vista en lontananza. De cerca tampoco desagradan. Aunque no ofrecen una arquitectura notable, no dejan por ello de presentar una forma bastante elegante, como casi todos los campanarios de España. No encontramos aquí casi nunca esas flechas puntiagudas que se ven en las iglesias de Alemania como tampoco las masas informes y truncadas de los campanarios de Inglaterra, formas que recuerdan a las ruinas y armonizan mal con los edificios construidos con arte.

El interior de las casas, incluso el de las grandes, no responde al exterior de la villa. La entrada es casi siempre estrecha; los cuartos, abundantes, pero mal distribuidos. El rey Carlos III, que ha convertido a Madrid en una ciudad muy limpia, no ha podido entrar dentro de las casas, donde sorprenden las basuras y la suciedad. Fue también la impresión que me causó la *Cruz de Malta*, primer albergue donde nos alojamos (...)

Una gran ciudad situada en una comarca ingrata, sin montañas, sin un río de importancia, sin manufacturas interesantes, y donde la corte apenas se establece unas pocas semanas sólo puede mostrar una grandeza falsa, escasos recursos y ofrecer pocos placeres. Uno debe contentarse con el placer que deparan las prácticas supersticiosas, o las del amor, que tienen mucha relación con la devoción. En cuanto a los espectáculos, no los he visto nunca tan insípidos como los de Madrid; en los dos teatros que hay, sólo se ven obras sin gusto representadas por actores sin talento. Sólo había una actriz que representara con dignidad el papel de heroína. No tienen nada que pueda compararse a la excelente ópera de Lisboa. Por lo demás, raras veces se ofrecen en España cenas y aún más raramente meriendas. Se limitan a té o a colaciones en donde se devora una enorme cantidad de *dulces*, que tanto sorprendieron a Bourgoing. Creo que este autor hizo un honor demasiado grande a esta villa alabando exageradamente la frugalidad de sus habitantes. A menudo he encontrado borrachos por las calles de Madrid, sobre todo entre los miembros de la guardia; pero ello es comprensible dadas las excelencias del vino espirituoso de la Mancha, que aquí, sin, embargo no se aprecia como se merece.

En general, el clima de Madrid es agradable por la serenidad del aire y la escasez de lluvias. Parece, en efecto, que las montañas de la frontera



de Castilla detienen las nubes. Yo las he visto envolver la cima de esas montañas impulsadas por un viento del norte, y detenerse allí varios días antes de bajar a la llanura. En verano, el aire es abrasador, porque nunca lo refrescan los vientos del mar; en invierno, en cambio, es extremadamente frío. A menudo he visto *el Mazanares* cubierto con hielos; un frío tan riguroso en esta latitud se debe, sin duda, a la altura de la ciudad, como lo prueba el descenso continuo del barómetro (...) A pesar de los rigores del frío, sólo encontramos, incluso entre las gentes de condición, *el brasero*, que sirve para encender los cigarros que tanto gustan a los españoles.

H.F. Link, *Viaje a Francia, España y Portugal desde 1797 hasta 1799*. París. Levrault, 1803.

#### NOTAS

<sup>1</sup> Valerius en su *Mineralogía*.

<sup>2</sup> Muchos naturalistas han seguido la misma errada opinión, y entre ellos el célebre Mr. de Reamur. Lineo, en sus *Systema Naturae*, se adelanta más en el error asegurando que *silex nascitur in montium tretacorum rimis, uti quarzum in rimis saxorum*. No es menester gran trabajo para refutar esta opinión; pues basta abrir los ojos, y ver la inmensidad del pedernal de Madrid, y de otras muchas partes de España y de Italia, que se halla, lo primero en capas continuas, y lo segundo lejos de toda materia cretácea. El docto Abate Fortis, en su curiosísimo *Viaje de Dalmacia*, refuta elegantemente los errores de dichos naturalistas, y señala los parajes de Italia y Dalmacia en que se halla el sílex de diferente manera que ellos dicen; y añade sus observaciones sobre la formación de esta piedra. «Yo he visto muchas veces —dice— el pedernal en el acto, por decirlo así, de pasar de estado calcáreo al síliceo, y en particular he hallado frecuentemente pedernales envueltos en materias volcánicas».

<sup>3</sup> Aunque faltase el pedernal de Madrid, no faltaría de qué hacer los cristales, pues hacia la Sagra de Toledo hay cerros inmensos de esta piedra.

<sup>4</sup> Todo lo que se alega contra los árboles es puro sofisma, y solamente la ignorancia puede mantener semejante preocupación. Lo singular es que en los países septentrionales y frescos de España aman mucho los árboles, y trabajan por mantener sus plantíos; y en los climas ar-

dientes y secos se declaran, no obstante la frescura y la utilidad que les resultaría para que no se abrasara y secase tanto el terreno. Su error les persuade de que la sombra de los árboles, aunque hace crecer las mieses con mucha lozanía, no las deja granar: y que valiendo más el grano que la paja, no debe haber árboles que hagan sombra. Si vieran los que tal dicen la feracidad de otros países, como Lombardía por ejemplo, donde no hay campo cuyas márgenes no estén ocupadas por árboles, conocerían el error en que viven. Es decir que los árboles multiplican los pájaros que se comen los granos, es otra preocupación inveterada, más débil y despreciable que la primera, porque los árboles no producen pájaros; y el que ahora ve multitud de ellos que se juntan en algún olmo, que por lo regular se ve solo en cada lugar, es porque no hay muchos donde se esparzan; y así echan mal la culpa a aquel pobre y solitario árbol. La obstinación de los que tal defienden no podrá negar que en Valencia, y todos los demás países del mundo donde florece la agricultura, están cubiertos de árboles, sin que a nadie se le haya ocurrido que los pájaros destruyen sus plantíos y sementeras. Las simientes de muchos árboles, y los insectos que crían, sirven de pasto a los pájaros; pero en la mayor parte de las Castillas es forzoso se alimenten de pan y cebada, porque no hay otra cosa; y así la misma barbarie de los *antiarbolistas* les hace incurrir en el inconveniente que pretenden evitar.



<sup>5</sup> Este género de monte, aunque no diese madera para edificios, la daría para otros usos, y sobre todo mucha leña. Lo bien que ha probado en el Retiro, y en el alto de san Blas, que son los dos peores terrenos de las cercanías de Madrid, el plantío de olmos que se trajeron pequeños de los viveros de Aranjuez, y la siembra que entre ellos se hizo de encina, fresno y almendro, prueba la facilidad con que se puede criar sin riesgo un monte en las tierras más secas.

<sup>6</sup> Véase sobre esta acacia lo que escribe Mr. Buchoz en su correspondencia de *Historia Natural*. No es ponderable la facilidad con que se prende y se multiplica, y la abundancia de leña que da, criando, según él dice, mucho más en diez años que la encina en cuarenta.

Pero mejor que todo sería guarnecer las lindes de las heredades con olivos. Es cierto que en lo antiguo los hubo con abundancia en el territorio de Madrid, y los que conservan en san Jerónimo, Atocha y la Real Quinta llamada del Duque del Arco, prueban que el terreno los cría bien, y que producen un aceite, que manobrándoles según el método expresado en la pá-

gina 470, no es inferior al de Provenza. Se sabe la facilidad con que los olivos pierden la estaca, y siendo así ¿para qué se necesita buscar otro medio de hacer que desaparezca la aridez de los altos de Madrid?

Por lo respectivo a los terrenos bajos, si se llenasen de olmos, fresnos, robles, álamos blancos y chopos, según conviniese, ambas orillas del Manzanares, y las arroyadas que entran en él, como se hizo en gran parte en tiempo de Felipe II, no sólo se acrecentaría infinito la amenidad, sino que puede asegurarse que con esto solo, dando las podas a su tiempo y según buenas reglas, y renovando el plantío cuanto conviniese, como hacen los vizcaínos con sus montes, tendría Madrid madera excelente para varios oficios, y qué se yo si toda la leña que necesita para sus chimeneas. Acaso llegará el tiempo de que se logre este beneficio, por que los señores Infantes D. Gabriel y D. Antonio han dado un grande ejemplo en el plantío que acaban de hacer junto al Puente verde, poniendo en él sus Reales manos; y la Real Sociedad económica les ha seguido mediante la generosidad de una Dama de alta clase.

# Paisaje urbano

## Arquitectura civil

ARQUITECTURA PALACIEGA, JARDINES Y RESIDENCIAS REALES

### *El Palacio Real*

*El Palacio Real de Madrid fue encargado por Felipe V al arquitecto Felipe Juvara en 1735, un año después del incendio del Alcázar. Felipe V e Isabel de Farnesio deseaban construir en Madrid un palacio que afirmase la magnificencia real y una cierta concepción del poder. Alentaron por ello un lenguaje arquitectónico internacional inspirado en Versalles y en el tercer proyecto de Bernini para el Louvre. El primer diseño de Juvara proyectó un edificio con tres patios principales, tres pisos y dieciséis patios secundarios. Juvara muere en 1736 y la idea no pudo ser realizada. Juan Bautista Sacchetti, su discípulo, simplifica el proyecto original según indicaciones de Felipe V. Mantiene, sin embargo, la idea de Juvara de una doble hilera de estancias separadas por un servicio central de pasillos. Añade el cuerpo sur, que convierte en asimétrica la planta. Ésta es cuadrangular, con salientes en las esquinas y en las partes medias de las cuatro fachadas, patio central y otro abierto que forma plaza de armas ante la fachada principal. La capilla se construyó también según los planos de Sacchetti entre 1749 y 1757.*

*Aunque la construcción del Palacio Nuevo comenzó en 1738, sólo pudo ser habitado a partir de 1764. En su decoración interior, que se prolongó durante todo el reinado de Carlos III, intervinieron artistas italianos y españoles: Antonio Mengs pintó la mayoría de los frescos mientras que el veneciano Tiepolo decoró el Salón del Trono con alegorías simbolizadoras de la universalidad de la Monarquía.*

*Las opiniones de los viajeros extranjeros sobre el Palacio Nuevo se dividen: para los franceses Vayrac y Bourgoing la apariencia de fortaleza priva al edificio de carácter regio. La comparación con el Louvre es inevitable. Richard Twiss y los viajeros ingleses lo encuentran, en cambio, el edificio más suntuoso de Europa, sobre todo en comparación con palacios análogos de Nápoles, Prusia o Portugal.*

Emplazamiento y arquitectura: Vayrac.- No es de extrañar que, entre las bellas construcciones de esta capital, destaque el Palacio Real. El edificio, situado en uno de los extremos de la ciudad, se alza sobre una elevación cuya pendiente desciende imperceptiblemente hacia la ribera del *Manzanares*. Por la parte trasera se orienta hacia el campo. El Palacio ofrece por ese lado un aspecto imponente.

Delante de la fachada se encuentra una grande y bella plaza. Dos pabellones rematan un cuerpo grande de viviendas; tres grandes puertas de un arquitectura bastante simple conducen a dos patios, alrededor de los cuales hay pórticos bastante amplios con pilares de una piedra gris que sostienen las galerías, que se extienden por encima y gracias a las cuales se comunican todas las viviendas. Alrededor de dos patios están la mayoría de las estancias donde se reúnen los Consejos, los despachos de los Oficiales que las componen, los oficiales de la boca del Rey y de la Reina. Hay también allí muchos almacenes de joyeros, quincalleros y chamarileros. Entre los dos patios, se descubre la escalera que conduce a las habitaciones del Rey y la Reina.

Este edificio sería bastante bello si fuese simplemente la casa de un particular, pero, para tratarse del Palacio de uno de los monarcas más poderosos de la tierra, puede decirse que ofrece una apariencia bastante discreta.

Cuando se va a Palacio en carroza, uno se detiene bajo la bóveda del vestíbulo, pues no se permite la entrada a nadie sea cual fuere el rango de la persona. Antaño había en la puerta un reducido número de alabarderos. Cuando alguien se sorprendía de que un Rey tan poderoso tuviese una guardia tan poco proporcionada a su grandeza y poderío, se le respondía diciendo que Su Majestad reinaba demasiado sobre los corazones de sus súbditos como para preocuparse por temer algo de ellos. No obstante, desde 1704, Felipe V ha creído oportuno tener una buena y fuerte guardia de a caballo y de a pie que vigila en la plaza, en las puertas, en las galerías y en las estancias del Palacio.

Para formarse una idea cabal de este edificio, hay que saber que debía estar compuesto por cuatro cuerpos de viviendas flanqueados por cuatro grandes pabellones; pero de estos cuatro sólo me he referido a uno; los otros tres sólo están en el piso construido bajo las órdenes de Carlos V.

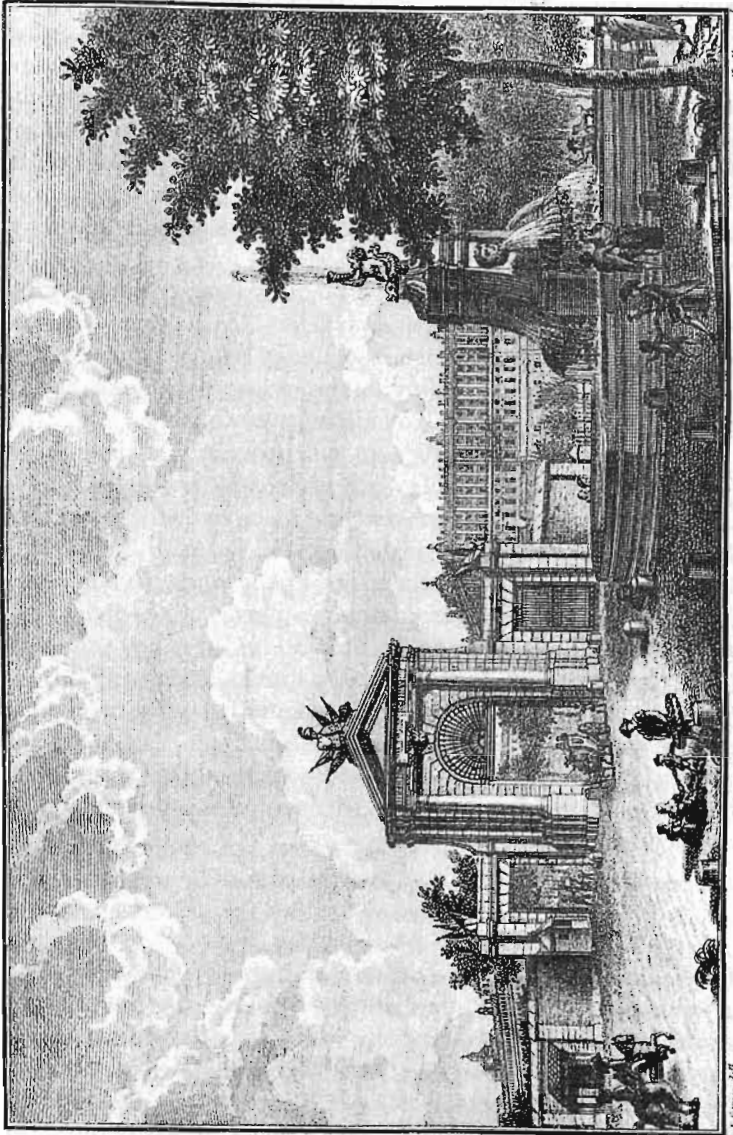
A pesar de todo esto, el Rey no deja de estar tan bien alojado como la Reina y los Oficiales de sus Majestades, y se ve allí constantemente muchos bellos apartamentos cuyas salas, habitaciones y galerías están adornadas con raras estatuas y bustos bastante bien labrados; llama la atención el hecho de que aquellos que representan mujeres han sido ejecutados al estilo español, es decir, con abundante maquillaje en las mejillas. Se ve también allí por todas partes ricos y excelentes cuadros pintados por los mejores maestros. Entre otros hay un Miguel Angel que representa a Nuestro Señor en el Huerto de los Olivos, del que se dice que costó a Felipe V 15.000 doblones. Además de la cantidad extraordinaria de cuadros, las habitaciones están también adornadas con muebles dignos de la grandeza de un Rey y con bellos tapices, donde la seda, el oro y la plata brillan por doquier.

Todo este palacio está construido en piedra bastante blanca, salvo dos pabellones de la fachada, que son de ladrillo. Los ventanales son de mármol fino y están provistos de cristales y tienen balcones dorados que causan un buen efecto. La Sala de Audiencias es completamente dorada, desde el suelo hasta el artesonado. La chimenea es de jaspe.

A un extremo de la Plaza del Palacio, se encuentran las magníficas caballerizas del Rey. Encima de ellas está la Sala de Armas. Ésta tiene una longitud de cien pasos, y está provista por todos los lados de muchos guardarropas, donde se ven las armas de Carlos V, Felipe II, Felipe III y Felipe IV. Unas son doradas, otras plateadas. Puede verse allí una prodigiosa cantidad de pistolas, espadas de diversas clases, arneses de caballos, armas antiguas, como dardos y flechas. En un lugar hay seis hombres a caballo, armados con todas las piezas, adornados de pedrerías, que son presentes que Felipe III recibió del Duque de Saboya y de algunos otros príncipes. Las armas chinas en hierro esmaltado, la bota de un duque de Sajonia, que tiene casi el grosor de un hombre, Durandal, es decir, *la buena espada*, del famoso Roland de heroica memoria, no son las piezas menos curiosas que se ven allí.

Vayrac, *Estado presente de España*, Amsterdam, Steenouwer, Uytwerf, 1719.

Interiores y jardines: Charles-Louis de Pöllnitz.- Mientras perdía el tiempo haciendo peticiones al P. Daubanton, no dejé de considerar lo que había de notable tanto en Madrid como en las Casas Reales, adonde la Corte se trasladaba de vez en cuando. Para referirme a Madrid, diré que es la Capital de toda España y en general la sede ordinaria de los reyes. Tienen allí los monarcas un gran palacio, cuya fachada principal fue mandada construir por Carlos V. Los interiores han sido cambiados y embellecidos bajo Felipe V. El edificio se encuentra en el fondo de un



M. Alonzo sc.

*Vue du Palais du Roi à Madrid, du côté  
de la Concha, prise à la porte St. Vincent.*

*Vista del Real Palacio de Madrid por la parte  
de poniente, y Puerta de S.<sup>a</sup> Vicente.*

Palacio Real de Madrid por la parte de poniente y Puerta de san Vicente. Grabado de las vistas de Madrid de Esteban Boix.

gran patio, que forma un cuadrado largo: dos lados de este patio están bordeados por edificios achatados. De ellos una parte sirve de Cuerpo de Guardia para los soldados españoles y walones, que se alinean en dos filas cuando el Rey o alguien de la familia real pasa por allí. Tres grandes pórticos forman la entrada de este patio. La fachada del Palacio que da al lado del patio consiste en un gran cuerpo de viviendas situado en el centro de dos pabellones bastante estrechos. Tres grandes puertas cocheras forman allí tres entradas; la del medio, que es la principal, es bastante sombría y tiene una bóveda bastante espaciosa, de modo que varias carrozas pueden dar la vuelta al mismo tiempo. Separa esta puerta dos patios cuadrados de igual tamaño, de semejante estructura alrededor de los cuales se ve una hilera de columnas de sillares, que sostiene una galería cubierta que se extiende a todo alrededor. En el patio que está a la derecha, se encuentra la escalera que conduce a los apartamentos del Rey y la Reina. En la otra están los despachos de los ministros.

Los apartamentos del Rey consisten primero en una Sala de Guardias, poco espaciosa y todavía menos iluminada. Sobre la izquierda de esta Sala, se encuentra una gran serie ininterrumpida de estancias bastante estrechas y escasamente elevadas sin techo ni más adornos que tapices de una gran riqueza. Esta sucesión de estancias termina en tres habitaciones, que la princesa de los Ursinos ha ordenado construir. La primera de estas habitaciones es un gran salón bastante elevado y bien proporcionado; el suelo es de madera; en los compartimentos se ven algunos retratos de los Reyes, las Reinas y los Príncipes de España pintados por los maestros más diestros. La segunda habitación es octagonal; se le ha dado esta forma para dar cabida a cuatro pequeños guardarropas en los ángulos del cuadrado. Desde aquí se pasa a la habitación del Rey, que es bastante grande y está enteramente adornada con damascos carmesíes con trencillas de franjas de oro; apenas pueden verse estos adornos, pues la pared está completamente cubierta con excelentes cuadros y espejos magníficos.

El apartamento de la Reina es más pequeño y bastante menos bello que el del Rey. Su Majestad tiene una Sala de Guardias separada de la del Rey. LL. MM. pueden ir a la Capilla sin necesidad de subir a otra planta. Esta capilla no es muy grande, pero está ricamente adornada. La Tribuna no está más elevada que el pavimento de la Capilla; este pavimento es de un mármol bellísimo. Las ventanas de la Capilla son todas de cristal. En la tribuna sólo tienen sitio los Infantes: los Grandes de España se sientan en huecos que hay a ambos lados de la Capilla, desde la Tribuna hasta el altar. Creo que los Cardenales disfrutaban del privilegio

de tener un sillón y un reclinatorio en la Capilla, con preferencia incluso sobre Su Majestad; por lo menos yo he visto así al Cardenal Borgia.

Charles-Louis de Pöllnitz, *Cartas y Memorias con las observaciones que ha hecho en sus viajes*, Amsterdam, Francois Changuion, 1737.

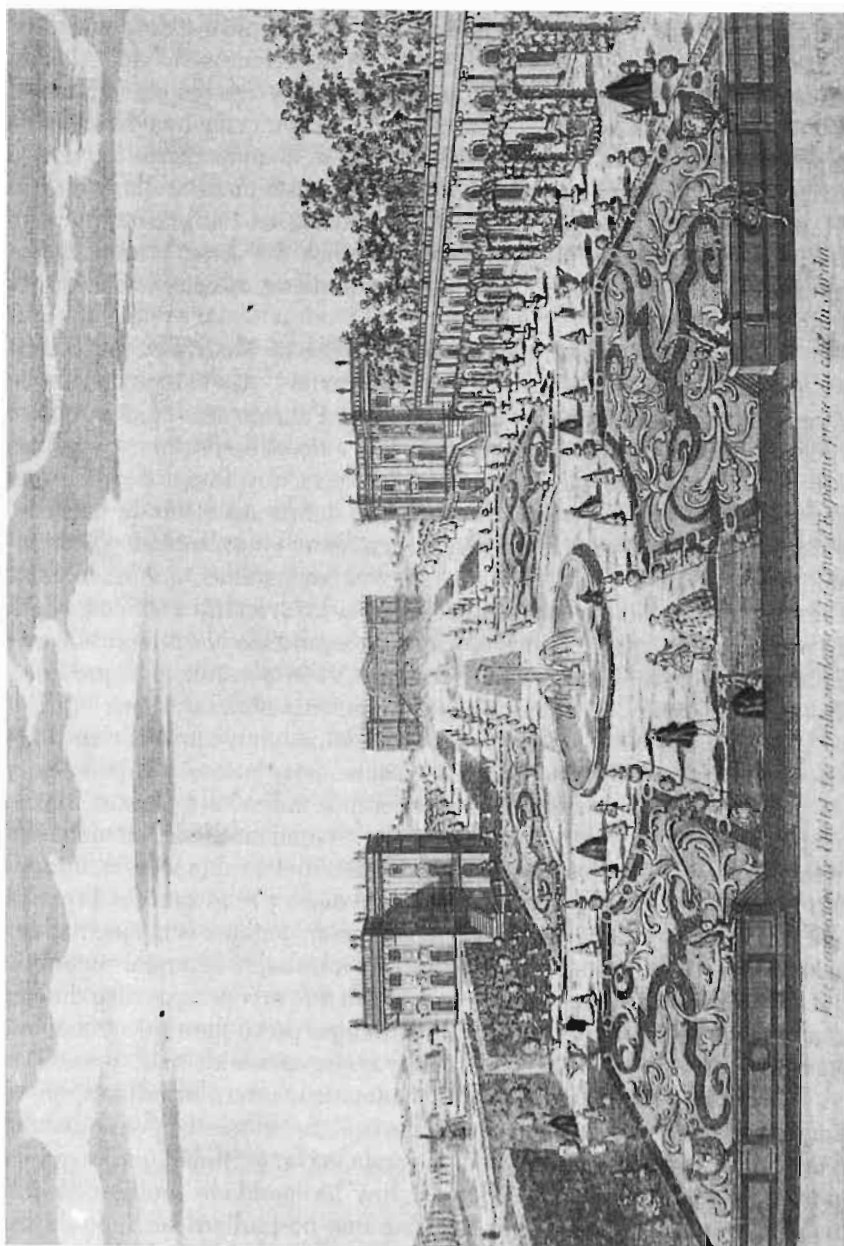
Pinturas, biblioteca, Gabinete de Historia Natural: Francisco de Miranda.- *Aunque Francisco de Miranda (Caracas, 1750- Cádiz, 1816) estudió matemáticas, filosofía y derecho en Venezuela, su situación familiar le obliga a marchar a España sin completar su formación. Allí ingresa en la milicia, donde alcanza el grado de capitán y, entre 1773 y 1775, participa en la guerra de Marruecos. Sus viajes se extienden después por Estados Unidos, Inglaterra y toda Europa con la vocación de entender las ideas, costumbres y política de los pueblos. En 1788, conoce a la emperatriz Catalina de Rusia y un año después participa en la Revolución Francesa.*

*Miranda es el típico viajero dieciochesco que ilustra sus ideas con largos periplos haciendo observaciones y relacionándose con los personajes más notables de cada país. Aventurero y conspirador contra el gobierno de España, empeñado en la independencia de Venezuela y de todo el continente, Miranda es, según Salas Picón, «el primer criollo de dimensión histórica mundial que se empuja sobre los campanarios coloniales y recorre el mundo en viajes y peripecias comprendiendo y participando en el juego de la política europea, y tratando de aprovecharlo para la revolución de independencia americana».*

*De su estancia en Madrid nos han quedado varios testimonios escritos en sus Memorias. La siguiente descripción del Palacio Nuevo deja constancia de la universalidad de sus intereses viajeros —observaciones sobre las pinturas de Mengs y el Gabinete de China conviven con referencias a la biblioteca de Palacio, a las máquinas eléctricas o al Gabinete de Historia Natural.*

Es esta Fábrica una de las más suntuosas que se pueden considerar en la Europa, aunque lo exterior de la arquitectura no es ciertamente correspondiente a su magnificencia interior, sin embargo de que es todo de mármol finísimo; pero le hacen notable falta las estatuas de todos los reyes y reinas de España que le guarecían todo por encima, y el presente rey Carlos III por un capricho las hizo quitar y permanecen con todo cuidado guardadas en unas galerías bajas de dicho Palacio, aunque en su lugar se han puesto macetas de flores, pero no le dan la gracia que tenía con las estatuas. Mañana vendrá otro Rey, y las hará subir y ¡así se componen las cosas del Mundo!





*Les jardins de l'Hôtel des Ambassadeurs, et la Cité d'Espagne, prise du côté du Jardin*

*Jardines del Palacio Real: vista en perspectiva de la residencia de los embajadores en la Corte de España.  
Anónimo. Talla dulce iluminada. MMM.*

El interior, como he dicho, es sin comparación mucho más hermoso; la extensión de las piezas; lo bien ejecutado de ellas; los cristales y sobre todo las pinturas; la mayor parte son de Mengs; la sala de los Reinos, la de Embajadores, y la de los Bailes, sobresalen entre todas; entre los retratos que se ven está el de Lutero y Ana Bolena, y el del Alcalde Ronquillo, (y Velasquillo, el bufón de Felipe II) y Séneca en su Muerte. Entre las Pinturas los Funerales de Julio César, con una función de gladiadores romanos; un cuadro de la pasión cuando Cristo llevaba la Cruz a cuestas pintado por Rafael que dicen costó una Batalla, y otro de María Santísima con su hijo Santísimo muerto en los brazos que está frente de la cama del Rey, que son términos del Arte; y una imagen también de Cristo hecha toda de piedra, de distintos colores embudidos que es un primor.

Hay asimismo un Gabinete de China hecho en Madrid en una Fábrica que S.M. tiene en el Retiro, cosa hermosísima, y lo más particular de dicho Palacio es que no tiene todo él en su Fábrica más madera que la que es necesaria para las puertas, por que todo es de bóveda, y aún más fábrica se considera que tiene bajo de tierra que fuera. Se dice que preguntando Felipe V a sus arquitectos si habría un modo de hacer un Palacio que en el verano fuese fresco, y en el invierno templado y habiéndole respondido que echando tan gruesas las paredes, que ni el calor fuese capaz de calentarlas, ni el frío de pasarlas, vendría a ser como S.M. lo pedía, mandó que se hiciese. Ya se deja por esto considerar si serán gruesas; pero, ni él, ni su hijo Fernando VI lo gozaron, por que en el Reinado de ambos, aún no se pudo concluir esta obra tan vasta.

La librería y estudio del Príncipe es también muy curiosa; tiene muy excelentes libros ingleses, franceses, alemanes, latinos y españoles, y sobre todos, una Historia en inglés general de animales y plantas con los mapas iluminados, que es cosa particular. Asimismo vi allí un memorial que presentó a S.A. un muchacho que apenas dicen sabía leer, recortadas las Letras en el Papel con un Escudo de Armas, y el retrato del Príncipe encima, que es cosa pasmosa por la perfección con que está ejecutado; a este mismo se le puso por orden del Rey a trabajar de aquel recorte la historia de don Quijote, pero, tal cabeza era que una vez que tuvo dinero, sin embargo de que le tuvieron algún tiempo preso para que trabajase, conforme se pudo escapar se marchó, y no ha aparecido más.

Entre las Máquinas eléctricas, neumática, esfera armillaria, se ve una inventada por don Diego Rostriaga (que fue el que nos enseñó todo) para escribir tres cartas a un tiempo con la mayor facilidad que se quiera pensar, y yo mismo escribí; pero el Rey ha mandado prohibir su uso porque, propagándose, no habría firma que no pudiera ser imitada sin más trabajo que llevar una de las plumas sin tinta sobre dicha firma y las

otras con ella las imitarían perfectamente; y una y otra del mismo autor para conocer con el fuego la diferencia que hay en la dilatación de unos metales, respecto de otros. Asimismo se ve un reloj hecho en Ginebra que toca un minuete, después lo canta por música, y otra lo toca en el clave, y luego un pastor que está sentado debajo de un árbol, la toca en su flauta haciendo el movimiento de dedos, y cabeza que es regular hacer al tocar este instrumento, y asimismo un perro que tiene al lado, como algo sorprendido del son, mueve la cabeza a todas partes muy naturalmente.

El Gabinete de la Historia Natural del Príncipe está muy bien ordenado, y puesto en una pieza bastante grande toda alrededor llena de estantes cubiertos por delante de cristales. Aquí se ven varios árboles petrificados como un pedazo de ébano del Perú, cuyo corazón es pederrial, y la corteza madera; un nido de pájaro, hecho como regularmente se ve con pajitas, y todo a excepción de algunos pedacillos perfectamente petrificado; un hongo que el mismo Rey encontró yendo a caza en una Montaña, todo enteramente vuelto piedra, sin que deje lugar a pensar que artificialmente pueda hacerse una cosa semejante, y así varias alajas (*sic*) de árboles tulipanes. De aves hay asimismo cosas muy raras, y sobre todas la que se dice es basilisco, que tiene el cuerpo de un pollo, la cabeza de ratón algo más ancha, y las orejas, el pescuezo, como un pollo también, dos pies, dos alas como de murciélago por detrás, y un rabo largo como de lagarto, que le trae hasta más arriba de la cabeza; animal por cierto horrible. Y asimismo de peces y animales inmundos como culebras. Todo el techo está puesto de las que se llaman estrellas de la mar que hacen en efecto la misma figura de una estrella, y en medio una piel de culebra que tendrá más de 5 y 1/2 varas de largo.

Un huevo (esto es, la cáscara) primorosamente dibujada con una navaja cosa admirable por cierto, en una materia tan frágil y delgada; y un otro huevo grande de marfil, todo de labores caladas, con nueve otros más pequeños, uno entre otro tan bien calados, que confunde ver cómo pudo aquello hacerse, por que no hay la mínima señal, ni apariencia de que dicha cáscara principal se hubiera dividido para hacerlo, sino que es perfectamente entero y sin lesión. Una baraja cuyos naipes son todos de plata, y otra que usaban en América los indios, de cuero sin curtir ni nada, sino con pelo, y por el interior pintada la figura del naipe de un modo raro. Como asimismo un tenedor, y una cuchara también hecha por los Indios, de Palo con labores tan finas y calados que hacen admirar la paciencia y habilidad del artífice.

Francisco de Miranda, *Diarios de Viajes, 1750-1758*, Venezuela, Editorial Sur-América, 1929.



El arte de la pintura: Anton Rafael Mengs.- *Entre los pintores extranjeros venidos España en el siglo XVIII (Lucas Jordán, Andrea Procaccini, Antonio Joli, Gian-Domenico Tiepolo, Michel-Ange Houasse) destaca la figura de Anton Rafael Mengs, de origen centroeuropeo y formado en Italia. Mengs viaja a Madrid dos veces durante el reinado de Carlos III, donde impulsa la Real Fábrica de Tapices, descubre jóvenes talentos españoles, se convierte en dibujante y profesor de artistas y pinta los techos del Palacio Real.*

*En la siguiente carta a Antonio Ponz, Mengs describe y da su parecer sobre los cuadros del Palacio Nuevo (lienzos de Velázquez, Ribera, Murillo y Tiziano). Es la opinión de un tratadista cuyos gustos estéticos oscilan entre el tardío Rococó, de cuyo preciosismo no pudo prescindir en sus retratos cortesanos, y el espíritu del primer neoclasicismo.*

Quiere vuesa merced que le exprese mi parecer sobre el mérito de los cuadros más singulares que se conservan en ese Real Palacio de Madrid, para publicarlo en alguna de sus obras; pero aunque vuesa merced me honra mucho en esto y me anima, creyéndome capaz de ello, me parece ser empresa superior a mis fuerzas y más difícil de lo que vuesa merced se figura; mayormente para mí, que no entiendo de letras, ni tengo gracia para tratar materia tan delicada.

Desearía yo que en este Real Palacio se hallasen recogidas todas las preciosas pinturas que hay repartidas en los demás Sitios Reales y que estuviesen puestas en una galería digna de tan grande monarca, para poder formarle a vuesa merced, bien o mal, un discurso que desde los pintores más antiguos de que tenemos noticia guíe el entendimiento del curioso hasta los últimos que han merecido alguna alabanza, con el fin de hacer comprender la diferencia esencial que hay entre ellos y hacer con esto más claras mis ideas; pero, no habiendo pensado jamás la Corte en formar colección de pinturas, hablaré de los artífices de diversos tiempos, empezando por los mejores autores españoles, por estar colocadas sus obras en las principales piezas de este Real Palacio.

En la sala donde el Rey se viste se han puesto la mayor parte de dichas obras, particularmente de tres autores, que son Diego Velázquez, Ribera y Murillo. Pero ¡cuánta diferencia hay entre ellos! ¡Cuánta verdad e inteligencia del claro oscuro no se observa en los cuadros de Velázquez! ¡Cómo entendió bien el efecto que causa el aire interpuesto entre los objetos para hacerlos comparecer distantes los unos de los otros! ¡Y qué enseñanzas no podría dejar de obtener cualquier profesor que considerase en los cuadros que de este autor existen en la referida sala (ejecutados en tres diversos tiempos) el modo como enseñan el camino que tuvo que seguir el maestro para ensalzar la Naturaleza! El cuadro del Aguador de Sevilla hace ver cuánto se sujetó en sus principios a la imitación del

natural, considerando la diferencia esencial que hay entre los objetos que reciben la luz y las partes sombrías; de modo que esta misma imitación le hizo caer en lo duro y lo seco.

En el cuadro del fingido Baco, que corona a algunos borrachos, se ve el estilo más suelto y libre con que imitó la verdad no como es, sino como se le mostraba. Todavía se advierte mayor soltura en la *Fragua de Vulcano*, en donde algunos de los herreros son una imitación perfecta del natural. Pero en donde sin duda dio la más justa idea del mismo natural es en el cuadro de *Las Hilanderas*, que es de su mismo estilo y está hecho de modo que parece no tuvo parte la mano en la ejecución, sino que se pintó únicamente con la voluntad. Esta obra es en su género singular. A más de las referidas pinturas de Velázquez, hay algunos retratos hechos conforme a este estilo, que fue el más bello que tuvo.

Es admirable Ribera en la imitación del natural, fuerza del claro oscuro y manejo del pincel, y en demostrar los accidentes del cuerpo, como son arrugas, pelos, etc. Su estilo es siempre fuerte; pero no alcanzó a Velázquez en la inteligencia de las luces y sombras, pues le faltó la degradación y el ambiente del aire, si bien el colorido es de más brío y fuerza, como demuestran los cuatro cuadros que cuelgan sobre las puertas.

De Murillo tenemos en esta misma sala pinturas de dos estilos diferentes: del primero, los cuadros de *la Encarnación* y *el Nacimiento del Señor*, los cuales, particularmente el segundo, están pintados con valentía, fuerza y según el natural, si bien fueron hechos antes que adquiriese aquella dulzura que caracteriza su segundo estilo, como se advierte en otras pinturas de esta estancia, sobre todo en la pequeña de *los Desposorios de Nuestra Señora* y en una bellísima media figura de Santiago colocada en la contigua pieza de paso.

En la sala de conversación del Rey hay una excelente obra de don Diego Velázquez, que representa a la señora Infanta doña Margarita María de Austria, retratándola dicho Velázquez; pero, siendo ya tan conocida esta obra por su excelencia, no tengo que decir sino que con ella se puede convencer que el efecto que causa la imitación del natural es el que suele contentar a todo el público, particularmente cuando no se hace el principal aprecio de la belleza.

Dejaré por ahora de hablar a vuesa merced sobre tantos excelentes cuadros de Tiziano, esparcidos por todas las piezas de Palacio, para decir algo de aquel soberbio retrato de Velázquez en que representó a Felipe IV a caballo, en el cual todo es admirable, así el caballo como la figura del Rey, y el paisaje mismo está tocado con el mayor gusto; pero, sobre todo, es singular el modo fácil y determinado con que está pintada la cabeza del Rey, de manera que parece relucirle la piel; y todo esto, como también los caballos, que son bellísimos, está ejecutado con la mayor

ligereza. Junto a este retrato hay otro asimismo excelente del Conde-duque de Olivares, casi en nada inferior al que se ha referido del Rey.

Vamos ahora a observar el bellissimo cuadro del mismo autor que representa la rendición de una plaza, el cual estuvo antes en el salón del Retiro llamado «de los Reinos», y ahora en la pieza donde comen los serenísimos príncipes de Asturias. Contiene esta obra toda la perfección de que era susceptible el asunto, y no hay cosa, exceptuando las astas de las lanzas, que no esté expresada con el mayor magisterio. En la misma pieza se halla el retrato de la infanta doña Margarita María y el de un infante a caballo, ejecutados ambos por Velázquez conforme a su más excelente estilo, como también otros retratos de su mano que allí están colocados.

En la pieza de vestir del príncipe, hay tres bellísimos cuadros de Ribera; dos de ellos representan un san Jerónimo y un san Benito, compañeros pintados según su estilo más claro, en los cuales se ve el más bello manejo del pincel y la imitación más exacta del natural, con una expresión no ordinaria en la cara de san Benito. El otro, que representa el Martirio de un santo, es también excelente, aunque de estilo más fuerte.

Entre diversos cuadros de Van Dyck hay uno muy bello, que representa el *Prendimiento de Cristo en el Huerto*, pintado con gran gusto y hermoso colorido en cuanto lo permite el asunto figurado de noche. Excelente es asimismo un retrato de media figura del Infante cardenal hermano de Felipe IV, por la verdad que en él se admira y por el colorido.

Son casi infinitos los cuadros de Lucas Jordán, de quien se puede decir que jamás hizo una cosa mal, porque siempre se halla en sus obras el buen gusto. Por otra parte, no alcanzó jamás la perfección en ninguna cosa, de donde proviene que, no pudiendo el estilo de este autor sufrir ninguna disminución sin acercarse a lo más ordinario de la pintura, se quedaron en este grado los que le quisieron seguir. Las obras de Lucas Jordán son en general de dos especies, bien que hizo varias imitando a uno u otro pintor particular. Diversos cuadros suyos son de un color fuerte, que imitan algo a Ribera, de quien Jordán aprendió la profesión y siguió en el principio; pero su estilo más general, más propio de su genio y que se observa en sus mejores obras, es el que tomó de Pedro de Cortona. Conforme a éste es la *Soberbia*, obra al fresco del Casón del Retiro, y muchos cuadros de los que hay en Palacio; pero en otras obras que después hizo en Madrid se apartó algo de dicho estilo, mezclando figuras vestidas al modo de Pablo Veronés.

Entre las pinturas del mismo Palacio se encuentra una de Nuestra Señora, de medio cuerpo, con el Niño y san Juan, que a algunos les parece ser de Rafael; el Niño, en efecto, se ha tomado casi enteramente de este autor; las carnes de las figuras son algo rojas; el campo y el

paisaje tiran al color azul; la túnica de Nuestra Señora es de un encarnado carmín muy claro y el manto de un azul oscuro, cosas todas ellas características de Rafael; y así, los que no conocen la belleza esencial de este autor la reputan imitación de aquel gran hombre. Otros cuadros se ven de Jordán en el Palacio que imitan la manera veneciana, pero no con aquella perfección que algunos suponen.

Se podrían contar por obras de gran consideración algunas pinturas de Tintoretto, de Palma el Viejo y de Jacobo Bassano; pero todas ellas quedan, a mi entender, eclipsadas si se las compara con las de Pablo Veronés y, sobre todo, con algunas de Tiziano de su mejor estilo, porque este gran hombre no fue jamás superado ni igualado por nadie en la inteligencia y perfección del colorido.

Todas las cualidades referidas se pueden ver ejecutadas en la bellísima *Bacanal*, cuyas figuras son del tamaño de la tercera parte del natural. Cada cosa en particular y todas juntas son tan bellas en este cuadro, que sería larga empresa el describirlo; sólo puedo decir a vuesa merced que jamás paso delante de él sin pararme, por la admiración que me causa aquella mujer dormida puesta en el primer plano. El colorido de esta figura es de los más claros que jamás usó Tiziano; la degradación de las tintas tan maravillosa, que yo no he visto en este género cosa mejor en el mundo; no se distinguen sino parangonando con mucha atención unas con otras; cada una de por sí parece carne y la infinita variedad de todas ellas está sujeta a la idea de un solo «tono». En todas las figuras y en cada una está diferenciada la tinta de las carnes con la mayor propiedad, y los paños son también de bellos colores.

Si Tiziano fue singular en las tintas y color «local» de cualquier cosa que representaba, Correggio, por otra parte, aunque menos perfecto en este artículo, lo superaba infinitamente en el relieve particular de las «entradas» y «salidas» de cada cuerpo y de sus partes, como también en el arte de la perspectiva aérea, no sólo en cuanto a los objetos degradados del claroscuro por la distancia interpuesta, sino también por cierta inteligencia de la naturaleza del aire, que, siendo materia más o menos diáfana, se llena de luz y, pasando entre los cuerpos, la comunica a los mismos en aquellas partes donde no puede llegar el rayo principal de la luz; y así, forma aquel ambiente que nos hace distinguir los objetos en la sombra misma y comprender la distancia que media entre uno y otro.

Volviendo a nuestro cuadro, el Niño es cosa perfectísima, no solamente por la inteligencia del claroscuro, sino también por el colorido, empasto, dibujo y suma gracia. Correggio entendía perfectamente los escorzos y el hacer que los contornos naciesen de las mismas formas del cuerpo, cosa en extremo difícil, y que solamente consiguieron en igual grado el gran Miguel Angel y Rafael de Urbino.

El otro cuadro que representa la *Oración del Señor en el Huerto*, aunque también pequeño, es obra acabada y estudiada. A primera vista aparece solamente Cristo con el ángel y la claridad del aire, quedando todo lo demás en sombras, como de noche; pero considerándolo bien, se halla divinamente expresado el ambiente del aire y la degradación en el mismo modo que hace el natural a poca luz, de modo que conocemos los objetos vecinos cuando los distantes no pueden llegar a nuestra vista. Los que fueron a prender al Señor no se distinguen, ni hay toque o pincelada sensible en los árboles hasta donde están los apóstoles, y desde allí se empiezan a distinguir las hojas y ramas, hasta las hierbecillas, un tronco con la corona de espinas y la cruz en tierra, a medida que están más cerca de la luz o de la vista. El resplandor de la cara de Cristo ilumina todo el cuadro; pero el mismo Salvador recibe la luz de lo alto, como del Cielo, reverberándola en el ángel, que la recibe de él. La idea, que es muy original y bella, está ejecutada con la suma perfección de que sólo su autor era capaz. Hoy se hallan estos cuadros en el mismo gabinete de la princesa nuestra señora donde están los mencionados de Tiziano. Allí mismo hay alguno de Leonardo de Vinci; de su mejor estilo es uno que representa a dos niños jugando con un cordero, no muy bien ejecutado, y otro en que hay una sola cabeza de san Juan jovencito. En estas pinturas se ve el gran estudio que hizo el autor sobre las luces y sombras; esto es, sobre aquella degradación desde la mayor luz hasta la mayor oscuridad, observándose también cierta gracia y gestos risueños, que parece abrieron el camino a Correggio para encontrar después aquella gracia que se ve en sus obras.

Se hallan también en este gabinete algunos cuadros atribuidos a Rafael. De su paleta salió una Sagrada Familia con figuras de un tamaño como la mitad del natural. Otro cuadrito hay de Nuestra Señora, cuya composición es la misma que la del famoso cuadro de Florencia conocido con el nombre de la *Madonna de la Seggiola*; sólo que a este del que hablamos le falta el san Juan y es de forma cuadrada, siendo redondo el de Florencia, y las figuras grandes casi de tamaño natural. Este cuadro de Palacio parece repintado en gran parte por el mismo Rafael, pero más a manera de borroncillo que de obra concluida; la cabeza de Nuestra Señora en particular es toda suya y, como cualquiera de sus obras, está llena de vida y de alma.

*Carta de don Antonio Rafael Mengs, primer pintor de Cámara de Su Majestad, a Antonio Ponz, en Antonio Ponz, Viaje de España. Madrid, Ibarra, 1772-1780.*

Planos de la construcción: Henry Swinburne.- El viejo palacio real fue destruido totalmente por un incendio en 1734, y Felipe V encargó a Felipe Juvara los planos para su reconstrucción del modo más espléndi-



do. La maqueta que él hizo aún existe, pero fue rechazada a causa del gran tamaño del proyecto y de la magnitud de los gastos, así como por falta de espacio suficiente para construirlo, dado que el Rey estaba determinado, en razón de los aires, a reconstruirlo sobre el mismo lugar donde estuvo el viejo palacio. Juvara murió antes de que pudiera preparar un segundo diseño. Su discípulo, Sacchetti, elaboró el que después ha sido realizado; tanto el suyo como el de su maestro tienen el defecto de ser desmañados y confusos respecto de las ventanas, pilastras y ornamentos; tratando de conseguir sencillez, han hecho desaparecer la arquitectura del edificio bajo un montón de piedras; tratando de alcanzar riqueza y ligereza, han caído en lo caprichoso descuidando lo bello.

Como el Palacio Nuevo se asienta en la cima de una escarpada colina y está rodeado estrechamente por los edificios de la ciudad, ha sido necesario abrir una comunicación con el valle del Manzanares, a fin de que Su Majestad pueda ir al campo sin tener que atravesar toda la ciudad de Madrid. Con este fin, ha sido abierta una ancha carretera con una suave pendiente desde el río al Palacio adornada al pie de la colina con una especie de arco triunfal dedicado a san Vicente. Estos gastos podrían haber sido evitados, así como muchos miles de pesos enterrados en las galerías y subterráneos, que sirven de cimiento a la poderosa masa de los edificios que componen el Palacio, si los reyes hubieran pensado en reconstruir o embellecer su casa del Buen Retiro en la colina este de Madrid.

Henry Swinburne. *Viajes a través de España en los años 1775 y 1776*. Londres. P. Elmsly, 1779.

Patio interior, Salón del Trono: William Beckford.- *En Italia con apuntes sobre España y Portugal William Beckford (1760-1844) reproduce fragmentos de su Diario al que ahora da forma epistolar, dota de cierta organización narrativa y agrega nuevos materiales.*

*El propósito de mostrar una imagen ortodoxa de hombre integrado en la sociedad lleva Beckford, en su deseo de congraciarse al final de su vida con los gobernantes y la sociedad aristocrática inglesa, a presentarse en estas páginas como un personaje convencional que frecuenta los medios cortesanos de Portugal y España. La inclusión de prolijas descripciones de los ambientes palaciegos de Madrid, las alusiones a sus encuentros con la familia real —en la carta 13 se habla de su entrevista con el infante español Gabriel y su esposa portuguesa— y con los nobles madrileños —Duquesa de Berwick—, su descripción del Palacio Nuevo o del Retiro, las evocaciones de la vida madrileña de finales de 1787 y de 1795... apenas dejan adivinar al autor que, años antes, había recreado truculentas atmósferas sobrenaturales en Los Episodios de Valhek.*

El tiempo era tan húmedo y neblinoso que apenas podíamos ver a diez yardas; por lo tanto no puedo, con paciencia, hablar de los alrededores de Madrid tan mal como se merecen. Hacia la una, los vapores comenzaron a disiparse y de entre ellos comenzó a emerger bruscamente una confusión de campanarios, cúpulas y torres. En el enorme edificio reconocí en seguida el Palacio Nuevo. Es del mismo estilo que Caserta, pero, por estar erigido en una eminencia del terreno, produce mayor efecto. A sus pies fluye el ridículo Manzanares, cuyas orillas estaban revoloteantes de ropa blanca puesta a secar.

Pasamos por entre esta feria de trapos, entre grupos de viejas color de caoba, que dejaron de golpear sus prendas para mirarnos pasar, y cruzamos el riachuelo por un amplio puente, entrando en Madrid por un arco de mediocre arquitectura. Me sorprendieron el esmerado adoquinado de las calles, la altura de las casas y la alegre abundancia de las tiendas. Al entrar por la *calle de Alcalá*, noble vía, más ancha que ninguna calle de Londres, mi sorpresa fue aún mayor. Varios magníficos palacios y conventos la adornan a ambos lados. En un extremo se ven árboles y las fuentes del Prado y en el otro las majestuosas cúpulas de una serie de iglesias. Teníamos nuestras estancias en la *Cruz de Malta*, que, aunque muy mediocremente amueblada, presentaba al menos la ventaja de ofrecernos esta vista. Paseé durante media hora antes de comer observando la variedad de carruajes que circulaban por la calle, ruidosos como matracas. La calle desciende en ligero declive y está adornada con notable uniformidad, lo cual permite a los carruajes ir a gran velocidad, que es lo elegante en Madrid, donde ir como una flecha, incluso a riesgo de lisiar a las mulas y romperse uno el cráneo, es seguir el ejemplo de Su Majestad, el monarca más raudo de nuestro tiempo.

Esta mañana di un breve paseo por *el Prado* y volví temprano a comer con una pequeña provisión de aire fresco en los pulmones. Roxas vino conmigo y me quitó el apetito metiéndome prisa para que fuéramos a ver el palacio a la luz del día. De modo que al palacio fuimos y menos mal que la tarde era luminosa y el sol doraba el cúmulo de nubes montañosas que puntuaban el trecho de cielo entre Madrid y el Escorial con poderosos contrastes de luz y sombra.

No me pareció la fachada del palacio muy digna de alabanza. En el centro del edificio se levanta una especie de torrecilla de fantasía, con campanas doradas, el adorno menos afortunado que cabe imaginar. El patio interior es de estilo puro y clásico y la gran escalinata tan espaciosa y bien distribuida, que uno llega casi sin darse cuenta al portón de la guardia; todos los marcos de las puertas y ventanas de este magnífico edificio son de los más relucientes y ricos mármoles; el gran espesor de las paredes, propio más bien de una fortaleza, y las hojas dobles de

grueso cristal protegen el interior contra el viento frío que sopla casi sin cesar sobre las amplias llanuras de Castilla, y mantienen una temperatura admirable en las estancias reales, cuya majestuosidad y comodidad es imposible de superar.

El Rey, el príncipe de Asturias y casi todo su séquito habían ido de caza al Escorial, pero los reposteros de palacio, habiendo recibido orden expresa de admitirme, me permitieron moverme con completa libertad por todas partes. Roxas me había abandonado para ir a una alegre reunión de la guardia real, en el apartamento de Masserano, de modo que quedé completamente solo, rodeado de las obras puras y sin mácula de los grandes pintores italianos, españoles y flamencos, frescas como flores de parterre al amanecer, y muchas de ellas igual de bellas, al menos en cuanto al colorido.

Como todas las puertas estaban abiertas, penetré, a través del *Salón del Trono*, hasta la misma alcoba del anciano Rey, que, a diferencia de la de la mayoría de sus súbditos, destaca por su extrema limpieza. Un libro de piadosa plegaria, con grabados de artistas españoles y que, entre otras oraciones en distintos idiomas, contenía una adaptada al uso exclusivo de Su Majestad, *Regi solo propius*, estaba en el reclinatorio; en la cabecera del lecho, de rico dosel, pero con las cortinas sin correr, vi con gran alegría una tablita esmaltada de Mengs que representaba al Niño Jesús apareciéndose a san Antonio de Padua.

En esta estancia, como en todas las otras que visité, había jaulas de alambre dorado, de distintas formas y tamaños, y en cada una de ellas podía verse un pájaro exótico y curioso, gorjeando como loco, como si estuvieran disputándose un premio de canto. Mezclado con estos gorjeos, se oía a intervalos el tañido suave de los relojes musicales, que penetraba subrepticamente en el oído. Ningún otro sonido rompía el silencio general, excepto, por cierto, los pasos casi inaudibles de varios viejos criados, cuyas libreas mostraban el corte y la moda reinante en los días de la madre del Rey, Isabel de Farnesio; éstos parecían deslizarse suave y cautelosamente, abrían las jaulas y ofrecían a sus habitantes las golosinas a que todo pájaro culto está acostumbrado. A consecuencia de estas atenciones, las avecillas revoloteaban o se agachaban y los criados sonrientes les acariciaban el pico o la cabeza, cosa en lo que yo les imité. En cuanto terminó la ceremonia de mimar a esos favoritos emplumados tan afectuosamente llevada a cabo, aproveché la luz que me deparaba una clara puesta de sol para examinar los cuadros, que eran casi todos de tema religioso, y sobre todo la *Madonna del Spasimo*, vívida representación de la agonía maternal de la bendita Virgen cuando su divino Hijo, desmayándose casi bajo el peso de la cruz, se acerca al monte del suplicio, para completar en él el tremendo misterio de la Redención. Rafael



nunca alcanzó en ninguna de sus otras obras tan solemne profundidad de colorido, tal majestad de carácter como en este triunfo de su arte. «Nunca hubo dolor como el suyo» es frase que él ha pintado en el rostro y en la actitud de la Virgen; nunca se ha visto la expresión de una calma sublime y divina en pleno sufrimiento pintada con tanta exactitud como en el rostro de este Cristo.

William Beckford, *Italia, con apuntes sobre España y Portugal*, Londres, Richard Bentley, 1834.

Diseños arquitectónicos, pinturas del Salón de los Reinos, tapices: Antonio Conca.- Al otro extremo de Madrid se levanta aislado sobre una altura el Nuevo Palacio Real. Reducido enteramente a cenizas en la noche de Navidad de 1734 el antiguo regio Alcázar donde los soberanos de la dinastía austríaca encargaron considerables trabajos a los más diversos artistas, Felipe V concibió rápidamente la gloriosa idea de erigir otro palacio en el mismo lugar donde estaba el incendiado castillo. Llamó para ello al abate Juvara, ya conocido por sus trabajos en Italia, especialmente en la corte de Turín. Dicen algunos que en sus obras de arquitectura se percibe un estilo grandioso, aunque algo pesado y no siempre igual y correcto. Hizo, pues, este maestro una elegante maqueta de madera —digna de ser conservada— que serviría de modelo para el Palacio mayor según los deseos del soberano. Finalmente, no se estimó oportuno realizarla en la práctica, si bien se alabó mucho a Juvara por su notable invención. Tras la muerte de este maestro, la misión regia recayó sobre el arquitecto Giambattista Sacchetti, quien ejecutó nuevos diseños y otro modelo imitando a su maestro en el estilo sin apartarse, según los deseos del Rey, de la superficie, extensión y material previstos del edificio. Para evitar los incendios, no debía emplearse otra madera que la necesaria para las puertas y ventanas. Aprobado el proyecto, comenzaron las obras del edificio en abril de 1737. Sobre su arquitectura me limitaré a decir con Ponz que, al margen de su gusto más o menos refinado y elegante, el edificio es en su conjunto una obra magnífica y de extraordinaria solidez, porque, a pesar del enorme peso y del impulso de tantas bóvedas superpuestas unas sobre otras, el conjunto no ha sufrido la mínima alteración. Quienes consideran que las paredes maestras presentan excesivo grosor, no han reflexionado sobre la fuerza que es necesaria para mantener todo el peso; grosor que no sería, sin embargo, suficiente si no estuviese apuntalado por el abundante hierro que allí se empleó. Este edificio presenta fachadas iguales de 470 pies. Seis son las puertas principales, una en la fachada de oriente, y cinco en la principal, esto es, tres en el medio, y las otras a suficiente distancia. Por éstas y por las del centro entran carrozas en el patio, que tiene forma cuadrada y una superficie de



ciento cuarenta pies. Las tres puertas centrales introducen a un atrio espacioso, las laterales a otros atrios menores, los cuales forman un solo, dado que se comunican entre sí. Desde el atrio mayor conduce el patio a un vasto pórtico, donde están las entradas de las escaleras; y así el atrio, como el pórtico, se ven adornados por pilastras y columnas. La escalera y las balaustradas son de una especie curiosa de mármol mezclado con vetas negras; y cuanto de rico y noble pueden presentar las artes de la escultura y arquitectura se ha reunido aquí de forma admirable. En el techo pintó al fresco Corrado Giaquinto el *Nacimiento del Sol* personificado en Apolo, de cuya aparición se alegran y conmueven los demás elementos. Del mismo Corrado son las pinturas al fresco del Salón llamado *de los Bailes*, trabajo de muy buen gusto, y que recuerda a otras obras de su misma invención. El otro Salón *de las Guardias* contiguo a este es del veneciano Giambattista Tiepólo, autor también del techo de la antecámara del Rey.

Del valor y singularidad de la colección de cuadros que posee Su Majestad en este Palacio darán idea los nombres de sus autores. Hay aquí muchos que requieren examen pormenorizado y análisis minucioso. Los cuales lienzos, no pudiendo analizarse detenidamente a causa de la brevedad que exige la presente obra, me contentaré con describir someramente y por ello diré que cuelgan allí cuadros importantes pintados por el caballero Mengs.

De los tapices que se colocan en algunas estancias durante los meses de invierno nace un cierta mutación de los cuadros. Poco importa. El viajero curioso encontrará dentro del recinto del Palacio los siguientes impares tesoros de la pintura: en la Cámara del Rey hay más de doce obras de Tiziano de diferente tamaño, entre ellos un autorretrato. Otro cuadro representa a Adán y Eva en el Paraíso, de tamaño natural. Sus rostros reflejan la transgresión del precepto divino. De este cuadro Rubens hizo una copia que puede verse junto al original. Judit después de haber cortado la cabeza a Holofernes y el Martirio de Santa Ursula y de sus compañeras son dos cuadros de Tintoretto. El que representa a Adán durmiendo mientras Venus se da aire con un abanico se ha venido atribuyendo a Pablo Veronés, del cual se encuentra enfrente *Céfalo y Pocrí*. Después de haber observado estas pinturas, se ven con placer dos cuadros del Bassano que representan a Adán recibiendo de Dios el poder sobre los animales, y a Noé que los introduce en el Arca. En las otras obras de este autor se representan escenas sagradas, campestres y domésticas, entre ellas la figura de Orfeo que con la dulce lira tiene suspensos a los animales. El *Nacimiento de Cristo*, del murciano Pedro Orrente, confirma la fama que este maestro nos dejó de artista audaz en el dibujo y en el colorido. Fue discípulo de Jacobo Bassano, al cual imitó con

especial acierto, de tal modo que muchas de sus obras difícilmente pueden distinguirse de las del maestro.

Sobre las tablas están dispuestos ocho bustos, cuatro de ellos de pórfido que representan a los emperadores, y otros cuatro de mármol, entre ellos dos cabezas desconocidas, pero de excelente factura.

Viene después el gran Salón llamado *de los Reinos*, en cuyas pinturas de la bóveda pronto se percibe la invención y estilo de su autor, Giambattista Tiepólo, justamente célebre por ser uno de los mejores pintores de la moderna escuela veneciana. Bajo varias figuras fabulosas quiso representar el poder, la grandeza, la religión y otras cualidades de la Monarquía española. Pero lo que más encumbra a este artista es haber pintado a todo alrededor de la cornisa las *Provincias de España y de las Indias*, personificadas y vestidas con los respectivos atuendos y con las producciones de cada una. El adorno de terciopelo con recamo de oro sobre las paredes, el soberbio baldaquino real, los espejos de exorbitante tamaño jamás visto, de la Real Fábrica de san Ildefonso, con cornisas de delicado trabajo, las encomiables obras de antiguo cincel y las modernas de Lorenzo Bernini, que reposan sobre mesas de mármol extraídas de diversas canteras nacionales —del mismo material es el pavimento— y todo finalmente cuanto está en este salón contribuye a hacer de él un conjunto magnífico y digno de admiración, como dice Bourgoing después de haber visto la Galería de Versalles.

La Cámara contigua donde come el Rey sería muy digna de admiración sólo por el hecho de haber pintado Mengs sobre el techo la *Apoteosis de Trajano y el Templo de la Inmortalidad*, con el coro de las Musas celebrando sus glorias. Sirven de singular ornamento a la mencionada cámara otras cuatro obras de Rubens que relatan los *Trabajos de Hércules*; otras siete representan varios personajes a caballo de tamaño natural. Cuatro de ellas han sido pintadas por Velázquez: Felipe III, Felipe IV y sus augustos consortes. Están, además, Felipe III de Rubens y Felipe V y la reina Isabel de Farnesio de Luigi Van Loo.

Al observar estos retratos no es necesario ser un experto para quedar sorprendido por la maravillosa superioridad de los de Velázquez. Alabaré con Bourgoing el mérito de Don Diego Velázquez, el cual nació en Sevilla en 1594, estudió con Francisco Herrera el Viejo y Francisco Pacheco, y se propuso imitar a Luis Tristán, alumno de Domenicos Theotocopulos, llamado el Greco. Fue pintor de Felipe IV, de quien recibió favores y pensiones, entre aquellos la Orden de Santiago. Sus obras ocupan mercedamente los primeros lugares de la pintura en España. Hizo dos viajes a Italia, donde compró para su monarca varios modelos de estatuas antiguas y cuadros excelentes. Murió en Madrid a los 66 años en 1660. Entre los mencionados retratos destaca uno en el que

Velázquez representó a Felipe IV a caballo de un modo admirable —dice Mengs— tanto por la figura del Rey como por el caballo y por el fondo pintado con el mejor gusto; pero sobre todo es singular la pincelada fácil y desenvuelta con que está pintada la cabeza del Rey, cuyo cutis parece relucir, y todo, hasta los cabellos, que son bellísimos, ha sido ejecutado con la mayor ligereza. Junto a este retrato está el celebérrimo del Conde Duque de Olivares, a caballo también y que se puede considerar un modelo de perfecto equilibrio, según el caballero Henry, y es preferible a cuantas obras de este género se han visto hasta ahora.

En la estancia donde cena el Rey se ven dos grandes cuadros de Tiziano. Uno de ellos representa a Felipe II con su hijo recién nacido en los brazos, al que parece querer ofrecer a La Fama, que desciende desde lo alto en actitud de presentarle una palma y una corona. Se lee: *Majora tibi*, y la firma del autor *Titianus Vecelius eques Caesaris fecit*. El otro representa a Carlos V armado y a caballo. Son dignos del pincel de Tiziano dos fábulas: *Europa sobre el Toro* y *Venus y Adonis*. El infante don Fernando a caballo es obra de Van Dyck. Pero el lienzo que verdaderamente concita mayores alabanzas es el excelente cuadro histórico (llamado por Jordán el Dogma de la Pintura) de la Infanta doña Margarita María de Austria todavía niña asistida por otras meninas de la misma edad y por diferentes personajes, con dos figuras de enanos y detrás don Diego Velázquez, que la retrata; esta obra es de una calidad tan inimitable, que Mengs confiesa que siempre que la veía no podía apartar los ojos de ella. Sólo diré que el efecto causado por la imitación del natural es tal, que suele contentar a toda clase de gentes. De Benedetto Castiglione y del Caballero Massimo hay también en esta estancia dos gladiadores, y en la siguiente, que es donde se viste el Rey, varios famosísimos cuadros del ya citado Velázquez, Ribera y Murillo.

Pero ¡cuánta diferencia hay entre ellos! ¡Qué inteligencia y verdad en el claroscuro hay en los de Velázquez! ¡Qué bien se ha entendido el efecto que causa el aire interpuesto para hacer aparecer a los personajes distantes unos de otros! El cuadro del *Aguador de Sevilla* (que representa a un anciano harapiento que da de beber a un muchacho) muestra hasta qué punto el pintor respetó el principio de la imitación del natural para terminar todas sus partes y darles aquella fuerza que le parecía ver en el modelo, considerando la diferencia esencial que hay entre las partes iluminadas y las sombras; pero, desgraciadamente, esta misma imitación del natural le hizo caer en lo duro y lo seco. En el cuadro del fingido Baco se observa un estilo más suelto y libre, pues el pintor imitó la verdad no como es, sino como aparece. En *la Fragua de Vulcano* se observa, sin embargo, mayor desenvoltura y destreza: algunos de los herreros son una perfecta imitación de la naturaleza. Pero donde sin duda dio el maestro la

más justa idea del mismo natural fue en el cuadro de *las Hilanderas*, que pertenece a su último estilo, y está pintado de tal modo que parece que la mano del artista no ha intervenido en la ejecución, sino sólo la voluntad. En su género es una obra singular. Además de estas pinturas son de Velázquez algunos retratos pintados según el mismo estilo, que fue el más bello de los que cultivó.

Ribera es admirable en la imitación del natural, en la fuerza del claroscuro y en el manejo del pincel; sabe pintar los accidentes del cuerpo, las arrugas, los pelos. Su estilo siempre es vigoroso, pero no alcanza a Velázquez en la sabia utilización de las luces y sombras, faltándole la degradación, y saber captar el ambiente del aire, aunque el colorido de sus lienzos presenta mayor fuerza y brío, como lo demuestra los cuatro cuadros que penden sobre las puertas.

De Murillo hay en esta estancia pinturas de dos estilos diferentes. Al primero pertenecen *la Encarnación* y *la Natividad del Señor*, los cuales, y especialmente el segundo, están pintados con valor y fuerza conforme al natural, si bien se hicieron antes de que el maestro alcanzase aquella dulzura que caracteriza su segundo estilo, como se advierte en otros lienzos de esta estancia, especialmente en uno pequeño que representa a la Virgen y en una bellísima figura de medio cuerpo del apóstol Santiago colocado en la sala contigua de paso.

Se ven también dos cuadros de Lucas Jordán, tres retratos de Tiziano, tres de Van Dyck, cuatro de David Teniers, un cuadro de la escuela flamenca según el gusto de Brueghel y *la Anunciación con la Gloria de los Angeles* de Guido Reni, después de los cuales puede admirarse *la Natividad del Señor* con figuras al natural que Mengs mandó desde Roma a Carlos III.

Uno de los Gabinetes, que es el del despacho, conserva dos retratos de la augusta prole de Fernando II, Rey de Nápoles. En otro gabinete están colocados más de veinte cuadrillos de David Teniers, siete de Brueghel y dos de Segers y Vovermans. En la cámara de paso, que es el dormitorio del Rey, hay que mencionar, por no referirme a las obras de Jordán allí colocadas, a la Virgen de media figura con el niño durmiendo al que san Juan besa el pie, y detrás san José, obra en la que muchos creen que Jordán imitó a Rafael.

Antonio Conca, *Descripción viajera de España*, Parma, 1793-1797.

Estancias y apartamentos reales: Nicolás de la Cruz y Bahamonde.- El Real Palacio Nuevo, situado en el extremo opuesto de Madrid, se edificó en el mismo lugar del antiguo alcázar que se quemó en el año de 1734. Don Juan Bautista Sacchetti, natural de Turín, discípulo del célebre Juvara, formó los planos y dirigió la obra, la cual se comenzó



en 1737, bajo los auspicios de Felipe V. Su primera planta compone un magnífico cuadro. El edificio tiene cuatrocientos setenta pies de línea horizontal y ciento de altura desde la superficie de la plaza hasta la cornisa. Forma cuatro frentes y por la irregularidad del terreno comparecen el 1. al medio día de tres altos, el 2. y 3. que caen al poniente y oriente de cuatro altos, y el 4. al norte de cinco altos. La parte inferior, sobre la cual se eleva el edificio, es una especie de zócalo almohadillado que circuye el palacio: su vista exterior es majestuosa. Los resaltos de las esquinas están adornados de columnas jónicas istriadas, y los intermedios hacia las portadas de pilastras dóricas. El ingreso principal contiene cuatro columnas dóricas de granito en el primer cuerpo; encima, un balcón con balaustrada de mármol; en el segundo, otras cuatro jónicas; en la parte superior, un ático con el escudo real, y sobre las ventanas jambas y frontis alternativamente uno triangular y otro de porción de círculo.

Las demás fachadas tienen también escudos y en cada esquina del palacio un remate. A todo el edificio circuye, por la parte superior, una balaustrada, adornada a trechos de jarrones. Su construcción es muy sólida, de bóveda, sin trabazón de madera; el material de piedra berroqueña o granito de Guadarrama, a excepción de las obras de labor que son ejecutadas de piedra de Colmenar. Los muros son gruesos, cuales se necesita para sostener los arranques. No hablaremos de los subterráneos que parecen estar muy bien distribuidos, los cuales por la parte del norte se descubren de tal modo por razón del terreno, que llegan a proporcionarse bellas luces y la vista que hemos dicho.

Volviendo a la fachada principal, contiene tres puertas, que dan entrada a un atrio, del cual siguen once arcos de frente, los cuales proporcionan otros tantos ingresos al patio. El atrio es bastante espacioso, se divide de los ingresos de las portadas colaterales por un arco en cada lado adornado de dos columnas dóricas; en cuya parte superior están colocados los escudos reales. Después de este atrio continúan dos arcos hasta el de la magnífica escalera, sostenidos sobre gruesos pilares adornados de columnas encarnadas dóricas. A la izquierda de la escalera, hay un arco proporcionado con cuatro columnas del mismo orden y un bello nicho o tribuna para colocar en ella la estatua ecuestre de Carlos III. La escalera y balaustrada del pasamano son de mármol con manchas negras; tiene setenta y cuatro gradas con cuatro descansos, en el tercero hay dos leones de mármol blanco colocados sobre el pasamano: el de la derecha es obra de Michel y el de la izquierda de Castro, los mismos que trabajaron los medallones de los cuatro elementos y demás obras de escultura que allí se encuentran. La escalera la dirigió Sabatini. En la bóveda que la cubre pintó Corrado Giaquinto a Apolo representando el

nacimiento del Sol; y encima de la puerta una matrona con manto real, símbolo de la España; se ven otros adornos. Pasado el espacioso arco de la escalera, siguen hacia el patio otros dos arcos, como los antecedentes, formando entre todos un pórtico espacioso y magnífico.

El patio es cuadrado y tiene ciento cuarenta pies por cada frente: los dos cuerpos, alto y bajo, están circuidos de corredores que descargan sobre bellos arcos; los bajos con capiteles dóricos en el principal hasta el arquitrabe son del mismo orden, pero se eleva entre columnas hasta la cornisa de la pilastra jónica. En el arranque del primer cuerpo alto hay una balaustrada, y en la parte superior otra que deja una especie de azotea descubierta. Las habitaciones de las personas reales y la capilla ocupan el principal, cuya circunferencia está cerrada de vidrieras.

A la primera planta se han añadido después dos edificios paralelos que siguen del palacio hasta la plaza, los cuales tal vez llegarán a formar con el tiempo otro magnífico patio.

Diremos lo que nos han parecido las cosas interiores y bellas pinturas del palacio.

#### Dormitorio de la Reina

Excelente el *Descendimiento*, cuadro grande de Mengs que adorna esta pieza. La posición del Señor es después del Descenso; así el pesar de la Virgen y el dolor de las Marías con unos afectos tan vivos, hacen la composición sumamente tierna e interesante. En la parte superior se observa al Padre Eterno, con dos ángeles a los lados y delante el Espíritu Santo en figura de paloma atendiendo a este gran suceso de la Redención. Hay otros cuatro bellos cuadros de Mengs.

En las esquinas se ven cuatro figuras graciosas de claro obscuro. Las bóvedas las pintó al fresco Francisco de Bayeu en 1794 según se indica en ellas.

#### Tocador de la Reina

Bayeu pintó la bóveda y pechinas: la cornisa contiene varias figuras de relieve y otros adornos, con bellos incaustos; en las paredes hay colocados cuatro soberbios espejos.

#### Comedor de la Reina

Entre la cornisa y la bóveda hay cuatro lindos cuadros de claro obscuro. En las bóvedas representó Bayeu al fresco la caída de los gigantes.

La sala está graciosamente adornada de medallones de relieves con bellas alusiones y amueblada de excelentes mesas de piedra con lindos tibores y floreros de loza de China y un reloj de la misma con veinte y

cuatro músicas diferentes; tiene una orla de camafeos. Las paredes están vestidas de preciosas colgaduras.

#### Sala de besamanos de la Reina

Antonio González pintó al fresco la bóveda. Inmediata a ella hay una mesa con la estatua de la Constancia, con espada en mano. Por esta sala se entra al oratorio que esta vestido de bellos mármoles; tiene en su altar un cuadro de Bacaro.

#### Sala de vestir del Rey

En esta pieza se halla el famoso cuadro de Rafael que representa la caída del Señor en la calle de la Amargura: contiene muchas figuras perfectamente desempeñadas. Lo llaman *el Pasmó de Sicilia*. Del mismo autor es el otro bellissimo cuadro de Nuestra Señora con el niño sentada en una silla. Hay otro cuadro del dicho autor que representa a Nuestra Señora, el niño y Santa Isabel.

De Mengs hay un nacimiento y dos cuadritos que contiene el uno san Juan y el otro la Magdalena muy bellos.

Los dos cuadros de Vinci que representan el uno Nuestra Señora, el niño, san Juan y un Cordero, y el otro un cordero y dos niños; tienen gracia singular. Hay del mismo una Nuestra Señora con el niño: dos cuadros de Tiziano, un *Ecce Homo* y la Virgen; un cuadro de la Adoración de los Reyes de Rubens muy estimado; y otro cuadro que representa la Virgen, san José y el niño con un pájaro en la mano, de Murillo. El Martirio de san Bartolomé es de Ribera. Se ven otros excelentes cuadros de los mismos autores y de Van Dick, Saqui, Parmigianino, Bacaro, Andrea del Sarto etc.

La bóveda está pintada al fresco por Maella. Las mesas que adornan esta pieza tienen graciosos embutidos con labores y encima bellos relojes.

En el oratorio reservado que se comunica con esta sala hay un crucifijo grande pintado por Bayeu.

#### Pieza de paso a la del Despacho

Está colgada de cuadros, entre los cuales se distingue el que representa Nuestra Señora con Jesucristo muerto en sus brazos, de Van Dick.

#### Sala del Despacho

También se halla adornada de lindos cuadros de Teniers; es bello el que representa el estudio de un pintor. Es muy lindo el buró donde despacha el Rey embutido de maderas finas y guarnecido, lo mismo que la silla donde se sienta, de bronce dorado.

### Despacho de invierno

El san Jerónimo de Ribera, la Magdalena de Van Dick, san Antonio, Nuestra Señora dando de mamar al niño, san Juan y san José de Mengs, y el Señor sostenido de un ángel de Cano; son los cuadros de más mérito en esta sala.

### Pieza de paso a la librería

Se llevan la atención de los inteligentes un san Benito Abad de Alonso Cano; la Virgen con el niño, san Juan y dos ángeles, de Andrea del Sarto; cuatro cuadros que representan el primero a la Virgen con el niño dormido, san Juan y san José; el segundo el niño Jesús abrazado con un cordero, grupo de ángeles arriba y un cestillo de frutas a los pies; tercero, una vieja con una cesta de flores; y cuarto, un joven con un frasco, de Murillo.

### Primera pieza de la obra nueva

La Oración del Huerto o por otro nombre la Noche del Corregio, cuadro pequeño; una cabeza inclinada en sombra del mismo; y otro también pequeño que representa la Virgen y el niño, del dicho; son tres soberbios cuadritos, todos de tabla. Es muy singular el cuadro de las brujas, de Ribera. También son de mucho mérito los cuadros siguientes: la familia del Rey de Inglaterra, de Van Dick; el Señor muerto en los brazos de la Virgen, que se dice del Procacini; la Virgen, el niño, san Juan y san José, apaisado; y otro largo san Juan y el cordero, que se creen de Murillo; hay otras bellas pinturas, retratos, etc.

En esta sala se observa de bastante mérito una urna con un niño de mármol blanco en actitud de dormir sobre una cruz puestas las manos en una corona; tiene en su pedestal un busto del Rey en mármol de Carrara.

### Dormitorio del Rey o segunda pieza de la obra nueva

Es muy bello el cuadro de Rafael que representa Nuestra Señora, el niño y Santa Isabel. Otro hay muy gracioso del mismo estilo que contiene la Virgen, el niño, san Juan y san José: los niños están sobre una cama, en una alegre actitud como de jugar; tienen en un papel escrito las palabras de san Juan *ecce agnus Dei*. La Señora los mira amorosa y agradablemente, y el san José se divierte o entretiene de verlos jugar, dirige su atención a estos niños con un cuidado paternal.

Son también excelentes cuadros: el Señor abrazado con la cruz, del caballero Máximo; Santa Margarita, de Tiziano; un san Juan con el cordero, se ignora su autor; la caridad romana, de Jordán imitando a Ribera y cuatro bodegones con peces y otros platos preparándose para comer, de Velázquez. Hay dos bustos de mármol antiguos.

### Sala de la obra nueva

Me han parecido de mucho mérito en esta pieza los siguientes cuadros: dos cuadros grandes. En uno se representa al Señor con un Obispo a sus pies; y el otro un eclesiástico con las vestiduras sacerdotales y dos acólitos con albas, del Españolito. Dos niños, uno en cada cuadro, de Rubens; y un san Pablo, de Mengs, iguales; y un san Antonio del mismo.

Aquí se ve una estatua antigua consular sentada, de mármol, semejante de la de san Pedro en el Vaticano.

### Sala de la obra nueva

Son lindos tres cuadros: un infante con un perro, un bambocho y otro infante con la mano en el sombrero, de Velázquez. Hay varias vistas de los puertos de España, una cabeza antigua de mármol y dos estatuillas ecuestres de bronce.

### Sala de la obra nueva

Se distingue entre otros muchos cuadros de Murillo el uno con un Cristo y el otro la Concepción; dos marinas de Bernet; bambochos de Teniers; un inglés registrando un mapa, de Bantoni; y cuatro cuadros de Jordán. Contiene esta sala tres relojes, uno de ellos con música de timbales.

### Librería

Superior a los estantes se ven de buen gusto en esta pieza cuatro retratos de Van Dick; un retrato de mujer y otro de Felipe II, de Tiziano. Una Venus y Adonis con un cupidillo que tiene un perro y un dardo, de Carlos Ciniani. El cuadro apaisado de Teodoro Roelans que contiene muchas figuras, entre ellas una sacando una muela; y dos retratos de Tintoretto.

### Pieza de cenar del Rey

Es una de las mejores en pinturas. Son excelentes los seis cuadros que representan: la entrega de las llaves de una plaza; la fragua de Vulcano y Apolo que le avisa el adulterio de Venus, Esopo, Menipo, un retrato de Felipe IV, a caballo y otro del infante Don Baltasar, de Velázquez. También son superiores: el prendimiento de Cristo de Van Dick, el nacimiento, cuadro grande de Mengs, que hizo en Roma, la Anunciación del mismo; es el último cuadro que pintó; no está concluido. Su vida terminó con la última pincelada, que se manifiesta junto a un pie del ángel; este insigne autor tiene una gracia que se asemeja mucho al estilo del Corregio. Son también bellísimos los dos cuadros: la Anunciación y el Nacimiento, de Murillo. El ángel que saca a san Pedro de la

prisión, de Guercino, san Juan Bautista, san Bartolomé, Santa María Egipciaca y Santa Magdalena, cuatro cuadros de Ribera, Nuestra Señora, Santa Ana que le presenta unas flores, san José y otros santos, de Claudio Coello, Jacob con Raquel, de Andrea Bacaro y Judit cortando la cabeza de Holofernes, de Tintoretto. Las bóvedas pintadas al fresco por Maella.

#### Sala de Trucos

Aquí se ven seis preciosos cuadros de Velázquez: la coronación de Baco, tan aplaudida de todos; el famoso cuadro de las Hilanderas; una cacería; el célebre enano; Marte y un filósofo. De Lanfranco son los dos cuadros grandes del sacrificio y los gladiadores. También son buenos el gladiador de Castilloni; el cuadro de Moisés haciendo adorar la serpiente, de Van Dick; Séneca y Curcio que se arrojan a las llamas por librar a Roma, de Jordán; el cuadro que representa a Isaac reconociendo a Jacob, que le engaña vestido el brazo de la piel del cordero, de Rubens; otro grande del mismo autor representando la cesión del caballo de Rodulfo, conde de Auspurg, a un sacerdote que llevaba el viático. Es bueno un cuadro grande que representa una galería de escuela flamenca.

#### Sala de comer del Rey

Contiene retratos a caballo: Felipe IV, su esposa, Felipe III, Doña Margarita su esposa y el conde duque de Olivares, de Velázquez. Carlos V a caballo, de Tiziano; su retrato de este pintor por el mismo. El retrato a caballo del infante Don Fernando, de Rubens; Venus que detiene a Adonis en el ejercicio de la caza, de Tiziano; de este mismo pintor hay otro bello cuadro de Europa sobre el oro. Son también excelentes: el cuadro que representa a Susana perseguida por los viejos, de Pablo Veronés; el Aguador de Sevilla, el bobo de Coria y el enano repetido de Velázquez. Hay otros cuatro retratos de Tiziano; y uno de una mujer con un clavel en la mano, de Antonio Moro. La bóveda pintada por Tiépolo. En las mesas se ven varios bustos de mármol.

#### Sala de embajadores

Por lo que hace a las pinturas, solamente se observa en ella la bóveda pintada al fresco por Tiépolo. También tiene lindas sobrepuestas a claro oscuro.

La sala está circuida de estatuas de bronce y bustos de mármol. La adornan magníficos espejos y un tronco en medio de cuatro leones de bronce a los pies, agarrando cada uno un globo del mismo metal, símbolo de los dos mundos España y América.

## Antecámara del Rey

Aquí hay una bella colección de cuadros de Tiziano y otra de Rubens; también contiene dos bellos cuadros de Pablo Veronés. En esta pieza se ve el célebre cuadro que representa un manco, de Van Dick. La bóveda está excelentemente pintada por Mengs.

Armería Real: Henry Swinburne.- Al extremo del patio del Palacio hay un viejo edificio llamado *la Armería*, que contiene una curiosa colección de armaduras y armas antiguas conservadas de un modo tal, que harían desmayar a cada paso al pobre Cornelius Scriblerus; ninguna sirvienta en Inglaterra tiene sus parrillas ni siquiera la mitad de brillantes que estas cotas de malla; conocieron a todos los héroes que dignifican los anales de España; a san Fernando, Fernando el Católico, su esposa Isabel, Carlos V, Gonzalo, el Gran Capitán, el rey de Granada y a muchos otros. Algunas armaduras están repujadas con gran belleza. El temple de las espadas es maravilloso; pueden curvarse alrededor de la cintura como un ceñidor. El arte de templar acero en Toledo se abandonó hace setenta años y el proyecto de resucitarlo y fomentarlo es uno de los empeños más queridos por Carlos III, quien ha construido instalaciones apropiadas en las riberas del Tajo.

Henry Swinburne, *Viajes a través de España en los años 1775 y 1776*, Londres, P. Elmsly, 1779.

Armería Real: Antonio Conca.- Pasamos a la Armería Real frente a la fachada principal del Palacio, con la cual forma una gran plaza. Lo que se hizo en este edificio antes de que los monarcas españoles fijasen su residencia en Madrid muestra el buen hacer artístico de Gaspar de Vega, arquitecto de Felipe II mientras se encontraba ausente Juan Bautista de Toledo. Sobre las caballerizas reales abovedadas, y en el piso principal, se ve dispuesta en buen orden y conservada con suma propiedad una colección bastante curiosa de armas y armaduras antiguas dentro y fuera de armarios y estantes, separadas de trecho en trecho por caballos de madera, algunos de ellos con sus caballeros armados, donde aparece el género de armadura de su respectiva edad. Allí se ve a Carlos V a caballo, y armado tal y como se presentó a la conquista de Túnez. Felipe II y Felipe III se representan en sendas figuras a caballo provistas también de sus propias armaduras. Las sillas de los Reyes Católicos, de Carlos de Anjou, del Gran Capitán, el peto, espaldarón, los brazaes con que se armaba la Reina Isabel cuando precedía al Rey Fernando en sus gloriosas conquistas, el escudo que san Pío V regaló a don Juan de Austria, el peto y yelmo del duque de Sajonia, prisionero de Carlos V, y

muchas otras corazas y escudos con excelentes bajorrelieves recuerdan al viajero curioso muchos hechos ilustres de armas de aquellos heroicos guerreros. ¿Cuántas reflexiones políticas no podrá dejar de hacer empuñando la espada del Real Prisionero de Pavía, o la que se arrebató al Duque de Weimar en la Batalla de Horlingen, o bien la cimitarra damasquinada con la que caminaba imponente un soldado otomano vencido por las armas de los Cristianos en la Batalla de Lepanto? También podrán verse los arneses militares y el cinto de Fernando III, soberano querido por Dios y los hombres, cuyas laudables costumbres le hicieron merecedor de los altares. Tampoco faltan notables trofeos de las tierra americanas, que recuerdan al Conquistador de México, la armadura del infeliz Moctezuma tejida con maravilloso ingenio con piezas de ballena, y al intrépido Pizarro volviendo sus ojos sobre los Incas del Perú. Se ven también espadas con caracteres góticos, árabes y alemanes; otras guarecidas de oro, gemas de delicados esmaltes en las empuñaduras y en los forros, con metales templados y esculpidas con finos trabajos de artistas nacionales, que florecieron en Toledo y en muchas otras ciudades de España. Y todo ello por no hablar de los cañones, fusiles, pistolas y de otras armas, despojos de enemigos o regaladas a los soberanos. Terminaré mi imperfecto esbozo de la Armería Real, que crece día a día, recordando dos cosas de géneros muy diferentes: la carroza de la reina Doña Juana, madre de Carlos V y la litera del Rey don Enrique, llamado El Enfermo.

Antonio Conca, *Descripción viajera de España*, Parma, 1793-1797.

Armería Real: Nicolás de la Cruz y Bahamonde.- Encima del arco que se observa frente a la fachada principal de palacio, se halla colocada la Armería Real, que forma una especie de galería en la cual se ven seis de nuestros monarcas a caballo para manifestar sus armaduras, entre ellos Carlos V, Felipe II y Felipe III. Entre las armaduras se ven dos que usaba la Reina Católica Doña Isabel, como se deduce de su nombre puesto en las viseras. Otra del Rey Chico de Granada: un peto y celada del duque de Sajonia, prisionero de Carlos V; una que regaló a Felipe II el Rey Don Sebastián de Portugal y otros varios vestidos de malla de hierro. Pasan de ciento las sillas de montar, entre las cuales se distinguen las del Rey Católico Fernando V, la de Carlos de Anjou y la del Gran Capitán. Son muchos los escudos que se ven figurados en las armaduras con alusión a las conquistas de los Reyes. También se encuentra aquí el escudo que regaló san Pío V a Don Juan de Austria, el cual contiene un crucifijo de plata en el centro con esta inscripción: *Christus vivit, Christus imperat, Christus regnat*. La estatua de san Fernando sentada, vestida con su propia armadura, se observa en el testero en su nicho. En los estantes se manifiestan muchas espadas, las cuales se aplican unas a los



verdaderos héroes españoles y otras a los fabulosos; bien que tienen de verdad los nombres grabados de las ciudades donde han sido hechas, como Zaragoza, Valencia, etc, lo que contribuye para hacernos formar idea del adelantamiento de este ramo de la industria en la nación en aquellas épocas. Hay una del Rey Chico de Granada, y porción de sables damasquinos tomados en la batalla de Lepanto. Las espadas quitadas al duque de Wenar y a Francisco I de Francia, la primera en la batalla de Horlingen, y la segunda en la de Pavía, también se hallan aquí: esta última tiene el puño embutido de oro con esmaltes<sup>1</sup>.

En seguida a este arco se halla situado el edificio de las reales caballerizas.

Nicolás de la Cruz y Bahamonde, conde de Maule, *Viaje por España*, Madrid, Manuel Bosch, 1806-1813.

### *Palacio de la Duquesa de Berwick: William Beckford*

*El Palacio de Liria fue creación de tercer duque de Berwick y Liria, Jacobo Fitz-James Stuart, embajador en París de Carlos III. Aunque los planos iniciales del edificio fueron trazados por el francés Guilbert, la culminación de la obra se debe a Ventura Rodríguez. El cuerpo bajo de las dos fachadas principales fue esculpido con un suave almohadillado que contrasta con el cuerpo principal, con pilastras y semicolumnas de orden dórico, que cubren dos plantas y soportan una cornisa. Encima de este piso, en el centro, hay un ático coronado con escudos y trofeos. El palacio, de un estilo barroco clasicista emparentado con el Palacio Nuevo, contiene en su interior lienzos de Tiziano, Rubens, Bassano, Goya y Rembrandt.*

*En un pasaje de la relación de su viaje a España, William Beckford describe la fachada y el interior del que llama «palacio más espléndido de Madrid» y evoca la figura de la Duquesa de Berwick.*

Como el embajador había ido a Palacio, fui a ver a mi vieja amiga la duquesa de Berwick, con quien tanto tiempo pasé en París hace ocho años. Su querido esposo, tan conocido en Spa, Bruselas, Aquisgrán y todos los casinos de Europa por el nombre y título de Marqués de Jamaica, se despidió del mundo de los vivos hace cinco o seis meses y ella es ahora la dueña absoluta del palacio más espléndido de Madrid, de una de las principales fortunas y de su único hijo, el actual duque de Berwick, de quien es tutora.

La fachada del palacio y el espacioso patio de entrada me gustaron en extremo. Son del más puro estilo parisino moderno, sencillos y graciosos. Me condujeron por una majestuosa escalinata, adornada con columnas corintias, y luego por una larga sucesión de apartamentos, a cuyo fin, en un salón tapizado de satén indio bordado, estaba reclinada *madame la*

*Duchesse*, con su acostumbrada impasibilidad. Me dio la impresión de no haberse movido de aquel sofá desde la última vez que había tenido el gusto de verla y sigue siendo exactamente la misma: bondadosa, indolente, exenta de mala intención y malevolencia; lástima que en el mundo no haya muchos más individuos de esta especie apacible e inofensiva.

La mañana se me pasó sin sentirla, charlando con ella de los viejos tiempos; volví a casa a comer y cuando oscureció regresé al palacio de la duquesa, que me esperaba a tomar el té. Me gusta mucho su apartamento; los ángulos están suavizados con sofás bajos semicirculares y el espacio entre ellos y las colgaduras está relleno con losas de mármol granadino horizontales sobre las que descansan bellísimos jarrones de porcelana con resedas y rosales en flor. El fuego ardía jovialmente y la mesa estaba situada junto a él; la niña pequeña de la duquesa, *donna Ferdinanda*, estaba sentada en el suelo, jugando con un perro al que tenía en su regazo, envuelto en pañales como si fuera una criatura.

Madame de Berwick no ha perdido su amor por la música; por todo el apartamento yacen esparcidas partituras de óperas y sonatas; y no solamente partituras, sino también músicos, un paje y dos hermosas señoras de honor estaban echados sobre la alfombra, con languidez típicamente española, o mejor dicho *morisca*, listos para empezar a gorjear en cuanto ella les hiciese una señal.

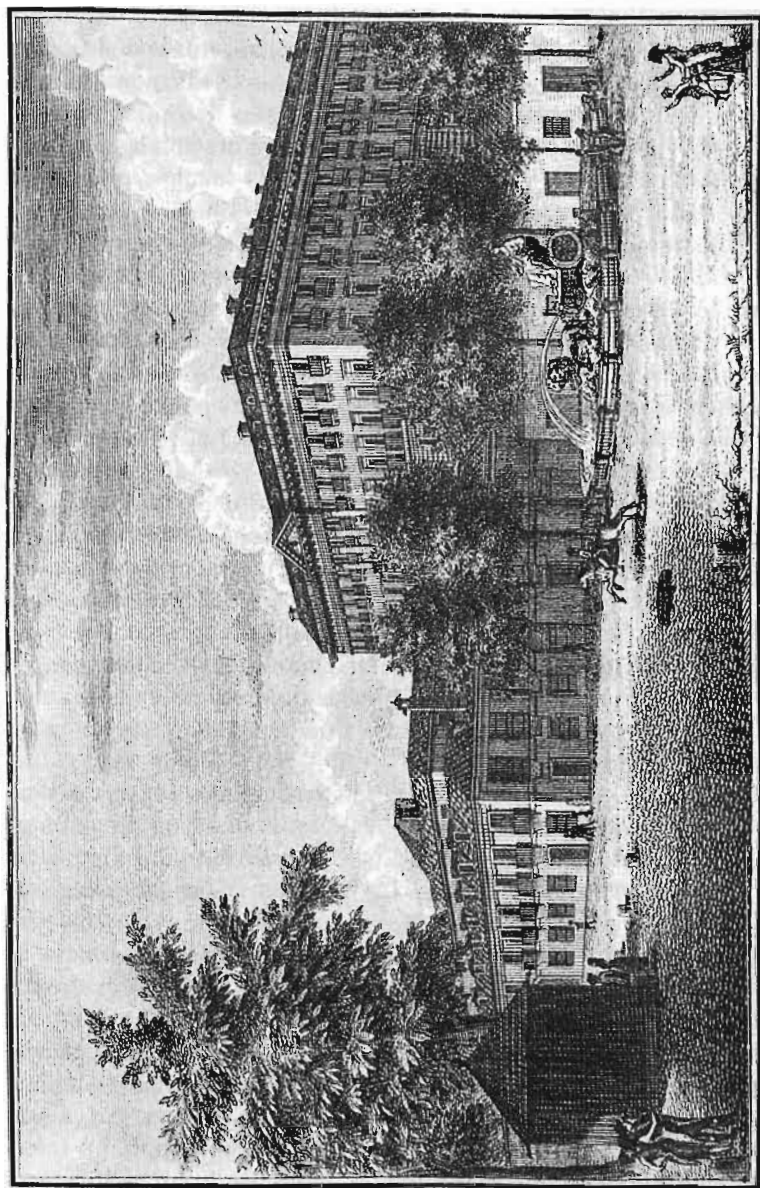
William Beckford, *Italia, con apuntes sobre España y Portugal*, Londres, Richard Bentley, 1834.

### *Casa de los Duques de Liria y de Alba, colecciones particulares: Nicolás de la Cruz y Bahamonde*

Los grandes comienzan a adoptar el buen gusto en la arquitectura de sus casas. En este grado deben considerarse la de los Duques de Liria y Alba. La del primero tiene el frente circuido de verjas de hierro, las cuales cierran el patio. El edificio está colocado en lo interior del patio con dos fachadas, la una que mira al ingreso y la otra al jardín, compuestas de cuatro columnas y pilastras dóricas, obra de Ventura Rodríguez. La de Alba aún no se ha concluido; pero dígame lo que se quiera, un espíritu amante del buen gusto jamás se satisfará de las razones que se producen para colocar la fachada de esta casa en la mezquina y estrecha calle de su título.

Consúltese uno de los buenos arquitectos de Madrid, y se verá que encuentra el mismo terreno a propósito para hacer un majestuoso edificio, que acredite el buen gusto de los Duques, el de la nación y adorne la magnífica calle de Alcalá. El encontraría medios de hacer una bella gradería para dar ingreso al palacio y sabrá dejar una puerta falsa para el manejo de los coches<sup>2</sup>.





A. G. Jones del.

Palacio de Buena Vista, mirado desde el Prado de Madrid.

Palacio de Buena Vista desde el Prado, Grabado de las vistas de Madrid. Esteban Biox

J. B. 24



Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN  
Comunidad de Madrid

Si el Duque de Medinaceli hiciera otro tanto en su casa del Prado y los demás grandes adoptasen el mismo sistema, Madrid sería una de las cortes más brillantes de Europa<sup>3</sup>.

**Pinturas.**- En la casa del duque de Santedesteban, frente de la parroquia de san Pedro, se enseña miércoles y sábado una colección de pinturas gratuitamente al público. Son dignas de verse las de Jordán historiadadas que están en la sala principal; lo mismo su retrato, con los atributos de Marte, sacado por él. Hay en las otras piezas muchos retratos de familia; de algunos Reyes de España; y varios otros cuadros, entre ellos prolijamente trabajados el Campamento y la Muerte de Holofernes, degollación del Bautista con excelentes vistas de arquitectura y la traición de Dalila que le ha quitado el pelo a Sansón; esta figura es de mucho mérito.

En las demás casas de los grandes sabemos que se encuentran excelentes originales, pero, como no están visibles al público, no los hemos podido observar. D. Antonio Ponz (tomo V. pág. 301) indica los que vio en las casas de Medinaceli, del Infantado y de Alba, particularmente en esta última los célebres cuadros siguientes: una Venus de pie y al lado izquierdo Mercurio sentado en actitud de enseñar a leer a Cupido, de Correggio; que llaman la Escuela de Amor; una Sacra Familia de Rafael; una Venus de Tiziano; otra Venus de Velázquez mirándose a un espejo; retratos de Tiziano, de Vandik (*sic*) y de Mengs; celebra los tapices trabajados en Flandes por dibujos originales de Rafael, los cuales, como la Venus de Correggio, se compraron en Londres en la almoneda de Carlos I de Inglaterra. También indica otros bellos originales en las casas del Duque de Medinaceli, del conde de Oñate, del marqués de Santa Cruz y del Duque de Osuna.

**Colecciones de particulares.**- Entre los particulares, la casa del camarista Don Bernardo Iriarte contiene una buena colección de pinturas. En el cuarto del despacho hay un cuadro de Van Dick con las figuras de Turena y Condé; otro de Tiziano con las del gran Duque de Alba, y la Panadera; y la Virgen de Pereda, de que habla Palomino, hecha para enviar a Roma; en la segunda sala se ve el sacrificio de Abraham que se dice de Guercino; un retrato del duque del Infantado de Murillo; otro del duque de Santedesteban hecho por Jordán; este célebre pintor vino con dicho duque desde Nápoles, donde acabada de ser virrey. Un cuadrito apaisado en tabla que representa el descenso del señor al seno de Abraham; se ven bajo de un arco las almas que esperan y una encima que ya está con el Salvador; un poco distante se figuran los fuegos y suplicios infernales con multitud de figuras en diferentes actitudes; es un bello pensamiento de Breughel (*sic*). La sala principal contiene un excelente retrato de Don Juan Francisco Eminente, de Murillo; otro de Felipe IV por

Velázquez; ambas figuras del natural. El gabinete de los pies de la sala tiene una Venus que se cree de Leonardo de Vinci, tamaño del natural; una Diana de Jordán; es raro el cuadro grande que representa un monumento sepulcral con los atributos de las artes, ciencias y dignidades. El gabinete ochavado encierra un retrato de Mengs hecho por él mismo; dos retratos de los fundadores de la Caridad de Sevilla, por Murillo; otros cuadros pequeños y borroncitos del mismo; vistas de Peternel etc. En otros dos gabinetes hay muchos retratos de profesores, entre ellos los de Diego Velázquez y Bartolomé Murillo, que se dicen hechos por ellos mismos; hay otro de Pantoja pintado por Velázquez; el retrato del célebre Lope de Vega, pintado por Cano; otro retrato de este pintor hecho por su mano; y otro de Pompeyo Leoni; hay una copia mediana del retrato de Miguel Angel. Es bueno el san Pedro que se ve en el segundo de estos gabinetes que se cree de Murillo imitando a Ribera. En otra sala, la Muerte de Medusa se tiene por de Jordán. En otra pieza hay un cuadro largo que representa un puesto de aves, una mujer que vende y un hombre que compra; firmado Alexandro Loarte 1626. En otra estancia se ve un cuadro grande firmado Montero, que representa a Noé con otras figuras; y otro de Andrea Bacaro (*sic*). Tiene también un gabinete de estampas y una buena librería. En uno de estos aposentos he visto con horror la vajilla de loza con que la república francesa obsequió a Don Domingo Iriarte por la paz de Basilea, objeto de nuestros males y de toda la Europa.

Don Nicolás de Bargas también ha juntado una bella colección que llena casi todas las salas de su casa; entre los cuadros se ven buenos originales del Españolito. Tiene también muchos retratos; y una colección de mineralogía, con otras varias curiosidades. Aún es más copiosa la colección de pinturas del Señor Vives.

La colección de pinturas de Don Andrés Peral contiene porción de cuartos bajos, y una galería de dos salas altas, entre los cuales se ven muy lindos originales; ha comprado a los Carmelitas la Magdalena, original de Cano.

También habla Ponz, aunque sucintamente, de las pinturas de Murillo que tiene el marqués de Santiago, de la colección de Don Juan Pereira Pacheco y de la de Don Cristóbal de Luna, Don Pedro Francisco Dávila y del marqués de la Florida.

Nicolás de la Cruz y Bahamonde, conde de Maule, *Viaje por España*, Madrid, Manuel Bosch, 1806-1813.

## El Retiro

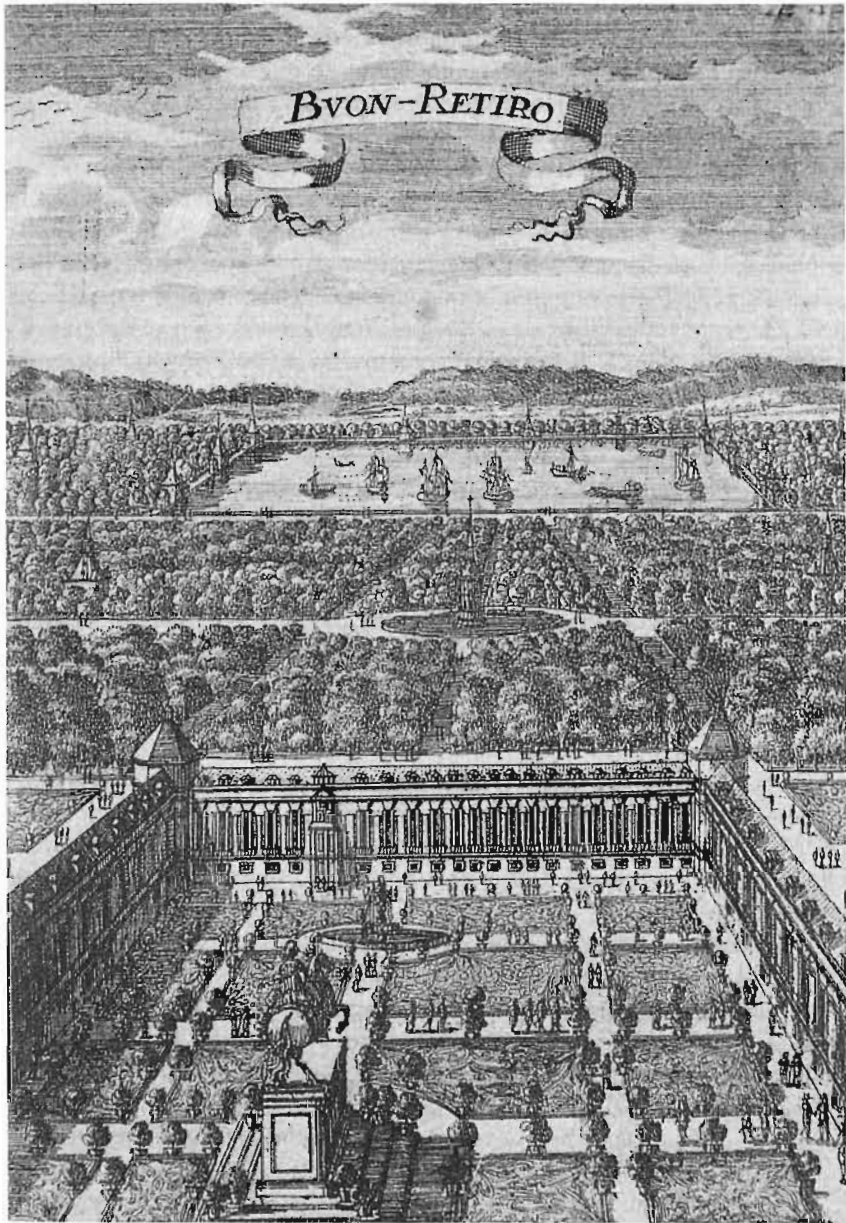
*Mientras que el Prado era el paseo favorito del pueblo, el Buen Retiro era lugar preferido por la aristocracia. El Real Palacio y jardines del conjunto llamado Buen Retiro fueron creados en 1631 por el Conde Duque de Olivares para placer y deleite de Felipe IV. Aunque Felipe V no lo consideró inicialmente lugar de residencia, el incendio del Alcázar en 1734 le forzó a convertirlo en sede permanente de la familia real. Fernando VI lo amplió y embelleció creando hermosos jardines, paseos y un observatorio. A partir de diciembre de 1764, cuando Carlos III empieza a residir en el nuevo Palacio, el Retiro pierde gradualmente importancia como residencia real.*

*Desde 1767, esto es, poco después de que Carlos III se trasladara al nuevo Palacio, se abren a los peatones los jardines reales del Retiro durante el verano y el otoño.*

*Paulatinamente los edificios del Retiro, incluyendo la residencia real, fueron abandonados. Esporádicamente se los utilizó como prisión: el viajero Casanova dice haber sido encarcelado allí en el año 1768. Veinte años después otro viajero describe el palacio como «un vasto montón de edificios avocados a la ruina, con las fuentes secas, los jardines yermos, las grutas y emparrados destruidos, las estatuas mutiladas». Algunas esculturas trataron, sin embargo, de salvarse. Tal es el caso de la estatua ecuestre de Felipe IV diseñada en 1640 por el florentino Pedro Tacca, y que, en 1844, se trasladó a la Plaza de Oriente o la estatua del Emperador Carlos V humillando al furor turco o las estatuas de Felipe II y la reina Marta de Hungría, esculpidas por Leone Leoni en 1564.*

Palacio, ermitas de san Antonio y san Pablo: Vayrac.- El Buen Retiro es también otro palacio Real que Felipe IV ordenó construir en un extremo de Madrid sobre la pendiente de una pequeña colina. Está compuesto de cuatro grandes cuerpos de viviendas flanqueadas por un número semejante de pabellones que forman un cuadrado perfecto. En el centro se ve un parterre bastante bello con una fuente de cuya estatua brota un surtidor de agua que sirve para regar las flores. Las estancias son amplias y magníficas, los techos y los artesonados resplandecen de oro y de pinturas muy bellas.

Es muy bella en el Retiro la *Sala de la Comedia*. Es bastante grande, toda ella es dorada y está adornada con bellas esculturas. Los palcos pueden contener fácilmente quince personas de forma holgada. Todos tienen celosías, desde las que se puede ver lo que ocurre en el teatro y en el patio de butacas sin ser visto.



*El Palacio y los jardines del Buen Retiro. Anónimo. Cobre. Talla dulce, MMM.*

En el Patio, que da al gran apartamento, se ve, sobre un pedestal, la estatua de bronce de Felipe II. El parque tiene alrededor de una legua de perímetro. Pequeñas góndolas completamente pintadas y doradas flotan sobre el agua y sirven al Rey cuando quiere solazarse con un paseo o con la pesca. Está bordeado de cinco o seis pabellones, donde se coloca la Corte cuando el Rey se divierte de este modo.

Hay en el parque dos edificios bastante agradables. Uno se llama la *Ermita de san Antonio*, el otro la *Ermita de san Pablo*. Se les llama ermitas a causa de que son dos agradables construcciones aisladas que pueden ser consideradas como dos bonitas casas de recreo, lugares apartados del tumulto de la Corte, donde el Rey puede disfrutar del placer del paseo.

La *Ermita de san Antonio* está construida de forma bastante simple en un lugar ligeramente elevado, de suerte que no hay nada demasiado extraordinario en su diseño ni arquitectura. Tiene una bella situación. Para llegar a ella, se pasa por una especie de puente construido sobre un canal que da la vuelta a la casa; después se atraviesa una bella explanada y se encuentra otro canal que baña las murallas del edificio y le sirve de fosa. Un bello puente bastante largo, de tres o cuatro arcos, atraviesa este canal. Por lo demás, no se ve allí jardín, fuente, ni árboles, salvo algunos diseminados a gran distancia de la Ermita.

La *Ermita de san Pablo* es mucho más bella y está más adornada. Es un lugar donde se ve por doquier objetos risueños y bastante agradables. Tiene un grande y magnífico jardín en el que destacan varios retazos de verde que recrean la vista.

Junto a este jardín se eleva la Ermita, cuya estructura es muy regular. La planta baja está adornada con cuatro estatuas que descansan sobre pedestales. Sobre las dos de arriba, sólo se ven florones y figuras, todo ello dispuesto con mucho arte de simetría. El techo está cargado con otras cinco estatuas.

Hay varias fuentes: la principal tiene una estatua de altura mayor que la natural de la que brota un surtidor de agua que va a parar a un bello estanque. Debajo se ven dos figuras agrupadas que arrojan agua por la boca en otro estanque. Desde este estanque el agua cae a grandes borbotones por diversos agujeros a otro que está construido a nivel de tierra.

Como el aire del Buen Retiro es muy puro y sano, Sus Majestades Católicas van a pasar allí la primavera y, muy a menudo, buena parte del verano.

Voviendo a entrar en la ciudad, se ven diversas casas señoriales que podrían pasar por bellos palacios. Destacan entre ellos el del Duque de Úceda, del Almirante de Castilla, del Duque de Monteleón y del Marqués de Lich.

Vayrac, *Estado presente de España*, Amsterdam, Steenouwer, Uytwerf, 1719.



El Palacio como residencia de los reyes: Charles-Louis de Pöllnitz.- El Rey pasa el invierno en este Palacio y no lo abandona hasta la mitad de la Cuaresma. Entonces se traslada al Palacio del Retiro, que está situado cerca de la puerta de Alcalá. Es un edificio grande y amplio, sin adornos ni estructura que semeja no tanto una Casa Real como un convento. El interior se corresponde bastante bien con el exterior. Las habitaciones son muy pequeñas; los tapices y los cuadros son de una gran riqueza; pero los señores españoles son tan descuidados, que dejan que las ratas roan estos bellos tapices sin preocuparse lo mas mínimo en repararlas. Hay también magníficos cuadros en otra sala de este mismo Palacio que representan fielmente escenas de la vida del Duque de Feria; es una pena que, para aumentar el espacio de entrada de la Sala, se haya dividido en fragmentos a varios de estos lienzos.

Los jardines de este Palacio no valen mucho. Felipe V se propuso embellecerlos, incluso había comenzado las obras. Pero los trabajos han sufrido muchas interrupciones. Nada hay en ellos de notable, como no sea una estatua de bronce colocada en el centro de un pequeño parterre rodeado de murallas. Esta estatua representa a Felipe IV a caballo; es una escultura de las más audaces que puedan verse en Europa. Se representa allí al caballo haciendo corvetas, y todo su cuerpo se sostiene sobre un anca. El resto de los jardines consiste en un gran espacio cerrado adornado de paseos carentes de simetría. Merece verse el Paseo del Rey tanto como la Casa de fieras, que está llena de animales bastante raros.

Charles-Louis de Pöllnitz, *Cartas y Memorias con las observaciones que ha hecho en sus viajes*, Amsterdam. François Changuion, 1737.

Decoración e interiores del Palacio: Francisco de Miranda.- Es un Palacio (el Palacio viejo del Retiro) que tiene el Rey de España extramuros de Madrid en una campiña dominante muy abundante en aguas y muy amena. En el día está deshabitado, por que toda la familia real se ha mudado al Palacio Nuevo, que comenzó a hacer Felipe V y concluido el presente Rey Carlos III, que es sin comparación de arquitectura más famosa.

La extensión de este Palacio es muy grande y surmonta a la del nuevo, así por que tiene en medio muchos patios con jardines como por que la Fábrica no es muy alta. El exterior es nada hermoso, pero los interiores bastante magníficos: la Sala de Embajadores, la de bailes, el Gabinete de cristales, que metido uno dentro y cerrada la Puerta no acierta a salir por que todo es ochavado, y cada ochavo semejante a los demás con que se queda uno confuso, al mismo tiempo que mira por todos los objetos que están dentro multiplicados hasta seis mil. Son muy particulares y asimismo las habitaciones todas del Rey y la Reina Madre; y

están con tal comodidad hechas las piezas, que sin embargo de ser altas, puede el Rey desde su cuarto que está en el interior del Palacio, ir a tomar el coche sin que sea necesario bajar un escalón, aunque está todo a nivel.

Casi todas las colgaduras que le adornan por el verano (que fue el tiempo en que yo le vi) son de raso de tapiz de la China, muy superior, como asimismo una colgadura de fondo blanco y bordada de todos colores (que está en el cuarto donde se viste el Rey) hecha en Talavera de la Reina, muy primorosa. Los colchones de la cama del Rey son forrados en damasco carmesí, y hay tres. Inmediata a esta sala está el retrete, donde el Rey se retira particularmente a sus oraciones con varias hermosas pinturas de María Santísima (de Tiziano) y un Crucifijo de mármol riquísimo, con varios adornos de fruta, y de más en la Piaña, y la Cruz de lapislázuli que Clemente VII regaló a un rey de España, que ciertamente es alaja (*sic*) portentosa. En el oratorio también de dicho Palacio se ven varias famosísimas pinturas como la de Cristo en la nave cuando se apareció a los Apóstoles que ya se iban con una borrasca a perder, la resurrección de Lázaro, el triunfo de Cristo en Jerusalén y el martirio de san Esteban que son particularísimas.

El resto de Palacio está todo lleno (sin que haya siquiera un pedazo de pared en blanco) de obras famosísimas de excelentes artífices. La Sala de Bailes es pintada toda de Jordán con todos los doce trabajos a que Hércules fue condenado por el Oráculo, pintadas excelentemente. Alrededor encendidas veinte y tantas arañas de cristal que dentro de dicha sala, y con las orquestas que corresponden en los balcones altos que para el efecto tiene alrededor, es una hermosura: un cuadro donde está toda la familia de Felipe V, que tendrá más de cuatro varas de largo y cinco de ancho, hecho por Van Loo (un francés, y fundador que fue de la Academia de pintura de esta Corte), cuatro que están comiendo un requesón, una que lo tiene, otro que con una cuchara ha tomado una cucharada, y lo está mascando, otro que está con otra cuchara metiéndolo en la boca, y una mujer que mirando al que lo tiene como mofándose de los que están comiendo a cuantos le miran; la ciudad de Messina figurada en una hermosa dama que huyendo de Francia desvalida ocurre a España que le da la mano y le socorre; un perro que está comiendo una cabeza de vaca, y se previene contra otro perro que viene como a quitársela; un león que está pillado en una red que de propósito se puso para cogerle demostrando el mayor enardecimiento; dos perritos de falda que están en un cuadro pequeño y del mismo modo otro que figura un racimo de uvas y unas granadas a la perfección; un otro que está una zorra comiéndose una liebre y una gata que está inmediata bajo de un árbol parida se sube inmediatamente al árbol en acción de ahuyentar con sus fieras a la zorra

para libertar a los hijillos que saltando por debajo del árbol también pretenden subir como la madre. Un gallina que tiene sus pollitos, y éstos están jugando unos con otros; una campaña en tiempo de invierno y unos muchachos que juegan a pelotazos de nieve; dos gallos peleando y un ave de rapiña que roba un gallo; el castigo de los gigantes por Júpiter y muchísimas otras pinturas excelentísimas, sobre todo de frutería, cuya mayor parte son de Velázquez.

Entre los retratos de los Reyes de España y grandes hombres están el del gran Capitán, el del hijo de Felipe II, que se presume murió de veneno, y la de Vealascuillo (*sic*), aquel célebre bufón de Felipe II vestido de calzón, chupa y golilla con un molinillo de papel de estos que suelen jugar los muchachos en una mano, y en la otra una pinturilla con una silletilla sin espaldar al lado, en acción de risa, y las piernas algo inclinadas hacia adentro.

Todas estas excelentes pinturas, y todas las otras que contiene dicho palacio, sin embargo (como me dijo el veedor) están puestas en el inventario, y abaludadas con sus precios. Pero lo que no tiene ni ha habido artífice que la tase es la Batalla de Constantino y Majencio, que dibujó Rafael de Urbino con lápiz en un papel, y se conserva bajo de un excelente cristal con muchísimo cuidado; fue tanto lo que admiró y agradó a Felipe V esta pintura cuando la vio la primera vez que vino a España, que, cuando salió huyendo de Madrid por el Archiduque, en medio de sus cuidados se acordó y envió un destacamento de tropas para que la tomasen del Palacio, y se la llevaron, lo que efectivamente efectuaron rompiendo el cristal, y arrollada se la pusieron a la faltriquera, cuyas arrugas aún se conocen un poco en el papel y se dice que cuando la recibió tuvo un notable gusto por que era sujeto que tenía voto en la pintura; de aquí se dice también que fue de donde sacó la copia el mismo artífice para poner en el Vaticano de Roma, y que habiendo este soberano artífice concluido esta famosísima pieza le dijo a los Cardenales que con qué sería bueno premiar a Rafael; y añadió lo haremos Cardenal; de donde viene que algunos le hayan querido después retratar con vestidos de Cardenal.

En los jardines se encuentran asimismo muchas piezas de bustos de mármol excelentes, y los doce meses del año representados en varias estatuas de niños, cosa preciosa. A todo lo dicho sobrepasa (en su especie) la estatua ecuestre que está en dichos jardines de bronce de Felipe IV, la cosa más perfecta que quiera discurrirse. Está montado con aire sobre caballo, con el cetro en la mano, y el caballo parado en las patas de atrás y con las manos levantadas en acción de saltar un poco, y con tanto coraje que se le ven claramente las venas por todo el cuerpo (¡raro primor del arte!) y la crin toda tendida que no deja que desear.

Al lado de estos mismos jardines está el palomar del príncipe, donde tiene toda especie de palomas, tórtolas y hay, a más las comunes, las que llaman ladronas por que sirven a traer otras de otros palomares, las de Valencia que son pequeñas, y las de China, que tienen todas las patillas vestidas de plumas y la pluma de la cabeza boltiada para adelante que las hace una especie de cerquillo muy gracioso a manera de una escofieta; y otras que llaman Coli-Pabas, por que llevan siempre la cola muy levantada del suelo, y al mismo tiempo tienen la cabeza muy levantada y echado el cuerpo para atrás, que parecen efectivamente un pavo cuando se esponja, y toda suerte de tórtolas. También vi aquí un búho grande y un puercoespín con una manera de un pequeño cerdo, pero que todo el lomo lo tiene cubierto de unas espinas largas, que sacudiéndose las arroja, y esta es su defensa.

Hay también algunos estanques con pesca en estos jardines; pero el famoso estanque es el grande que está en los jardines o arboledas que están fuera del Palacio y sirven de paseo público a las gentes de mayor distinción de Madrid; éste es cuadrilongo y tendrá de largo como 300 varas. En tiempo de invierno suele helarse y corren con patines muchas gentes en él por diversión, y hacer ejercicio, especialmente los Guardias de Corps de la Compañía flamenca (prueba de lo frío que es este país y de las terribles heladas que caen) y por tiempo de verano se embarcan en él las personas reales y van a pescar porque hay infinita pesca. También lo hace muy delicioso la infinidad de patos, gansos y demás animales palustres de que está lleno continuamente, en especial por el verano.

Hará ocho días que se encontró en él ahogado a un francés vestido con su casaca-chupa y dos relojes y muy bien portado, que según se ha inferido, se arrojó él mismo de hecho pensado, por que de la casa del Conde de Priego le despidieron estando sirviendo allí; pues el estanque estaba medio vacío y si de ex profeso no se hubiera tirado era imposible que se ahogase.

Siguiendo a este estanque, está el juego del Mallo, del príncipe, a donde suele ir a jugar por las tardes cuando está en Madrid; y después en una casa más abajo están dos ciervos que han traído de la parte de México, grandísimos (son lo que llaman en francés Elán y en inglés Elk). Su estatura es más alta que un caballo, y más larga, aunque son más delgados la cabeza, tan grande como la de un buey, y los cuernos, extremadamente largos, de suerte que tendrá cada uno más de media vara y media con varias astas para un lado y otro, que se le caen todos los años por el mes de mayo (de que tiene el Rey un gran repuesto en su cuarto) se enfurecen en viendo gente lo mismo que un toro, y ha llegado el caso de que a un soldado suizo medio borracho que se fue a ellos lo mataron. Son por cierto piezas dignas de verse por su magnitud en su especie. Hay

también en dicho palacio pavos reales, o pavones, blancos todos, y pintados de todos colores.

Francisco de Miranda, *Diarios de Viaje, 1750-1758*, Venezuela, Editorial Sur-América, 1929.

Palacio del Buen Retiro: William Beckford.- Uno de los españoles más agradables de tratar y mejor informados, el caballero de Roxas, que había sido íntimo de Verdeil y buen amigo mío en Laussane, vino esta mañana apresuradamente a darme un cordial abrazo. Parece decidido a mostrarnos todo Madrid y a hacer nuestra estancia aquí todo lo grata que le sea posible. En cosa de medio minuto me propuso cincuenta planes y proyectos: visitar museos, iglesias y edificios oficiales; ir a bailes, teatros y tertulias.

Roxas, deseoso de comenzar cuanto antes su papel de cicerone, estaba nervioso junto a la ventana y me dijo que aún nos quedaban una o dos horas de luz diurna proponiendo acto seguido una excursión a los jardines del palacio del Buen Retiro.

Cuando entramos en el patio del palacio, que está rodeado de edificios bajos, cuyas fachadas enjalbegadas parecen tristemente maltratadas por el viento y el mal tiempo, vi varias venerables figuras envueltas en caftanes y tocadas de turbantes, que se apoyaban contra un portal.

Tal espectáculo reavivó en seguida en mí los rescoldos orientalistas.

— ¿Qué animales son esos? —pregunté a mi guía—, ¿está permitido acercarse a ellos?

— Todo lo que quieras —respondió Roxas—, pertenecen al embajador de Turquía, que se aloja con todo su séquito en el Buen Retiro, en los mismos apartamentos que solía ocupar Farinelli, donde tenían lugar sus besamanos y recepciones un día y sus ensayos de ópera el siguiente; hoy fogueaba a los ministros y mañana a tenores y sopranos. Si te interesa podemos subir a ver a toda la pandilla de cerca.

Dicho y hecho. Subió los escalones de cuatro en cuatro con gran regocijo de los pajes y criados de su sublime excelencia, y entré en un salón cuyo suelo estaba cubierto por las más suntuosas alfombras y perfumado por la fragancia del palo de áloe. En un rincón de esta magnífica estancia se sentaba el embajador, Achmet Vassif Effendi, envuelto en una pelliza de costosísima marta cebellina, jugueteando con un ligero bastoncillo que tenía en la mano y pasándoselo de vez en cuando por las narices a unos esclavos altos y bien parecidos que estaban en fila delante de él. Estas figuras, quietas como estatuas, y al parecer igual de insensibles que ellas, no movían lo que se dice una mano o los ojos siquiera. Al acercarme yo a hacer mi salutación al representante del *Grand Seigneur*, que me recibió con una inclinación de cabeza llena de cortesía, su

intérprete anunció el nombre de la nación a que yo pertenecía y afirmó mi propia y cálida adhesión a la Sublime Puerta.

En cuanto me hube sentado en un gran sillón de terciopelo bordado, trajeron café en tazas de la más delicada porcelana, con platillos esmaltados de oro. A pesar de mi predilección por el Oriente y sus costumbres, apenas conseguí ingerir aquel potingue, tan espeso y amargo era; mientras yo, en consecuencia, hacía ciertos visajes, un sonido bajo y murmurante como de flautas y dulcémeles, acompañado por una especie de tamboril, salió de detrás de una cortina que separaba nuestro apartamento del contiguo. En la melodía aquella había una melancolía salvaje y la repetición continua de las mismas cadencias quejumbrosas que me llenaba de calma.

El embajador observaba mi rostro fijamente y parecía encantado del efecto que parecía producirme aquella música. Es hombre de gran talento, muy versado en literatura turca, nacido en Bagdad, rico, munífico y de noble alcurnia, por ser descendiente de la casa de Barmek; cortés en su trato, suave y plausible en sus palabras, pero en sus ojos se percibe un destello de despotismo.

Mis preguntas vehementes sobre Bagdad, la tumba de Zobeida, las ruinas del Dhar al Khalifat o palacio de los abasidas parecieron despertar en él mil recuerdos placenteros y cuando añadí algunas citas de sus escritores favoritos, sobre todo de Mesihí, se volvió tan locuaz y comunicativo que el griego gallardo y de aire astuto que le servía de intérprete, y que se llamaba Timoni, apenas podía seguir sus palabras.

Si no fuera porque llegó la hora de la plegaria, nuestra conversación hubiera continuado hasta medianoche. Levantándose con mucha solemnidad, extendió los brazos para desearme buenas noches y fue a una cámara contigua ayudado por dos pajes georgianos de muy buen ver; allí sus secretarios, trujamán y demás servidores estaban reunidos para el rezo, cada uno de ellos sobre su alfombrita, como en la mezquita, y no dejaba de ser edificante contemplar lo abstraídos y solemnes que parecían, dedicados a sus devociones.

William Beckford, *Italia, con apuntes sobre España y Portugal*, Carta Octava Londres, Richard Bentley, 1834.

Teatro y jardines: Henri Swinburne.- El palacio del Buen Retiro está ahora desprovisto de sus bellas pinturas y mobiliario. Los edificios son pobres e indignos de un soberano, por lo que pocas partes deberían haber sido conservadas en un plan juicioso. Las únicas cosas notables son el teatro, donde Farinelli canta delante de la Corte, una estatua de bronce de Carlos V y una estatua ecuestre de Felipe IV, fundida por Tacca en Florencia.



STATUE DE CHARLES-QUINT.  
*Au Buen - Retiro.*

*Estatua de Carlos V en el Buen Retiro. Grabado de Nouvean Voyage en Espagne  
de François Dourgoing, Paris, 1788.*

Los jardines son agradables y han sido abiertos al público. Uno de los grandes ornamentos de Madrid es la maravillosa verja de hierro que los separa de los paseos del Prado y la cuesta que sube hacia la Puerta de Alcalá, un nuevo arco diseñado por Sabatini.

Henry Swinburne, *Viajes a través de España en los años 1775 y 1776*, Londres, P. Elmsly, 1779.

Estatua ecuestre de Felipe IV: Antonio Ponz.- *Es ante todo el Viaje de España (1772-1794) de Antonio Ponz un inventario de los tesoros artísticos de España, una recopilación de noticias sobre objetos de arte, acompañadas las más de las veces de su descripción y del juicio personal del autor. A este tesoro descriptivo se agrega una visión comprensiva de la realidad nacional y un conjunto de sugerencias reformistas e ilustradas: no se trata sólo de referir o informar, como ocurre en otros libros de viaje, sino, además, de aplicar criterios de valoración y estimular, de acuerdo con ellos, la búsqueda de lo más perfecto y útil para la sociedad según las ideas reformistas. En el terreno artístico, las propuestas se concretan en la afirmación academicista de la nueva estética neoclásica (consideración del gótico como arte bárbaro, entusiasmo por el Renacimiento, rechazo frontal de las formas barrocas) y en el campo de las reformas sociales, políticas y económicas en medidas concretas tales como la mejora de los caminos, perfección de los cultivos, intensificación de la producción agrícola, aumento de la industria, reorientación de la beneficencia, aprovechamiento de los ríos, plantación de árboles... Por lo que hace al urbanismo madrileño, el criticismo del abate Ponz señala acusadoramente la carencia de árboles, la ausencia de templo catedralicio, la falta de magnificencia de la arquitectura cortesana, el «mal gusto» del churriguerismo castizo de las iglesias. Considera, sin embargo, que las reformas emprendidas por Carlos III han embellecido la ciudad abriéndola a las reformas útiles.*

*La descripción Madrid y los Reales Sitios ocupa los volúmenes V y VI del Viaje. Abandona aquí Ponz la habitual forma epistolar para repartir su exposición en «divisiones», siguiendo los distritos de la ciudad, quizá —como sugiere Casto Marfá de Rivero— porque residiendo en la Corte su correspondencia, no eran verosímiles las cartas sobre asuntos que tenía a la vista y prefirió por ello la forma expositiva.*

La frondosidad de estos jardines, inmediatos a la Puerta de Alcalá, se debe al cuidado que de veinte años a esta parte se ha puesto en renovarlos, y en renovar también muchas calles de árboles, aumentando otras, y un bosque en parajes que ahora son los más deliciosos y antes eran imagen de la aridez, sirviendo para arrojar escombros o criar conejos.



Todavía falta que renovar y algunos ornatos que añadir; pero como vemos que todos los años se mejoran, puede esperarse que dentro de poco lleguen a competir o superar a los más célebres y divertidos. Es lástima que para tantos plantíos no abunde el agua, que viene por caserías desde los altos de Chamartín. Dicen que por lo pasado venía en mayor cantidad, y se ignora si la disminución consiste en que se rezuman los encañados o en otra razones. Esta falta se suple con muchas norias que hay repartidas en varios parajes. Tienen estos jardines dos entradas principales: una por la plaza de Palacio, llamada *de la Pelota*, y otra, nueva y magnífica, por medio del enverjado de hierro de la calle de Alcalá, y están francas a toda persona que en traje decente quiera ir a pasarse en ellas.

Así como los Jardines del Retiro forman desde lejos una vista agradable, los edificios sólo presentan la perspectiva de un conjunto de habitaciones ordinarias, de las cuales se han derribado muchas, hacia la parte de Madrid, para formar el Jardín de Primavera, parte del Prado y otros plantíos que desde el mismo Prado suben a las entradas principales de Palacio y de la iglesia de san Jerónimo. Es el Palacio un cuadro grande regular, con torres en las esquinas, que está confundido con otras obras añadidas después; pero, aunque estuviese del todo descubierto, no habría en su arquitectura cosa que mereciese descripción particular, porque es fábrica hecha deprisa, de madera y ladrillo, al modo que comúnmente se construye en Madrid; ni en aquel tiempo era fácil emprender magnificencias, según la estrechez en que se hallaba el Real Erario. Aun los fundamentos son de aquella mala piedra llamada *de san Isidro*, por cuya razón ha necesitado, y necesita cada día, de grandes y costosos reparos. Entre las obras agregadas, solamente merece considerarse la que llaman *el Casón*, por el motivo que se dirá después.

Aunque inmediata a la iglesia de san Jerónimo, a la parte de Oriente, tenían los reyes, desde el tiempo de Felipe II, una habitación que llamaban el *Cuarto de san Jerónimo*; se debe atribuir a Felipe IV la fundación de este Sitio, a estímulo, según se dice, del Conde-Duque de Olivares, para lo cual compró todo el terreno, que pertenecía a diferentes dueños, en donde había varias ermitas, que todavía permanecen. Sin duda, por esta circunstancia de fundador, se colocó después su estatua ecuestre en el jardín principal de los que están cerrados; y pues se ha ofrecido mencionar aquí esta excelente obra, empezaré por ella la narración de las cosas notables que hay en el Buen Retiro. Sábese que el señor Felipe IV escribió a la gran duquesa de Toscana, Cristina de Lorena, pidiéndole encargase al célebre escultor de aquella ciudad Pedro Tacca la obra de esta estatua.

Habiendo esta señora confiado al gran duque el encargo que tenía, llamó éste a dicho profesor, y se la ordenó, con la circunstancia de dejar

cualquier otro trabajo y de que había de correr por cuenta de su alteza, que con ella pensaba hacer un regalo a Su Majestad. Después de algunos estudios que Tacca había hecho, se le manifestó que gustaría al Rey que no se hiciese el caballo en la conformidad que los otros de su género; esto es, en acto de paseo, sino de corveta o de galope. En vista de lo cual, y deseoso de agradar al Rey, escribió a esta Corte solicitando se le enviara un ejemplar por buen pintor y acertar mejor en la obra. En efecto: dentro de pocas semanas se le envió un cuadro de mano de don Diego Velázquez, con el Rey a caballo, y, a más de esto, otro retrato de medio cuerpo que el mismo Velázquez hizo del Rey.

Vista la actitud que se le había de dar al caballo, por los profesores y aficionados que había en Florencia, tuvieron por imposible que la obra pudiese efectuarse, tratándose de mantener en el angosto espacio de los pies una mole de más de dieciocho millares de libras, la cual había de subsistir fuera del equilibrio y, por consiguiente, posar en falso, como era preciso para representar el galope o la corveta; y así se tuvo por quimérico el pretender hallar fuera de la figura del caballo, o sobre el plano, o debajo de él, un equilibrio para tan gran salida. Aquellas noticias de aquel tiempo indican que el célebre Galileo Galilei consideró imposible la empresa; pero las más ciertas son que el mismo Galilei sugirió a Tacca la manera de mantenerlo.

La destreza de Tacca contribuyó también al sostenimiento de esta máquina en el modo que tuvo de formar los gruesos y pegar las partes de ella; hízola de dos trozos, exceptuando las piernas y los brazos; un trozo hasta la cincha y otro desde la cincha a la cabeza; macizó las piernas, y así fue aumentando o disminuyendo los gruesos, conforme tuvo por conveniente para su intento. Pesó toda la obra de la estatua y el caballo dieciocho mil libras. En cuanto a la actitud, se dirá lo que sintieron los inteligentes del arte de cabalgar, suponiendo antes que el caballo se maneja en dos maneras; esto es, en los aires altos y en tierra. Una de las operaciones del manejo en el aire es la corveta, formándola cuando se levanta, caminando siempre doblando los brazos hacia el pecho y manteniéndose o equilibrándose sobre las ancas, bajando la grupa hacia el suelo. La posada es otra especie de operación en el aire, y ésta la hace el caballo al terminar cualquier manejo, hágase en tierra o en el aire; es un género de corveta, con la diferencia de que en la posada se levanta más en el aire que en la corveta, y después se para y afirma con los cuatro pies. La alzada es nombre genérico de todos los movimientos que hace el caballo al alzarse con los brazos y posarse sobre las piernas.

La actitud que dio Tacca al caballo es como un medio o compuesto de las referidas operaciones, no siendo corveta por no sostenerse lo bastante sobre las ancas, bajando la grupa y levantando la cabeza y espaldas.

Tampoco es posada, por describir su figura una línea casi plana desde los ojos a lo alto de la grupa, debiendo ser inclinada; y últimamente no es galope, pues para serlo, debiera echar hacia atrás una de las ancas y la otra hacia delante, y no estar iguales, como están; por tanto, se considera ser un cierto medio, como se ha dicho, entre las tales actitudes, en lo que el profesor procedió con sabiduría, habiendo observado los que ejercitan la noble arte de la escultura que cualquier otro movimiento hubiera sido menos gracioso.

Acabada esta gran obra, y expuesta en la misma casa de Tacca, fue admiración de los ciudadanos de Florencia; pero el artífice acabó sus días inmediatamente; dicen que por graves disgustos que le ocasionó un ministro del Gran Duque, nombrado para entender en los gastos necesarios y en la recompensa de la obra. Ésta se envió a Madrid, para ofrecerla a Su Majestad en nombre del Gran Duque Fernando; y de dos hijos de Tacca vino el mayor, llamado también Fernando y ahijado del gran duque, el cual, por haber estudiado la profesión del padre y por su buen talento, se consideró capaz de hacer este oficio con el Rey de colocar la máquina en su sitio y de componer los pedazos que lo necesitasen.

La referida obra se halla estimada en los inventarios del Retiro en el precio de cuarenta mil doblones, aunque costó menos sin comparación; en la cincha del caballo se lee: *Petrus Tacca fecit Florentiae anno salutis MDCXXX* como firma. Hay muy pocas, entre las obras modernas de esta línea, que se le igualen en el brío como está expresado el caballo, en la dignidad del jinete, en la hermosura y lo acabado de las labores que se ven, particularmente en los estribos, freno, silla y en la banda del Rey. Lo malo es el estar aquí encerrado y no poderse ver sino de distancia, y por las espaldas, a no buscar quien franquee la puerta del jardín. Siendo esta máquina cuatro tantos mayor que el natural, no podía ser más oportuna para adornar un paraje público de Madrid, y no se vive sin esperanza de que algún día suceda; pero antes se debía pensar en otro monumento semejante dedicado a la memoria del Rey, que sobre sus predecesores ha dado a esta Corte decoro y hermosura, y, finalmente, la ha mandado purgar de cuanto la hacía despreciable, particularmente a la vista de los forasteros .

Antonio Ponz, *Viaje de España*, Madrid, Ibarra. 1772-1780.

Casón, teatro: Antonio Conca.- Si los jardines del Retiro presentan desde lejos un aspecto agradable, el Palacio, aunque cómodo en su interior, no ofrece al viajero la apariencia imponente y pomposa de una residencia real. Forma un cuadrado grande, regular, con torres en los ángulos, a las cuales se han añadido posteriormente otros edificios, que

llaman la atención sea cual fuere el punto desde donde se los mire. Muchas de las pinturas más visibles han pasado desde este lugar a embellecer el nuevo Palacio Real, desde donde otras menos estimables fueron transportadas hasta aquí. El aficionado a las artes encontrará aquí muchas excelentes obras de diferentes escuelas. Señalaré las principales.

Empezando por el gran Salón de los Reinos, llaman la atención doce grandes cuadros: varios maestros, que compitieron por plasmar en sus lienzos hechos de armas de la historia de España, honraron al mismo tiempo el valor de sus pinceles, y las valerosas acciones militares de los generales que los mandaron, todos ellos dignos de ser recordados por la posteridad. A Juan de la Corte, pintor del Rey y nacido en Madrid, se atribuye el Socorro prestado a Valenza del Po por don Carlo Colonna, cuya cabeza, sin embargo, ha sido pintada por Diego Velázquez. Y era digno de ser retratado por un tan insigne profesor aquel guerrero y literato, el cual, a imitación de Jenofonte y César, escribió las Guerras de los Países Bajos, donde gobernó entre 1588 y 1599, y nos dio después una traducción de Tácito, la más apreciada en lengua española. Entre estos doce grandes cuadros se ven otros dos más pequeños del mismo de la Corte, el Arca de Noé de Pedro de Orrente y los Trabajos de Hércules, que plasmaron con fuerte claroscuro algunos cuadros de Zurbarán, insigne imitador del Caravaggio, y mucho más de la naturaleza. Fue extremadamente diligente en todos sus trabajos, los cuales complacieron tanto a Felipe IV, amantísimo de la pintura, que un día, mientras pintaba en el Palacio del Retiro, llegó a decirle mostrándole su real agradecimiento: *Eres el Pintor del Rey, y rey entre los pintores.*

No olvidaré mencionar las dos grandes pinturas de Jordán que se encuentran en la aptecámara de la Reina, como tampoco las otras del napolitano Rico, de Horacio Borgiani, de Francesco Ricci y Antonio Pereda; recordaré asimismo el Tántalo en sus suplicios de Ribera, algunas escenas de caza muy bien trabajadas por Giovanni Tillen, Francesco Snyders y Pedro de Vos, el Hércules combatiendo con la Hidra de Rubens, algunos retratos de Carreño y Pantoja y otras pinturas del Bassano y Stefano Marc, que están en las salas contiguas, en la primera de las cuales Pietro da Cortona representó en dos grandes cuadros un Salón del Vaticano con el Papa Urbano VIII y los Cardenales, y el Papa conducido en litera con una vista del Vaticano. Otros dos cuadritos de Tiziano, que representan temas mitológicos de Diana, parece ser que datan de los últimos años de la vida de aquel maestro. El Mercurio y Argos del flamenco Jordaens y trabajos parecidos de los Bassano, y del ya citado Marc pueden ser comparados con los mencionados. Así, en la Sala llamada de Corte, y en un camerino, llama la atención el cuadro de Jordán que representa el Reino de Sicilia, que, ultrajado por sus enemigos, se refugia

en el seno de la Monarquía española. Hay aquí también una Bacanal de Cornelio de Vos y un cuadro con nueve figuras y con varias especies de frutas maravillosamente ejecutadas. Las primeras son de la escuela de Rubens y los frutos quizá de Adriano de Utrecht, cuyo nombre puede leerse en otro lienzo excelente (pintado en 1642), también con frutos, pájaros y piezas de caza muerta. Orfeo que saca a Eurídice del Infierno, la caída de los Gigantes y Saturno devorando a un hijo son tres bellos lienzos de Rubens. Se atribuye a Nicolás Poussin un anfiteatro con cuatro elefantes y varias figuras. Tiene mucha fuerza e impresiona sobremanera el cuadro de Andrea Vaccaro con las figuras completas de Jesús, María y José que se conserva en uno de los tres oratorios. El oratorio privado del Rey está embellecido a su alrededor con ocho cuadritos de Corrado Giaquinto<sup>4</sup>. Este pintor es autor de la Santísima Trinidad pintada con muchos santos en el altar. Saber que el crucifijo de mármol allí colocado fue regalado por Benedicto XIV al rey Fernando VI bastaría para ponderar la calidad de su arte.

En la cámara del Despacho, se ha tenido siempre en gran consideración un dibujo de la Batalla de Constantino contra Majencio, original de Rafael de Urbino. Así al menos se cita en el inventario de esta estancia real. Dice Ponz que posiblemente se pintara después de la Batalla del Vaticano, y que, consiguientemente, sea posterior a Rafael. Pero ello —dice el mismo Ponz— no impide que sea una obra excelente. También lo son un cuadrito de Parmigianino que representa al niño Jesús con Santa Catalina, el centurión a los pies de Cristo de Pablo Veronés, las bodas de Caná de Stefano Marc, en su mejor estilo y —el mejor de todos— una cabeza de san Jerónimo de Guido Reni.

En los apartamentos de los infantes y en algunas estancias y galerías que hay junto al *Casón*, pueden verse muchas pinturas de los Bassano, Ribera, Pablo Veronés, Pietro Snayers, Rang, Snyders, Rubens, Marc, Pietro de Vos, Vaccaro, Pantoja, Francisco Collantes, el Greco y de otros famosos autores, cuya relación sería muy larga de hacer aquí. Destacaré el cuadro de Rembrandt que representa a una vieja y a un joven iluminados por la luz de una vela, el retrato de una mujer, de Leonardo da Vinci, el de un hombre con una cartela que dice *Opus Thomae Florentini, anno salutis 1521*, y finalmente la apreciada obra de Luigi Van Loo que representa al natural a Felipe V y a Isabel de Farnesio rodeados por toda la familia Real.

Por la parte de los jardines se une con el Palacio un edificio cuadrilongo llamado *el Casón*, la mejor construcción del Retiro, tanto por la arquitectura como porque Jordán, pintándola al fresco, quiso dejar a la posteridad el más auténtico monumento de su habilidad en este género. Se representa sobre todo en un estilo alegórico la institución de la insigne

Orden del Toisón de Oro hecha por Felipe el Bueno, Duque de Borgoña. Esta obra, considerada en todas sus partes —dice Ponz— es una de las más excelentes que jamás se ejecutaron al fresco: el autor, abandonando cualquier idea trivial, vuelve su pensamiento hacia la buena disposición y nobleza dándole una cierta novedad y armonía, que sorprende a todos. Sería largo referirse a las cosas que introdujo Jordán para enriquecer esta gran obra, dejando aparte la valentía con la que supo unir los asuntos alegóricos con la mitología y la historia. Esta obra no da una idea cabal de las otras de este autor y creemos que es digna de ser vista y conservada como una de las más singulares que se encuentran en Madrid. Desde el soberbio *Casón* se sale a los jardines por una estancia ovalada cuyas paredes están completamente cubiertas de espejos, y cuyos techos han sido pintados con gran audacia por el mencionado Jordán.

En el apartamento bajo, llamado *de la Reina Madre*, se guardan varias bellas esculturas y pinturas. Entre éstas destacan algunos pueblos de Gaspero Poussin, y una rueda de fuegos artificiales hecha en la Plaza de España de Roma por Sebastiano Conca. Son casi infinitos los bustos, las figuras de mármol, las mesas de pórfido y otras obras de escultura depositadas en un subterráneo; así como es muy sorprendente el número de cuadros, que todavía quedan en las habitaciones vecinas, donde vivía el Serenísimo Infante Don Luis. Solamente ellos podrían llenar cualquier palacio. Está allí un gran esbozo de la famosa Cena del Tintoretto, dos cuadros de Durero, que representan a Adán y Eva a tamaño natural. En la figura de Adán, además del monograma del autor, puede leerse: *Albertus Durerus Alemanus faciebat post Virginis Partum 1507*. Vienen después el Sísifo, Prometeo y otros cuadros de Ribera, Felipe V y la reina Isabel, del Señor Rang y una multitud de paisajes, marinas y otras obras semejantes, por hablar solamente de las que penden de las paredes; sería demasiado prolijo y fastidioso recordar las otras obras que allí se encuentran amontonadas en desorden.

Apresurémonos, pues, a entrar en el teatro, donde durante el reinado de Fernando VI sonaron las más bellas, suaves y armoniosas voces y los más delicados instrumentos musicales en las magníficas y sorprendentes obras que allí se representaron. El escenario es espaciosísimo y comunica con los jardines. El conjunto del teatro fue diseñado con inteligencia y arte por Don Santiago Bonavia. El gran palco del Rey está adornado con cuatro grandes cuadros del pintor veneciano Giacompo Amiconi que representan las cuatro estaciones del año. Aunque la platea no pueda contarse entre las mejores, tiene capacidad para mucha gente, y los pequeños palcos del alrededor tenían capacidad para albergar a los Ministros, embajadores y otros señores de alto rango que debían hacer la corte a los soberanos, quienes tanto se complacían en tan brillantes divertimentos.

Carlos III, magnánimo y generoso en todo lo que beneficia a sus vasallos, trató de emplear lo mejor posible los inmensos tesoros del Estado protegiendo las Artes y las Ciencias útiles. Hablan alabanzas de aquel gran monarca los duraderos monumentos de cualquier género, perfeccionados y acrecentados por quien le ha sucedido gloriosamente y prepara con activo y sabio gobierno la época más dichosa de la nación española.

En uno de los jardines se ve la soberbia estatua ecuestre de Felipe IV, obra de gran mérito de Pietro Tacca de Carrara. La fama que ha alcanzado este artista con sus obras indujo a Felipe IV a solicitar sus servicios escribiendo a tal efecto a Cristina de Lorena, Gran Duquesa de Toscana. Apenas informado el Gran duque Fernando II, mandó llamar a Tacca para ordenarle que, dejando cualquier otro trabajo, empezase el mencionado. Puesto que el Rey quería que representase al caballo no en acto de pasear, sino en actitud de corveta o al galope. A las pocas semanas se le envió un cuadro de Velázquez, que ahora está casualmente en la Galería Real de Florencia con el Rey a caballo. Se le mandó también un retrato de media figura del mismo pintor. Los profesores y artistas de Florencia creyeron imposible la realización de una obra de estas características, pues se trataba de sostener sobre el restringido espacio de los pies una mole cuatro veces mayor del natural y que pesaba 18.000 e incluso más libras, la cual tenía que posar en falso desafiando las leyes del espacio, como era necesario, para representar el galope o la corveta. Algunas noticias de aquel tiempo indican que este era también el deseo de Galileo Galilei; sin embargo, de otros testimonios de mayor peso se desprende que el mismo Galileo sugirió a Tacca la manera como debía proceder para llevar a buen puerto la obra que se le pedía. Consecuentemente, se dispuso con suma diligencia a la formación de las partes, y a esculpir los contornos de las piernas aumentando o disminuyendo las paredes del metal del modo más conveniente a su invento. La escultura completa se compone de dos piezas, sin contar las piernas y los brazos: una llegaba hasta la cincha y la otra hasta la cabeza. Los intendentés de caballería piensan que la actitud del caballo es un compuesto, un punto intermedio entre varias posturas, a mitad de camino entre la corveta, el reposo y la postura alzada. Tacca merece alabanzas por haber alcanzado esta postura, observando los escultores que, si se hubiese dado al caballo cualquier otro movimiento, su figura habría tenido mucha menos gracia. Terminado el trabajo, permaneció expuesto al público en la casa del escultor, quien, mientras recibía las felicitaciones y parabienes de sus conciudadanos, terminó sus días el 26 de Octubre de 1640.

Pocas obras modernas de este género pueden compararse en esbeltez con esta, con la expresión del caballo, la dignidad del caballero, la belleza y acabado de los trabajos, y muy especialmente de los estribos,

las riendas, la silla y la banda del Rey. En los inventarios del Retiro se valora a esta estatua en 40.000 escudos de oro. En una cincha del caballo se lee: *Petrus Tacca fecit Florentiae anno salutis MDCXXXIX*.

No es menos digno de admiración el grupo de bronce de Carlos V con varios trofeos militares y con el Furor Turco encadenado a los pies. La escultura se debe al aretino Leone Leoni. Grandioso carácter, inteligencia del desnudo, bella contraposición en las figuras y dignidad en la del Emperador que puede despojarse de todos los ornamentos son los méritos que distinguen a esta obra, la cual reposa sobre un pedestal de mármol. Álzase enfrente una casa adornada de columnas de alabastro y con otras dos no menos apreciadas estatuas del mismo Leoni que representan a Felipe II todavía joven y a Doña Mariana, Reina de Hungría, en vestido de viuda y con un libro en la mano.

Antonio Conca, *Descripción viajera de España*, Parma, 1793-1797.

Pinturas del Palacio: Nicolás de la Cruz y Bahamonde.- El Palacio del Retiro, situado de la otra parte del Prado, se compone de porción de edificios de poco gusto en la arquitectura; tiene tres grandes patios. Describiremos sus pinturas y lo más singular que encierra en todo su recinto.

Luego que se sube la escalera de la entrada, se ve el retrato de una mujer a caballo en actitud de caza que no es malo.

Cuerpo de Guardia.— En esta pieza hay un retrato de Luis XIV y su esposa de regular mérito.

#### 1. Sala

Es bueno el cuadro de la aves de rapiña en actitud de asaltar a una gallina y polluelos. Hay otros dos bellos animales muertos.

#### 2. Sala de consulta

Cuatro cuadros grandes de Rubens. Es lindo el cuadro del perro y el gato; en la parte superior una cesta de frutas de las cuales coge una un mono. Hay otros de animales y aves, de mérito.

#### 3. Sala del banquillo

Cuatro retratos de Velázquez, entre ellos el bufón de Felipe IV.

#### 4. Pieza de paso

Países



## 5. Sala de comedor

El sacrificio de dos amantes sacado de las obras de Tasso; el cuadro que representa la mujer que rema y el otro de Hércules sujetando a un toro, de Jordán. Dos cuadros grandes del mismo con multitud de peces y otras varias figuras. Dos amantes hombre y mujer hortelanos, en un bello país y al lado instrumentos de agricultura. Dos cacerías, la una representa a Diana; y la otra de leones, tigres etc, de Jordán. El gran país que llaman sacrificio de Argos y Mercurio de Jordaens, flamenco; se ve un hombre con el sable y la flauta; al lado, una barca.

## 6. Sala de refresco

Varios fruteros.

## 7. Sala, paso al cuarto bajo

Hay una cena de Bartolomé Carducho firmada en 1605. También son buenos los dos cuadros, el uno que representa la aparición de los ángeles a Abraham; y el otro la escala de Jacob, firmados G.F.S.

Se ve otro de Collantes que contiene la Resurrección firmado en 1630.

Los tres cuadros coronación, crucifixión y descendimiento parecen de Bazán.

## 8. Sala de paso

El cuadro grande que representa el milagro de Moisés cuando hirió la pena y sacó las aguas es de Jordán.

## 9. Oratorio del Rey

Todos los cuadros son de Jordán; excepto el nacimiento del altar, que es de Cajés.

## 10. Sala de vestir del Rey

Son por todos títulos muy apreciables los dos cuadros que representan, tamaño natural, los Reyes Católicos, Don Fernando y Doña Isabel con la inscripción abajo de sus triunfos y conquistas y data de sus fallecimientos, por Antonio del Ricón.

## 11. Oratorio pequeño

Está adornado de pinturas de Corrado. En su altar hay un señor sobre una cruz de lapislázuli embutida en vano con filetes de bronce dorado. Lo regaló el papa Benedicto XIV a Fernando VI. Tiene una peana de mármol adornada de ramos de bronce y frutas de piedras; y dos angelitos con instrumentos de la Pasión.

## 12. Cuarto de invierno del Rey

Un cuadro de cacería de un jabalí, perros y un hombre de P. Vos. Dos cacerías de Rubens; de quien se cree otro cuadro de la creación del hombre y de los animales.

Los cuatro cuadros: Diana cazadora; el Juicio de Paris; Apolo y Dafne; y otro pasaje de la fábula; son de Juan de la Corte, Jordán y otros. También hay un san Jerónimo en tabla y la coronación del Señor en piedra de Labaña, de algún mérito.

## 13. Cuarto del Rey

Dos cuadros: el lavatorio de Pilatos, tal vez de Jordán imitando a Guercino; y san Lucas, que se dice de Orrente. La vieja con la sonaja parece del Españolito; se tiene por del mismo, un filósofo compañero del antecedente y otro retrato de niño. Hay un retrato femenino de escuela francesa.

## 14. Gabinete del Rey

Retratos del Cid y de doña Jimena de medio cuerpo al natural. Hay otros dos de Carlos IV y del infante Don Gabriel correspondientes a la edad que tenían cuando vinieron de Nápoles. Son buenos los dos cuadros, el uno que representa la boda de Caná y el otro el milagro de los panes.

## 15. Pieza de la Meridiana

Contiene trece retratos de príncipes de la sangre, uno de ellos firmado por Gobert en 1714.

La Meridiana parece que es muy correcta, colocada según su transcripción el año 1756. Unos albañiles que tuvieron que hacer después obra en esta estancia, se robaron los signos de plata que adornaban la eclíptica. Desde este gabinete hay excelentes vistas no sólo al jardín inmediato que domina, donde está colocada sobre un pedestal de mármol la famosa estatua ecuestre de bronce de Felipe IV obra de Tacca<sup>5</sup>, sino al Jardín Botánico, y al camino de Aranjuez, extendiéndose hasta el cerro de los Angeles.

## 16. Galería de las Infantas

### 1. Sala

Entre los cuadros es gracioso el de un perro sentado en una silla. Goza también de bellas vistas a otro jardín que está al piso de la misma sala.

### 2. Sala

Tiene las vistas al jardín anterior. Hay un gran cuadro de toda la familia de Felipe V firmado L.M. Van Loo en 1743. Además, treinta y

cuatro cuadros que contienen otros tantos retratos de Reyes y Príncipes, y otras figuras; entre esta últimas es muy buena una cabeza con su gorra y otra de un viejo, de diferentes autores.

### 17. Antesala de Embajadores

La cúpula, los dos medios círculos de los frentes al fresco; dos cuadros grandes al óleo que representan la conquista de Granada; Hércules hilando por los amores de Onfale; y un sátiro robando a una mujer; las pechinas a fresco que representan las cuatro partes del mundo, y entre los óvalos varias figuras alusivas a la religión, todas son de Jordán.

### 18. Sala de Embajadores o gran cazón

Sobre las galerías pintó Jordán al fresco en distintas acciones las fuerzas de Hércules. En las ventanas, las Musas. Superior a la Musas, varios filósofos de la antigüedad. En el frente principal de la bóveda colocó una matrona que representa la España triunfando de varias naciones. En el medio, las constelaciones o signos de Zodíaco, y en la parte opuesta otras matronas que representan las provincias de España con una cadena que las circuye, en el acto de colocar el toisón de oro que le entrega Hércules a Felipe el Bueno<sup>6</sup>. Tiene además otras muchas alusiones pintadas al fresco por el dicho autor con varias figuras. La sala está en medio de dos jardines.

### 19. Gabinete de cristales

Inmediato a la sala está este gabinete que llaman de cristales por estar adornado de ellos; la cúpula está pintada también al fresco por Jordán; contiene varios sacrificios de los egipcios al sol, que aparece en su carro conducido del Duque de Alba con cuatro caballos.

Por aquí hay una salida al parterre principal del jardín del Retiro.

### 20. Entrada al teatro

Lo más singular son: un plano antiguo de la ciudad de París; otro de la batalla de san Quintín; y otro de la toma de Antequera.

### 21. Cuerpo de Guardia de la Reina

Un cuadro que representa una fragua de Jordán imitando al Bazán.

Una gran cabeza, de Carducho. Y otros cuadros que parecen del mismo Bazán.

### 22. Sala de cortes

Contiene doce cuadros grandes que representan conquistas de los españoles en Italia, Flandes y Toma de Brasil: tres de ellos firmados por

Vicente Carducho, sin data; y otro por Eugenio Cajés en 1634. Los ocho restantes son de Félix Castello, Juan Bautista Maino, J. Leonardo, A. Pereda y J. de la Corte; en este último, que representa el socorro de Valencia del Po por Don Carlos Coloma, se dice que pintó la cabeza del general Diego Velázquez. Hay otros diez sobre puertas que representan a Hércules en diferentes actitudes, de Francisco Zurbarán.

En el centro de dicha sala se observan diversos modelos trabajados en madera: uno de la plaza de Gibraltar con su montaña; otro de la plaza de Cádiz con todas sus fortificaciones y edificios; en ellos el barrio de san Carlos, que no estaba principiado el año 1779, cuando lo sacó Don Alfonso Ximénez; otro de la plaza de Figueras traído de la Concepción, frontera de Portugal; otro modelo de san Juan de Ullua en Veracruz; y de Acapulco dos, el uno de su bahía y el otro de su fortaleza.

### 23. Sala

Donde da de comer el Rey jueves santo a los pobres.

Dos cuadros grandes de Amiconi.

Un modelo en madera de las baterías del campo de san Roque en Gibraltar el año 80.

### 24. Sala de besamanos

Dos cuadros grandes de Jordán y tres de animales de Pedro Bosch o Bosq.

Los corredores están circuidos de cuadros, pero no de mayor mérito.

### 25. Teatro

La platea es de bastante extensión, circuida de cinco órdenes de palcos, con sus balaustradas, dorados. Bonavia fue su primer arquitecto; Buonavera y Pavía lo reformaron de la manera que se observa al presente.

El proscenio o lugar de la escena es capacísimo, tiene en el fondo correspondencia al parterre del Retiro en donde se hacían ver las grandes comparsas con carrozas y caballerías al natural en tiempo de Fernando VI. El palco del Rey ocupa el centro frente del proscenio; tiene dos columnas en la entrada y seis en la balaustrada del patio, corintias embutidas de espejos con sus adornos dorados, y en lo interior del palco colgados cuatro cuadros de Amiconi.

El parterre está adornado de estatuas de mármol. Hay un estanque de peces, y un gran lago para patos y otras aves acuátiles. Los arbolados de estos jardines componen un espacioso bosque. Tiene varias fuentes y juego del Mallo para la diversión del Rey. También hay aquí caza de otras aves en que se divierte S. M. cuando reside en Madrid. Hay una casa con su patio circular para las fieras. En los cuartos bajos están

colocados los leones, tigres, osos, que se ven por un doble enrejado de hierro, y en la galería alta con separación los pelícanos, águilas imperiales con plumas grandes repartidas en su única cabeza, piernas gruesas, grandes garras y figura felina traídas de Filipinas; las águilas comunes; los quebrantahuesos; los cuervos etc. También tiene un cuarto con varios puercos espines que acometen de lado con sus largas púas, de color blanco y negro; y otro de diferentes monos.

Nicolás de la Cruz y Bahamonde. conde de Maule. *Viaje por España*. Madrid. Manuel Bosch, 1806-1813.

## ESTABLECIMIENTOS CIENTÍFICOS

### *Museo del Paseo del Prado: Nicolás de la Cruz y Bahamonde*

*En 1785, Carlos III encarga a Juan de Villanueva los planos de un edificio para albergar el Gabinete de Historia Natural que se proponía fundar. Originalmente, fue concebido como un gabinete mixto de piezas de historia natural, antropología, etnografía y arqueología. Presentó Juan de Villanueva a Floridablanca al menos dos proyectos: en el primero (1785) pretendió coordinar Gabinete y paseo porticado; el segundo proyecto, que finalmente se realizó, carecía de pórticos y en general era mucho más sobrio. A finales de 1785, comienzan las obras de cimentación del edificio que, en 1788, año de la muerte de Carlos III, veía elevarse sus muros sobre el rasante. En 1790 o 1791, con la obra ya iniciada, Villanueva modifica la cabecera del Salón de Juntas y suprime el cuerpo central. La dimensión del eje mayor de la planta, superior a doscientos metros, hubiera resultado larga y monótona de no prever Villanueva su descomposición en cinco cuerpos aparentemente autónomos que la articulaban constantemente y hacían descansar la vista. Los pabellones norte y sur presentaban un carácter compacto en contraste con la agilidad de las estructuras que los unían. Villanueva quiso dotar de solemnidad al gran saliente medio y transversal, de modo tal que la columnata dórica y su prolongado ábside infundiera la idea de «Templo de la Ciencia», idea ilustrada singularmente acorde a las funciones de un Gabinete cuya finalidad primordial era reunir todo o casi todo lo que entonces se sabía sobre las ciencias. Villanueva quiso crear, en dos niveles de pisos, dos estratos destinados a usos diferentes: Academia de Ciencias, con la entrada por la fachada sur en la misma cota que el Jardín Botánico, y Galería de Historia Natural, con entrada directa por el pórtico jónico de la fachada norte en una cota superior de terreno.*

*Aunque los viajeros que visitan Madrid a finales del siglo XVIII se encuentran todavía con un edificio en curso de construcción, describen con pormenor su arquitectura y señalan la integración del establecimiento en la geografía urbana del Paseo de Prado, donde tres fundaciones reales —Jardín Botánico, Museo del Prado y Observatorio Astronómico— embellecen la ciudad y sirven a la instrucción pública.*

Sobre todo, entre los edificios públicos, es digno de la pública atención el magnífico Museo. Su situación es de la otra parte del Prado, frente al Convento de san Jerónimo. La fachada principal contiene en lo bajo un peristilo de seis gruesas columnas dóricas; y en lo alto una galería cubierta de columnas jónicas, 14 por banda, las cuales se hallan contrapuestas de 28 pilastras en la parte inferior. Los ángulos del edificio son salientes con mucha gracia. Por la parte del Jardín Botánico tiene una linda portada adornada de cuatro columnas istriadas corintias, que aún no están concluidas. En la opuesta del lado levante tiene otra portada más pequeña con columnas jónicas. En lo interior del cuerpo principal se compone de un magnífico salón que contiene en ambos extremos un gabinete circular; el de la izquierda está adornado de ocho columnas de orden jónico. Del medio del salón debe salir, hacia el sur, otro magnífico trozo de edificio ovalado que aún no está concluido. De las esquinas salen otros ángulos para la parte que mira al convento, entre los cuales y el del centro se forman dos patios cuadrilongos, especie de pasadizos para la comodidad del Museo: se está haciendo un pórtico de arcos de piedra hacia este costado interior. Bajo de los dichos cuerpos de edificios hay otros bellos salones, unos largos y otros circulares, para sus distribuciones; y además un gran sótano o subterráneo. La parte superior del Museo ocupa una especie de buhardilla. No he visto sus dimensiones porque no se ha publicado, pero por un juicio prudente he creído que el edificio tendrá de largo 248 varas y de ancho unas 54. El arquitecto Don Juan de Villanueva que lo ha dirigido es regular que luego que lo concluya presente al público los planos haciendo una relación exacta de tan bella obra. Aunque parezca sombría en el sitio en que está, no lo será cuando se aterren las paredes que caen al Prado y se despeje su frente; entonces lucirá muy bien. De todos modos siempre hará un buen efecto hermanándose lindamente con el Jardín Botánico, Observatorio Astronómico y demás establecimientos que hay por esta parte del Prado.

Nicolás de la Cruz y Bahamonde, conde de Maule, *Viaje por España*, Madrid, Manuel Bosch, 1806-1813.



## Real Jardín Botánico

*La proximidad de tres fundaciones reales —Jardín Botánico, Observatorio Astronómico y Museo de Ciencias Naturales— está vinculada a la iniciativa personal del conde de Floridablanca para dar respuesta a las necesidades de instrucción pública y embellecimiento de la ciudad. El Real Jardín Botánico de Madrid debe ser entendido como un instituto típicamente ilustrado que responde a las preferencias dieciochescas por las ciencias experimentales y el didactismo institucional. Supone también una respuesta al deseo de ornato de una vía de ronda importante en Madrid que enlaza la entrada de la ciudad desde la puerta de Atocha y el Salón del Prado.*

*El Jardín Botánico es obra personal de Carlos III, quien por Real Orden de 25 de Julio de 1774, mandó se trasladase del jardín del Soto de Migas Calientes al sitio que hoy ocupa en el Paseo del Prado. El instituto fue diseñado por Juan de Villanueva para el proyecto de urbanización de los Prados de Atocha y san Jerónimo. En 1781 quedaba inaugurado y en 1794 comenzaban las clases en la Cátedra de Cavanilles, situada en la parte oriental del Jardín. El Conde de Floridablanca, fiel intérprete de los deseos de Carlos III, se esforzó por hacer del instituto uno de los primeros de Europa. Para ello le dotó de los medios adecuados para el cultivo de las plantas e hizo traer numerosas especies vegetales de establecimientos análogos de París, Copenhague, Londres, Lisboa, Florencia, Viena y sobre todo de las colonias americanas —de ahí el elevado número de plantas clasificadas por los viajeros de América, recogidas en Méjico, Colombia, Venezuela, Perú y Chile—. Alienta también la búsqueda de semillas y plantas vivas y desecadas para enriquecer con nuevos materiales científicos los invernaderos y herbarios del jardín madrileño, cuyas especies vegetales fueron catalogadas en las obras descriptivas de Ortega, Cavanilles y Lagasca.*

*Entre los testimonios de viajeros ilustrados sobre el Real Jardín Botánico, se ha seleccionado la descripción pormenorizada y exacta del académico de Bellas Artes Nicolás de la Cruz; en segundo término, el autorizado dictamen científico de H. F. Link, profesor de botánica y mineralogía en la universidad de Rostock, quien, de paso hacia Portugal, adonde viaja en 1799 para estudiar la flora y fauna del país junto con el naturalista Hoffmannsegg, emite en Madrid un certero diagnóstico sobre el estado del jardín, sus directores y la situación de los estudios botánicos en España.*

Emplazamiento y extensión: Nicolás de la Cruz y Bahamonde.- El Jardín Botánico está situado de la otra parte del Prado, entre el convento de Jerónimos y el de Atocha. Su extensión por la parte del Prado compone

un frente de unas trescientas cincuenta varas, esto es, hasta el ángulo que forma el bosque de árboles y la viña, pues allí quiebra la área tomando la carrera de Atocha. Este bosque también contiene plantas y su extensión ocupará un espacio poco menos de la mitad del jardín que vamos a describir. Tomando desde este ángulo frente de la Fuente de las Alcachofas hasta el fondo interior, tiene unas trescientas veinte y cinco varas; desde este punto, atravesando por el fondo hasta la pared inmediata, a la noria unas ciento noventa; y por el costado de la entrada frente del museo las trescientas veinte y cinco varas del costado opuesto con corta diferencia; todas estas medidas se han hecho a cálculo prudencial por lo cual, tal vez, no se encontrará en ellas exactitud. Esta es poco más o menos la extensión del Jardín Botánico, sin contar el bosque de árboles frutales y la viña que está en la parte superior, que compondrán, como se ha dicho, un espacio algo menos de la mitad del dicho Jardín Botánico. Así como todo se halla unido con dicho jardín, así también sirve de paseo el bosque y viña que tienen entrada por las mismas calles que dejan las líneas del jardín. La altura del terreno en que está colocada la viña le da cierta gracia, y la variación de los frutales que contiene el cuartel de abajo lo hace más agradable.

La entrada principal al jardín es por la parte del gran edificio ya descrito llamado museo, donde se forma una plazoleta semicircular para los coches; el ingreso es una especie de pórtico con dos columnas dóricas fuera y dos dentro de granito de Guadarrama. Antes era la entrada por la parte del Prado, donde hay asimismo una bella portada del mismo orden, la cual hace armonía con el edificio interior que hay en el fondo para los estudios botánicos adornado de cuatro columnas pareadas dóricas de granito, de cuyo material y orden son las demás columnas que tienen los conservatorios de este edificio.

Hay otros conservatorios para las plantas que no pueden sufrir la rígida estación. La parte del ingreso del museo y la del Prado están circuidas de verjas de hierro y en ellas pilastras de granito. Son muchas las plantas, así españolas como exóticas, que encierra el jardín, las cuales omito nombrar porque formarían un grueso catálogo. Contiene una noria y un depósito de agua para regarlo y repartidas por el centro porción de fuentes sin agua y sobre todo cómodos bancos de piedra para el descanso de las gentes. Son bien conocidos en la Europa los célebres botánicos Ortega, autor de la *Farmacopea Hispana* y Cavanilles, que escribió las observaciones sobre el reino de Valencia, los cuales han dirigido este jardín y estudio de botánica. Boutelou, Roxas, Lagasca, Rodríguez y Ruiz y Pavón son miembros de esta junta; los dos últimos, como hemos apuntado, publicaron la *Flora peruviana y chilena* debida a sus investigaciones de orden real en aquellas regiones en compañía de



Dombai, profesor francés; Galves y Brunet viajaron de diseñantes. Últimamente ha sido nombrado director del Jardín Botánico Zea americano y Clemente bibliotecario.

Nicolás de la Cruz y Bahamonde, conde de Maule. *Viaje por España*, Madrid, Manuel Bosch, 1806-1813.

Especies vegetales y estado de los estudios botánicos: H. F. Link.- El Jardín Botánico está situado en un lugar muy agradable del Paseo del Prado. Es bastante amplio, pero en él reina el mayor desorden. Las plantas que se exponen al aire libre están amontonadas confusamente y dispuestas sin orden alguno; no tienen etiquetas y cuando se las examina de cerca, uno se da cuenta de que la mayoría son plantas comunes. Hay muchas plantas de la misma especie. Como tenía el catálogo del señor Ortega, el inspector, pregunté en vano dónde estaban muchas de las plantas que figuraban en él. No obstante, en los invernaderos, que en general son bastante pequeños y que sólo contienen un pequeño número de plantas, es posible encontrar varias nuevas especies cuyas semillas ha sido enviadas desde América; pero, a decir verdad, en mucho menor número de lo que cabría esperar. El clima de Madrid no favorece la plantación de un jardín botánico. En invierno hace demasiado frío, demasiado calor y sequedad en verano. El primer inspector es el señor Casimiro Gómez Ortega, hombre de una corpulencia excesiva, parlanchín y complaciente, bastante culto, pero que en realidad no lo es demasiado en botánica. Sus *Descriptiones novarum aut rariorum stirpium hortii regii Madritensis*, que están ordenadas por décadas, han sido escritas —se dice— por su yerno Ruiz. Su *Carta de un vecino de Lima*, sobre los nuevos *Genera* de Cavanilles, prueba que es un hombre un poco envidioso y algo malévolo. Se le encomendó la inspección de la expedición que el Rey ordenó hacer al Perú y a Chile para el progreso de la Historia Natural, y no dudo que ello ha sido la verdadera causa de su escaso éxito. Su yerno Ruiz y el señor Pavón, hombre muy modesto y amable, trabajan actualmente en la descripción de las plantas que recogieron en esa expedición; pero fueron enviados a estos países —como reconoce el mismo Pavón— en una época de su vida en la que tenían escasos conocimientos de botánica. Un hombre como Ortega, ignorante en una ciencia que por otra parte le ha dado mucha fama, es siempre peligroso; ahoga los verdaderos conocimientos. El segundo inspector, Barnades, está demasiado centrado en la medicina práctica como para llegar a ser un botánico distinguido, sobre todo en un país donde no abundan las obras de los extranjeros.

Entre los botánicos españoles, Cavanilles es sin duda el mejor preparado, y hay pocos botánicos que no le conozcan. Ha nacido en Valencia,

como su amigo el excelente historiador español Munnez (*sic*) y el difunto Bayer. Ha sido profesor del duque del Infantado, con quien estuvo durante mucho tiempo en París, donde ha perfeccionado sus conocimientos. Ahora vive en casa de este señor, con una tranquilidad que es absolutamente necesaria para producir algo superior. No es solamente un hábil botánico, sino también un hombre sensato, inteligente, complaciente y de un trato muy agradable. Le debemos mucho por todas las amabilidades que ha tenido con nosotros; pero es una pena que un sabio tan amable no pueda liberarse de los defectos comunes a los autores españoles: es demasiado proclive a la disputa; la mínima observación sobre sus obras le lleva a escribir un libro polémico; por otra parte, todo lo que ha salido de su pluma, sobre todo su excelente descripción del reino de Valencia, está escrito en un estilo ampuloso que huele a su terruño natal.

El gobierno hace grandes gastos en las artes y en las ciencias, y de un modo que le honra mucho; pero se equivoca no favoreciendo lo suficiente a los hombres, que son, en definitiva, el alma de las instituciones. La elección de aquellos a quienes se confían los puestos de trabajo no es siempre la mejor, lo que es grave defecto, sobre todo en una país donde los sabios son tan raros como en España, en el que pocos de ellos escriben libros y donde escasean los lectores. En España, en general, hay pocos medios para alcanzar la celebridad, por ello un modo de conseguir una plaza es saber buscarse relaciones. Los sabios distinguidos son menos conocidos en el propio país de lo que cabría esperar. Me costó mucho trabajo convencer a un noble español de que mis muestras de admiración por Cavanilles era verdaderas y no simples buenas maneras; en fin, se da mucha importancia a la apariencia externa y no demasiada a lo esencial. Es un defecto que salta a la vista en todas las instituciones españolas, por ejemplo en sus caminos y canales. En Inglaterra el egoísmo se orienta hacia la utilidad; en España el fasto influye en todo lo que se hace. Solamente en Francia las instituciones públicas persiguen la utilidad común; pero ¿cuándo veremos instaurarse en ese país un gobierno estable que asegure los derechos del hombre y la tranquilidad pública!

H.F. Link. *Viaje a Francia, España y Portugal desde 1797 hasta 1799*, París, Levrault, 1803.

### *Observatorio Astronómico: Nicolás de la Cruz y Bahamonde*

*Aunque Jorge Juan planteó bajo Carlos III la iniciativa de construir en Madrid un Observatorio Astronómico que compitiera con los mejores de Europa, el proyecto arquitectónico sólo se concretaría en una fecha cercana a 1790, ya fallecido el rey. El edificio, diseñado por Juan de Villanueva,*



fue colocado en los llamados «altos de san Blas», junto a la ermita de este santo que ya existía y que se mantuvo frente a la fachada sur. El Observatorio sólo se terminó en 1847 tras las obras de reforma y consolidación realizadas por el arquitecto Narciso Pascual y Colomer tras el estado de ruina parcial bajo la ocupación francesa.

*La historia del Observatorio Astronómico corre paralela a la del Museo del Prado, no sólo por la proximidad cronológica y física entre ambos edificios, sino también porque formaban parte, junto al Real Jardín Botánico, de un mismo plan ilustrado para promover en la Corte el estudio, la investigación y la docencia de las ciencias experimentales durante el reinado de Carlos III y la gestión de don José Moñino. A esta utilidad pública se agregó una finalidad estética, pues como ha señalado Kubler: «el Observatorio Astronómico es el primer ensayo importante en el idioma arquitectónico del renacer neoclásico de las formas grecorromanas. Villanueva intentó, como Ledoux, reconciliar la exacta expresión de la función con claras abstracciones geométricas en formas contrastadas o antitéticas. Este complejo problema, que comprende utilidad, abstracción y forma pintoresca, todo a la vez, devino la constante obsesión de la arquitectura del siglo XIX en toda Europa y América. Villanueva fue el primero en formularla en España. De este modo con el Observatorio cerró una era y abrió otra».*

El Observatorio Astronómico es un bello edificio situado en el alto de san Blas en la parte más superior. Por medio de un terraplén han formado la base donde está colocado. Para subir a ella se entra por una escalera de piedra distribuida en dos ramos. Apenas se sube a la superficie de la base cuando se presenta, elevado sobre cinco gradas, un magnífico pórtico, que contiene un peristilo de diez columnas y cuatro pilastras corintias de granito de Guadarrama, a imitación de la Rotunda de Roma; encima un bello cornisón; aún no está cubierto. Lo interior forma un crucero con bella distribución de piezas para la comodidad de los observadores, que tampoco están rematadas. En la parte superior hay dos escaleras de caracol que conducen al templecito, con el cual se corona la obra. Forma una cúpula muy graciosa de diez y seis pilastras interiores, acompañadas de diez y seis columnas jónicas exteriores de granito que tienen semejanza con el templo de la Sibila de Tívoli en las cercanías de Roma. En la cima una aguja. Las vistas que proporciona son muy lindas; domina Madrid y sus alrededores. Los coches pueden subir la cuesta con comodidad.

Según su instituto debe constar por ahora el Observatorio de un director, un vicedirector y seis profesores incluso el vicedirector para los diferentes ramos de astronomía práctica y sus aplicaciones; de cuatro

substitutos que los suplan en las enfermedades u ocupaciones del Observatorio; y de doce aspirantes, de los cuales cuatro tendrán sueldo y los demás serán reputados como supernumerarios. Para entrar en la clase de aspirante es necesario presentar los mismos papeles y certificaciones que presentan los cadetes del ejército y además certificaciones de un profesor público de matemáticas de haberlas estudiado dos años. En suma, este establecimiento consta de porción de artículos impresos el año de 96 que tiene la principal relación con el cuerpo de ingenieros cosmógrafos ya indicado. El director es Don Salvador Jiménez, presbítero.

Nicolás de la Cruz y Bahamonde, conde de Maule, *Viaje por España*. Madrid, Manuel Bosch, 1806-1813.

## EDIFICIOS PÚBLICOS

### *Hospital General: Antonio Ponz*

*En 1587, Felipe II unió en un solo hospital varios establecimientos sanitarios de Madrid: el nuevo hospital de la Encarnación y san Roque, muy pronto llamado Hospital General, se situó al final de la calle del Prado y principio de la carrera de san Jerónimo. En 1603, se construyó un segundo Hospital en un lugar más salubre —final de la calle Atocha— para albergar a mendigos. En 1636, el edificio se unió con el Hospital de la Pasión, al que después se agregaron departamentos para mujeres enfermas. En el siglo XVIII Sabatini ultima un nuevo proyecto, pero las obras quedaron interrumpidas en 1781 por dificultades para su financiación. La nave inacabada de la calle Doctor Mata fue reformada por Cesáreo Iradier en 1904. Hoy, a pesar de esta restauración, es visible el ritmo de huecos que Sabatini imprimió a las fachadas de los patios. En la planta del proyecto de Sabatini, las circulaciones se situaban en el interior, tangentes a los patios y servían a las naves de doble crujía, donde se disponían las camas. Se ha asociado la concepción general del proyecto —situación central de la iglesia, patio que la antecede, claridad del contorno— con la arquitectura herreriana del Monasterio del Escorial. También se ha aludido a su inspiración barroca por la utilización del patio como solución de múltiples aplicaciones y la ausencia de una búsqueda tipológica acorde a la función de hospital.*

Inmediato a dicha puerta está el Hospital General, sobre cuya fundación en el año 1596 se puede ver lo que dice Gil González Dávila. No hay en su iglesia y sacristía cosa particular perteneciente a las bellas artes, sino alguna pintura de Alonso del Arco; pero estándose contruyéndose



actualmente en el mismo paraje uno de los más insignes y mayores edificios que se han erigido a la caridad con los pobres, es justo anticipar alguna noticia. Esta obra es un cuadro de seiscientos pies de largo y seiscientos de ancho, en medio del cual se ha de construir la iglesia y formar seis patios muy espaciosos, con otros dos más pequeños. En las entradas que hace la fábrica después de este cuadro ha de haber otro patio de trescientos pies de largo y ciento noventa y dos de ancho y todo el fondo será con poca diferencia, de novecientos setenta pies. La fachada principal, que corresponde a la calle de Atocha, tiene los seiscientos pies que se ha dicho. Últimamente, se ha de concluir dicha obra con la idea de que nada falte de cuanto pueda ser útil y magnífico; y así, se puede reputar desde ahora como una de las mayores empresas que en materia de fábricas se habrá efectuado en España. La dirige el mariscal de campo don Francisco Sabatini y la dirigió en principio el difunto don José Hermosilla, cuyos dibujos eligió Su Majestad, habiendo quedado dicha obra desde entonces fuera de cimientos y elevada en partes hasta el cuarto principal.

Antonio Ponz, *Viaje de España*, Madrid, Ibarra, 1772-1780.

### *Real Aduana: Nicolás de la Cruz y Bahamonde*

*Uno de los empeños de la política de obras públicas de Carlos III en Madrid fue la reforma y dotación de los medios materiales idóneos para una buena administración. En este campo, la construcción de edificios públicos fue una de las principales realizaciones. Arquitecturas como la Casa de Correos, y sobre todo la Real Aduana, conjugaron esta respuesta a la utilidad pública con el deseo de embellecer Madrid. Viajeros extranjeros como Bourgoing, ven, en efecto, en La Real Aduana uno de los principales ornamentos de la capital, expresión del clasicismo arquitectónico español, un edificio que resume el gusto artístico durante el reinado de Carlos III. La Real Aduana se concluyó en 1769 según un proyecto ideado y puesto en práctica por Francisco Sabatini. Hoy es sede del Ministerio de Hacienda en la calle de Alcalá.*

La Real Aduana tiene una portada con cinco cariátides. La entrada principal se compone en el interior de once arcos contando con los tres de la escalera, los cuales forman tres corredores. A la derecha está el patio que corresponde a la administración de tabacos, y a la izquierda otro de la aduana. Cada uno tiene su puerta principal a la calle, así la fachada contiene tres ingresos. En el fondo de la Aduana hay otro espacioso patio que comprende dos corredores dóricos, uno inferior y otro superior con



sus balaustradas de piedra berroqueña o granito ordinario de Guadarrama. El edificio contiene dos cuerpos altos. Los pilares inferiores, como el frente y las partes principales, son de la dicha piedra, y lo demás de ladrillo. Las escaleras son espaciosas y todo el edificio de bóveda: las distribuciones interiores son bastante capaces, allí se ven en los rótulos de las puertas sus correspondientes oficinas. Su situación, en la calle de Alcalá junto al gabinete de Historia Natural. Se concluyó en 1769 según dos inscripciones que se observan sobre las puertas. Lo dirigió Don Francisco Sabatini, bajo los auspicios de Carlos III.

Nicolás de la Cruz y Bahamonde, conde de Maule, *Viaje por España*, Madrid, Manuel Bosch, 1806-1813.

### *Casa de los Consejos: Nicolás de la Cruz y Bahamonde*

La Casa de los Consejos se compone de dos cuerpos altos y uno bajo: contiene dos ingresos con dos columnas dóricas inferiores y dos jónicas superiores; todas istriadas. La fachada está adornada de frontis, los inferiores triangulares, y los superiores de porción de círculo. En lo interior hay bastantes piezas en donde están contenidos los Consejos de Castilla, de Indias, de órdenes con las distribuciones que les corresponde sin ninguna otra particularidad.

Nicolás de la Cruz y Bahamonde, conde de Maule, *Viaje por España*, Madrid, Manuel Bosch, 1806-1813.

### *Casa de la Villa: Nicolás de la Cruz y Bahamonde*

La casa de la villa en la sala del Ayuntamiento de invierno, tiene el cielo pintado al fresco por Palomino. El emblema es una mujer que tal vez representa a España; una águila con una corona en el pico, y un león con espada colocados sobre nubes, signos del dominio y del poder. Se ven varios grupos de genios con diversas alusiones; y enfrente, en un círculo de palmas coronadas, un retrato real de medio cuerpo con el toisón. La perspectiva presenta una magnífica sala con bella arquitectura, columnas, etc.

En las paredes hay cuatro cuadros al óleo: uno representa a Santa María de la Cabeza; un crucifijo con san Juan y la Virgen; y los dos retratos del Rey y la Reina hechos por Carnicero.

También pintó al fresco el oratorio. La cupulita contiene la Ascensión de la Virgen; y en la bóveda anterior al presbiterio las glorias de varios Santos de España; y en la pared varios pasajes de la vida de san Isidro, los cuatro doctores de la iglesia y diversos retratos de Reyes. Francisco Alvarez hizo la custodia en 1553.

La sala del Ayuntamiento de verano se halla adornada de dorados y pintada a manera de arabescos. En las paredes hay un cuadro de san Isidro que parece original y otros de Santa María de la Cabeza, san Dámaso y la venerable sierva María de Jesús, de poco mérito; y una crucifixión obra de Don Francisco Rizi, pintor de Cámara del Rey.

(Nicolás de la Cruz y Bahamonde, conde de Maule. *Viaje por España*, Madrid. Manuel Bosch, 1806-1813.

### *Cárcel de Corte*

*La Cárcel de Corte, hoy Ministerio de Asuntos Exteriores, es uno de los edificios del periodo austríaco que sorprenden más gratamente a los viajeros que pasan por Madrid. Los testimonios coinciden. En el siglo XVII, Antoine Brunel y la Condesa d' Aulnoy, confundidos, toman el edificio por la fastuosa morada de un grande. Vayrac, en el siglo XVIII, lo considera uno de los más bellos ornamentos de la ciudad. A finales de este mismo siglo, el viajero francés Laborde emite el siguiente juicio: «La decadencia arquitectónica fue completa en el siglo XVII, y no se encuentra ningún arquitecto cuyo nombre merezca ser conocido... Una sola excepción puede citarse: la prisión de Madrid, llamada Cárcel de Corte, obra de un genio afortunado (¿Crescenci?), escapado, por decirlo, así, de la época brillante de Felipe II».*

*El edificio tiene dos cuerpos, con seis columnas cada uno: el inferior, toscano, con gran pórtico cuadrado y dos entradas laterales; el segundo, dórico, está rematado por un frontispicio en el que campea un escudo monumental. Cuatro esculturas, las virtudes cardinales, se apoyan sobre las acroteras. Los ventanales están protegidos por rejas y la fachada es de ladrillo rosado.*

Arquitectura: Vayrac.- A pesar del proverbio que dice no hay nunca bellas prisiones, todo el mundo coincide en afirmar que la de Madrid es uno de los más bellos ornamentos de la ciudad. Está a un extremo de una bellísima calle que se llama *Calle de Atocha*. Nada más llegar allí se ve un soberbio portal de tres puertas, que se eleva en frontón por encima del techo. A todo lo largo de la puerta del medio se extiende una gran ventana con un bellísimo balcón. Este balcón está sostenido por cuatro órdenes de columnas. Sobre ellas se superpone un segundo orden de columnas cuyas extremidades tienen una gran estatua que está al nivel del techo.

El frontón lleva las armas del Rey y termina con una figura triangular, cuyos tres ángulos están cargados de tres estatuas que representan algunas virtudes de las que no me podría acordar. La que sobresale por encima de las demás representa a la Justicia. El edificio es macizo, largo

y ancho. Tiene dos pisos. Todas las ventanas están llenas de barrotes de hierro, que sirven tanto para adornar el frontispicio como para garantizar la seguridad de las celdas. Son todas doradas y están bastante bien trabajadas.

Delante del edificio se ve una fuente bastante bella, cuyo surtidor de agua ha sido labrado en forma cuadrada y está sostenido por un pilar sobre el que descansa una estatua. De cuatro cabezas de animales brota agua que va a parar al estanque.

Vayrac, *Estado presente de España*. Amsterdam, Steenouwer, Uytwerf, 1719.

Fachada, portada: Nicolás de la Cruz y Bahamonde.- La Cárcel de Corte tiene una bella fachada que cae a la calle de Atocha. La portada se compone de dos cuerpos con seis columnas, cada una de orden dórico, las cuatro del centro pareadas. El segundo cuerpo termina con un frontis en la parte superior adornado en el interior de un escudo, y en el exterior de cinco estatuas que representan las virtudes cardinales y un ángel. Esta obra la dirigió el marqués Don Juan Bautista Crescenci.

Nicolás de la Cruz y Bahamonde, conde de Maule, *Viaje por España*, Madrid, Manuel Bosch, 1806-1813.

### *Casa de Correos: Nicolás de la Cruz y Bahamonde*

*La política de obras públicas emprendida por Carlos III en Madrid se propuso dotar a la ciudad de medios materiales para una buena administración. En este campo, la construcción de edificios públicos como la Casa de Correos que conjugaran la utilidad pública y la belleza arquitectónica fue una de las principales realizaciones. En la Casa de Correos, construida en 1768 según diseños de Jaime Marquet, destaca la fachada principal y, en el centro, un gran patio que es un paralelogramo rectángulo circundado por un pórtico y una galería alta, cuyos arcos de medio punto han sido cerrados por tabiques. Las galerías y balcones de lienzo de la entrada tienen balaustradas de piedra. El cuerpo central sobresale muy poco del edificio y consta de dos pisos con tres huecos en el frente, de los cuales, en la planta baja, sirve de entrada el del centro, que es un espacioso arco de medio punto con ventanas a los lados y un gran mascarón en la clave. El cuerpo principal tiene un balcón sostenido por cuatro grandes ménsulas con varias molduras y cabezas de leones en los frentes. Remata el conjunto un frontispicio triangular, en cuyo tímpano están las armas reales acompañadas de leones y trofeos, ejecutados, como las demás esculturas, por Antonio Primo. El edificio, que fue construido en piedra caliza de Colmenar y granito, está situado en la Puerta del Sol.*



La Casa de Correos situada en la Puerta del Sol, aunque no sea muy recomendable por su arquitectura que dirigió Mr. Marquet, lo es por su destino tan útil al público circuida de pórticos interiores.

Nicolás de la Cruz y Bahamonde, conde de Maule, *Viaje por España*, Madrid, Manuel Bosch, 1806-1813.

*Teatro de la Cruz, del Príncipe y Caños del Peral: Nicolás de la Cruz y Bahamonde*

*En la segunda mitad del siglo XVIII, Madrid poseía tres teatros, habitualmente llamados coliseos: en los Coliseos de la Cruz y el Príncipe, en las calles del mismo nombre, se representaban comedias y obras dramáticas; en el Coliseo de los Caños del Peral, teatro de ópera.*

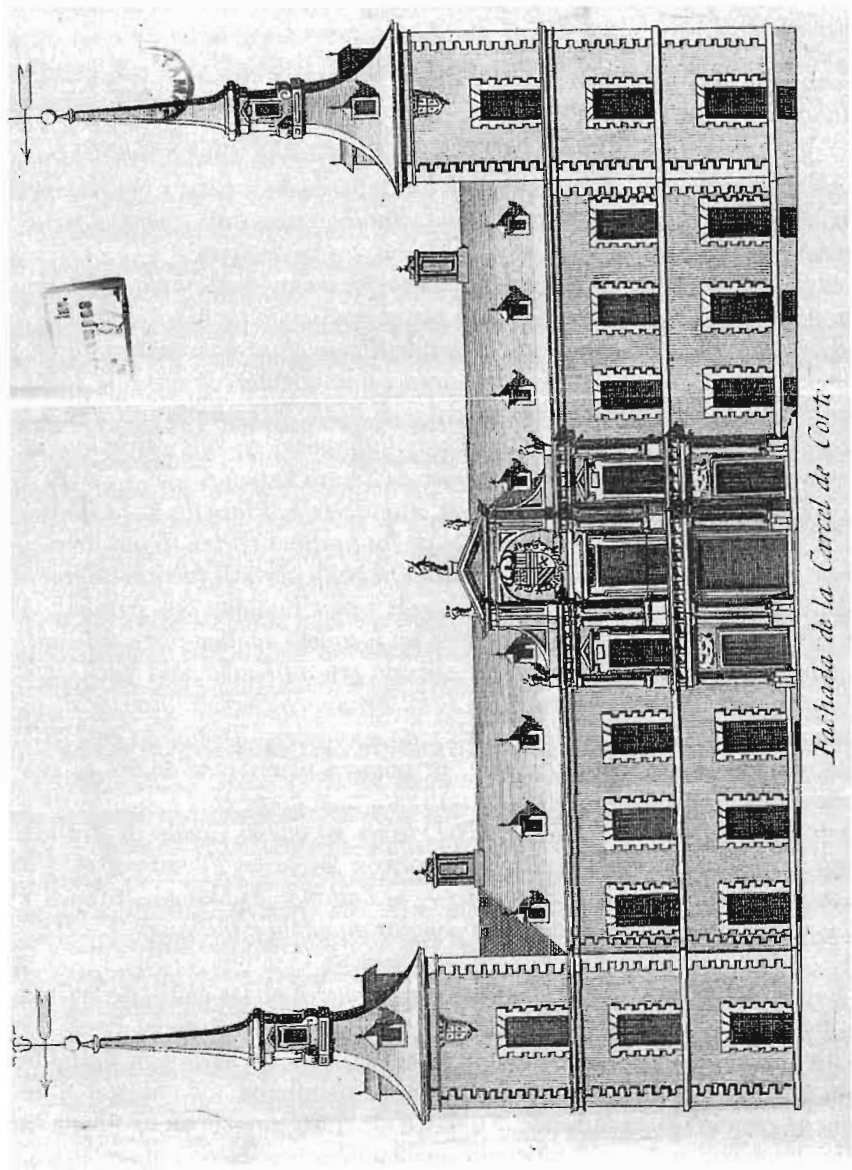
*El Coliseo de la Cruz, cuya primera representación data de 1579, era un patio abierto y fue reconstruido por el municipio de Madrid en 1737 bajo la dirección del arquitecto Pedro de Ribera. Fue demolido en 1859.*

*El Coliseo del Príncipe, cuya primera representación data de 1583, fue ampliado a partir de un simple patio en 1745. Incendiado en 1802, fue reconstruido en 1806 por el arquitecto Villanueva, y, tras sufrir nuevas renovaciones, existe hoy con el nombre de Teatro Español.*

*El Teatro de los Caños del Peral, situado en la Plazuela de la Biblioteca, formaba parte originariamente de los jardines reales. Tenía árboles frutales, especialmente perales, y estaba regado por tres fuentes de agua potable. Por ello también se le conocía como Fuentes del Arrabal. A finales del siglo XVI, se transformó en un lavadero público cerca del cual, según Mesonero, había un patio cerrado que utilizaba una compañía itinerante de actores italianos. En 1708 Francisco Bartoli, director de la compañía, construyó un teatro, casi todo de madera. Demolido en 1737, fue reconstruido a tamaño mayor: la primera representación, en la que intervino una compañía de ópera italiana, tuvo lugar en 1738. El teatro cerró sus puertas entre 1746 y 1767, fecha en que el Conde de Aranda ordena su transformación para adaptarlo a los bailes de máscaras. Allí —nos informa el viajero Casanova— se bailaban fandangos, tiranas y seguidillas y se escuchaba música popular española e italiana.*

Los teatros son tres: dos de comedias situados en las calles de la Cruz y Príncipe, y uno de ópera italiana y bailes en los Caños del Peral. El baile está organizado a la manera francesa, esto es, serio con bastante finura y las decoraciones con ilusión correspondiente, todo lo cual atrae mucha concurrencia al espectáculo. En el teatro español se distingue la Rita Luna por su decoro y propiedad en la representación de primera dama.

Nicolás de la Cruz y Bahamonde, conde de Maule, *Viaje por España*, Madrid, Manuel Bosch, 1806-1813.



*Fachada de la Cárcel de Corte.*

Fachada de la Cárcel de Corte. Grabado del Viaje de España de Antonio Ponz. Ibarra, 1772-1780.

*Fábrica de Loza y Fábrica de Mosaico: Nicolás de la Cruz y Bahamonde*

*El advenimiento de los Borbones a España supuso la adopción de un sistema económico en el que el Estado desempeñaba la doble función de protector e interventor mercantil e industrial. Este mercantilismo español, calcado del colbertismo francés, determina que el Estado acapare la dirección del proceso económico, tanto en la creación como en la administración de manufacturas. La fundación en Madrid de las denominadas Manufacturas Reales ha de entenderse como una manifestación típica del intervencionismo estatal bajo el Despotismo Ilustrado. Con el auxilio de la Real Hacienda y la colaboración de capitales de la nobleza castellana, Felipe V inicia una política de fundaciones industriales que recibe fuerte impulso bajo Carlos III. Algunas de ellas, como la Fábrica de Loza o de Mosaico o la Fábrica de Tapices, tenían la función de mantener una tradición en la artesanía de lujo o bien facilitar el material necesario para empresas edilicias borbónicas tan significativas como el Palacio Real, la Granja o Aranjuez.*

En el interior de los jardines del palacio del Retiro se halla establecida la Casa de la China o sea las fábricas de porcelana y de mosaico. Este edificio, que es espacioso y cómodo, sirve también de morada al intendente.

La mayor parte corresponde a la Fábrica de Loza: tiene salas para las primeras operaciones de disponer la materia. La porcelana la traen de Aragón y el *tazo* o arena blanca para colocar las piezas lo sacan de la piedra blanca de Galapagar hacia el Escorial. Hay estancia para los hornos y salas para pintar la loza, para las obras de escultura, para los almacenes y para todo lo necesario. Las salas de pintura están colgadas de cuadros de cacerías de Mariano Nani. En las de escultura se ven trabajar muy lindas cosas, pero sobre todo el almacén las tiene ya acopiadas bellísimas y a unos precios equitativos, respecto de lo mucho que piden en *Sebes* de Francia por cualquiera pieza. Es verdad que aquí lo más que se hace es para el uso del palacio. No obstante, en Madrid, en la calle del Turco, hay un almacén para vender al público. Esta fábrica se estableció en el reinado de Carlos III y hasta estos últimos tiempos era prohibida la entrada en ella, pero ahora se permite francamente, de lo cual resultará el buen gusto e ilustración general de la nación en este ramo.

En la misma Casa de la China, en el cuerpo bajo a la derecha de la entrada, se encuentra la fábrica de grueso mosaico. Contiene nueve estancias. En ellas se trabaja en piedra dura, esto es, colocando diversas piedras y formando con ellas figuras, vistas de arquitectura, países, intro-

duciendo las unas dentro de las otras, de lo cual resultan muy lindas composiciones. En este obrador no he visto trabajar el mosaico menudo a la romana, pero es natural que adopten también este gusto con el tiempo.

Hacen igualmente vasos, platos, candeleros y otras muchas cosas de alabastro. Al Rey le han entregado un ramillete de piedras duras trabajado en la misma fábrica. En el estante de los alabastros se ven excelentes cosas, vasos etruscos, muchos platillos y otros adherentes de vajilla de alabastro transparente traído de la provincia de Quito en el Perú. En este mismo estante se encuentra un trozo de piedra dura muy singular; ella se compone de petrificaciones de caracolillos; tiene un color de café claro y admite pulimento como el granito de Egipto según se ve en una de sus faces ya labrada, la cual manifiesta las figuras de los caracolillos con mucha gracia. Se dice que fue encontrada en Inglaterra en la excavación de un pozo de ciento y más pies de profundidad. La tenía el gabinete de historia natural, de donde ha pasado a este obrador. Hay otra piedra sólida de mucho peso cortada por el medio, en donde se advierte una singular ramificación hallada en un bosque: se observa una especie de mármol encarnado muy lustroso. Hay varios vasos de pórfito y unas columnas vestidas de alabastro traídas de Italia. Tienen en varias salas una gran colección de piedras duras del reino.

Nicolás de la Cruz y Bahamonde, conde de Maule, *Viaje por España*, Madrid, Manuel Bosch, 1806-1813.

### *Fábrica de Tapices: Nicolás de la Cruz y Bahamonde*

*La Real Fábrica de Tapices fue creada por Felipe V a instancias del ministro Alberoni siguiendo modelos cortesanos franceses de Luis XIV. A Jacobo Vandergoten, manufacturero de tapices en Amberes, le encargó Bernardo Cambi levantar la nueva industria. Finalmente, se instala en la llamada casona del Abrevadero, sita en las afueras de la Puerta de Santa Bárbara.*

*La Real Fábrica estaba exenta de obligaciones tributarias, no pagaba arriendo de casa y gozaba de cierta libertad para servir encargos privados. Tras la muerte de Vandergoten, Felipe V solicita los servicios de Antonio Lainger, maestro tapicero francés de la fábrica de Gobelin, quien amplía la manufactura de bajo lizo con la de alto lizo y levanta nuevos telares. Se producen entonces obras tan notables como la serie de las Aventuras de Telémaco, sobre cartones de Miguel Angel Houasse mientras que Andrea Procaccini teje la serie del Quijote. Tras una época floreciente bajo Fernando VI, con Carlos III se redobla la actividad con los llamados tapices de Teniers realizados por los maestros Luis Miguel Vanloo, Andrés de la Calleja y Antonio González Ruiz, pintores de cámara. En la serie Historia*

de Salomón *participan, según cartones de Conrado Guiaquinto, Bayeu y González Velázquez. En 1761, con el nombramiento de Mengs como director, se emprende el tejido de las tapicerías del dormitorio real en el Palacio Nuevo. Entre 1777 y 1802 tejió la Fábrica de Santa Bárbara tapices con escenas populares de Goya.*

La Fábrica de Tapices, situada fuera de la puerta de Santa Bárbara, es digna de observarse. Tiene bastantes telares montados para hacer los dichos tapices y alfombras que se trabajan continuamente; por lo común se teje para el palacio; pero también se venden sus labores a los particulares. Se ocupan en todas sus maniobras más de cincuenta personas. Felipe V erigió este establecimiento el año 1720 bajo la dirección de Jacobo Vander Goten, célebre fabricante que hizo venir de Amberes. El Rey tiene en sus palacios excelentes tejidos sacados de pinturas de Teniers, Wermeyen, Jordán y otros.

Nicolás de la Cruz y Bahamonde, conde de Maule. *Viaje por España*, Madrid, Manuel Bosch, 1806-1813.

#### *Fábricas privadas: Nicolás de la Cruz y Bahamonde*

Entre los particulares son muy pocas las fábricas que merecen atención. La de Maseras, calle del Turco, trabaja buenos instrumentos de cirugía y toda clase de obras de acero, cuchillos, navajas &. La de Mr. Simón, calle del Olivo alto, hace cajas de tabaco. Tiene una buena máquina, con la cual saca de perfil los retratos más o menos grandes en poquísimo tiempo. Para esto con el buril gradúa los contornos, y según la dilatación o estrechez que da a la máquina obra el buril. El torno lo menea un niño o cualquiera otra persona. Estas obras, mejor que la retórica, las explica el mecanismo en su momento. Compone pastas, grabados y otras muchas cosas que labra particularmente con el uso del torno, con el cual hace piezas en marfil muy raras. Es de admirar que no se hayan fomentado en toda su extensión los obrages de relojería y abanicos que son manufacturas delicadas, propias de una corte, en las cuales comúnmente vale más la forma que la materia, pagándose en ella el capricho, el gusto, la invención y el talento del autor. Tampoco se ve, como en otras partes, aquel movimiento de artistas superiores para los artículos de quincallería fina, instrumentos para observar, anteojos de todas clases y otros objetos de lujo, que son de gran consumo en las grandes ciudades. Ni las manufacturas de encajes, medias de seda, tejidos de lana, lino etc. Están propagadas como debían en el público: algunas solamente progresan en el hospicio. Los paños se trabajan en Segovia y Guadalajara. No obstante, en las artes mecánicas he visto obras



primorosas hechas en Madrid de joyería, y piedras preciosas, vajillas de plata y puños de espadines de oro con esmaltes perfectamente acabados que podían lucir en París. De las bellas artes principian también a extraerse algunas pinturas y grabados. Con todo, la industria no ha tomado aquel alto grado de incremento de que es susceptible.

Nicolás de la Cruz y Bahamonde, conde de Maule, *Viaje por España*, Madrid, Manuel Bosch, 1806-1813.

## Arquitectura religiosa

*El desarrollo espectacular de la arquitectura religiosa en la trama de Madrid —uno de los rasgos más característicos del urbanismo de los Austrias— constituye una excepción al principio general de estancamiento en el desarrollo interno de la ciudad. La suntuosidad y abundancia de edificios religiosos sorprendía a los viajeros, quienes se encontraban en cambio con una arquitectura civil mediocre, pues había pocos edificios públicos que representaran dignamente a la capital administrativa del Reino. Mientras que los nuevos oratorios y capillas pequeñas tuvieron que construirse a menudo en espacios muy estrechos, a veces entre dos casas de vecindario, los conventos y las comunidades religiosas más ricas pudieron comprar grandes solares e instalarse en barrios poco poblados o apenas urbanizados. De este modo, al comenzar el siglo XVIII, los edificios religiosos, de gran aparato externo e interno pero que raras veces cuidaron el trazado urbanístico de ejes visuales y de perspectivas monumentales, marcaron indeleblemente la traza barroca de Madrid. En el plano de Chalmandrier (1761) se constata la existencia 13 parroquias y 6 anejos, 40 conventos de religiosos, 31 de religiosas, 11 colegios, 118 hospitales, 10 iglesias y oratorios particulares y 7 ermitas y humilladeros, cifras que decaen ligeramente al final del siglo con la supresión de algunos conventos. También se observa que la mayoría datan de la segunda mitad del siglo XVII y que desde finales del siglo XVI hasta el siglo XIX no se crea un número de parroquias correlativo al crecimiento de la población urbana. El culto recayó, por el contrario, en instituciones regulares que, en sus conventos, colegios y hospitales, rivalizaban en pompa y brillantez a la hora de celebrar las ceremonias del santoral. La falta de una catedral de dimensiones amplias condicionó también los rasgos de la arquitectura religiosa madrileña, siempre marcada por el carácter distintivo de las diferentes órdenes religiosas.*

*La arquitectura religiosa de Madrid se caracteriza por la utilización de espacios de proporciones cúbicas y escasa altura en los alzados, cúpulas*

*encamonadas realizadas con madera y yeso, una sola nave con capillas de hornacinas, muros delgados, retablos visibles en la capilla mayor, pequeños altares con esculturas de media altura sobre repisas, materiales sencillos (ladrillo y piedra de mampostería en muros enlucidos), decoración escultórica y pictórica en las pechinas, plantas en forma de salón de eje longitudinal, muy corto respecto al ancho de la nave, —concepto de iglesia cortesana y teatral perfectamente adaptada a los solares triangulares tan frecuentes en Madrid.*

## IGLESIAS DE SAN ISIDRO Y DE NUESTRA SEÑORA DE ATOCHA: VAYRAC

Las casas consagradas al servicio divino no son uno de los menores ornamentos de Madrid, pero, como hay tantas, para describirlas todas haría falta dedicarles un volumen entero. Me contentaré por ello con referirme a la de *san Isidro*, Patrón de la Villa, y a la de *Nuestra Señora de Atocha*.

La primera, aunque no es más que una capilla encerrada en la Iglesia Parroquial de san Andrés, vale por sí sola incomparablemente mucho más que el resto de la iglesia. Está bajo una cúpula de una elevación extraordinaria adornada por fuera por las figuras de los doce apóstoles. Su arquitectura es bella e imponente. El interior responde a la magnificencia exterior. Se ve en el medio la tumba del Santo, encima de la cual hay una corona de mármol que representa flores de tamaño natural, soportada por cuatro columnas de pórfito. El conjunto está perfectamente trabajado. Los muros de la capilla están llenos de incrustaciones de mármoles de diversos colores, con columnas iguales. Todo esto ha sido realzado por pinturas muy finas. La cúpula está muy bien iluminada: el oro y el azul brillan allí por doquier. Felipe V mandó construir este edificio.

La iglesia de *Nuestra Señora de Atocha* se halla a un extremo de la ciudad, o, por decirlo mejor, fuera de la villa, en el recinto de un vasto convento de Dominicos, adonde se llega pasando por una vasto paseo de olmos. Nada más entrar en la iglesia, se descubre una capilla bastante sombría por su estructura, pero iluminada día y noche por más de cien grandes lámparas de oro y plata. Se ve allí una imagen milagrosa de la Virgen que sostiene un Niño Jesús en los brazos. Habitualmente, esta Virgen va vestida de viuda, pero los días de las fiestas solemnes se la reviste con atuendos magníficos y, como si fuera una reina, se la cubre de pedrerías. Se ve alrededor de su cabeza un Sol, cuyos rayos brillan extraordinariamente. Sostiene siempre un rosario en la mano, o cuelga de



su cintura. El Rey tiene su balcón en esta capilla, con una celosía por delante.

Vayrac, *Estado presente de España*, Amsterdam, Steenouwer, Uytwerf. 1719.

#### IGLESIA DE SAN GINÉS: FRANCISCO DE MIRANDA

Después fui a ver la bóveda de san Ginés, que es una bóveda en efecto que está en la parroquia de este nombre, donde tres días a la semana hay ejercicios espirituales por la noche, y dos clérigos que indistintamente confiesan a todo el que llega, sin distinguir quien es, porque aquello está oscuro; es de bastante capacidad y muy cómoda para el efecto. En medio está la imagen de Cristo caído con la cruz a cuestas, al lado izquierdo con la caña, y al derecho en la columna, de excelente artífice, particularmente esta, y de escultura de tamaño regular de un hombre. En la iglesia está un lagarto lleno de paja y se conserva allí, no sé con qué significación, de un tamaño extraordinario.

En la iglesia de la Merced está también colgada, no sé con qué significación, una culebra del mismo modo que tendrá cerca de 5 varas de largo.

Francisco de Miranda, *Diarios de Viaje, 1750-1758*, Venezuela, Editorial Sur-América, 1929.

#### IGLESIAS DE MADRID: CLEMENTE ANTONIO DE BAENA

*Clemente Antonio de Baena nació en 1720 en Arcos de la Frontera. Estudió latín y teología en Sevilla. Enviado en misión diplomática ante el papa Clemente XIII y el tribunal de la Rota, recorre en carruaje quinientas veintidós leguas en un viaje que duró sesenta días. La relación de este periplo, que lleva el título De Arcos a Roma en 1761, es un itinerario en el que el autor describe con estilo llano y directo las cosas más notables que encuentra en su camino, deteniéndose especialmente en los templos.*

El trece, a las cinco de la mañana, salí de Illescas llegando a las diez y media a la villa de Getafe donde comí, que hay cuatro leguas. A la una del día salí, y llegué a las cuatro de la tarde a la Corte de Madrid, y entré por su maravilloso puente, capaz de ir diez coches por él, en el cual hay varias fuentes, aunque una solamente echaba agua. Desde Getafe a Madrid hay dos leguas. En la Corte vi la iglesia de la Casa profesa de la



Compañía que es muy capaz y hermosa. La Parroquia de san Martín que se sirve por Monjes Benitos, donde vi hacer un bautismo. La Plaza Mayor es muy vistosa por su mucha extensión; es cuadrada, tiene cinco altos y está toda pintada. El Palacio que se está labrando para el Rey es cosa maravillosa, como también el Convento de las Monjas Salesas, cuya iglesia sólo tiene cinco altares a la hechura de la iglesia de san Luis en Sevilla. Los altares son de piedra de jaspe de diversos colores, con columnas y capiteles de piedra verde y el solado de losas de varios colores haciendo una labor preciosa. En el altar mayor tiene una lámpara muy grande, que es la única que hay en la iglesia. La sacristía es una ochava muy hermosa, paredes y solano como el de la iglesia. Sobre la puerta de la sacristía está una tribuna grande, boleada, muy exquisita, toda de cristales, que cae a la Capilla mayor, y al otro lado la reja del coro de las monjas, muy grande y dorada. A la entrada de la Iglesia está un patio muy grande cercado de rejas, y la entrada cierra una inmensa reja dorada con las armas del Rey encima. Frente del convento están dos casas muy grandes y magníficas, donde viven los Capellanes y operarios del dicho convento. El Colegio Imperial de los jesuitas tiene iglesia de lo más portentoso de Madrid; toda ella está vestida de talla de bronce dorada y estofada; la capilla de san Ignacio, que está al lado de la sacristía, tiene una araña de cristal que tendrá tres varas de alto, y alrededor de dicha capilla hay varios santos de la orden, de piedra de jaspe. La iglesia de la Merced Calzada es muy buena, y la capilla de la Virgen de los Remedios tiene a la entrada dos lámparas muy grandes, y junto al altar otras dos, todas cuatro iguales, haciendo obra con otras veinte y cuatro que tiene, doce por cada lado todas iguales. Estas veinte y cuatro son muy grandes y en medio tres arañas de cristal muy hermosas. La iglesia de san Justo, ayuda de parroquia, es muy hermosa y adornada.

El quince del mismo mes a las doce salí de Madrid por la Puerta de Alcalá (entré en él por la de Toledo), y pasé el río Jarama por un puente de piedra muy bueno; a las siete de la noche llegué a la ciudad de Alcalá de Henares que hay seis leguas. Está situada en una llanura a la falda de una sierra; antes de entrar en ella pasé por la villa de Torrejón.

Clemente Antonio de Baena, *De Arcos a Roma*, Arcos, Tipografía El Arcobricense, 1893.

## IGLESIA DE SAN ISIDRO: NICOLÁS DE LA CRUZ Y BAHAMONDE

La iglesia de san Isidro el Real es arquitectura de Francisco Bautista, Coadjutor de la Compañía de Jesús; se comenzó en 1560 y se concluyó

en 1567. La fachada tiene cuatro medias columnas y cuatro pilastras compuestas de poco gusto; y en la parte superior dos torres que la desgracian más, las cuales no están concluidas, y si las deshicieran ganaría mucho. La iglesia es una bella nave, con su cúpula y crucero bien compartida, pero muy recargada de dibujos dorados. En lo interior está adornada de pilastras compuestas. Los cuadros de san Francisco de Borja y san Luis Gonzaga que hay en los altares del crucero son de Francisco Rizi. Don Ventura Rodríguez ha reformado la capilla mayor. En su retablo hay un excelente cuadro de Mengs, que representa la Santísima Trinidad. También contiene en dos urnas las cenizas de san Isidro patrón de Madrid y de Santa María de la Cabeza, su esposa, que se trasladaron aquí después de la expulsión de los jesuitas, por lo cual se cambió el nombre que tenía de Colegio imperial en el de san Isidro el real.

Las capillas que circuyen la iglesia son demasiado oscuras, así no lucen sus pinturas: en la del Santísimo Cristo pintó Claudio Coello los ángeles con los instrumentos de la pasión que se ven en la capilla; y también las pechinas; en la de san Ignacio hay pinturas al fresco del dicho Coello y de José Donoso. Las demás capillas tienen pinturas del dicho Rizi, de Alonso Cano, de Diego González de la Vega, de Francisco y Sebastián de Herrera y de otros. Un triunfo de san Francisco Javier venciendo las virtudes a los vicios, con otros adornos que se ven al fresco en el cielo de la pieza anterior a la sacristía, es de Don Antonio Palomino; de quien hay allí otras pinturas. En la Sacristía hay una adoración de los Reyes de Tiziano, una Concepción de Cano, y en el relicario una tabla excelente que representa el Señor a la columna y san Pedro llorando, de Morales. Las pinturas al fresco de la bóveda son del citado Donoso y Coello.

Nicolás de la Cruz y Bahamonde, conde de Maule, *Viaje por España*, Madrid, Manuel Bosch, 1806-1813.

#### IGLESIA DE LAS SALESAS: NICOLÁS DE LA CRUZ Y BAHAMONDE

La fachada de la iglesia de las Salesas, o monjas de la Visitación de la orden de san Francisco de Sales, es fundación de la reina Doña María Bárbara en 1748; está adornada de pilastras jónicas y compuestas.

Las obras interiores son corintias. El retablo mayor contiene seis columnas de una pieza de mármol verde, del barranco de san Juan cuatro medias leguas de Granada, con basas y capiteles de bronce dorado del mismo orden. Los cuatro altares colaterales están adornados de columnas del expresado mármol también corintias. Las bóvedas superiores y las

pechinas pintadas al fresco por los tres hermanos Don Luis, Don Antonio y Don Alejandro Velázquez.

El cuadro del altar colateral a la derecha del retablo mayor que representa a san Fernando tomando las llaves de Sevilla, es de José Felipart, francés. Los del altar mayor y Santa Bárbara son de Francisco de Mura, napolitano; los dos cuadros, esto es, el de san Francisco de Sales de la iglesia y el Crucifijo de la sacristía, de Corrado; y el otro cuadro a la derecha en la iglesia que representa la Sacra Familia, de Cignaroli, veronés.

El sepulcro de Fernando VI fue hecho en tiempo de Carlos III por diseño de Sabatini, y la escultura por Don Francisco Gutiérrez. Don Juan León ejecutó el de la Reina Doña Bárbara. En los dos hay sus correspondientes epitafios.

Dentro de la clausura así en la sala de capítulo, como en la sala baja de recreación, en el refectorio y en otras piezas hay bellos cuadros de Jordán, de Murillo, de Bazán, de Carlos Marata, del Greco, de Andrea Vacaro, de Zurbarán, de Zoboli, del citado Corrado, dos países de Brilli, flamenco, y dos perspectivas de Panini. En la fachada que cae a la calle de san José tiene esta inscripción: *B. Mariae Elisabetham inviventi Sacrum. Ferdinandus VI et Maria Barbara ingenuis Virginibus religioni et patriae educandis posuere. A. MDCCLVII.* y en la cornisa: *Aedes consecrata VII. Kal. Octobris.* El rey Fernando VI, como se advierte en la inscripción, mandó edificar esta magnífica casa e iglesia para la educación de niñas nobles; se principió el año 1750 y se concluyó en 1757. La dirigió el arquitecto Don Francisco Moradillo.

Nicolás de la Cruz y Bahamonde, conde de Maule, *Viaje por España*, Madrid, Manuel Bosch, 1806-1813.

#### CONVENTO DE CARMELITAS DESCALZOS: NICOLÁS DE LA CRUZ Y BAHAMONDE

El convento de Carmelitas Descalzos de la calle de Alcalá tenía una copiosa colección de pinturas originales de Murillo, de Zurbarán, de Cerezo, del Españoleto, de Coello, de Velázquez, de Escalante, de Blas de Prado, de Antonio de Pereda, de Ribalta, de Miranda, de Cano, de Tristán, de Herrera el Mozo, de Francisco Camilo, de Palomino, de Diego González, de Juan de Sevilla, de Sebastián Muñoz, de Antolínez y de otros autores españoles. De las escuelas flamencas e italianas los había de Rembrandt, de Wandik (*sic*), de Segers, de Andrea Vacaro, de Jordán, de Tiziano, de Salvator Rosa, de Leonardo de Vinci, de Solimena, de Pedro de Cortona, de Carlos Marata y de otros autores. Pero últimamente

están en venta por donación que ha hecho el convento a S.M. de su producto para las urgencias del erario. Yo he comprado de ella treinta y cuatro cuadros, entre los cuales hay algunos de los que describió Don Antonio Ponz, cuya memoria renovaré cuando hable de mi pequeña colección. Como no sé lo que reservará el convento, omito referir los que conserva en el día.

Diremos algo de su biblioteca: se compone de una sala y dos estancias circuidas de libros. Hay un *Mestret sermones* impresión de 1476; Séneca *De moribus* 1478; *Etas Mundi* o sucesos del mundo con muchas figuras, planos de ciudades, árboles genealógicos de emperadores, etc, fundación de religiones y un mapa al fin; un tomo in folio impreso en 1493. Plutarco, *Vidas de hombres ilustres*, traducido del latín al español por Alfonso de Palencia, impreso en Sevilla por la compañía de Pablo Colonia, Juan Nüremberg y Magno y Tomás alemanes en 1491. El *Floretum* de Tostado o exposiciones sobre san Mateo en latín dos volúmenes in folio mayor, en Sevilla por los dichos Colonia y Nüremberg, 1491; *Historia Natural o propiedades de todas las cosas*, dedicada al obispo de Segovia por Juan Tomás Fabio Milanez; se cree traducción del latín al castellano por Fray Vicente de Burgos, impresa en Tolosa por Enrique Meyer, alemán, 1494. *Catda de nobles y grandes caballeros* escrita por Juan Bocacio, impresa en Sevilla por Reinardo de Ungut, alemán y Lanzalao Polono compañeros 1495; *Mujeres Ilustres* del mismo autor, edición de Sevilla, 1528. *Vida de Cristo*, escrita en lemosino por Sor Aldonza del Mont, Abadesa del monasterio de la Trinidad y dedicada a la Reina Doña Isabel, 1497. *Misal Mixto* según las reglas de san Isidoro, llamado comúnmente mozárabe, impreso a expensas del Cardenal Cisneros; buena impresión. *Misal de los Monjes de Monte Casino* en vitela. Veechieti florentino computación de los tiempos un tomo en folio *Suma Angélica*, 1495. *Vida de Santa Teresa* escrita por Gracián contemporáneo de la Santa, impresa en 1610.

También hay unos doscientos manuscritos, entre ellos una colección de biblias, y otras vidas de Santos. Una Biblia en compendio en un tomo; y la exposición de san Agustín sobre los Salmos en vitela, tres tomos en folio mayor. *Aponte Lucero* de la nobleza, tres tomos en folio. *Historia de Enrique IV* por Alfonso de Palencia, corregida por Don Francisco Trillo y Figueroa, natural de la Corona. Hay dos obras en caracteres chinos, la una sobre las dominicas y demás festividades del año en dos volúmenes; y la otra una historia de la China en un tomo. Además hay varios papeles arábigos, entre ellos un devocionario de Mahoma con su traducción al castellano en otro cuaderno.

Nicolás de la Cruz y Bahamonde, conde de Maule, *Viaje por España*, Madrid, Manuel Bosch, 1806-1813.

## IGLESIA DE SAN FELIPE EL REAL: NICOLÁS DE LA CRUZ Y BAHAMONDE

La iglesia de san Felipe el Real no es gran cosa. En la capilla de Santa Rita el cuadro del Descendimiento es de Bartolomé Carducho; de su hermano Vicente son las pinturas que se ven en otra capilla a los pies. En la sacristía hay un san Agustín del Españolito; los demás cuadros que se observan, así en la iglesia como en la sacristía, no son de tanto mérito.

El claustro es compuesto de dos cuerpos de columnas dóricas de piedra granito: una fuente de mármol adorna el patio. En la escalera hay un Crucifijo, pintura de Ribalta. La biblioteca contendrá ocho a diez mil volúmenes. El P.M. Fray Enrique Flórez tuvo aquí su celda; dejó una librería selecta, una colección de medallas exquisitas, una porción de camafeos y una colección de cosas de historia natural con las cuales se había formado un precioso gabinete. Las diversas obras que ha publicado merecen el mayor concepto entre los sabios.

Nicolás de la Cruz y Bahamonde, conde de Maule, *Viaje por España*, Madrid, Manuel Bosch, 1806-1813.

## IGLESIA DE SAN FRANCISCO: NICOLÁS DE LA CRUZ Y BAHAMONDE

La iglesia de san Francisco es redonda y muy capaz. Tiene un pórtico o vestíbulo con su coro encima espacioso, pero sin aquella magnificencia que pudiera, y que luciría en una bella plazuela. El diámetro interior de la iglesia es de 117 pies, sin contar las capillas que son de 35 pies en cuadro. La del presbiterio tiene 75 de largo y 47 de ancho. El alto del templo es de 153 pies desde el pavimento hasta el anillo de la linterna; lo dirigió Don José Sabatini. En el altar mayor el cuadro que representa el milagro de la indulgencia de la Porciuncula, compuesto del santo orando, un ángel que baja a hablarles, la Virgen que desciende en trono de ángeles, y más arriba el Salvador; es obra de Francisco Bayeu. El cuadro que se observa en el altar colateral, a la derecha, que representa la Concepción, lo pintó Maella en 1782. El que sigue de san Buenaventura no conozco el autor. En los tres altares de la izquierda, el de los santos Francisco y Domingo es obra de José del Castillo en 1784; el de san Antonio de Padua lo pintó A. de la Calleja el mismo año; y el de san Bernardino, Goya.

En el convento no faltan buenas pinturas de Angelo Nardi, Cajés, Cabezalero, Alonso de los Ríos y otros.

Unido a este convento se halla el que llaman Cuarto de Indias, apartamento espacioso en donde reside el Rmo P. Comisario General de las Indias y los comisarios que vienen de las provincias de la América.

En san Martín hay pinturas de Eugenio Cajés, de Claudio Coello, de Carreño, de José Montiel, de Donoso, de Fray Juan Rizi y en la escalera que va al claustro alto un excelente Crucifijo de Alonso Cano. Son dignos de verse, por su estilo que se cree de Berruguete, los sepulcros de Alonso Gutiérrez y su esposa que se hallan en el presbiterio. Pero un buen patricio tendrá más complacencia en visitar las capillas del lado del Evangelio y del santo Cristo, en donde están sepultados Don Jorge Juan y el Padre Martín Sarmiento, que tanto han honrado a la nación con sus escritos. La librería del último, como la de Don Francisco de Quevedo, han aumentado la biblioteca de este monasterio.

Nicolás de la Cruz y Bahamonde, conde de Maule, *Viaje por España*, Madrid, Manuel Bosch, 1806-1813.

#### LAS DESCALZAS REALES: NICOLÁS DE LA CRUZ Y BAHAMONDE

Merece verse en las Descalzas Reales el retablo mayor, hecho por el célebre Gaspar Becerra. La infanta Doña Juana, hija de Carlos V, fundó este monasterio. Su cuerpo yace aquí en una pequeña capilla. Murió de 37 años en 1573, según lo indica la inscripción del pedestal, donde está colocada su estatua, que es de mármol, obra de Pompeyo Leoni. Sor Margarita de la Cruz, hija del Emperador Maximiliano y de la Emperatriz Doña María, tomó el hábito en este convento. Después la siguió su augusta madre, y las imitaron otras personas reales.

Nicolás de la Cruz y Bahamonde, conde de Maule, *Viaje por España*, Madrid, Manuel Bosch, 1806-1813.

#### IGLESIA DE LA MERCED CALZADA: NICOLÁS DE LA CRUZ Y BAHAMONDE

El curioso que entre en la iglesia de la Merced debe fijar su atención en la cúpula, tan aplaudida por el Padre Caimo, que pintó a mediados del siglo pasado Miguel Colonna.

También puede imponerse del mérito del cincel de Pablo Ron, Luis Salvador, Pascual Mena y Juan Sánchez Barba, que han trabajado las efigies que allí se encuentran, para regular el estilo de otras muchas, que se ven en otros conventos, de las cuales no he hecho mención por dejarlo a la inteligencia del observador. Asimismo se ven pinturas de Escalante, de Rubiales, de Antonio Lanchares, de Herrera el Viejo, de Roelas, de Pedro Núñez y de otros muchos; Gregorio Hernández, que esculpió el san Raimundo, es bien conocido por sus obras en la corte y en Valladolid; de

Eugenio Cajés, de Vicente Carducho, de Jordán y aun de los anteriores tendremos ocasión de hablar en el capítulo de las artes.

En el crucero de la iglesia hay un sepulcro de mármol dedicado a Don Fernando Cortés, tercer marqués del Valle, nieto del famoso conquistador Hernán Cortés.

Nicolás de la Cruz y Bahamonde, conde de Maule, *Viaje por España*, Madrid, Manuel Bosch, 1806-1813.

#### IGLESIA DE LAS MONJAS DE LA ENCARNACIÓN, IGLESIA DE SAN PASCUAL: NICOLÁS DE LA CRUZ Y BAHAMONDE

Se deben observar los bellos mármoles y estatuas que adornan los retablos de la iglesia de las monjas de la Encarnación; y las pinturas que están distribuidas así en la iglesia como en el convento; el excelente retablo de mármol hecho en Roma que se encuentra en el crucero del oratorio del Salvador, noviciado que fue de los Jesuitas; y en la iglesia de san Pascual, que contiene pinturas de Jacobo Palma, de Jordán, de Van Dick, de Tiziano, de Leonardo de Vinci, de Guercino, del Españolito, de Matías Preti, alias el Caballero Calabrés, de Pablo Veronés; y otras muchas que hay en la sacristía de los referidos autores, de Bazán, del Schianove. El Gran Almirante de Castilla, Don Gaspar Enríques de Cabrera duque de Medina de Rioseco que fundó esta iglesia y convento, le dejó esta colección de pinturas.

Nicolás de la Cruz y Bahamonde, conde de Maule, *Viaje por España*, Madrid, Manuel Bosch, 1806-1813.

#### IGLESIAS VARIAS: NICOLÁS DE LA CRUZ Y BAHAMONDE

Hablaremos de otras iglesias en general. La portada de los premostatenses es obra moderna de Don Ventura Rodríguez. En la parroquia de san Andrés se encuentran los sepulcros del célebre Francisco Vargas, de su esposa y de su hijo el Obispo de Plasencia: el primero murió en 1518. En el monasterio de monjas de santo Domingo el Real se hallan las cenizas de Doña Berenguela, de Don Pedro el Cruel y de otras personas reales. En la iglesia de Atocha de PP Dominicos no faltan pinturas de mérito, así al óleo como al fresco; tiene una capilla dedicada a la Virgen donde se observan porción de banderas quitadas a los enemigos. El camarín que contiene las reliquias es celebrado de las gentes devotas. En los Recoletos Agustinos, en el claustro de los Trinitarios

calzados, en el colegio de Doña María de Aragón, en san Antonio de los portugueses, en san Plácido, en el convento de santo Tomás, en el monasterio de Santa Teresa, en la iglesia y sacristía de las Comendadoras de Santiago y en otras iglesias se ven apreciables pinturas y algunas esculturas de buena forma. En la sacristía de la Concepción Jerónima se encuentran dos memorias sepulcrales de Francisco Ramírez, madrileño general de artillería en tiempo de los Reyes Católicos, y de su esposa Doña Beatriz Galindo, maestra de latín de la reina Isabel. En la iglesia del Caballero de Gracia se halla el sepulcro de Don Juan Solórzano, célebre escritor de la jurisprudencia americana; en el de la Victoria, las cenizas del célebre escultor Becerra; y en el de las Trinitarias Descalzas, cerca de la calle del León, las cenizas del célebre Cervantes, autor del Quijote, que falleció en Madrid en 1616.

En el estado que se formó el año 1787 se encontraron en Madrid treinta y siete casas de congregaciones, de monjes, de mendigantes, de canónigos y clérigos regulares; treinta y cinco de monjas, comendadoras y beatas y quince curatos. A pesar de que en la arquitectura de sus edificios hay poco que admirar, debemos no obstante confesar que la mayor parte están adornados de cuadros de mérito, los cuales puede ver el curioso en el tomo V de Don Antonio Ponz. Este autor se lamenta de que no hubiese una iglesia magnífica en Madrid hallándose en Toledo la iglesia Metropolitana, y no siendo suficiente la capilla Real del Palacio para otras funciones que las de la Casa Real. Merecía, pues, que se construyese en el mejor sitio de Madrid un grandioso templo, digno obsequio a la religión del Monarca Católico, para la concurrencia de los tribunales y de la corte en las grandes funciones. Yo sólo he dado una compendiosa noticia de las iglesias y conventos que me parecen más dignas de atención por la reunión de los objetos que se encuentran en ellas relativos a las bellas artes, bibliotecas, sepulcros de hombres ilustres u otros apreciables monumentos.

Nicolás de la Cruz y Bahamonde, conde de Maule, *Viaje por España*, Madrid. Manuel Bosch, 1806-1813.

## Urbanismo

PASEO DEL PRADO, PASEO DE RECOLETOS, PASEO DE ATOCHA

*El Paseo del Prado (1775-1782) es la empresa urbanística más importante del reinado de Carlos III. La intervención se situó, siguiendo la constante en el urbanismo ilustrado de crear los nuevos espacios monu-*



mentales en la periferia de las ciudades, en el tramo de las afueras comprendido entre la Carrera de san Jerónimo y la calle de Alcalá, en un terreno amplio propiedad del rey, quien lo cedió a la villa de Madrid, por donde entonces discurría un arroyo que recibía aguas de las calles contiguas y cuyas riberas sirvieron para depositar escombros hasta 1755. José de Hermosilla diseñó el conjunto que recibió el nombre de Salón del Prado. Éste se componía de tres fuentes, dos de las cuales se situaron en los extremos del paseo y una en el centro. El Salón del Prado tomó forma de un hipódromo con dos brazos longitudinales cerrados por semicírculos. Chueca ha dicho que presentaba forma de circo alargado marcado mediante la alineación de plantíos y terminado en sus dos extremos por dos semicírculos, en cuyo centro se colocaron dos fuentes enfrentadas en relación a una central, punto medio de la composición. El diseño de estas fuentes correspondió a Ventura Rodríguez, arquitecto mayor de Madrid. La fuente de la Cibeles fue realizada por Francisco Gutiérrez y Roberto Michel: el primero esculpió en mármol de Montes Claros la figura de la diosa mientras que el segundo se ocupó de la realización de los leones. La fuente de Cibeles se colocó inicialmente al comienzo del Paseo de Recoletos y pasó más tarde al centro de la plaza. La fuente de Neptuno se comenzó a esculpir en 1780, después de una reducción de escala hecha por el mismo Ventura Rodríguez. La obra escultórica se debió a Juan Pascual de Mena ayudado por José Arias. En el centro, entre Cibeles y Neptuno, señalando el eje de simetría, se colocó la fuente de Apolo, que esculpió posteriormente Giraldo de Bergaz. Frente a ella estaba previsto construir un pórtico de columnas, en forma de exedra, con un pabellón central para botillería.

Mientras que los viajeros españoles (Nicolás de la Cruz y Antonio Ponz) describen con precisión el emplazamiento, trazado, arbolado y esculturas del Salón en lo que puede calificarse de una aproximación técnica, en las relaciones de los viajeros franceses e ingleses (Bourgoing, Beckford y Swinburne) aparece, en cambio, como lugar de observación del discurrir cotidiano de la vida de los madrileños. Destacan por ello del lugar su ambiente festivo y distendido, la variedad colorista de paseantes, la aglomeración de carruajes... El Paseo del Prado era, en efecto, lugar de encuentro, galanteo, reunión, desahogo y tertulia de los madrileños.

### *Situación: Nicolás de la Cruz y Bahamonde*

El paseo del Prado, debido al buen gusto del conde de Aranda, tiene una situación cómoda y deliciosa para el vecindario. Ocupa un costado de Madrid entre el palacio del Retiro y la población interior de la villa. Se extiende por una línea recta desde la puerta de Recoletos hasta la de Atocha, haciendo ángulo en este punto, hasta la iglesia del mismo nom-



bre. Comprende en toda su extensión cosa de un cuarto de legua de largo y unas cien varas de ancho. Está alineado de hermosas carreras de álamos, entre la calle de Alcalá y la Carrera de san Jerónimo. Tiene un lugar espacioso que llaman el salón para la comodidad de las gentes de a pie separado del paseo de los coches. Una fuente que representa la diosa Cibeles en su carro tirado de dos leones de mármol en su ingreso por la calle de Alcalá: la estatua es obra de Gutiérrez y los leones de Michel, francés; otra fuente con la estatua de Apolo, escultura de Alvarez, se ve en el centro del Salón y otra de Neptuno con su tridente, colocado sobre una concha que tiran caballos marinos, hecha por Mena, hermosea en otro extremo frente de la Carrera de san Jerónimo. Después se estrechan más los arbolados formando un espeso bosque. En el punto que mira a la calle de las Huertas y Jardín Botánico, hay otras pequeñas fuentes con varios tritoncillos, y en el término de la calle de Atocha otra de dos cuerpos que contiene las armas de Madrid sostenidas de un tritón y una nereida en el primero, y de cuatro genios, un lirio y festón en el segundo: Michel trabajó dos tritones; Bergaz una nereida y tritón y Primo los genios o niños de ésta y las otras fuentes. Así la dicha, como las demás, despiden abundancia de aguas. A trechos hay repartidos asientos de mármol para descanso y comodidad de los concurrentes.

Hace más delicioso este paseo la intermediación del Jardín Botánico, ya descrito, y de los espaciosos jardines del Retiro, pues a pocos pasos se puede disfrutar de ellos, en los cuales se encuentran variedad de flores, de plantas, estanques y otros objetos agradables. Cuando esté en uso el nuevo museo, con la reunión de tantas materias, será este punto el sitio más recomendable y delicioso de la Corte para instrucción del espíritu y recreo de la naturaleza.

Los demás paseos de la muralla son muy agradables. El de las Delicias se extiende cerca de un cuarto de legua saliendo de la puerta de Atocha hasta el canal: se divide en dos alas, la una para los coches y la otra para las gentes de a pie. Es propio para el invierno y primavera; lo mismo el que da la vuelta a la tapia del Retiro, que no es menos espacioso. El de la puerta de san Vicente es frondoso, puede competir con el del Prado y muy proporcionado para el verano, aunque no tenga los adornos de este. Gozan de él muchas gentes, y cuando está la Corte en Madrid hace su paseo por esta parte, el cual se dilata unas o dos leguas hasta el Pardo.

Nicolás de la Cruz y Bahamonde, conde de Maule, *Viaje por España*, Madrid, Manuel Bosch, 1806-1813.

*Trazado: Henry Swinburne*

En el estrecho valle que se forma entre el Retiro y la ciudad, en el cual no existe ningún suburbio, el Rey actual ha terminado el paseo del Prado, que, dentro de pocos años, y si cuidan bien los árboles, será uno de los más hermosos del mundo. Su longitud y anchura son grandes. Las avenidas han sido dibujadas en un noble e inteligente estilo. Los caminos son anchos y limpios. La verja de hierro y los asientos de piedra han sido hechos de un modo grande y costoso. Todos los carruajes en Madrid pasan por él y, aunque la ausencia de la Corte reduce su número en más de dos tercios, la noche pasada pude contar más de doscientos carruajes seguidos uno detrás de otro. En la pendiente del Retiro quieren plantar un jardín botánico.

Al este y norte, las alturas del Retiro defienden al Prado del frío. El paseo se extiende desde la Puerta de Santa Bárbara a la de Atocha, y de allí se une con una vieja avenida de árboles, que baja hacia el nuevo canal y las orillas del Manzanares.

Henry Swinburne, *Viajes a través de España en los años 1775 y 1776*. Londres, P. Elmsly, 1779.

*Paseantes y carruajes: William Beckford*

Fui paseando hasta el Prado y quedé muy impresionado por lo espacioso que es el paseo principal, la longitud de las avenidas y la majestuosidad de las fuentes. Aunque la tarde era húmeda y sombría, había mucha gente paseándose y una larga fila de carruajes que se exhibían. Los vestidos de las mujeres, el corte de las libreas de los criados y los colores de los carruajes y hasta los calzones de los cocheros eran tan perfectamente parisinos, que, por un momento, creí encontrarme en los *Boulevards* y busqué en vano con la vista esos carruajes pesadotes, rodeados de pajes y *escudeiros* que con tanta frecuencia salen en las novelas españolas. Se ha producido un cambio tan completo, que las antiguas costumbres españolas han desaparecido casi totalmente.

La devoción, sin embargo, no ha desaparecido aún del Prado, y al sonido de la campana del Ave María los carruajes se detuvieron, los criados se descubrieron, las señoras se santiguaron y los paseantes quedaron inmóviles, murmurando sus oraciones.

William Beckford, *Italia, con apuntes sobre España y Portugal*, Londres, Richard Bentley, 1834.

Desde el convento de Atocha hasta la puerta del mismo nombre, y desde allí, formando ángulo hasta la de Recoletos, se extienden los paseos de Atocha y del Prado, que en lo antiguo eran unos caminos incómodos; pero ahora, con la grande obra que en ellos se ha hecho, dándoles toda la anchura conveniente, terraplenando zanjas y arroyos, allanando y consolidando el suelo, construyendo a todo lo largo, a excepción de las travesías de las calles, un poyo de piedra labrada con respaldo de hierro y plantando en varias líneas grandísimo número de árboles, es el mayor adorno de Madrid y el paseo más cómodo a pie y en coche que puede imaginarse, debido, principalmente, al celo, buen gusto y actividad del excelentísimo señor conde de Aranda. Si se continúa la obra, como se espera, adornándola con fuentes, estatuas y otras cosas propias de tales sitios, difícilmente se hallaría ciudad que tuviese dentro de su recinto un desahogo tan magnífico y espacioso. ¿Y cuál será cuando a sus orillas esté formado y crecido el nuevo Jardín Botánico, que, desde Migascalientes, a media legua de Madrid, ha mandado el Rey se traslade a las huertas que hay entre san Jerónimo y el paseo de Atocha, y cuando esté plantado todo el terreno alto hasta las cercas del Retiro? No se tardará mucho tiempo en ver esta bella y utilísima obra ni el edificio que ha de servir para las lecciones de los maestros, conservatorios de plantas, laboratorio químico y otras cosas conducentes al estudio de las ciencias naturales.

Se pueden considerar como unidos al paseo del Prado los de las Delicias, que bajan hasta la orilla del nuevo canal del Manzanares, uno para gente de a pie, y otro para coches, carruajes, etc. Ambos están plantados con dos líneas de olmos a cada orilla; pero da lástima ver el estado en que se hallan por la poca inteligencia con que se gobernaron desde su principio y por la tala que se les da casi todos los años, como si el fin fuera de hacer leña. Con estas podas han quedado los más en figura de piernas de araña. Por las grandes heridas los penetra la humedad y el frío durante el invierno, y con la falta de sombra que harían sus mismas ramas, los tuesta el sol en verano, y así, se secan unos y se pudren otros. Quiera Dios que los del Prado se libren de semejante desgracia. Algunos, que tienen práctica y estudio en los plantíos de árboles, desearían que ya que no se cuidasen al modo que se hace en Aranjuez y san Ildefonso, lo que no sería difícil, los dejasen entregados a la Naturaleza sin mondar ni despuntar sus ramillas, para que la más fuerte guiase a lo alto y formase tronco y copo piramidal, con la elevación que corresponde al sitio. Entonces se les podrían quitar las ramas que quedasen demasiado bajas para igualarlos todos, y luego no habría que tocarlos jamás sino para

quitarles las ramas que se hubiesen secado. Las limpias y las mondas de los árboles, cuando no se dan con necesidad y mucha inteligencia, son para ellos una verdadera peste.

Antonio Ponz, *Viaje de España*, Madrid, Ibarra. 1772-1780.

#### PUERTA DE RECOLETOS: NICOLÁS DE LA CRUZ Y BAHAMONDE

*La Puerta de Recoletos estaba situada en el Paseo del Prado y orientada hacia el Norte. Fue construida en 1756, bajo Fernando VI. Formaba un gran arco adornado a ambos lados y cuatro columnas dóricas agrupadas en parejas y rematadas por un frontispicio triangular con las armas reales adornadas con trofeos. Tenía además dos puertas cuadradas más bajas con balaustres.*

Son muchas las puertas y portillos de Madrid que contiene su ligero muro. La de Recoletos contiene un bello arco con cuatro columnas dóricas pareadas, encima dos estatuas con sus emblemas y en la parte superior su escudo: se hizo en tiempos de Fernando VI.

Nicolás de la Cruz y Bahamonde, conde de Maule, *Viaje por España*, Madrid, Manuel Bosch, 1806-1813.

#### PUERTA DE ALCALÁ: ANTONIO PONZ

*La Puerta de Alcalá es un arco de triunfo proyectado en 1778 por Francisco Sabatini para celebrar la llegada a Madrid de Carlos III y su acceso al trono de España. Consta de un solo cuerpo con cinco entradas. Tres de ellas, con arco de medio punto, ocupan el centro. La decoración de la Puerta consiste, por la parte exterior, en diez columnas estriadas asentadas sobre doble zócalo y con capiteles jónicos. Posee bellos ornamentos escultóricos: cabezas de leones en las claves de las tres entradas centrales y cornucopias cruzadas sobre las puertas pequeñas (obra de Roberto de Michel), un escudo de Armas Reales sostenido por la Fama y un genio, trofeos y niños en el sotobanco (obra de Francisco Gutiérrez). Tuvo, en el siglo XVIII, grandes rejas de hierro que cerraban la entrada a la villa.*

*El viajero dieciochesco que penetraba en la Corte por esta suntuosa puerta recibía el magnífico golpe de vista que desde allí presentaba la ciudad: jardines del Buen Retiro, cuarteles de Ingenieros y Caballería (hoy demolidos), fuente de las Cibeles a la cabeza del Paseo de Recoletos,*

*calles plantadas con árboles, Prado de san Jerónimo, la espaciosa calle de Alcalá en perspectiva bordeada a ambos lados por edificios...*

Quien vio antes de este reinado la Puerta de Alcalá y sus inmediaciones, parecidas a otras entradas de Madrid, no pudo prometerse que llegarían, dentro de pocos años, a la magnificencia y hermosura que ahora tienen. La nueva y grandiosa puerta, el jardín de frutas y flores, con verjas de hierro, que dan vuelta al Prado, los Pósitos, las cercas del Sitio del Buen Retiro por la parte del campo hasta Atocha y el plantío de árboles alrededor de ellas, formando paseo, han hermoseedo Madrid por aquella parte de tal modo, que no tiene por qué ceder a ninguna entrada de ciudad (...)

Pero quédese aquí el discurso para empezar a hablar de la nueva Puerta de Alcalá, cuya invención es del mariscal de campo don Francisco Sabatini, primer arquitecto de Su Majestad.

Dijere algunos que se podía haber situado esta obra de forma que hiciese línea recta con la calle de Alcalá; pero esto no podía ser sin derribar las fábricas de los Pósitos. A otros les parecía la puerta una máquina demasiado grande, comparada con las que hay dentro de la Corte. Ya se sabe que las obras puestas a la vista del público tienen la fortuna de que cada cual las quisiera a su modo, y sin saber las razones que hubo para hacerlas de esta forma y no de la otra, se decide de ellas según los ojos o el capricho del que las mira, y aunque no falta entre muchos quien acierta con lo mejor, ocurren, tal vez, inconvenientes que nos precisan a contentarnos con lo bueno. Aquí hubo el pensamiento, según se dijo, de que la Puerta de Alcalá se ejecutase bajo la idea de un arco triunfal y como un monumento del feliz arribo de Su Majestad a esta Corte. En esta inteligencia se puede considerar por sí sola y sin respeto a otras fábricas que estén cerca o lejos de ella.

Las cinco entradas de que se compone es a saber, de tres arcos iguales, y de una puerta cuadrada en cada extremo, se han adornado más, como era natural, por la parte exterior de Madrid que por la interior, poniendo al arco del medio dos columnas a cada lado y una a cada lado de los otros dos arcos y de las puertas de los extremos, resaltando dichas columnas dos tercios de sus fondos, que son almohadillados, y colocadas sobre un primero y segundo zócalo. Se ha usado el orden jónico, y los capiteles son los que inventó el gran Miguel Angel para la fábrica del Capitolio en Roma, en cuya ciudad se hicieron modelar, con el fin de usar de ellos en este sitio.

Volviendo a la Puerta, sobre el cornisamento ha de haber un cuerpo ático, y no se extenderá más de lo que resalta la fábrica en donde está el arco del medio y sus pilares. Rematará en frontispicio, en el cual irán

puestas las armas reales hacia la parte del campo, sostenidas por la Fama, y ciertos trofeos o figuras en el sotobanco del ático. Don Francisco Gutiérrez ha hecho los festones y los mascarones, que ya están puestos en este lado<sup>7</sup>. Las cornucopias cruzadas sobre las puertas y las cabezas de leones en las claves, por el lado que mira a Madrid, son de don Roberto Michel<sup>8</sup>. En este lado son pilastras lo que en el otro son columnas, a excepción de dos que hay para el arco del medio. En el ático se ha de poner una inscripción, que expresará el año en que se acabe la obra, etc., sin otra cosa según lo que se dices<sup>9</sup>.

La altura de esta entrada desde el suelo hasta el remate del frontispicio es más de setenta pies, sin contar los que levanta el escudo de armas. Cada arco tiene diecisiete pies de ancho, y de alto treinta y cuatro, con adorno de artesonado en la vuelta. No puede ser mejor la piedra berroqueña que se ha puesto en uso, y lo mismo la de Colmenar, elegida para los adornos de arquitectura y para la escultura.

Antonio Ponz, *Viaje de España*, Madrid, Ibarra, 1772-1780.

## PUENTE DE SEGOVIA: VAYRAC

*El Puente de Segovia está al final de la calle de Segovia, a la salida de la que fue en su día Puerta de Segovia. Tiene nueve ojos con arcos de medio punto y está labrado con sillares almohadillados de granito. El ojo central, el más amplio, tiene cuarenta y seis pies de luz (12, 82 metros), dimensión que se va reduciendo en los demás simétricamente por ambos lados hasta llegar a los arcos extremos, que no pasan de treinta y seis pies (10 metros). Las arenas aglomeradas impiden ver el conjunto, pues el lecho del Manzanares ciega algunos arcos y desfigura otros. Remata la obra un antepecho de granito que se apoya sobre una imposta. Grandes bolas de piedra, ornato escultórico típico del siglo XVI, completan el conjunto. Fue diseñado en 1583 por Juan de Herrera.*

En la parte occidental de la ciudad se ve un pequeño valle por cuyo centro pasa el *Manzanares*, que no es ni torrente, arroyo, ni río, sino una y otra cosa según las nieves de la montañas vecinas se deshuelan más o menos a causa del ardor del sol. Algunas veces, durante la canícula veraniega, apenas se ve un hilo de agua discurrir por entre una arena movediza, de suerte que, con escarpines, es posible atravesarlo fácilmente sin mojarse el pie. Cuando uno quiere bañarse, hay que abrir una fosa y meterse allí dentro hasta el cuello, por decirlo con una palabra, desde vísperas de san Juan hasta el otoño. El lecho de este río hace a menudo las veces de ronda por donde la nobleza madrileña gusta de pasearse, y



como la arena es tan fina que muchas veces se convierte en polvo, hay que regarla de vez en cuando.

Precisamente sobre este río ideal Felipe II hizo construir un puente magnífico que se llama *Puente de Segovia* y que ha dado lugar a un sinfín de chanzas de mal gusto. Como habitualmente el agua sólo moja el pie de algunos arcos, un bromista que lo vio dijo irónicamente que aconsejaba a los burgueses de Madrid vender el puente para comprar el agua. Otro también, sorprendido de ver una cosa tan rara, dijo que en otros lugares el río se había acostumbrado a esperar el puente mientras que allí el puente esperaba al río; un tercero no se mostró menos jocosos que los otros dos cuando dijo que sería buen puente si hubiese río.

Y, efectivamente, parece algo bastante singular que se haya construido un puente tan grande y magnífico en un lugar en el que un niño puede pasar sin mojarse el pie. Pero, después de todo, tras reflexionar sobre la estructura de esta construcción, uno se ve obligado a reconocer que Felipe II no lo construyó precisamente para atravesar un arroyo, sino que, por su apariencia, parece concebido para pasar más cómodamente la depresión de un valle. Por otra parte, hay que señalar que el *Manzanares* no es siempre tan pequeño como acabo de describirlo. A veces sus aguas crecen prodigiosamente, sobre todo durante el invierno, a causa de los torrentes de nieves fundidas que desembocan en él y que inundan todos los campos vecinos, y sus aguas discurren con tanta rapidez, que su caudal arrastra consigo todo lo que se pone a su paso.

Sea como fuere, tiene este puente 1.100 pasos de longitud y 22 de anchura, aunque una buena parte no alcanza la mitad de estas dimensiones. Está construido en piedra de talla y bordeado a ambos lados por una bella y grande muralla sobre la cual, cada tres pasos, se ven gruesas bolas de piedra soportadas por cubos de la misma materia.

Vayrac, *Estado presente de España*, Amsterdam, Steenouwer, Uytwerf, 1719.

## PUENTE DE TOLEDO: NICOLÁS DE LA CRUZ Y BAHAMONDE

*En el sector sur de Madrid el Puente de Toledo (1735), al final de la calle del mismo nombre, daba entrada al antiguo camino Real de Andalucía. Proyectada por Vadillo y Ribera, la obra se inscribe en el conjunto de actuaciones ideadas por el ingeniero José de Salcedo y que incluían un trazado de alineaciones diagonales, con focos o glorietas de irradiación, que se plasmó en la apertura de agradables paseos a gran escala. El puente consta de un gran arco de medio punto de treinta y seis pies de altura; está decorado en su parte exterior por dos medias columnas estriadas de orden*



*jónico antiguo y pilastras en los extremos. A cada lado hay una puerta cuadrada de diez pies de anchura y veintiuno de alto, con pilastras estriadas del mismo orden y encima un recuadro. Se eleva 75 pies: sobre el ático hay un grupo escultórico realizado por José Ginés en piedra de Colmenar que representa a España colocada en el centro y sobre dos hemisferios recibiendo un Genio que alude a las provincias, personificadas por una matrona. A ambos lados del ático hay trofeos militares.*

El pequeño río Manzanares que circuye por este costado la población contribuye más a la alegría del paseo. Su curso lo trae desde la montaña de Guadarrama por espacio de ocho leguas: crece con las lluvias y con las nieves. Sus márgenes están cubiertas de árboles.

Los puentes de Segovia y Toledo son los que proporcionan el paso del río: ambos han tomado el nombre de sus puertas. El primero contiene nueve arcos de piedra de granito de Guadarrama. Lo dirigió el célebre Juan de Herrera en tiempo de Felipe II. El de Toledo, a pesar de sus extravagancias en los adornos que no hacen al caso, se compone también de nueve arcos grandiosos y magníficos. Se construyó el año 1732.

Nicolás de la Cruz y Bahamonde, conde de Maule, *Viaje por España*, Madrid, Manuel Bosch, 1806-1813.

#### CANAL DEL MANZANARES: NICOLÁS DE LA CRUZ Y BAHAMONDE

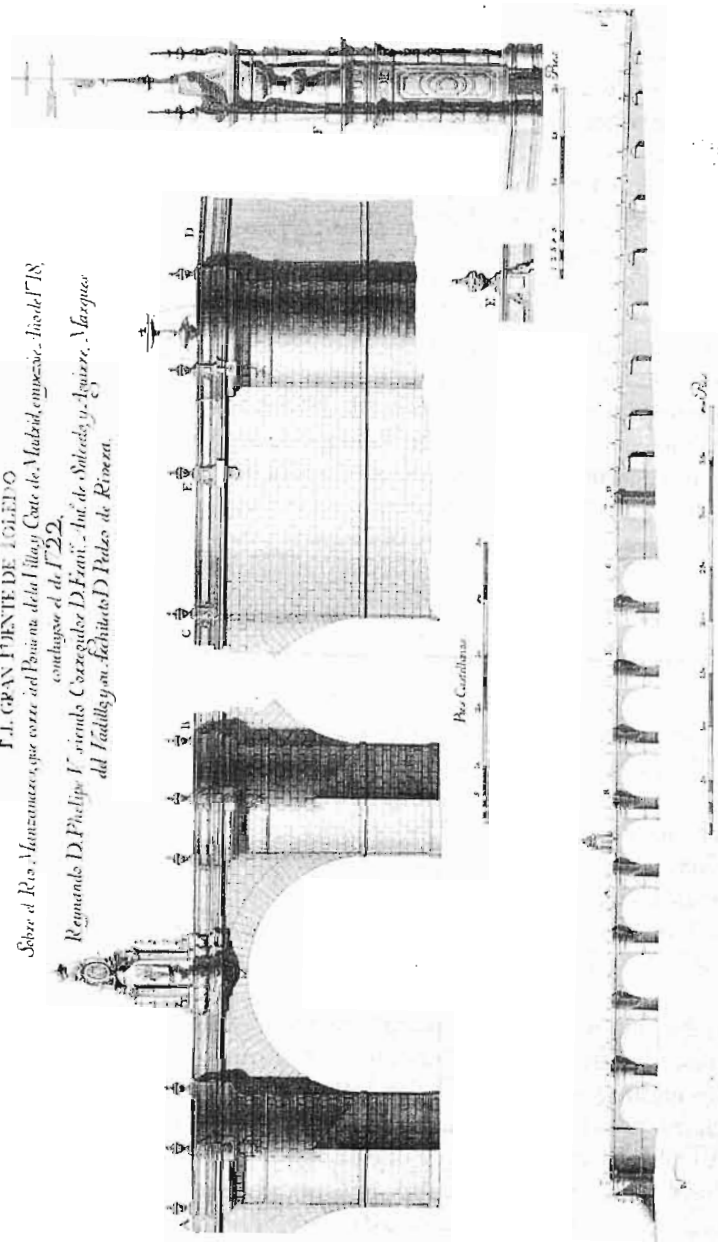
*El primer proyecto del Canal del Manzanares data de 1688 cuando los coroneles Carlos y Fernando Grunemberg propusieron un trazado que arrancara en el Pardo, continuara en Vaciamadrid, y desde aquí, con auxilio del Jarama, llegara hasta Toledo atravesando el Tajo. Un segundo proyecto data de 1770, cuando Pedro Martinengo hizo un canal con siete esclusas, cuatro molinos y barcos de transporte. Tendría además árboles en sus orillas y sería navegable a lo largo de dos leguas, desde el Puente de Toledo hasta el río Jarama.*

El canal comienza cerca del puente de Toledo: se forma de las aguas del Manzanares. Tiene sus esclusas correspondientes y han fabricado en ellas varios molinos. Lo navegan barcos chatos, que son los que conducen los materiales que se transportan para la construcción de los edificios de Madrid. El plantío de árboles por ambos lados compone un dilatado y espeso bosque.

Nicolás de la Cruz y Bahamonde, conde de Maule, *Viaje por España*, Madrid, Manuel Bosch, 1806-1813.



**F. J. GRAN PONTE DE TOLEDO**  
*Sobre el Rio Manzanares, por obra del P. n. de la Villa y Corte de Madrid, en posesion de D. J. N.  
 con dibujo de F. J. N.  
 Rematado D. Philipo Ferrando Corregidor D. Ferran. An. de Salcedo y Aguirre, Marques  
 del Tado y on. Archibto D. Pedro de Rivera.*



*Dedicada al S. D. Tiborcio de Avizor y Juan de Navarra, Cav. del Or. de Alcan. Sumiller de Cocina de S. M. de su Consejo de Ordenes,  
 Capellan Mayor de las S. cos Reales de la R. F. Española, y Vice. Protector de la R. de S. Fern. por Henningoldo  
 Vices. Ugo, Director de Pensionado de la misma R. Academia de S. Fern. en la del Reyno de Aragon. A. 1786.*

*del Puente de Toledo sobre el rio Manzanares*

Es este canal una de las empresas considerables en este reinado, en las cercanías de Madrid. Se han concluido dos leguas, y en otra está ya abierto el terreno. En las dos leguas se hallan construidas siete esclusas, que se llenan y vacían en brevísimo tiempo. Se han plantado, según las noticias adquiridas, al pie de dos millones de árboles y arbustos en el referido trecho, y entre ellos cien mil moreras, regándose todos con el agua del canal desde la segunda esclusa, y en la primera con otra agua. Hay en las laderas diferentes huertas con muchos árboles frutales, y se asegura que desde la quinta esclusa en adelante se podrán regar grandes pedazos de vega situados al Mediodía. La pesca de anguilas, tencas, barbos y bogas ha prevalecido y se ha aumentado en gran manera. Los cuatro molinos fabricados en las primeras esclusas tienen ya doce piedras corrientes. También lo están dieciocho barcos de transporte, que conducen de setecientos a novecientos quintales, mediante lo cual experimenta el público las utilidades de lograr un cincuenta por ciento de beneficio en el ramo del yeso y un veinticinco por ciento en la piedra de mampostería y pedernal. Luego que se construya la nona esclusa, dicen que se conducirá todo el pedernal, ladrillo, cal y yeso que el público necesite. El daño que causó en el canal la repentina y extraordinaria lluvia del 23 de septiembre del año pasado de 1776 se compuso luego. El canal empieza cerca del Puente de Toledo al mediodía de Madrid, e irá, siguiendo en las inmediaciones el Manzanares, hasta el desagüe de éste en el río Jarama, y será su curso de cuatro leguas, con poca diferencia. Los paseos que se forman en sus orillas con tanta copia de árboles son ya de los más bellos que pueden verse. Se pueden considerar unidos a los de las Delicias, y éstos a los del Prado, formando así una extensión muy grande.

Antonio Ponz, *Viaje de España*, Madrid, Ibarra, 1772-1780.

## NOTAS

<sup>1</sup> Bonaparte la pidió a Fernando VII, con el fin tal vez de borrar de la memoria este trofeo de las armas españolas sobre las francesas.

<sup>2</sup> Después de escrito esto, hemos sabido que este palacio lo compró la villa para regalarlo al Almirante Godoy, el cual, bajo la dirección de dos arquitectos, uno de ellos Aguado, trataba de despejar la fachada que da a la ancha calle de Alcalá, como se verificaba en el momento de su caída.

<sup>3</sup> La marquesa de Villa-Hermosa deshizo su casa para levantar de nueva planta otra magnífica frente de la de Medinaceli junto al Prado bajo la dirección de Aguado.

<sup>4</sup> Este maestro marchó en 1753 a Madrid, donde dejó algunos de sus óleos y frescos. Volvió a Italia en 1761 y murió en Nápoles en 1765. Había nacido en Molsetta.

<sup>5</sup> Esta soberbia estatua ecuestre ha deseado Ponz se colocase en la ancha calle de Alcalá; como la de Felipe III, que se halla en la Casa de

Campo y la de Carlos V abatiendo el furor, en la plaza de la Cebada, que hubiera sido muy útil se verificase. Tomo 3 página 83.

<sup>6</sup> Este rey, duque de Borgoña, fundó la orden en 1429. El rey de España, en calidad de duque Borgoña, es el gran Maestro. Hércules fue uno de los 52 o 54 héroes que se embarcaron con Jasón en el navío Argos para ir a Colcos a conquistar el Vellocino de Oro, argumento del emblema de la orden.

<sup>7</sup> Las armas reales, la Fama y un niño ya se colocaron; son obras que hacen grupo, ejecutadas por el citado Francisco Gutiérrez, de quien son también los niños de sobre los zócalos.

<sup>8</sup> Hizo después los trofeos que están sobre la cornisa en este lado.

<sup>9</sup> Se ha puesto la inscripción, y dice:

REGE CAROLO III.  
ANNO  
MDCCLXXVIII.



## *El rey y la corte*

### **Felipe V**

#### ENTRADA PÚBLICA DE FELIPE V EN MADRID: UBILLA Y MEDINA

*La Sucesión de el Rey Don Phelipe V de Antonio Ubilla y Medina es uno de los primeros libro de viaje del siglo XVIII y por ello está lejos del reformismo viajero característico del género. Los desplazamientos del Rey Felipe V en 1701 por España son presentados, en efecto, como acontecimiento político y cortesano, ceremonia oficial orientada a exaltar la dignidad de la realeza en tránsito por sus dominios. La omisión en esta relación de las habituales alusiones al entorno humano y geográfico, a pesar de que se consignan itinerarios, medios de transporte, jornadas y alojamientos, aleja al relato de cualquier intención crítica. La ideología triunfalista y cortesana se apoya en la prosa barroca de la retórica oficial. La finalidad es restituir una imagen radiante y glorificadora del nuevo Rey adolescente con fines de propaganda política. El cronista oficial sólo podía ser un hombre del antiguo régimen: Antonio Ubilla y Medina, caballero de Santiago, diputado del Reino de Valencia, consejero de Indias y Secretario de Estado y de Despacho de Carlos II.*

*El texto transcrito describe la entrada pública, ceremonias de recibimiento y ornatos ciudadanos con que la Villa de Madrid agasajó a Felipe V el día de su llegada para tomar posesión de la Corona.*

*El segundo texto anónimo seleccionado relata la entrada solemne y pública de Felipe V en la villa de Madrid deteniéndose especialmente en la descripción del adorno de las calles, arquitecturas efímeras y entrada en el convento de Atocha.*



Ejecutado el Juramento, como se ha referido, se trató que Su Majestad hiciese su pública entrada en Madrid, en que el cuidado de la Villa, con las direcciones del Real Consejo, siendo segunda vez Corregidor Don Francisco Ronquillo Cavallero de la Orden de Calatrava, del Consejo de Su Majestad en el Real de Hacienda, hoy Maestro de Campo General, electo Gobernador de Cádiz, Coronel del Regimiento de Asturias, y de Real Guardia, y que actualmente ejerce el Corregimiento; procuró esta Villa que las demostraciones públicas igualasen a la obligación, al amor y al deseo; pero como el Rey atendió tanto a que en estos actos no se gravasen sus vasallos, satisfecho con el conocimiento que ya tenía de su generosa ostentación, mandó se ejecutase la magnificencia en los Arcos que se habían ideado; y ciñéndose al adorno de las calles obedeció Madrid.

Y aunque no hizo la relación que para el público ha sacado a luz en semejantes ocasiones, ni he podido hallar individual noticia de todo, no cumpliera la atenta veneración mía, como de hijo que tanto debe a su Grandeza, dejar de referir (aunque no con el acierto que deseo) alguna parte de lo que su amor procuró hacer en señal de su obligación, ya que Su Majestad la detuvo, con su Real Orden, el ánimo que nunca ha hallado límite para el aplauso y servicio de sus grandes Monarcas; y ciñéndome a los más principales adornos de las calles, porque el referirlos todos fuera querer imposible de explicar lo que en estas exteriores señales se manifestaba de consuelo con la pública entrada del deseado Rey.

Desde la Puerta del Retiro hasta la Torrecilla del Prado se pusieron por uno y otro vistosos Arcos de Talla, matizados de carmín, nácar y azul en sus pedestales correspondientes, siendo la altura de cada Arco de veinte y cinco pies, y formaban una espaciosa, divertida y bien adornada galería; y en los claros de cada Arco había una pintura con Geroglífico y Mote que le explicaba; siendo los siguientes todos los que estaban en estos Arcos por la Mano derecha desde el Retiro:

Pintáronse unas Tiendas de Campaña, y algunas Tropas formadas, y en medio un león, y un gallo abrazados, uniéndose el Collar del Toisón.

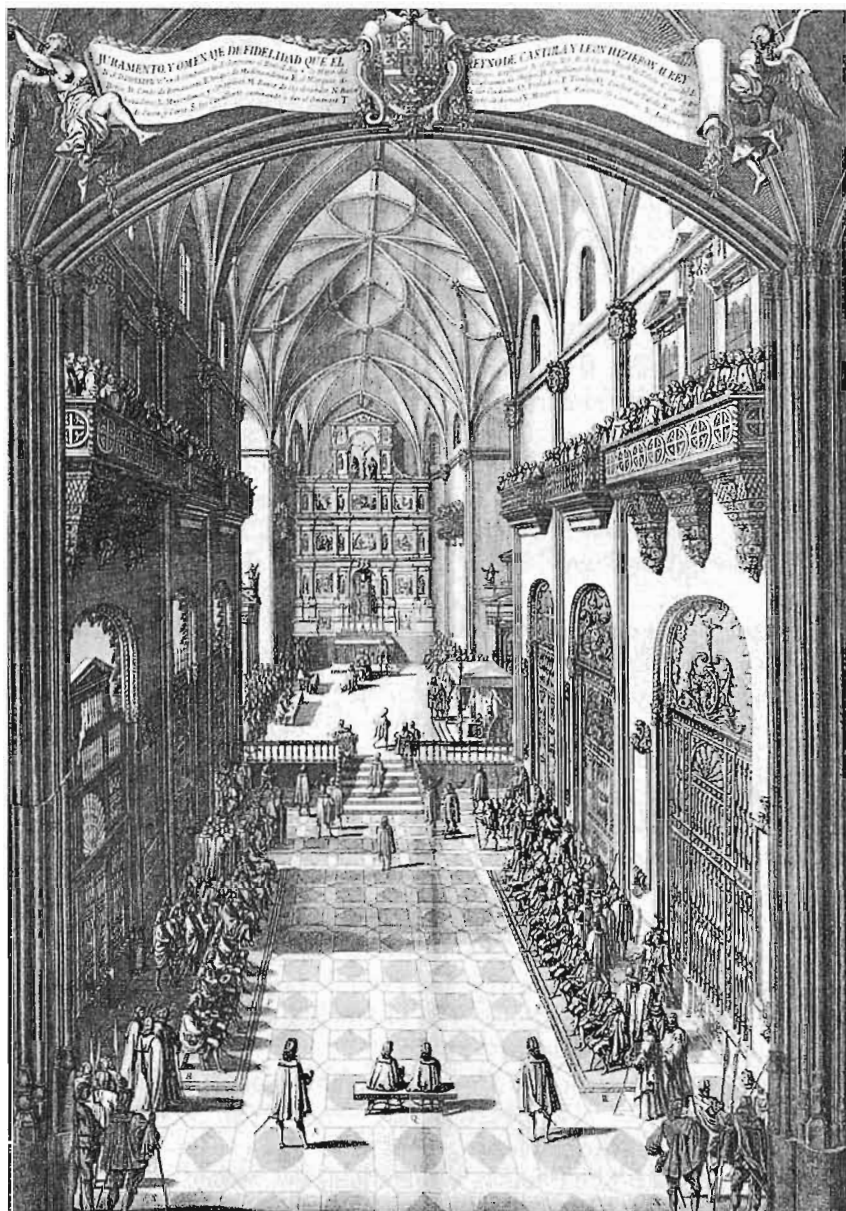
En otro Arco estaba pintado un joven sobre un Peñasco, en acción de querer coger Rayos del Sol.

Proseguía una pintura con dos Mundos, a quienes coronaba una Corona Imperial, circundándolos una culebra presa por el cuello con estas cuatro letras S.P.Q.R.

En otro se pintó una Palma, cuyos frutos eran unas guirnaldas de flores.

Estaba pintada en otro Arco una ninfa con un árbol y un joven; y en medio sentada otra ninfa y un niño dormido en su regazo.

Se pintó en otro un cetro enlazado con un ramo de jazmines y una vid con su fruto.



*Juramento de los Reinos de Castilla y León a Felipe V en el convento de san Jerónimo el Real. Grabado de Ubilla y Medina, Sucesión de el Rey D. Phelipe V. Nuestro Señor en la Corona de España. Madrid, 1701.*



Pintóse en otro una mano con piedras preciosas sobre la palma, en acción de coger siete estrellas, y entre uno y otro estaba una piedra imán.

Había en otro una oliva y Neptuno al pie de ella con el tridente, y regándola con un raudal de agua y la cultivaba Mercurio con el caduceo.

En otro se pintaron dos manos, la una en acción de pintar y la otra delineando.

Pintóse en otro a Júpiter con el Aguila y los rayos, y un niño echado entre unas flores, y un joven adornando a Júpiter.

En otro estaba pintado un Capitán General a caballo, en acción de que había penetrado un Monte.

Pintáronse en otro Arco tres Soles, y el del medio estaba coronado, y ceñido con el Collar del Toisón.

En otro Arco se pintaron dos Espejos, el uno con una azucena, y el otro con un lirio, y entre ellos una mano con otra azucena.

Pintóse en el siguiente Arco un Carro Triunfal que tiraba un buey con Guirnalda de Flores, y dentro una diosa coronada, y en una mano una Clava, y en la otra una Tea encendida.

Pintóse en otro Arco el Mar, y la Nave, y la guiaban una luz desde las aguas.

Se pintó una columna coronada en la basa y capitel, y sobre él la Rueda de la Fortuna con alas.

Pintóse a Ansión tocando la Lira junto a una ciudad de Muros, y del Cielo bajaban piedras que iban formando un muro.

En otro Arco se pintó un León y un Delfín con alas y garras de águila, y en la una mano una flor de lis, y en la otra un castillo.

Por la mano izquierda, desde el Retiro, se pintaron algunos corazones en disposición de volar, y unos ojos en forma de enjambre sobre una maceta de claveles.

Seguía después Andrómeda, Perseo y el Dragón con una media Luna en la Cabeza.

Seguía después la pintura de una Esfera Armilar, y dentro una Paloma, que cercaban siete estrellas, y en lo superior otras siete que las unía; una Banda con el signo de las Artes.

Pintóse a Paris con una Corona, presentándola a una de las tres Deidades.

Pintáronse dos Armandas en el Mar, la una con las insignias de España, y la otra las de Francia, y guiándolas dos astros.

En otro se pintó un pabellón Real, y dentro una silla con una corona, a cuyo remate llegaba con el pico una paloma.

Púsose la figura del Coloso, cada pie en un Globo y en acción de que sostenía con sus hombros al Cielo, y entre los Globos un navío en el Mar.

En otro Arco se pintó un Campo con muchas tiendas de campaña, y



Ulises estaba recibiendo las Armas que le daba Aquiles.

Se pintaron en forma de Niños los siete planetas con su insignia cada uno, y una Tea ahumando, y la de Júpiter estaba encendida.

En esta Galería había cuarenta y ocho estatuas, treinta y dos reinos, y los Señoríos coronados, y los de Vizcaya, y Molina, y los doce meses interpolados con los Reinos, con sus propiedades en los Escudos de las basas; y los Reinos con sus Armas, y en los meses los correspondientes signos; y las estatuas tenían coronas en las manos, en acción de ofrecerlas al Rey, como a su Monarca.

Había a la salida del Prado un suntuoso y elevado arco, formado de tres cuerpos de proporcionada arquitectura toscana, que adornaban primorosas estatuas, representando los Dominios del Rey, y otras con alusiones al asunto del día, y en Elogios de Su Majestad, como se reconocerá en los escritos con los que se significan, que por no hacer prolija esta narración excuso de referir la disposición de ese Arco por todas sus partes.

En los pedestales primeros de la fachada al Retiro había una targeta a la mano derecha, en que se pintaba un mantho con esta letra:

#### MANTHO

De Madrid, centro de fuego,  
Domina esperado Sol,  
Los Timbres del Español,  
Y las memorias del Griego

En otro pedestal se pintó al río Manzanares, que baña esta villa, y se leía esta quarteta:

#### MANZANARES

El Sol, que viene despacio  
El Manzanares retrata,  
Pues es con Luna de plata  
Espejo de su Palacio

En el hueco de una ventana, sobre un arco pequeño, había una estatua, significando a Mayo.

En el frontis debajo de un cuadro, en que se pintó la toma de Sevilla por el Santo Rey Don Fernando, había una targeta con esta elegante Octava:

## OCTAVA

Salve, Felipe, y en dichosa hora  
Profesión toma de la Augusta Silla,  
Que en Madrid da a tu diestra vencedora  
La cabeza del monstruo de Castilla:  
Salve, y cual Fernando, al ver que dora  
El rendido Horizonte de Sevilla,  
Triunfa, imitando en alborozo tanto  
Lo vencedor a influjos de lo Santo.

En la muralla, que en forma de cubo estaba a la mano izquierda, se fingió el Huerto de las Hespérides, y un Dragón, que guardaba las Manzanas de Oro, con un escudo orlado de cestones de fruta.

Por la fachada de este Arco, que miraba a Madrid, estaba debajo del pedestal de la columna de mano derecha pintado el Mar Océano con esta letra:

## OCÉANO

Siempre a tu cariño abierta,  
Nunca a tu aplauso cerrada,  
Felipe, para tu entrada  
Adorna Mantua su entrada

En la fachada del cubo de la mano derecha estaba un jeroglífico compuesto de la figura de un Oso desgajando una rama de un madroño, que son las armas de esta Imperial Villa, y había esta letra:

Tanto señalarse pudo  
El obsequio de quien te ama,  
Que aun este rinde la rama  
En el Arbol de su Escudo

En el lado correspondiente estaba otro jeroglífico, que se componía de un Dragón a la boca de una gruta que intentaba devorar a un joven, que estaba armado, y arrojándole banderas, y algunas armas, y el mote decía:

Resucitando las glorias  
Del esplendor castellano,  
Felipe al Dragón Mantuano  
Le alimenta la Victorias.

En la Carrera de san Jerónimo, delante del Convento de san Antonio, se puso otro victorioso arco en que se figuró con primorosas estatuas el

Parnaso con sus nueve Ninfas, el Caballo y la Fuente, a los lados seis Ninfas, seis bien imitadas Estatuas de los celebrados Lope de Vega Carpio, Don Luis de Góngora, Don Francisco de Quevedo, Caballero del Orden de Santiago, Argensola, Don Francisco de Zárata y Don Pedro Calderón de la Barca, Caballero de la misma Orden, que fue Capellán de Honor de Su Majestad; y en el friso de este Arco había dos targetas bien guarnecidas.

En el pórtico del Convento de san Francisco de Paula había un grande Lucero, que arrojaba rayos de luz, fingiéndolos de flores y de plata, y adornado con una águila de flores con dos cabezas y en el centro del lucero estaba un Retrato de Su Majestad.

Las fuentes de la Puerta del Sol y de la Plaza de la Villa estuvieron copiosas de agua por todas partes, y lucidas por su tamaño, arquitectura, mármoles, jaspes y bronces, de que se componen.

Las gradas de san Felipe estuvieron lucidamente colgadas, y con la diversión de figuras particulares imitadas al natural.

Los Mercaderes de la Calle Mayor, por liberal aclamación, y rendido obsequio, adornaron el distrito que ocupan, con una galería de Arcos con espejos, orlados de flores y hojas, imitando las columnas al color del coral, y en el medio un dosel, y debajo el Rey a caballo, y pendiente de esta pintura el Retrato de la Cristianísima Reina de Francia doña María Teresa, su abuela, y el infante de España; y en los medios puntos, que formaban los arcos, estaban las armas de los Reinos, con sus targetas y escritos, que por aludir, con poca diferencia, al concepto de los que se pusieron en la Galería, que estaba a la bajada del Retiro, y ya se han escrito, no se incluyen en los de esta parte.

En la boca de la Calle de san Ginés se formó por el Consejo de las Indias un Arco, sustentado de tres grandes columnas, imitando el jaspe blanco, y plata, y todo él de toda primorosa arquitectura, con los perfiles dorados, y por remate la empresa del Consejo, que es una nave en medio de dos columnas, con las palabras latinas *Plus Ultra*, y a los lados el Rey Don Fernando el Católico y el Emperador Carlos Quinto, y junto a éstos Colón con un compás, en acción de delinear; y a la otra parte Cortés, que descubrieron las Indias en los tiempos de estos Monarcas; y en la fachada estaba una ninfa, en representación de la América, ofreciendo oro, plata, perlas y piedras preciosas; y el Consejo estuvo en este Arco con formalidad, para hacer la reverencia al Rey cuando pasase.

Enfrente estaba en otro suntuoso Arco el Consejo de Cruzada.

Los Portales de los Pretineros, y de los Peleteros estuvieron curiosamente vistosos, y en particular el de éstos, por haber puesto con pieles propias de todos los animales la imitación de cada uno, y con targetas y burlescos motes.

El Consejo de Hacienda asistió en un magnífico Arco, que formaba dos cuerpos en pedestales de jaspe azul con fajas de Coronas doradas, imitando la fachada de un suntuoso pórtico, y el retrato del Rey debajo de dosel, y a los lados los retratos de Su Majestad Cristianísima, el Señor Delfín y los señores Duques de Borgoña y de Berri.

El Portal de los Guarnicioneros, hasta la Puerta de Guadalajara, se compuso de Arcos con flores y hojas entretejidas y repartidas las letras, que componían el nombre Phelipe Quinto.

El celebrado gusto y la liberalidad con que siempre han manifestado rendido amor a los Reyes los que componen el primoroso Ejercicio de la Platería, la adornaron, formando dos Galerías, que ocupaban diferentes gradas en forma de cubos grandes, y entre ellos más pequeños, y los Arcos imitaban el jaspe azul y blanco, y los perfiles dorados, y sobre los medios puntos unas grandes targetas, que se compusieron de todo género de piedras preciosas, e imitando Coronas, Leones, Corderos, Flores de Lis y otras insignias de los Reyes de España y los de Francia.

En las Casas del Ayuntamiento asistió el Consejo, infundiendo respeto su representación y veneración sus grandes y sabios ministros.

Junto a Santa María estuvo el Consejo de Flandes en un arco, que formaba dos cuerpos adornados sus fachadas con primorosas pinturas.

La Plaza del Palacio se dividió en tres calles, que formaban unas vallas vistosamente pintadas; la de en medio para que pasase el Rey; y en las de los lados, para que sirviesen dos Carros Triunfales; en el uno representándose el asunto de este día; y en el otro repitiendo sus aclamaciones la música.

Habiendo Su Majestad señalado, para hacer su entrada pública, la tarde del día catorce de abril del mismo año de mil setecientos y uno, salió Madrid de sus casas de Ayuntamiento con el Corregidor, todos igualmente vestidos de brocado de oro, fondo en carmesí, observando el antiguo traje de las calzas atacadas, Gramallas y Gorras de lo mismo, con Martinetes de Plumas; iban en vistosos y muy adornados caballos, delante los Clarines, Timbales y Chirimías vestidos con la librea de la Villa, que es chamelotes, uno blanco y otro encarnado; seguíanse todos los ministros de Justicia de su jurisdicción; después los receptores, y demás dependientes; empezaban el Ayuntamiento, sus dos secretarios, seguían los Regimientos, prefiriéndose por su antigüedad, llevando entre los dos más antiguos al Corregidor; detrás de la Villa iban cuatro maceros con sus mazas de plata dorada con las Armas de Madrid, y sus ropas de damasco carmesí, guarnecidas de terciopelo del mismo color.

En esta forma se encaminó la Villa por la Platería a la calle Mayor, Carrera de san Jerónimo hasta el Retiro, y habiéndose apeado subió al cuarto del Rey, y prevenida Su Majestad que Madrid deseaba besarle la

mano, salió a la pieza de las Audiencias, y habiéndose sentado entró la Villa.

Acabada esta unción volvieron a subir a caballo y saliendo del Retiro en la misma forma que antes habían venido, llegaron hasta el Arco, que estaba a la entrada del Prado, donde volvieron a apearse de los caballos y, entrando en una vistosa separación que había dispuesta junto al mismo arco, esperó allí la Villa en forma hasta que llegase Su Majestad para recibirle bajo palio.

Salió Su Majestad del Palacio del Buen Retiro a las tres, y estando ya todo el acompañamiento a caballo, tomó Su Majestad el suyo, al estribo de él iba a pie Don García de Guzmán, como primer caballero.

Al llegar Su Majestad al Arco referido, salió Madrid, e hizo la forma de recibimiento, y tomando los Regidores las Varas del Palio, y el Corregidor uno a uno los cordones; siguió esta función desde el Retiro a la Carrera de san Jerónimo, por las cuatro calles; a la Puerta del Sol, Calle Mayor, Puerta de Guadalajara, la Platería, Plazuela de la Villa, a la Parroquia de Santa Marfa. Llegando a esta iglesia se apeó Su Majestad, haciendo lo mismo los grandes, los Gentileshombres de la Cámara y los Mayordomos y entró a hacer oración a la muy antigua y devota imagen de Nuestra Señora, con el renombre de la Almudena, patrona también de Madrid, en cuya Capilla se cantó el *Te Deum Laudamus*, haciendo de Pontífice el Patriarca de las Indias, Capellán y Limosnero mayor del Rey.

Acabada esta función, volvió Su Majestad a ponerse a caballo, y continuó con todo el acompañamiento hasta Palacio, donde llegó poco antes del anochecer; a la noche se pusieron luminarias así en Palacio como en toda la Villa, festejándose con grande regocijo la celebridad de este día, como se manifestó en las repetidas aclamaciones del Pueblo, que con su alborozo hicieron manifestaciones de su lealtad, y de su consuelo, y por lograrle muchos vinieron no sólo de los lugares circunvecinos, sino también de las Provincias más distantes.

El siguiente día estuvo Su Majestad, y toda la Corte con vestidos de color; y al otro día, habiendo resuelto el Rey ir también a caballo a dar gracias a Nuestra Señora de Atocha, se ejecutó llevando Su Majestad y la Corte vestidos de negro, pero con mucha gala; y en esta unción no concurrieron las Ordenes Militares, sino solamente la Casa Real, los Grandes, los Gentileshombres de Cámara, Mayordomos, Secretarios de Estado, Gentileshombres de la Boca y de la Casa, en cuya forma salió Su Majestad de Palacio a las tres de la tarde.

Las calles estuvieron colgadas hasta la Puerta de Guadalajara, en la misma forma que el día de Entrada, y desde allí por la Plaza Mayor hasta el Hospital General se adornaron con igual lucimiento y puestos en diferentes partes discretos Jeroglíficos y Motes.

Llegó Su Majestad a la Puerta de la iglesia, donde le recibió la Comunidad con Cruz, y Capa de Coro; y entró Su Majestad a la capilla de Nuestra Señora de Atocha, donde se cantó el *Te Deum Laudamus* por la Real Capilla de Su Majestad, habiendo hecho este oficio también el patriarca; acabada la función, entró Su Majestad en el Coche y saliendo del Convento cerca del anochecer, tomaron los pajes las achas, más por la decencia, que por la obscuridad, porque a la luz con que se alumbraron las calles, no se echaba de menos el día; y al entrar Su Majestad en aquel celebrado teatro de la plaza, se vieron arder a un tiempo en sus balcones, que exceden de quinientos, dos achas en cada uno; admiraron la claridad, la correspondencia y la hermosura, acompañando su ardor, cuanto el obsequio pretendió lucir; fue agradable a Su Majestad esta vista. Llegó a Palacio festejado de muy alegres debidas aclamaciones.

En estas tres noches hubo cantidad de fuegos artificiales, y tres Castillos, cuya grandeza y fábrica fue extraordinaria.

Ubilla y Medina. *Sucesión de el Rey D. Phelipe V. Nuestro Señor en la Corona de España; Diario de sus Viajes desde Versalles a Madrid en que se ejecutó para su feliz casamiento; Jornada de Nápoles, a Milán, y a su ejército; sucesos de la campaña y su vuelta a Madrid*, Madrid, Juan García Infanzón, Impresor de Su Majestad en la Santa Cruzada, 1704.

#### CEREMONIAS DE RECIBIMIENTO DE FELIPE V EN LA VILLA Y CORTE: ANÓNIMO

Llegó el feliz y dichoso día en que los católicos y leales pechos españoles logramos nuestros ansiosos deseos de ver restituido a su Corte y triunfante de sus enemigos a nuestro amado y católico monarca don Felipe V, que fue lunes 4 de octubre de este preferente año de 1706 en que nuestra Santa Madre Iglesia celebra la fiesta y triunfo del Abrasado Serafín llagado nuestro Seráfico Padre san Francisco, para que en todo fuese dichoso el día, por serlo de un gran santo y tan amado de Dios, por su profunda humildad y pobreza que merece ocupar la silla, que por su ambición y soberbia perdió el pérfido Lucifer transformándose de hermoso Lucero en Dragón horrible y enemigo declarado del Altísimo.

El domingo antecedente, tres del referido mes y año, por mandato del señor don Alonso de Saavedra y Narvaez, conde de la Jarosa, ilustre Corregidor de Madrid, se publicó a pregones la Real Entrada de Su Majestad en su Corte, ordenando que todo el tránsito que Su Majestad recorrería desde el Real Convento de Nuestra Señora de Atocha, Sagrada Patrona de Madrid, hasta el Real Palacio, se barriese y se adornasen sus calles de ricas y preciosas colgaduras; y que la noche de dicho día cuatro y las dos siguientes hubiese luminarias generales en toda la Corte.

Llegó el día anunciando la aurora su serenidad y belleza que ostentó Febo sus radiantes rayos, sin que hubiese nube en todo el cielo que se pusiese a deslucir sus hermosos resplandores prediciéndolos felices a nuestro sol hispano a la entrada del centro de su Reino, sin que enemigas sombras puedan lograr jamás obscurecer sus luces; previniéronse las calles, tan igualmente majestuosas y ricas, que excedieron a los antiguos triunfos con que Roma ostentaba sus imperiales victorias.

La Real Calle de Atocha, desde el Hospital General hasta la Plaza Mayor, se transformó en una primavera vistosa, matizada de diversas colgaduras, tan ricas como admirables, imitando muy al vivo la gran naturaleza en flores, frutos, plantas, florestas, montes y mares, que en primorosas tapicerías burlaba lo artificioso a lo natural.

A la Puerta principal del Sagrado Templo de Nuestra Señora de Atocha estaban decentemente colocados los retratos de nuestros Católicos Reyes, repitiéndose el mismo obsequio en el Hospital General, y en otras muchas partes del ámbito referido; siendo de igual edificación y gusto los dos retratos augustos que los reverendos padres dominicos del Colegio de Nuestra Señora de Atocha colocaron en la puerta principal y su bendito templo, debajo de un rico dosel, teniendo en medio de los dos el Sagrado Retrato de la esclarecida Reina de Angeles y hombres María Santísima Señora nuestra del rosario, feliz anuncio de la pingüe cosecha de triunfos y victorias, que con tan supremo amparo lograra dichoso nuestro católico Monarca en exaltación de la católica fe, siendo circunstancia no poco reparable que entrase en su Corte al día siguiente de la fiesta de Nuestra Señora del Rosario, que se celebra en triunfo de la naval batalla de Lepanto en la que la Soberana Madre del Amor Hermoso quebrantó el poder del Turco y del infierno, coronando de inestimables glorias a la católica iglesia y exaltando la fe santa hasta los cielos. Siendo observación no menos estimable el haberse publicado en este mismo día de la Real Entrada de Su Majestad en su Corte la insigne victoria que las católicas y cristianísimas armas de ambas coronas han conseguido contra el ejército de príncipe Eugenio de Saboya, para que todo sea triunfos y victorias para nuestro monarca, que, gustoso, ofrece el agradable holocausto al Eterno Dios de los ejércitos.

La gran Plaza Mayor, puerta de Guadalajara, Platería y Calle de Santa María, hasta el Real Palacio, estuvieron tan adornados y vistosos, que si no excedieron, igualaron a la Real Calle de Atocha.

Llegó la tarde que ansiosos esperábamos; y el ilustre Corregidor, vigilantísimo y celoso siempre al mayor obsequio de Su Majestad, mandó regar todo el tránsito de Atocha a Palacio, para que los muchos caballos de la comitiva real no levantasen polvo que pudiese fastidiar ni embarazar la solemnidad de tan célebre día.

A las dos de la tarde, con poca diferencia, llegó Su Majestad al Real convento de Nuestra Señora de Atocha, asistido de grandes títulos y caballeros, y del Regimiento de sus reales Guardias, a tiempo que ya estaba patente el Santísimo Sacramento en el altar de la Capilla de la Reina de los cielos, a cuya puerta le aguardaba vestido de pontifical, con los asistentes que se acostumbra en semejantes actos, todos con ricas capas de oro, el Ilustrísimo señor Don Carlos de Borja, Arzobispo de Trapisonda y dignísimo vicario general de sus reales ejércitos y armadas marítimas y terrestres, y habiendo dado su ilustrísima agua bendita a Su Majestad pasó inmediatamente a tomar el sitial; y su Real Capilla entonó el *Te Deum Laudamus*, que, acabado, prosiguió la salve terminando la Real función con el alabado, uno y otro con celestial melodía; y después de encerrado el Santísimo Sacramento, dio la bendición archiepiscopal su Ilustrísima; con que se finalizó tan debido hacimiento de gracias; asistiendo a todo con achas encendidas los Caballeros Pajes de Su Majestad Católica, que luego tomó su Real carroza para pasar a Palacio, como lo ejecutó con el mismo séquito que arriba queda referido. No es fácil ponderar el inmenso concurso de la Corte en este apetecible cuanto deseado día; ni encontrará palabras equivalentes la más aguda retórica; sólo podrá mi rudeza referir que fueron tan comunes y repetidas las aclamaciones en toda ella a Nuestro Católico Rey, que en calles, balcones y ventanas resonaban sus acentos con cariñosas demostraciones de alegría y lealtad, que se exhalaba fiel de lo íntimo de los corazones a la expresión de los labios.

Entre aplausos y vítores de magnitud robusta de españolas lealtades llegó nuestro invicto monarca a su Real Palacio, cuya gran plaza se miraba ocupada de innumerables gentes de todos los estados, sin desdeñarse de incluirse en el inmenso concurso muchos venerables sacerdotes y no pocos graves religiosos, que igualmente festivos alababan a Dios, viendo tan unidos los corazones a tan justa cuanta debida aclamación.

Estaban formados dos lucidos escuadrones de infantería española y valona, uno enfrente de otro, y en medio de ellos asistió el ilustre Corregidor de Madrid, acompañado de sus dos tenientes y servido de los alguaciles de la Villa, todos en briosos caballos, donde estuvieron hasta que Su Majestad dejó la carroza.

Todos clamaban por ver en el Real balcón a su amado Rey, y estaban como elevados, desojándose por lograr su vista, a cuyo amoroso anhelo correspondió Su Majestad tan benigno como siempre, dejándose ver en cuerpo por espacio de media hora, mirando a todas partes, sin cesar la fervorosa y fidelísima lealtad de sus vasallos que con su real vista prrumpieron en incesantes y tiernísimas aclamaciones que sacaron a los ojos lágrimas de gozo a muchos explicando no pocos sus afectos con



palabras llenas de lealtad y amor diciendo se tendrían por dichosos si llegasen a derramar hasta la última gota de sangre en servicio y defensa de tan heroico y valeroso Rey; y porque los tapices que adornaban el balcón embarazaban ver todo su Real cuerpo, los apartaron los señores que servían a Su Majestad, y su amor paternal se movió gustoso hacia el claro que formaron, y se estuvo a la vista de su amado pueblo, explicando con majestuoso silencio lo mucho que le ama.

Llegó la noche, no dije bien el día; pues sus inmensas y generales luces desterraron las opacas sombras de que la noche se viste; y en ella vimos tan inmensas invenciones de artificiales fuegos, en voladores cohetes, rateras carretillas, árboles, ruedas, abrasados toros y otras fútiles inventivas, que pareció la Corte otra nueva Troya, pero festiva.

Todo pareció poco a la lealtad española, y al ardiente amor que a su Rey tiene, enamorados todos de sus heroicas prendas, innato valor, asombrada prudencia y católico cuanto inimitable de lo que está al mayor servicio de Dios y bien de sus vasallos. El Señor le prospere con repetidos triunfos, y le conceda dichosa y dilatada sucesión con su augusta esposa y nuestra Reina, para bien de la Iglesia Santa y de todos sus dilatados dominios.

*Verdadera relación en que se refiere la feliz entrada que hizo el Rey nuestro señor don Felipe V en su Real Corte de Madrid el lunes 4 de octubre de este preferente año de 1706, el común aplauso con que fue recibido de sus leales vasallos; adorno de las calles y públicos festejos que se ejecutaron, en demostración de alegría, con luminarias generales y artificiales, fuegos y demás circunstancias que verá el curioso.* Con licencia, en Madrid, y por su original, en Sevilla, por Juan de la Puerta, en las siete Revueltas.

#### VIDA COTIDIANA DE LA FAMILIA REAL: CHARLES-LOUIS DE PÖLLNITZ

El Rey y la Reina, sea en Madrid o en el Retiro, viven siempre de la misma manera. Se anuncia que se despiertan un poco tarde. El Rey toma un par de huevos frescos, poco después de tomar chocolate. La Reina no toma chocolate. Después LL. MM. hacían venir al Marqués de Grimaldo, con quien departían sobre asuntos de Estado. Después se levantaban. El P. Daubanton entraba entonces, permanecía una media hora larga departiendo con el Rey. Su Majestad oía después Misa. Al salir de la capilla, el Rey daba audiencia a sus súbditos, o bien al Consejo de Castilla. A veces se ocupaba de su Gabinete, hasta la hora de la cena, que hacía en privado con la Reina. Después de la cena, LL MM. salían juntos a cazar y volvían un poco tarde. Tan pronto como estaban de vuelta, se les servía un almuerzo, que consistía en una perdiz fría o en cosas parecidas.



El Marqués de Grimaldo tenía permiso para participar en estos almuerzos. Cuando terminaban, el Rey daba audiencia en su Gabinete a los Ministros extranjeros o a otras personas distinguidas. Durante estas audiencias, el Rey permanecía habitualmente de pie y sin sombrero; la Reina se mantenía todo este tiempo detrás de un cortina sin alejarse mucho del Rey, desde donde podía oír lo que se decía. Después de estas Audiencias, cuando el Rey tenía ganas de trabajar, llamaba a la Marquesa de Castelar o de Campoflorido; sólo se quedaba allí media hora con el Rey. Su Majestad pasaba después el resto de la tarde con los Infantes, las Damas de Palacio y sus doncellas; a veces jugaban hasta la hora de cenar. El Marqués Scotti, Ministro de Parma, que gozaba del favor del Rey, asistía de ordinario a esta cena para entretener a LL.MM. Nada más levantarse de la mesa se iban a la cama.

Charles Louis de Pöllnitz, *Cartas y Memorias con las observaciones que ha hecho en sus viajes*, Amsterdam, François Changuion, 1737.

#### SEMBLANZA DEL REY Y DE LA FAMILIA REAL: LOUIS DE ROUVRAY, DUQUE DE SAINT-SIMON

*En 1721, el Duque de Saint-Simon fue enviado como embajador extraordinario junto a Felipe V para concertar el doble matrimonio real entre Luis XV y la infanta María Victoria, entre el príncipe de Asturias y Mlle de Montpensier, hija del Regente. Sale de París el 21 de octubre con sus dos hijos, se detiene unos días en Bayona, visita Loyola, Vitoria, Miranda y Burgos y el día 21 llega a Madrid, donde el día 22 se presenta a los reyes de España. El lunes 25 tiene lugar una audiencia solemne en la que pide la mano de la infanta para el Rey de Francia. El 2 de Diciembre se reúne en El Escorial con Mlle de Montpensier. El rey le nombra grande de España. Finalmente, visita Aranjuez.*

*En sus Memorias Louis de Rouvray traza un cuadro de la Corte de España, de sus usos, gobierno, Consejos, ministros, tal como era en el momento de su Embajada. Del capítulo dedicado al «Retrato de las personas reales y cuadro de la vida de la Corte» entresacamos las semblanzas de rey Felipe V y la familia real española.*

El Rey de España tiene un espíritu muy recto, es muy religioso, muy temeroso del diablo y tiene un gran fondo de equidad. La delicadeza de su conciencia no se limita a los escrúpulos ordinarios, sobre todo de la vida corriente, sino que se extiende también a la vida pública y a los deberes de la monarquía, sobre todo por lo que hace a la administración

de la hacienda y las deudas. La confianza que ha depositado en su confesor no se limita sólo a las cuestiones religiosas. Ignorante en grado sumo y completamente entregado a la religión y a la justicia, como la mayoría de los príncipes tímidos y poco perspicaces que no saben distinguir el fondo de la superficie, se entrega servilmente a aquélla. Esta disposición da al confesor, sea quien fuere, y por el solo hecho de serlo, una influencia tan grande, que obscurece todas las demás, incluso a veces la de la misma Reina, que, después de él, es quien tiene mayor ascendencia sobre el Rey.

Buen padre, demasiado buen marido, muy reservado —quizás no siempre con la Reina— y con su confesor, parece no haber olvidado la sangre y el país de donde procede. Casi siempre es complaciente, aunque también se muestre en otras ocasiones obstinado en exceso. Aunque es silencioso, desconfiado, indeciso y reservado hasta la inconveniencia, nunca dice nada a destiempo y muchas veces habla con precisión y dignidad. Pero su reserva, el trabajo que le cuesta resolverse a hablar y el exceso de timidez e indecisión, que llega a extremos incomprensibles, desfigurán a menudo lo que dice, excepto en las audiencias y en las ceremonias solemnes, en las que habla y se conduce con una majestad y corrección sorprendentes.

Infinitamente duro para con los demás, teme mucho a las enfermedades, y sobre todo a la muerte. Cuida en exceso de su salud, de la que es esclavo, sin serlo, sin embargo, de las opiniones de los médicos que gozan de su mayor estima. Ostentoso para con su persona, quiere que la Reina y los Infantes lo sean también. Aunque poco generoso, gusta de las cosas suntuosas, las grandes empresas, las tropas y la guerra. Esclavo de sus costumbres, como los Príncipes de su familia, le conmueven poco los servicios, buenos y malos, y apenas se cuida de recompensar o de castigar.

No conserva ningún retrato de Carlos II, que le llamó para sucederle, y ningún hombre de los que trabajó en el famoso testamento y que luego le han apoyado ha continuado en su puesto. Una educación de hijo menor entre dos hermanos de apariencia impetuosa, ha tenido para él consecuencias negativas.

De los placeres sólo conoce la caza y el matrimonio, y si algo puede abreviar la larga vida que le promete su temperamento nervioso, vigoroso, sano y de buena complexión, será el exceso de comida y de ejercicio del deber conyugal. Insensible a todas las inclemencias (aire, frío y calor), exige a los demás la misma fuerza para soportarlas, incluso a la Reina, aun cuando se halle indispueta, embarazada o convaleciente de un parto.

Le molesta sobremanera que le sobrepasen en algo, lo que le hace ser muy parco en palabras y alejarse de todos los consejos donde se opina. Lo



mismo le sucede con los ejercicios corporales de habilidad o de fuerza, y desde que una vez fue vencido en la carrera por el Duque de Orleans en uno de sus viajes a Madrid, no ha vuelto a correr (según el mismo Rey me ha dicho) ni solo, ni contra alguna otra persona. Le gusta bastante el baile y, aunque encorvado y con no muy airoas piernas, baila como un antiguo bailarín que ha danzado bien en otros tiempos con majestad y dominio de su baile. El baile es el único acto de Corte que le ofrece atractivos.

La Reina de España tiene un cuerpo muy gracioso, y en todo lo que dice y hace pone tal naturalidad y aparente desenvoltura de maneras, que consigue que se olviden los estragos que ha causado la viruela en su rostro y que hacen que sobresalga el encanto de su talento. Su inteligencia sería mayor y más amplia de haberse cultivado con alguna educación y cultura.

Ha adoptado todas las prácticas de devoción de su país de origen y del que habita, sin ninguno de los escrúpulos del Rey, a quien puede achacarse gran parte de su devoción; pero que en cambio no ha podido inspirarle su afición a los jesuitas ni la confianza necesaria con un confesor al que no dice casi nada más que sus pecados. Se muestra altanera, colérica y violenta incluso con el Rey, por genio, que no por falta de habilidad. Su extrema ignorancia sobre las cosas de Gobierno, la hace poco apta para los negocios y duda ante los detalles; desea, no obstante, conocer y tomar parte en todas las decisiones, sin atreverse a demostrarlo demasiado.

Se muestra muy apasionada con su país, sus compatriotas y el señor y la señora de Parme, más por su conveniencia y grandeza que por ternura.

Le preocupa mucho lo que sería de su persona si el Rey, que ha padecido graves enfermedades, llegase a faltar. Le impresiona el estado de la Reina viuda y el de la última Reina madre, pero oculta estos sentimientos con gran cuidado y habilidad. Apasionada por sus hijos, por ternura, razón y acomodo, parece dedicada al Rey hasta el olvido de sí misma. Atenta a complacerle en conversaciones y en detalles de la vida cotidiana, le hace objeto de grandes y continuas alabanzas, de las que nada le distrae un instante. Engaña a menudo haciendo creer de su propio gusto lo que en realidad no lo es tanto, por ser fatigoso, aventurado y enojoso. Podría creerse igualmente que tiene aversión por aquello que más le gusta: el juego, la música (que conoce a la perfección), las fiestas y diversiones de una gran Corte. Para todo ello es perfectamente apta así como para la conversación, que sostiene muy agradablemente, incluso varias a la vez, siempre que se presente la ocasión.

Es buena, compasiva y alegre por naturaleza; por inclinación bromista y muy observadora de las actitudes ridículas, que imita a la perfección. Sus bromas son finas y casi siempre cultas. Adopta a menudo un cierto

aire de modestia y perplejidad y cuida mucho de dirigirse a todos y de conversar con todos cuando lo cree oportuno. Vive con los hijos de la difunta Reina, y se muestra con ellos amistosa prodigándoles cuidados y atenciones muy marcados; con el Príncipe de Asturias guarda miramientos continuos que llegan hasta el respeto.

Habla muy libremente de su aspecto exterior, de sus defectos y de todo aquello que las mujeres suelen temer más. Su conducta no merece ninguna sospecha. Hábil en el tiro a vuelo con bala, monta muy bien a caballo, es atrevida, baila a la perfección y con majestad toda suerte de danzas; está admirablemente formada, es ligera y cuando anda es sumamente graciosa. Es enemiga de toda afectación y disimulo. Está muy por encima del lujo y de la ostentación, a los que, sin embargo, se doblega para complacer al Rey y por respeto a las conveniencias. Detesta los chismes y los enredos, y por ello prefiere el trato de los hombres al de las mujeres.

Al principio alejó cuanto pudo al partido de la Reina difunta y de la señora de los Ursinos, pero esta actitud duró poco tiempo. Ninguna de las damas puede pasar por su favorita y, salvo algunas muestras de impaciencia, las trata a todas bien. Únicamente su nodriza puede llamarse su favorita: a veces llega incluso a hacerle partícipe de sus malos humores, y querer que, a ejemplo suyo, los demás también los soporten. Lo más femenino que tiene la Reina es su amor por los pájaros y los animales, que le divierten sobremanera y que tal vez no le sean muy inútiles en el extremo retiro en que vive. Se parece mucho a la Reina de Inglaterra, viuda de Jaime II, aunque está muy lejos de su grandeza y aspecto señorial.

El Príncipe de Asturias es una miniatura. Esbelto, delgado, fino y delicado, pero sano; tiene hermoso cabello rubio, la cara poco agraciada y se parecerá, con el tiempo, a su abuelo materno, el Rey de Cerdeña. Es hábil para todo; monta bien a caballo, aunque le falta la fuerza. Tira bien, le gusta la caza, los ejercicios y baila maravillosamente toda clase de danzas que aprende enseguida. Si la Reina y él tuvieran que bailar en un teatro, dispararían los precios los días que actuasen. El Rey le quiere mucho, pero sólo se lo demuestra cuando baila. Entonces no le pierde de vista, aunque baile con la Reina, que lo hace mejor, porque es muy delgado y muy débil. Prometía mucho y hubiera sido capaz de aprovechar una buena educación si las cortapisas de la Corte y el natural de sus preceptores se lo hubieran permitido. Quiere y teme al Rey y tiene para la Reina y para sus hijos más atenciones que afecto verdadero, no correspondiendo siempre a sus deferencias. Sorprende su mala educación: a menudo no se inclina ni se descubre cuando se cruza y es saludado por las damas más encopetadas de la Corte. En esto no sigue el ejemplo del



Rey ni de la Reina. Familiar, sin embargo, aunque poco amigo de conversar, ha pasado por muchas manos antes y después de su matrimonio, y está acostumbrado a convivir con hijos de lacayos, que son su compañía y con los que se encuentra muy a gusto.

El infante don Fernando es también hijo de la Reina difunta, y, sin embargo, se parece mucho a la Infanta, aunque es bastante más guapo, y promete bastante en todos los aspectos por su imaginación, vivacidad y respuestas rápidas. Tiene aspecto robusto y vigoroso. Educado con el Príncipe, comen juntos, aunque con diferente preceptor. El afecto y la ternura que se dispensan estos dos hermanos son indecibles, con la diferencia, nunca desmentida, de que el pequeño tiene conciencia de lo que es, mientras que el mayor es muy afectuoso en todo. Ostenta la Orden del Espíritu y la del Toisón, con la Cruz de Malta, porque es Comendador Mayor de Castilla, lo que le proporciona cerca de cien mil escudos de renta.

Louis de Rouvray, Duque de Saint-Simon, *Memorias sobre el reinado de Luis XIV*, Marsella, Jean Mossy. 1788.

## Carlos III

### ELOGIO Y CRÍTICA DE LA MONARQUÍA Y DEL DESPOTISMO ILUSTRADO: FRANCISCO CABARRÚS

*En la segunda mitad del siglo XVIII, la figura del rey Carlos III produjo un amplia literatura panegírica. Los elogios al monarca, género emparentado con el de los sermones fúnebres, oscilan entre la adulación, el enaltecimiento y la alabanza hipérbolica al personaje y a la institución que representa; así deben entenderse los discursos escritos in vita o in morte del monarca por José de Azara (1783), Joaquín Ezquerro (1788), Juan José Heydeck (1789) o Andrés Pérez Bailón (1789). Las dos piezas más representativas del género —el discurso de Jovellanos (1788) y el de Cabarrús (1789)— utilizan no obstante la alabanza genérica a la figura monárquica como instrumento de crítica particularizada. Las palabras pronunciadas por Cabarrús ante la Sociedad Económica de Amigos del País, punto de vista de uno de los extranjeros que mejor resume las ideas ilustradas importadas por los viajeros extranjeros, contienen una alabanza a la obra de Carlos III en la Capital de Reino, de la que el ministro del rey destaca la limpieza y seguridad en las calles, protección de todas las artes y conocimientos útiles mediante la fundación del Gabinete de Historia Natural, el Jardín Botánico y las Escuelas de Química y de Náutica.*



Si Carlos III no hubiera hecho más que prestar su nombre a los sucesos y operaciones de su reinado, si su memoria mereciera borrarse por inútil o funesta, ni la Sociedad interrumpiría hoy la importancia de sus meditaciones para disputar a la adulación aquellos pocos instantes que sobrevive al poder, ni fiaría este ministerio a un individuo, harto conocido en ella por la veracidad de su carácter, y la firmeza de sus principios.

Pero si Carlos III, fundador de este Cuerpo, ha tenido por sus virtudes y carácter la influencia más señalada sobre todos los sucesos de su reinado; si este reinado, el más lleno y el más útil tal vez de cuantos han cabido a la monarquía, ha creado, restaurado, promovido cuanto tenemos, y preparado lo mucho que aún nos falta; la gratitud y la justicia se unen con la utilidad pública para celebrar aquellas virtudes, y señalar tan importante transcendencia.

El elogio de Carlos III es, por consiguiente, la ocupación más digna de la Sociedad, y el empleo más honroso para un orador patriótico y sensible.

He apreciado este honor: procuraré desempeñarle; y sin guardar un orden didáctico en la relación de la vida de Carlos III, presentaré a la Sociedad los hechos más memorables de este Rey, hombre de bien, con todos los atributos de prudencia, de razón y de dignidad, que forman verdadera acepción de tan noble título.

Ha proscrito ya en efecto la Filosofía las funestas distinciones que la adulación inventó entre la moral privada y la moral pública, y ha probado que aquellos delitos de la Política que consiguieron la estólida admiración de la misma humanidad que sacrificaban, no eran más que los recursos mezquinos de la ignorancia y de la debilidad. La felicidad de los súbditos es el grande objeto de toda soberanía, y el fomentar o aprovechar su ignorancia, el satisfacerlos momentáneamente, y lisonjeando sus preocupaciones preparar su desgracia sucesiva, es una verdadera conspiración, tanto menos digna de celebrarse cuanto es más fácil y libre de riesgos.

Tal es, sin embargo, el cuadro que nos presenta la Historia en aquella casa constantemente funesta al género humano, que, no sé porqué fatalidad, inspiró a nuestros padres un entusiasmo del cual aún no acabamos de convalecer; que convirtió en héroes a los Españoles, pero siempre en perjuicio de España; que regó con nuestra sangre los vastos e infelices dominios que poseía, y los que su insaciable y mal combinada ambición la hacia apetecer; que sobresaliendo solamente en la detestable ciencia de forjar cadenas, ató más fuertemente nuestras manos vencedoras que las de los pueblos que les vencimos; y que, finalmente, cubrió con laureles estériles y escasos el abismo a que arrastraba la nación entera, si la



augusta familia del Borbón no la hubiera detenido a la orilla del precipicio y salvado algunas ruinas de su antiguo poder.

Esta familia fecunda en héroes, y en la que la bondad y sanas intenciones parecen hereditarias, había producido en el mismo siglo aquel Enrique nunca bastantemente celebrado, que fue el conquistador y el amigo de sus pueblos; aquel Luis a quien la adversidad confirmó injustamente el nombre de grande que le había anticipado la lisonja; y aquel Felipe que, criado a su sombra, había de restaurar a España, y que tal vez los hubiera excedido, si las turbaciones y los obstáculos de toda especie que le sitiaron durante su reinado no hubieran frustrado la mayor parte de sus esfuerzos.

En medio de estas dificultades España moribunda en el primer año de ese siglo resiste los estragos de una guerra civil; conserva casi la integridad de sus dominios; tremola poco después sus banderas victoriosas en Cerdeña y Sicilia; y las luces rayan en medio del estrépito de las armas.

En esta misma época nacía y se criaba Carlos: Carlos que la Providencia destinaba a adelantar la grande obra empezada por su padre.

No hablaré de su educación. ¡Ah! si la de las clases subalternas es tan imperfecta en casi todas las constituciones modernas, ¿qué ha de ser la de los príncipes? Celebremos que, mientras no exista un Fenelon<sup>1</sup>, esta educación sea negativa, y que su situación que aleja las principales y más importantes verdades, aleje también la vanas e impertinentes doctrinas que alteran la rectitud de razón que los hombres reciben generalmente de la naturaleza. La religión basta para formar su corazón; y si los príncipes abusan personalmente de su autoridad menos que muchos depositarios de ella, por la saludable desconfianza es sin duda que les inspira su educación.

La de Carlos III fue propiamente vencer y reinar, y la Providencia para completar el don que nos reservaba, quiso que antes de gobernar una monarquía tan vasta, se ensayase, digámoslo así, en otra más reducida, pero no menos difícil de regir.

Nápoles y Sicilia, que por tantos títulos interesarán siempre al político, al erudito y al artista: aquellas deliciosas regiones en que la naturaleza de por sí tan magnífica, y adornada sucesivamente por las artes de Grecia y Roma, ha resistido a dos mil años de revoluciones sangrientas; Nápoles y Sicilia fueron el patrimonio que la justicia señalaba a Carlos. La victoria se la adjudicó, sus virtudes se la aseguraron; y aquella Corona que había pasado tan rápidamente por las sienas de tantos príncipes, se fijó en las suyas y en las de su posteridad por aquel predominio irresistible que tienen la virtud, la justicia, la afabilidad y todas aquellas prendas que ganan los corazones.



Príncipes, en ellos está el verdadero cimiento de vuestro poder. La fuerza que levanta los tronos, los destruye con mudar de mano. Casi todos los hombres conocen la necesidad de un gobierno político, y prefieren justamente para la suprema magistratura algunos nombres que una larga tradición les ha acostumbrado a respetar a otros menos esclarecidos; pero al cabo prevalece la voz de la naturaleza que les grita, que sólo merece gobernarlos aquel que los hace más felices.

Este derecho, el más sagrado de todos, fue el que adquirió Carlos III, que supo inspirar el entusiasmo del amor y de la gratitud a naciones, que sólo habían conocido por muchos siglos el delirio de la sedición y de la anarquía.

Tal es, en compendio, el reinado de Carlos III en Nápoles. Poco me interesan los campos de Bitonto y Veletri. Exciten en hora buena la admiración el descubrimiento de dos ciudades sepultadas, y el mayor beneficio que hayan recibido tal vez las artes de ningún otro príncipe, con la recolección y publicación de los tesoros que encerraban. Pero cuando me represento a Carlos llamado a esta corona, después de depositar aquélla en un segundo hijo, ocultando en cuanto era posible el día de su partida, para sustraerse a un pueblo inmenso que en la expansión de su ternura quisiera embarazarla; cuando veo aquel pueblo entregarse a las expresiones del dolor más puro, y mezclar entre sollozos y lágrimas los más tiernos deseos por la vida y prosperidad del monarca que le deja; cuando le veo seguir desde la orilla con la vista y el corazón la escuadra fugitiva que a su parecer le arrebató toda su felicidad; cuando me represento esta escena patética, este verdadero triunfo de la virtud de Carlos; no necesito registrar las crónicas de Nápoles para saber cómo la gobernó. El amor de los pueblos es el único testigo que oye la posteridad cuando juzga a los reyes.

¡Cual fue entonces el gozo de España! ¿Cuáles sus esperanzas y ardientes votos por la familia augusta que esperaba?

La pérdida de una esposa querida, y una funesta enfermedad, habían inutilizado los dos últimos años del virtuoso Fernando; la administración pública entorpecida con el retiro de Ensenada se hallaba últimamente casi del todo suspensa. En estas circunstancias llega Carlos precedido de su fama, y rodeado de una familia amable, que promete a la nación sucesión de príncipes criados en su seno, y que la conozcan para apreciarla y quererla.

Un nuevo reinado es para las monarquías lo mismo que la aurora para la naturaleza: parece que entonces rejuvenecen y toman nueva vida. La imaginación hermosea aún más este crepúsculo de felicidad, abriendo campo inmenso a las esperanzas. El común de los hombres, sin contar con la posibilidad de males que no prevé o que ha olvidado, tiene por

mayores los que acaba de parecer; o entonces un justo resentimiento aprovecha aquel instante de libertad, para señalar al nuevo príncipe los instrumentos odiosos, a los cuales se imputan; o lo que es mas común, la ambición y la envidia usurpan la voz del patriotismo, y condenan sin distinción todas las manos que ven empleadas en el timón público.

Estas pasiones se agitarán en vano para alcanzar a la grande alma de Carlos III, igualmente distante de aquella apatía que deja envejecer los abusos y no remedia nada, como de aquella turbulencia que trastorna y confunde sin mejorar. Atiende al cargo más importante del Estado, confiando el Ministerio de Hacienda a un hombre que tenía experimentado en igual destino en Nápoles, y que por muchos frutos que aún gozamos justificó aquella elección.

Premia al mismo tiempo con un destino honroso al buen patriota, que habiendo admitido este empleo por mera obediencia, le había mantenido como en depósito; conserva todos los demás ministros, tomándose tiempo para estudiarlos, y distinguir entre las justas reclamaciones del bien público, los rumores de la intriga y de la malignidad.

En todo el vigor de su edad, auxiliado por una esposa insigne, y que no habiendo en algún modo hecho más que pasar, ha dejado una memoria eterna de su virtud y de la entereza de su alma, Carlos tiende la vista por todos los ramos de la administración pública, y desde luego los vivifica.

El reinado pacífico de Fernando amontonó un tesoro crecido, que la suspensión de los establecimientos útiles en que le empleaba Ensenada, había aumentado fuera de toda proporción.

Mientras el vulgo, que confunde las riquezas con los signos que las representan, se embelesa en la contemplación de una masa estéril de numerario, Carlos intenta restituirla a la circulación por muchos conductos útiles.

Pero si la política le sugiere tan conducente inversión, su virtud le hace subir al origen de este tesoro. Le ve nacer con la llegada de las rentas de Indias, detenidas en algunos años de guerra, y recibidas con la paz, y con haberse suspendido el pago de las deudas que debían satisfacer aún en la insensata asimilación de la corona con un mayorazgo particular. Desde entonces le parece que oye gemir la sombra de su augusto padre; su grande alma se indigna; su alma, santuario de la más incorruptible probidad, y que conservaba aún aquella sensibilidad escrupulosa de honor que caracterizaba a la antigua caballería, quiere que la justicia preceda a la beneficencia; y como todos los buenos principios se hermanan y se unen, así el decreto que anuncia a millares de familias la restitución de su propiedad, empieza a restaurar el crédito de la corona, y pone en movimiento los caudales que necesitaban la industria y el comercio.



Pudo sin duda, y debió combinarse mejor esta operación, que redujo a la mitad el importe de las deudas de Felipe V; pero la posteridad, que imputa la insuficiencia de los medios a quien debe combinarlos y sugerirlos, no desconoce la magnánima resolución del Monarca, que no cesó en todo su reinado de procurar que se completase.

La Capital de Reino merece la especial atención de Carlos: sabe que estos emporios del poder, de las luces y del lujo de los estados, tienen la mayor influencia en las provincias, y que las reformas más útiles deben empezar por ellos, ya porque la imitación las propaga más presto, ya porque se ejecutan mejor a vista de la autoridad soberana.

La salubridad del aire, la limpieza y seguridad de las calles... Pero, ¿quien creerá que este noble empeño produjo las más vivas quejas; que se conmovió el vulgo de todas clases; y que tuvo varias autoridades a su favor la extraña doctrina de que los vapores melfíticos eran un correctivo saludable de la rigidez del clima?

Excita, sin duda, nuestra indignación este delirio de una generación que ya casi no existe: pero, ¿cuántos errores nuestros, igualmente dirigidos a contrarrestar las verdades útiles que debíamos adoptar, producirán el mismo efecto en nuestros descendientes? Extrañamos que las sociedades políticas se hallen tan retrasadas y tan distantes de la perfección de que son susceptibles; nos quejamos de los que gobiernan; pero considérese la ignorancia y la ingratitude con que pagamos el bien que proyectan, y sólo nos sorprenderá que algunos entes privilegiados no desmayen todavía en sus benéficos intentos.

Carlos III había recibido de la naturaleza un alma inaccesible a todas las seducciones: ni la ambición, ni un falso pundonor le animaban; las grandes relaciones de la justicia y del bien público le eran geniales. La contemplación continua de la grandiosidad y orden que el autor de la naturaleza puso en sus obras le sugería, durante aquellas horas dedicadas al parecer a una inocente diversión y que no pocas veces convertía en meditaciones profundas, todas las aplicaciones posibles al cuerpo político que había de gobernar. Sin esperanza de premio humano, proseguía con tesón su carrera benéfica, y sólo mezclaba a esta constancia la solícita ternura de un padre que se proporciona a la corta inteligencia de sus hijos, que gradúa la instrucción que les da así como el bien que les hace, que fía del tiempo y de la experiencia progresos más decisivos; y que prefiere a todo riesgo el no completar su felicidad por no hacérsela comprar con demasiadas lágrimas y repugnancia.

Este carácter de Carlos III, efecto de una sabia observación aún más que de su temperamento, explica todas las providencias de su reinado, y justifica la especie de preocupación con que parece quiso siempre con-

tentar a sus vasallos al mismo tiempo que los beneficiaba, y curarlos de algunas preocupaciones sin chocarlas demasiado.

Una de las más envejecidas era la tasa de los granos. Esta ley, digna de un conquistador que quiere mantener su ejército a costa de los vencidos, había resistido a las reclamaciones de todos los ciudadanos sensatos.

La satisfacción del vecino de las ciudades había ahogado los gemidos del infeliz agricultor, y los grandes propietarios cuidaban poco de los perjuicios de una ley que les era fácil eludir.

Resonaba entonces en el supremo senado de la nación la voz de aquel Magistrado patriota que hoy le preside, y que, desde entonces, no ha dejado un sólo día de ser útil.

La razón y la verdad triunfan en el Senado que propone la libre circulación de los granos: el Rey la aprueba, la manda, y lo que es más, la sostiene y la defiende por veinte y cuatro años consecutivos contra las reclamaciones abiertas, las sugerencias clandestinas y los artificios que suele emplear la falange numerosa que todavía pelea por el error.

Combina Carlos III esta entereza con la compasión que merece la ignorancia, y para que ésta no calumnie la ley del libre comercio de granos, imputándola los efectos naturales de dos años de escasez que sobrevinieron a ella, invierte una porción crecida de su Real Hacienda, esto es, del erario general de la Monarquía en el alivio particular de la Capital.

Lejos, lejos de mí la funesta conmemoración de la siniestra recompensa que tuvieron los cuidados paternos de Carlos III y su benéfica solícitud. El Reino estaba ya lleno de monumentos de su ilustración y de su magnificencia: al aseo y adorno de la Corte habían acompañado caminos magníficos que conducían a los sitios Reales, y favorecían los transportes precisos; el libre comercio de granos animando al agricultor debía multiplicar los frutos de primera necesidad; la libertad dada al comercio de las Islas de Barlovento iba a causar el mismo efecto en los que son de comodidad; el establecimiento de paquebotes conspiraba a facilitar una comunicación íntima entre las partes más remotas de un grande imperio; el ejército había resucitado; la marina se aumentaba; las ciencias y las artes recibían cada día pruebas distinguidas de la protección del monarca... No bastó, es cierto, este cúmulo de beneficios públicos a preservar a Carlos III de los tristes excesos de la seducción y de la credulidad; pero su virtud, siempre respetada, nunca se desmiente; deprecia los consejos sanguinarios de los que confunden con el error del vulgo digno de lástima, las delinquentes sugerencias de los que abusan de su sencillez, y prefiere la clemencia a una ostentación tan fácil, pero tan cruel, del poder.



No opone más armas al desprecio de las leyes que las leyes mismas, y aumenta la majestad de su santuario, poniendo al frente del Senado un hombre que la voz pública le ha señalado; que ha sabido servir con igual celo muchos empleos, y dejarlos cuando se vió imposibilitado a practicar en ellos el bien que su conciencia le sugería; y que el arte difícil de conciliar el amor y respeto del pueblo, reúne toda la vigilancia necesaria para descubrir las pasiones capaces de inquietarle.

Después de depositar la principal autoridad de las leyes en tan dignas manos, Carlos III, que no ignora lo que influye en su ejercicio el ministerio encargado de invocarlas, asocia al promotor del libre comercio de granos otro magistrado no menos recomendable, que a los principios de su carrera dio las esperanzas que ha sabido justificar tan bien después, y cuya vida desde aquella época llega a ser parte principal de nuestra historia.

Estos tres hombres insignes, unidos por el mismo celo y por los mismos principios, restituyen en un instante al Senado de la nación su antigua dignidad. El restablecimiento del orden en la capital y las provincias, no les basta: policía, administración pública y municipal, educación, industria, obras públicas, destrucción de errores, propagación de las luces y conocimientos útiles, nada se oculta a su infatigable investigación.

Seamos justos, Señores, y enmudezcan la envidia y las pequeñas pasiones cuando se trata de hablar el lenguaje de la posteridad. ¿Se borrarán jamás de la memoria de la nación aquellos días de gloria para el Consejo, en que hizo más de lo que había hecho en un siglo, y en que, transformado de algún modo por Carlos III y los tres cooperadores que supo elegir, dio los pasos más decisivos para la prosperidad nacional?.

Excita la vigilancia del gobierno la superstición, ese enemigo cruel del género humano, y que parece haber nacido con él, la superstición que sigue las huellas de la religión para ultrajarla, como aquellas plantas parásitas que se crían a la sombra del árbol útil y pomposo para enlazarle y destruirle; la superstición en fin contra la cual deben dirigirse siempre en cualquiera conmoción las primeras investigaciones del hombre público.

Una orden famosa, fundada por el celo, pervertida desde su primer siglo por la política, se había apoderado de todos los estados: dirigiendo las primeras impresiones por la educación, fortificándolas en el confesionario y en el púlpito, reunía en sí todas las jerarquías, todos los talentos y todos los medios de celebridad, y regía simultáneamente la conciencia de los reyes, y reinaba en la de los pueblos. Postrada en Roma a los pies del jefe mas despótico, dominaba en el Paraguay, predicaba por el Japón, enseñaba las ciencias en la China, comerciaba en el Indostán; y habiendo

llenado el mundo entero de su nombre y de su gloria, dividía la Europa en opiniones.

Exaltada o calumniada sin medida por el fanatismo de sus parciales, o por el de sus contrarios, no había sido aún apreciada por los filósofos, cuyo juicio sobrevive al furor de los partidos; pero había llegado últimamente a ser formidable a los soberanos mismos por sus intrigas y riquezas.

Distintas ocasiones habían producido iguales efectos en Portugal y Francia. Carlos III, incapaz de gobernarse por meros ejemplos en causa tan delicada, encarga su examen a ministros de su especial confianza: se entera personalmente y providencia la proscripción entera de la orden.

El acierto de la ejecución que correspondió al pulso y prudencia con que se había deliberado esta providencia importante, pasará a la última posteridad.

Pero Carlos III conoce que los paliativos y las reformas no sirven en materia de superstición o de fanatismo, y que es menester desarraigarlos enteramente, o temer siempre que se reproduzcan con nueva fuerza.

Este justo conocimiento le hace solicitar años enteros la extinción absoluta de la orden que había expelido de sus estados, y dedicar a esta misión importante el único hombre, capaz tal vez de desempeñarla.

Si Carlos III siguió en esta providencia lo que exigían la justicia y la tranquilidad pública, no desatendió la voz de su corazón que le clamaba que aquellos prosritos eran hijos y vasallos suyos: que muchos habían sido útiles al estado por sus talentos y sus virtudes; que los más no estaban iniciados en la funesta política que se imputaba al cuerpo; y que habiendo tomado todos esta profesión sobre la fe del estado que la autorizaba, tenían un derecho incontestable a su manutención.

Esta se asegura con generosidad, y en el resto de su reinado ha sabido premiar Carlos III a muchos individuos ilustres, por la misma mano que había consumado la destrucción de la orden.

Así es que al paso que confundía la superstición, restauraba la antigua disciplina de la Iglesia, y se manifestaba su más celoso hijo, atendiendo a lo que pide la ilustración general del Reino, sin alterar las precauciones dirigidas a conservar ileso el santo depósito de la fe.

Protege las demás órdenes religiosas, pero quiere que penetrándose bien del verdadero espíritu del Evangelio, arreglen su enseñanza y su moral a la obediencia que deben al soberano, a las leyes y a sus ministros.

Contribuye generosamente a la reedificación de los templos y a la dignidad del culto, mientras protege las propiedades de las familias contra las ilusiones de un celo indiscreto.

Reprime los atentados de la Curia Romana contra su autoridad y la de un príncipe de su sangre, al paso que lleno de veneración por el Jefe de la Iglesia, hace respetar los justos derechos que le corresponden.

En fin, este sabio Príncipe, midiendo siempre con exactitud la línea que divide en estas materias arduas la justicia del exceso, concilia las obligaciones del cristiano fervoroso y sumiso con las del Rey magnánimo e ilustrado.

Este estudio, tan difícil no interrumpe la serie de proyectos benéficos que ha de llenar su reinado.

La Acequia Imperial empezada por Carlos V en Aragón se emprende de nuevo. Ni la grandiosidad, ni la duración, ni el coste, ni las equivocaciones que padece este proyecto en sus principios, son capaces de entibiarse. Carlos III calcula su influencia y su utilidad: confía la dirección absoluta de este proyecto a uno de aquellos hombres nacidos para triunfar de las dificultades por su gran carácter; y ve ya el premio de sus afanes en los progresos que ha tenido desde tan acertada elección.

Conociendo la inutilidad de este canal en cuanto aumente los frutos sino aumenta el despacho de ellos, se ocupa en asegurar la navegación del Ebro en todos tiempos por medio del canal de Tortosa; proyecto malogrado sin duda, pero señalado y encomendado como otros muchos a la posteridad.

Además de estos fomentos indirectos, pero tal vez los más decisivos a favor de la agricultura, la extiende con la creación de una provincia. Hablo de aquellas colonias, monumento del poder, de la beneficencia y del celo de Carlos III, no menos que de la tenaz e indiscreta oposición que encuentra todavía entre nosotros toda empresa útil.

No usuraré las funciones del historiador, refiriendo menudamente todas las concesiones y franquicias dispensadas a la industria. ¡Ah! si ésta no florece ¿se podrá sin injusticia atribuir su atraso a Carlos III? ¿Y qué monarca ha hecho a su favor mayores ni mas continuados esfuerzos? Interpelo hoy a sus ministros y a las personas que le eran más inmediatas: ¿habrá resistido, habrá detenido voluntariamente una sola proposición que tuviese la apariencia de conducente al bien de sus reinos? ¿El malogro de las muchas que había adoptado acaso le cansó o le entibió para no admitir otras? No Señores: si la industria no ha florecido tanto como se podría presumir, y como parece que lo exige el estado de las demás naciones de Europa, es, digámoslo abiertamente, porque nuestro sistema es esencialmente malo: porque su combinación exige que se junten a una teoría muy sencilla muchos conocimientos particulares y muchas observaciones, que los soberanos no pueden tener ni formar; y porque este sistema, que fue inaccesible al gran Federico en una monarquía mucho más reducida, será siempre un efecto del progreso de las luces generales de la nación.

¿Y qué pudo hacer de más decisivo Carlos III para acelerar este progreso, que fundar estos cuerpos patrióticos en todo el reino, para



estudiar y propagar los buenos principios, y auxiliar al gobierno por medio del ascendiente de la opinión general?

Empecemos por convenir en estos principios importantes: fijémonos en un corto número de verdades elementales: repitamos continuamente que un país adquiere siempre toda la industria que es capaz de tener, como no haya obstáculos que contrarresten su energía espontánea; que estos obstáculos vienen de la naturaleza, de la legislación o de la opinión; que los de la naturaleza se dirimen con abrir comunicaciones; los de la legislación con destruir prohibiciones absurdas, derechos excesivos o ilusorios, trabas o arbitrios exterminadores; y que sin más acción ni dispendio por parte del gobierno, brotará la industria por sí misma, siempre que circulen libremente las luces que han de triunfar de los obstáculos de opinión.

Substituyamos esta sólida doctrina a nuestra manía pueril de multiplicar establecimientos efímeros, y a todos estos errores que acariciamos aún con predilección; y entonces, entonces al considerar la posteridad las prodigiosas influencias de las Sociedades patrióticas, conocerá la extensión de miras que tuvo su augusto fundador.

Mientras se verifica esta época tan apetecible, y que columbramos aún a distancia harto remota, ¿que protección no ha logrado de Carlos III, principalmente en los últimos días de su reinado, la comunicación de las luces?

Al paso que prohíbe con la mayor severidad aquellos escritos escandalosos, destructores de toda moral, que la razón sola debería proscribir, y que aquellas sátiras anónimas en que la cobardía compite con la insolencia, para profanar la más noble de las artes y asesinar impunemente el honor y la reputación ajena; alienta al ciudadano generoso que, prescindiendo de personalidades, se atreve a estampar en su nombre verdades útiles aunque amargas; que con todo conocimiento corre el riesgo consiguiente a su noble franqueza; y que fiado en sus fuerzas y en la santidad de la causa que defiende, se arroja intrépidamente a la palestra desigual en que le esperan el error y las preocupaciones.

Pero ¿cuánto este beneficio de Carlos III cuyos efectos son incalculables no interesará también la gloria del Ministro que excitó su protección, y extendió los límites demasiado severos que contenían la libertad de imprimir?

Sí, Excmo Señor<sup>2</sup>, permita V.E. que en este día en que me considero intérprete de la Sociedad y de todos los buenos ciudadanos, le dé públicamente gracias por la parte que ha tenido en tan importante beneficio. Prosigua V.E. y cuente con la gloria que le espera. Esta gloria sobrevivirá a su autoridad; hará resaltar las grandes y útiles operaciones de su ministerio; borrará cualquiera equivocación; y el sufragio unánime de los



hombres que piensan, y no prostituyen la alabanza tendrá sin duda alguna crédito en la posteridad. No desmaye V.E. por la contradicción o las murmuraciones, ni por el abuso mismo de esta libertad. Es imposible a V.E. hacer felices a todos los individuos de la nación, pero está en su mano que todos se instruyan de los medios de serlo y los adopten: los delitos nacen del error, y la autoridad legítima se afirma más con la propagación de las luces.

Pero si Carlos III desempeña tan bien estas funciones agradables, digámoslo así, de un Rey, capaces de consolarle de los cuidados de la corona; atiende con más escrupulosidad a las obligaciones graves y austeras que le impone tan alta dignidad.

Las viudas y los huérfanos de los ilustres defensores de la patria, de los ministros de las leyes o de la administración política excitan su atención: sabe que los más de ellos, colocados por el Estado como otras tantas centinelas, no pueden abandonar su puesto, ni distraerse sin delito al cuidado de una fortuna que asegure el bienestar de sus familias; infiere de este principio la justicia que hay en que el Estado supla por su parte esta imprevisión forzosa: un establecimiento útil, pero fecundo en imitaciones indiscretas, se dedica a este objeto, y arranca millares de familias al oprobio y a la indigencia.

Quitada de este modo unas de las mayores disculpas de la relajación de las costumbres, Carlos castiga con inexorable severidad todos los excesos públicos, pero sin profanar el sagrado de las casas con una indecente y tiránica curiosidad, deja a los magistrados el cuidado de reprimir los escándalos, y de denunciarle los que exigen su soberana interposición. *¿Por qué me lo habéis dicho? Yo he de cumplir con la obligación de Rey*, respondía a algunos que le pedían la moderación del castigo por un leve desorden, de que le habían instruido, y que hubiera podido ignorar.

Este espíritu de orden y de método que dictaba todas sus providencias así como todas sus acciones, y que le hacía querer que cada uno estuviese en su puesto y desempeñase sus funciones, le ayudaba a distinguir con una sagacidad admirable lo que convenía a su dignidad, de lo que hubiera hecho sin ella.

Penetrado de la imposibilidad de conocer por sí mismo el mérito de los candidatos, y creyéndose condenado a la triste necesidad de equivocarse sus elecciones, defería al orden de antigüedad que le parecía la medida menos incierta del mérito, pues a lo menos supone la experiencia o la opinión de las personas en las cuales había depositado su confianza.

El mismo principio y la dificultad de atinar con un justo medio, le hacía preferir entre dos extremos opuestos el de mantener en sus empleos



a las personas que había escogido sin que este sistema alterase el tino exquisito con que las apreciaba, juzgaba y comparaba.

Ofendería las virtudes de Carlos III con dilatarme sobre el sumo respeto que tenía a las leyes esta emanación de la razón divina, y el vínculo más estrecho del orden social. Jamás alteró ni interrumpió su ejercicio aun en las causas que podían interesar su fisco; quería que se decidiesen con la misma imparcialidad que las que le eran indiferentes; y habiéndole consultado pocos años ha un tribunal cierta transacción, le recordó las obligaciones de su ministerio con este decreto lleno de entereza y de dignidad: *su oficio, decía, es aclarar derechos, y no proponer composiciones: sé perdonar los míos, y no quiero que nadie me perdone el suyo.*

Sin duda en otro siglo en que la enumeración de conquistas, de hazañas sangrientas, y de revoluciones prodigiosas, tenían el derecho exclusivo de excitar la admiración, poco interesaría el cuadro que acabo de formar de las virtudes y tareas pacíficas de Carlos III.

Pero si estas tareas son precisamente las que o han labrado o preparado nuestra felicidad, ¿interrumpiré acaso la serie de ellas para hablar de la conquista de santa Catalina, de la colonia del Sacramento, de la recuperación de Mahón y Panzacola, y de la paz gloriosa que indemnizó a España de las pérdidas de la guerra anterior, y del malogro de la expedición de Argel?

¿Y qué nos importa esta vicisitud de sucesos prósperos y adversos que nunca se compensan exactamente, y cuya resulta es siempre funesta a las naciones? ¡Ah! no olvidemos nunca que la guerra es el manantial de todos los males que nos oprimen; que ella fue la que dio lugar a la destructora alcabala; que fue obra suya la enajenación de los empleos municipales, primero y funesto golpe dado a nuestra antigua constitución, y que los derechos mas impolíticos con las trabas inventadas para asegurarlos, la despoblación y la ruina de las artes han nacido de la guerra; conozcamos de una vez que el decantado equilibrio de Europa, esta chimenea antigua, y la balanza del comercio que le hemos asociado más modernamente no piden más que la restitución de las naciones a la razón, y su aplicación a los medios que la Providencia ha franqueado a todas para ser felices, como no quieran serlo exclusivamente.

Pero si Carlos III, penetrado de estas verdades, no pudo evitar la última guerra, no es poco singular el pulso con que procedió en los medios de sostenerla.

No contento con asegurar la exactitud en todos los pagos sin desatender los objetos de beneficencia pública, compensa el corto acrecentamiento de tributos que fue necesario imponer, permitiendo varios arbitrios a los pueblos, que al paso que disminuyen aquel gravamen les preparan para lo sucesivo mayores conveniencias. Apenas las hostilidades cesan cuan-

do cesa con la mayor puntualidad el nuevo tributo, y los pueblos enterne- cidos comprenden que la probidad personal del monarca es el garante más seguro de que son susceptibles las monarquías.

Esta probidad llega a ser el resorte político de la Europa: todas las Cortes, penetradas de respeto a sus virtudes, le buscan por árbitro y mediador. Nuestro Gabinete, sin más política que la honradez y la buena fe, goza en todas partes de una consideración desconocida: la palabra de Carlos encadena las potencias Berberiscas, y sustituye una paz profunda y universal para sus vasallos a doscientos años de guerras incómodas, y tan contrarias a la humanidad como a la verdadera religión.

La parte que me ha tocado en la restauración del crédito nacional con la formación de vales reales, del Banco y de la Compañía de Filipinas, me prohíbe extenderme sobre estos establecimientos importantes, creados en aquella época misma por Carlos III, y protegidos sucesivamente con aquella constancia que siempre caracterizó en él la opinión que formaba la justicia de sus determinaciones; pero permítaseme enumerarlas aquí, y dejar al tiempo el juicio de su influencia en la prosperidad pública.

Mas ¿cómo podré omitir aquella victoria tan señalada que sólo Carlos III pudo hacer conseguir a la nación de un corto número de monopolistas, que dividiendo entre sí de dos siglos a esta parte los despojos de las provincias de América y de Europa, las defendían como un patrimonio suyo, y no perdonaban medio alguno para conservarle?

Este gran paso, el mayor de los que ha dado Carlos III, atendidos los obstáculos que tuvo que vencer, pinta mejor que ningún otro su consumada experiencia.

Abrió en 1764 el comercio de las Islas, y vió calificada esta providencia por los más saludables efectos. Catorce años después, y cuando todos los ánimos debían ya estar convencidos y uniformes en una opinión fundada en demostraciones palpables, abre los puertos del Perú y de Nueva-España; procediendo en una y otra providencia con restricciones y modificaciones que al parecer inutilizaban el objeto.

Pero ¿qué clamores, qué oposiciones no han justificado las precauciones de Carlos? ¿Qué mezcla de vaticinios melancólicos, de fábulas, de argumentos ridículos no ha atestiguado cuanto conocía el Rey la lentitud con que se nos debía restituir la libertad más justa? Contento con abrir la senda, Carlos III ha señalado el fin, y preparado la providencia con que el heredero de su corona y de sus virtudes la ha extendido desde los primeros instantes de su reinado, dejándonos la esperanza de verle contemplar enteramente tan importante beneficio.

Estas sin duda han sido las instrucciones que debió el augusto padre, que quiso añadir a las lecciones continuas del ejemplo las que le sugería en el despacho la ocurrencia de los negocios de una vasta monarquía.



Señalado el carácter de Carlos III, es inútil expresar que tan excelente Rey fue buen hijo, buen padre, y que poseyó en supremo grado todos aquellos afectos que ennoblecen la humanidad y la consuelan.

¡Oh, qué caro le costaron estos afectos de padre tierno y sensible! Si a veces le hicieron gozar en el aumento de su familia, en el amor extremado y la sumisión de sus hijos la más dulce recompensa, ¡ah, cómo le afligió la Providencia por esta parte tan delicada!

El golpe cruel que recibió con la muerte del primer Infante, de aquel nieto que parecía haberse librado ya de los riesgos de la niñez, se repite tres veces, y hace lugar al espectáculo más horroroso y más digno de compasión. ¡Oh días aciagos! ¡Días de llanto y de dolor! ¡Cuándo vimos casi de repente abrirse el sepulcro cada quince días y desaparecer en él sucesivamente el hijo, su esposa y el tierno infante, último fruto de su unión! ¡Cuándo temimos que el mismo contagio cundiese al resto de la familia Real, y nos arrebatase vidas aún más preciosas! ¡Cuando la vimos sumergida en el luto, y en la consternación!

¿Quién de nosotros no puso su primera atención en el infeliz y magnánimo anciano, en el padre de los Reyes, del Estado y de nosotros? ¿Quién no estudiaba las impresiones del dolor en aquel semblante que infundía una veneración irresistible? ¿Quién no temía sus efectos?

Nuestros pensamientos se verifican: Carlos III, apoyado en la religión, se somete con un heroísmo cristiano a los decretos de la Providencia; pero es hombre, y padre sensible y tierno: su salud, ya agobiada por la edad y la estación, no resiste tan crueles heridas, si bien no consiente que su dolor le distraiga de ninguna de sus obligaciones.

La noticia de su enfermedad es el anuncio de su muerte. Este triste y general convencimiento resiste a cuantas esperanzas lisonjeras se esparcen, y desconfiados de conservarle fijamos nuestra vista sobre los últimos instantes de una vida tan llena de virtudes, tan metódica, tan digna de eterna memoria.

Nada desmiente nuestra admiración: la misma serenidad, la misma verdadera grandeza; se ha sometido a los socorros del arte, sin esperar nada de ellos, porque ha querido desempeñar esta obligación como todas las demás: satisface a las de cristiano con el fervor, pero, con la simplicidad y solidez que han caracterizado su devoción, no descuida las de Rey, ni las de padre, y con las riendas del gobierno en la mano proveyendo y previniendo todo, espira tranquilamente como un patriarca, un justo, un verdadero filósofo, consolándose con sus intenciones, con su conciencia que nada le reproduce, y con la íntima persuasión de haber llenado lo mejor que le ha sido posible el papel que le ha tocado.

Pero no Señores: Carlos III no ha muerto del todo para España; vive en los muchos y grandes monumentos que nos ha dejado de su amor; vive



en nuestros corazones; vive sobre todo en su augusto hijo. ¡Ah, sin duda desde la mansión de la felicidad eterna le inspira incesantemente, y le repite las excelentes advertencias que le daba cuando le formó en el arte de reinar!

Mira, hijo mió, le dice, mira veinte millones de hombres que desde las cuatro partes del mundo tienen puestos los ojos en ti, y tienden los brazos hacia tu trono pidiéndote que los hagas felices. Esta es justicia por su parte; es por la tuya la deuda más sagrada que debes desempeñar; tienes más proporciones que yo para llenar sus esperanzas. El cielo te ha concedido un amigo y un consejo incorruptible en la esposa que te dió: la elevación de su entendimiento y sus talentos naturales se han perfeccionado con una educación exquisita: ¡ah si hubieras visto palpitar a la noticia del menor riesgo de una vida tan importante el corazón de los buenos ciudadanos! Esta desgracia me sucedió: yo gozé demasiado poco de semejante ventaja inapreciable para un Rey. Sientes dentro de ti mismo aquella necesidad y aquella impaciencia de acción que pueden ser instrumentos de gloria, siempre que las dirijas a objetos útiles y grandiosos. ¿Qué tenía más aquel gran Luis, inmortal honor de nuestra casa? Quiso verlo todo por sí, distinguió los talentos, supo emplearlos, y la mitad de su reinado le bastó para regenerar todos los ramos de una vasta monarquía. Estaba como tú en aquella edad dichosa susceptible de entusiasmo y de esperanzas. Aprovecha tan preciosos instantes; perfecciona lo que empecé con tanto afán; mejora algunas providencias mías, y reforma las equivocaciones inseparables de una larga administración; acelera el progreso de las luces, y nunca temas sus efectos saludables. Los reyes que perjudican su patrimonio siempre que se equivocan, no necesitan las lúnieblas y la ignorancia, porque nunca tienen interés en hacer el mal: este interés es el de las pasiones subalternas que los rodean, y que procurarán escudarse con tu autoridad para sujetarte; líbrate de este grande y de este único riesgo por medio de la instrucción general, y verás resplandecer entre el choque de las pasiones y de las discusiones aquella antorcha de la opinión pública que te guiará seguramente.

La nación generosa y fiel que ama a sus soberanos, y puso la Corona en las sienas de mi padre, no necesita más que instrucción para ser la primera de todas: puedes emprender y concluir esta grande obra, y puedes gozar antes que tus ojos se cierren del espectáculo más capaz de satisfacer a un corazón sensible; de un espectáculo digno de la complacencia de Dios mismo, esto es, de millares de hombres que te deban su felicidad y la de las generaciones venideras.

Francisco Cabarrús, *Elogio de Carlos III, Rey de España y de las Indias*, Madrid, Antonio de Sancha, 1789.



*En 1760, Edward Clarke (1730-1786) viaja a España como capellán del conde de Bristol, que representó a su gobierno en España durante las celebraciones de la entrada pública en Madrid de Carlos III.*

*De esta estancia en Madrid el viajero inglés nos ha dejado la descripción, apenas un mes después de su llegada, de la fiesta de toros celebrada en la Plaza Mayor el 15 de julio de 1760 para celebrar la investidura del rey. Pero Clarke es ante todo un perspicaz observador de ambientes cortesanos, como prueba su galería de retratos de nobles en Aranjuez y la Zarzuela. Destacan entre estos esbozos humanos, por su penetración psicológica, las semblanzas de los miembros de la familia real española y en especial del Rey Carlos III. Esta imagen física y espiritual del monarca recién llegado de Nápoles es posiblemente la primera que conocieron los ingleses —aparte de las noticias difundidas en despachos diplomáticos— y sufrió no pocas modificaciones a lo largo de su reinado.*

Su Católica Majestad tiene ahora cuarenta y seis años, y todavía la caza es su mayor pasión: es el mayor *Nimrod* de su tiempo. Lo sacrifica todo a esta ocupación, y el día de su entrada oficial en Madrid estaba muy disgustado porque el acto le privaba de cuatro días de caza. Permaneció tres días en Toledo, dando muerte a seis gatos monteses, con lo cual le costó cada uno 1.000 libras, según me informaron minuciosamente quienes calcularon el coste de la expedición. Tanto le apasiona este entretenimiento que, cuando los días son cortos, a menudo caza *a la luz de las antorchas*, refinamiento no alcanzado aún por ningún deportista inglés.

Es hombre de buena talla, cargado de hombros, tez muy oscura, ojos pequeños, y tiene una prominente nariz romana. Fácilmente se colige de esta descripción que es bastante feo. Viste con la mayor sencillez posible; demasiado llanamente para un príncipe. Lleva por lo común una casaca de paño ordinario, un chaleco de badana, botas (hechas siempre en Londres) y un par de guantes de piel. Acostumbra a llevar una escopeta al hombro y le acompañan sus criados, portadores de escopetas, pólvora, perdigones, agua, vino, comestibles, ropa, etc. y con frecuencia las piezas cobradas: lobos, liebres, cornejas, patos salvajes, etc.

Se levanta a las siete de la mañana, abre sus propias persianas, escribe las cartas o *despachos* pendientes y, acto seguido, tanto si llueve como si luce el sol, parte para la caza, con escopeta, porque nunca caza con fusil como hacemos en Inglaterra. Es divisa constante de Su Católica Majestad el que *la lluvia no quebranta huesos*, y por ello nunca interrumpe la actividad a que está dedicado, con no poco fastidio de sus servidores. En estas ocasiones su *séquito* está formado por el Infante don Luis, el camarero

mayor (generalmente el duque de Losada), los guardias de corps y tres o cuatro carruajes, en los que va siempre un cirujano para caso de accidente.

Regresa de su diversión antes del mediodía. Come regularmente a las once, siempre en público, en presencia de los ministros extranjeros y otros personajes distinguidos próximos a la Corte. Lo habitual es que coma seis cosas distintas, beba tres veces y no permanezca mucho tiempo a la mesa. Después de la comida vuelve a cazar, y raramente regresa hasta que oscurece, o más tarde. Escucha luego, durante una hora, a sus ministros de Estado, o asiste al llamado *despacho*; visita luego a la Reina Madre en su apartamento y se acuesta entre las nueve y las diez. Esta es la rutina diaria de la vida de Su Majestad. Hacia febrero o marzo se traslada todos los años al palacio de El Pardo, y en abril a Aranjuez. Regresa a Madrid en junio, marchando a fines de julio a san Ildefonso; en octubre reside en El Escorial, y desde allí retorna en noviembre a Madrid. De vez en cuando se dedica a la pesca, para variar, y en otras ocasiones celebra lo que llaman *Battida* general, consistente en que quinientos o seiscientos hombres se lanzan a batir el monte extensamente para levantar la caza mayor acorralándola en un gran cercado. Acuden a este punto el Rey y don Luis (acompañados por toda la Corte, tanto caballeros como damas) y proceden a darles muerte. Causan así una gran carnicería entre la caza mayor, y el entretenimiento es costoso. En tales ocasiones están siempre presentes los embajadores extranjeros.

Una vez descrita su persona y su forma de vida, intentaré trazar un bosquejo de su espíritu y carácter y del poder absoluto con el que reina. Se ha dicho que es un príncipe débil, de escasa o nula inteligencia: esto dista mucho de ser cierto. Tiene su talento, pero es terco y tozudo hasta lo indecible; y como le halagan constantemente, imagina que tiene más capacidad de la que posee en realidad. Es reservón, más de lo habitual entre príncipes; no tiene confidente alguno, y hace saber sus deseos solamente a través de órdenes escuetas para que se cumplan. No se deja influir ni dirigir: todo nace de sí mismo. Es un artista consumado en aquellas materias a las que se ha consagrado: habla perfectamente italiano, francés y español. Es un *tornero* excelente, y ha torneado montones de objetos de madera. Es detallista y minucioso en su observación de las cosas. Ha confeccionado con sus propias manos un uniforme completo de soldado, para evaluar su coste verdadero. Un día contó a los ministros extranjeros que había hecho un par de zapatos, no muy buenos, pero sí perfectamente utilizables. Es un tirador de magnífica puntería, y a menudo ha lamentado que nuestro Ministerio no le haya concedido el *patent-shot*, pues no me sorprendería que estuviese dispuesto a renunciar al comercio de Palo Campecha para conseguirlo.

Edward Clarke, *Cartas sobre la Nación Española*, Londres. 1763.



*Aunque de origen italiano, Giuseppe Baretti (1719-1789) pasó gran parte de su vida en Inglaterra. En 1760, poco después de publicar un Diccionario Italiano e Inglés, emprende un viaje a Lisboa. Desde allí, de camino a Barcelona, visita Madrid. Johnson le recomienda escribir un diario sobre sus viajes. Tal es el origen de las Cartas familiares (1762). En 1766, de nuevo en Londres, es elegido miembro de la Sociedad de Anticuarios de la Real Sociedad. Poco después vuelve a Madrid para comprobar y revisar las Cartas familiares, para que «mi lector pueda formarse una idea cabal de la nación española»: tal es el origen de Un Viaje desde Londres hasta Génova (Londres, 1770). Muestra de esta preocupación por la exactitud y la observación directa son sus observaciones sobre las costumbres de los madrileños (cortejo), vida cultural (Real Academia de Pintura), arquitectura palaciega (Palacio Nuevo, Palacios de Aranjuez, Buen Retiro y el Pardo), retratos de nobles y del rey Carlos III.*

En cuanto a su carácter personal, no cabe duda de que fue un buen marido mientras vivió la reina. Ni una sola vez se desvió de la fidelidad conyugal ni tuvo nunca amante, pública o privada. Su conversación es por lo común ordinaria, pero siempre tan casta como su conducta. Otorga mucha confianza a sus principales ministros, especialmente al marqués de Esquilache, hombre incansable de quien se afirma que despacha por sí solo más asuntos que todos los demás ministros, concediéndose poco tiempo para comer y dormir.

No transcurre día sin que el Rey eche mano de algún libro y no repara en gastos para estar puntualmente informado de cuanto sucede en Europa y fuera de ella que pueda afectar a su persona. Desde que subió al trono no ha permitido que se represente ninguna ópera italiana en Madrid ni en Aranjuez, como ocurría en el reinado precedente.

Giuseppe Baretti, *Un viaje desde Londres hasta Génova atravesando Inglaterra, Portugal, España y Francia*, Londres, T. Davies y L. Davies, 1770.



## NOTAS

<sup>1</sup> Arzobispo de Cambray, y autor de *Telémaco* que compuso para la educación del célebre Duque de Borgoña.

<sup>2</sup> El Excmo Señor Conde de Floridablanca como Director de la Sociedad, presidía la asamblea.







## *Las instituciones*

### **Inquisición**

*El regalismo borbónico persiguió ejercer un control sobre la vida de la Iglesia reivindicando como atributos intrínsecos de la monarquía absoluta de derecho divino un determinado poder de intervención —regalías— en los asuntos religiosos y eclesiásticos de sus dominios. Muy pronto el Santo Oficio experimentó esta creciente interferencia de la autoridad laica, debida a la penetración de las ideas de tolerancia (Feijoo) y del Despotismo Ilustrado (Jovellanos), y aunque en el siglo XVIII la Inquisición continúa condenando herejes, publicando índices de libros prohibidos y manteniendo el dogma de la unidad de la fe, la revolución ilustrada va minando los privilegios de la institución. Frente a la religiosidad intolerante de tiempos pasados, todavía presente en los procesos a Macanaz y a Olavide o en la persecución contra jansenistas y francmasones, se afirma una moderación comparativa en las actuaciones del Santo Oficio. Pero los viajeros extranjeros que llegan a Madrid, sobre todo los franceses, aún son mirados con recelo por una institución que, tras la Revolución de 1789, ha obligado a los ciudadanos de ese país a domiciliarse o a abandonar la capital. Entre estos viajeros aún subsisten descripciones de las truculentas actuaciones del Santo Oficio.*

DILIGENCIAS DEL SANTO OFICIO EN MADRID: CHARLES-LOUIS DE PÖLLNITZ

Le diré a propósito de la Inquisición que fui testigo, durante mi estancia en España, de la severidad de las actuaciones de este Tribunal.

Pocos días después de mi llegada a Madrid, vi quemar a varias personas que habían confesado practicar ritos judaizantes. Entre estos pobres desgraciados había un muchacha de unos dieciocho o veinte años, que era una de las mujeres más bellas que he visto en España. Se encaminó al suplicio con la alegría reflejada en el rostro; murió con la misma firmeza con la que se describe el final de los mártires. Algunos días después de esta ejecución, la Inquisición continuó haciendo investigaciones en España; se detuvo a más de cuarenta personas en una noche en Madrid, entre otras al célebre médico llamado Peralta, que aparentemente llevaba la estrella y que fue ejecutado por la Inquisición. Su madre estaba en la cárcel cuando le puso en el mundo y fue quemada poco después de dar a luz. El joven Peralta fue educado en la religión católica; pero a la edad de treinta años fue acusado y condenado por judaísmo; esta primera vez sólo fue condenado a tres años de prisión; fue detenido una segunda vez, y me enteré después de mi salida de Madrid de que este pobre miserable había sido quemado, lo que demuestra que los deseos de su madre se cumplieron, pues se ha asegurado que esta mujer, cuando subía a la hoguera, hizo votos para que un día su hijo muriese del mismo modo. Me alegré de no haber estado en Madrid en el momento de la ejecución de este Peralta; lo conocí un poco: era el hombre más honesto del mundo, pero verdaderamente un fanático practicante del judaísmo.

Charles-Louis de Pölnitz, *Cartas y Memorias con las observaciones que ha hecho en sus viajes*, Amsterdam, François Changuion, 1737.

#### AUTOS DE FE EN LA PLAZA MAYOR: JEAN-MARIE-JÉRÔME FLEURIOT; CONDE DE ARANDA

*El Viaje de Fígaro en España de Jérôme-Charlemagne Fleuriot (Marqués de Langle) es un libelo denigratorio contra las costumbres e instituciones españolas. El escándalo y la polémica rodearon a la obra desde su publicación en 1784 en Saint-Malo, lo que explica el éxito de lectores y las sucesivas reediciones en francés (1785 y 1786) e inglés (1787).*

*El Viaje de Fígaro suscita un rechazo unánime. Para Merimée «es un libro que no destaca ni por su exactitud, ni por su ignorancia, sino más bien por el tono fácil, por una inspiración burlona, a veces sentimental, a veces libertina». Grimm lo calificó en su Correspondencia literaria de «tejido de falsedades absurdas». Para Morel-Fatio es «un conjunto de majaderías sin sentido, un libelo insultante para España». Para Menéndez Pelayo, una obra «llena de necedades y dislates». Para Aranda «un tejido de cuadros indecentes, de chistes impíos y groseras falsedades». Según el*



abogado Seguíer, es «el producto obsceno del delirio y de la extravagancia, el fruto de la impiedad y la irreligión».

El Conde de Aranda, como embajador de España en París, denuncia ante las autoridades francesas el Viaje de Fígaro exigiendo la apertura de una investigación sobre la verdadera identidad de su autor al tiempo que pide el secuestro del libro. Pero la actividad del Conde de Aranda contra el Viaje de Fígaro en España no se limitó solamente a averiguar la personalidad del falso Fígaro, ni a manifestar su protesta oficial como embajador de España ante el Ministro Francés de Asuntos Exteriores, sino que, además, escribió una refutación en regla para poner en claro «la ignorancia y locura del autor y manifestar sus sinrazones y falsedades». Así debe entenderse la réplica de Aranda que lleva el título de Denuncia pública del Viaje de un pretendido Fígaro en España: la intención fue mostrar la ignorancia de Langle, poner de manifiesto, recorriéndole paso a paso, sus ineptias y falsedades. Para ello Aranda sigue los argumentos de Fígaro, transcribiendo literalmente todo lo que es digno de observarse en cada artículo para luego, con su mejor conocimiento de todo lo relativo a España, refutarle y, en ocasiones, ridiculizarle.

«Desde hace un siglo, los autos de fe son bastante raros; tan sólo algunas veces, para alegrar al pueblo, para que los verdugos no se enmohezcan, para complacer a Dios, para hacer respirar el olor de un haz de leña humeante, para obtener del cielo la lluvia, el buen vino, los españoles quemar a algunos hechiceros (...)

Casi siempre es el primero de año el día en que la Inquisición escoge para hacer ejecutar sus sentencias; parece que el Santo Oficio le guarda a Dios eso como regalo.

En la iglesia de los dominicos leen al criminal su proceso y su sentencia; después de pronunciar un sermón lo llevan a rastras a la Plaza Mayor donde, después de oír misa y comulgar, queman al reo. Alzan para esta finalidad un cadalso, un altar y una hoguera. *Ite misa est* sirve de señal para arrojar al desventurado al fuego. Riegan la hoguera, el altar, al condenado, a la multitud con agua bendita; cantan el *miserere*; y a cada versículo el verdugo arregla, da vueltas al cadáver y remueve los tizones».

Varios autores habían ya propalado abundantes cuentos sobre este tema, pero nuestro viajero los sobrepasa a todos en extravagancias y en absurdos.

Conde de Aranda, *Denuncia pública del viaje del pretendido Fígaro a España*, Londres, París, Fournier, 1785.



## Instituciones penitenciarias

LA PRISIÓN DEL BUEN RETIRO: GIACOMO CASANOVA

*Desde su llegada a Madrid, el caballero Casanova ha frecuentado los círculos de la aristocracia madrileña gracias al Conde de Aranda, ha visitado a su viejo amigo de Nápoles el pintor de Corte Rafael Mengs, conocido a Sabatini. Finalmente, ha paseado por las librerías de la Puerta del Sol y protagonizado un episodio galante en el teatro de los Caños del Peral, donde ha bailado el fandango. Nada, pues, ha visto de ese país inquisitorial y monástico que esperaba. Pero esta bella impresión se quiebra abruptamente: la tenencia ilícita de armas y «otras varias cosas» provocan su detención y encarcelamiento en la Prisión del Buen Retiro, a la sazón convertida en cuartel y cárcel preventiva. La experiencia de dos días «en galeras» hiere la sensibilidad del noble voluptuoso y finalmente la miseria, que ha visto tan de cerca, rompe el hechizo español.*

Doña Ignacia me dio una nueva prueba de su amor apresuradamente, y luego la llevé a su casa y le aseguré que, mientras permaneciera en Madrid, ella sería el único objeto de mi devoción. Al día siguiente fui a comer con Mengs, y al otro, a las cuatro, se me acercó un hombre mal encarado en la calle y me dijo que le siguiera hasta un claustro donde me diría algo que me había de interesar.

Le seguí sin decir palabra, y en cuanto vio que no nos oía nadie, me dijo que el alguacil Mesa había de ir a visitarme aquella misma noche con todos sus esbirros, «de los que yo formo parte» añadió. Sabe que tenéis armas prohibidas guardadas debajo de la estera de vuestra habitación, detrás de la estufa. Sabe o cree saber otras varias cosas que le autorizan a apoderarse de vos y llevaros a prisión con los que están destinados a trabajar en los presidios. Os advierto todo esto porque creo que sois hombre de honor. No despreciéis mi consejo; tomad vuestras medidas y evitad la afrenta.

Creí lo que me decía aquel hombre, a causa de lo verídico de la circunstancia relativa a las armas; le puse un doblón en la mano; y en lugar de ir a ver a doña Ignacia, como era mi intención, volví a casa, donde, tras coger las armas y meterlas bajo el manto, acudí a casa de Mengs, diciendo en el café que me enviaran allí a mi paje en cuanto volviera. En casa de Mengs estaba seguro, puesto que pertenecía al rey.

El pintor, hombre de honor, pero ambicioso, orgulloso y suspicaz hasta el exceso, no me negó asilo para la noche; pero me dijo que al día siguiente tendría que pensar en encontrar otro, porque era imposible que el alcaide no tuviera motivos de más peso para detenerme por la tenencia



ilícita de armas, y que, como nadie le había avisado, él no podía responder de nada. Me dio una habitación y cenamos a solas sin hablar de otra cosa; yo le repetía que no me reconocía culpable de otra cosa que de tener armas prohibidas, y él replicaba que, en tal caso, debería haber despreciado el aviso oficioso del esbirro, en vez de darle un doblón, y haber permanecido tranquilamente en mi habitación, sin llevar las armas a otra parte; porque, con mi inteligencia, debería saber que todo hombre, en su propia habitación y por derecho natural, era dueño de tener armas e incluso cañones. Yo le respondía que, al ir a su casa, lo único que había querido evitar era el contratiempo de pasar una noche en la cárcel, porque estaba seguro de que el espía a quien había dado el doblón me había dicho la verdad.

— Mañana iré a alojarme a otra parte. Convengo en que debería haber dejado en casa las pistolas y la carabina.

—Y deberíais haberos quedado vos también. No creía que se os pudiera asustar tan fácilmente.

Mientras disputábamos de esta guisa llegó mi hospedero, diciendo que el alcaide, con treinta esbirros, había ido a abrir mis aposentos, y que mandó a un cerrajero que abriera la puerta; pero que tras haber buscado por todas partes sin encontrar nada, había vuelto a cerrar la puerta, la selló y se marchó, llevándose a la cárcel a mi paje, al que acusaba de haberme avisado. «Porque de no haber sido así —había añadido—, el señor veneciano no se habría retirado a casa del caballero Mengs, donde no puedo apoderarme de nadie».

Ante semejante relato, Mengs convino en que no me había equivocado al creer en las confidencias que me habían hecho; añadió que debía apresurarme a ir a ver al conde de Aranda al día siguiente, e insistir ante todo en la inocencia de mi paje. El hospedero se marchó, seguimos discutiendo y como Mengs continuara interesándose por la inocencia de mi paje, le dije con impaciencia:

— Mi paje ha de ser un verdadero bribón porque si el alcaide sospecha que me ha avisado de su visita, esto es una prueba irrecusable de que el magistrado sabía que mi paje estaba al corriente. Y os pregunto: ¿puede acaso dicho servidor ser otra cosa que un bellaco cuando, informado de algo semejante, no me lo ha comunicado? Y os pregunto aún si puede estar enterado de ello sin haber sido el delator; porque, después de todo, él era el único que sabía donde estaban las armas.

Mengs, despechado por no encontrar respuesta, me dejó y fue a acostarse. Yo hice lo mismo y dormí pacíficamente.

Al día siguiente, temprano, el gran Mengs me envió ropa y todo lo necesario para mi atuendo. Su criada vino a traerme el chocolate y su cocinero vino a preguntarme si tenía permiso para no observar la vigilia.



Con semejante trato es como un príncipe incita a su huésped a no abandonar su casa, pero un particular le echa de ella. Le transmití mis agradecimientos por todo, y no acepté más que el chocolate y un pañuelo.

Mi coche estaba a la puerta y yo me hallaba en la habitación de Mengs para darle las gracias y decirle que no volvería a su casa hasta que estuviera en libertad, cuando se presentó un oficial y preguntó al pintor si estaba en su casa el caballero Casanova.

Soy yo, caballero —le dije.

Caballero, os ruego que me sigáis de grado al cuartel del Buen Retiro, donde permaneceréis preso; porque, como esta casa es real, no puedo emplear la fuerza; pero os prevengo que en menos de una hora el caballero Mengs recibirá la orden de expulsaros de ella, y entonces os llevarán a la cárcel con alboroto, lo cual no podrá por menos de resultaros hartamente desagradable. Os aconsejo, pues, que me sigáis tranquilamente y me entreguéis las armas que debéis tener.

— El señor caballero Mengs puede entregaros las armas que viajan conmigo desde hace once años y que llevo para mi seguridad personal durante los viajes. Yo iré con vos, y os ruego que me permitáis escribir cuatro billetes, cosa que no me llevará ni media hora.

— Lo siento, mas no puedo ni esperar ni permitir que escribáis; pero seréis dueño de hacerlo cuando estéis en la cárcel.

— Me basta con esto; obedeceré sumisamente, cosa que no haría si pudiese oponerme por la fuerza. He de acordarme de España cuando en el resto de Europa me encuentre con personas libres que sientan la tentación de viajar por aquí, como yo.

Abracé a Mengs, que parecía confundido; mandé que llevaran las armas a mi coche y subí a él con el capitán, que parecía ser en todo un hombre de honor.

Dicho militar me llevó al palacio del Buen Retiro, abandonado por la familia real y que sólo servía de prisión a los que se confesaban culpables, y cuyos aposentos servían de cuartel.

A este palacio era adonde se retiraba Felipe V con la reina cuando se preparaba para la Pascua Florida.

Cuando el capitán que me llevaba me entregó al que estaba de guardia, oficial digno de ser carcelero de presidio, un cabo me llevó al interior de la fortaleza, a un amplio salón en la planta baja. Allí encontré, en medio de un hedor que asfixiaba, a unos treinta presos, diez de los cuales eran soldados. Había diez o doce camas muy grandes, algunos bancos, ninguna mesa ni más asientos.

Pedí a un soldado que me diera papel, plumas y tinta, y con tal fin le di un duro. Aquellos a quienes se me ocurría preguntar se reían en mis narices. Pero lo que más me sorprendió fue ver a mi paje y al conde



Marazzani, que me dijo, en italiano, que se encontraba en aquella prisión desde hacía tres días y que no me había escrito porque tenía el presentimiento de que había de verse en mi compañía. Añadió que en menos de quince días nos sacarían de allí para enviarnos, bajo escolta, a trabajar en alguna fortaleza donde, no obstante, podríamos escribir nuestros motivos, y esperar que se nos liberase al cabo de tres o cuatro años con un pasaporte para abandonar España.

— Espero que no me condenen antes de oírme.

— Mañana vendrá el alcaide, que os interrogará para oír vuestras respuestas y las escribirá. Y eso es todo. Después, tal vez os envíen a África.

— ¿Os han procesado ya?

— Se ocuparon de mí ayer, durante tres horas.

— ¿Qué os han preguntado?

— Qué banquero me daba dinero para mis gastos. Dije que no conocía a nadie, que vivía pidiendo préstamos a mis amigos, mientras esperaba a ser admitido como guardia de Corps. Me preguntaron por qué el embajador de Parma no me conocía y dije que nunca me había presentado a él. «Sin el reconocimiento de vuestro embajador —me dijeron— nunca podréis ser guardia de Corps, y debéis estar al corriente de esto; pero el Rey os ha de dar un puesto para el que no necesitáis aval del alcaide».

Disimulando y tragando saliva, pero sin que me pareciera verosímil el trato con que me amenazaba Marazzani, me senté sobre una cama, que abandoné tres horas más tarde, al verme cubierto de esa plaga de piojos que parece endémica en España y cuyo mero espectáculo me revolvió el estómago. Me mantuve de pie, inmóvil, en el más absoluto silencio, devorando el humor bilioso que me envenenaba.

No era cosa de hablar, sino de escribir, y no me proporcionaban los medios. Había tomado el partido forzoso de esperar lo que por necesidad había de suceder más tarde o más temprano.

Al mediodía, Marazzani me dijo que podía pedir comida dando dinero a un soldado que él conocía y cuya lealtad me garantizaba.

— No tengo ganas de comer —reliqué— y no daré dinero a nadie hasta que me devuelvan el duro que he dado antes.

Él armó un alboroto por aquella bribonada, pero se rieron de él. Luego habló mi paje con él, para rogarle que me pidiera dinero para comer porque tenía hambre y no tenía ni blanca.

— No he de darle nada porque ya no está a mi servicio, y ¡ojalá nunca lo hubiera estado!

Vi que todos mis acompañantes de infortunio comían una mala sopa de ajo, un pan infame y bebían agua, con la excepción de dos curas y un individuo al que llamaban corregidor, que comían bien.

A las cuatro vino un criado de Mengs a traerme comida para cuatro. Quería dejar la comida y volver por la noche para llevarse los platos; pero con el humor que tenía, como no quería repartir los restos con la gentuza que me rodeaba, le hice esperar, y tras satisfacer la necesidad sobre un banco, le despedí, rogándole que no volviera hasta el día siguiente a la misma hora, porque no deseaba cenar.

Giacomo Casanova, *Memorias*, Leipzig, 1822-1828.

#### CÁRCELES DE MADRID: JEAN-MARIE-JÉRÔME FLEURIOT; CONDE DE ARANDA

«Además de que los calabozos de España son mucho más oscuros, mucho menos grandes que los nuestros, atan allí tan bien a los que meten, que no se pueden mover en absoluto. En las prisiones criminales de Madrid he visto a tres contrabandistas agarrados de ese modo; y tal vez en el momento en que hablo de ellos, esos desgraciados están aún inmóviles en el sitio y en las posturas en que los encontré.

Excepto la prisión de nobles, todas las cárceles de Madrid son osarios, letrinas. Ninguna distinción, ninguna diferencia entre el preso infortunado y el preso canalla. En Madrid lo confunden todo; a menudo, el bandido incurable, cuya vida entera no ha sido más que un crimen, y el tunante que empieza y el infortunado que debe, que no tiene dinero, y el que para obsequiar a su mujer, a sus hijos, a sus amigos o a su amante ha matado una perdiz o un conejo en el campo, los cuatro duermen sobre la misma paja».

Los calabozos raras veces excitan la curiosidad de los viajeros; raramente están comprendidos en un país entre los lugares que los extranjeros pueden tener la fantasía y facilidad de visitar. Pero el así llamado Fígaro, que quería hablar de todo, quiso también haber visto todo. Él ha visto, pues, los calabozos de España, los ha medido. Ha encontrado que eran mucho más oscuros, mucho más pequeños que los de Francia. Concluye, lector, que conoce los calabozos de Francia igualmente que los de España.

#### RÉGIMEN PENITENCIARIO: SERVANDO TERESA DE MIER

*La obra escrita del dominico Servando Teresa de Mier y Noriega (1763-1827) forma un vasto corpus literario compuesto por discursos, alegatos jurídicos e históricos, temas políticos, autobiografías, disquisiciones*

filosóficas y un copioso epistolario. Caracteriza a estos escritos el estilo cáustico, incisivo y ágil. En las Memorias predomina la invectiva, siempre combativa, unas veces dominada por el resentimiento y otras por una extrema vanidad. Para Luis G. Urbina: «La donosura con que están escritas las memorias de este hombre insigne, las hace ya sólo interesantes y curiosas, sino por extremo entretenidas y llenas de gracia. Páginas hay en ellas que se podrían confundir con las de alguna novela picaresca española: contienen la narración de una serie interminable de aventuras que produce el efecto de algo verosímil e inventado para solaz de la imaginación. Sin embargo, un aliento de verdad anima la acción de sus personajes. Se ve que todas las observaciones están hechas sobre la realidad palpitante, y que cuanto allí se cuenta ha sido vivido, si bien nerviosa y exaltadamente, por un hombre altivo, tenaz, ingenioso, fecundo en recursos salvadores, audaz hasta la temeridad, inocente, a veces hasta la insensatez; pero sostenedor constante, paciente, inflexible de sus ideas, de sus derechos, y, por encima de todo, el primero de todos el derecho de ser libre».

*En el siguiente fragmento de las Memorias, Mier describe con punzante mordacidad su encarcelamiento en la prisión de Madrid.*

De lo que sucedió en Madrid hasta que me escapé de España a Portugal para salvar mi vida.

En cuanto llegué a Madrid fui a buscar a la tía Bárbara en la calle de la Salud, primer alojamiento que tuve en la corte, y la cual siempre me favorecía. Pero había muerto. Igual suerte había tenido el célebre doctor Traggia, por haberse fatigado demasiado por la oración fúnebre de Campomanes, encargada por la Academia de la Historia. Mi insigne bienhechor Yéregui había ido a Francia con el título de tomar las aguas de Baguières, pero en realidad para imprimir, como imprimió, su catecismo nacional, que es muy bueno, y enviar al obispo Gregoire, autor de la célebre carta contra la Inquisición al inquisidor general, la refutación que había compuesto de la respuesta que le dió Villanueva. Éste se retractó después en las Cortes de Cádiz.

Con esto y no tener absolutamente dinero, no sabía donde meterme, cuando encontré por casualidad a un lego juanino, procurador de la provincia de Quito, su patria, mi antiguo conocido, que estaba en la corte, desde que fue en compañía de Beristain. Para procurarme alojamiento habló en una casa y también en una alquiladuría de colchones, para que me dieran uno. No estuve en aquel alojamiento sino cinco días. Luego me llevó a su casa mi amigo D. Manuel González del Campo, oficial del Correo. Y de allí tomé un pequeño y oscuro cuarto en la hostería de un italiano, yendo a comer con el canónigo Navas, uno de los más hábiles del



cabildo de san Isidro. Mis visitas se reducían a la casa del botánico D. Francisco Zea, americano de Santa Fe, actual redactor de la *Gaceta*, con quien comí algunas veces; a la casa del conde Gijón, quiteño, que vivía en la calle Mayor con un guardia de Corps, primo de Mayo, cortejo de la reina, sucesor de Godoy, y a una tienda de la calle del Carmen, de D. Magín Gomá, catalán, antiguo amigo mío.

Estando allí me conoció por la voz, al pasar, mi infatigable perseguidor y antiguo agente del arzobispo Haro Jacinto Sánchez Tirado. Entró con pretexto de hacer preguntar por alguno, a certificarse y tomarme las señas para enviarlas a su cómplice el venalísimo y brutal covachuelo D. Francisco Antonio León, que estaba de oficial mayor al lado del ministro Caballero, y en su mayor confianza, porque tan bárbaro era uno como otro. Yo estaba vestido de negro, con un sobretodo algo pardo y sombrero redondo. Pero como era de noche y mis ojos no dejaban fijarse los suyos, no tomó muy bien las señas.

¿Qué objeto tenía este hombre, se me dirá, en perseguir a usted, si ya el arzobispo había muerto? Los españoles, tenaces por su naturaleza, no varían de odio una vez que lo conciben, ni concluyen la persecución de uno, aun cuando ya lo han echado en el sepulcro. Ya dije que a los años de mi arribo a España, el arzobispo Haro, intimidado con las muertes de mi provincial y los dos canónigos censores, escribió a Tirado que me dejase. Pero él decía que me perseguía de oficio, para ganar en algo los 10.000 reales que le daba por año. Muerto aquel mal obispo, me perseguía para atraerse agencias, haciendo creer a los americanos que tomaba sumo interés por Nuestra Señora de Guadalupe, y les escribía como un mérito mi persecución. Vi en Roma en 1803 carta suya al doctor Moral, en que le decía que estaba haciendo diligencia para coger mi sermón, a fin de hacer predicar contra él. Y tenía en su bolsa no sólo mi sermón, sino el alma del covachuelo León. Saben los pícaros que así como con pretexto de religión se subyugó a la América, así la Virgen de Guadalupe es el cabestro con que se llevan los mexicanos a beber agua en la fuente del burro. Y así como Haro pendoleó acá al pueblo la capa de Juan Diego, de que él se reía, para ocultarle bajo ella la persecución de un paisano suyo, precisamente porque era brillante, y alegaron para prender a Iturrigaray (que no aborrecía a los americanos) que había querido quemar el Santuario de Guadalupe con unos cirios de pólvora; así hacen allá todos para que se dejen montar y robar como caballos. El picarón caco de Branciforte le puso por eso acá Guadalupe a su hija; pero luego que volvió a España le mudó de nombre.

El bribón de Sánchez Tirado tenía también su pedazo de parentesco de bolsa con la Virgen de Guadalupe. Ya tengo contado como nuestro bendito paisano D. Teobaldo fundó en el siglo pasado en el convento de



los Agustinos de Madrid, llamado san Felipe el Real, una Congregación con el título de Nuestra Señora de Guadalupe, para socorro de los americanos indigentes. Veinte cofrades podían mudar los artículos de la constitución, y veinte españoles entrados a título de devoción mudaron el objeto de la cofradía. No hay, ni sueña haber devoción en ninguna parte de España ni de Europa con nuestra Virgen de Guadalupe ni con ninguna otra cosa de América, sino los pesos duros. Así apenas nació, murió la Congregación. Ya hacía muchos años cuando yo estuve, que no había cofrade alguno. Pero los agentes de Haro se transmitían por herencia la administración de esta prebenda mostrenca, sin tener a quién dar cuenta, y de Rivera pasó a Tirado. Este pagaba un poco de música la víspera de la fiesta, y en éste un sermón y una misa a la imagen, que pintada de medio cuerpo está sobre un altar en una capilla, quedando el resto para su devotísima bolsa. Cuando las Cortes fueron a Madrid, los americanos parece le quitaron la administración. Con eso habrá concluído su devoción. Pero todo el mal contra mí venía radicalmente de Haro, que persuadió a este pícaro y a León que yo había negado la tradición de Guadalupe, para que me persiguieran bajo ese pretexto, como acá para que me aborrecieran por esa calumnia, cuando puntualmente mi objeto había sido llenarles de gloria y exaltar la Virgen.

Se habían cumplido los cuatro años al fin de los cuales había mandado el rey al Consejo que me hiciese justicia, conforme habían pedido el fiscal y la Academia de la Historia. Y ahora si la pedía ya no tenía remedio. El único era echarme de Madrid, y para eso escribió Tirado a León, a quien yo no pertenecía por ningún título, pues el oficial de la mesa de México era D. Zenón Alonso, mi amigo, a quien yo en llegando había hecho ya una visita. ¿Qué medio inventará ahora el infernal covachuelo para echarme de la corte? Ya se supone; la baraja acostumbrada de los informes reservados de Haro, como si fuese oráculo irrefragable. Pero lo que necesitan los venales de la covachuela es algún pretexto, bajo el cual apoyan la orden que ponen a nombre del rey, y firma sin ver el ministro, para tener con qué respaldarse en caso contrario.

Los malos se conocen, y (como los demonios, dice Santo Tomás) no se aman, pero concuerdan para hacer mal. Escogió, pues, León para ejecutar la diabólica orden que inventó, a Marquina, alcalde de Corte, corregidor de Madrid o su verdugo. Tal era de alborotador, tropellón y brutal. Cuando fui a Madrid era un abogado distraído, que solía estar fumando cigarros en la Puerta del Sol, llamada así porque allí van muchos a tomarlo. Algún servicio vil haría a Godoy, y lo hizo alcalde de corte. Lo adulaba tan bajamente que a mañana y tarde iba a darle cuenta de cuanto pasaba en Madrid, y un día que Godoy fuese al Sitio, le enviaba para lo mismo uno o dos correos. Los hombres, mientras más se arrastran a los



superiores que han menester, son más altaneros y crueles con los que están abajo de ellos. A este bárbaro se encomendaba por eso la ejecución de toda orden que demandaba despotismo y tropelía, y la desempeñaba a maravilla. Era el *timebunt gentes* de Madrid, cuyo pueblo, por eso, cuando cayó Godoy, le dió su merecido haciéndolo pedazos. Si todos los déspotas tuviesen igual éxito, no se verían tantos en el mundo.

A este caribe mandó León contra mí una orden real, que sólo al diablo podía ofrecerse, pues decía que interesaba a la vida y tranquilidad de sus majestades que fray Servando Mier fuese preso en el momento, acompañando las señas inexactas mandadas por Tirado. Tal orden hubiera puesto en actividad al hombre más quieto. Considérese el ruido que metería Marquina. Llenó de espías y alguaciles toda la villa, y en la calle Mayor y en la plazuela de san Juan de Dios apostó grupos numerosos de corchetes, que notaba todo el mundo, y que amontonados en medio de la calle, parece qué aguardaban un toro o alguna partida de bandoleros. Yo mismo les pregunté qué significaba aquello, porque, ¿cómo había yo de imaginarme que el objeto era yo mismo, a quien de nada acusaba la conciencia? Una mañana que al entrar yo en la calle Mayor, en casa del conde de Gijón, puntualmente les había preguntado a una cincuentena de alguaciles que estaban apostados enfrente, saliendo de allí después de dos horas con el primo de Mayo; a poco andar nos alcanzó un alguacil, y me dijo: «De parte del Sr. Marquina, venga usted conmigo». Al nombre de Marquina, terrible como el de Nerón, mi compañero escapó de estampía, y tras mí siguió toda la chusma de alguaciles. La orden que tenía dada era que al que les pareciese convenir las señas, le preguntasen si era cualquiera nombre, y respondiese lo que respondiese, lo llevasen a su casa. Nada me habían preguntado; pero él, luego que entramos a su casa me preguntó: «¿Quién es usted?» «Servando de Mier». «A usted busco». En el momento me ataron como un cohete, y diciéndoles yo reflexionasen que era sacerdote, me pusieron encima un capote, y Marquina encargó no me dejasen hablar, no fuese a causar algún alboroto.

Rodeado de aquella multitud de fariseos, fui llevado al trote para la cárcel pública. Adentro me desataron, y cuando a la puerta de un calabozo me iban a registrar, advirtiéndome que tenía un papelillo en francés que había quitado a un guardia de Corps, lo rasgué por medio. El alcaide se me echó encima para quitarme el papel, y me reí mucho después cuando le vi muy pegado en los autos. Era una cartita que leída seguida era muy buena, y se intitulaba *Carta de un vicario general a una joven convertida*; pero leída no más hasta la mitad de la llana, doblado a lo largo el papel, era una carta indecentísima de un ajo a una col. El ignorante alcaide había creído que era una cosa de Estado o conspiración. Me reí, digo, porque me acordé de un pasaje del prior de los Jerónimos de Valladolid.

Los sacerdotes franceses estaban alojados en los conventos de orden real cuando emigraron por la revolución en Francia. El prior tomó ojeriza con uno de los tres que estaban alojados en su monasterio, porque hablaba bien de su nación. Y mandó al cartero que las cartas de aquel clérigo, fingiendo llevarlas al correo, se las trajese. Abrió una que escribía para Madrid, y viendo allí un dibujo, se le metió en la cabeza que era un croquis del puente de Valladolid, que enviaba a los franceses para facilitarles su toma. Con esta idea se fue a delatar la carta en audiencia pública a la Chancillería de Valladolid. Se llamó a un inteligente de francés, y toda la carta se reducía a pedir un braguero, porque el clérigo estaba quebrado, y después de explicar las condiciones que debía tener el braguero, lo dibujaba. Este era el puente del prior de san Jerónimo. La risa y la chacota fue inmensa en Valladolid, y hasta los muchachos daban gritos a los jerónimos sobre el braguero.

Luego me preguntó el alcaide por mi edad, y respondiéndole era de cuarenta años: *Muy bien cuidado ha estado*, me dijo. De México salí de treinta y dos años, aunque apenas representaba veinticinco. A los cuarenta representaba treinta y dos; pero salí viejo y con canas de aquella terrible prisión. Las de los españoles no son para detener los hombres como debe ser, sino para matarlos.

Al día siguiente me llamó a audiencia, y mandó que declarase. Yo no sabía, ni podía imaginar el contenido de la orden real, y respondí que no tenía qué. Él quería que a lo menos dijese donde estaba mi baúl, pues me habían cogido la llave; pero yo respondí que me la había hallado. Como había pasado malísima noche tirado en el suelo, supliqué se me trajera un colchón. «Sí —me dijo el juez—, muy afable; diga usted donde lo tiene». «Yo no tengo —respondí—; pero en tal parte me alquilaron uno, y de allí me lo pueden traer». Fueron a inquirir, y como el pobre lego juanino de Quito había hablado para que me lo alquilaran, fueron a prenderlo, y lo tuvieron cuarenta días en un cepo, aunque también estaba ordenado de menores. ¿Cómo había yo de imaginarme tal cosa? No se puede hacer bien a un perseguido sin exponerse a participar su desgracia. El lego estaba más versado que yo en la Corte, y aunque no sabía que yo a los cinco días había dejado el alojamiento que él me procuró, habiendo sabido mi prisión luego que sucedió, había echado fuera su baúl con sus papeles. Los alguaciles lo siguieron, y tanto lo buscaron, que al fin dieron con alguna comadre del pobre lego. Se juntarían informes de los frailes, siempre enemigos juntos unos de otros, y aunque por lo tocante a mí salió inocente, León lo mandó desterrar a Quito.

Con el atropellamiento del lego estaban temblando todos los enemigos que me habían hecho alguna caridad; pero ni aquél los había mentado, ni menté a ninguno, por más que el juez inquirió. Yo ya suponía que

todo era maldad del León, y no debía envolver a ninguno en mi desgracia, ni creo que me obligase el juramento contra la caridad. El juramento no es vínculo de iniquidad. Bien que yo, cuando me llegaron las declaraciones, se lo eludí al juez «¿Jura usted?», etc. Yo le dije esas cosas de fórmula que ya suponen; vamos al asunto. Él supuso son esto el juramento, y yo no. El único amigo mío a quien mortificó, fuera del lego, fue a D. Francisco Zea, de quien yo no sé cómo llegó a saber que me conocía. Lo envié a llamar a las diez de la noche, y lo tuvo solo en un camaranchón alumbrado con una débil luz hasta media noche para intimidarlo, y que descubriera, aunque sólo confesó que me había conocido en París, en casa del embajador de España. Su mayor empeño era coger mi baúl. Yo no tenía más que libros y mis breves, que eran siete, y una lámina que me habían regalado del Concilio de Pistoia. Con esto le bastaba a León para hacerme daño, el cual sabía que había de pedir todos mis papeles, como hizo en Burgos, para quedarse con ellos, dejarme sin documentos, para atacarme desprovisto y dejarme sin arbitrios para comer con mi misa, o para hallar algo sobre que acriminarme. ¿Se creerá que en los cargos que me hizo después me objetó que no hallaba entre mis papeles cogidos en Burgos el título de doctor, con que mi doctorado fuese una impostura? Yo lo había presentado al Consejo. El papelillo aquel ridículo que quité al guardia de Corps también me hizo cargo que parecía estar de mi letra. ¿Qué haría todo esto para probar que interesaba mi prisión a la vida y tranquilidad de sus majestades?

Habiendo respondido el día primero que fui llamado que no tenía que declarar, me mandó llevar Marquina a otro calabozo peor, y me llevaron a uno tan angosto, que, sentado, tocaba las paredes con ambas manos. Los presos de los calabozos, que todos tienen una rejilla en la parte superior, y por allí a gritos se comunican, me hablaron en gitano. Los gitanos, como ladrones de profesión, ocupan siempre tan honroso alojamiento, y en las saluciones que de calabozo a calabozo se hacen pasar por la mañana y al irse a dormir, la fórmula del canto es: «Yo te digo, gitano hermoso», y sigue una larga relación con un abracito muy apretadito, etc. Y cuando oyen el ruido del alcaide que viene, dicen que llueve, como los francmasones. Yo les pregunté por qué me habían traído a aquel calabozo tan angosto, y me respondieron que era para darme el aguardiente. Era, en efecto (como después los oí dar), el cuarto de los tormentos. Respondí que a mí no me los podían dar. «¿Es usted noble?» —me dijeron—. «No importa». «Soy sacerdote». «Ya le pagará el Sr. Marquina, que me tiene aquí —dijo entonces uno de los presos— soy criado de S.I.» Este era obispo de anillo, capuchino, que estuvo de auxiliar en la Habana y luego fue desterrado a un convento de su Orden en Cataluña. Pero él se paseaba en Madrid, porque era el que había casado o fingido casar a Godoy con la



Pepa Tudó, pero su padre estaba en la inteligencia de que estaba realmente casado Godoy, y tenía en ella tres chicos públicamente. Quién sabe cuál era el verdadero matrimonio: si el de la Tudó o el de la Infanta.

A otro día me volvieron a sacar a que declarase, y como yo respondí que no tenía qué, preguntó el juez si no había otro calabozo peor. Entonces me llevaron al chincherero, donde habían dado tormentos a una mujer. Yo sufrí mientras hubo luz, aunque las paredes estaban tapizadas de chinches, y unos grupos de ellas en los rincones. Pero me entró un horror terrible cuando, paseándome a oscuras y tropezando en las paredes, comencé a reventarlas con la mano. Entonces dije que confesaría. Sin duda se aguardaba que yo hiciera una confesión del tamaño de la orden real, y me hallé el día siguiente con el alcalde, el vicario de Madrid y el escribano.

Cuando llegué a decir que mi padre era gobernador y comandante general del Nuevo Reino de León, el alcalde volvió con sorpresa la cara, porque se me acusaba como religioso y era un fenómeno que fuese sujeto distinguido. Luego prosiguió a hacerme preguntas muy largas, y le respondí que daría cuenta de toda mi vida, y, como así lo hiciese, mandó al escribano anotar lo que yo mismo dictaba. Mi historia le pareció una novela, y seguramente fingida, porque nada cuadraba con la acusación de la orden real. Así volví a mi chincherero y a dormir sobre ladrillos, sin otra ropa que mi mismo vestido, y por cabecera mi pañuelo de narices. El alcaide hizo un registro a las siete de la noche y otro a las doce. Yo me tiraba en medio del calabozo para huir de las chinches; pero ellas bajaban al olor del cuerpo y acometían por todas partes. El alcaide, en la visita de media noche, solía con los pies matar la procesión que hacían en hileras para venir sobre mí. A aquello de las cuatro de la tarde se me daba, como a los demás presos, un pedazo incomible de paladar de vaca, duro como una piedra, y un pedazo de pan negro y hediondo, que a veces no había, porque el hambre era tanta en Madrid que se hizo salir la tercera parte de la gente; el resto comía pan de maíz y de salvado, y cuando entraba algún carro de pan en Madrid, a pesar de los soldados que lo escoltaban, el pueblo hambriento se echaba sobre el montón y se llevaba el pan sin pagar. Este calabozo era separado y sin que allí se pudiese oír voz humana.

Más de cuarenta días estuve así, hasta que León envió los cargos. Bajáronme a oírlos una tarde, llevándome entre dos, porque mi debilidad era tal, que no podía tenerme en pie. Con mis barbotas, porque en la cárcel no se afeita a los incomunicados, debía de presentar un aspecto de muerto, porque, habiéndome desmayado luego que llegué a la audiencia, oí que el alcalde dijo al vicario de Madrid: «Es necesario pasar a éste a la cárcel de Corona, no se nos vaya a morir aquí y luego tengan que hablar



en Madrid». El mismo alcalde envió por vino y bizcochos para mí y me animó; se rió al leerme los cargos ridículos de León, se fue y me dejó solo con el escribano para que respondiera.

León echó aquí el resto de la baraja, guardándose sólo una gota miserable. Comenzó por el sermón de Guadalupe, como si esto no fuese un asunto terminado en autoridad de cosa juzgada. Luego siguió con los informes reservados del arzobispo, a cuya sombra, como si fuesen cargos auténticos y probados, había estado jugando conmigo a la pelota diez años. Ya los tengo todos referidos y refutados, y son que la retractación no había sido sincera. Ya se ve fue sacada con violencia y engaño. Y no tenía por qué retractarme, pues, como declaró la Academia de la Historia, ni negué la tradición, ni había en mi sermón cosa digna de censura o nota teológica. Que era propenso a la fuga: ¿en qué cárceles había estado en mi vida para saberlo? Que había sido procesado por dos virreyes: Revillagigedo y Branciforte. Este informe lo supe desde Burgos, y escribí al conde de Gagedo pidiéndole sobre esto una carta capaz de ser presentada ante los tribunales. Y me la envió, diciendo en ella que nada pasó respecto a mí durante su virreinato; antes siempre había tenido buenas noticias de mi talento y literatura. Y esta carta la tenía León en su poder. A más, para ser procesado basta la calumnia de un pícaro. El éxito es el que puede decir algo. Si salí mal, ¿cómo no me habrían castigado los virreyes? Si bien, ¿de qué me acusaba el arzobispo? Estos eran sus informes, con el de soberbio, que calló ahora León, para tener algo de qué agarrarse después.

Añadía de suyo el covachuelo que escapé de las Caldas; que el provincial de Castilla escribió que hablaba mal de personas de alto carácter (Godoy y su querida) y que escribió que era necesario sujetarme, porque no tenía espíritu religioso, porque no le fui a besar la correa para despedirme; que cuando me fui de Madrid le hice la mala obra al calesero de hacerlo aguardar todo el día. Aquí se rió el alcalde. Tan lejos estuve de hacer mal al calesero, que sólo por ponerse de acuerdo conmigo para fingir viaje, se sopló doce pesos. ¿Que porqué en viniendo no me había presentado a su alteza el príncipe León? Que había hablado del ministro Caballero, a quien León, para ponerlo contra mí, había dicho que yo lo quería matar. Que el papelito que rasgué parecía estar de mi letra; y que estaba vestido de seglar, siendo religioso, y no se hallaba entre mis papeles cogidos en Burgos el título de doctor. Y por todo esto importaba a la vida y tranquilidad de sus majestades que yo estuviese incomunicado en un calabozo de la cárcel pública.

Ya tengo antes, como acabo de decir, contadas y refutadas todas estas inepcias, y las volví a refutar, citando sobre el cargo de ser religioso mis breves, que tenía de completa secularización. A otro día volvió a llamar-



me el juez, y en presencia del vicario de Madrid se leyeron mis respuestas. El juez le dijo al vicario: «Señor, los cargos no son más que una colección de pasajes trastornados. Está visto lo que es: una persecución del covachuelo». Y como yo hubiese dicho que nunca se debió hacer caso de los informes de un obispo malo, reprendido por el rey y por la Silla Apostólica, que nunca predicaba, rara vez visitó su diócesis, y nunca toda, y que derramaba sobre su familia, y para conseguir honores seculares, todas las rentas del Arzobispado, el vicario que era muy mocho, me dijo que no hablase mal del prelado. Pero el juez dijo que era justa mi defensa, para debilitar su testimonio. Volviéndose a mí, me dijo: «Le daré a usted un consejo; diga usted que tiene una cosa gravísima que revelar al ministro en persona. Irá usted allá, y cuénteles usted la maldad del covachuelo». «Es inútil, o sería peor, porque León es un oráculo», respondí; y él me dijo: «Pues si usted sabe eso, no hay más que prestar paciencia». «Pero, señor, que se me permita ir a la enfermería». «No es posible —me respondió— con motivo de la asociación de caridad, establecida poco ha, vienen allí hasta grandes de España, y León tiene miedo que la cosa se sepa. Arriba se le curará a usted; que se le dé la mejor pieza, y el señor vicario socorrerá a usted».

Hice mal de no haber admitido la propuesta de lo que me aconsejaba, porque aunque creo que León lo hubiera estorbado o informado al ministro mal de mí, podía haber hablado a los parientes que tenía en el Sitio real y ganado tiempo etc. Sin duda mejoré de calabozo, por las chinchas; pero a título de darme el más claro, aunque la claridad no alcanzaba para leer, me dieron uno cuya ventana caía a un ventorrillo del Norte, y el frío era insoportable. El vicario de Madrid me hizo un vestido, que reservé para cuando saliera, y me mandó poner un colchón con su manta. El señor inquisidor Yéregui había vuelto de Francia, me mandó dar tabaco, costeaba una cenilla, y recogió mi baúl de la posada donde lo tenía, aunque creo que todos los libros curiosos que había traído de Italia y estaban fuera del baúl perecieron.

Todo el rigor del invierno, sin fuego ni capote, pasé en la nevera de aquel calabozo. La ropa se me había podrido en el cuerpo, y me llené de piojos, llené con ellos la cama, tan grandes y gordos que la frazada andaba sola; peor era que por el frío y no tener otro abrigo, me era preciso estar lo más en ella. Pedí un cajete con agua, y echaba allí a puñados los piojos, de los que me cogía por el pecho, el cuello y la cara; y realmente llegué a creer que me resolvía todo en piojos de alguna enfermedad, como otros en gusanos. Con el frío, aunque tenía siempre atado mi pañuelo de narices en la cabeza, se me reventó el oído izquierdo, y sufría dolores que me tenían en un grito. Veía bajar a la enfermería por cualquier indisposición a los facinerosos, a los ladrones, a los reos de muerte y a los azotados



públicos; y yo me veía morir en el calabozo, aunque había resultado inocente.

Fray Servando Teresa de Mier, *Memorias*, s. a., Madrid, Biblioteca América, Biblioteca Ayacucho.

## **Instituciones militares: Jean-Marie-Jérôme Fleuriot; Conde de Aranda**

«La guarnición de Madrid, doblada desde la última algazara, consta ahora de diez mil hombres.

El soldado español, que tiene ocho sueldos por día, es en general tan sucio, sus armas guardan tan poco orden, él es tan sobrio, vive tan mal, que cuesta trabajo imaginar lo que pueda hacer con su dinero.

Los uniformes son demasiado cortos, están rotos y llenos de manchas; los cabellos sin empolverar, otros empolvados, cadenetas mal hechas, colas desiguales, moños desiguales, quitan a los regimientos el encanto del golpe de vista (...)

Cada regimiento tiene su música; sin embargo, no sería fácil encontrar en Madrid un tambor que redoble bien, una trompeta que suene acorde, un oboe que toque al compás. Los españoles todavía no se han parado a pensar en la influencia que tiene una buena o mala música sobre la fortaleza de los ejércitos (...)

La disciplina prusiana ha cruzado los Pirineos. La plaza de armas de Madrid es escenario de sablazos y bastonazos».

Seguramente sería difícil hacer un mayor elogio de la música y de sus admirables efectos. El Autor debe ser un melómano. Me imagino que sería un magnífico director de orquesta de ópera. Pero como no habla más que de trompetas, fanfarrias y de clarines, y como parece amigo de los acordes ardientes, se podría crear para él una plaza de tambor o pífano mayor de algún ejército, o ponerle a la cabeza de alguna jauría de perros en las grandes cacerías de estrépito y aparato.

Conde de Aranda. *Denuncia pública del viaje del pretendido Fígaro a España*. Londres, París, Fournier, 1785.



## Administración y gobierno

ADMINISTRACIÓN MUNICIPAL EN MADRID: PASCUAL RAMÓN GUTIÉRREZ DE LA HACERA

El Gobierno antiguo de Madrid consistía en Estados de Caballeros, Escuderos y de Pecheros, o *Homes buenos*, los que juntándose nombraban justicia, pero si en virtud del Fuero que llamaban *Viejo*, el cual concedió de nuevo Alonso el XI con algunas facultades, a 2 de Mayo, Era de 1377 (que corresponde a el año 1339) y después el mismo Monarca, en Carta Real, o Privilegio, despachado en 6 de enero era 1384, instituyó el *Regimiento*, reducido a doce sujetos que señala, los que habían de entender en el Gobierno económico y político de la Villa eligiendo el Rey cada año a los alcaldes ordinarios de los que aquellos le propusiesen, y en quienes residían la jurisdicción civil y criminal.

Suscitadas posteriormente varias disputas entre los Regidores y Caballeros Escuderos, sobre pretender éstos la entrada en el Ayuntamiento, para elección de oficios, y otras cosas, se cometió el ajuste por el Señor Don Juan II en cédula de 11 de octubre de 1453 al Licenciado Alonso Díaz de Montalvo, Oidor de su Real Audiencia, el que habiendo venido a esta villa, pronuncia sentencia el 7 de enero del año siguiente a favor de los Regidores, bajo la calidad de que no hiciesen las elecciones entre sí, ni en alguno de sus familiares, ni otra persona, que no fuese Caballero Escudero, para los empleos que lo requiría, y expresa, con la forma que debía observarse, turnando por las Parroquias. Y a causa de ocurrir nuevas diferencias, el día 6 de septiembre de 1447 se juntó el Concejo de la Villa en la Cámara del claustro de la iglesia de san Salvador (que era donde entonces se formaba) presidido del Señor Don Juan de Bobadilla, su Corregidor, y el Estado de los Caballeros, y el de Pecheros, los cuales, ante el Escribano del Ayuntamiento, y algunos testigos, celebraron una *Concordia*, en que con arreglo a la sentencia, particularizaron el orden y método que debía guardarse en las elecciones anuales de los oficios pertenecientes a los caballeros, expresando ser dos Alcaldías, Alguacilazgos y Fieldades, una Mayordomía, la Guía, Procuración General y de Cortes y seis Caballerías de Monte, repartidas por tandas en las doce Colocaciones o Parroquias, hechas dos cuadrillas: la una comprende santa María, san Nicolás, san Juan y san Miguel de Sagra, Santiago, santa Cruz, san Sebastián y san Andrés; y la otra san Justo, san Miguel de los Otoes, o Oteos, san Salvador, san Martín, san Pedro y san Ginés. Cada uno gozaba el año de la tanda de los oficios y al siguiente pasaba ésta a la otra, lo que observó algún tiempo; y últimamente, habiéndose experimentado variedad y perjuicios, se mandó por el Real Consejo de Castilla en



dos de mayo de 1768 entre otras cosas, que Madrid eligiera anualmente el día de san Miguel 29 de septiembre (que es en el que se han celebrado siempre elecciones) de los caballeros Escuderos, que sirviese el empleo de Procurador sin sueldo alguno, el que no pudiera ser reeligido, arreglándose en todo lo prevenido en dicha sentencia del Señor Montalvo, y a las Leyes del Reino, con observación rigurosa de las tandas de Parroquias, huecos, parentescos y solvencias. Hoy se compone el Ayuntamiento de Madrid de su Ilustre Corregidor, cuarenta Regidores, dos secretarios y otros Ministros subalternos; se intitula la muy Noble y Coronada Villa de Madrid. Tiene Feria con ocho días de Franco, que empieza a 21 de septiembre, por Privilegio del Señor Rey don Enrique IV, concedido año 1463. Mercado los jueves y se halla exenta de *Pechos*. Aquí se han celebrado diferentes Cortes, o juntas de Reinos, en los que logra la Villa de Voro; como también un Concilio por el Cardenal Legado de la Santa Sede Don Rodrigo de Borja, sobre varios puntos de Disciplina Eclesiástica, en 1473. Algunas veces se ha intentado erigir en Silla Episcopal, y nunca llegó a efecto, por embarazos que se encontraron.

Residen en esta villa, además de los Consejos y Tribunales superiores otros muchos, como la superintendencia, y Juzgado de Correos y Postas, el de Tenientes del Corregidor, la Dirección de Rentas Generales y Provinciales, la Auditoría de Guerra, desde el año de 1767, que se hizo plaza de Armas. Igualmente el de la Jurisdicción Eclesiástica, la Nunciatura, Vicaría arzobispal, Real Capilla.

Pascual Ramón Gutiérrez de la Hacera, *Descripción general de la Europa y particular de sus Estados y cortes, especialmente de las ciudades, villas y pueblos más notables de España*, Madrid, Imprenta de Jospe Doblado, 1782.

#### MINISTROS DEL REY, SECRETARÍAS DE ESTADO, CONSEJOS, AUDIENCIAS Y CORTES: SERVANDO TERESA DE MIER

Estando yo allí (en Madrid), casó uno de Palacio, ya hombre mayor, con una muchacha, y vi el esquileo que se usa en España en ese caso, y es que se junta una multitud de gente de humor, y hacen un ruido inmenso alrededor de la casa del viejo novio, para no dejarlo dormir. La reina, desde un balcón, estaba presidiendo la zumba, que era toda la gente del palacio, guardias de Corps y guardias walonas. Porque además de aquellos, hay otros cuerpos de guardias walonas españolas, que no llevan bandolera, pero los oficiales llevan la forniture de terciopelo. Los sargentos son oficiales, los capitanes son coroneles y el coronel un grande de



España, teniente o capitán general. Son muchos los privilegios de los cuerpos reales, pero también son los primeros de líneas que entran en batalla. Los guardias de Corps, cuando están de guardia, están con medias encarnadas como los alabarderos, y también los caballeros pajes. Son niños nobles que se educan en un colegio particular. Van a paseo tras del rey en uno o dos coches, amontonados como ánimas. Sirven la mesa, y sus cortesías son a la antigua española, bajando el cuerpo y abriendo las piernas sin abrir los pies. Los grandes y señores tienen también sus pajecitos decentes, como acá el virrey y el arzobispo. Llamaban pajes a los lacayos con librea; y tras el coche es una bestialidad poner en México a los rectores de la universidad (desde Francisco Cisneros, *alias* Pancho Molote) espadas a sus lacayos; es una ignorancia grosera y una monstruosidad. La espada es el distintivo de los nobles o caballeros, y en el hecho de ser lacayos, aun cuando fuesen nobles, quedarían degradados. Las damas y demás señores, en días de ceremonia, llevan también los tontillos con unos inmensos cuadriles, para poner el brazo. No he visto cosa más fea y ridícula. Pero lo mismo es en Inglaterra.

Los ministros del rey son los que presiden a las cuatro secretarías de Estado. La primera de Estado, la de Gracia y Justicia; la de Hacienda, la de Guerra, a que suele juntarse la de la Marina; pero no siempre; y todas tienen su porción de covachuelos, que de allí van pasando a los Consejos cuando caen, excepto los de la primera de Estado, que salen para las secretarías de las cuatro embajadas que había pertenecientes a los Borbones, Portugal, Francia, Nápoles y América. Los demás son ministros en las Cortes, y cuando se les quiere honrar, se les nombre enviados extraordinarios.

Para entender lo que son Consejos es necesario hacerse cargo que antiguamente el rey era el único juez, viajaba el reino haciendo justicia y le seguía el Consejo de la Corte, compuesto de obispos, abades, grandes, militares, juriscónsultos y hombres de Estado, inteligentes de hacienda, etc. En el siglo XIII se mudó en este artículo la Constitución de España, por los fueros municipales que concedieron los reyes a las ciudades y villas, en recompensa de sus servicios hechos en las guerras contra los moros. Desde entonces, teniendo los pueblos sus alcaldes, el Consejo de Corte sólo quedó para las apelaciones, y se dividió en ramos conforme a sus profesiones. Para lo contencioso civil, se estableció el Consejo de Castilla, que es el supremo del reino, con su sala de alcaldes de Casa y Corte para lo criminal. Aunque el Consejo de Estado, que sólo se reúne una vez para las cosas políticas, se considera en una línea superior, y se compone de los ministros, grandes, generales, etc., y todos tienen tratamiento de excelencia, cuando los del Consejo de Castilla, sólo tienen V.S. y los camaristas V.S.I. El Consejo de Hacienda se compone de

gentes que entienden el manejo del erario. El consejo de las cuatro órdenes militares, de caballeros de estas órdenes. El Consejo de la Inquisición. El consejo de Cruzada. El Consejo Supremo de las Indias, instituido a instancia de Casas en 1525. No tiene sala de alcaldes de Casa y Corte, pero tiene su Cámara y un gobernador. El de Castilla sólo tiene presidente cuando no es grande de España. Si lo es, se llama gobernador. Los Consejos anteriores a Carlos V tienen alteza, que era el tratamiento de los reyes hasta entonces. Este es el tratamiento del Consejo de Castilla y el de Indias en su tercera sala; las de Gobierno tienen majestad como los demás Consejos. Antiguamente tuvieron Consejo todos los reinos independientes de Castilla, como Italia, Flandes, Portugal y Aragón, hasta que éste se incorporó a Castilla. De estos Consejos sólo resta el de Indias, prueba de que éstas son reino independiente de España. Los Consejos de cada reino eran de sus naturales, y el de Indias debía ser, dice Solórzano, sólo de americanos. Pero por ficción de derecho pasan a él los oficiales de las secretarías de Indias, y los decanos u otros oidores que por tener diez años de Indias se han naturalizado. Mas la desgracia es como la ficción de derecho no muda las inclinaciones, no aman la América. Al contrario, habiendo contraído acá el odio que sus paisanos nos tienen, son nuestros mayores enemigos. Mil y quinientos pesos es el sueldo regular de todos los consejeros, y así no es mucho que lo vendan todo para mantener a su familia.

La Cámara de Castilla es como el Consejo del reino de Navarra, único que tiene virrey lugarteniente como en América, porque aunque incorporado, esto es, dependiente del rey de España, como rey de Castilla, a la manera de nuestra América, su constitución (que está en vigor) tiene Cortes cada año, que debía ir a presidir el rey, jurando guardar la Constitución. Cada tres años recibe el virrey facultad especial del rey para abrir y cerrar las Cortes. Fernando VII accedió a que continuase como en tiempo de Carlos IV. Pero habiendo declarado las Cortes una orden de Fernando contraria a su constitución, como siempre han tenido libertad de hacerlo, cuando yo me vine para América el rey había mandado poner presos a todos los diputados, porque el nombre de Cortes y Constitución lo espantan, cuando hoy casi todos los reyes de Europa han puesto parlamentos y Constitución; de suerte, que de noventa millones, que es más de la mitad de Europa, los reyes son hoy constitucionales. Ya Godoy había dado antes otro golpe igual a los fueros de Vizcaya, que se gobierna como una república, de que el rey es como presidente.

No sé que haya otro virrey en España que el de Navarra, aunque Portugal lo tuvo en otro tiempo, y Aragón. Se llaman o gobernadores como el de Valencia, o general como el de Cataluña y de Valladolid. Porque fuera del Consejo de Castilla, Valladolid, Corte de Castilla la Vieja, y





Granada, Corte de los reyes moros, gozan el privilegio de tener chancillerías, es decir, Audiencia pretorial, que usa de sello real, cuyo guardián se llama chanciller y despacha a su nombre. Tiene tratamiento de alteza como los antiguos Consejos, se apela a ella de todas las Audiencias del distrito, y de ella no se puede apelar. Solamente se suplica al rey o a sus consejos de la Corte, porque aquel también es Consejo. Todas las demás Audiencias de España son meras Audiencias o Juntas de jueces togados, adonde se apela de los Ayuntamientos, como a éstos se apela de los alcaldes, y se juzgan allí en segunda instancia las causas criminales.

A propósito de estas Cortes es necesario recordar lo que ya dije, que antiguamente el rey era el único juez de la nación con su Consejo de Corte. En cada ciudad para lo mismo había un conde (de *comes*, en latín), porque pertenecía a la compañía y séquito del soberano. El que mandaba en una provincia se llamaba duque (de *dux* o capitán). Estos nombres, que en su principio eran de oficio, se hicieron hereditarios, porque se supieron mantener en sus gobiernos y hacerse independientes hasta obligar al rey de Asturias y León a reconocerlos como tales, aunque tenían obligación de venir a las Cortes generales de la nación. De ahí vienen los grandes de España; y por eso, aunque los duques en Inglaterra, Portugal y Francia son príncipes, y los marqueses más que los condes, en España todo es diferente: la grandeza está anexa al vínculo, no al nombre, aunque no hay duque que no sea grande. Algunos de estos gobernadores hechos independientes llegaron a hacerse reyes, como el de Navarra, el de Castilla, el de Aragón, el de Galicia, el de Portugal, y con el nombre de condes, los de Cataluña, de Valencia y de Mallorca. Desde entonces dejaron de asistir a las Cortes generales, y tenía cada uno las de su reino, Cortes también generales de los condes independientes que tenían las suyas, como eran las de Aragón, a que asistían los condes de Cataluña y Valencia. Cada reino tenía su Constitución particular, como diferente manera de Cortes en su composición.

Las de Castilla eran de tres brazos, los grandes, los obispos y los diputados de las ciudades y villas. Esto junto componía la verdadera soberanía de la nación. Y en las Cortes con el rey residía el poder legislativo: las cédulas u órdenes del rey entre Cortes y Cortes sólo se consideraban como provisiones interinarias y económicas. Después que el despotismo destruyó las Cortes, y el rey con el Consejo de Castilla se atribuyó el derecho de hacer leyes, no obstante, los reyes a la constitución antigua de España cuando dicen, *téngase como ley hecha en Cortes*; como si con decirlo se supliera la autoridad de la nación. En orden a rentas, el rey sólo tenía las de su casa particular, y ciertas multas o penas pecuniarias que le tocaban. Sólo la nación en Cortes podía imponerse pechos a sí misma, como hoy en Inglaterra lo hace por su Cámara de



Comunes. Tampoco en España se podía hacer esto sino por el brazo de los diputados de las ciudades y villas. Esta ley estaba en el Código de la Recopilación de Castilla. El ministro Caballero ha cometido la maldad de suprimirla en la Novísima Recopilación para hacerla olvidar a la nación.

Cuando el rey necesitaba algo para una guerra u otro gasto necesario de la nación, pedía subsidios a las Cortes, y éstas los acordaban o no para cierto tiempo. Y en esto se iban con mucho tiento, porque no sucediese lo que con la alcala, que sólo la concedieron las Cortes al rey para el sitio de Algeciras, y se quedó con ella para siempre, y aun las introdujo en América, donde no había (dice Solórzano) motivo para ella. Todavía se conserva un resto del antiguo derecho de las ciudades y villas, en los diputados de Castilla, que llaman de millones, los cuales asisten al Consejo de Castilla. Se concedió al rey cobrar un derecho sobre todo lo que se introduce o vende en las ciudades de Castilla por seis años. Pero cada seis años se pide de nuevo, se junta el Ayuntamiento de las ciudades, y el intendente tiene orden de que si algún capitular habla contra la continuación, levante la sesión y avise para enviar aquel infeliz a un presidio, y darle garrote secreto, que en Madrid se estuvo dando años en tiempo de Godoy, por la noche, en la cárcel de corona. Esto es pedir limosna como suelen pedirla los bandoleros en los caminos de España, con su charpa de pistolas, o su sombrero en medio del camino, y en una horqueta a un lado tiene él puesto y encaramado su fusil.

¿Cómo se destruyeron las constituciones de España y sus Cortes? El despótico cardenal Cisneros comenzó a pagar los oficiales para tomar a Ceuta en Africa y usar cañones. Vino Carlos V y como necesitaba subsidios para la guerra de Alemania, comenzó a atropellar las Cortes que no se los concedían o los dilataban y llenó todo de flamencos que le ayudaban. Entró Felipe II, y en su bolsa el dinero de América, que lo hizo el rey más poderoso de Europa. Asalaró tropas que antes no eran sino levantadas, pagadas y mandadas por los Ayuntamientos para cierto tiempo; y como los Ayuntamientos antiguamente se llamaban regimientos, de ahí vino ese nombre a los cuerpos de tropas. Con los esclavos armados y pagados ya hicieron los reyes lo que quisieron; y como por matrimonios fueron heredando los demás reinos de España, en todas partes hicieron lo mismo que en Castilla. La nación tomó las armas, y esas se llamaron comunidades; pero los malditos grandes ayudaron a Felipe II. El justicia mayor de Aragón murió ahorcado, lo mismo que el condestable de Castilla y el obispo de Zamora, y la nación vencida quedó para siempre encadenada (...)

Sólo se tiene un simulacro de Cortes para las juras de príncipes y reyes, resto precioso de los antiguos derechos de la nación, porque la



corona de España es constitucionalmente electiva. Así lo fue al principio, y lo ha sido varias veces después, porque, menos por ley que por conveniencia del pueblo, se fue haciendo hereditaria, aunque no de una manera. Siglos estuvo sin designación de primogénitos, y sólo con los Borbones entró la exclusión de las hembras. Por eso no basta para ser heredero en España ser primogénito: es menester ser jurado como tal príncipe de Asturias. Ni aun así se sigue que haya de reinar, pues la infanta doña Juana fue jurada dos veces en Cortes: sostenían sus derechos los grandes y los reyes de Francia y Portugal. Su padre Don Enrique la llamó a reinar en su testamento como a hija legítima. Pero al pueblo se le metió en la cabeza que su padre era impotente y ella era hija de D. Beltrán de la Cueva. Por eso la excluyó por sus diputados en Cortes, y entró a reinar la infanta Doña Isabel. Esa es la razón por la que en la jura del rey, como para la de príncipe, se hace la ceremonia de convocar Cortes y van a hacer su cortesía, por la cual se le reparten títulos y cruces. El rey pasa su cédula a los consejos, avisando que se le ha jurado en Cortes, y los Consejos, después de jurarlo en su seno, mandan jurarlo en sus distritos. Los regidores levantan entonces pendones en las ciudades y villas y lo juran. Hasta entonces no es rey constitucionalmente.

Fray Servando Teresa de Mier, *Memorias*, s. a., Madrid, Biblioteca América, Biblioteca Ayacucho.





# Vida cultural

## Bibliotecas y lectura

### LA BIBLIOTECA REAL

*Tradicionalmente la idea de crear en Madrid una biblioteca abierta al público se atribuye a Felipe V, aconsejado por el jesuita Pedro Robinet y el ministro Rafael de Macanaz. El establecimiento, que abrió sus puertas en 1712 con el nombre de Biblioteca Real, contó inicialmente con un fondo de 12.000 volúmenes y pronto se convirtió en un foco de ilustración en el Madrid dieciochesco. Simbolizó la nueva biblioteca como ninguna otra la identificación entre la Corona y la Iglesia, no sólo porque ambas compartían su administración, sino porque, además, se la situó en el pasadizo que comunicaba el Palacio Nuevo con la Iglesia de la Encarnación, próximo a los Caños del Peral, en terrenos que forman la actual Plaza de Oriente. La convivencia en el establecimiento de libros, monedas, objetos arqueológicos e incluso instrumentos físicos introduce en España un modelo bibliotecario netamente neoclásico. Mientras que el centralismo borbónico inspiró medidas tales como el privilegio de recibir un ejemplar de cada obra publicada (1716), el reformismo cultural y las ideas de servicio público alientan, como en las Academias, una labor de difusión erudita concretada en la edición de publicaciones propias (Bibliotheca Universal de la Polygraphia Española), redacción de estatutos (Fundación y Estatutos de la Librería Pública del El Rey) y pertinentes instrumentos catalográficos (Índice Universal).*

*Un viajero anónimo francés describe en el siguiente texto su visita a la Librería Real de Madrid en este momento fundacional, cuando el establecimiento todavía estaba dirigido por eclesiásticos y la lectura de libros sometida a las limitaciones de los Indices inquisitoriales.*



*Lectura pública en la Biblioteca Real: anónimo*

Hubiese llevado una vida muy aburrida en Madrid, pues no tenía ocupaciones continuas, ni lugar donde entablar una relación estrecha con los españoles, —pues son muy orgullosos y disimulados y todavía mantienen respecto a los franceses un germen de antigua antipatía— si no hubiese tenido oportunidad de distraerme visitando frecuentemente la biblioteca pública real, donde pude leer toda suerte de libros latinos, árabes, franceses y españoles todo el tiempo que quise. Me detuve a observar las estampas mejor grabadas de los mejores cuadros. Algunas veces bajaba a los sepulcros de los antiguos para examinar con sus lámparas sus restos; otras, los objetos que se encerraban con sus cenizas. Un día admiré el arte ingenioso de sus ídolos. Otro entraba en tratos con los reyes y emperadores y sabía por sus medallas de las principales acciones de sus vidas.

En otras ocasiones me entraban ganas de informarme sobre sus fortificaciones; veía sobre un plano de cuatro pies la representación de una ciudad con sus casas en relieve, sus plazas públicas, iglesias y fortificaciones que la defendían; también veía allí la manera como los soldados se movían dentro de la plaza asediada por un ejército enemigo. Encontré finalmente con qué contentar mi curiosidad sobre la historia y sobre toda clase de ciencias en la lengua que yo estimaba más propia para mi inteligencia.

Esta Biblioteca, que el Rey ha conseguido confiscándola al arzobispado de Valencia y a otros señores rebeldes, consta de 27.000 volúmenes. Cuidan de ella cuatro bibliotecarios que, aunque españoles, por lo que pude conocerles durante las conversaciones que mantuve con ellos para aprender la lengua e instruirme en muchos detalles, pueden pasar por hombres sabios. Los libros llenan cuatro salas; el Padre confesor del Rey es su superintendente.

Es cierto que, entre esta gran cantidad de libros, hay muchos duplicados y un número muy alto cuya lectura está prohibida, salvo que se tenga permiso del Inquisidor General. El Rey mismo en este punto está sometido a su poder, pues tiene que pedir permiso para poder leerlos, como también, salvo pocas excepciones, los Obispos, Arzobispos y Doctores. Fui a saludar a su Eminencia, más bien movido por mi curiosidad de saber cómo se concibe este permiso que por el deseo real de obtenerlo, pues son libros que nosotros podemos leer habitualmente en Francia.

Anónimo, *Estado presente de España*, Villefranche, Etienne Le Vray, 1718.



## *Emplazamiento, arquitectura y fondos bibliográficos de la Biblioteca Real: Nicolás de la Cruz y Bahamonde*

La Biblioteca Real está situada en una parte del Palacio Viejo, en la Plaza de los Caños del Peral. Su edificio es antiguo y de ningún gusto. Contiene dos grandes galerías, la una que cae a la calle del Tesoro, y la otra que ocupa todo el frente de la dicha plaza. Además, otras varias estancias en el entresuelo y en los bajos, bien provistas de libros. Se calculan más de ciento veinte mil los volúmenes impresos y doce mil los manuscritos: entre los primeros se encuentra la Biblia Maguntina impresa en vitela en 1462; opúsculos varios de Santo Tomás de Aquino, tomo que se cree del 1467. Un tomo de *Civitati Dei*, 1470, excelente edición; una Biblia Latina impresa en Venecia, 1475; Nicolás de Liras Exposiciones sobre la Biblia, 1481; un Salterio o exposición de los Salmos, 1482; la primera obra que se cree impresa en Zaragoza, según su data. Un Breviario de 1486; un tomo en cuarto colección de poesías hechas imprimir por Ramón de Llabia y dedicadas a Juan Fernández de Heredia, gobernador de Aragón 1481. Los autores contenidos en dicha colección son Fernán Pérez de Guzmán, Fray Iñigo de Mendoza, Don Jorge Manrique, Juan Alvarez, Juan de Mena, Ervias, Gómez Manrique, Fernán Ruiz de Sevilla, Gonzalo Martínez de Medina y Fernán Sánchez Talavera.

Nicolás de la Cruz y Bahamonde, conde de Maule, *Viaje por España*, Madrid, Manuel Bosch, 1806-1813.

### BIBLIOTECA DE SAN ISIDRO: NICOLÁS DE LA CRUZ Y BAHAMONDE

Se abrió de orden de Carlos III, a beneficio del público, el día 20 de enero de 1786, según consta de la inscripción que está a la entrada encima de la puerta en el cuerpo principal. Ella se compone de los libros que se encontraron en las cinco casas de los jesuitas que había en Madrid, y de otras que vinieron del colegio de Villa García. Contiene cinco galerías o bien sean los corredores que circuyen el patio, en cuyas partes superiores de los estantes se ven a la derecha los retratos de varios hombres ilustres nacionales; y a la izquierda de los jesuitas extranjeros y españoles. Hay además una hermosa sala, en la cual se hallan los índices, las mesas y asientos para la concurrencia de los amantes de las letras que vienen a leer o a sacar sus apuntes: había treinta y seis personas ocupadas en este ejercicio. Tiene el retrato de Carlos III. Al fin de la sala hay otra pequeña estancia que encierra las ediciones antiguas. Se encuentran muchas según lo que he podido observar del siglo XV, desde el 1478 en adelante; entre ellas un vocabulario latino y español en 4º



escrito por Alonso de Palencia de orden de la Reina Doña Isabel, impreso en Sevilla en 1490 por Pablo de Colonia alemán y sus compañeros. Al fin del segundo tomo hace el autor relación de las obras que había publicado y escribía actualmente. También se ve un misal placentino del 1554 impreso en Venecia; y un breviario en latín con la explicación y rúbricas en francés en letra muy grande, dos tomos en folio regalados por el Rey de Francia al Cardenal infante, hermano de Felipe IV, cuando lo hicieron arzobispo de Toledo, impreso en París en 1588. Es muy curiosa la colección de gramáticas americanas: hay una Moja y otras Michoacana, Quechua, Mosca, Guaraní; un pequeño arte, vocabulario y confesionario de la lengua Auracana, por el P. Luis Valdivia. Una gramática de la lengua lule y tonocote; tres gramáticas por diferentes autores de la lengua Tagala; y otras con vocabulario, confesionario y catecismo de la lengua Tepeguana<sup>1</sup>. No hablo de las gramáticas de lenguas orientales ni de las europeas porque son conocidas. Ni tampoco he hecho aquel examen prolijo que se requiere para poder individualizar todas las obras; solamente una pequeña ojeada notando lo más singular: se regulan setenta y cinco mil volúmenes impresos.

Los manuscritos serán cinco mil; están colocados en la antigua biblioteca jesuítica, sin orden, pues hasta ahora no han tenido lugar de examinar sus contenidos, entre los cuales seguramente habrá cosas curiosas. Parece que hay muchos documentos correspondientes a la rama de la casa de Austria en España desde el Emperador Carlos V.

En el cuarto del bibliotecario mayor, Don Miguel de Manuel, se ve una colección de los diez y ocho generales jesuitas que gobernaron la compañía hasta el Padre Ricci, los diez y seis son originales de sus respectivos tiempos, y los dos de san Ignacio y san Francisco de Borja buenas copias modernas.

También hay en esta casa una gran colección de medallas, pero tampoco están en orden, ni se sabe sus contenidos.

Nicolás de la Cruz y Bahamonde, conde de Maule, *Viaje por España*, Madrid, Manuel Bosch, 1806-1813.

## LAS BIBLIOTECAS Y ESTADO DE LOS ESTUDIOS Y LAS LETRAS EN MADRID: DANIEL GOTTHILF MOLDENHAWER

*El autor de las notas de viaje sobre las que están basados los siguientes esbozos de España hacia 1789 era alemán de nacimiento, pero funcionario del estado danés. Daniel Gotthilf Moldenhawer (1753-1823) nació en*



*Königsberg y era hijo de un profesor de la universidad de esta ciudad. En 1777, pasó al servicio de Dinamarca y se le confió un cátedra de teología en la universidad de Kiel. Dos años más tarde fue nombrado profesor ordinario de teología y filología.*

*En el verano de 1782, una subvención real le permitió iniciar un viaje de estudios que debía durar dos años y medio. Después de atravesar Alemania, hizo una estancia en Holanda. A continuación fue a Inglaterra, donde estuvo en Oxford y Londres. Marcha más tarde a París. Moldenhawer quería terminar su viaje en España. Sólo realizó su deseo acompañado de Thomas Christian Tychsen, orientalista y teólogo, con quien llegó a Madrid el 20 de marzo de 1782. Los viajeros pasan dos meses en el Escorial redactando el catálogo de manuscritos griegos de la biblioteca. Moldenhawer vuelve de nuevo a España en 1786 en lo que ha sido calificado un viaje «erudito», pero que lo fue también político y diplomático.*

*Moldenhawer dejó apuntes de sus viajes, pero solo redactó en forma literaria una pequeña parte de sus fragmentos cuando era director de la Biblioteca Real de Copenhague. Las notas que tomó durante su viaje a Madrid prueban que supo observar no solamente el mundo intelectual, sino también la vida cotidiana, política, económica y social.*

*Con este material Gigas redactó un libro con el título de Spanien omkring 1789. Kulturhistoriske fragmenter efter D.G. Moldenhawers Rejsedagbog (Copenhague, 1903), donde selecciona los apuntes más importantes de este viaje.*

La principal biblioteca de Madrid, la Biblioteca Real, ha estado abierta al público a partir del año 1712 durante cinco horas todos los días, salvo las fiestas y cuando se quitan las esteras del suelo. De la manera como Moldenhawer habla de las bibliotecas públicas de Madrid y de aquellas que pudo visitar, es posible deducir sus cualidades e intereses especiales de bibliotecario. Años más tarde pudo poner en práctica sus ideas cuando fue nombrado director de la mayor biblioteca de Dinamarca.

La noticia siguiente sobre la Biblioteca Real proviene de Tychsen:

«La mayoría de los manuscritos han venido de Cataluña. Como se consideraba a los catalanes sediciosos, destructores y dilapidadores de los palacios de los nobles, se decidió enviar los manuscritos a Madrid. Casalbon trabaja en el catálogo de los manuscritos griegos; sólo le falta la cuarta parte para terminarlo. Los manuscritos inéditos de la colección han sido copiados y traducidos por él en catorce volúmenes para su Índice. Los textos latinos y españoles no están todavía catalogados. Los primeros son muy escasos; entre los españoles muchos tratan de las Indias. Hay una traducción de Plinio con anotaciones explicativas, pero no pasa del vigésimo segundo libro. También se conserva una descrip-

ción de plantas españolas, in folio con dibujos coloreados, un bello manuscrito de las *Cantigas* de Alfonso X el Sabio, muchos manuscritos árabes, entre otros la liturgia mozárabe. Éstos están todavía en fajos y amontonados. Hay también una multitud de libros y papeles que Santander se había llevado a su casa para hacer un catálogo. En la antecámara, armarios sin cerrar contienen una colección de libros y manuscritos que han sido legados a la biblioteca, pero que todavía no han sido examinados. Cuando los españoles conquistaron la fortaleza portuguesa de Almeda en la última guerra, enviaron todos los libros a Madrid. Hace ya quince años que se encuentran aquí: llenan cuarenta cajas. Doce sabios trabajan todos los días en la Biblioteca, pero ninguno de ellos ha tenido la suficiente curiosidad para mirar lo que había allí dentro. Es un rasgo característico de la flema española.

La colección de impresos es muy numerosa: la evalúo en unos 150.000 volúmenes por lo menos, sin contar los que han venido de casa de Santander. Todos los libros están colocados en armarios enrejados y catalogados alfabéticamente. En los armarios se amontonan muchísimos volúmenes y paquetes de manuscritos de sabios españoles; pero hasta ahora se ignora su contenido. En una sala independiente se hallan los libros raros, entre los cuales hay que destacar un volumen lleno de finas miniaturas sobre grandes hojas de vitela que representa la entrada solemne de Maximiliano I y la celebración de su matrimonio con la infanta Isabel acompañado de versos alemanes.

Hay varias piezas preciosas: muchas piedras grabadas, alrededor de dos mil piezas; la mayoría son modernas, pero algunas son antiguas y bastante bellas; hay también muchos camafeos, abraxas y piedras árabes de anillos con sellos. Todas han sido depositadas allí sin haber sido contadas ni descritas; haría falta un hombre experto para clasificarlas adecuadamente.

Hay una numerosísima colección de piezas de monedas griegas y romanas; muchas monedas imperiales en oro. La colección de denarios de oro y plata y de quinarios es muy bella. Hay también monedas celtíberas, entre ellas muchas duplicadas. He contado trece ejemplares de la pieza de moneda muy conocida (de la ciudad de Uliberi, por lo que creo) con el caballero y la lanza. Hay también monedas papales e imperiales de una época más reciente; pero la mayoría sólo son relieves de latón y plomo. He visto algunas monedas de los siglos XIII y XIV con letras hebreas y varios modelos de estatuas antiguas de bronce y yeso, la maqueta de una fortaleza asediada hecha en latón con el mayor cuidado. Se ha reproducido no solamente todas las partes de la fortaleza, sino también el campo con las tiendas, caballeros y soldados.

Ahora se están ocupando de ordenar los libros hallados en casa de

Santander. Después se piensa ordenar las monedas y los manuscritos y empezar a publicar las cosas más notables, tanto antiguos manuscritos como papeles de eruditos más modernos».

Moldenhawer ve con sorpresa el desorden en que Santander había dejado la biblioteca. A su muerte, se encontró en su habitación una multitud de libros y de papeles e incluso algunos manuscritos. Lo que constituía su biblioteca privada se confundía con los fondos provenientes de la Biblioteca Real. La decisión que tomó el Rey sobre la manera de operar en un caso como este fue el siguiente: los libros cuya proveniencia fuera dudosa deberían ser considerados como pertenecientes a la biblioteca de Santander. Y, sin embargo, los papeles atribuidos a la biblioteca cubren la mitad del suelo de una sala bastante espaciosa, y los libros cubren todo el suelo de una gran sala y de una sala adyacente más pequeña.

Pero Moldenhawer visitó también otras bibliotecas y nos ha transmitido observaciones precisas. Primero la de los Carmelitas Descalzos: «El Carmelita que nos recibió es un hombre tal, que no sería fácil encontrar a una persona mejor como bibliotecario. Es muy culto y amable». Moldenhawer encontró la biblioteca bastante bien dispuesta. Había una sala principal y otras dos más pequeñas. En una de ellas estaban los libros sobre historia de España. Vio el más bello ejemplar existente de la Biblia de Alcalá y el Breviario y el Misal impresos en esta villa, que son igualmente raros. En Madrid se había pagado por la Biblia dos mil reales. Era una biblioteca reciente. Por otra parte, estaba bien provista de obras de los Padres de la Iglesia, de derecho canónico, de los Concilios; la literatura clásica, por el contrario, estaba pobremente representada. Moldenhawer dijo que el bibliotecario hizo grandes elogios del Horacio de Pine. «Nos abrió los armarios que guardaban los *libri prohibiti*. Cito los que recuerdo: la *Biblia Políglota* de Walton con Léxico de Castellus; la *Historia del pueblo de Dios* de Basnage, que mi bibliotecario consideró peligrosa, pues contenía no pocos errores; las obras de Lanisius; el *Espíritu de las Leyes* de Montesquieu; una traducción española del Antiguo Testamento con el texto hebreo; una biblia alemana impresa en Dordrecht. La colección no es grande. De la pared de esta sala pendía un cuadro de Rafael y un retrato del célebre obispo D. Juan Palafox y Mendoza, que Carlos III se esforzó en hacer canonizar».

Moldenhawer y Tychsen sacaron más provecho de su visita a la biblioteca de los benedictinos. «Verdaderamente recomendable, porque posee muchas de las obras españolas más raras y preciosas en todos los géneros literarios....». «Su bibliotecario, Domingo de Lerin, tenía un alma monacal; hubiera preferido que nuestra ocupación se limitase a recorrer los títulos de los volúmenes». Si la comparamos con la Biblioteca Real, esta biblioteca era especialmente rica en libros que interesaban

sobremanera a Moldenhawer: descripción de viajes, obras históricas sobre las Indias, África y Oriente... El catálogo podía ser considerado como terminado, puesto que los títulos completos de los libros habían sido copiados en fichas; se debía hacer enseguida un catálogo alfabético y un catálogo sistemático. «Se dice que tiene 11.000 volúmenes. El bibliotecario no se cansa de alabar los libros raros de su biblioteca y la considera completa». No conocía —¿porqué habría de conocerlas?— la infinidad de obras importantes, quiero decir extranjeras, que faltan aquí en todas las disciplinas. Se extiende con no menos prolijidad sobre su trabajo y sus méritos. Casi se había dejado los ojos —decía— realizando este trabajo. ¡Pobre hombre! ¡Dejarse los ojos redactando las fichas de un catálogo de 11.000 volúmenes! «Esta reflexión deja adivinar la personalidad de quien será en un futuro no muy lejano el director de la Biblioteca Real de Copenhague».

Había también en Madrid otro monasterio de benedictinos, llamado de Montserrat, donde se conservaban los manuscritos legados por Salazar. Los Bernardinos, que llevaban *vitam contemplativam*, no estudiaban: sólo tenían una pequeña biblioteca y ésta sólo albergaba manuscritos. En otra biblioteca del convento, la de los Recoletos Agustinos, el bibliotecario hizo a Tyschen la pregunta singular que cita éste en el suplemento del viaje a Bourgoing: habiendo visto Tyhsen ojear a veces las últimas páginas de un carnet de notas que empezaba por el final, le preguntó si en Dinamarca escribíamos de derecha a izquierda. Cuando le dijimos que en nuestro país los ríos se helaban en invierno, quedó muy sorprendido. Moldenhawer escribió un poco más adelante: «El aquí presente bibliotecario de los Recoletos Agustinos Descalzos es ahora *cronista* y trabaja en la crónica de su orden, que será un obra bastante miserable, según mi conocimiento personal del autor». Por otra parte: «Gersdorf se sorprendió mucho ante el hecho siguiente del que fue testigo: un sabio de Madrid creyó que los caracteres alemanes impresos eran rusos».

Entre las bibliotecas privadas que estaban abiertas al público, pero que no prestaban libros, Moldenhawer visitó la del duque de Medinaceli. «El inspector conoce muy bien los títulos y de los libros el lugar que ocupan en los estantes. Esta vez no se nos quiso enseñar el catálogo, que pedimos. Sólo servía —nos dijo— para encontrar los libros». La biblioteca estaba compuesta en su mayor parte por diversos libros españoles o impresos en España. La ordenación me pareció unas veces bastante curiosa, otras ridícula; así, por ejemplo, *el Asno de Oro* de Apuleyo estaba colocado entre gramáticas y diccionarios. Otros dos o tres estantes estaban llenos de Vidas de Santos. «Para poder utilizarla mejor y de modo más instructivo, son necesarios favores mayores por parte del bibliotecario». Otra nota podría inducir a creer que estas reflexiones se hacen en

relación a la biblioteca de Medinasidonia o, en todo caso, en relación a otra diferente a la de Medinaceli: «He visto la biblioteca del duque de Medicela (*sic*). El inspector que nos guiaba era un hombre bastante cortés y complaciente. Se nos dio permiso para leer en la biblioteca, que es pública, desde las nueve hasta la una. Se había clasificado a la Enciclopedia francesa en el grupo de los *libri prohibiti*. Algunos armarios contenían manuscritos y papeles modernos de los que una buena parte pertenecían también a los libros prohibidos. Una sala contenía viejas armaduras, armas, escudos y algunos viejos monumentos de arte. Aquí, como en la biblioteca de los carmelitas, todos los libros estaban colocados en armarios. En cuanto a la biblioteca del duque de Alba —accesible igualmente al público—, el duque tenía la intención de venderla, pero el bibliotecario le había disuadido para que no llevase a término sus propósitos».

Las únicas ciencias que sirven aquí para ganarse la vida son la teología, la jurisprudencia y la medicina. Las demás apenas permiten malvivir a quienes las cultivan y ello incluso aunque estas personas sean muy diligentes, salvo en el caso de que tengan fortuna. «El Librero Sancha, un hombre muy digno, se extendió hablando de la ignorancia, la envidia, el egoísmo y el gusto por los enredos que reinaban en España. Lo hizo con la mayor vehemencia que recuerdo haber escuchado nunca de los labios de un español sobre su desdichada patria». «Guevara es el censor de la Academia de Economía. Durante una hora y media me leyó su tratado, impreso en el nuevo volumen de las *Memorias económicas*. Pero nunca he visto prodigar a ningún alma viviente tantos elogios imprudentes sobre sí mismo. Este trabajo era para él una verdadera *gloria*, «fuente de orgullo», decía; estaba escrita, como todas las obras salidas de su pluma, con una claridad y una fuerza maravillosas.

En general, la fatuidad de los sabios de Madrid y su entusiasmo por sus obras son casi insoportables. Perjudica el progreso de la erudición e impide la existencia aquí de sabios que se consagren exclusivamente al cultivo de la ciencia. Solicitan y obtienen empleos que absorben todo su tiempo y les impiden continuar sus estudios y componer obras literarias». «La lectura de libros es muy rara aquí. Incluso las personas que simulan leer no poseen un sólo libro en sus casas. Si leen algo, es lo que toman prestado, pues nunca compran nada». «Indudablemente, hay aquí hombres sabios y de buen gusto, pero viven en silencio y no gozan de prestigio alguno. Sería difícil describir lo poco que se anima aquí a los sabios, y esta falta de ánimos y estímulos es tanto más imperdonable cuanto que España, por ejemplo, cuenta con cincuenta y una catedrales».

La Censura pone también muchas trabas: la dificultad para hacer imprimir una obra útil es indecible. La demora exigida por la censura, las dificultades para obtener el permiso para imprimir bastan casi para des-

animar cualquier empresa intelectual. Con todo, aún se tiene la valentía de escribir: todas las prensas trabajan. A veces también se sabe eludir la censura. Cuanto más pesa sobre la libertad de prensa, tanto más se esfuerzan los copistas por multiplicar los papeles llamados secretos.

Dos ciencias han sido descuidadas: la historia natural y la física. ¡Qué gran interés ofrece, sin embargo, España a los naturalistas! Hay aquí alrededor de 260 especies de mármoles diferentes. Pero Ortega, el botánico, comunicó a Moldenhawer que, dentro de poco tiempo, se crearía una Academia de Ciencias y que el ministro Floridablanca estaba muy interesado en ello. Varias obras de botánica estaban en curso de publicación. En cuanto a la bella y gran edición de la *Historia de las plantas, de los animales y de los minerales de Méjico* de Hernández —editada en 1790 por el mismo Ortega—, cada hoja que debía imprimirse fue enviada a América, a fin de que el dibujo y la descripción minuciosa de las plantas se hiciese allí. Para esta finalidad, algunos botánicos habían salido ya hacia el Nuevo Mundo y trabajaban intensamente en la empresa. Uno de ellos era Mutis, a quien Linneo ha dedicado una planta. La obra de Oviedo, *Historia natural de las Indias* (primera mitad del siglo XVI), debía ser objeto de una nueva edición con numerosos suplementos provenientes de notas manuscritas del autor. Este mismo Ortega había organizado y administraba el nuevo Jardín Botánico de Madrid, establecido en 1781 en el Prado, donde se encuentra todavía. Moldenhawer lo visitó poco tiempo después de su creación. El Rey gastó una gran suma de dinero para comprar el terreno y las pequeñas colecciones que se hallaba allí; se habló de tres millones de reales, nos dice el viajero. «Ningún otro jardín botánico tiene una extensión mayor. Se dice que posee hoy en día 2.000 especies de plantas, indígenas o exóticas, que crecen unas en plena tierra, otras en invernaderos. Los virreyes y los gobernadores de las Indias han recibido la orden de enviar allí las plantas de estas comarcas. (La misma orden ha sido transmitida para completar los gabinetes de historia natural. Pero todavía, se dice, no se han recibido más de tres o cuatro piezas). Hay que hacer justicia a Ortega, el inspector del Jardín, que, en el corto espacio de tres años, ha hecho más de lo que podría esperarse».

El escaso número de españoles que querían entonces leer o estudiar, se encontraban en una situación muy desfavorable para encontrar libros. No faltaban libreros hábiles y emprendedores cuyos almacenes siempre estaban bien surtidos de libros extranjeros; estos mismos libreros, que eran al mismo tiempo los propietarios de las imprentas, desplegaban una actividad muy grande como editores. Desde el punto de vista tipográfico, las obras impresas en las prensas de Ibarra y en la Imprenta Real son trabajos excelentes que honran al país. Se podría nombrar en primer

lugar a Sancha, al que ya nos hemos referido. Moldenhawer fue a verle al día siguiente de su llegada a Madrid; las obras extranjeras depositadas en la librería le hicieron formarse enseguida una idea favorable del hombre y de su actividad. «No me esperaba encontrar en su almacén un número tan elevado de las mejores ediciones de los autores clásicos de la antigüedad, que venían de Holanda, Inglaterra e incluso de Alemania. Sancha tenía una treintena de ejemplares de la colección de los Dos-Puentes (las llamadas ediciones bipontinas)». No hay que extrañarse de que el mismo Sancha fuera un fiel servidor de su patria. «Sancha, el modesto y generoso Sancha, nos ha confesado hoy que sus compatriotas tenían muchos motivos para estarle agradecido. Fue personalmente tres veces a París y no ha ahorrado ningún gasto para procurar a su hijo la mejor formación en el arte de la encuadernación, sobre todo en Francia e Inglaterra. Sancha no sabe leer ni escribir en francés». Cuatro de sus prensas imprimían una obra de filología oriental del profesor Michaëlis, de Göttingen. Pero se quejaba mucho de la dificultad que tenía de hacer trabajar lo suficiente a sus obreros. Se mostró enseguida muy servicial para con sus visitantes y los acompañó a la Biblioteca Real. Suministró amablemente a Moldenhawer y a Tychsen información sobre la librería y sobre todo lo relativo a los libros, los proyectos de edición etc. Les contó que vendía alrededor de 25.000 *Gulas* encuadernadas, pues era una literatura que generalmente era preciso poseer. Cuando se recibía en Madrid los libros encuadernados, se les quitaba sus encuadernaciones. Este hecho podía ser considerado unas veces como una ventaja, otras como lo contrario. Los encuadernadores eran al mismo tiempo libreros. Parece ser que, en todo Madrid, sólo había tres libreros que vendían libros encuadernados. El librero-editor compartía los gastos de impresión con el autor. Así hacía Sancha con varios escritores. El librero cubría los gastos de los primeros ejemplares vendidos; más tarde compartía la mitad de los beneficios. A menudo era difícil reeditar un libro o un folleto que hubiera sido publicado antes con el visa de la censura. Entre las obras que Sancha estaba a punto de publicar, citó la *Historia de la Conquista de Méjico* de Antonio de Solís, en dos volúmenes in-4º (es la bella edición fechada de 1783).

Moldenhawer conoció también a otros libreros, sobre todo dos comerciantes de libros de ocasión, pues deseaba comprar libros de literatura española antigua. Su amigo Sancha le confió que esta literatura era al mismo tiempo la mejor y la más rara; muchos libros no podían obtenerse a ningún precio si se los buscaba expresamente: hacía falta tiempo y una ocasión. «No existe ninguna edición completa de las comedias de Lopez (*sic*) de Vega; el duque de Almodóvar, que las colecciona, no ha podido encontrarlas todas».

Moldenhawer cuenta así su visita a una librería de la calle de la Montera: «Es muy agradable tener que abrirse camino en estas librerías, en medio del deshecho más miserable, para llegar a descubrir por casualidad algún libro tolerable e utilizable. Las antologías de libros viejos y de papelotes que contienen *Vidas, Honras, Exequias, Historias y Sermones* llenan toda una serie de estanterías sin que ni un solo título atrayente se presente al ojo escrutador del comprador experto. Y si el librero no os conoce como comprador, os despide sin contemplaciones y con frialdad. Esto es seguro. El comerciante no cree que merezca la pena adelantarse a los deseos del comprador o incitarle a comprar. En cuanto a los precios que estas personas os piden, no puede más que decirse que por todas partes comercian como judíos. Es cierto que no se enfadan si se les ofrece solamente la mitad de los que os han pedido. Pero yo he tenido también la ocasión de constatar que más de un comerciante, por una especie de noble vergüenza, prefiere guardar un libro antes que rebajar la primera demanda excesiva».

El mayor almacén de libros españoles que vio Moldenhawer en Madrid fue el del «comerciante de libros de la *calle de las dos Hermanas n.º 22*»; observó allí, entre otros, tres volúmenes de decretos (*pragmáticas, cédulas reales y autos*), colección bastante completa al parecer y que comprendía un período de veinte años. Pero pidió una onza por volumen, lo que indicaba muy bien que creía tener delante suyo a un estúpido inglés. Pidió el mismo precio elevado por un manuscrito cuyo grosor era de alrededor tres dedos y que tenía como título *De los tribunales de España*. «Me vi fuertemente tentado de comprarlo. Muchos papeles legados por los abogados o los magistrados fueron vendidos a un librero de viejo y revendidos por éste para servir como ejercicios de lectura de los manuscritos. Su precio era de un real o de un medio, según el grosor». Moldenhawer habla de una venta pública a la que asistió en la *calle de Alcalá*: era la colección de libros legados por el Marqués de Fontanar, que se vendían al mejor postor. Se tenía la costumbre de disminuir en un tercio los precios de los libros que habían sido propuestos, pero esta vez sólo se rebajó un quinto. Los libreros que estaban en buenas relaciones con el comisario de la subasta obtenían fácilmente el derecho a la compra.

El sabio español del que Moldenhawer cuenta cosas más personales es el valenciano Don Francisco Pérez Bayer. Es comprensible: como director de la Biblioteca Real disponía de una gran parte de los tesoros que buscaban el viajero danés y sus compañeros de viaje; en calidad de filólogo, humanista y numismata, ocupaba un rango distinguido entre sus compatriotas. Pérez Bayer era un hombre viejo —entre setenta y ochenta años— durante la primera visita de Moldenhawer a Madrid—; pero la



suya era una vejez activa. Nada más llegar a la capital de España, los dos viajeros corrieron a su encuentro y «les abrumó con serviciales ofertas». Tanto en la Biblioteca como en la casa del director, Moldenhawer tuvo más de una conversación instructiva con él y pudo percatarse de su carácter y manera de ser, no siempre agradable». «Su fisonomía no puede ser calificada de atractiva, pero denota bastante inteligencia. No se puede negar que está aquejado por una enfermedad incipiente de pedantería. Su manía de hablar en la Biblioteca en tono doctoral es, por momentos, muy fatigosa e incluso intolerable. Cuando un manuscrito griego caía en sus manos, se precipitaba enseguida a la primera página que encontraba y se ponía a leer en voz alta sin ton ni son. Hay que confesar que sus conocimientos lingüísticos eran bastante limitados; los de numismática estaban más fundamentados y eran algo más sólidos. Lo que sabe de árabe parece ser bastante poco. Hoy mi paciencia ha sido sometida a la prueba más penosa escuchando recitar una nota de dos páginas in-folio sobre Prudencio. Después empezó a hablar de sus Suplementos a la *Bibliotheca Hispana vetus* de Nicolás Antonio, y sin que me hubiera preguntado si me interesaba o no, tuve que escuchar su lectura de todas las notas impresas hasta ese día. Sánchez y Castro, que auxiliaron al director de la Biblioteca en el momento de su feliz vuelta, tuvieron que ser también pacientes oyentes sin que en ningún momento se les preguntase su opinión».

La colección privada de libros de Pérez Bayer impresionó a Moldenhawer, quien advirtió que había gran abundancia de ejemplares curiosos. «Sus libros están repartidos en seis habitaciones; se puede incluso considerar como una séptima habitación un rincón que parece contener principalmente manuscritos. Rechazó nuestra demanda de tomar prestado el catálogo del Escorial, alegando que no se atrevía a hacerlo. Pero nos dijo que en su casa podríamos consultar todo lo que quisiéramos. Se ofreció a prestarnos libros. No podía negarse que había trabajado mucho. Los legajos que contenían sus papeles están colocados encima de las estanterías en la última habitación, donde ocupan toda la longitud de la pared. Pérez Bayer ha trabajado en el catálogo del Escorial durante tres años<sup>2</sup> y varios meses seguidos. El primer año, durante nueve meses. En esta obra, desde el principio hasta el final, reina la prolijidad que, a mi entender, caracteriza a los españoles. Durante la redacción el autor no tenía delante ni el Labbe (*Nova Bibliotheca manuscriptorum librorum*), ni el Cave (*Scriptorum ecclesiasticorum historia litteraria*) y al comienzo ni siquiera el Fabricius (*Bibliotheca graeca y Bibliotheca latina*)».

Aquí y allá encontramos observaciones sobre otros sabios españoles, por ejemplo sobre Juan Antonio Pellicer, quien aseguró con un orgullo

típicamente español que ninguna otra nación podía vanagloriarse de poseer una obra como la *Bibliotheca hispana* de Nicolás Antonio<sup>3</sup>, de la que se iba a publicar una nueva edición (vio la luz entre 1783 y 1788) y cuyos editores fueron Pellicer y T. A. Sánchez, de la Biblioteca Real.

Don José Rodríguez de Castro es descrito por Moldenhawer como un hombrecillo afable y complaciente cuyo aspecto exterior no parecía español. Era muy diligente en sus estudios. Su obra fue impresa a expensas reales, pero los ejemplares fueron vendidos a cuenta del Rey. Casalbon, el bibliotecario ya mencionado, dijo a Moldenhawer que la Biblioteca Real poseía alrededor de seis o siete mil manuscritos y aproximadamente cien mil libros impresos. «Me dijo que había trabajado la mayor parte del tiempo acostado en la cama covaliente de una larga enfermedad». Nuestros viajeros dicen de él que era una persona muy amable, como también lo era D. Antonio Murillo, quien les propuso prestarles en su domicilio el catálogo de la colección de libros de la Academia de la Historia y les enseñó sus contribuciones manuscritas al gran diccionario geográfico: «su exactitud y sus detalles eran extremos».

Hablando de José Miguel Flórez, secretario de la Academia de Historia, Moldenhawer lo describe así: «El llamado señor Flórez, que era promotor de las excavaciones de Granada, es el principal impostor en este asunto»; Bayer y el numismata Gusseme escribieron contra él y la impostura fue demostrada. De los labios de don Antonio Ponz, conocido por su amplio y precioso *Viaje de España*, Moldenhawer oyó esta observación: «El número de los académicos aumenta, pero las artes están en decadencia». «D. Casimiro Gómez Ortega, el botánico, hablaba francés con fluidez —dice Moldenhawer—, había estudiado en Italia y valoraba España con una gran imparcialidad». Sobre J. B. Muñoz leemos la opinión (probablemente de segunda mano) de que su escrito contra Pozzi era un libelo que avergonzaba a su autor y envilecía a España. Muñoz había sabido ganar la protección de Gálvez. D. Francisco Cerdá y Rico, que había sido empleado en la Biblioteca Real, pero que había cambiado este trabajo por un puesto más lucrativo en la administración colonial, no merece un juicio más favorable: «es una cabeza mediocre, llena de prejuicios». No obstante, Moldenhawer cambió esta opinión cuando le conoció personalmente: «Al parecer, tiene la biblioteca privada más exquisita de España: contiene obras de literatura antigua, historia eclesiástica, historia culta y antigüedades».

Gigas, Daniel Gotthilf Moldenhawer, *Un viajero alemán-danés en España bajo el reinado de Carlos III*, Revue Hispanique, 1927, t. 69.

Casi todas las obras que se publican en Madrid son traducciones, especialmente del francés; traducciones malísimas hechas a destajo por algunos pretendientes hambrientos, a quienes los libreros pagan alguna ratería. Necesitan, dice un autor, traducirse, porque hablan español en francés, y están corrompiendo el lenguaje de la nación. No es eso lo peor, sino que casi todas las obras son truncadas, especialmente cuando favorecen poco a los españoles, y mudan el texto sin advertirlo al lector, como está el Batteux en todo lo que toca a la literatura de España. El traductor de Hugo Blair, farfullón como le llama Capmany, habla tres o cuatro veces más que su autor; y no lo advierte el lector.

*Fray Servando Teresa de Mier, Memorias, s. a., Madrid, Biblioteca América, Biblioteca Ayacucho.*

## Reales Academias

*La ubicación de las Reales Academias en Madrid era un símbolo de la misión que se les encomendó de normalizar y disciplinar las manifestaciones culturales de acuerdo a los criterios reinantes en la Corte. El criterio intervencionista era claro. Felipe V crea en 1713 la Academia de la Lengua con la finalidad de restablecer y fijar la pureza de la lengua castellana. En 1738, la Real Academia de la Historia para ilustrar la historia de España purgándola de errores. Fernando VI funda la Academia de Bellas Artes de san Fernando (1752), que tenía, entre otros cometidos, la misión de velar por la perfección y adelanto de las tres artes mediante el desarrollo de una política de control de las obras públicas en toda España y especialmente en Madrid. A la Real Academia de Medicina (1734) se le asignó la finalidad de velar por la salud pública recogiendo observaciones y favoreciendo los progresos de la medicina. Menor renombre tuvieron la Real Academia de Jurisprudencia (1742), la Real Academia de Sagrados Cánones (1773), la Real Academia grecolatina (1755) y la Real Academia de teología dogmático-escolástica (1754).*

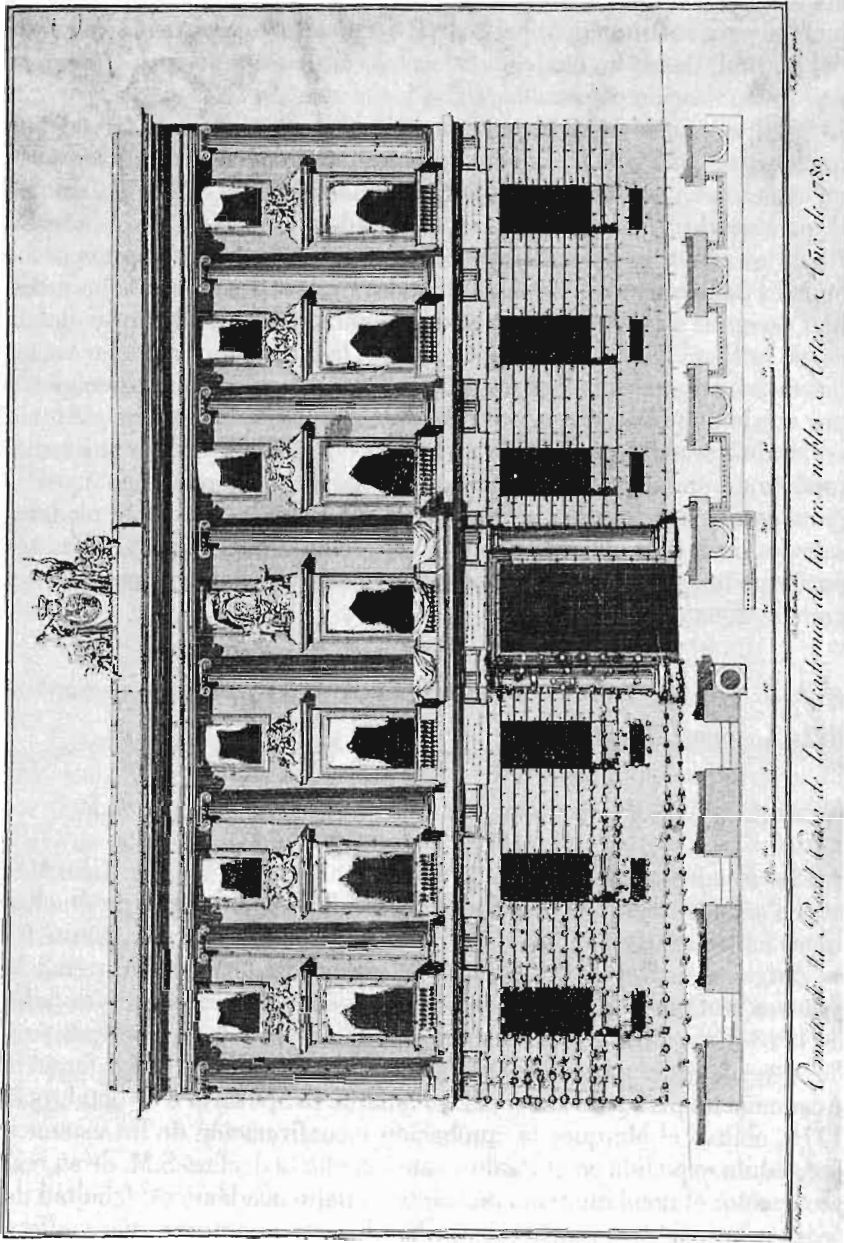
REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO: NICOLÁS DE LA CRUZ Y BAHAMONDE

La escalera es cómoda y está repartida en dos ramas; en sus descansos se ven colocados bustos y estatuas de algún mérito. La Academia de

Bellas Artes ocupa el cuerpo principal. Contiene once salas con una copiosa colección de modelos de yeso de las más célebres estatuas y bustos que había en Roma; un gran número de bajos relieves antiguos y modernos; y muchas copias de las cámaras de Rafael, de las logias y de los mejores originales de Roma. Las pinturas que adornan las salas por lo común son copias de los discípulos y profesores de la misma Academia, entre las cuales se distinguen las de Maella, de quien es el bello original que representa a Agar con su hijo Ismael. También son originales de autores clásicos un Cristo, de Cano, un *Ecce Homo*, de Ribera, un san José de Zurbarán, una Sacra familia, de Jordán, san Pedro y san Pablo, figuras del natural y un cuadro de la circuncisión que se dicen de Rómulo Cincinato; una Virgen y Cristo muerto, de Morales, un san Agustín, de Rubens, y una Susana, de Jordaens flamenco. Pero sobre todos se lleva la atención la excelente Magdalena de Murillo: su actitud fijando los ojos al cielo, arrebatado el espíritu a la contemplación, entrelazándose los dedos de las manos, exprime tal afecto de dolor interior que no deja la menor duda de su santa conversión. Este cuadro fue quitado a un inglés que lo extraía sin permiso y mandado colocar en la Academia en la estancia que sigue a la izquierda de la sala principal.

En una sala reservada están colocados los mejores cuadros. Dos Dánaes y dos Venus de Tiziano; es excelente la que está en actitud de dormir. Las otras también están desnudas y recostadas; la una tiene un perrito y un hombre que toca el órgano a sus pies; la otra, en la misma actitud, tiene un genio que la acaricia y otro joven a los pies ocupado de tocar un órgano. En ambos cuadros se ve una fuente y un bello paisaje. Hay otro cuadro que contiene Venus y Adonis, de Tiziano. Dos cuadros, el Juicio de Paris y tocador de Venus, de Albano; dos cuadros que representan Adán y Eva, tamaños del natural, de Alberto Durero; un cuadro que contiene Lot y sus hijas, de Luti; un cuadro la Andrómeda, de Pablo Veronés; otros varios que representan las Tres Gracias, los baños de Diana, la abundancia, el Juicio de Paris, de Rubens; Hipomene y Atlante, de Guido y la colosal Venus de Aníbal Carracci ¡Con qué pesar he visto estos preciosos cuadros colocados en esta pieza tan oscura y abandonada! Ellos son dignos de ocupar el mejor sitio de esta casa y de que se les forme un gabinete, que sería por su belleza émulo del ochavado que contenía la célebre Venus de Médicis en la galería de Florencia.

Así en dicha sala reservada como en otras varias piezas, están colocadas las pinturas de las oposiciones de premios, los modelitos y los bajo relieves de los discípulos, y las obras de los profesores que se han creado académicos de mérito.



*Comodo de la Real Casa de la Academia de las tres nobles Artes. (Año de 1789)*

*Fachada de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. (1789)*

En las piezas bajas están los estudios de Academia. Hay salas espaciosas para los principiantes que hacen ojos, manos; otras para los más adelantados en figuras enteras; y otro ángulo que comprende varias estancias para la aritmética, geometría, arquitectura, y una sala separada del natural, donde se modela el desnudo en barro y a lápiz; concurren más de cuatrocientos personas todas las noches.

Felipe V fue el primero que promovió estos estudios en 1744 en Junta que destina para este efecto en el aposento que pertenece a S.M. en la misma casa en que está ahora la Real Academia de la Historia, dándole el nombre de Junta Preparatoria. Fernando VI la erigió en Academia Real, la señaló los estatutos, y la dotó con doce mil y quinientos pesos anuales denominándola de san Fernando. Carlos III, amante de las artes, hizo comprar el edificio donde ahora se halla, trasladando la Academia desde la Plaza Mayor a la calle de Alcalá; le dio muchos modelos vaciados de los originales hallados en Herculano; y las dos famosas colecciones que le donó Don Antonio Rafael Mengs, esto es, el estudio que tenía en Madrid antes de su partida a Roma y el otro copiosísimo que había juntado en su larga residencia en dicha capital. Fueron setenta y seis grandes cajones los que se recibieron de Roma, vaciados y modelos sacados de lo más singular del antiguo que se encontraba en Italia. Así pagó este insigne profesor las honras y premios que había merecido a tan grande Monarca.

## REAL ACADEMIA DE LA LENGUA

### *Fundación, finalidad y régimen: Nicolás de la Cruz y Bahamonde*

La Academia española fue promovida a solicitud de Don Juan Manuel Pacheco, marqués de Villena para purificar el idioma de muchas voces bárbaras e impropias que se habían introducido en ella. A este fin se dirigió a su Rey Felipe V, que la aprobó desde luego. Abrieron la primera junta doce de los primeros literatos de la nación el seis de julio de 1713. Estos primitivos académicos combinaron la forma y el gobierno de la Academia nombrando al mismo marqués presidente. Luego formó la Academia un plan para hacer el Diccionario. Después, el 3 de octubre de 1714, obtuvo el Marqués la aprobación y confirmación de los estatutos por cédula expedida en el Pardo a este intento: la declaró S.M. de su real protección; el nombramiento de veinte y cuatro académicos; facultad de ordenar las reglas y constituciones que juzgase oportunas, que pudiese elegir del número referido de académicos, un director que presida en las

juntas; el primero perpetuo y los demás anuales; un secretario perpetuo; el privilegio de tener imprenta propia para las obras de la Academia que se publicarían precediendo licencia del Consejo; su sello particular y les declaró las gracias, prerrogativas, inmunidades y exenciones que gozan los domésticos que estén en actual servicio en el real palacio. En 1723, se dieron setenta mil reales para la impresión del Diccionario, asignándole esta cantidad, evacuada la impresión, como renta anual. Las Juntas continuaron en casa de los directores hasta el año 1754 que el Rey Fernando VI le concedió como habitación la real casa del tesoro dependiente de su propio palacio. Ha dado al público un Diccionario, un tratado de ortografía y una gramática castellana, como se puede ver en la historia de la misma Academia, contenida en el primer tomo del Diccionario reimpresso en 1770. Después ha publicado dos ediciones, una pequeña y otra grande, del Quijote con estampas. Los académicos están divididos en tres clases. La primera compuesta de veinticuatro académicos de número; la segunda de supernumerarios que podrán optar a las plazas según su mayor mérito y a la asistencia de las juntas; la tercera de honorarios para las personas literatas de mérito distinguido que se hallan fuera de la Corte. La casa está situada en la calle de Valverde, tiene bastantes salas y una biblioteca que se va formando.

Nicolás de la Cruz y Bahamonde, Conde de Maule, *Viaje por España*. Madrid, Manuel Bosch, 1806-1813.

### *Miembros y obra cultural: Servando Teresa de Mier*

Las más respetables que hay en Madrid son las Academias de la Historia y la Academia Española. Los miembros de número no pasan de cuarenta, y suele haber algunos muy sabios, especialmente en la de Historia, que tiene su bibliotecario al mismo tiempo anticuario. Cada uno tiene un duro cuando asiste, y el todo de su sueldo son unos seiscientos pesos. Hay corresponsales que son hábiles, y honorarios, esto es, personajes muy necios. Cuando se hizo la Gramática Española, me decía Muñoz, ya habían muerto todos los hombres grandes que había en la Academia Española. Su Diccionario es sumamente incompleto y la correspondiente latina muy mala. Mejor es el Diccionario de Terreros.

*Fray Servando Teresa de Mier, Memorias*, s. a., Madrid, Biblioteca América, Biblioteca Ayacucho.



## REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

La Academia de la Historia tuvo su origen en 1735 por la casual concurrencia en casa de Don Julián Heramosilla de varios literatos. De esta erudita tertulia compuesta de los sabios de la Corte resultó la organización de unos estatutos, el pensamiento de hacer un diccionario de la lengua castellana, el arreglo de sus anales y la erección formal de la Academia en 18 de abril de 1737 por el señor Felipe V. Se le señalaron 24 académicos, incluso un director, un secretario y un censor. En 1744 mandó el Rey incorporar en ella los oficios de cronistas generales y particulares, comprensivo el de cronista mayor de las Indias, que eran de nombramiento de la Corona.

En 1796 publicó la Academia tres volúmenes en folio menor bastante abultados, en los cuales da noticias de sus tareas, explicando las obras que han desempeñado sus socios en cronología, geografía, disertaciones históricas, viajes literarios, colección diplomática y litológica, antigüedades e inscripciones, monumentos romanos, monumentos góticos, monumentos arábigos, planes de trabajos literarios, Historia de Indias, diccionario geográfico, informes y dictámenes por encargo de los tribunales. En 1751 se principió a formar la librería dividiendo la colección en tres clases: 1. de escritores originales de nuestra historia; 2. de inscripciones y epitafios; 3. de diplomas e instrumentos antiguos. Efectivamente hasta el año de 1796 se habían adquirido y reunido tantos manuscritos que formaban los 326 que componen las colecciones de actas y copias de instrumentos originales, que hacen un total de 926 volúmenes. Los impresos llegan a 8.240 volúmenes, y son también análogos al instituto comenzando por crónicas, crónicas, historias de España así generales como particulares de alguna provincia, pueblo o familia que pueda interesar a la nación. Contiene la colección de las célebres Academias de ciencias de París, de Londres, de Berlín, de Leipzig, etc.

Nicolás de la Cruz y Bahamonde, conde de Maule, *Viaje por España*, Madrid, Manuel Bosch, 1806-1813.

## Museos y establecimientos científicos

### GABINETE DE HISTORIA NATURAL

*El desarrollo en el siglo XVIII de las ciencias experimentales implicó un renacimiento del interés por el mundo natural. La creación de gabinetes de objetos de la naturaleza no sólo respondió a esta nueva actitud, sino*



también a un gusto por el coleccionismo que alcanza a nobles y reyes. Carlos III creó en Madrid un Gabinete de Historia Natural en el Palacio Nuevo. Pero la iniciativa institucional más ambiciosa en este campo fue la fundación de un Real Gabinete de Historia Natural. El establecimiento, instalado en el segundo piso del edificio de la Real Academia de Bellas Artes de san Fernando, tuvo su origen en la colección parisina de Pedro Franco Dávila, quien la donó a Carlos III y a la villa de Madrid para instrucción pública. En 1775, el rey nombró a Dávila director del Gabinete, cargo que ejerció hasta su muerte. Posteriormente, las colecciones de los Palacios Reales pertenecientes a príncipes e infantes fueron engrosando este fondo fundacional.

### *Fundación, ubicación y piezas de la colección: John Talbot Dillon*

El Gabinete Real de Historia en Madrid fue abierto al público por orden de Su Majestad en 1775; se compró una bella casa, cuyo primer piso pertenecía a la Real Academia de san Fernando, y la segunda planta se habilitó para recibir una amplia colección de curiosidades de historia natural, que han sido reunidas por el peruano Don Pedro Dávila, que Su Majestad ha aceptado y a quien se ha nombrado director y al que también envió a París. Todos los objetos están colocados con esmero y elegancia. El Gabinete se abre al público dos veces por semana. Además puede ser visitado por extranjeros notables.

La colección de animales y pájaros ahora no es muy grande, pero es de suponer que crecerá rápidamente si se cuidan de traer los productos de las colonias americanas. Se expone allí el esqueleto de un elefante que murió hace poco en Madrid. Hay también un pequeño buey disecado llamado Zebú por Buffon y Zébulo por los españoles. El gran oso hormiguero de Buenos Aires, el *Myrmecophaga Jubata* de Linneo, llamado por los españoles Oso Palmera, vivía en Madrid y ahora está disecado y conservado en este Gabinete. Este oso come carne cuando se corta en pequeños pedazos, hasta cuatro o cinco trozos. Desde el hocico hasta el extremo de la cola mide poco menos de doscientos centímetros, y su altura es de alrededor dos pies. La cabeza es muy estrecha, la nariz larga y delgada. La lengua tan singular que parece como un gusano y se extiende unas sesenta pulgadas. Su cuerpo está cubierto con un largo cabello, o con marrón oscuro con rayas blancas en sus hombros y cuando duerme cubre su cuerpo con su cola.

La sección de minerales del Gabinete de Historia Natural contiene piedras preciosas, mármoles y minerales. Es muy perfecta. Entre otras curiosidades hay un grano de oro de veintidós quilates que pesa sesenta

marks, cuatro onzas, cuatro ochavos, peso español, encontrado en California, y enviado por el virrey de México como regalo a Su Majestad; también hay varias especies minerales de plata, de la mina de Guadalcanal en Extremadura, de la llamada Rosicler.

Hay ejemplares de utensilios mejicanos y peruanos, vasos de barro de esta especie, que los españoles llaman Barra. No son de mucho gusto y su ejecución es mediocre. También pueden verse algunas producciones semejantes al Otaheite, que los españoles llaman *amath*.

Hay además una curiosa colección de vasos, aguamaniles, copas, platos y piezas ornamentales de las más finas ágatas, amatistas y cristales de roca montados en oro y esmalte con camafeos, tallas de un gusto elegante y de la más delicada mano de obra. Se dice que fueron comprados en Francia por Felipe V. Hay también una valiosa colección de libros e impresos que se acrecientan de día en día gracias a los buenos oficios del mencionado Don Pedro Dávila.

John Talbot Dillon, *Viajes a través de España*, Londres, G. Robinson, 1780.

### *Objetos de la colección: Nicolás de la Cruz y Bahamonde*

El Gabinete de Historia Natural, que ocupa el segundo piso de esta casa, contiene diez salas, incluso dos y un pequeño gabinete reservado. Las describiremos por partes.

#### Sala 1

Está circuida de estantes, y en ellos colocados por orden y numeración los espatos calcáreos: espato perlado, espato pesado, espato flúor, cuarzo y cristales de roca; chorlos, piedras figuradas, cinabrios, piedras finas, lapislázuli, rubíes, topacios, diamantes, brillantes, labrados y naturales de varios tamaños. Encima de las mesas que están en el centro de la sala, grupos de esmeraldas y de cristalaciones en sus matrices, etc.

#### Sala 2

Oro en mineras de diferentes especies, una gran pepita; blendas; manganesa, antimonios, cobaltos y arsénico; fierro, cobre de diversas maneras; entre ellas muriate o arena verde de Dombai; galena, estaños, plata, antimonios y otros trozos de mineras vírgenes, piritas de diferentes especies.

#### Sala 3

Ágatas, ónices y sardónicas, piedras bezoares, perlas, cornalinas y jaspes, una pequeña colección de monos, otra de reptiles, otra de animales, entre ellos el puerco espín, los grandes murciélagos de la América, osos de todas las clases, panteras, nutrias y tejones. Hay otra colección

de aves, entre las cuales se ve el peleador con sus dos espolones en las alas; el raro onocrotalo; el precioso faisán de China; la garza nevada y el chirrito encarnado.

Las mesas están adornadas de leones, tigres, osos, avestruces, etc.

Inmediato a esta sala, hay un gabinete reservado que contiene dos figuras de indios de barro con sarcillos o colgantes en las narices y adornos de cuentas en el cuerpo. Hay otras figuras naturales de los mismos y una momia de Tenerife. También se ven figuras humanas en cera, modernas.

#### Sala 4

Contiene aves y animales, entre las primeras el phanfie de piedra con su dura cresta, la bellísima manucodiata o ave del paraíso; los tucanes de gran pico; el precioso gallo de roca con su cesta de la misma pluma anaranjada. Entre los animales la gran bestia, la gran culebra boba y algunos monstruos animales y humanos. Sobre las mesas se ven el reno de Laponia; el gran venado mexicano y otros varios no tan raros.

#### Sala 5

Una colección de mariposas de Europa y América; y otra de serpientes, culebras, la gran araña o tarántula, escarabajos y otros muchos reptiles ocupan sus estantes. Además se ve la culebra de cascabel; dos peces grandes que llaman martillo de mar; el pez sierra, dos deformes ostiones, cada uno del peso de once arrobas y la mandíbula inferior con cuarenta y cinco dientes grandes del pez nombrado cacelo.

#### Sala 6

Hay una escalata (especie de caracolillo) de gran magnitud, respecto de su común tamaño que es pequeñísimo, de mucho valor traída de Filipinas. En las demás clases de caracoles tubos de mar: nautilos papiráceos berrugosos. Caracoles de boca circular, bucinos, murices, morriones, púrpuras, toneles, tornillos, aceitunas, conos, porcelanas que toman el nombre de sus figuras y colores. Ostras espinosas: ostras foliculares, ostras comunes y ostras martillos de mar blancas y de otros colores. Corales de todas clases: escaras, madreporas, midréporas, tubiporas, astroitas, meandritas, fungiporas que son plantas marinas trabajadas por los pólipos. Litofitos: conchas camas, corazones o conchas veneras. Dos conchas grandes llamadas *tejados de Neptuno*. La parte superior de los estantes se halla circuida de animales, entre ellos el tiburón, el león marino, animal anfibio; el pulpo de gran magnitud, la zorra de mar y el manatí del Orinoco. Hay un estante con diversas esponjas.

Las mesas del centro contienen porción de peces.

### Sala 7

Los estantes que la circuyen están llenos de petrificaciones de diferentes especies.

En el medio, sobre un pedestal de madera, hay un esqueleto de animal cuadrúpedo de extraordinaria grandeza, pesan los huesos sesenta arrobas, tiene unos diez y seis pies de largo, y cosa de siete pies de alto; manifiesta por las uñas de las manos ser de animal de garras. Este esqueleto se encontró en una excavación cerca del río Luján, media legua distante de la villa de este nombre, en la provincia de Buenos Aires, desde donde lo remitió el virrey marqués de Loreto.

### Sala 8

Es una de las reservadas. Contiene ídolos egipcios y peruanos. Vasos etruscos y americanos. Armas peruanas de madera y de piedra. Un vestido de un inca hallado en un sepulcro con los huesos de su cadáver, en las ruinas del templo de Pachacama en el Perú. En los ángulos cuatro vasos o urnas sepulcrales, donde depositaban las cenizas de los héroes los romanos. Estatuas de barro de indios salvajes vestidos al uso mexicano y un ara de piedra.

### Sala 9

También reservada. Tiene una colección de vasos de piedras orientales de diferentes figuras y tamaños guarnecida de esmalte, de varias piedras preciosas y algunos de camafeos. Entre estos vasos hay muchos de cristal de roca, toda ella es obra antigua. La llaman la herencia de Felipe V por habérsela dado Luis XIV.

Asimismo se ven porción de piezas de China, de marfil en filigrana primorosa. Una escopeta trabajada en la China adornada de esmaltes y piedras preciosas, su construcción diferente del método europeo: una urna pequeña y dos vasos pequeños de pórfido que se creen egipcios. Veinte y cuatro cuadros embutidos en madera sobre campo de nácar imitando el mosaico, que representan historiadamente la conquista de México por Cortés y algunas estatuas de indios vestidos a su modo, venidas de Filipinas.

### Sala 10

Esta pieza, que pertenece al reino vegetal, encierra en sus estantes dos copiosas colecciones, la una de diferentes maderas así de España como de América; y la otra de varias semillas. En el centro se observa un elefante mismo en dos actitudes; estos es, vestido con su piel y en esqueleto. Es raro el vaso esférico a manera de sartén sin mango, de diferentes metales, que parece de cobre, y está colgado en lo alto, trabajado en la

China; el cual, tocándolo con otro metal, tiene un sonido común; pero, sonándolo con un mazo apretado lleno de lana y cubierto de la misma, hace una música armoniosa y agradable variando de tonos en sus ángulos y en el centro, con un ruido y gracia singulares.

Los principios de este utilísimo establecimiento se deben a Don Pedro Francisco Dávila, curioso americano que lo había acopiado en su dilatada mansión en París. Después, llevado del amor de la ilustración de la nación, se hizo un honor presentándolo a Carlos III, el cual no sólo lo admitió benignamente, sino que le nombró su director. Luego lo enriqueció con las preciosidades que tenía en su palacio: el Príncipe le asignó otras. El anhelo del director hizo nuevas adquisiciones; y la protección del ministerio llegó a proporcionar la colección que en el día es uno de los mas soberbios gabinetes de Europa.

Sería muy interesante al público que, a imitación del que hay en la casa de moneda de París, se estableciese un estudio de mineralogía, con los objetos a la vista, para que el público se instruyese por principios en las cualidades intrínsecas de estas materias. Este ramo, el de la china y el de la botánica, que ya están en uso, abrirán las puertas a todos los conocimientos naturales, que son el origen de la riqueza de los países cultos.

Nicolás de la Cruz y Bahamonde, conde de Maule, *Viaje por España*. Madrid, Manuel Bosch, 1806-1813.

### *Objetos de la colección: Servando Teresa de Mier*

Hay también el Museo de la Historia Natural, abundante especialmente en peces y aves de América. Se ven allí dos momias de los antiguos guanches de Canarias. Hay la osamenta de un mamut, animal más grande que el elefante, hallado en América, y del cual se encuentran otros huesos; pero la especie se perdió. Se encuentran allí vasos ricos de 19 Incas, y una lámina que suena tocándola como una campana por la amalgama de los metales de que está compuesta. Es cosa de América. Hay piezas reservadas para los vasos preciosos. Para él Florida Blanca comenzó a hacer un magnífico edificio en el Prado, junto al Jardín Botánico, del que era director el americano Zea. El Museo tuvo principio de un americano que murió en París y lo legó al Rey.

*Fray Servando Teresa de Mier, Memorias*, s. a., Madrid. Biblioteca América, Biblioteca Ayacucho.

## MONETARIO: NICOLÁS DE LA CRUZ Y BAHAMONDE

El monetario o museo numismático comenzó por las medallas con que le obsequiaron sus mismos socios, y en 1750 tomó incremento con otras que le regaló S.M. Estos ejemplos produjeron la donación continua que le han hecho después varios particulares, por manera que, con ellas y las que ha comprado la Academia, ha llegado a reunir mas de 200 de plata y 2.000 de cobre denominadas celtibéricas o sea antiguas españolas; 800 de colonias y municipios romanos en España, entre ellas algunas raras e inéditas; una serie de los Reyes godos de España, entre los cuales se observan 17 no publicadas y dos no conocidas hasta ahora; 55 monedas de oro árabes, 462 de plata y 864 de cobre. Incluye además varias medallas de hombres ilustres españoles. Por lo que hace a las extranjeras, hay una serie de reyes de Siria, otra de los de Egipto y otras medallas de los antiguos Reyes de Sicilia y otras curiosas de los dos Jubas, reyes de la Mauritania, con otras muchas griegas y latinas o romanas antiguas y modernas, y una serie francesa desde Faramundo hasta Luis XIV, formando todas unas 12.000 monedas y medallas.

Esta Academia se halla situada en la Real Casa de la Panadería en la Plaza Mayor que, como hemos dicho antes, sirvió para la de Bellas Artes; tiene un sala para las juntas, que por lo común se hacen un día cada semana, prescindiendo de las extraordinarias que celebra la Academia.

El cielo de ellas está pintado por Coello: hay un dosel con los retratos de los Reyes. Director de este cuerpo es al presente el duque de Roca. Contiene, a más de los 24 académicos de número, otros tantos supernumerarios, varios honorarios y muchos correspondientes fuera de Madrid. Está dando a luz el Diccionario Geográfico de España tan útil a la nación.

Nicolás de la Cruz y Bahamonde, Conde de Maule, *Viaje por España*, Madrid, Manuel Bosch, 1806-1813.

## INGENIEROS COSMÓGRAFOS: NICOLÁS DE LA CRUZ Y BAHAMONDE

El cuerpo de Ingénieros Cosmógrafos del Estado se estableció en 1796 en el primer patio del palacio del Retiro. Es militar, tiene los mismos privilegios que los demás cuerpos facultativos del ejército. Al presente hay una sala en donde se instruyen en el diseño, sacan planos, cartas para poderlas hacer geométricas, particulares o generales, según los capítulos 7 y 8 de sus constituciones en las cuales se recomienda a este cuerpo la formación de dichas cartas, así en España como en América.

Son gobernados por un director, un vicedirector y cuatro profesores: de estos últimos se saca el vicedirector; éste y el director desde luego son capitanes natos; y los profesores tenientes. Los cuatro sustitutos que deben reemplazar a los profesores son los alféreces, y los aspirantes discípulos cadetes.

Este cuerpo debe formar el calendario, de cuyo producto le resultan las dotaciones muy regulares. El estudio principal de los directores y profesores es de la astronomía, de lo cual hablaremos cuando describamos el Observatorio.

En otro ángulo del patio se halla el taller de instrumentos físicos para el uso del Observatorio. Don Carlos Rodríguez es el director de esta escuela de instrumentos astronómicos, matemáticos etc. La nación debe esperar mucho de sus luces: él ha estado ocho años en Londres y algunos meses en París pensionado por el Rey para la adquisición de estos conocimientos que es consiguiente trasladara a sus discípulos.

Nicolás de la Cruz y Bahamonde, Conde de Maule, *Viaje por España*, Madrid, Manuel Bosch, 1806-1813.

## Prensa

*La prensa periódica anima en el siglo XVIII las batallas ideológicas. Su difusión entre la burguesía ilustrada y las capas sociales que no leían libros permitió el acceso a la información a un número elevado de ciudadanos. El desarrollo demográfico provocó un aumento considerable de la demanda informativa y contribuyó al auge de las publicaciones periódicas. En la segunda mitad del siglo XVIII se dan las condiciones sociales propicias para la prensa: un público ávido de noticias, empresarios decididos, periodistas entusiastas y avances técnicos en las imprentas y en la difusión de los impresos. Surgen en toda España, y especialmente en Madrid, nuevas publicaciones, la mayoría de vida muy efímera. En la primera mitad del siglo El Diario de los literatos de España reseña y da a conocer la literatura española y europea. La primera publicación diaria de gran difusión, Diario noticioso, curioso, erudito, comercial, político y económico, ve la luz en 1759 impulsada por Francisco Mariano Nipho, padre de la prensa española. Bajo Carlos III, aparecen periódicos literarios, económicos o mixtos: El Pensador de Clavijo y Fajardo (1781) y El Censor de Luis García del Cañuelo abordaron temas ideológicos y de crítica social. El Espíritu de los mejores diarios de Europa incluía extractos y reseñas de obras extranjeras y llegó a tener ochocientos suscriptores.*



Por tocar en todo diremos algunas cosa de los periódicos. A más del *Diario de los literatos*, ya citado, que comenzó a publicarse en año 37, Mañer dio a luz el año siguiente de 38 el *Mercurio histórico y político*. Daóiz lo continuó; y después el citado Clavijo en 73 de orden del Rey. Graef publicó en 55 sus *Discursos Mercuriales*. Nipho principió en 58 a dar a luz su *Diario curioso, erudito, comercial, público y económico* que continuaron Lozano padre e hijo con alguna reforma hasta el 84. En el 86 volvió a comparecer este mismo diario bajo la dirección de varios sujetos. Mercadal principió a publicar su *Duende especulativo* en 1761. Clavijo su *Pensador* en el 62 bajo el nombre de Don José Alvarez y Valladares, el cual continuó después con el de su verdadero autor. Contiene 7 tomos en octavo. Nipho, ya nombrado, compuso en el 63 *La Estafeta de Londres*. Este autor produjo en continuación de la Estafeta *El Correo general histórico, literario y económico de la Europa*. También dio a luz *El Pensador Cristiano*, *El Diario extranjero*, *El Correo General de España* y otros; Martínez formó *El Hurón político e instructivo*. Langlet *El Hablador juicio y crítico imparcial*, Serraler *El Escritor sin título*, Guise *Los Entretenimientos del anticuario*. Aragonés *El Amigo público*. Beatriz Cienfuegos *La Pensadora gaditana*. Flores *La Aduana crítica*. Garrido *El amigo y corresponsal del pensador*. Nicolás Moratín *El Desengañador del teatro español*. Escribió asimismo el poeta Barbieri *La Miscelánea política o cartas instructivas*. Varios literatos *El Santoral español*. Bueno *El Belianis literario*. Manuel Santos *Discursos políticos y morales sobre adagios castellanos*. Araus *El Semanario económico*, que principió en el 65 y continuó Biceu desde el 67 hasta el 78. Cañuelo el periódico *El Censor*, que comenzó en el 81. Ezquerria y Trullenc trabajaron *El Memorial literario instructivo y curioso*. Otro periódico salió con el título de *Corresponsal del censor*, y otro con el de *Apologista universal* que se atribuía al P. Centeno, religioso agustino. Otro con el nombre de *Observador*. Algunos literatos produjeron el *Correo de los ciegos de Madrid*. Valladares dio a luz en el 87 *El Semanario erudito*. Otra junta *El Espíritu de los mejores diarios que se publican en Europa*, y después han salido diversos periódicos que han durado más o menos tiempo según las circunstancias, bien conocidas de todos.

Nicolás de la Cruz y Bahamonde, conde de Maule, *Viaje por España*. Madrid, Manuel Bosch, 1806-1813.



La *Gaceta de Madrid* es la más infeliz de Europa, y no hace sino copiar las de Francia e Italia. Regularmente hay dos compositores, que la envían manuscrita a la Secretaría de Estado, y de allá baja el artículo de Madrid. El *Mercurio* a veces vale algo, a veces nada. Este fue invención de un americano pretendiente para comer, porque, a poco tiempo de haber ido, se dan tanta prisa a desplumarlos, que dicen por eso en Madrid que los americanos comienzan por vivir en la calle de los Preciados, pasan a la del Desengaño y rematan en la del Hospicio, calles de esos nombres en Madrid, donde es cierto que hay un Hospicio de jovencitas huérfanas, así como fuera de Madrid hay una Casa de Recogidas llamada san Fernando.

*Fray Servando Teresa de Mier, Memorias*, s. a., Madrid. Biblioteca América. Biblioteca Ayacucho.

#### NOTAS

<sup>1</sup> Los jesuitas tenían en sus misiones la buena política cristiana de imponerse a fondo del idioma de sus neófitos: formaban gramáticas y arreglaban sus diccionarios, con lo cual conocían sus principios e ideas. Así hicieron tantos progresos en las provincias del Paraguay.

<sup>2</sup> Se trata aquí del catálogo de los manuscritos griegos, latinos y españoles que Pérez Bayer redactó en seis volúmenes, pero la obra no estaba terminada y no consiguió publicarla. Según Tychsen, *Sempere* sólo se refiere a los tres volúmenes del catálogo de los manuscritos grie-

gos. Resulta curioso que Charles Graux (*Biblioteca de la Escuela de Altos Estudios, fascículo 46*, p. XIX) se niegue a crecer en un catálogo de Pérez Bayer pensando que sólo ha existido el del P. Cuenca.

<sup>3</sup> Sin embargo, las obras de Jöcher, Maittaire, Moller (*Cimbria literata*) y del danés Worm (*Lexikon over loerde Moend*) existían ya en la época de la estancia de Moldenhawer en España. Pero la de Nicolás de Antonio es muy valiosa, y en el siglo XVII, cuando apareció la primera edición, no había una obra que pudiera comparársela.



## La historia de Madrid

*La noticia histórica no ocupa en general un puesto central en los libros de viaje ilustrados. El viajero del dieciocho considera el pasado como una realidad muerta y prefiere volcarse en las posibilidades de reforma futura que abre el conocimiento cierto y directo adquirido durante el viaje. Hay, sin embargo, algunas relaciones en las que el dato de la historia cumple, junto con la noticia geográfica, una función auxiliar respecto de la descripción exacta de la realidad presente. Así, por ejemplo, en el Viaje de España del abate Antonio Ponz el hecho del pasado es simple instrumento de comprensión para la descripción inventarial artística y punto de referencia crítica para estudiar el presente.*

*En Nicolás de la Cruz el relato de la historia de Madrid, apoyado en la consulta de bibliotecas y archivos, sirve para criticar las falsas opiniones.*

*En Tomás López auxilia el conocimiento geográfico y topográfico de la provincia de Madrid. Hay finalmente unos pocos viajes especializados, los llamados por Gómez de la Serna viajes histórico-arqueológicos como el Viaje del Marqués de Valde flores a Andalucía en los que el objetivo principal del desplazamiento es la recogida de observaciones del pasado.*

*La historia de Madrid que exhuman los viajeros dieciochescos, encuadrable en la segunda categoría, alude a menudo a una ciudad romana identificada con la Mantua Carpetana de las Tablas de Tolomeo o con la Viseria y Ursaria de los antiguos cronistas. Resumen también los viajeros los hitos más importantes de esta historia: reinado de Ramiro II y ocupación en 931 del poblado árabe de Magerit, dominio de Abderramán III, ocupación en 1047 de Fernando I, reconquista de Alfonso VI el Bravo, otorgamiento de Fuero propio por Alfonso VIII...*

## El Madrid árabe y cristiano: Tomás López

*Junto a los libros de viaje, como literatura complementaria, se publican en el siglo XVIII un conjunto de obras, como itinerarios o guías de caminos, repletos de notas geográficas o topográficas. Estas obras recibieron el apoyo de instituciones oficiales como la Real Academia de la Historia que las concibió como auxiliares para la redacción de un Diccionario Geográfico que se apoyaría también en la previa confección de guías provinciales o locales. Entre éstas sobresale la Descripción de la provincia de Madrid de Tomás López (Madrid, 1763), iniciador de la cartografía española. Para López, empeñado hasta su muerte en la redacción de un monumental Diccionario Histórico-Geográfico de España, el dato histórico es instrumento de comprensión y precisión geográfica. Así deben entenderse las siguientes noticias sobre la historia de la villa de Madrid.*

Primera Restauración de Madrid del poder de los Moros, por don Gracián Ramírez; y segunda por don Ramiro II, Rey de León.

Apoderados de esta Villa los Moros, salieron sus moradores de ella, y entre ellos un caballero natural, llamado Gracián Ramírez, el cual determinó retirarse a un castillo, y Aldeguela, que estaba en las cuestras de Ribas, sobre el río Jarama. Era devoto este caballero de nuestra Señora de Atocha, y buscaba tiempo y camino para ir a venerarla sin ser apercebido de los moros. Sucedió por los años 720, poco después que Madrid fue ocupada de los sarracenos, que yendo a visitar, como solía, esta Santa Imagen, no la halló en su lugar: anduvo por el contorno buscándola, y la encontró escondida tras unas grandes cuestras, a la parte del Norte, entre una hierba llamada bellico. Propúsose labrarla en aquel sitio una Capilla que la defendiese de los moros. Con este pensamiento se volvió a su casa, y, después de haberlo comunicado y aprobado los parientes y amigos, partió en compañía de su mujer e hijas. Trabajaban de día y noche alojándose alrededor de la Santa Imagen. No pudo hacerse esto con tanta prisa ni secreto que no se viniese a entender de los moros; los cuales, temerosos del valor de Don Gracián, y de que la paredes que percibían, no fuesen fortificaciones contra ellos para cobrar la Villa, salieron todos orgullosos a defenderla y derribar el nuevo edificio. Cuando Don Gracián vio la gente que cubría todo el campo, estuvo dudoso en la resolución que había de seguir, por ser pocos los suyos, y muchos los enemigos, temeroso de que a su mujer e hijas las deshonrasen los enemigos, si caían en sus manos. Resolvió salirles al encuentro y perder las vidas con honra; habiendo cortado antes las cabezas de su mujer e hijas a petición de éstas. Trabóse la escaramuza, peleando sus pocos soldados como leones; y fue tanta la ceguedad de los moros, que se mataban unos a otros: al fin

desbarataron los moros quedando señores del campo y siguieron el alcance hasta entrar en la Villa. Volvió nuestro Don Gracián a dar gracias a Nuestra Señora por la victoria, y halló a su mujer e hijas de rodillas con vida. Refiere esta Historia el Presentado Fray Francisco de Pereda, y otros.

No duró mucho tiempo el estar Madrid en poder de cristianos, porque luego que supo Tarif lo que había pasado, volvió con gran fuerza a ponerla sitio, el que duró poco, por ser corto el número de sus moradores, y por ser imposible el defenderse.

Poseyeron los moros esta Villa por espacio de doscientos años pacíficamente hasta que Don Ramiro II, Rey de León, el año de 970 después de sosegadas las Asturias, juntó los Grandes de su Reino pidiéndoles su sentir sobre volver las armas contra los moros, y tomar a Madrid para allanarse el paso, y hacerse dueño del Reino de Toledo. Convinieron en ello; y juntando un ejército numeroso, puso cerco a esta Villa. Defendióse valerosamente por ser lugar fuerte, y por tener el Alcázar unas minas por bajo de las cuales les entraba bastimentos y socorros. Despechado de que le durase tanto tiempo el sitio apretóle, de suerte que un domingo la combatió con tanta fuerza, que rompió los muros por algunas partes, y entró por ellos a fuerza de armas pasando a cuchillo a los que se defendían, y cautivando a los restantes. Este suceso lo pone el Arzobispo Don Rodrigo hacia el año 939.

Reedifican los moros Madrid, y viene sobre él por tercera vez el Rey de León Don Fernando; y cuarta y última restauración por Don Alfonso VI, Rey de Castilla y León.

Sabida por Abderramán, Rey de Córdoba, la destrucción que en Madrid hizo Don Ramiro, despachó a Africa, pidiendo a su Capitán Alhabib Almanzor (que había enviado en socorro del Rey Idris) le junta-se la más gente de guerra, que pudiese. Envióle 30.000. hombres, y por general un sobrino suyo llamado Zefala; y junto con él que el Rey tenía convocado, entró el mismo Abderramán por los campos de Castilla llevándolo todo a sangre y fuego. Sabido esto por el Conde Fernán González, que estaba en León, juntó su gente a la del Conde, y partieron en busca del enemigo hallándole cerca de la ciudad de Osma: dieron allí batalla, la mas reñida e insigne de aquellos tiempos, donde el Rey de Córdoba perdió viéndose obligado de huir a su Corte.

Parece que en este tiempo era aún Madrid del Rey de Córdoba; pues mandó reforzar sus murallas reparando los destrozos que se habían hecho en las guerras. Después cayó en poder del Rey de Toledo Alimaymon.

Sucedió en el Reino de León Don Fernando el Magno año de 1047. Después de haber vuelto rico y victorioso de la Jornada de Portugal, juntó



Cortes en León para vengarse del daño que le habían hecho los moros en Extremadura. Levantó sus gentes y encaminó su ejército a la Villa de Gormaz: entróla por armas, y la saqueó con otros lugares fuertes de Castilla la Vieja. Pasó los Puertos contra el Reino de Toledo, y tomó a Alcalá, Guadalajara, Uceda, Talamanca y Madrid. El Rey de Toledo, viéndose inferior en fuerzas, envió al de León embajadores proponiéndole la paz, hacerse su vasallo y pagarle tributo si le devolvía los lugares que le había tomado; lo que aceptó el Rey Don Fernando, volviéndose a León y Alimaymon a Toledo.

Por muerte del Rey Don Sancho sucedió en los Reinos de Castilla, y de León Don Alonso el Bravo, sexto de este nombre. Hizo varias entradas en el Reino de Toledo contra su tirano Rey Jahasa; mas siendo sus fuerzas menores, se volvió a Nájera tomando los lugares que hay entre Sigüenza y Huete. Entró después en tierra de moros, ganó a Cuéllar, Arévalo y otros pueblos de aquella comarca: pasó a la ciudad de Avila, y desde allí puso sitio a Escalona y dejóla destruida. Llegó a Toledo, y de vuelta le pareció cercar a Madrid, creyendo que no podía hacerse señor de Toledo sin serlo antes de esta Villa. Púsolo por obra y apoderóse del arrabal de san Ginés, entonces poblado de cristianos, porque los moros no le permitían el estar dentro de los muros. Sentó su Real cerca de la Puerta de Guadalajara. Duró el cerco algunos días, resistiéndose valerosamente; pero al fin cedieron haciéndose dueño de ella el Rey Don Alonso por los años 1080.

Conquista de Toledo por el Rey Don Alonso: muerto éste, viene Hali y pone sitio a Madrid. Segunda ampliación de Madrid y venida del Miramamolín Aben-Jucepha.

Habiendo el Rey Don Alonso ganado a Madrid, reparó sus edificios, puso la guarnición correspondiente para su seguridad, limpió la Iglesia Mayor y la hizo consagrar dedicándola a nuestra Señora. Hecho esto, dio las disposiciones convenientes para la conquista de Toledo, e interin salían a correr la tierra de moros, haciéndola mucho daño. Aprestadas todas las cosas para el sitio de Toledo, encaminó el Rey el ejército hacia aquella ciudad. Sitióla cortándola la entrada de víveres, y viéndose apretados los sitiados, se dieron a partido, entregándola al Rey día de san Urbán el día 25 de Mayo de 1085.

Muerto el Rey Don Alonso por los años 1109 y sucedido en el Señorío de los Almorabides Hali a su padre Juceph, muerto en Marruecos, cuyo imperio se extendía sobre los moros de España, determinó cobrar a Toledo, para lo que juntó la gente de África y pasó a Sevilla, donde convocó los Virreyes, Capitanes, y Alcaydes suyos pidiéndoles la gente de guerra que tuviesen. Alzóse un grande ejército, con el cual se encaminó a Toledo

poniéndola sitio, combatióla fuertemente por espacio de ocho días; pero fueron derrotados y puestos en huída, con una salida que hicieron los toledanos, mandados por Alvar Fáñez.

Con la gente que le había quedado, Hali vino a poner sitio a Madrid entrándola a fuerza de armas sin poderle resistir por haberla cogido desapercibida. Retiráronse sus moradores al Alcázar recogiendo la gente que pudieron; y de allí se defendieron con tanto valor, que se vio obligado Hali a levantar el sitio por faltarle mucha gente, que había perecido en el asalto y en la peste que cayó en su campo.

Reinando Don Alonso VII, se pobló y aumentó el barrio de san Martín, por su orden, año de 1126, de modo que ha crecido tanto esta parroquia por aquella parte, que es mucho mayor que lo que era Madrid antes. Teniendo el Imperio de Africa, y Señorío de España Aben-Juceph año de 1197 en tiempo del Rey Don Alonso VIII, determinó sitiar la Ciudad de Toledo; y no pudiendo apoderarse de ella, por lo fuerte de su sitio, taló los campos, destruyendo los lugares comarcanos, llegó a Madrid, y hallándola bien murada, y mejor apercebida, no se atrevió a sitiarla. Volvióse a Andalucía determinando al año siguiente venir con un ejército mayor, como lo hizo, cuando en la famosa batalla de las Navas de Tolosa fue vencido por los nuestros.

Origen de las discordias que hubo entre Segovia y la Villa de Madrid.

Habrá más de seiscientos años que esta Villa tenía por términos y tierra propia todo lo que se llama el Real de Manzanares, mucho antes que hubiese población alguna. La Ciudad de Segovia pretendía ser suya esta tierra, y hubo antiguamente grandes diferencias; tanto, que obligó al Rey Don Alonso VII, enterado de la justicia que tenía Madrid, y para su mayor seguridad, expedir en su favor el Privilegio, que trae a la letra el Licenciado Quintana. En el cual hace donación a la Villa de Madrid de los Montes, y Sierras, que hay entre Segovia y Madrid, desde el Puerto del Verrueco, que divide, y aparta el término entre Segovia, y Ávila, hasta el Puerto de Lozoya, con todos sus intermedios, montes, sierras y valles, hecho en Toledo a primero de Mayo de 1160. Confirmó este Privilegio el Rey Don Alonso VIII y la Reina Doña Leonor su mujer, en Toledo a 27 de enero de 1214.

Estuvo en la posesión de estos términos la Villa de Madrid y pacíficamente, hasta que, en tiempos del Rey Don Fernando el Santo, empezó la ciudad de Segovia a edificar las Villas de Manzanares y de Colmenar Viejo en estos términos. Quejáronse los vecinos de Madrid al Rey Don Fernando: mandó este Señor a los de Segovia deshacer lo que habían empezado a poblar; y si no lo hacían, daba licencia a los de Madrid para que lo derribasen. No queriendo los segovianos deshacer lo que habían

hecho, se sirvieron los de Madrid de la licencia que tenían derribando y quemando todo lo que en sus términos hallaron poblado. Volvieron los segovianos a poblar en los mismos términos que antes y los madrileños a destruir lo que aquellos habían hecho.

Toma las armas Segovia, y convoca en su ayuda los lugares circunvecinos, y hace lo mismo Madrid.

Fuése encendiendo tanto la discordia, que los segovianos, para vengarse de lo dicho, piden gente a los lugares circunvecinos para venir contra Madrid, o para hacer nuevas poblaciones. No fue esto tan secreto que no llegase a noticia de Madrid, quien también convocó en su ayuda algunos lugares del Reino de Toledo. Estando en estos términos las cosas, llegó a noticia del Rey Don Fernando, y envió al Obispo de Córdoba Don Lope, y a Don Ordeño, Mayordomo de la Reina Doña Berenguela, para que hiciesen treguas entre una y otra parte, y se examinase el caso entre las personas desapasionadas de ambos partidos.

Muerto el rey don Fernando, vuelve Segovia a querer poblar: resístelo Madrid; y pónese de por medio Don Alonso el Sabio.

Muerto el Rey Don Fernando, reinando su hijo Don Alonso el Sabio, vuelven los de Segovia a querer poblar dentro de los mismos términos, y Madrid a resistirlo. Para impedir el Rey Don Alonso un rompimiento, y los debates entre estos lugares, tomó en sí todos aquellos términos. Puso por Guarda Mayor a Pero Gómez, criado de su Casa, el cual impidió a los de Madrid el apacentar ganado, cortar leña y hacer carcón, como solían. Quejóse la Villa al Rey de este agravio; y mandó a su Guarda no impidiese a sus vecinos de este aprovechamiento, a 30 de Septiembre de la Era 1306.

Siete años después permitió el Rey fuesen a poblar los que gustasen, que los pueblos refan de quien él determinase eran los términos. Empezó a poblarse la Villa de Manzanares, a quien hicieron cabeza las de Colmenar-Viejo, Galapagar, Guadalix, Porquerizas y otros lugares; y por haber tomado el Rey esta población bajo su protección, se llamó el Real de Manzanares.

El Rey Don Fernando IV despachó un privilegio en favor de Madrid confirmando lo que sus pasados habían hecho, firmado el día 15 de Octubre de la Era 1341. Poco tiempo después quisieron los de Segovia poner Alcaldes, y Justicias en los lugares del Real. Los de Madrid, cuando lo supieron, pretendieron hacer lo mismo. Llegó a noticia del Rey, y envió orden a Madrid y a Segovia, para que no entrasen en el Real, enviando por Guarda Mayor a Fernán Lorenzo. Obedeció al instante Madrid; pero los de Segovia, sin embargo de la prohibición, entraron en



el Real, cercaron la Casa del Guarda Mayor e intentaron matarle, contentándose solamente con tomarle el sello, y servirse de él en su provecho.

Cesan la discordias con Segovia, y continúan las del Real de Manzanares.

En esta sazón se determinó el compromiso entre el Rey de Castilla y el Infante Don Alonso de la Cerda, que desde el tiempo del Rey Don Sancho el Bravo, había pretendido suceder en la Corona de estos Reinos, sobre la que los Reyes de Aragón y Portugal, que fueron jueces, sentenciaron la Era de 1344 que el Rey Don Fernando, y sus descendientes, después de él, quedasen con el Reino, y que a Don Alonso le diesen ciertas villas y lugares, entre las cuales le adjudicaron la Jurisdicción Civil, y Criminal del Real de Manzanares. Sucedió en el Señorío Don Juan de la Cerda, hijo de Don Alonso, el cual le dio a Doña Leonor de Guzmán en trueque de la Villa de Huelva con su fortaleza, Almojarifazgo y Salinas año de 1384. Con esto cesaron las discordias entre Madrid y Segovia.

Convino Madrid con el Real en que tendría perpetuamente el mismo aprovechamiento que había tenido hasta entonces; y que los del Real podrían apacentar su ganado en los términos de esta Villa. Hízose con aprobación de Don Iñigo López de Mendoza, que era entonces Señor de él. Las cosas prometían quietud con el nuevo concierto; pero los del Real le quebraron negando a los de Madrid lo que habían prometido.

Sucedió en el Señorío del Real Don Pedro González de Mendoza, Mayordomo Mayor del Rey Don Juan I y a éste su hija Doña Aldonza de Mendoza, a quien, por morir sin sucesión, heredó su hermano Don Iñigo López de Mendoza. En este tiempo perturbaban en su posesión los del Real a los de Madrid, haciendo cercas, dehesas, colmenares, plantando viñas y desmontando Montes. Querellóse Madrid al Rey Don Juan II y cometiéndolo S.M. al conocimiento de ello al Bachiller Pedro Alvarez de Córdoba: oyó las partes, y conclusa la causa, sentenció en favor de Madrid, poniéndola en sus jurisdicciones, pastos y prados. Después de esto los Reyes Católicos, como continuasen las diferencias, mandaron al Licenciado Francisco de Vargas, que lo examinase y remitiese al Consejo; y sentencióse en la Chancillería de Valladolid a favor de Madrid.

Cerco de Madrid por Don Enrique II y después por los Reyes Católicos.

El Conde Don Enrique entró con la gente de su bando en Castilla; y habiéndola entrado, le aclamaron por Rey los suyos. Ganó a León y otros lugares, y puso sitio a Madrid, que estaba por el Rey Don Pedro, su hermano. Batieron sus muros; pero los defendieron con valor sus moradores, hasta que un Aldeano, llamado Domingo Muñoz, les dio dos Torres, que tenía a su cargo en la Puerta de Moros. Ocupó la Villa el ejército de Don Enrique, arbolando sobre los muros sus banderas.

Por el año de 1476, reinando la Católica Doña Isabel después de muerto el Rey Don Enrique IV sin heredero, pretendió el Rey Don Alonso de Portugal tener acción al Reino de Castilla por estar desposado con la Reina Doña Juana, hija que pretendió ser de Don Enrique. Con esta ocasión se formaron varios bandos en esta Villa: púsola sitio de orden de la Reina el Duque del Infantado. Duró el cerco dos meses; y viéndose apretado Don Juan, que mandaba el partido contrario, desamparó el Alcázar haciéndose dueño de él, y de todo el Pueblo el Duque.

Lealtad y servicios con que Madrid se ha distinguido en favor de sus Reyes y Cortes celebradas en esta Villa.

En tiempo del Rey Don Alonso VIII en aquella gran batalla, nombrada de las Navas, llevaba la vanguardia el Concejo de Madrid.

En el cerco de Sevilla por Don Fernando III dicho el Santo, sirvieron los naturales de esta Villa, mandados por un caballero nombrado Gómez Ruiz de Manzanedo.

Deseando el Rey Don Alonso XI poner cerco a Algeciras, juntó su ejército, y entre ellos a los de Madrid, y se encaminaron hacia ellas. Pasaron grandes trabajos en este Sitio por haberles durado mucho tiempo; pero rindióse la ciudad, que era entonces poseída de moros, un sábado de Ramos.

Madrid fue una de las primeras del Reino que tomó la voz por Don Enrique III llamado el Doliente, después de la caída desgraciada del caballo, de la cual murió su padre Don Juan I.

La misma voz tomó la primera de España por el Emperador Carlos V cuando, después de la muerte del Rey Don Fernando el Católico, su abuelo, hubo diferencias entre los Grandes de Castilla sobre si viviendo la Reina Doña Juana, su madre, había de llamarse con título de Rey.

Las primeras Cortes (que se tiene noticia) celebradas en Madrid fueron las del Rey Don Fernando IV por los años 1309 sobre que el Rey de Aragón ofrecía ayudar al de Castilla contra el Rey moro de Granada, como la Infanta Doña Leonor, hermana del Rey Don Fernando, cásase con Don Jaime, hijo mayor del Rey de Aragón, y se le diese en dote la sexta parte de todo lo que en aquella conquista se ganase, y en particular la ciudad de Almería, conforme lo habían tratado, cuando se vieron en el Monasterio de Huerta, a la raya de los dos Reinos.

Tuvo Cortes el Rey Don Alonso XI año de 1327. Propuso en ellas mantener la paz y justicia en sus Reinos y pidió ayuda para cobrar la tierra que le tenían los Moros usurpada.

El Rey Don Enrique III tuvo Cortes en esta Villa año de 1391. Tratóse en ellas de dar orden en sus gobiernos por su menor edad. Tuvo segundas Cortes el año de 1393 con motivo de tener catorce años, estar

fuera de tutoría y tomar el gobierno de su Corona. Pidió le diesen algún dinero por hallarse alcanzado.

El año de 1419 convocó Cortes generales el Rey Don Juan II por haber cumplido los catorce años y determinar tomar el gobierno de su Reino. Después, por el año de 1433, hizo otras Cortes tratándose en ellas de la guerra de Granada con motivo de haberse cumplido las treguas que había entre estos dos Reyes.

Por el año de 1462 juntó Cortes el Rey Don Enrique IV para jurar por princesa y sucesora en los Reinos de Castilla a Doña Juana.

Por los años 1478 convocó el Rey Don Fernando el Católico Cortes en Madrid para conservar la Santa Hermandad. Se hicieron otras para reformar esta Santa Hermandad año de 1482. Pidióse en ellas ayuda contra los moros. Por los años de 1509 se hicieron otras pidiendo ayudasen a la guerra de Africa.

En 1528 celebró Cortes en esta Villa Carlos V. Tratáronse en ellas cosas del buen gobierno del Reino. En 1534 se celebraron otras para el mismo efecto. No se puede referir las Cortes, que se celebraron en esta Villa, desde la primera hasta el presente, porque no tendrían lugar en este abreviado.

Asistencia que hicieron en Madrid los Reyes de Castilla.

Dejamos dicho cómo el Rey Don Alonso VI residió en esta Villa y en ella hizo prevenciones para el cerco de Toledo. Don Alonso VII la cobró tanta voluntad, que vivió en ella adornándola con varios edificios públicos. Don Alonso VIII residía en esta Villa, cuando el Miramamolín juntaba sus fuerzas para entrar por tierra de cristianos. El Rey Don Sancho IV, llamado el Bravo, estuvo enfermo en esta Villa.

El Rey Don Alonso XI, siempre que hubo de hacer libramientos a los ricos hombres, caballeros y demás personas, que le servían en la guerra, venía a Madrid. Residieron en esta Villa Don Enrique II y Don Juan I. A instancias de Don Juan I libertó el Gran Sultán a León V, Rey de Armenia, que tenía preso. Vino a España a rendir gracias, y dióle el Rey para toda su vida las Villas de Madrid y Andújar, y ciento y cincuenta mil maravedís de renta cada año. Sintió la Villa de Madrid que el Rey la hubiese enajenado de su Corona, y pasaron seis años en demandas y respuestas, sin querer hacer pleito homenaje al nuevo Señor, hasta tanto que el Rey Don Juan dio su palabra de volverla después a su Corona y de no abandonarla nunca, como mejor lo explica un privilegio despachado en Segovia día 12 de Octubre de 1427. Después de esto hicieron pleito homenaje al Rey de Armenia pidiéndole confirmáse los fueros y privilegios que tenían concedidos los antepasados señores de esta Villa, el cual lo hizo, como consta de su Carta de confirmación. Gozó de esta Villa por espacio de

ocho años, aunque en realidad no la señoreó sino dos años; al cabo de los cuales murió en el camino de Francia. Sabida su muerte, alzó esta Villa el pleito homenaje, que tenía hecho al difunto, y volvió a la Corona Real.

Tomás López, *Descripción de la provincia de Madrid*. Madrid, Joaquín de Ibarra, 1763.

## Fundación de Mantua Carpetana: Nicolás de la Cruz y Bahamonde

*Los XV tomos del Viaje por España de Nicolás de la Cruz Bahamonde, académico de Bellas Artes de Cádiz, constituyen un ejemplo típico de viaje artístico que, en los últimos años del siglo XVIII, sigue la línea inaugurada en 1782 por el Viaje por España de Antonio Ponz. En esta relación la finalidad de adquirir conocimientos útiles sobre economía, agricultura, industria y comercio mediante la observación convive con una predominante preocupación ilustrada por analizar las bellas artes y antigüedades. En este segundo análisis, el dato histórico sobre las ciudades que visita el viajero funciona como instrumento cultural que auxilia la comprensión de futuras intervenciones urbanas.*

Diversas opiniones sobre la fundación de Madrid. La fundación de Madrid, que se atribuye por varios autores a los griegos o sea al príncipe *Ocno Bianor*, originario de aquella nación, parece muy violenta en una buena crítica. Es de presumir que hayan mezclado la fábula, como se acostumbra en todas las ciudades del mundo, para realzar su antigüedad. El licenciado Quintana en su *Historia de la antigüedad, nobleza y grandeza de la villa de Madrid* ocupa los capítulos IV V y VII en persuadir la misma fundación por el referido príncipe *Bianor* 879 años antes del Salvador; pero ni las pruebas que exhibe, ni los datos y cuentas que se forma convencen. Él añade en el capítulo XII que gobernó a Madrid Nabuco Donosor, Rey de Babilonia.

En 939, que entró el Rey Don Ramiro en Madrid, era ya pueblo numeroso. Los moros lo habían sin duda fortificado para contener los castellanos y leoneses que podían invadir esta parte de Guadarrama. Por manera que Madrid era la plaza de armas, fuerte, avanzada que podía contener los enemigos y servir de defensa a Toledo, donde ellos tenían su Corte.

En los escritos del tiempo de la conquista de Madrid por Don Alonso VI hacia el año 1086 le daban el nombre de *Magerit*, y en latín *Mageritum*. Casiri dice que esta voz es árabe, la cual significa venas o conductos de aguas: Francisco López de Tamaris, intérprete que fue del Santo Oficio de Granada, quiere que Madrid en árabe signifique *Madre de ciencias*.

Gonzalo Fernández de Oviedo, que nació en Madrid en 1478, vuelto de la isla de santo Domingo, adonde había pasado con el cargo de veedor de las fundiciones de minas de oro, se dedicó a recoger las antigüedades y a escribir las excelencias de su patria: hace gran elogio de su clima y de sus producciones, frutas, etc. Entonces habría más plantíos que al presente.

La población de Madrid en 1513 se computaba en 30 vecinos y 120 almas que cuidaban 10 parroquias.

Don Juan Hurtado de Mendoza, célebre poeta que floreció en tiempo del Emperador Carlos V, expuso en versos bastante elegantes las antigüedades de Madrid, su patria.

Don Juan López de Hoyos, natural de Madrid, dice que en 1561, que se estableció la Corte en esta villa, había en ella 64 mayorazgos, prueba de su riqueza y de sus pingües campiñas en aquella época.

Pellicer, que en nuestros días ha publicado un discurso sobre varias antigüedades de Madrid, es de opinión que esta villa trae su origen y primitiva fundación de los árabes.

Las armas de Madrid por el Oso y el Madroño cree Pellicer que tuviesen origen en la abundancia de la caza mayor y de arbolados o bosques que poblaron estos terrenos. Carlos V les añadió la corona imperial en 1544. Las siete estrellas que orlan su escudo son símbolo de la constelación Bootes o sea el carro compuesto de las mismas. El emblema también tiene alusión a las piedras fósiles y a las muchas aguas sobre que está fundada Madrid.

Las primeras cortes que se juntaron en Madrid fue en tiempo de Fernando IV, padre de Alonso XI hacia el año 1309. Don Alonso XI tuvo también cortes en esta villa en 1327: el Padre Mariana las coloca en 1329; en ellas se cambió el nombre al empleo de Almojarife, que antes se daba al jefe de hacienda, en el de tesorero general. Enrique III juntó dos veces cortes en Madrid, las primeras en 1301 y las segundas en 1393. En tiempo de los Reyes Juan II, Fernando V, Carlos V y algunos de sus sucesores se han celebrado cortes en Madrid.

El rey Don Juan I dio a Madrid y a otros países en señorío a León, Rey de Armenia que se hallaba en España y tomó posesión en 1389; el cual después murió en París en 1391; su cuerpo fue colocado en la iglesia de los padres celestinos de dicha ciudad. Madrid con esta noticia volvió a la corona el segundo año del reinado de Enrique III.

Esta villa, después de la restauración de los árabes, sirvió de residencia a la mayor parte de los Reyes. Carlos V reedificó los alcázares situados donde está colocado el Palacio Nuevo. Felipe II, su sucesor, le aumentó otros muchos edificios, el cual, quizá por el deseo de extender su población, o sea por lo saludable de su clima y cercanía de los montes

de Guadarrama para la diversión de la caza, trasladó la Corte desde Toledo a esta villa el año 1561. Felipe III, que nació en Madrid, mudó la Corte a Valladolid en 1601; pero, poco satisfecho del temperamento de aquella ciudad o por otras razones, la transfirió nuevamente a Madrid en 1606 continuando hasta ahora en morada y asiento fijo de los Reyes.

Nicolás de la Cruz y Bahamonde, conde de Maule, *Viaje por España*, Madrid, Manuel Bosch, 1806-1813.



## Vida religiosa

*En el siglo XVIII, la influencia de la religión y devociones populares apenas decrece en el pueblo de Madrid respecto de épocas anteriores. La minoría ilustrada, que profesa ideas de tolerancia y libertad, también mantiene sus costumbres religiosas, al menos en las manifestaciones públicas del culto: las evidentes transformaciones en la conciencia individual no alteran las demostraciones de la fe. De hecho, en Madrid las prácticas religiosas marcan indeleblemente la vida ciudadana.*

*Se mantienen costumbres como oír misa diaria, el rezo del rosario en familia, el angelus, o la oración en capillas privadas. No disminuyen las manifestaciones devotas públicas, especialmente las procesiones. Algunas tenían lugar en cualquier época del año como el viático. Otras, como las procesiones de rogativa para pedir lluvia a san Isidro o a la Virgen de la Almudena, se celebraban regularmente.*

*Hubo también procesiones extraordinarias como la que en 1780 celebró el traslado de los cuerpos de san Isidro y santa María de la Cabeza a la iglesia que lleva su nombre o las procesiones de rogativa para pedir el nacimiento feliz de un miembro de la familia real. La fiesta de san Isidro, con su peregrinación a la Ermita del santo, era una ceremonia religiosa cuyo carácter de romería introducía el elemento profano.*

*El Corpus Christi era celebrado con gran solemnidad en la iglesia de Santa María con una misa pontifical y después con una procesión general presidida por los Consejos de Indias y Castilla. En la comitiva, formada por cofradías, iban los alcaldes de corte, alguaciles, regidores y el corregidor de la villa. Vinculadas con el Corpus estaban las representaciones de autos sacramentales enfrente de la iglesia de santa María, Plaza Mayor, Puerta de Guadalajara, Plazuela de la Villa o delante del Palacio Nuevo.*

*Las Procesiones de Semana Santa alteraban la vida de la ciudad: los balcones se cubrían de negro, se cerraban los teatros y las iglesias se llenaban de gente. Las llamadas procesiones de corte que entraban en el Palacio Real y en los conventos reales de la Encarnación y las Descalzas Reales formaban un bella comitiva formada por cofradías con numerosos pasos.*

*En el siglo XVIII conoce un gran auge el culto a la Virgen María, no sólo en el pueblo sino también entre la Corte: Carlos III ordena se venere el misterio de la Inmaculada Concepción como principal patrona del Reino y, en 1771, funda la Real Orden de Carlos III bajo patronazgo mariano. En Madrid destaca el culto a las vírgenes de Atocha, la Almudena y la Soledad.*

*Vemos, en definitiva, que en el Madrid del siglo XVIII el espíritu ilustrado no sustituyó los dogmas tradicionales de la fe católica ni la práctica religiosa, aunque sí hizo ambos más tolerantes —prohibición de flagelantes en las procesiones Semana Santa—.*

*Esta realidad no fue siempre comprendida por los viajeros extranjeros que se detienen en la villa. Así, vemos cómo el francés Fleuriot y el mejicano Teresa de Mier recogen en sus diatribas contra el catolicismo hispano los antiguos tópicos de la Leyenda Negra que presentan a España como un país de devoción fanática cuyos males derivan de la defensa de un catolicismo desvirtuado que repugna a la razón ilustrada. Acentúan consecuentemente en sus relaciones las imágenes distorsionadas del pasado que confirman sus ideas: fanáticos predicadores en las plazas, flagelantes en las procesiones, devotos intolerantes, tiranía de las órdenes religiosas... Otros viajeros, como el barón de Pöllnitz, introducen en cambio una crítica menos acerba y sólo rechazan aquellos aspectos del culto externo que hieren su catolicismo. Finalmente, un viajero anónimo rompe una lanza en favor del culto católico alabando la belleza y pompa del ceremonial de la canonización de tres nuevos santos en la Plaza Mayor.*

## **Ceremonias y festividades**

OBSERVACIONES SOBRE LA CEREMONIA HECHA EN MADRID PARA LA CANONIZACIÓN DE CUATRO NUEVOS SANTOS: ANÓNIMO

Hacía más de un mes que se trabajaba en Madrid para celebrar solemnemente la fiesta de canonización del Papa Pío V, Félix de Cantalice, Andrés de Avellino y Catalina de Boulogne, cuya ceremonia quedó fijada para el 29 de septiembre de 1713.





S. ISIDRO LABRADOR  
*Patron de Madrid.*



*San Isidro Labrador. Grabado de A. Guerrero*



El arte y las riquezas de toda España parecían haber querido agotarse para honrar el triunfo de estos cuatro nuevos santos. Por toda la carrera por donde la procesión había de pasar se levantaron, de trecho en trecho, altares magníficos. Llegué a contar diecisiete.

Las decoraciones de estos altares eran todas diferentes. Había algunos que representaban La Gloria, con figuras de santos de tamaño natural. Otros tenían forma de rocallas. El sucesivo superaba al anterior por su riqueza en oro, plata y resplandecientes piedras preciosas. El más bello y distinguido de todos fue el que levantaron los jesuitas en la Plaza Mayor. Esta plaza contiene siete pisos en un espacio cuadrado tan grande como el de la Plaza Real de París. Los reverendos padres elevaron su teatro hasta el punto más alto de las casas para colocar allí la imagen de su fundador. A sus pies estaba la escultura del Papa Pío V que daba la bendición; de peldaño en peldaño, según se bajaba, estaban las figuras de otros tres bienaventurados en actitudes convenientes, adornados magníficamente.

Las fuentes de esta Plaza Mayor estaban adornadas de tal modo, que en el estanque donde caen habitualmente las aguas, se veían naranjos y granados que parecían haber sido plantados en plena tierra. Todos los balcones, que abundan en Madrid, pues los tienen todas las ventanas, estaban adornados con ricos tapices, cuya parte delantera era lo más bello que pueda imaginarse. No os hablo de los cuadros, que se exponían por todas partes; todos saben que en este país abundan los originales de los mejores maestros italianos.

En fin, para dar una idea augusta de la magnificencia del espectáculo sólo me resta deciros que las calles estaban limpias, no se veían esos ríos de aguas, esas porquerías que hacen las delicias de los españoles y son un suplicio para los franceses.

A eso de las tres y media, la procesión empezó a pasar delante del palacio. A su cabeza venían ocho gigantes vestidos de hombres y mujeres que bailaban. Seguían todas las Cofradías, cada una con su estandarte. Venían después más de veinte comunidades diferentes de religiosos; cada una tenía el retrato de su Santo, que seis monjes llevaban sobre sus hombros. La comitiva de todas estas gentes formaba una fila tan larga, que no recuerdo haber visto nunca en Francia tantos hombres juntos como los que, solamente en este día, aparecieron en la villa de Madrid, pues la procesión estuvo desfilando durante más de media hora.

Cada santo tenía su propio grupo de bailarines que lo rodeaba. Los actores daban saltos y hacían bufonadas semejantes a las que en Francia se ve hacer a los titiriteros de las ferias que divierten al populacho, sobre todo mientras el santo y los portadores se toman un respiro. Durante este tiempo los monjes importunaban con sus gestos afectados a las bellas mujeres que se veían por todos los ventanales.

Los cien suizos estaban formados, a lo largo del Palacio, debajo del balcón del Rey; las guardias walona y española estaban bajo las armas, en el patio central, encabezadas por sus oficiales, con sus trompetas, flautas y oboes que tocaban al mismo tiempo que los bailarines se golpeaban en las manos, se daban golpes de talón en el trasero o bien hacían el salto de la carpa. Cerraba la comitiva el numeroso clero de todas las parroquias. Inmediatamente antes estaban todos los Grandes de España, alineados alrededor del estandarte del Rey, llevado por la flor y nata de la nobleza.

Hicieron todos una profunda reverencia cuando pasaron delante del Palacio. Finalmente, se vio aparecer a los cuatro Santos, dos llevados por los dominicos y los otros dos por los capuchinos. Santa Catalina de Boulogne tenía a un niño judío entre los brazos; llevaba un velo de gasa negra y un manto cuya tela de oro estaba sembrada de perlas y abundantes piedras preciosas. Tanto era su valor que me hubiera gustado poseerla como todo bien.

Como el pobre Félix de Cantalice no podía llevar estas joyas preciosas sobre su vestido remendado, ni sobre sus alforjas, se le puso en la barba un grueso brillante, para hacer creer que era un regalo que le había caído de los cielos; se había construido un nicho que el santo ocupaba por completo. El tercer santo no desmerecía en nada de los primeros: pero san Pío, que venía detrás, deslumbraba a todo el mundo cuando daba la bendición. Su tiara y su casulla valían cien mil veces más que todos los ornamentos de la Santa. Esta es, Señor, la descripción de esta fiesta tal y como la recuerdo. Terminó con la iluminación de la Plaza Mayor, en todas cuyas ventanas había dos gruesas antorchas de cera blanca detrás de espejos. No he visto en el mundo nada más deslumbrante que este espectáculo de cinco hileras de antorchas colocadas unas encima de otras alrededor de la plaza.

Anónimo, *Estado presente de España*, Villefranche, Etienne Le Vray, Libraire, 1718.

## PROCESIONES DE SEMANA SANTA EN EL RETIRO: CHARLES-LOUIS DE PÖLLNITZ

El Rey pasó las fiestas de Pascuas en el Palacio del Retiro durante mi estancia en Madrid. Esto me dio la oportunidad de ver las procesiones de Semana Santa, que tuvieron lugar el Viernes Santo en el Retiro, donde el Rey y la Reina, el Príncipe de Asturias y los Infantes las vieron pasar. Os confesaré naturalmente que nunca he visto nada más penoso, por no decir más escandaloso que estas procesiones. Parecía como si se hubiese decidido ridiculizar la cosa más sagrada que hay en el mundo: la Pasión



y Muerte de Nuestro Señor. Todo esto era representado de un manera tan burlesca, que en verdad me sorprende que un Tribunal como el de la Santa Inquisición, que manda a la hoguera bastante a menudo a personas por crímenes imaginarios, no castigue severamente a quienes participan en semejantes fiestas. En la Procesión que vi se representaba a Nuestro Señor Jesucristo a tamaño natural, en muchas actitudes diferentes. Se le veía sobre el Calvario, vestido con una ropa de tafetán púrpura rogando a su Padre que apartara de sí el Cáliz que le presentaba un angelito. Este ángel estaba atado a un hilo de latón, de modo que parecía como si se sostuviera en el aire. Después otras personas llevaban la imagen de Nuestro Señor clavado en la Cruz, siempre de tamaño natural, que tenía sobre la cabeza, en el lugar de la corona de espinas, una gran peluca natural completamente empolvada y atada con una cinta de color. En fin, todos los episodios de la Pasión y Muerte de Jesucristo se representaban al natural y de una manera absolutamente cómica. La imagen iba escoltada por cuatro, seis u ocho hombres armados de arriba abajo, con alabardas en la mano. Entre imagen e imagen caminaban eclesiásticos y diferentes cofradías. A la cabeza de la procesión iban hombres enteramente cubiertos de tela negra, de manera que ni siquiera se les veía la cara; solo había una pequeña apertura por donde podían verse y respirar; se servían para anunciarse sonoramente de una especie de trompetas, muy parecidas a las cornetas de los vaqueros. Llevaban en la cabeza gorros completamente puntiagudos. Venían seguidos por otros hombres, jóvenes desnudos desde la cabeza hasta la cintura cuyos cuerpos estaban enredados en cuerdas de paja; tenían los brazos atados a un trozo de madera, lo que les obligaba a mantenerlos extendidos con si estuvieran amarrados a una cruz. Había también una tropa de flagelantes, pero éstos no se atrevían a presentarse delante del Rey, sino que esperaban a que la procesión llegase al Retiro y entonces se incorporaban a ella.

Había también procesiones parecidas durante la Semana de Pascuas, cuando se llevaba el Santo Sacramento a los enfermos. Las calles se cubrían de tapices y los balcones se adornaban con colgaduras. El Santo Sacramento era llevado bajo un dosel e iba precedido por muchísimos sacerdotes de cofradías, todos con sus cirios en la mano. Desfilaba también un numeroso grupo de músicos, innumerables saltimbanquis vestidos con máscaras variopintas que hacían piruetas y daban brincos tocando castañuelas. Acompañaban también al Santo Sacramento continuando su danza en la misma iglesia hasta que se les daba la bendición.

Le hablo, señora, de estas ceremonias tal y como las vi con mis propios ojos. Antes ya me las habían descrito con gran pormenor, pero había tomado todo lo que me habían dicho por calumnias inventadas libremente para desacreditar el culto que la Iglesia Romana rinde al

mayor de nuestros misterios; tanto más cuando que fueron protestantes quienes me habían hecho este retrato. Quise ser testigo ocular de todo lo que se me había asegurado que se observaba en el ceremonial de la Iglesia de España. Fue esto lo que me llevó a seguir todas estas procesiones con extrema avidez, y verdaderamente me causó gran escándalo el ver una realidad que hasta entonces sólo había tomado por imaginaciones de los enemigos de la Iglesia Romana.

Charles-Louis de Pöllnitz, *Cartas y Memorias con las observaciones que ha hecho en sus viajes*, Amsterdam, François Changuion, 1737.

## Práctica religiosa

PREDICADORES EN LAS PLAZAS: JEAN-MARIE-JÉRÔME FLEURIOT; CONDE DE ARANDA.

«Por las tardes y por las mañanas, a todas las horas, en todas las plazas, puede oírse en Madrid la palabra de Dios.

Un fraile se apodera de una esquina, desde donde, subido en un banco, encima de una mesa, sobre un tonel, en lo alto de una escalera o sobre una piedra, predica, arenga, hace llorar, convierte a los devotos, a la canalla, a los ociosos y a los transeúntes.

Algunas veces la multitud es prodigiosa; tanto mejor para los rateros, tanto mejor para las mujeres de mala vida; unos vacían los bolsillos, otras conciertan citas, y el sermón acaba con robos, matrimonios y con una colecta durante la cual el predicador, con una voz terrible, carga de anatemas y maldiciones al pecador recalcitrante que no dará nada.

Jamás se averiguará quién ha dicho, quién ha enseñado a todos estos saltimbanquis los dichos, las estupideces, las impertinencias, las charadas que dicen; jamás se adivinarían todos los detalles en que entran. Si predicán la Pasión o el Nacimiento de Jesucristo, parece que estuvieron allí; lo han visto, lo han oído todo, todo lo han retenido; señalan a Herodes, a Poncio Pilatos, a Judas y a los verdugos; hacen el retrato de María, de Magdalena, de Ana, de Joaquín, de la comadrona, de la nodriza; de creerles, han hablado con los Magos, han visto las estrellas, han desplegado los pañales, han mecido en sus brazos al Niño; oyéndoles hablar de Judea, Belén y el Tabor parece que las rocas se han abierto, que el velo del templo se ha desgarrado ante ellos: oyéndoles en fin describir pormenorizadamente, nombrar todos los rincones y esquinas, todos los matorrales del Calvario podría pensarse que se pasaron y acaban de volver de allí.

Además de estos predicadores de plazas, tiene Madrid también una Semana Santa; toda la ciudad entonces se pone de luto, se cierran los espectáculos, los cafés se quedan vacíos, el pueblo abarrota las iglesias; las calles, las encrucijadas están tapizadas de altares, guarnecidas de capillas, llenas de féretros. En cualquier barrio a que se vaya, a cualquier hora a la que se salga o que se asome uno por la ventana, encontrará o verá pasar cruces que arrastran imágenes de la Virgen, reliquias, flagelantes, penitentes grises, penitentes negros, penitentes azules, cubiertos, vestidos, disfrazados de una manera tan aterradora, ridícula y extraña, que parece que se arreglan, que se visten, que se cubren expresamente para hacer reír o para asustar.

Mientras la Pasión dura y los misioneros predicán, los grandes, hidalgos, médicos, abogados, hombres de leyes, hombres de espada, hombres de pluma, burgueses, mozos de cuerda, todo el mundo reza, todo el mundo llora, todo el mundo está triste; las mujeres salen a pie, sin pintarse, sin lunares, sin arreglarse, sin penachos ni postizos; velos, redecillas, mantillas, pañoletas ocultan tan bien el rostro, las caderas, las formas, los contornos y los senos, que no se sabe si están ante un hombre, una mujer, un espectro, una máscara o un mono.

Pero apenas los misioneros están fuera de las puertas, se abren los espectáculos, los cafés, los lugares públicos se llenan; se muestran las mujeres de mala vida; los velos, las mantillas desaparecen, los corsés y las faldas marcan los talles, dejan ver los senos, dejan ver los pies.

¿Qué fruto se puede esperar de esas homilías, de esos sermones, de esas pláticas que hacen los predicadores?».

El autor, que llama saltimbanquis a estos pretendidos predicadores, desempeña él mismo el papel de un verdadero farsante.

Dice el autor refiriéndose a la Semana Santa justamente todo lo contrario de lo que ocurre en realidad, pues precisamente es en los días de Semana Santa cuando las mujeres visitan las iglesias a pie y cuando van más elegantemente ataviadas. La costumbre, si se quiere, es un poco abusiva, y sería posible que el diablo encontrara su ocasión en estos adornos rebuscados, que parecen santificados por su objeto. Pero, en fin, las cosas son así: las mujeres ostentan entonces sus más bellos, sus más ricos ornatos, encajes, diamantes, perlas y flores, y el gran arte de este acicalarse, tan atractivo, consiste precisamente en dejar bien a la vista los cabellos, los rasgos, el talle, los contornos. Que se juzgue, pues, si es posible tomarlas por espectros, máscaras o monos.

«Todo el mundo se hace enterrar en Madrid con hábito religioso; visten a los hombres de capuchinos, a las mujeres de visitadoras y a las ramereras de hermanas grises.

Además del hábito, cargan al muerto de reliquias, medallas, cordones, *agnus* y rosarios que le atan al cuello, a los brazos, a las piernas y con los que llenan sus mangas, su capuchón, sus bolsillos y su gorro.

Abigarrado, agarrotado de reliquias, de rosarios, el español no muere tranquilo; para morir en paz es preciso que, al morir, el moribundo haga también legados. Por eso, desde el momento en que un español rico está gravemente enfermo, dos o tres escuadras de frailes abandonan sus celdas, abandonan el servicio del altar y acuden rápidamente a la cabecera, a los pies y junto a su lecho. Allí llenan sus oídos de *infierno*, *fuego*, *penitencia* y *cólera*; para apagar las llamas, para tranquilizar al diablo, el desgraciado moribundo gasta todos sus bienes en misas, en fundaciones, en óbitos cotidianos, semanales, anuales, y muere aturdido, inundado, frotado, abrumado, rendido, rodeado de cirios, de consejos, de oraciones, de amenazas, de promesas, de fruslerías, de aceite y agua bendita.

Lo más a menudo no son los médicos lo que mata. Cualquier español no moriría sin sus guardias, sin su ruido, sin sus gritos. Una o dos horas de reposo, de sueño, podrían curarle a menudo; pero, para su bien, no hace falta que cure; es preciso que muera, y que muera como un tonto, como un imbécil, como un niño, con una capucha hundida hasta los ojos, hasta las orejas, hasta la barbilla.

No creáis, frailes, que se sienten disgustados con vosotros; al contrario, os aman, y porque os aman deben apartaros de sus últimos instantes; tal es el clamor y el deseo general. En nombre de veinte mil almas que, desde las cuatro esquinas de los cementerios de Europa, dicen todas al unísono que los franciscanos, los bernardos han apresurado su muerte; que en lo sucesivo se debe apartar de vuestras camas a esos hombres negros, a esos alzacuellos, a esas sobrepellices, a esas imágenes, esas antorchas, esos aprestos fúnebres que conjuran, evocan, llaman a la muerte, que doblan, triplican, centuplican el horror que causa el mal que hacen y, en fin, que a menudo nos hacen morir de miedo a morir.

¿Pensáis que no creo en Dios? ¡Qué pregunta! ¿Quiero, pues, morir como una bestia, sin sacerdote, sin confesor, sin viático, sin absolución? No, no; pero quiero morir completamente solo, quiero morir en paz, quiero todo el tiempo posible; quiero, si hace calor, si hace buen día, quiero que entre el aire por mis ventanas. Antes de expirar, antes de cerrar los ojos para siempre, quiero mirar una última vez el cielo, los árboles, las flores, las nubes, el sol, el verdor, la vendimia y la cosecha.

Mirad a mis parientes, a mis amigos, a mis vecinos, a todos los que me quieren. Os amo también, os amo por muy moribundo que esté: recibid mis adioses, os dejo apenado, no os volveré a ver nunca más; pero estad tranquilos, sé adónde voy; seré feliz, estoy seguro. En cuanto a vosotros, no creáis jamás que Dios espera nuestra muerte para rechazarnos, para llamarnos. Desde hace ya mucho tiempo el registro de nuestras obras está escrito, los crímenes, las virtudes, todo está contado. Dios ya no ve, ya ha dejado de oír, ya no escucha lo que promete, lo que dice, lo que hace un enfermo que no sabe lo que dice. Dios lee en nuestros ojos, sabe desde hace mucho tiempo que esos suspiros, esos sollozos, esos salmos de penitencia son actos, son salmos de miedo; Dios sabe que el mismo David, cuando los hizo, estaba enfermo, estaba sufriendo, apenas si podía sostener la pluma y que temblaba al escribir».

Este artículo es un modelo de orden inverso: encontraréis allí, en primer lugar, los entierros, después los moribundos y finalmente sus últimas disposiciones.

¡Quién no admiraría aquí el amor tierno y repugnante del autor para con los frailes! Los quiere lejos de sí precisamente porque los ama. Y esas veinte mil almas que salen de las cuatro esquinas de los cementerios de Europa para quejarse de estar más muertos de lo que hubieran debido ¡qué grande y sublime imagen! Esto se llama hacer hablar a los muertos.

Quiere en sus últimas instrucciones que sus parientes, vecinos y amigos se desesperen en el lecho de muerte, a menos que esto no sea una lección que les da, para ponerse en orden en este momento fatal ¡Y quien esperaría encontrar un lección como esta en el *Viaje de Fígaro a España!*

SANTORAL: JEAN-MARIE-JÉRÔME FLEURIOT; CONDE ARANDA

«Por la leyenda española pululan innumerables santos que ningún país conoce, ni celebra. Si hemos de creer a la mayoría de los habitantes de Madrid, todos tiene un santo en su familia, y conozco a veinte mujeres aquí que tienen la dicha inestimable de ser madres, hermanas, sobrinas o viudas de un santo.

Acaban de canonizar a un monje jerónimo que, durante los cincuenta años que ha estado en la orden, jamás ha salido de su celda, jamás había hablado, reído, lavádose las manos, cortádose la uñas; y esto para agradar a Dios, para hacer la corte a las santas y para mostrar a los ángeles las manos sucias y las uñas largas.

Benedicto XIV repelía sin cesar: que no acusen a Roma de abrir la puerta del cielo al que más ofrece. Nada en el mundo, sin embargo,



cuesta tan caro como una canonización; todo ese dinero enviado de Roma, queda en Roma, y es para el papa o para los suyos: estoy seguro de ello.

Sed honrados, pero no se os ocurra jamás convertirlos en santos, decía a menudo a sus hijos un tío del cardenal Borromeo; la canonización del primo es lo que ha arruinado a la familia; su furia por hacer milagros lo que os ha reducido a la indigencia.

Por lo demás, desde que los verdugos paganos no pueblan ya el paraíso; desde que la manía de recorrer Tierra Santa ha pasado, el cielo está desierto; mil butacas de santos quedarían vacantes si no fueran ocupadas por algunos imbéciles, algunos locos, ricos, devotos, silenciosos y desaseados».

El autor debería haber dicho las palabras iniciales en Roma, puesto que es allí donde se canoniza a los santos. Al parecer los santos sólo tienen parientes en España. Dice que «nada cuesta tan caro a las familias como una canonización». La suya puede estar tranquila a este respecto; él no parece tener muchas ganas de subir a los altares.

#### LA VIRGEN: JEAN-MARIE-JÉRÔME FLEURIOT; CONDE DE ARANDA

«Todos los españoles consideran a la Virgen como una pariente, una amiga, una amante todopoderosa, dispuesta siempre a escuchar, siempre dispuesta a ayudar, siempre ocupada de su dicha. Por eso el nombre de María, que corre sin cesar de boca en boca, se ve mezclado en todos los cumplidos, en todos los deseos, en todas las peticiones. Al escribir, al hablar, al citar, al contar, es siempre la Virgen la que se toma como garantía, como testigo, como prenda. Invocando el nombre de la Virgen es como una mujer engaña a su marido, ama a su amante, recibe una carta, da cabellos suyos, envía su retrato o concede una cita, y, en fin, hacia la Virgen es siempre hacia donde se escapa el primer suspiro y el primer grito.

El retrato, el grabado, la silueta de María está en todas las esquinas, en todas las calles, en todas las plazas, en todas las casas de Madrid; está por doquier. Es inaudito el consumo de hojas, flores, lilas, espinas floridas, tafetanes, pompones que hacen aquí para adornar, guarecer y coronar con flores a la Virgen; es inaudita la cantidad de manos ocupadas sin descanso en montar sus gorros, adornar sus faldas, pintar sus cintas y bordar sus manguitos».

Es fácil imaginar cuán fecundo se vuelve el tema de la Virgen en la pluma del autor. El culto a la Virgen está establecido en todos los países

católicos; en todos ellos se le rinden honores externos; apenas hay diferencia. Sin duda en España hay supersticiones populares; pero ¿dónde no las hay?.

#### DEVOTOS: JEAN-MARIE-JÉRÔME FLEURIOT; CONDE DE ARANDA

«Por muy fanáticos, por muy supersticiosos que sean los españoles, a pesar del número infinito de procesiones, misiones y bendiciones, los habitantes de Madrid son mucho menos devotos de lo que se piensa. Aquí, como en todas partes, la devoción es el entretenimiento de los ancianos, de los ambiciosos desengañados, de las viejas que ofrecen a Dios los restos del Diablo».

¡Cuán ingenioso y delicado es todo esto! Felizmente en España existe la devoción, como en todas partes, según nuestro viajero; los españoles se parecen, pues, al menos en este punto, al resto de los humanos; siempre es un consuelo.

#### PEREGRINACIONES: JEAN-MARIE-JÉRÔME FLEURIOT; CONDE DE ARANDA

«Casi todos los habitantes de Madrid (el pueblo, se entiende), peregrinos de nacimiento, por decirlo así, pasan su vida yendo, volviendo, a Santiago de Compostela, a Nuestra Señora de Montserrat, a la Virgen del Pilar, a la de Loreto Gangarelli, que no dio jamás a besar su zapatilla, sin encogerse de hombros y que quería suprimir todas esas peregrinaciones».

Hemos visto más arriba a «Madrid poblada de hombres estudiosos, de escolares sabios, de compiladores infatigables»; héla aquí poblada ahora de «peregrinos natos»; casi todos los habitantes de la clase popular madrileña pasan su vida haciendo peregrinaciones por el reino y fuera de él, incluso llegan hasta Italia. Pero ¿por qué el Autor no ha puesto a la cabeza de estas peregrinaciones al Rey, a toda su Corte, al arzobispo de Toledo, en trajes pontificales, precedido de su cruz y de su clero, los señores, los magistrados, etc? La procesión no podría haber sido más bella, y la descripción más exacta, pues es bueno que se sepa que en Madrid, el pueblo no suministra peregrinos, y que de todas las ciudades de España es la menos dada a esta devoción; de suerte que el autor no podía haber elegido peor. Incluso en las provincias, los peregrinos nacionales se han hecho muy raros, porque se les detiene como vagabundos y se les obliga a volver a sus casas o a trabajar. Los peregrinos que ha podido encontrar en España son extranjeros, alemanes, franceses, italianos, húngaros que atraviesan el reino para acudir a Santiago.



## TEMPLOS: JEAN-MARIE-JÉRÔME FLEURIOT; CONDE DE ARANDA

«Cuando se entra en los templos de Madrid, durante algunos minutos no es posible distinguir nada, ver nada: el oro, la plata os deslumbran. Ese hecho no hace a los españoles ni más devotos, ni más justos, ni mejores. Dejemos de encerrar a Dios entre cuatro paredes; por vasto, por suntuoso que sea un templo para Él siempre será un calabozo; demolamos nuestras iglesias; penetremos, ora en el espesor de los bosques, ora escalemos una montaña, ora detengámonos al pie de una roca, o en una llanura, y allí, una vez al mes solamente, entonemos himnos, recemos nuestro rosario, quememos incienso y cantemos las alabanzas de Dios».

*Obligato*, responde el italiano a cumplidos como los que encabezan este artículo.

## RELIGIOSAS: JEAN-MARIE-JÉRÔME FLEURIOT; CONDE DE ARANDA

«Sólo el Dios de los asesinos, el Dios que preside las muertes, la nada, puede escuchar, dejar de escuchar, puede oír, consiente en recibir los votos sacrílegos, los votos *germicidas* de una joven religiosa.

Hay en Madrid treinta monasterios de religiosas.

Locutorios, celdas, bóvedas, muros recios de los conventos de Madrid; repetidos los gritos, los gemidos, los suspiros ahogados, las imprecaciones de las desgraciadas que encerráis.

Me hospedo a dos pasos del convento de las Carmelitas; mis ventanas dominan los muros; desde mi cuarto puedo hundir mi vista en su recinto; puedo oírlo todo, verlo todo. A pesar de lo que veo, de lo que oigo, ese convento, como los otros, no deja de estar siempre lleno, y estará casi siempre lleno. Es el calor del clima, es el tribunal de la penitencia, es el imperio de los frailes que siempre han poblado, que poblarán siempre los claustros de Madrid.

A la edad de doce o trece años una española experimenta ya una especie de malestar, de melancolía, de amor; desea, sufre, se siente atormentada sin saber donde, sin saber por qué; acude entonces a su confesor para depositar su dulce, pero inquietante, solicitud.

Abuso de la Santa Escritura, pasajes truncados, mutilados, confundidos; revelaciones, apariciones, milagros, historias apócrifas, el fraile utiliza todos sus medios para engañar a la joven penitente; de creerle, es el *mal de Dios* lo que la atormenta; para curar es preciso profesar, y la desventurada profesa.

Pronto nacen los deseos, la cabeza se puebla de imágenes, de formas; la sangre hierve, torrentes de fuego corren por las venas, un nuevo senti-

do se anuncia; hay que ahogar los gritos, suspiros impotentes; hay que pasar la vida en un claustro, llorando; hay que privarse para siempre de la vista de los deleites, de los abrazos de un amante, de un esposo; es preciso morir entre cuatro paredes, abrasada, consumida de deseos, que ni Dios ni el velo, ni la religión, ni todas las gotas del torrente de Cedrón han podido jamás moderar ni apagar. Tal es la vocación, la vida y la muerte de las religiosas de Madrid, de las religiosas del mundo entero.

Reyes, príncipes, emperadores, reuníos todos, suprimid para siempre los conventos de mujeres; desde el fondo de sus celdas esas desgraciadas os imploran de rodillas; devolvedlas a la vida, al amor, al mundo, a la libertad y no permitid más que un millón de mujeres se oculten, se encierren, huyan de la luz, nos huyan y pasen su vida sufriendo, llorando, deseando, postulando la eternidad».

El autor adopta aquí el tono que conviene al tema: «Sólo el Dios de los asesinos, el Dios que preside las muertes, la nada, puede escuchar, dejar de escuchar, puede oír, consiente en recibir los votos sacrílegos, los votos *germicidas* de una joven religiosa».

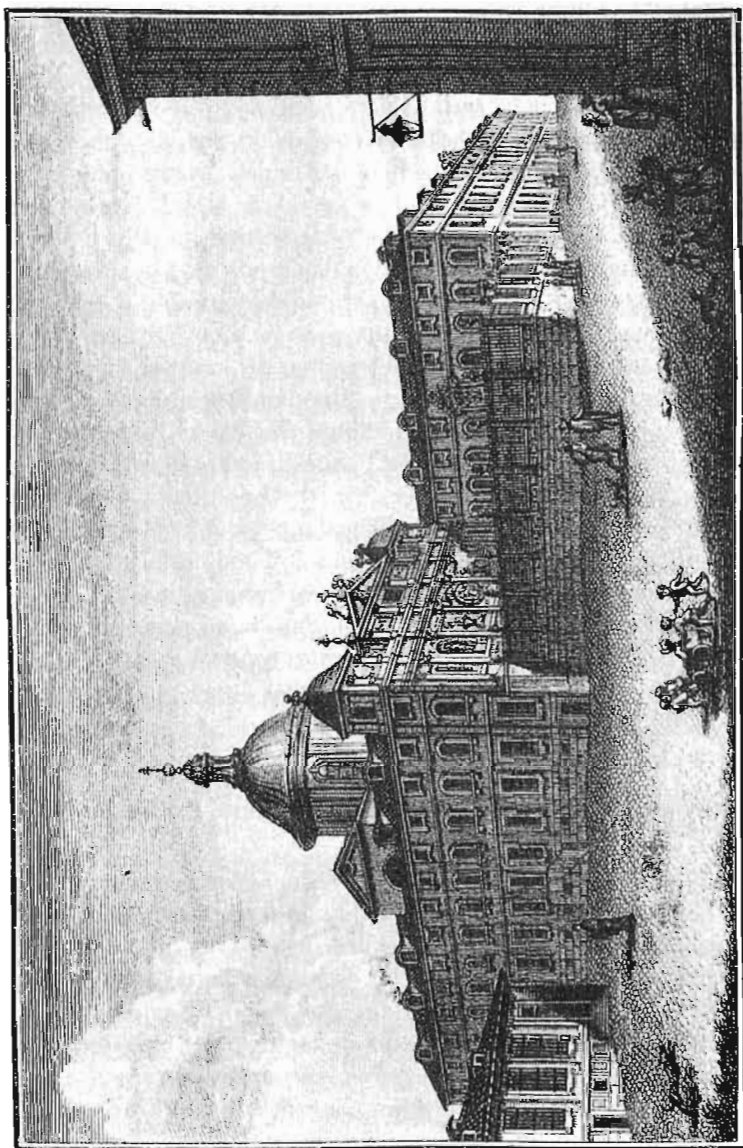
Después de este exordio, el autor dice que «hay en Madrid treinta monasterios de religiosas»; y parte de aquí para hacer la historia abreviada de la vocación, de la vida y la muerte de las religiosas de Madrid, de las religiosas del mundo entero: son sus términos. En seguida, elevando la voz, dirige así la palabra a todos los soberanos: «Reyes, Príncipes, Emperadores, reuníos todos, suprimid para siempre los conventos de mujeres». Pero ¿por qué no recomendarles al mismo tiempo la supresión de los monasterios de hombres? ¿Acaso sólo le interesa al autor la mitad del género humano?

Conde de Aranda, *Denuncia al Público del Viaje por España de uno que a sí mismo se llama Fígaro*, Londres, 1785.

## Usos y costumbres religiosos: Joseph Townsend

Siendo este un país católico, a la vista de su depravación moral, es natural preguntarse qué se ha hecho de su conciencia y dónde está su disciplina religiosa. Es bien sabido que todos tienen obligación de confesarse antes de recibir la eucaristía, y que han de hacerlo al menos una vez al año. Pueden elegir libremente a su confesor y a su sacerdote, el cual, antes de abandonar el altar, les da un certificado de que han estado allí, que deben entregar al cura de sus parroquias so pena de excomunió. Pero cuando una mujer casada se presenta año tras año a su confesor para





*Vista del Real Convento de la Visitación de Madrid.*

Vista del Real Convento de la Visitación. Grabado de las Vistas de Madrid de Esteban Boix.

acusarse de haber vivido, y continuar haciéndolo, en adulterio, ¿cómo puede darle la absolución o calcular la penitencia que ha de imponerle? El sacerdote ha de mandarle alguna penitencia y estar seguro de su dolor de contrición y de su propósito de la enmienda antes de darle la absolución; requisito este último indispensable para comulgar y librarse así de la excomunión. Sin embargo, lo generalizado que está este tipo de pecado induce a pensar que existe alguna fórmula para escapar a la dureza de la ley; y de hecho nada hay más fácil. La penitencia no presenta problemas, pues quienes la imponen suelen tener compasión por las debilidades humanas, y en muchos casos es ridícula. Además, si un confesor es demasiado severo, muy pocas personas se acercarán a él. El asunto de la absolución es más delicado, pues quiere demostrar no sólo dolor de contrición, sino también el propósito de la enmienda ante la abstención, al menos por una temporada, del pecado objeto de confesión. La primera absolución se puede obtener fácilmente; pero cuando año tras año se repiten los mismos pecados, el fiel debe cambiar de confesor para conseguirla, lo que no sólo resulta vergonzoso, sino también a veces ineficaz. En este caso surgen dos posibles soluciones: buscar un sacerdote sin escrúpulos que a cambio de alguna gratificación facilite el certificado, o, lo que es muy frecuente en Madrid, recurrir a las prostitutas, que confiesan y comulgan en muchas iglesias para regalar a sus amigos o vender los numerosos billetes que recogen. Todo el mundo puede utilizarlos, pues, como he podido comprobar, no llevan nombre ni forma, sino simplemente una inscripción similar a la siguiente: «Comulgó en la Iglesia parroquial de san Martín de Madrid. Año de mil setecientos ochenta y seis».

Joseph Townsend, *Un viaje por España en los años 1786 y 1787*, Londres, C. Dully, 1791.

### **Crítica ilustrada de prácticas religiosas: Servando Teresa de Mier**

Hay en Madrid más multitud de seres pensantes que en ninguna otra ciudad de España, porque allí van de toda ella a pretender; pero viven aislados y escondidos cada uno en su jonuco. Allí los dominicos de santo Tomás enseñan su jergón escolástico; los escolapios bellas letras y algunas cosas en el colegio real de san Isidro, que paga el rey; pero no hay actos literarios ni en los conventos. Estos suelen no tener ni librería, y si tienen algunos libros, están llenos de polvo, y se atasca uno si entra en la pieza, como a mí me sucedió en el gran convento de san Francisco, de Madrid. Asistí a la bóveda de san Ginés, donde se predica a lo misionero, y entonando el Padre *apprehendite disciplinam* para los azotes, cada uno coge la suya, y luego grita el Padre: *Las capas abajo de las rodillas,*



porque si no, mientras unos se azotan, los otros los roban por la fuerza de la contrición. Me sucedía regularmente que rezaba la oración en el Prado, me iba para san Francisco, donde vivía, distante cerca de media legua, y tenía que ir rezando las oraciones por toda la calle y aun en san Francisco, porque cada iglesia toca cuando se le antoja. Cada iglesia expone al Santísimo cuando quiere, y lo expone en un altar con dos velitas un fraile con su estola. Para ganar un pleito la Benavente contra otra grande, estaban expuestos en dos iglesias los Sacramentos, y la gente iba a ver quién de los dos ganaba. Parece que no hay obispo, y lo es el de Toledo. Madrid tiene un vicario y un obispo de anillo, que asiste a todo coro con los canónigos de san Isidro, a quienes preside.

La capilla real de palacio es la iglesia madre, y es una capilla donde algunos clérigos van a coro, y esos se llaman capellanes reales. Había allí dos custodias pequeñas pero ricas por las piedras preciosas. El patriarca de las Indias a quien están sujetos, es el cura de palacio, y siempre es cardenal. Sobre lo cual se ha de saber, que habiendo determinado hacer independientes las Américas en lo espiritual (pues el arzobispo de Sevilla era antes el metropolitano de las Indias, y por eso aquella iglesia se llamaba patriarcal) se eligió un patriarca. Pero a Roma le incomoda el nombre de patriarca por sus prerrogativas, y sólo le concedió los honores, anexo al cardenalato. Es el vicario general de todos los ejércitos de la monarquía, y las mitras de América pagan un tanto para su manutención. He visto al rey asistir a misa de ceremonia en su capilla. Está sentado con una mesa delante y un atril, y atrás, en derredor, quedan los grandes, etc. El cardenal patriarca trae el libro para que rece en latín la gloria y el credo; antes de llegar al rey, de una cortina que tiene al lado, sale un clérigo con sus hábitos y su bonete, que se llama por eso *sumiller de cortina*, y hace la ceremonia de poner el registro a un lado del libro, y el patriarca se lo pone al rey delante. Los predicadores del rey apenas pasarían por sabatinos en México. Son unos bárbaros. Asistí al sermón de uno que tenía crédito, era monje basilio, y me reía a taco tendido de oír a fray Gerundio de Campazas. La gente me decía: *Se ríe usted porque le gusta, ¿no?* Es un pico de oro.

El rey va los domingos a la Virgen de Atocha, donde oye cantar a los frailes dominicos la letanía; y cuentan los frailes algunas mentiras de esta imagen, como cuentan generalmente en Madrid de la de la Almudena, a cuya fiesta concurre el Consejo de Castilla, y he oído predicar delante de él, que metida en un nicho de la muralla en Jerusalén, por huir de los moros vino a Madrid, sin que se le apagaran las velas en no sé cuantos años. Yo no sé por qué en estas materias se han de sufrir las más absurdas pajarotas y alborotarse el mundo cuando alguno impugna estos abusos indignos y nocivos a la religión.



Lo único que hay de provecho en Madrid tocante a éstos son los padres del Salvador, y los canónigos de san Isidro. Florida Blanca puso estas casas con idea de que sirvieran para fundir sobre su modelo todas las catedrales de España, porque los canónigos no son más que un abuso y especialmente cuando son muy ricos, como en Toledo, de que el *Arcedeano* tiene de renta 80.000 ducados. Ducado es cuatro reales y cerca de medio nuestro.

En España antiguamente el obispo tenía al lado de su iglesia donde vivía, su canónica, esto es, una habitación o colegio, donde se educaban según los cánones los niños ofrecidos a la iglesia por sus padres, para ir sacando de allí los ministros necesarios. El vicario de obispo en su parroquia, llamada catedral por tener allí su cátedra, se llamaba arcipreste; el que cuidaba de los diáconos, o primer diácono se llamaba *Arcedeano*; y el primer clérigo o que cuidaba de los clérigos, esto es, subdiáconos (que en España eran de orden menor), acólitos, etc.; se llamaba *primiclero* o *primiciero*. Pero en el siglo XI, en que los franceses ocuparon todas las catedrales de España, introdujeron la institución de san Crodegando, un obispo de Viena que trajo los monjes de san Agustín a su iglesia, para que le ayudaran a la administración de su parroquia y crianza de la juventud eclesiástica. Mientras los obispos andaban de generales en los ejércitos y el clero apenas sabía leer, estos monjes desde el siglo X comenzaron a usurpar los derechos del presbiterio o Senado de la iglesia. De la sacristía o *sacrarium* hicieron un curato, y ellos, abandonando sus oficios de maestros de escuela, de cantores, de sacristanes, de lectores, retuvieron sólo los nombres, que convirtieron en dignidades, llamadas por eso *ventosas* en el derecho. Como es institución francesa, los nombres son franceses: Deán es *Doyan*, y en Francia se llama así al primero en cada facultad: hay *Doyan* de la literatura. *Mestre escole* es el maestro de escuela. *Chantre* significa cantor, etc. Y apoderados de los diezmos a título de cantar, como si los fieles se desprendiesen de la décima parte de los frutos de su sudor y su trabajo para mantener cantores en coche, se ha sabido mantener a la frente de los obispos, y se han ido secularizando, aunque todavía conservan el nombre de claustro, de misa conventual, de capítulo, esto es, Cabildo.

Los canónigos de san Isidro tienen su sueldo del rey; pero todos son iguales, todos van a coro, todos predicán, todos confiesan, y los preside el obispo del anillo, que hace lo mismo que ellos. Esto es tolerable y así se querían poner todas las catedrales. Todos entran en san Isidro por oposición, y todos son hábiles, aunque por consiguiente, se les acusa de jansenistas. Yo tenía entre ellos mucha aceptación, y decían en san Isidro la misa por seis reales(...)



Ya que ha sobrado este pedazo de papel, contaré una anécdota acontecida en Madrid cuando mi primera residencia en ella. Una joven a quien las religiosas capuchinas despidieron antes de profesar, logró crédito de santa por medio de su madre, su confesor franciscano y el canónigo Calvo, jefe del partido molinista y ajusticiado después en Valencia. Ella se mantenía como enferma en una cama, cubierta de velos, y allí se le dio profesión de capuchina por un Breve que se sacó en su favor del Sumo Pontífice. Poco faltó para que la reina fuese también a encomendarse a sus oraciones; pero concurría toda la grandeza a visitar aquel oráculo, y bastó una insinuación suya para que la condesa de Benavente estableciese un hospital de inválidos, del que ella había prometido ser la presidenta. Su madre aseguraba que todo su alimento se reducía a cinco granos de naranja. Y ella decía que, para acabar la revolución de Francia y los males de Europa, Dios quería la restitución de los jesuitas y que se hiciese fiesta solemne la del Dulcísimo Corazón de Jesús. Estaba bien impuesta en los deseos del partido molinista que la favorecía. El obispo auxiliar de Madrid iba a decirle misa ante su cama y en ella recibía la comunión. Esta era la Santa de Madrid, cuya familia se reducía a su madre y a una sobrina pequeña.

Ésta se fue a su tierra y contó a su cura en la confesión cómo la santa de Madrid, luego que de noche se despedía la gente y se cerraba la puerta de su casa, se levantaba y se ponía panda (como su madre) de buena provisión con que las limosnas tenían provista su despensa.

El cura avisó a la Inquisición, y cátese a la santa entre las uñas de otra santa. Ésta temió, no obstante, comprometer su crédito contra el de la impostura, y se le tomaron las declaraciones ante personas que la conocían y que ocultaba a su vista el velo. Allí se oyó declarar cómo, cuando recibió la profesión en la cama, en virtud del Breve que se le concedió por su enfermedad, ya estaba buena. No supe el paradero; pero entiendo que la encerrarían en el convento de las Capuchinas.

No quiero, me decía un exjesuita de Roma, ir a la plaza Colonna, lugar de concurrencia de los exjesuitas, porque no hablan sino de las visiones de monjas y beatas. Y, en efecto, cuantos de ellos me hablaban, siempre me contaban revelaciones de semejantes gentes. Y yo me admiraba cómo gentes por otra parte tan ilustradas, eran tan crédulas sobre una materia tan resbaladiza y que ha causado en la Iglesia infinitos escándalos y fracasos.

Fray Servando Teresa de Mier, *Memorias*, s. a., Madrid, Biblioteca América, Biblioteca Ayacucho.



## Organización administrativa eclesiástica: Pascual Ramón Gutiérrez de la Hacerá

Tiene Madrid hoy las mencionadas Parroquias; y por haberse separado la de san Sebastián de la de santa Cruz, son trece, con sus anexos, o ayuda; 37 conventos de religiosos y 30 de monjas, un beaterio con advocación de san José, reedificado nuevamente; la Casa de santa María Magdalena de la Recogida; y otra llamada Conservatorio bajo el patrocinio de santa María Egipciaca establecido año de 1771, ambas para mujeres que quieren enmendar sus costumbres y hacer penitencia; 13 colegios de niños y niñas; 15 Oratorios públicos; 20 hospitales, algunos de estos para la curación de individuos de varias naciones y 13 hermitas (*sic*), de suerte que pasan de 140 las iglesias y templos, muchos de ellos grandes, ostentosos y ricos, en donde son innumerables las funciones festivas que al año se celebran con toda solemnidad, magnificencia y culto debido, logrando la mayor parte de ellos indulgencias y jubileos que están concedidos, y señaladamente el de las 40 horas; siendo digno de notarse que sólo en la Cuaresma se predicán en las mismas cerca de 200 sermones y pláticas doctrinales.

Merecen siempre especial aplauso y atención la capilla construida para depósito del incorrupto cuerpo de san Isidro Labrador, natural y patrón de esta Villa, fundada y dotada por el Señor Felipe IV a modo de Colegiata, que se concluyó en 1669 y tuvo de coste cuatro millones. El llamado antes Colegio Imperial, y ahora Real Iglesia de san Isidro, a la cual se dignó el Rey nuestro Señor conceder se trasladase dicha admirable reliquia, y la de su Esposa santa María de la Cabeza, por el piadoso fin de mayor culto, y más cómoda veneración de los fieles, lo que se ejecutó solemnemente a 4 de febrero de 1769 y fueron colocados en el altar mayor, aumentando después el número de capellanes hasta el de 24. También comprende un Gimnasio o Aulas de Estudios Mayores y Lenguas con cátedras doradas que como aquellos se proveen, precedida oposición y una pública biblioteca.

En el año de 1771, dispensó Su Majestad a la Congregación de Seculares naturales de esta Villa (como Hermano Mayor y Protector de ella, la cual, bajo el amparo de María Santísima en el ministerio de su Purísima Concepción, tributa sus devociones a la misma, y sus patronos san Dámaso papa, y san Isidro labrador, fundada año de 1752) la gracia de una primorosa capilla de dicha iglesia, teniéndola concedida la *asistentia* de su Real Capilla para los días que hace la Fiesta en los referidos santos.

El convento de la Visitación, denominado de las Salesas, que fundaron año de 1757 los Señores Reyes Don Fernando VI y Doña María

Bárbara (en donde tienen su Panteón) es obra insigne, con Colegio para enseñanza de niñas ilustres. El Real Seminario de Nobles, erigido en 1725 para la instrucción de la juventud de esta clase en las Ciencias y habilidades propias de ella. El suntuoso templo y Convento, que se está construyendo de padres franciscanos observantes. El Hospital General que en el mismo sitio del antiguo se fabrica de nueva planta a fin de que logren los pobres enfermos toda comodidad y alivio en su curación y convalecencia para cuanto les sea oportuno al restablecimiento de su salud; al que se trasladaron los enfermos el día 8 de septiembre de 1781. La extensión y hermosura de sus salas es tan grande, que se colocan 72 camas por banda en las salas grandes, y 28 en las saletas y se cuentan 190 escalones desde el patio principal hasta la última sala, que es el cuarto alto.

Entre las innumerables reliquias que además de prenotadas, se veneran en Madrid, tienen los Padres Religiosos Trinitarios Descalzos (llamados de Jesús Nazareno, por la Soberana Imagen que logran bajo este nombre, y fue rescatada del Presidio de la Mamora) el cuerpo de su Patriarca san Juan de Mata; en el de Calzadas el del Beato Simón de Rojas; en la Iglesia del Oratorio de san Felipe Neri, el de san Francisco de Borja; en el Oratorio Público del Príncipe Pío hay uno de los tres divinos rostros, traído de Roma; y en la iglesia del convento de la Encarnación se expone al público todos los años en una redoma la Sangre de san Pantaleón, liquidada en su Víspera y día 27 de julio, y después permanecida coagulada.

No pueden pasarse en silencio las muchas Cofradías, Hermandades y Congregaciones que hay en Madrid empleadas, según sus respectivos institutos, en rendir solemnes cultos al Santísimo Sacramento, a María Santísima y Santos de la Corte celestial, como también dirigidas para procurar el consuelo y remedio espiritual y corporal de los pobres, siendo una de las principales la Real Hermandad de Nuestra Señora del Refugio, fundada el año de 1615, a quien está encargado por Real Orden de 1702 la Administración del Patronato del Real Hospital e Iglesia de san Antonio, vulgo de los Portugueses, a fin de que en él se estableciese; y el Colegio de Niñas Huérfanas que había también erigido el año de 1651, el cual se esmera en socorrer a los pobres, aunque estén extramuros, ya por ejercicio de visita regular; ya por la de los Sacramentos, y ya secretamente a personas de distinción; asimismo conduce los enfermos a los Hospitales en sillas o camillas, según la urgencia, y algunas veces sobre sus propios hombros en las Rondas que también hace por las noches para recoger y albergar a los necesitados; lleva las criaturas que exponen a las puertas de la Real Casa, o de cualquier otra parte a la Inclusa; suministra lo suficiente para que puedan los pobres enfermos tomar aires en su

patria, baños y aguas minerales, donde les sea oportuno a su salud; costea la remesa de los dementes a Zaragoza, y concurre en los incendios, ruina o fracaso público cuidando principalmente siempre que es necesario, o insta del socorro espiritual, todo con el mayor celo y actividad, sin interés alguno; pues consume en dichos fines piadosos cuantas limosnas dan los bienhechores; habiendo ascendido los gastos hechos desde su fundación hasta el año pasado de 1781 a 37.775522. Rs. y 29 mrs.

La Real Hermandad de Nuestra Señora de la Esperanza, erigida con Constituciones propias año de 1734 en la Iglesia de san Juan de esta Corte, y el de 1744 por haber nuestro señor Felipe IV tomado a su cuidado y gobierno la administración de la Iglesia, Casa y Rentas de santa María Magdalena, de las Recogidas tomaron posesión de todo, dedicándose lo primero a celebrar Misas por la conversión de los pecadores, lo segundo a tener misiones en los tiempos más oportunos del año, lo tercero a facilitar matrimonios entre pobres que estén en culpa o proximidad de ella, costeándoles las dispensas, en casos necesarios; lo cuarto, a poner en recogimiento mujeres hasta asegurar sus conceptos legítimos, precaviendo la nota pública, enviando otras a sus patrias con sus parientes y apartándolas de la ocasión y escándalo; lo quinto, a conservar en clausura a las que se quieran retirar de su mala vida y del mundo. Y lo sexto, a otros ejercicios caritativos que desempeña fervorosamente, invirtiendo las limosnas que recoge (por carecer de otro fondo) en cuanto puede contribuir a la salvación de las almas. De forma que así se halla en Madrid Casa de Refugio, y alivio de pobres enfermos y necesitados; Real Monte de Piedad para remediar urgencias; recogimiento en que arrepentirse de la mala vida pasada; Hospicio Real, donde están destinados los mendigos y holgazanes al trabajo proporcionado con seguridad del sustento y demás preciso, evitan importunaciones, vicios y peligros y resulta una notoria utilidad pública, como también muchas Obras Pías y Dotaciones empleadas en el común beneficio. Siete cárceles y reclusiones para personas de ambos sexos según sus estados.

Pascual Ramón Gutiérrez de la Hacería, *Descripción general de la Europa y particular de sus Estados y cortes, especialmente de las ciudades, villas y pueblos más notables de España*, Madrid. Imprenta de Jospe Doblado, 1782.

# *Costumbres y diversiones*

## **Espectáculos públicos**

ESPECTÁCULOS TEATRALES EN EL BUEN RETIRO: CHARLES-LOUIS DE PÖLLNITZ.

La indolencia de los españoles no les permite hacer ejercicios que sean un poco violentos. Por ello una de sus aficiones predilectas son los paseos. Les gusta también asistir asiduamente a las comedias. A decir verdad, es el modo más divertido de pasar el tiempo libre en Madrid. No obstante, puedo asegurarle que no hay nada más penoso que los espectáculos españoles.

El lugar donde se representa la comedia es horrible; es un paraje bastante sombrío, lleno de bancos dispuestos a modo de anfiteatro, encima de los cuales se ven palcos especialmente acondicionados para las Damas. El teatro está hecho a la romana; forma una hilera de pórticos cerrados por cortinas. Por allí precisamente entran los actores al teatro. El conjunto está muy mal iluminado. Pero lo que me sorprendió más fue un goteo que sentí en un primer momento, pero que la oscuridad me impidió ver al instante: tiene lugar precisamente en el centro del parterre, lo que causa una pestilencia insoportable. Los actores van muy mal vestidos y la mayoría son feos y deformes. Las actrices son más aceptables, aunque tampoco valen gran cosa. Las obras que se representan no son mejores que los actores; sin embargo, muchos españoles aseguran que son fragmentos excelentes. Lo que me ha divertido más han sido los bailes de los entreactos: sería difícil encontrar algo más ridículo. La mayoría de sus obras de teatro son obras religiosas; representan incluso los Misterios de nuestra religión. Uno de mis amigos me ha asegurado haber visto administrar en ellas el Santo Sacramento a un enfermo; si esto



es cierto, no comprendo cómo la Inquisición, tan severa en otros asuntos, puede tolerar semejantes abusos.

Charles-Louis de Pölnitz, *Cartas y Memorias con las observaciones que ha hecho en sus viajes*, Amsterdam. François Changuion, 1737.

## BAILES EN LOS CAÑOS DE PERAL: GIACOMO CASANOVA

«Ha cumplido el veneciano, de pie y de perfil, siempre ante la vida, burlando con su clara sonrisa mediterránea los cornalones del infortunio, cuarenta y dos años... Las viejas cortes de Europa le cierran sus puertas. Acorralado, casi nostálgico su corazón de dulces nombres y amantes fantasmas, Jacobo Casanova decide ir a Portugal por España... La gran aventura, la *españolada*, la gran noche madrileña trágica e impar le esperaba todavía» (César González-Ruano, *El caballero Casanova en la Noche de España*, Madrid, 1932.)

*Los episodios madrileños de las Memorias de Casanova son bien conocidos: entrada por la puerta de Alcalá, albergue en una fonda y botillería de la calle de la Cruz, visita al Conde de Aranda, a Losada y a Mora, a Rafael Mengs, encuentro con Sabatini... Pero el caballero Casanova también desea conocer los lugares de diversión. Acude primero al Corral del Príncipe. Más tarde a los Caños del Peral. Es un buen momento. El coliseo había sido cerrado a la muerte de Felipe V, pero, en 1767, el Conde de Aranda ordenó la transformación del viejo teatro para adaptarlo a los bailes de máscaras. Majos y aristócratas lo frecuentaban. El baile empezaba a las ocho de la noche y duraba hasta las cuatro de la madrugada. Todo estaba perfectamente regulado, el teatro brillantemente engalanado con tapices e iluminado con bujías. El baile de máscaras cautiva a Casanova, y el fandango, cuya lascivia encuentra indescriptible, sólo verlo bailar, le produce tal placer que le «arranca gritos de júbilo».*

Dejemos de lado por un instante mis asuntos diplomáticos y hablemos de los lugares de diversión de Madrid.

La primera vez que fui al teatro vi frente al escenario un palco grande, enrejado, ocupado por los padres de la Inquisición, que ejercen sobre las obras que allí se representan una especie de censura, así como sobre los actores e incluso me aseguraron que sobre los espectadores. De pronto oí al centinela colocado en la puerta de la casa exclamar: ¡Dios!, y al instante todo el mundo, sin distinción de edad ni rango, se posternó con el rostro contra el suelo hasta que dejó de oírse el tintineo de una campana que venía de la calle. Esa campana anunciaba que un cura pasaba delante de la puerta del teatro con el santo viático, que iba a administrar a un moribundo. Se ve que los españoles no saben prescindir

de sus costumbres devotas ni siquiera cuando se divierten. Más adelante me referiré a ejemplos más singulares todavía.

Después de la función fui solo, vestido con un dominó, a un baile de máscaras. Quería verlo y conocerlo todo en mi calidad de extranjero, y mi curiosidad me costó más de un doblón. Es muy cierto de todos modos que esa primera velada pasada en el baile de máscaras fue para mí mucho menos costosa que todas las que después pasé allí, y lo debo a la conversación que entablé con un anciano que había encontrado en la sala de los refrescos. Viéndome solo, alejado de la multitud, me dijo:

— ¿Habéis perdido a vuestra pareja?

— No tengo pareja.

— Sin embargo, me parecéis hecho para el baile.

— Efectivamente, me gusta mucho.

— Pues bien, si venís solo, aquí no bailaréis jamás, porque todas las mujeres que veis ya tiene su pareja, que no les permite aceptar la invitación de otro.

— Si es así debo renunciar a esa seductora diversión, porque no conozco en Madrid a señora alguna que consienta en acompañarme a un baile de máscaras.

— Os engañáis; encontraréis muy lindas parejas y e incluso con mucha mayor facilidad que cualquier habitante de Madrid, puesto que sois extranjero. Desde que nuestro ministro, el conde de Aranda, ha autorizado esas alegres reuniones, se han convertido en la pasión de todas las mujeres casadas y solteras de la ciudad. Independientemente de las espectadoras que ocupan los palcos, hay aquí cerca de trescientas dispuestas a bailar; pero lo que no veis son las cuatro mil muchachas, por lo menos, que no teniendo amante se lamentan a esta hora en su habitación.

— Por los que veo, esas señoras y señoritas no se atreven a venir solas aquí.

— La policía se lo prohíbe.

— ¿Se permitiría, pues, a cualquiera invitar a alguna de esas señoritas?

— Ningún padre, ninguna madre se opondrá, si le pedís sin rodeos el honor de acompañar a su hija al baile.

— Es una costumbre singular.

— Lo esencial es ofrecer a la muchacha un traje, un antifaz y guantes y poner un coche a su disposición.

— Pero, mi querido señor, ¿qué tendría que hacer si me rechazan?

— No tendríais que hacer más que una reverencia y dirigiros a otra parte. Pero estad tranquilo, porque os aceptarán por doquier.

Seducido por anticipado por lo maravilloso de una semejante aventura, me prometí seguir el consejo del anciano y le pedí sus señas para darle a conocer los resultados. Me respondió:

— Me encontraréis aquí todas las noches, en este palco, en la delantera, y hasta, si os parece bien, voy a presentaros ahora mismo a la señora que lo ocupa.

Le dije mi nombre y le seguí.

Fui muy bien recibido en ese palco, que estaba ocupado por dos damas y un anciano. Una de ellas, que aún conservaba trazas de su antigua belleza, me preguntó cuáles eran las *tertulias* que frecuentaba. Le respondí que era extranjero y que no era recibido en parte alguna.

— Venid a mi casa, respondió ella en francés; soy la señora Pichona.

Esa señora tenía muchos amigos, puesto que añadió:

— Todo el mundo me conoce.

Al final del baile, bailaron el *fandango*, baile del que creía poder hacerme una idea por haberlo visto ejecutar en Italia y Francia, pero no era más que un pálido reflejo cuyo modelo no podría reproducirse tan vivamente en otra parte. Actitudes, gestos, miradas, posturas, allí todo era frío y muerto, aquí todo palpitaba, todo hablaba al corazón y a los sentidos. Ese espectáculo me arrojó en un verdadero delirio. Todos los caballeros bailan frente a su pareja acompañando sus movimientos con el ruido de las *castañuelas*: los gestos del bailarín anuncian al principio sus deseos; los de la pareja, el consentimiento; luego el bailarín se anima y se torna lúbrico, la bailarina cae en una dulce languidez, más tarde en el éxtasis hasta que la fatiga los arranca de los brazos el uno del otro. Bien se puede pensar que espectadores y espectadoras toman un interés extremado en este baile, y ese interés es tan ardiente que, en verdad, si la sala no estuviera tan brillantemente alumbrada, creo que traducirían el *fandango* en los palcos. Mi extrema emoción no escapó a la señora Pichona, quien me dijo:

— Os veo agitado; qué sería, pues, si pudiérais ver el *fandango* que bailan los *gitanos*.

Le testimonié mi sorpresa al ver ejecutado ese baile en presencia de la Santa Inquisición.

— Los padres negros han prohibido que lo bailen, pero el conde de Aranda lo ha autorizado.

Eso me recordó las palabras de Montesquieu dirigidas a los gobernantes, palabras justas: «Podéis cambiar las leyes de un pueblo, atentar contra su libertad, pero no se os ocurra tocar sus diversiones».

Al día siguiente empecé a buscar un *profesor de fandango*, y lo encontré en la persona de un actor, que me dio también algunas lecciones de español. Al cabo de tres días bailaba el *fandango* a la perfección, y descubrí un medio para procurarme una pareja. No podía dirigirme a una señorita de la alta sociedad, porque hubiera sido rechazado en seco; por otro lado, no quería ni una mujer casada, ni una cortesana. Era justamen-



te el día de san Antonio que, independientemente de su canonización, es llamado el Grande, y al que nos presentan siempre acompañado de un cerdo. Entré en la iglesia de la Soledad para ver allí celebrar la misa, pensando siempre en el medio de procurarme una pareja para el día siguiente. En el mismo instante descubrí a una muchacha que salía, con los ojos bajos, de un confesionario. Persuadido, por su apostura, que debía bailar el *fandango* como un ángel o como un demonio, resolví debutar con ella en los *Caños del Peral*. Se veía a las claras que no pertenecía a una familia de condición elevada; pero era bella, tenía un aspecto decente y la traza bastante elegante. Se arrodilló, después de confesarse, en el centro de la iglesia, después se acercó a comulgar. Oí por su intención una segunda misa, pues con todos los *pater noster* que decía tardaba bastante tiempo. Por fin, abandonó la iglesia, dió la vuelta a la calle y penetró en una casa de un solo piso. Subí resueltamente, y héme aquí llamando a la primera puerta.

— ¿Quién anda ahí?

— *Gente de paz*.

Es costumbre en Madrid contestar de ese modo. Un acreedor que se presenta en vuestra casa, un policía que viene a deteneros, os responderá siempre: *Hombre de paz*. La puerta se abrió y reconocí en la habitación a mi joven persona cerca de un hombre y de una mujer; eran el padre y la madre. Dije al primero:

— Señor, soy un extranjero, gran aficionado al baile, pero no tengo pareja.

El padre se volvió hacia su mujer, ésta hacia su hija y la hija me miró. Continué:

— Vengo a rogaros si, por casualidad, me permitiríais llevar allí a vuestra hija. Soy un hombre de honor y os la devolveré después del baile. Señor, no tenemos el honor de conoceros e ignoro si mi hija consentirá en acompañaros.

La señorita enrojeció como una cereza, y contestó al punto:

— Me sentiría muy honrada acompañando al señor al baile.

Después de eso el padre, que se llamaba don Diego, me preguntó mi nombre y mi dirección, prometiéndome pensarlo y darme la respuesta antes del mediodía.

En la misma mañana aquel buen hombre vino a decirme que aceptaba la invitación en nombre de su hija, pero que ponía una condición, y era que la madre esperaría hasta el final del baile en su coche.

Charlando con mi hombre supe que confeccionaba zapatos.

— Pues bien, señor, tómeme la medida para un par de zapatos.

— Imposible, señor; soy un hidalgo; si os tomase medida para un par de zapatos, me sentiría rebajado.

— Sin embargo, es una obligación, a la que vuestra profesión os somete.

— Si fuese zapatero, perfectamente; pero no lo soy.

— ¿Qué sois, pues?

— Zapatero de viejo. No toco el pie de nadie, a no ser a nobles como yo.

— Pues bien, hidalgo, no me toméis medida, pero arregladme mis botas viejas. ¿Consiente en ello vuestra gracia?

— Consiento, y os las arreglaré tan bien, que os parecerán nuevas.

— Nobleza aparte, ¿sois un hombre hábil?

— Venimos trabajando, de padres a hijos, desde hace cinco generaciones, a un precio justo. Os costará un peso duro (aproximadamente, un escudo de seis libras de Francia).

Después de eso mi hombre me dejó, sin querer aceptar la invitación que le hice de que comiera conmigo. Respetable zapatero de viejo, que miraba con desprecio a los zapateros, por su parte muy poco respetuosos para con su título de nobleza. Eso me hizo pensar en los lacayos de Francia, que no sienten sino desdén por los ayudas de cámara de sus amos. Sirven a la persona, dicen: nosotros somos servidores de la casa.

Al día siguiente mi pareja recibió de parte mía un dominó, un antifaz y los guantes. Por la noche estaba a su puerta con un coche de alquiler; me esperaban con impaciencia. La madre nos acompañó envuelta en un amplio mantón y se durmió casi al instante. Cuando llegué con doña Ignacia a la sala, las parejas estaban ya formadas. Durante dos horas no perdimos ninguna contradanza; después la invité a cenar. Todo esto pasó sin que intercambiásemos una sola palabra. Es cierto que yo no sabía tres frases en español. A las once, un redoble de bombo nos advirtió que iban a bailar el *fandango*. Ese baile ardiente, cuyos pasos son otras tantas imágenes ardorosas de voluptuosidad, desató mi lengua y me inspiró la declaración de amor más extraña que jamás haya formulado en mi vida; era un revoltijo de palabras italianas, francesas y españolas. La pequeña comprendió todo; verdad es que mis ojos suplían las lagunas de mi vocabulario. Me dio a entender que debía consultar antes de responder a mi amor y que una carta cosida en el forro de su dominó me informaría sobre sus sentimientos. Al volver a nuestro coche, encontramos a la madre durmiendo, o mejor dicho roncando. Nuestra llegada la despertó y nos saludó con un «¡Ya! No he tenido tiempo de descabezar un sueño». Gracias a la obscuridad de nuestra casa sobre ruedas, guardé en mis manos las blancas manitas de doña Ignacia, y en esa posición, que me hacía soñar cosas más agradables, conté a su madre lo mucho que se había divertido en el baile. A poca distancia de la casa de su noble esposo, la madre de Ignacia gritó al cochero que se detuviese, y llegó hasta su habitación a pie para no dar qué hablar a las malas lenguas.

Al día siguiente estaba muy impaciente de ver llegar el dominó de Ignacia. Encontré, efectivamente, cosido en el forro la carta que ella me había prometido; no contenía más que dos líneas: «Don Francisco de Ramos, que es mi amante, irá a veros y os dirá lo que debéis hacer para hacerme feliz».

El amante no se hizo esperar, y fue menos lacónico que la carta. Me contó la historia de sus largos amores con la bella, cuántas noches había pasado bajo sus ventanas, cuántas serenatas había comenzado e interrumpido por la llegada súbita de sus bárbaros padres, etc.; luego venía la letanía de sus tormentos y de sus trabajos. Le detuve en seco, para preguntarle a qué causa debía el honor de su confidencia.

— ¿No sois amigo de doña Ignacia?

— Soy su pareja de ayer.

— ¿Estáis en relación de negocios con su padre?

— En relación de zapatos todo lo más.

— En fin sus padres os estiman mucho. Doña Ignacia me ha dicho que os acogerá como a un hijo; pues bien, prestadme cien doblones, eso me servirá para comprar un pequeño ajuar; Ignacia y yo os quedaremos eternamente agradecidos.

La conclusión me pareció singular; no me sentía en la obligación de contribuir a la dote de todas las mujeres con las que tuviera que bailar, y por eso respondí a don Francisco:

— Mi querido señor, gracias por la buena opinión que os habéis formado sobre mi persona; en cuanto al dinero que necesitáis, me es imposible entregároslo.

Quedó estupefacto.

— Todo lo que puedo prometeros —repuse— es guardaros el más inviolable secreto sobre vuestro amor, vuestros desvelos y vuestra miseria. Adiós.

Se fue contrariado, como dicen los ingleses, y murmurando por su mal paso. Ese Francisco era un joven de veintitrés años, pero que aparentaba treinta y seis; era pequeño, llenito, bizco y con la cara llena de pústulas. Es presumible que doña Ignacia, al aceptarlo, no quisiera más que un marido; pero yo no quería exponerme al riesgo de soltar doscientos doblones sólo por el placer de doblar al señor Francisco.

Recordarán que doña Pichona me había dejado sus señas en mi primera visita al baile. Fui a verla, y me recibió muy bien. Le pregunté por qué no había acudido al último baile de los *Caños del Peral*.

— ¡Dios mío! —exclamó ella— ¿Ignoráis que he perdido al duque de Medinaceli?

— ¡Oh, cielos, el duque de Medinaceli ha muerto!

— Hace cuatro horas.

— ¿Era tal vez ese señor muy viejo?  
— De ningún modo, sesenta y tantos años. Y además, no los aparentaba, ¿verdad?  
— Pero, señora, no tenía el honor de conocerle.  
— ¿Cómo es eso? Fue él quien os trajo a mi palco.  
— Entonces lamento que haya guardado el anonimato conmigo.  
— ¡Un hombre tan bueno, tan generoso, que tanto me hubiera dado si hubiera vivido!

— Por lo menos, señora, os habrá dado consuelos en sus últimos momentos.

— ¡Ay, no! No ha podido proferir una sola palabra.

— ¿Ha sido un ataque de apoplejía?

— No, señor; una indigestión.

Dejé a aquella señora, a la que no podía, vista su edad, ofrecer notables consuelos, y al volver a mi casa he aquí que me encuentro a la puerta al padre de doña Ignacia. Aquel hidalgo me traía mis botas. Se colgó de mi cuello, por favor singular, y me dijo:

— Habéis embrujado a mi hija; habla de vos de la mañana a la noche.

Más me gustaría, pensaba, ocuparla de la noche a la mañana. Y en voz alta:

— Por mi fe, honrado señor, vuestra hija es una muchacha amabilísima, muy bonita y muy honesta.

— ¡De noble raza! —gritó mi hombre.

— Tan honesta —repuse— que me he abstenido de ir a verla por temor a comprometerla.

— Señor, su reputación de muchacha prudente la pone al abrigo de todo ataque, y me sentiré encantado de recibiros.

Era como si el buen hombre me hubiera dicho: ¡Hacedle la corte!

— ¿Pensáis —añadí— que estaría dispuesta a acompañarme de nuevo al baile? Si así es, iré a ponerme a sus órdenes.

Corrí a casa de doña Ignacia aquel mismo día. La encontré sentada al lado de su madre; tenía una corona de rosas en la mano, en tanto que su madre lavaba la vajilla y el hidalgo desempeñaba sus altas funciones de zapatero de viejo. Hice saber a la bella mi pequeño cumplido respecto al baile, lo recibió muy bien y ella misma se comprometió a acompañarme aquella noche. Inmediatamente saqué un doblón, y lo presenté a los nobles padres para comprar un dominó, y me quedé solo con Ignacia. Mi intención formal era acelerar un desenlace, pero Ignacia tenía principios y oponía a todas mis intenciones una resistencia de virgen. Sin embargo, le arranqué una media confesión: «Es deber mío oponerme a vuestros deseos hasta contra mi propia inclinación». Desde el momento en que ya

no tenía que luchar más que contra su deber, era probable que lograra vencer a ese débil enemigo.

Por la noche tuve la precaución de poner en mi coche dos botellas de ratafiay, llené los bolsillos de mi bailarina con bombones diabólicos. Cuando le ofrecí un doblón de oro, me dijo:

— Dádsele mejor a Francisco.

— Pero es un caballero; me lo rechazará.

— De ningún modo. Decidle que es a cuenta del centenar que os ha pedido. Además, el pobre muchacho tiene mucha necesidad de eso... ¡Es tan pobre!

— Y está tan enamorado —añadí riendo.

— Un enamorado tan tímido que se pasa la noche en la calle esperándome cuando estoy con vos en el baile.

— Si lo creyese, iría a proponerle que hiciera compañía a vuestra madre en el coche.

Gracias a mis bombones y al *fandango*, creí percibir que mi pareja se humanizaba cada vez más. Las miradas, las voluptuosas presiones seguían su camino; pero todavía no habíamos llegado a los besos: aún no estaba seguro.

Cuando nos separamos, al amanecer, me dió cita para el día siguiente en la iglesia de la Soledad. A la hora convenida fui a clavarme en la esquina de un confesionario, y pronto la vi aparecer en compañía de una muchacha de su edad, pero muy fea. No me había esperado ese exceso de compañía, y me quedé tranquilo, no queriendo comprometer a mi amada. Al salir de la iglesia me encontré frente a frente con don Francisco, que me abordó con un aire irónico y me dijo:

— Señor, os quedo muy agradecido de que hayáis tenido la suerte de acompañar a Ignacia al baile; yo estaba también allí y os he visto a los dos bailando el *fandango*. Por vuestras miradas y vuestros gestos, lo he comprendido todo.

— Yo no os comprendo.

— Nada de fingimiento; me engañáis...

— Mi querido amigo, el amor crea fantasmas, y para un hombre de talento como vos, me parece muy precipitado el dar crédito a esas estupideces. Volved otra vez a ese baile y observadnos bien, y lléveme el diablo si descubríis entre vuestra novia y yo algo diferente a una correspondencia de simple amabilidad.

— Iré seguramente, pero...

— Pero... ¿quién os lo impide? Si no tenéis dinero, aceptad este doblón de a ocho.

E hice brillar el doblón ante sus ojos. Inmediatamente su rostro se iluminó, embolsó la moneda jurando que un proceder tan delicado le abriría los ojos. ¡Pobre muchacho! Por el contrario, mi proceder se los cerraba.

Por la noche conté a doña Ignacia lo que había pasado entre su pretendiente y yo, y aprobó mi conducta. Se invitó ella misma a una nueva velada en el baile, y me pidió que consintiese en llevar allí a dos de sus primas, que jamás habían estado en el Prado.

— ¿Son tan bonitas como usted?

— Bonitas o no, haced eso por mí...

— Lo haré. ¿Donde viven esas señoras?

— Tomad este encaje y bajad la calle Nueva; hacia la mitad, veréis una tiendecita: *A Santa Teresa*. Allí es. Diréis que vais de nuestra parte, yo arreglaré lo demás.

— Esas señoritas, ¿son planchadoras?

— Y nobles.

— Como vuestro padre, lo sé.

Seguí las instrucciones de Ignacia y, con mi trozo de encaje en la mano, entré en casa de las primas. Su rostro y su porte no tenían nada de estimulante; muy al contrario, la mayor parecíase al retrato que Cervantes nos ha dejado de la famosa *Dulcinea del Toboso*; en cuanto a la otra, figuráos un dragón con traje de mujer.

Sin embargo, de parte de Ignacia la elección que había hecho de esas feas agraciadas no me era desagradable; mi amor pronto vio en ello el presagio de mi triunfo. Una mujer, me decía, puede poner al hombre que le es indiferente en contacto con una bella persona; pero a aquel al que ella tal vez se siente tentada a amar, sólo le presentará feas.

Determinadas nuestras convenciones, las dos primas e Ignacia vinieron a comer a mediodía a casa. En la mesa y en la más fuerte de nuestra libaciones, me pasó por la cabeza una idea burlesca. Dije a esas damas:

— Veo apenado que no sólo podréis aprovechar un baile de cada tres, pero habría un medio de remediarlo.

— Veamos vuestro medio.

— Sería necesario que la mayor de estas señoritas se resigne a vestir un traje de hombre.

Ante esas palabras, la más joven exclamó:

— No cometeré yo ese pecado mortal.

Ignacia, que se sabía de memoria todas las leyendas, le tranquilizó citándole el ejemplo de la bienaventurada santa Marina, que se había mostrado toda su vida en trajes masculinos.

— Pero —repuso la pobre muchacha— ¿quién me vestirá?

— Yo soy el único, señorita, que puedo aquí haceros ese servicio.

— ¡Oh!, no me atrevería jamás.

— ¡Bah!, pues —dijo Ignacia— don Jaime es el más honesto de todos los hombres de España.

Tranquilizados sus escrúpulos, la vestí tan bien desde los pies a la cabeza que su sexo era inidentificable. Habiéndome preguntado la otra prima si entendía tanto de vestir a las mujeres, aproveché esa ocasión para decir que, si doña Ignacia consentía en ello, le daría una muestra de mi competencia. Consintió ella, y pasamos a una habitación contigua, que cerré con cerrojo.

El tocado se prolongó, adivínese por qué, pero el tiempo me pareció muy corto; fui rápido para desnudar a la bella y muy lento para volverla a vestir. Las primas se impacientaban; doña Ignacia se creyó en la obligación de darles una explicación por su retraso; era, dijo, el dominó, que se había desgarrado y había sido preciso volver a coserlo. Las primas sonrieron, yo estaba radiante.

Por la noche fuimos, pues, al baile. Pero imposible bailar, tan grande era las concurrencia. Invité a cenar a aquellas señoras, cena que se prolongó hasta cerca de la media noche, pero de pronto la orquesta calló, las parejas se rompieron y los bailarines comenzaron a marcharse. Pregunté la razón de ese brusco desenlace y me respondieron:

— Estamos en miércoles de ceniza, no se baila en la Cuaresma.

Acompañé a las primas de Ignacia y las devolví sin tacha al techo paterno. En cuanto a ella, quiso aceptar algunos refrescos, y la llevé a mi casa, prometiéndome el más dulce de los idilios. Mas he aquí que, al entrar en el café donde iba a encargar algunos refrescos, descubro a don Francisco, que viene a mi encuentro y me dice resuelto:

— Os he visto volver con Ignacia. Permitidme que vaya a saludaros.

— Sea —respondí, disimulando mi impaciencia.— Doña Ignacia palideció de cólera ante el aspecto de su novio:

— Es indecente —le dijo ella— el importunar a las gentes a estas horas.

Tomé la defensa de nuestro intruso y señalé a Ignacia que tenía muy poca indulgencia para con un hombre que le daba esa muestra de amor. Comprendió ella mi moderación e invitó al pobre Francisco a sentarse; se sentó un instante, bebió un poco y se marchó.

Entonces Ignacia me dijo, con aire triste:

— La presencia de Francisco me ha quitado todo el placer que me prometía con vos: estoy convencida de que ha estado en los alrededores para espiarme y es muy capaz de vengarse de mis desprecios. Yo me vengaré también de la broma que me ha gastado, y estoy decidida a romper con él, porque, a decir verdad, sólo mantengo su amor para asegurarme un marido. No me gusta más que usted, don Jaime.

— Estoy persuadido de ello, Ignacia, y os estimo demasiado para pensar de otro modo.

Después acompañé a Ignacia a casa de su padre, después de haberle jurado que la amaría todo el tiempo que viviese en Madrid. Sabido es que tengo por costumbre el no comprometer nunca mi porvenir: por viva que fuese mi pasión por Ignacia, todavía quedaba en mi corazón algún sitio para el capricho, y, por desgracia, iba a experimentarlo.

Giacomo Casanova, *Memorias*, Leipzig, 1822-1828.

#### RITOS TAURINOS: JEAN-FRANÇOIS DE BOURGOING

*El diplomático y publicista Jean-François de Bourgoing llegó a Madrid en 1777 como agregado de la embajada de Francia. Reside en la capital varios años hasta que es nombrado embajador junto a la Dieta de Sajonia. Vuelve de nuevo a la capital en 1792, esta vez como embajador.*

*Bourgoing es autor de dos libros de viaje en los que describe el arte, costumbres y monumentos de España. El primero se publicó en París de forma anónima en 1788 con el título de Nuevo viaje a España o cuadro del estado actual de esta Monarquía. El segundo se tituló Cuadro de la España Moderna y en él ya aparece el nombre del autor.*

*La primera relación describe una fiesta de toros, que pasa íntegra a la segunda a la que se agregan pequeños detalles. El fragmento transcrito, que pertenece al Cuadro de la España Moderna y es contemporáneo del testimonio de Clarke, fue una de las noticias más difundidas en el siglo XVIII sobre nuestras corridas de toros.*

Todos los días en que se celebran corridas de toros se ve inmolarse de ese modo, por lo menos en Madrid, a seis animales por la mañana y a doce por la tarde. Los últimos se entregan exclusivamente al matador, quien, sin el concurso de los picadores, se las ingenia para hacer disfrutar a los espectadores con la nueva suerte. Puede verse a veces el combate de un toro montado por un extranjero intrépido que ataca a otro animal también cabalgado. En otras ocasiones se hace luchar al toro con un oso. El último animal que pisa la arena concita especialmente el placer del populacho. La punta de los cuernos está oculta bajo una envoltura redonda que amortigua los golpes. En ese estado, el toro, que se llama *embolado*, pierde la facultad de herir y desgarrar. Los aficionados descienden en multitud para atormentarlo cada uno a su manera, y expían frecuentemente su cruel placer con violentas contusiones. Finalmente, el toro siempre cae abatido bajo los golpes del matador.



Por lo demás, en esta carrera, como en cualquier otra, la pasión distribuye las reputaciones y disputa o exagera los éxitos. Durante mi primera estancia en Madrid, los aficionados estaban divididos entre dos famosos matadores, Costillares y Romero, como lo estarían en cualquier otro lugar entre dos actores célebres; cada una de las dos sectas era tan enfática en sus elogios, tan terminante en sus decisiones, como lo hubieran podido ser entre nosotros los partidarios de Glück y de Puccini. A quien no conozca todo esto, es difícil persuadirle de que el arte de matar un toro, que parecería obra exclusiva de carniceros, sea discutido tan gravemente y exaltado con tanta vehemencia no solamente por el pueblo, sino también por los hombres más sensatos y por las mujeres más delicadas. No saquemos, sin embargo, ninguna impresión desfavorable sobre los españoles. A pesar de su gusto desenfrenado por las corridas de toros, a pesar del placer bárbaro que experimentan viendo derramar la sangre de esos animales inocentes y valerosos, no por ello son menos susceptibles de sentir los impulsos de la bondad y humanidad. A la salida de estas fiestas sanguinarias, no disfrutan menos que otros pueblos de la paz de un buen matrimonio, de los placeres de la amistad o de las dulzuras del amor. En los siglos pasados, cuando los combates singulares y los asesinatos eran más frecuentes, no eran más aficionados que hoy a su espectáculo favorito. Sus costumbres se han dulcificado, sin que haya disminuido esta pasión; al contrario, está en su apogeo.

El día de una corrida de toros es una fiesta solemne para toda la provincia. Los espectadores acuden desde diez o doce leguas a la redonda. El artesano que tiene apenas para vivir encuentra siempre lo preciso para consagrarlo a este espectáculo. ¡Desgraciada la pobre mujer a quien su penuria excluya de la fiesta!

Bajo Carlos III, el Gobierno pareció comprender los inconvenientes de esta fiesta, origen de desórdenes, locuras y de vicios para un pueblo a quien se quería inculcar al amor al trabajo. Es también una plaga para la agricultura, pues todos los años le arrebató muchos instrumentos preciosos.

El Rey sentía personalmente una gran aversión por los combates de toros y hubiera querido apartar poco a poco de ellos a la nación española. Su principal ministro, Floridablanca, era del mismo parecer. Se empezó por restringir el número de estas fiestas a las ciudades de provincias. En el mismo Madrid sólo se lidiaban toros débiles, y el espectáculo empezaba a perder su principal atractivo; pero se preveía que habría de resurgir bajo el reinado de Carlos IV.

Hay en España otra diversión, pálido reflejo de la verdadera corrida de toros. Se la llama *fiesta de novillos*. En ella aparecen toros jóvenes destinados, no a morir, sino a crecer para placeres menos inocentes, ensayando sus nacientes cuernos para el peligroso oficio a que se les

destina; estos torillos son entregados a las burlas de unas cuadrillas de aficionados, aprendices como ellos. El Príncipe y la Princesa de Asturias, no atreviéndose a oponerse frontalmente a los gustos del viejo Carlos III, se permiten, al menos, asistir de tapadillo a estas parodias de la gran tragedia. Se auguraba, por ello, que las protegerían, y el principio de su reinado confirmó esta conjetura. Hacía tiempo que no se había visto en Madrid ninguna de las fiestas dadas por la Corte y que aquí se conocían con el nombre de *fiestas reales*. Se llamaban así a los combates de toros celebrados en el escenario de la Plaza Mayor de Madrid. La casa militar del Rey las presidía en buen orden, y sus alabarderos formaban a pie el círculo interior de la escena. Sus largas armas eran la única barrera que se oponía a los peligrosos caprichos del toro. En el reinado precedente sólo se había celebrado una de estas fiestas reales; por eso se las creía abolidas. Pero la coronación del nuevo Rey ha ofrecido la ocasión para resucitarlas. Desde entonces, las corridas de toros han recuperado el favor del público; desde entonces, se concede con mayor facilidad permiso para celebrarlas en las ciudades que lo pidan para consagrar sus beneficios a obras de caridad. Las de Madrid vuelven a ser dignas de despertar un entusiasmo que comenzaba a declinar; y, desde 1789, se han visto las fiestas más animadas y sangrientas que se recuerdan desde hace mucho tiempo. Más de una vez he podido contemplar a uno de estos animales, solo, en medio de la arena, después de haber destripado a todos los caballos y herido a la mayor parte de los combatientes.

Jean-François de Bourgoing, *Cuadro de la España Moderna*, París, Regnault, 1797.

#### FIESTAS DE TOROS EN LA PLAZA MAYOR: EDWARD CLARKE

*Edward Clarke nació en 1730 en Buxted (Sussex). En 1750, obtiene el doctorado en Cambridge y recibe del vizconde de Middleton la rectoría de Peperharow. En 1760 viaja a España como capellán del conde de Bristol, que representó a su gobierno en España durante las celebraciones de la entrada en Madrid del rey Carlos III. En 1763, es nombrado capellán del general Johnson en Menorca. Desde 1771 hasta su muerte en 1786 disfrutó de la prebenda de una canonjía en la catedral de Chichester.*

*Transcurrido apenas un mes desde su llegada a España, el 15 de julio de 1760, Clarke asiste a la histórica fiesta de toros organizada para conmemorar la entrada pública de Carlos III en la capital. El relato de esta corrida, que forma parte de la carta séptima de las Cartas sobre la Nación Española (1763), constituye uno de los raros documentos en el que un viajero inglés defiende la fiesta de toros.*



Cuando, a eso de las tres y media de la tarde, llegamos al balcón del embajador inglés en la Plaza Mayor, nos sorprendió el más jubiloso y alegre espectáculo imaginable. La espaciosa plaza se mostraba llena de gente. Todos los *balcones* estaban engalanados con tapices de sedas multicolores y llenos de arriba a bajo de la fachada. En las calles que conducen a la plaza se habían construido graderías y alrededor unos tablados para el pueblo, ocho o nueve pies por encima del suelo o ruedo, si así puede llamarse, con aperturas y puertas de madera dispuestas en lugar conveniente.

Entraron primeramente en la plaza cuatro carruajes de *caballeros*. Eran estos carruajes de una antigua y singular construcción, con cristales a los extremos, y estaban completamente abiertos a los lados. Los caballeros venían sentados junto a las puertas de sus coches, desde donde saludaban con una reverencia al pueblo y a las personas que les vitoreaban desde los balcones, mientras daban la vuelta a la plaza; les acompañaban sus padrinos, los duques de Osuna, Baños, Arcos y Medinaceli. Precediendo a la familia real, entró una compañía de *alabarderos*; venían después las carrozas de la comitiva regia con gran pompa. Creo recordar que eran unas siete u ocho, y la primera en desfilar fue la *Carrosse de Respect* del rey, lujosa en extremo, ornada de rojo y oro, con hermosos paneles pintados. Luego llegó una carroza con varios de los grandes dignatarios que siempre preceden al Rey; después entró la carroza donde venían el Rey y la Reina, que era un muy suntuoso coche azul con todos los adornos de plata maciza y la corona como remate o florón del vehículo; los jaeces de los caballos eran igualmente de plata y en la cabeza llevaban penachos blancos. Después de la carroza real, venía el coche del príncipe de Asturias y, por último, los de los Infantes y don Luis con sus respectivos palafreneros y cocheros.

Sus Majestades estaban situadas enfrente de nosotros, en un balcón dorado y adornado con un dosel y cortinas escarlatas y oro; en esta ocasión, la Reina estaba sentada a la derecha del Rey; a la diestra de las dos Reales Personas se veía a toda la familia real, y, a la izquierda, a los caballeros de la cámara regia, en fila, todos vestidos con un delicioso uniforme azul y rojo, ricamente bordado en oro. Los *alabarderos* abandonaron el balcón real, que estaba en el centro de uno de los lados, y formando en dos filas procedieron a despejar la plaza del gentío y el público se retiró a sus asientos en el tablado que se levantó para este fin.

Acto seguido los *alabarderos* se alinearon delante del tablado y debajo del balcón del Rey. Entonces aparecieron dos *compañías de muchachos de uniforme*, con gorra y jubón de tafetán encarnado, que acarreaban cubos de agua con los que regaron la plaza. Al acabar esta operación, los alguaciles principales de la Villa montaron en hermosos caballos que

venían adornados de ricos jaeces, y luciendo ellos los trajes tradicionales de España, negros con mangas acuchilladas, con grandes pelucas blancas rizadas y sombrero con plumas de diferentes colores, avanzaron hasta debajo del balcón del Rey, en cuyo lugar estaban obligados a permanecer todo el tiempo de la corrida para recibir las órdenes de Su Majestad, excepto cuando les acometía el toro, porque estaban absolutamente desarmados e indefensos.

Obtenida la venia del Rey para dar comienzo a la *fiesta de toros*, las cuadrillas pertenecientes a los *caballeros* entraron en escena formando cuatro grandes compañías vestidas con libreas de seda de *estilo moruno* con suntuosos adornos de puntilla y bordados. Esta tropa llegó primero bajo el balcón de Rey para saludarle rendidamente, y, después, dió una vuelta en procesión alrededor de la plaza; la elegante singularidad y variedad de sus uniformes constituía la más deliciosa escena que puede imaginarse. Después de ellos venían *cuatro caballeros* vestidos a la antigua usanza española, con plumas en los sombreros y jinetes montados en los más hermosos caballos que he visto jamás. Cada uno de estos hombres llevaba en su mano una delgada lanza, y estaban auxiliados por dos servidores de a pie vestidos de seda clara del color de la librea del caballero y los cuales traían una especie de capa de la misma tela. Estos nunca abandonan a su dueño y son verdaderamente su principal defensa.

En cuanto los *caballeros* rindieron pleitesía al Rey, las compañías se retiraron y quedaron con ellos solamente, además de esos servidores a los que nos hemos referido y que marchan siempre a su lado, otros pocos caballeros vestidos de la misma manera que estos acompañantes, con iguales capas, y que se dispersaron por la plaza. Es el momento en que los caballeros se disponen para el combate; el primero se coloca frente a la puerta del lugar donde están encerrados los toros, y los demás se escalonan a espacios regulares.

A una *señal* del Rey se abrió la puerta y apareció el toro, al son de una música marcial y del vivo clamor popular. El animal ve a uno de los peones del primer caballero que extiende su capa y se dirige directamente hacia él, pero el hombre lo burla fácilmente y le da a su dueño la primera oportunidad de romper su arpon en el cuello del toro. De igual manera el animal se ve obligado a combatir a los demás caballeros y siempre con el mismo resultado negativo para la bestia; hasta que, habiendo recibido las honorables heridas de sus lanzas, se enfrenta con otros hombres de a pie, quienes, después de jugar con él con increíble agilidad todo el tiempo que creen conveniente, le dan muerte con suma facilidad clavándole una espada en el cuello o en el costado, que da con él en tierra. En este momento lo rematan rápidamente asestándole un golpe entre los cuernos con una daga o la punta de una espada, para

alcanzar la espina dorsal, lo que significa su muerte fulminante. Después de todo esto, el toro es arrastrado apresuradamente por un tiro de mulas bellamente adornadas y especialmente enjaezadas para la ocasión.

Al principio sentía miedo por la suerte que pudieran correr los hombres de a pie; pero pronto me di cuenta de que no se exponían a ninguna clase de peligro; sus capas son para ellos como un escudo, porque el toro embiste siempre a la capa y, de este modo, los hombres pueden eludir fácilmente el choque. Además de esto, hay tantos para auxiliarse mutuamente que unos y otros pueden, en todo momento, guiar al toro de la manera que les plazca, y, aun en el peor de los casos, se pueden salvar saltando la barrera, cosa que hacen con frecuencia.

Los jinetes corren mayor peligro, pues sus caballos son demasiado fogosos para ser dirigidos con exactitud; por esto no pueden los *caballeros* burlar el ataque tan bien como los peones, y estarían expuestos en toda momento a ser derribados con sus caballos si los peones que marchan a su lado no los asistieran. A pesar de ello, vimos heridos dos hermosos caballos, pero, afortunadamente, el hombre escapó de su caída indemne. El valor de estos caballos es tan grande, que frecuentemente avanzan hacia el toro mientras sus entrañas se arrastran por el suelo.

Cuando los caballeros se cansaron de estas hazañas, el Rey les dio permiso para retirarse. Cambió el aspecto de la fiesta y salieron toros, uno a uno, de otra puerta y mucho más bravos que los anteriores; éstos fueron combatidos por los hombres de a pie, quienes estaban muy lejos de temer su furia, tanto que todo su esfuerzo consistía en irritarlos para colocar sobre su cuello, o en otras partes, pequeños dardos armados de garfios y adornados con manojos de papel. Algunos de estos instrumentos estaban llenos de pólvora y estallaban a la manera de un cohete tan pronto como eran clavados en la piel del toro. Nada puede imaginarse más cruel que estos dardos, pues, una vez clavados en la carne del animal, éste no puede desprenderse de ellos; pero el valor y asombrosa destreza con que se los coloca apartan vuestra atención del lado cruel de la acción. Otro método tienen de divertirse a costa de la furia del toro, y consiste en inflar *pellejos de cabra* dándoles la forma de una figura y colocarlos delante del animal; pero esto ofrece un aspecto totalmente ridículo. Sin embargo, hay muchos toros que no atacan a esta especie de fantasma y uno de los que salió con más furia demostró más miedo ante la piel de cabra que a combatir a su más encarnizado antagonista; tan grande era su temor ante un objeto que lo aguarda erguido e inmóvil y que parecía no espantarse de su proximidad.

Existe además otra clase de lanza más grande, que sostiene un hombre oblicuamente, con el extremo apoyado en el suelo y la dirige hacia la puerta de donde el toro sale; éste acomete al hombre y casi siempre lo

derriba; pero alguna vez el toro es herido en la cabeza o en el cuello y con tal fuerza que vimos una de estas lanzas rotas, y eso que era mucho más gruesa que mi brazo. También obligan a pelear con los toros a unos perros que demuestran tanto valor y obstinada perseverancia como cualquiera de los que se crían en Inglaterra. En cuanto a las *normas* que rigen este espectáculo y otras circunstancias relativas a la etiqueta de la fiesta de toros, no intentaré explicarlas, y me imagino que quienes lo han pretendido se han visto obligados a tomar estos detalles de segunda mano, y por referencias no siempre fidedignas. Yo no lo creo muy importante.

Este espectáculo es, ciertamente, uno de los más hermosos del mundo si se considera simplemente como un regalo a la vista o como un esfuerzo de la valentía e infinita agilidad de los ejecutantes. Los españoles son tan aficionados a él que, incluso las mujeres, empeñan sus últimos trapos para verlo, y estoy seguro de que alquilar alguno de los balcones aquella tarde no costaría menos de cien pistolas. Nadie puede imaginarse una multitud más apiñada, pues llega hasta la cumbre de los tejados, y pagan excesivamente caro este placer, que han de disfrutar bajo el sol más mortificante y soportando el mayor calor imaginable. Esto no me extraña demasiado si pienso que en mi propio país, que es ciertamente tan humano como cualquiera otra nación, el pueblo también gusta con fanatismo de sus peleas de gallos, de sus combates de toros con perros, etc. No niego que esto ha de ser un residuo de la barbarie *mora*, o quizá *romana*, y que no resistiría las especulaciones de salón o los sentimientos compasivos de un tierno corazón. Pero, a fin de cuentas, hay que evitar las especulaciones demasiado sutiles, no vaya a ser que la entereza del hombre se embote en los sentimientos de una blanda filosofía. Hay un cierto grado de ferocidad necesaria en nuestra naturaleza, y si, de un lado, es conveniente circunscribirla a ciertos límites para que no degeneren en crueldad, por otra parte no debemos juzgar este espectáculo con ideas refinadas en exceso para no hundirnos en un afeminamiento excesivo. Esta costumbre española está lejos de ser cruel: la valentía e intrepidez, unidas a la habilidad y práctica, consiguen las más ruidosas aclamaciones del pueblo. El espectáculo tiene todas las buenas apariencias de las costumbres caballerescas, pues prepara la mente de los espectadores para las grandes hazañas. Enseña a despreciar el peligro y la más segura manera de vencerlo. Y, en fin, aun aquello que no respeta estrictamente las leyes de la humanidad y buena naturaleza, puede todavía ser motivo de grandes y gloriosos efectos; y es, sin duda, el conjunto de estas cualidades lo que hace honor a cualquier país.

Esta ceremonia de la fiesta de toros en la Plaza Mayor se celebra únicamente en las ocasiones más señaladas, tales como la elevación al Trono o el matrimonio de los reyes, y sus gastos corren a expensas del

Rey y de la Villa. Aparte de esto, hay un teatro construido sin techumbre donde se dan fiestas de toros cada quince días; y esto, para los conocedores y buenos aficionados, es infinitamente preferible a lo otro, pues los toros son más furiosos y el peligro más grande para los caballeros.

Otro día vi, sin embargo, una fiesta de toros en ese anfiteatro, y encontré poca diferencia material en la manera de combatir, excepto en que los caballeros, que montaban mejor y parecían más diestros, no estaban tan bien auxiliados por los hombres de a pie; y en que estos *caballeros* usaban algunas veces una larga lanza de madera estrecha, resistente, con una punta corta, y un nudo de cuerda enroscado que les impedía entrar profundamente en la herida. Tienen esta lanza muy apretada a su costado; la pasan debajo de su axila y la dirigen con la mano. De esta manera aguardan la acometida del toro y, generalmente, tienen la suficiente fuerza para contenerlo a distancia de sí mismos y de sus caballos, lo que es sumamente peligroso, pues el toro, en algunas ocasiones, derriba jinete y cabalgadura. Este espectáculo era uno de los ordinarios y, por lo tanto, estaba atendido con menos pompa que aquel otro que vi en la Plaza Mayor. El edificio está construido a la manera de un anfiteatro antiguo, es circular, con filas de asientos levantados desde el patio y con dos hileras de palcos o grandes balcones encima de esas gradas. No solamente está admirablemente ideado para el propósito con que se construyó, sino que, además, tiene una sorprendente apariencia por sus proporciones y regularidad. Apenas me atrevo a censurar a las nobles señoras que se muestran en esos balcones festejando tales escenas sangrientas con sus miradas que parecían creadas para ejercitarse en crueldades más inofensivas.

Edward Clarke, *Cartas sobre la Nación Española*, Londres, 1763.

#### VIDA TEATRAL: JAN POTOCKI

*Jan Potocki (1761-1815) nació en Píkow (Polonia). Una vocación de historiador erudito y etnólogo le impulsa enseguida a viajar por los países del sur de Europa. Y así, entre 1778 y 1780, recorre Italia, Malta, Sicilia y Lampedusa. Llega a Túnez, desde donde pasa a España: en Madrid visita el estudio de Goya.*

*A pesar de la realidad de su viaje, en la relación de Jan Potocki con el mundo hispano predomina, como en su obra, el elemento imaginario y ficticio. El conde bebió en otros libros de viaje, y, en general, en las obras que presentan una imagen misteriosa y esotérica de España (Trabajos de Persiles y Segismunda de Cervantes, relatos de Gonzalo Céspedes y Meneses o de María de Zayas).*



El Manuscrito encontrado en Zaragoza es un obra compleja que condensa críticamente en un torrencial discurso literario las grandes preocupaciones filosóficas del siglo XVIII —debate sobre la religión y las ciencias, explicación racionalista del universo— sirviéndose de los géneros narrativos más conocidos desde el siglo XVII (relato fantástico, novela gótica, cuento oriental, relato erudito, novela sentimental, cuento libertino, novela picaresca...)

El interés por el mundo de los gitanos, uno de los tópicos de lo español romántico, aparece reflejado en el Manuscrito en la *Historia de Pandesowna*, relato que toma como escenario el Madrid de Carlos III, del que Potocki retrata las luchas entre «chorizos y polacos» a las que también se refirió Moratín. Potocki, al pasar por Madrid, supo algo muy directo de aquellos combates teatrales dirigidos por frailes, pues frecuentó la tertulia del librero Moreno donde se reunían los eruditos locales. Con todo, idealiza la realidad madrileña en la historia picaresca del hijo de don Felipe del Gran Tintero. El resultado es una imagen de Madrid deformada por lo maravilloso del expresionismo nórdico, la ironía y la sátira entreverada por la imaginación fantástica.

Historia de Pandesowna, jefe de los gitanos.

Todos los gitanos de España me conocen por el nombre de Pandesowna. En su jerga es la traducción de mi nombre de familia, que es Avadoro, pues yo no he nacido de familia gitana. Mi padre se llamaba don Felipe de Avadoro y tenía fama de ser el hombre más valiente y metódico de su tiempo. Y tan metódico que si os contase la historia de sus jornadas sabríais enseguida la de su vida entera, o al menos la de los años que transcurren entre sus dos matrimonios, el primero, al que debo el haber nacido, y el segundo, que fue causa de su muerte, por la irregularidad que introdujo en su modo de vivir.

Cuando aún habitaba en el hogar paterno, mi padre sintió un tierno afecto por una pariente lejana, con la que contrajo matrimonio en cuanto le fue posible. Desgraciadamente, mi madre falleció al darme a luz, y mi padre, inconsolable con su desaparición, se encerró en su casa durante varios meses, negándose incluso a recibir a sus más próximos parientes. Pero el tiempo, que suaviza todas las penas, logró también apaciguar su dolor, y llegó un día en que sus vecinos vieron cómo mi padre abrió su balcón, que daba a la calle de Toledo, y respiraba el aire fresco durante un buen rato. Fue después a abrir una ventana que daba a un callejón, y al ver en la casa de enfrente algunas personas conocidas las saludó con semblante alegre. En los días que siguieron continuó haciendo lo mismo. Este cambio de actitud llegó a oídos de Fray Jerónimo Sánchez que fue a ver a mi padre, y le felicitó por el restablecimiento de su salud. Le habló



poco de los consuelos que nos brinda la religión y mucho de la necesidad que tenía de distraerse, animándole incluso a que fuese al teatro. Mi padre, que tenía mucha fe en Fray Jerónimo, asistió aquella misma noche al teatro de la Cruz, donde se representaba una obra nueva que gozaba del favor del partido de los *polacos*, mientras que el de los *chorizos* intentaba hacerla fracasar. La batalla entre estos dos grupos enemigos interesó tanto a mi padre, que desde entonces no dejó de ir una sola noche al teatro, y llegó incluso a adherirse al partido de los *polacos*, por lo que sólo iba al teatro del Príncipe cuando el de la Cruz se hallaba cerrado.

Terminado el espectáculo, mi padre se situaba al extremo de la doble fila que formaban los hombres para obligar a las damas a salir una a una del teatro, aunque no las recorría con la mirada, como hacían los demás; por el contrario, apenas si las miraba, y en cuanto desfilaba la última se dirigía a *La Cruz de Malta*, donde tomaba una cena ligera antes de irse a su casa.

Por la mañana el primer cuidado de mi padre era abrir el balcón que daba a la calle de Toledo y respirar en él, durante un cuarto de hora, el aire fresco matinal. Después abría la ventana que daba al callejón, y si había alguien en la ventana de enfrente lo saludaba con gesto amable, diciéndole *agur*, y cerrando en seguida la ventana. Esa palabra, *agur*, era a veces la única que pronunciaba en todo el día, pues, aunque se interesaba vivamente por el éxito de todas las comedias que se representaban en el teatro de la Cruz, sólo mostraba su interés aplaudiendo, y jamás salía de su boca una palabra o una frase. Si no había nadie en la ventana de enfrente, aguardaba pacientemente a que alguien apareciera, para dirigirle un amable saludo.

Mi padre solía ir a misa a los Teatinos, y al volver a su casa, aunque encontraba ya su cuarto hecho por la criada, ponía un cuidado especial en colocar cada mueble en el mismo sitio en que había estado el día anterior. Lo hacía poniendo en ello tanta atención que no tardaba en encontrar la menor brizna de paja o grano de polvo que hubiese escapado a la escoba de la criada.

Quando se sentía enteramente satisfecho del orden que reinaba en su cuarto, cogía un compás y unas tijeras y cortaba veinticuatro trozos de papel del mismo tamaño, los llenaba con tabaco del Brasil y hacía veinticuatro cigarros tan primorosamente liados, que podían considerarse los más perfectos cigarros de toda España. Luego se fumaba seis de estas obras maestras mientras contaba las tejas del palacio de Alba, y otras seis contando las personas que pasaban por la puerta de Toledo. Después dirigía su mirada a la puerta de su cuarto, hasta que veía llegar a la criada con su cena.

Terminada ésta, se fumaba los otros doce cigarros, y se ponía a mirar el reloj hasta que llegaba la hora de ir al teatro. Si no había representación, se dirigía a la librería de Moreno, donde escuchaba a varios literatos que solían reunirse allí en tertulia, aunque sin intervenir jamás en la conversación. Si alguna vez se ponía malo, pedía al librero Moreno<sup>1</sup>, la pieza que se daba en el teatro de la Cruz, y cuando llegaba la hora de la representación se ponía a leer la obra, y no olvidaba aplaudir todos aquellos pasajes que los *polacos* solían subrayar con sus aplausos.

Como veis la vida de mi padre no podía ser más inocente, a pesar de lo cual pensó en cumplir los deberes de la religión y pidió un confesor al convento de los Teatinos. Le enviaron a mi tío-abuelo Fray Jerónimo Sánchez, que aprovechó la ocasión para recordarle mi existencia y decirle que yo vivía en casa de doña Felisa Dalanosa, hermana de mi difunta madre. Pero sea por miedo a que mi presencia le recordase a su amada esposa, cuya muerte había yo causado inocentemente, o bien porque temió que mis gritos infantiles turbasen sus ordenadas costumbres, el caso es que mi padre rogó a Fray Jerónimo que me mantuviese siempre alejado de él. Pero al mismo tiempo proveyó a mi sostenimiento asignándome la renta de una *quinta* que poseía en los alrededores de Madrid, y confió mi tutela al procurador de los Teatinos.

Quizá mi padre, al querer mantenerme alejado de él, adivinaba la enorme diferencia que la naturaleza había puesto entre nuestros temperamentos. Ya sabéis hasta qué punto era mi padre metódico y constante en sus costumbres. Pues bien, os aseguro que sería casi imposible encontrar un hombre más inconstante e inquieto que yo. He sido inconstante hasta en mi inconstancia, pues la idea de una dicha tranquila y de una vida sosegada me ha perseguido siempre en mis viajes, pero el placer de viajar ha impedido siempre también que tomara la decisión de retirarme a una vida plácida. Así, pues, conociéndome bien a mí mismo, decidí poner fin a mis inquietas alternativas, uniendo mi existencia a esta banda de gitanos. En cierto modo, es una especie de retirada a una vida sin problemas, pero en la que al menos no me veo obligado a tener siempre frente a mí los mismos árboles, las mismas rocas o, lo que aún me sería más insoportable, las mismas calles, los mismos muros y los mismos techos.

Al llegar a este punto del relato, me atreví a interrumpirle, diciéndole:

— Señor Avadoro o Pandesowna, pienso que una vida tan errante como la vuestra os habrá brindado curiosas aventuras.

— Señor me —respondió el gitano,— es verdad que desde que vivo en este desierto he visto cosas extraordinarias. Pero en cuanto al resto de mi vida no hay en ella sino sucesos bastante corrientes, en los que lo

único notable sería mi manía de cambiar constantemente de lugar, hasta el punto de que nunca permanecía en un mismo sitio más de un año o, a lo sumo, dos años seguidos.

Tras estas palabras el gitano continuó en estos términos:

— Os conté antes que mi tía doña Felisa Dalanosa me había llevado a vivir con ella. Mi tía no tenía hijos, y parecía haber sumado en mi favor las indulgencias de las tías y la de las madres. En una palabra, hizo de mí un niño mimado. Lo malo es que lo seguí siendo en los años siguientes, pues a medida que iba creciendo en fuerza y en inteligencia empecé a abusar de su cariño y de su bondad para conmigo. Por otra parte, como no hallaba nunca barreras a mi voluntad, solía oponer escasa resistencia a la de los demás, lo que me hacía parecer casi débil ante los otros. Cuando mi tía acompañaba sus órdenes con una tierna y acariciadora sonrisa no sabía resistirme a ellas. En realidad, la buena de doña Felisa estaba convencida de que la naturaleza, con la ayuda de sus cuidados, había hecho de mí una verdadera obra maestra. Solamente una cosa faltaba para que su dicha fuese completa: el hacer ver a mi padre mis supuestos progresos y convencerle de mis perfecciones. Pues mi padre seguía obstinado en no verme.

Pero ¿qué no podré conseguir una mujer cuando se empeña en ello? Doña Felisa actuó con tal constancia y eficacia sobre Fray Jerónimo, que éste le prometió aprovechar la primera confesión de mi padre para plantearle el caso de conciencia de la cruel indiferencia que mostraba con un hijo inocente.

Fray Jerónimo cumplió lo prometido, pero como a mi padre le producía terror recibirme en su casa, le propuso que nos encontráramos en el Jardín del Buen Retiro. Mi padre no aceptó esta propuesta, pues alteraba su plan de vida metódico y uniforme, del que no se apartaba jamás. Finalmente, accedió a recibirme en su casa, y el padre Jerónimo corrió a anunciar la buena nueva a la señora Dalanosa, que creyó morir de alegría.

Debo decirlos que diez años de hipocondría habían agravado las extravagancias de la vida casera de mi padre. Entre otras manías, había adquirido la de fabricar tinta, rareza que empezó del modo siguiente. Un día en que se encontraba en la librería de Moreno, con algunos de los ingenios más ilustres de España y varios abogados recayó la conversación sobre la dificultad que había para obtener tinta de buena calidad. Unos y otros confesaron que no lograban encontrarla, o que habían intentado fabricarla sin el menor éxito. Moreno dijo que él tenía en su almacén un libro de recetas en el que seguramente se hallaría la fórmula para fabricar buena tinta. Fue a buscar el libro, pero como tardó algo en encontrarlo, cuando volvió a la tertulia la conversación había cambiado de tema, y ahora se comentaba animadamente el éxito de una nueva obra

de teatro, de modo que ya nadie pensaba en la tinta ni en el modo de fabricarla... Salvo mi padre, que se apresuró a coger el libro y buscó la receta de la tinta, quedando sorprendido al poder comprender fácilmente una cosa que los más ilustres ingenios de España consideraban tan difícil. En efecto, todo consistía en mezclar la tintura de agalla con una solución de vitriolo y añadir goma a la mezcla. El autor de la receta advertía, sin embargo, que para obtener buena tinta convenía hacer una gran cantidad de una sola vez, manteniendo caliente la mezcla y removiéndola de vez en cuando, para evitar que la goma, al no tener ninguna afinidad con las sustancias metálicas, se separase de ellas. Además, la goma misma suele tender a disolverse en una materia pútrida, lo que podía evitarse añadiendo una pequeña dosis de alcohol.

Mi padre compró el libro a Moreno, y al día siguiente se procuró los ingredientes necesarios: una balanza para las dosis y el frasco mayor que pudo encontrar en Madrid, puesto que el autor de la receta recomendaba hacer una gran cantidad de tinta de una vez. La operación fue un éxito, y mi padre llevó una botella de su tinta a la librería de Moreno y la mostró a los ilustres ingenios allí reunidos, que la encontraron excelente y le pidieron les proporcionase tinta de su fabricación.

Mi padre, que en su vida retirada y monótona no había tenido jamás oportunidad de complacer a nadie, y menos aún la de recibir elogios, pensó que era aquella una agradable ocasión de poder complacer a aquellos señores y de verse elogiado. Decidió, pues, continuar un trabajo que le procuraba sensaciones tan halagüeñas. Pero como los ilustres ingenios de Madrid agotaron en muy poco tiempo el frasco más grande que había podido encontrar en toda la ciudad, hizo que le enviasen de Barcelona una damajuana, de las que sirven a los marinos del Mediterráneo para guardar sus provisiones de vino. De ese modo, mi padre pudo hacer de una sola vez veinte botellas de tinta, que los ilustres ingenios agotaron con la misma rapidez, siempre colmando a mi padre con grandes elogios y frases de gratitud.

Pero cuánto más grandes eran los frascos, mayores inconvenientes ofrecían. No era fácil calentar la mezcla, y menos aún removerla bien. Además, era difícil trasvasarla. Todo ello decidió a mi padre a hacer traer del Toboso una de esas grandes tinajas que se utilizan para la fabricación del salitre. Cuando llegó la tinaja la hizo instalar sobre un hornillo, en el que se mantenía con algunas brasas un fuego constante. Una espita adaptada a la parte inferior de la tinaja servía para sacar el líquido, y subiéndose al horno se podía fácilmente menear la mezcla con un palo. Estas tinajas suelen tener la altura de un hombre, así que podéis imaginar la cantidad de tinta que mi padre podía fabricar de una sola vez. Tenía, además, el cuidado de llenar de nuevo la tinaja siempre que

sacaba alguna cantidad para alguien. Cada vez que veía entrar al criado o a la criada de un escritor famoso que venía a pedirle tinta, mi padre se sentía feliz, y cuando ese escritor publicaba alguna obra de éxito, de la que se hablaba en la librería de Moreno, sonreía satisfecho, como si hubiese contribuido él también al éxito. En fin, para decirlo todo, mi padre acabó siendo conocido en la ciudad con el apodo de don *Felipe del Gran Tintero*, y muy poca gente le conocía con su verdadero nombre de Avadoro.

Yo sabía esto, había oído hablar del carácter singular de mi padre, del riguroso orden que reinaba en su cuarto y de su gran tinaja de tinta. Y estaba ya impaciente por verle. Mi tía no dudaba de que, en cuanto mi padre tuviese la dicha de verme, renunciaría a todas sus mañas para ocuparse solamente de mí y contemplarme de la mañana a la noche. Por fin llegó el día de nuestro encuentro. Mi padre solía confesarse con Fray Jerónimo el último domingo de cada mes. El fraile, después de acabar de convencerle para que me recibiera, pensaba anunciarle que yo le esperaba en su casa y él mismo le acompañaría hasta ella. Al comunicarnos este acuerdo, el buen fraile me recomendó que no tocase nada de la habitación de mi padre, cosa que prometí, mientras mi tía me prometió a su vez no perderme de vista un instante.

Por último, llegó el tan esperado día. Mi tía me hizo ponerme un traje de *majo* color rosa adornado con franjas de plata y botones de topacios del Brasil. Me aseguró que me parecía al mismo Cupido y que mi padre se pondría loco de contento al verme. Atravesamos muy ilusionados la calle de las Ursulinas y pasamos por el Paseo del Prado, donde varias mujeres se detuvieron para acatuciarme. Después llegamos a la calle de Toledo y entramos en casa de mi padre. Nos abrieron la puerta de su aposento, y mi tía, que no se fiaba de mi temperamento inquieto, me instaló en un sillón, se sentó frente a mí y sujetó los flecos de mi faja con su mano para impedir que me pudiese levantar y tocar algún objeto.

Al principio me consolé de esta sujeción echando una mirada a todos los rincones de la estancia, cuyo orden y pulcritud me admiraron. La parte dedicada a la fabricación de la tinta estaba tan limpia y ordenada como el resto: la gran tinaja del Toboso parecía incluso servir de adorno, y al lado de ella había un gran armario con puertas de cristales, en el que mi padre guardaba los ingredientes y los instrumentos de fabricación.

La vista de ese armario alto y estrecho me inspiró un deseo súbito e irresistible de subirme a él, y pensé que sería divertido ver a mi padre buscarme por toda la estancia y descubrirme, finalmente, subido casi encima de su cabeza. Con un movimiento tan rápido como el pensamiento, me libré de la faja que sujetaba mi tía y me subí encima del horno, y de allí a lo alto del armario.

En el primer instante mi tía no pudo menos que aplaudir mi destreza, pero inmediatamente me ordenó que bajase. Fue en ese preciso momento cuando nos anunciaron que mi padre acababa de llegar y subía las escaleras. Mi tía se puso de rodillas y me suplicó de tal modo que abandonara el armario, que no supe resistir a sus ruegos. Pero al intentar bajar del horno me di cuenta de que había apoyado el pie en el borde de la tinaja; quise retirarlo, pero tuve miedo de arrastrar el armario conmigo. Solté entonces las manos y fui a caer dentro de la tinaja, donde me habría ahogado en tinta si mi tía no hubiese cogido el palo que servía para removerla y dado con él un gran golpe a la tinaja, rompiéndola en mil pedazos. En ese momento entró mi padre en la habitación, y al ver el río de tinta que la inundaba y a una figura negra que daba terribles gritos salió corriendo a la escalera, se dislocó un pie y cayó desmayado. Yo dejé pronto de gritar, pues la tinta que había tragado me causó tanto daño que perdí el conocimiento y no lo recobré del todo hasta después de una larga enfermedad, que fue seguida de una larga convalecencia. Lo que más contribuyó a mi curación fue que mi tía me anunció que íbamos a dejar Madrid e instalarnos en Burgos.

Jan Potocki, *El Manuscrito encontrado en Zaragoza*, San Petesburgo, 1804-1805.

## ACTORES Y ACTRICES MADRILEÑOS: DANIEL GOTTHILF MOLDENHAWER<sup>2</sup>

Un campo cultural que entró decididamente en decadencia en la vida intelectual española de esta época fue el teatro, o, al menos, su repertorio. A la musa nacional sólo le quedaba el refugio de los *sainetes* de Ramón de la Cruz, alabados también por Moldenhawer como excelentes esbozos de la vida cotidiana. Entonces —dice— todavía se sabía representar la comedia en España.

«El sábado 21 de noviembre de 1783 —escribe Moldenhawer— asistí por primera vez a una representación en el teatro de Madrid. El edificio<sup>3</sup> es muy inferior a los de Londres y París, y sobre todo al de Burdeos. Las mujeres de la burguesía están sentadas, agrupadas, al fondo de la sala, y llevan los mismos vestidos que se ponen cuando van a pasear por el Prado. Las damas de las clases superiores se colocan en el segundo o tercer piso. El decorado es muy similar al del teatro de Bayona. Los vestidos son magníficos y muy caros. La obra que se representaba era *El Honrador de su padre* de Juan Bautista Diamante. Corneille parece haber sido traducido casi textualmente en esta tragedia; había pocos cambios visibles en la acción. La *diva primera* es una actriz muy conocida que se llama Tirana<sup>4</sup>. Esta mujer tiene una traza noble y rasgos

bastante regulares; hace pocos años era una belleza de primer orden. Está casada, pero tiene, según la moda, su *cortejo*. Es tanto más buscada cuanto que es un honor disfrutar de los favores de una actriz, sobre todo de una *prima donna*. Para un caballero es un gran honor que ella le dirija un saludo desde lo alto de la escena. La manera de representar de esta actriz estaba lejos de ser perfecta, pero su mímica le dio fama y declamó algunos pasajes importantes de una manera absolutamente correcta en cuanto al lenguaje y a la dicción. Los actos están acompañados de un divertimento de bailes, todos ellos muy pintorescos. Hay también música acompañada de canto que se escucha con sumo agrado. La cantante era muy libre en su manera de saludar: desde lo alto de la escena guiñaba el ojo a algunos espectadores de la sala, pero su arte era decente y su voz agradable. Don Rodrigo tiene un rostro insoportable y su manera de actuar es muy afectada<sup>5</sup>. En el duelo con el rival, fue herido por debajo del ojo, de modo que la sangre brotó. Este duelo fue simulado con la espada y el puñal al mismo tiempo. El padre de Rodrigo era el papel mejor representado. El actor mostró igualmente su maestría dramática en la parte muda de su papel; no recuerdo haber visto en ninguna parte un papel de viejo mejor representado. El resto de los actores y actrices eran cuanto menos mediocres. La sala estaba llena, sobre todo el patio de butacas y el primer piso. Los aplausos fueron pocos y no muy fuertes. Oí a algunos de mis vecinos gritar: ¡Bien! ¡Muy Bien!».

Moldenhawer vuelve varias veces sobre el tema del teatro. «Los eclesiásticos pueden ir aquí al teatro sin causar escándalo, y desde luego asisten frecuentemente a las representaciones» «El teatro tiene también sus santos: la actriz de Caramba<sup>6</sup> murió se dice *en olor de santidad*. Era la mejor bailarina de *fandango*; bailaba *con gesto sobresaliente* » «La comedia *El diablo predicador* está prohibida en Madrid»<sup>7</sup> «Cuando empieza la Cuaresma, la comedia y la ópera cesan y los funámbulos y los paseos son entonces las únicas diversiones». «Los actores están obligados a ir a Madrid si se les reclama cuando forman parte de un grupo español, incluso en los casos en que pierdan dinero. Esta obligación data de un período más antiguo. El teatro es muy pobre. La Tirana recibe todo lo más treinta reales al día. Los actores y las actrices deben, pues, recurrir a la liberalidad de las gentes para poder vivir y comprar trajes costosos. La muchacha pobre que se hace actriz encuentra pronto una protectora o un amante que la ayuda» «Desde hace diez años no se ha escrito una obra original». «En el teatro se contraviene a menudo la exactitud histórica y geográfica de los atuendos. Una comedia empieza con una escena en la que se ve a Alejandro sentado delante de su lavabo. Pero el público perdona gustoso los anacronismos» «El teatro que se representa en Ma-

drid merece por diversas razones el epíteto de inmoral. Enseña intrigas sin pensar apenas en las admoniciones».

Gigas, Daniel Gotthilf Moldenhawer, *Un viajero germano-danés en España bajo el reinado de Carlos III*, Revue Hispanique, 1927, t. 69.

## Vida cotidiana y ocio

CORTESANAS: JEAN-MARIE-JÉRÔME FLEURIOT; CONDE DE ARANDA<sup>8</sup>

«En cuanto se hace de noche, de mil doscientas a mil quinientas rameras se apoderan de las calles y paseos de Madrid. Tez morena, lindos pies, frente pequeña, cabellos negros, ojos grandes, nariz de zorra, boca grande y bien bordeada, muy blanca, muy sonrosada, tienen bonita voz, os seducen; sucumbís, subís, salís, dicen, enfermo».

Aquí el autor ejercita graciosamente su pincel, y sin duda ello le lleva a hablar de las cortesanas de Madrid, como si fuera la única ciudad en la que este orden existe.

MANERA DE RECIBIR A LOS EXTRANJEROS: JEAN-MARIE-JÉRÔME FLEURIOT; CONDE DE ARANDA

«En Madrid las cartas de recomendación sirven para lo mismo que las hojas de roble.

El español, el castellano sobre todo, desconfiado, silencioso, soñador, muy poco expansivo, celoso en extremo, abomina de las sociedades ruidosas, teme los nuevos conocimientos y a los extranjeros como el fuego.

Rara vez los españoles dirigen la palabra a alguien; si se les habla en francés, se os ríen en las narices porque no lo entienden; si se les habla español, se ríen también porque oyen mal.

Los criados sirven con chaqueta y con rizadores; van todos ellos tan sucios, tan mal vestidos, tan negros que dan miedo y conmueven el corazón; son tan pequeños, tan achaparrados, tan rechonchos, que parece que la naturaleza no ha querido acabarlos».

El autor no tenía quizá cartas de recomendación, y con razón; se quiere consolar diciendo que le habrían sido inútiles. ¡Pero cuántos



extranjeros no estarían en condiciones de desmentirle en este punto! ¡Cuántos incluso, que han sido muy bien recibidos, sin tener otra recomendación que su mérito y su honestidad! No sería de extrañar que las gentes sensatas de Madrid «temiesen como el fuego» a un extranjero cuya sangre estaba caliente, abrasada, encendida; hay razón para temer a semejantes extranjeros en todas partes, y si su lengua fuera tan licenciosa como su pluma, sus costumbres tan desarregladas como su imaginación —lo que es probable—, ¿se podría censurar a quienes no hubiesen juzgado oportuno admitirle en su casa? Todos los extranjeros no son excluidos de esta forma de la buena compañía en Madrid, porque todos no se parecen a nuestro viajero.

Nos quiere hacer creer que «los criados sirven de chaqueta y con rizadores». Juzgad según esto qué sociedades ha frecuentado.

#### LUGARES DE ENCUENTRO: JEAN-MARIE-JÉRÔME FLEURIOT; CONDE DE ARANDA

«Las orillas del Manzanares, el Prado, la Puerta de Atocha son los lugares donde los habitantes de Madrid van durante la noche a esperar o a buscar a sus amantes; durante el día lo hacen en los templos. A menudo el encuentro tiene lugar en los confesionarios, en los púlpitos, en las escaleras que acaban de besar, donde todavía se ve la huella de los labios, donde pronto, olvidando a Dios, a la Virgen y a los santos, a los ángeles y al universo entero, veinte o treinta parejas de amantes se abrazan, se estrujan, se aprietan al pie del altar mayor.

Quienes se proponen contar el amor y el goce; los que sostienen que no hay armonía más digna del Eterno, que no hay espectáculo más digno de sus miradas que el ruido de los suspiros, el ruido de los besos, los abrazos, las conmociones, las convulsiones, el ataque, la agonía del amor gustarían de hallar en los templos de Madrid a jóvenes que, guiados por el instinto, por una fuerte inspiración divina, van a invocar, a implorar, a adorar a Dios y creen luchar con ÉL, si no es osado decirlo, en dicha, grandeza y poder.

Oigo gritar por las cuatro partes del mundo: ¡impiedad! ¡sacrilegio! ¡atentado! ¿Porqué gritar? No soy un impío. Siempre he creído —lo sigo creyendo— que los misterios de las caricias del amor no pueden profanar un templo: el Altísimo preside esas caricias, tal vez, indudablemente, por ese éxtasis incomprensible, por ese delirio sagrado, por ese desvanecimiento divino, durante el cual Dios, el hombre y la mujer están aniquilados, están abrumados juntos, y por el que Dios ha querido revelarnos, explicarnos, hacernos comprender el misterio de la Santa Trinidad».



Este artículo debe haber sido escrito en algún violento acceso de fiebre lúbrica; es uno de los puntos en los que el autor menos guarda límites y medidas. Hace en él una mezcla monstruosa y repugnante de lo sagrado y lo profano, de religión y libertinaje; pretende asociar incluso el cielo con los desórdenes que su imaginación le representa.

Por la noche coloca las citas a las orillas del Manzanares, en el Prado, en la puerta de Atocha, incluso en invierno y cuando llueve; pues el autor no hace ninguna distinción. Y durante el día ¿dónde las sitúa? En los templos; sí, en los templos, en los confesionarios, en los púlpitos y escaleras que acaban de besar. Hace así de las iglesias de Madrid, en pleno día, otros tantos lugares de infame prostitución.

Esta idea le agrada y vuelve a ella con complacencia; quiere hacerla gustar a sus lectores. Tales son las inocentes estupideces que vomita nuestro escritor, independientemente de todas aquellas que omito decir para no sublevar a los lectores.

#### LA SIESTA O MERIDIANA: JEAN-MARIE-JÉRÔME FLEURIOT; CONDE DE ARANDA

«Desde la una hasta las tres las calles de Madrid están desiertas. Los comerciantes cierran sus tiendas, los artesanos abandonan el trabajo y todo el mundo va a acostarse.

Cuando hace buen tiempo, el Rey se va de caza nada más comer; cuando llueve, se acuesta y duerme rodeado de sus guardías, que duermen también.

Desde tiempo inmemorial está de moda la *siesta* en España; los españoles han sido siempre los más grandes dormidores del mundo. No es causa de esto lo caluroso del clima. En África, en la Cafrería, bajo los trópicos, en las costas del mar Rojo, cerca de la desembocadura del río Mississipi, en Corea, hace seguramente ocho veces más calor que en Madrid, y los cafres, los topinambux, los esquimales, los patagones y los negros tostados de la zona tórrida, duermen ordinariamente muy poco. Pero son los médicos quienes recomiendan expresamente la meridiana; son ellos los que dicen a los españoles: «dormid a menudo, dormid mucho tiempo»; son ellos quienes sostienen que el sueño, que la siesta, muele la pasta alimenticia, acelera la digestión; que Galeno, que Hipócrates se acostaban nada más levantarse de la mesa, y que, después de comer, el mismo Esculapio dormía una o dos horas».

Podría creerse por este relato que el reposo de la noche comienza a la una del mediodía, y que ya no hay movimiento, ni trabajo hasta la maña-

na siguiente. No obstante, la siesta apenas la duermen las personas acomodadas y durante los grandes calores de los días largos. Hay, sin duda, menos gentes en las calles desde la una hasta las tres, porque es el tiempo de comer, y porque no se come en las calles. ¿Pero cuál es el país en el que las cosas suceden de otra forma? Los mercaderes no cierran sus tiendas más que a medias, y lo hacen para defenderse del exceso de calor, lo que es muy natural. Los artesanos retiran la mercancía para tomar su comida y la vuelven a colocar en cuanto han terminado de almorzar.

Las nociones geográficas de nuestro viajero no son mucho más exactas que las demás. Sitúa entre los pueblos de las latitudes tropicales a los esquimales, cuyo país está precisamente al norte de la América septentrional, hacia la bahía del Hudson; y a los patagones, que están en la extremidad opuesta del mismo hemisferio, cerca del estrecho de Magallanes. Poco le importa, no se para en tanta exactitud. Por otra parte, su viaje está lleno de cosas tan hermosas, que tiene derecho a decir algunas tonterías: *Ubi plura nitent...non ego paucis offendat maculis.*

Hay gentes que no quieren dejar dormir a los demás, porque ellos mismos no pueden dormir. Sospecho que el autor se encuentra en ese caso.

#### MATRIMONIO: JEAN-MARIE-JÉRÔME FLEURIOT; CONDE DE ARANDA

«En Esparta las mujeres azotaban todos los años a los solteros en el templo de Venus. Si esa ley de Licurgo renaciese en España, Madrid no podría proporcionar bastantes brazos ni azotes suficientes para fustigar a todos los hombres que no se casan. Asusta a los españoles un nudo que sólo la muerte puede desatar. En Madrid se casan raras veces; dentro de diez años se casarán menos todavía, tomarán sucesivamente una, dos, tres amantes, las conservarán todo el tiempo que les sigan agradando, las dejarán cuando ya no les gusten. Los hombres tan dulces como padres, maridos e hijos serán borrados de la lengua, y el gobierno será el padre común».

El autor aparentemente ha querido pintar algún país que no nombra; pues nada se parece menos a Madrid y a España que este cuadro. El celibato, guardadas todas las proporciones, es ciertamente allí menos común que en otras partes del mundo, y las razones son muy sencillas. El egoísmo, esa enfermedad antisocial que concentra al hombre en un solo individuo, es allí todavía felizmente ignorado. No se viola impunemente



las decencias exteriores, y es siempre una barrera contra el libertinaje. Las sustituciones perpetuas a las que la mayor parte de los bienes raíces están gravados, no permiten los préstamos con rentas vitalicias, tan favorables al celibato. En fin, aunque en España haya lujo y riquezas, y sobre todo en Madrid, allí todavía no han influido esas dos grandes causas de la depravación de las costumbres con el mismo exceso que entre otras naciones. Por lo demás, no hay nadie que no sienta, incluso en los países en los que el celibato es normal, que el desorden no es ni será nunca llevado hasta el extremo «de borrar de la lengua los dulces nombres de los padres, madres, hijos», y de convertir el «gobierno en padre común». Es una exageración insensata de nuestro autor.

Conde de Aranda. *Denuncia pública del viaje de un denominado Fíguro por España*, Londres, París, Fournier. 1785.

#### OCIO Y DESCANSO: JOSEPH TOWNSEND

Durante la comida, los españoles, al igual que los franceses, beben vino; y tan pronto como han acabado las pastas y tomado café se retiran a descansar. Cuando se levantan de la *siesta*, pasean lentamente por el Prado en sus carrozas. Mientras se mueven con lentitud, miran al interior de los coches que circulan en sentido contrario y saludan a sus conocidos cada vez que se cruzan con ellos. En los días de mayor afluencia, llegué a contar hasta cuatrocientos carruajes, que en tales ocasiones necesitan dos horas para recorrer una sola milla.

Al finalizar el día, y después de rezar la oración habitual, los paseantes se desean mutuamente las buenas noches y se retiran a sus casas, donde toman un *refresco* de chocolate acompañado de bizcochos y de un vaso de agua.

Joseph Townsend, *Un viaje por España en los años 1786 y 1787*, Londres, C. Dully, 1791.)

#### GRITOS DE LA CIUDAD: CHRISTIAN AUGUST FISCHER

*Los viajeros alemanes de la segunda mitad del siglo XVIII vuelven sus ojos hacia los países mediterráneos. Algunos, como Goethe, visitan los lugares clásicos (Italia). España, su arte y cultura concitan también simpatías políticas y personales y curiosidades literarias y arqueológicas. Las literaturas francesa e inglesa han extendido una moda española, y a pesar de las dificultades de desplazamiento y de las grandes distancias, muchos*



alemanes hacen su peregrinaje español. El éxito de la novela sentimental, la influencia de Wilhelm Meister y del Bildungsroman favorecen el gusto por las aventuras vividas, y entre ellas se prefieren las imágenes exóticas. Aunque las relaciones de los viajeros alemanes Kaufhold, Fischer, Humboldt, Vincke y Rist no son todavía románticas y sus escritos reflejan realidades precisas, palpables y vividas, están embebidas, sin embargo, por las imágenes de una España idealizada en las que penetra un incipiente gusto por lo maravilloso. Si Goethe llega a Roma para despojarse del viejo hombre septentrional y captar el sabor original de la vida italiana, Fischer se propone, cuando acude a España, «pintar la vida viva», reflejar la verdadera fisonomía del país y de sus gentes.

Fischer viajó a España en 1796 y volvió en 1798. Su relación, que lleva el título de Viaje desde Amsterdam hasta Madrid y Cádiz en los años 1797 y 1798, es al mismo tiempo un cuadro pintoresco y una guía de España. El libro, que tuvo un éxito fulgurante, contribuyó decididamente a la formación de la imagen pintoresca e idealizada de la España romántica. La descripción de Madrid dosifica la pintura de la vida en la ciudad, la geografía y el clima con escenas coloristas sobre la fisonomía de las gentes narradas con estilo vivaz.

Echemos ahora un vistazo por las calles cuando se llenan de gente, por ejemplo sobre *la Red de san Luis*: ¡qué gentío tan variado! ¡Qué estruendo! Mujeres vestidas de negro y con la cara cubierta de velos, hombres con largos abrigos, aguadores, fruteros, equipajes soberbios, diligencias polvorientas, ligeros calesines, carretas uncidas con mulos que gimen por el enorme peso que arrastran, una multitud de burros con sus albardas y campanillas en el cuello, rebaños de cabras que campesinos van ordeñando de puerta en puerta...

Más lejos, músicos ciegos que cantan *Tonadillas* y *Alguaciles* que dan el alto a los delicuentes, una masa de mozos de cuerda de Galicia, procesiones cuyos participantes llevan rosarios, guardias con un tambor en la cabeza, cofradías que escoltan una comitiva funeraria y cantan salmos; el murmullo de las campanas de las iglesias vecinas, y finalmente la procesión solemne del *Venerable*; las campanillas de los monaguillos se dejan oír por doquier, todo el mundo se pone de rodillas, todas las bocas enmudecen, todas las cabezas se inclinan, todos los carruajes se detienen. Esta masa tumultuosa parece como petrificada ¡Sólo durante dos minutos! Después todo recupera su movimiento habitual.

El centro de Madrid que sirve de punto de relación a todos los habitantes y de cita general a todos los hombres de negocios es *la Puerta del Sol*, donde desembocan las calles más animadas, *la Red de san Luis*, *la calle mayor* y *la de san Jerónimo*.

Las plazas públicas sirven en toda España de paseo o de lugar de reunión. Las hay en todos los pueblos, también en las aldeas, donde habitualmente están delante de las iglesias. Es allí donde el español se distiende y adonde va a tomar el sol en los meses de invierno. Incluso aquellos que no salen jamás de la ciudad, no dejan de acudir a la plaza con puntualidad... Imaginad por un momento el aspecto que debe ofrecer en Madrid *la Puerta del Sol*.

Acaban de dar las once: una tropa de oficiales de la guardia con *bandoleras* resplandecientes, una masa de eclesiásticos con talares negros, damas encantadoras con sus velos bordados en oro que llevan del brazo a sus *Cortejos*; una fila abigarrada y compacta de abrigos desemboca por todos los rincones de la calle para leer los carteles (*Noticias sueltas*). —«Hoy hay sermón y música en los franciscanos»; «mañana es la corrida de toros y empieza la Novena de san Felipe». «Ayer se perdió una niña en el Prado», «esta mañana hay un rosario»; «hace tres días han robado una joya: si el ladrón lo ha hecho por necesidad y quiere devolverla a su confesor, se le promete una recompensa razonable». «Pasado mañana se subastará un gran crucifijo, una imagen de la Virgen y un *Nacimiento*». «Esta noche, la procesión de los rosarios empezará a las ocho».

Mientras tanto la plaza se llena de gente: llega un momento en que apenas se puede entrar. Allí están los vendedores de periódicos que vocean sus nombres y os rompen los tímpanos, gentes que alaban las gacetas por *un cuarto*, guardas walones y suizos que os ofrecen mercancías, carros de caballos, ropavejeros, zapateros remendones, astutos vendedores de imágenes y de cigarrillos; comerciantes de toda laya que atormentan con sus proposiciones a los viandantes. Aquí se ve a un ingenioso *memorialista*<sup>9</sup> rodeado por un numeroso grupo de gentes; allí un titiritero hace bailar un mono, más lejos se adjudica una propiedad; algunas bellezas de carita bribona se mezclan a la masa mientras que capuchinos de larga barba se pasean con gravedad; aquí uno se ve rodeado por una pareja de cantadoras de baladas; allí os importuna un mendigo; a todo ello se superpone el estruendo de las carrozas y los *calesines* y de la fuente vecina, donde retumban las voces chillonas de los *aguadores*.

Esta plaza es mucho más ruidosa todavía los domingos y los días de fiesta cuando la masa se precipita desde las iglesias de los alrededores. Esos días es de buen tono pasar por la plaza, y más de una mujer ha encontrado su amante en ese santo lugar. Los grupos se agolpan hasta las puertas de las iglesias, y todo el mundo está ataviado con su más bellas galas.



SIGLO XVIII. RIÑA DE MAJOS MADRILEÑOS

Era inevitable. El vino, la cháchara, el «si yo...» y el «si tú...», las mujeres que encañan... y sobre todo: ¡eso de que haya tres hombres para dos majas! Al de *non*... hay que eliminarle. El de *non* es el que camió menos, el que camió más, el que tocó como quiso la guitarra porque la guitarra era suya. Ya no valen las coplas. Y *si* valen... son aquellas brutales que afirman... con rigor matemático y con mesorabilidad de sahelo carnal, que después de comer, y después de bailar, y después de beber... un hombre para cada mujer. Era inevitable, con tanta majeza.

(Dibujos anónimos en el Mus. Mun. de M.)

Escena de baile y riña de majos madrileños. Dibujo anónimo del Museo Municipal de Madrid.

Al cabo de una hora el gentío se dispersa. Los mozos de cuerda se alinean junto a las casas para dormir la *siesta* o tomar su almuerzo. Todas las tiendas se cierran. En las esquinas de las calles, mercaderes cubren sus puestos ambulantes para descansar un rato tumbados en el suelo. La plaza está abandonada. Las calles ruidosas se encuentran como muertas, y raras veces vemos por allí paseantes. Pero en cuanto tocan a vísperas, todo parece recobrar su vida y, a las cuatro, la plaza se llena otra vez de gente.

Entonces las bellezas fáciles salen de sus guaridas y se dejan ver por todas partes. A esas horas ninguna mujer honesta se atrevería a pasearse por las calles de Madrid sin la compañía de su *Cortejo*<sup>10</sup> o de su *Dueña*<sup>11</sup>, incluso a menudo con ambos. Pero aquellas a las que acabo de referirme no observan estas normas. Tienen un modo de andar ligero y audaz, sus faldas son cortas y revoloteantes, y las franjas largas y transparentes anuncian a cada paso una pierna fina y perfecta; estos velos voluptuosos más que cubrir sus formas las realzan; los grandes ramos de flores, el juego malicioso de sus abanicos hacen inconfundibles a estas sirenas peligrosas. Una palabra, una mirada, mientras pasan, bastan para concertar una cita.

Las cortesanas de primera clase van acompañadas habitualmente de una joven de dieciocho años que les sirve de *Dueña*; orgullosas de sus encantos, esperan que se las rinda homenaje. Las de segunda clase, que van solas, son menos circunspectas; sonrían con gracia y de todos sus gestos utilizan el más seductor.

Entonces irrumpen en la plaza los *Aguadores*. — ¡*Agua fresca! ¡Agua fresquita! ¿Quién bebe? ¿Quién quiere? ¡Ahora viene de la fuente!* Llevan sobre sus hombros un gran cántaro atado con correas. El vaso cuesta un cuarto. Las *Naranjeras*: — ¡*Naranjas! ¡Naranjas! ¡Dos por tres cuartos! ¡Por tres cuartos dos!* Las *Roseras*: « ¡*Tome Vm.! ¡Tome Vm.! ¡Señorito! ¡Señorita! ¡Tres por un cuarto! ¡Qué hermosas! ¡Qué ricas! ¡El manojito un cuarto! ¡Qué hermosas yo las tengo!* Los *caleseros*: « ¡*Un calestín, Señor? ¿Cuántos asientos? ¡Tome Vm. qué Calestín y que caballo yo tengo! ¡Vamos Señor, una vuelta! al canal, o adonde Vm. quiera.* Los vendedores de revistas: ¡*Gaceta Nueva! ¡Gaceta Nueva! ¡No tengo más que media docena! ¿Quién quiere la última gaceta?* — Y los mendigos: — ¡*Señor, una limosna! ¡Por María Santísima! ¡Una limosna a este pobrecito, que no puede ganar! ¡Una limosna, por los dolores de María Santísima!* — Poco a poco los equipajes empiezan a llegar a los teatros y al *Prado*, y por todos los lados los viajeros pasan en carrozas, sobre mulas y *borricos*. Finalmente, el crepúsculo comienza, las campanas tocan el *Angelus*, se encienden las antorchas ante las Vírgenes, y en las casas *las limoneras* iluminan sus tiendas ¡Por todas partes pueden verse las mesitas provistas



de panes con leche! — ¡Qué ricos! ¡Qué tiernecitos! ¡Qué blanditos! El ruido de los paseantes, el rodar de las carrozas crece a cada instante, y la plaza está completamente llena de gente. Aquí retumban las guitarras y *boleros*; allá una cantante entona las *letrillas* más recientes y sus historias de ahorcados; allá un vigoroso misionero, de color del cobre, despacha su sermón delante del populacho contrito; allí también se dan cita los enamorados.

Y de repente irrumpe la tercera clase de cortesanas en ejercicio; a la caída de la noche todas han salido de sus tugurios; han apurado su valor en alguna *Botillería* y, bien pertrechadas, van hacia la plaza. — «Ay hijo de mi alma», dicen arrojándose al cuello del primer viandante abriéndole la boca con sus besos: ¿Cómo va? ¿Cómo te hallas querido? ¿Quieres ver mi cuartito? ¿Sabes que tengo una camita? ¡No se ha visto camita semejante! Añadid a esto gestos que os harán enrojecer, incluso en la oscuridad. Sin embargo, estas muchachas no carecen a menudo de ingenio, ni de talento y algunas incluso ha forjado su manera de ser con los gusanos que os arrojan a la cara. Estas escenas tienen lugar en la esquina de la *Casa del Correo* y de la *Red de san Luis*, hasta que la *procesión del Rosario*, con las luces, que viene desde el cuerpo de guarda, las borra por unos instantes.

Christian August Fischer, *Viaje desde Amsterdam hasta Madrid y Cádiz en los años 1797 y 1798*, Berlín, Johann Unger, 1799.

## Gastronomía

CAFÉ: JEAN-MARIE-JÉRÔME FLEURIOT; CONDE DE ARANDA

«¡Qué deliciosa es esta bebida! ¡Más deliciosa cien veces que todos los licores del mundo! El vino embriaga, la cerveza embrutece, la sidra duerme, el aguardiente quema; pero el café alegra, anima, exalta, electriza; el café puebla la cabeza de ideas; al hombre que ha tomado café en abundancia sólo le falta una mujer, una pluma y tinta».

El café parece ser el licor favorito de nuestro viajero: es sabido que es el néctar de las gentes de espíritu. Quiere hacer su elogio, y no sabe donde colocarlo; e imagina encontrar en Madrid un café excelente. No se puede dudar después de esto que el autor no toma mucho café; da incluso la impresión de que fue después de un exceso de esta bebida «electrizante» cuando escribió su *Viaje de Fígaro en España*.

Si hubiera dicho que hay en Madrid un excelente chocolate sería más fácil de creer, porque el chocolate es de uso ordinario y universal en



España. Pero el café es menos conocido que en cualquier otra parte, y el que se puede tomar en algunas casas de Madrid, jamás ha tenido, ni merecido, la reputación que le da nuestro autor.

VINO: JEAN-MARIE-JÉRÔME FLEURIOT; CONDE DE ARANDA

«El vino de la Mancha, y especialmente el vino de Valdepeñas, es el vino que beben en Madrid. Alaban mucho ese vino de la Mancha, dicen de él que es excelente; yo lo encuentro malo; por nada del mundo me gustaría beberlo sin agua, tiene un gusto a azufre, a pajueta; es tan negro, tan espeso, que en caso necesario podría servir de tinta; violento y capitoso, un solo vaso embriagaría. El español bebe poco, su borrachera es tranquila; cuando ha bebido y está ebrio se duerme».

¿Va a hablar el viajero de las diferentes clases de vinos que produce España, y a decir que son una de las principales riquezas de su suelo? Nada de eso. Este artículo, que es muy corto, no habla más que del vino de la Mancha, que se bebe comúnmente en Madrid, y todo lo que os dice es que se alaba mucho a este vino, que se le dice excelente, pero el autor lo ha encontrado malo. Es muy fácil; no hay que discutir de gustos. Ya sólo nos queda saber qué interés pueden tener los lectores en los gustos del llamado Fígaro.

Pero he aquí una observación que no corresponde a un viajero ordinario: «El español bebe poco, su borrachera es tranquila, cuando ha bebido y está ebrio se duerme». Observad las dos cosas: la primera, que el español no está borracho más que cuando ha bebido, y la segunda, que cuando está borracho, se duerme. Ahora bien, esto sucede también en cualquier lugar fuera de España.

MIEL: JEAN-MARIE-JÉRÔME FLEURIOT; CONDE DE ARANDA

«*Hibloeis apibus floreva depasta salicti*, dijo Virgilio. Jamás he saboreado esa miel del monte Hibla, pero dudo que sea mejor que la miel que se encuentra en Madrid. En ninguna parte la he comido tan buena; perfectamente amarilla, huele a clavel, tiene el sabor de la naranja, mantiene bien el agua y hace un buen sorbete».

En ninguna parte ha comido el autor tan buena miel como en Madrid. Le doy las gracias por ello.

Conde de Aranda, *Denuncia pública del viaje de un denominado Fígaro por España*, Londres, París, Fournier, 1785.

## Costumbres sociales

SÁTIRA DE COSTUMBRES MADRILEÑAS: CRISTÓBAL DEL HOYO

*Cristóbal del Hoyo, Vizconde de Buen Paso (1677-1762) es un representante de la ilustración canaria. La Carta del Marqués de la villa de san Andrés respondiendo a un amigo suyo lo que siente de la corte de Madrid (1745), su segunda obra, es básicamente un libro de costumbres sobre Madrid en el que el autor responde a un supuesto amigo residente en Canarias comunicándole sus impresiones sobre la Corte para desengañarle de las falsas opiniones. La mezcla de géneros —ensayo, carta, verso, disertación teológica, sátira— y estilos emparentan a la epístola con la estética barroca, especialmente con el Quevedo de Los Sueños, el Vélez de Guevara del Diablo Cojuelo y en cierto modo con las Visiones y Visitas de Torres Villarroel. La observación atenta de la realidad madrileña, el ejercicio frente a ella del pensamiento crítico mediante la sátira de costumbres, la finalidad pedagógica, el combate contra las supersticiones y la atención prestada a lo verdaderamente útil del viaje —itinerarios, medios de transporte, alojamiento, estado de los edificios— permiten encuadrar esta Carta dentro del género de la literatura viajera ilustrada.*

Pero volvamos en paz a examinar este dentro de Madrid; porque, si me dejo ir detrás de mis consideraciones, o daré en la ceniza con sus huesos, o con todo, mi cuerpo en el Peñón.

¿Será ese dentro ponderoso por la cantidad de mulas, de bebidas, de asambleas, de criados con ración fuera de casa, de damas mantenidas con ostentación, de galas, de alhajas admirables o de juegos? No lo puedo a bulto digerir, pero no me he de opilar. Vamos poco a poco tomando cuenta y razón.

Las muchas mulas, o ya en el hospital mordiendo o ya en la caballería coceando, sólo las cuenta el cirujano que las hila o el lacayo que las tuerce; pues, si son catorce sanas para tener dos tiros prontos anda cualquier escribiente de una covachuela, más que el cisne de Venus, presumido y más que de Juno el pavón hinchado, ¿de qué sirve para la hermosura ni para el forastero por quien en esta respuesta me intereso, que gordas o matadas haya en el pesebre ciento, o doscientas haya? De nada y para nada sirve.

Las bebidas se reducen por lo general a un vaso de agua de nieve, un azucarillo (que azúcar rosado llaman en mi tierra) y una jícara de chocolate con bizcochos, o con pan o con uno y otro muchas veces. Y, sin negarte que en días de privilegio o en casa de costilla gorda sube a muchos dulces y a diferentes bebidas heladas la costumbre, te pregunto:



¿qué cosa es esta, que merezca el afán de ponderarla? Claro está que no tiene el menor merecimiento pues, ¡adelante!

De las asambleas ya te llevo dicho lo que siento, y no gusto (como sabes) de repetir, lo que no merece el afán de la repetición, muchas veces.

Los criados con ración fuera de casa, asentando que lo que no es engaño de los ojos no es diversión de forasteros, conozco que, si por virtud se hace, será bueno. Pero si es grandeza, no deben andar las pagas tan distantes, porque camina la queja delante del agradecimiento, se pide la limosna como deuda y una generosidad imaginada se compara como la moneda vil de una censura.

Las grandes galas, descuidos son de pisaverdes y de comediantes con cuidado. Fuera de que, como la marea destruye el oro y la plata en pocos días, poco de esto se ve sino en los besamanos; y esto de andar un día en relumbrones y envuelto en sayos pardos muchos días, antes que gusto me da enfado. Ni tampoco la ropa blanca, aun por costumbre antigua es tan fina como en Londres, ni como en París tanta y fina; sin que este reparo te admire, porque ya tú sabes que a saber comer y a saber vestir empecé Madrid cuando este siglo empezó. Y juro a diez, y a doce juro que las cuatro quintas partes aún no lo saben. Con mucho tisú, diamantes y oro veo yo camisas gordas como en La Orotava y comer seis con un cuchillo (y de éstos alguno con los dedos ), como acontece en Icod y en la ciudad de La Laguna.

Pero ve notando desde aquí, para cuando más adelante me oigas más, cuánto puede la buena o mala educación; pues, aunque en el tiempo de Noé hubiera sido limpieza comer con toda la mano, hoy es terrible porquería el tocar las viandas con un dedo. Y sin embargo, no hayas miedo que se deje de enseñar por este catecismo a los muchachos. Porque para hallar hombre que del camino hollado se desvíe, es menester buscarlo entre cuatrocientos mil.

Las alhajas, siendo buenas, en una noche se admiran y se maldicen en otra, si son del tiempo en que rabiaban los reyes. Los juegos son más que en otra parte alguna moderados; no pasan de diversión. Pues, ¡válgame el Todopoderoso! ¿Adónde está el horror de este cometa, de este fenómeno, de este Madrid por dentro? No lo descubro, como soy cristiano. Pero observemos más.

¿Prestarán ahí cien doblones a un enemigo si lo ven agonizando? Con 10 por 100 suele haber, pero con prenda o con fiador seguro, porque en el Monte de Piedad no subirán de 50 pesos. Y ¿habrá quien haga sin quinientos con un ministro un empeño? ¿Hay mesas abiertas (excepto en los Sitios) como en otras partes? ¿Hay casas de pasto decentes, adonde al toque de campana cuatro amigos vayan a comer y a divertirse, como en

otras Cortes hay? ¿Lisonjéase un amigo (salvo media docena de extranjeros) con que otro vaya a comer su sopa de repente? Ni de pensado, porque en la mayor parte de Madrid está el punto de comer como el de la longitud. ¡Dios te haya perdonado, Mesa! Pero ahí queda mi mujer en su lugar.

¿Hay por ventura aquellos nobles cafés que en las otras Cortes hay, adonde los señores, los oficiales generales, caballeros, mercaderes, curiosos, etc., todas las mañanas se juntan, con separación de cuarto si lo quieren, y al humilde costo de una jícara de chocolate bien hecho, o de dos de té que beben, saben las novedades del país propio, las de los ajenos y los chistes y acontecimientos todos de la ciudad adonde habitan, recaudados a porfía entre los que viven de esto, para lograr más concurso y beber más chocolate, en cuyo entretenimiento se fecunda la razón, se pasa sin enfado la mañana y se engaña el tiempo? ¿Hay entrada pública en los jardines particulares, para tomar el sol de invierno y del céfiro gozar en el verno, sirviendo a las señoras decentemente los unos, y los otros con los amigos bufoneando? ¿Hay aquella diversión común con que en los días festivos el menudo pueblo y el mediano sale afuera de los muros a gastar el día comiendo, bebiendo, jugando y desmintiendo las fatigas de la vida, sin el coste exorbitante de las puertas y sobre la menuda hierba recostados se ven 200 mil almas? A mí me dijo un zapatero que enfrente de mis ventanas remendaba los de muchos de París: Señor, la semana de los ricos tiene siete días y la nuestra no más que uno; con la diferencia que damos seis a Dios en ella, buscando de comer con nuestro sudor en ellos, y el uno es para nosotros; y los poderosos no dan ninguno a Dios.

¿Hay aquellas públicas y particulares mascaradas (sin pagar en éstas y en las públicas pagando), adonde con diversos trajes de las naciones diversas, con los propios y con otros a voluntad del poeta se entra a danzar, a comer, a beber, a jugar y a hablar cuanto da la gana: pues a la sombra de la máscara ni hay empacho de propalar lo que se quiere, ni temor de que se sepa quién lo habla? ¿Hay alguna asamblea de 400 damas y 600 caballeros, como en Milán celebraron cuando el señor Infante don Felipe entró en aquella ciudad, en la que treinta mesas de juego hubo, que señoras y caballeros ocuparon; cuatro magníficos salones con muchos instrumentos para bailar los aficionados y con bebidas y dulces para los golosos otros cuatro; y a cuyo jardín de flores con otras, una por una, cortejó Su Alteza? Claro está que ni la hay, ni haberla puede; pues, cuando los Embajadores hacen convites generales, sólo sesenta señoras y pocos caballeros se han juntado: de que se sigue (sin admiración) el imposible de que 400 puedan concurrir. Y no porque Milán sea más populoso que Madrid discurras esto, sino porque se vive

en Milán más arreglado que en Madrid; de que proviene conservarse la nobleza sin escamas como el congrio, y también tener para sus lances diamantes con que lucir, y para jugar dinero. Y aquí (con mayor poder) entre pocos hay lo mucho, entre los muchos hay poco, y nada entre los infinitos: porque no hay otra cosa más desdichada que el pueblo común aquí.

¿Hay aquellas tan decentes y tan cómodas posadas que en otras Cortes y ciudades grandes hay? No, señor, que son tan ladronas y cochinas las de aquí, que no alcanza a tanto mi ponderación. Yo visité en una a Guisla ayer y, hediendo más que un hospital, dejé de volverlo a ver, hasta que a un cuarto alquilado se mudó. ¿Hay a lo menos los jardines de Valencia, la Vega igual de Granada, de Zaragoza la hermosura a quien el Ebro baña y fertiliza, haciendo vistosa y rica su campiña? No, señor; porque alrededor de esta Villa ponderada no hay otra cosa que basura. ¿Hay ferias que muchísimos millones valen y adonde cuanto monstruoso y raro en el Europa ha de concurrir? ¿Hay algún combate hasta matarse de tigres, leones, osos, toros, perros, etc., con que a costa del curioso hay comerciantes de fieras para este fin desvelados? ¿Hay aquella multitud de forasteros que, viajando solo por el mundo, treguan en muchas ciudades divertidos?

Pues, señor, me dirás tú, ¿en qué se entretienen ahí los forasteros? Nego supósito: los que están ahí, a más de su pesar están. Pregúntaselo al beneficiado de Chasna que, aunque no será para ti clásico, es para otros ocular. Por necesidad se levanta a mediodía y a esa hora sale a misa. Come, y a las siete sale con su don Simón a dar en la noria vueltas; y después, a la oración, o sigue cansado ya su liebre, o se va en casa de una señora viuda, aseada y de buenas barbas, que su cayado ha sido en su peregrinación, su Ariadna en su terrible laberinto y el mejor Perseo que de mayor fiera lo libró, a pasar con Saravia y otros tres y cuatro las horas de enfado en casa, hasta las diez. Otros infinitos no salen por la mañana, y a la tarde o van a casa de una cortesana a gastar con ella y con el demonio un peso, o se van por dos de plata a la comedia, aburridos. Yo con mi capote pardo voy a misa, o jugando con mi hija (si no salgo) estoy en casa hasta que a las oraciones salgo, o solo con mi mujer, a mis asambleas. ¡Jesús, qué vida! Paciencia, que esto es Madrid.

Porque te persuadirás y debes persuadir porfiando tanto, si fuere menester, como mi tío fray Martín, aunque sin pedirle a Mireles parecer, que esta Corte no sirve sino para dos calidades de gente: o mendigos que de calle en calle y de esquina en esquina agarran cada día treinta ochavos, que recaudan siete tazas de caldibaldo, que deben cuatro mendrugos de pan con que cenan y se desayunan; o para los que tienen cuatro mil pesos de renta cuando menos seguros. Con los cuales comerá con apetito un

mal puchero de carnero y vaca, pero quedará comido; y un coche de dos mulas mantendrá, como don Ignacio Escalera, aunque lo llamen vulgarmente una guitarra con dos cuerdas. Con él irá, si le da la gana, a la noria, a misa cuando llueve y cuando hiciere frío a una asamblea: más con tal condición deberá ser, que en ser algo más no ha de pensar y mate moros quien quisiere. Así vivirá gustoso, y mártir morirá si no viviere así. Pero, si mi consejo aprecia, váyase a vivir con sus cuatro mil pesos a otra parte: porque si viviere aquí entre gentes, oír lo que pasa a cada instante le ha de inficionar las entrañas; y para vivir apartado vale más un rincón (como ya te dije) de cualquier puerto de mar, que cuatrocientos de Madrid.

Por estas calles verás una cantidad de gentes cantando rosarios: unos compuestos de muchachos sin zapatos, otros de unos hombres mal vestidos y otros con dos frailes y un bajón cantando mal y porfiando; pero todos de ellos a lengua tirada y a gizonte suelto pidiendo limosna, para el tercio de la Madre de Dios, de las Maravillas, de la Merced, el Rosario, etc. Doña María, camarera de mi señora la marquesa de Villanueva del Prado, contribuye siempre su cuartejo. De calidad que, si se saca para beber estos devotos dos azumbres de vino al otro día, habrá tercio al otro y si no «Fray Luis de Luna». ¡O desdichado rosario entre los muchachos de Madrid!

Lo mismo en las cofradías acontece. Arriéndanlas estos danzantes de gizonte y arrójanse a pedir por las esquinas, queriendo (como los muchachos Mayas de mi tierra) sacar a fuerza la limosna: gritan, ponderan la necesidad de Jesús del Valle, de la Virgen del Pilar, del Desamparo, etc. Y como yo (sin otras consideraciones) sé que con lo que excede del arriendo van estas devociones al juego de las bolas, a la Puerta del Sol o a la taberna, no me acomodo a dar limosna. Primero se la diera al rey de Mequínés o a la reina Cleopatra.

¿Estará este dentro apetecible en la imponderable desvergüenza de todas las criadas? Puede ser, porque hay humores de tan extraña complejión que como virtud aman la desenvoltura. Explicaréte este dentro como lo que a mí me sucedió y a todos los demás sucede. Trajo mi mujer en su servicio dos doncellas (salvo tal lugar), que en los primeros cuatro meses se mantuvieron en aquel retiro y seriedad con que mi señora (que es en la escuela honor, catedrática de prima) las había educado: fueron a misa, vinieron visitas a mi casa, fue mi señora a casa de sus amigas y quedaron ellas solas; tomaron lengua con otras y, entre dare y tomares, sacudió la pluma al ave y el pájaro afiló el pico. Ya intentaba ir a misa a Santa María (la más lejos), ya en la Puerta del Sol a tomar la luna en los paseos, el sol: todo con mantillas blancas y contra mi doctrina todo. Hasta que, saliendo de su infame ya insufrible curso del río, dijeron a la Marquesa resueltas: Señora, ni más soledad que la de la Virgen quere-

mos, ni otro retiro que el Palacio, o permitamos V.S. ir cada segundo día a misa y pasear los días de fiesta, o dénos licencia para irnos.

Dos cosillas diré, ligeras, por desahogar el peso de las muchas que en este asunto me cargan. Es costumbre en las visitas despedir los coches de las señoras, advirtiéndoles a sus criados la hora que deberán volver; y cuando vuelven, un paje de la casa les va a decir que ya su coche ha llegado. En cuyo conocimiento se detienen o despiden, según que come la conversación o según que el juego pica y, cuando sale con una, dos o cuatro hachas, le sale la pajuncia acompañando. Pues, amigo mío, en las visitas de duelo ni las señoras tienen aviso de que sus coches han llegado ni les sale nadie a acompañar; de suerte que a la buena dicha de encontrar el coche salen, y a la fortuna también de hallar o no la escalera. Cuando esta práctica vi, me acordé de ciertos amigos de todos que, enfrente del hospital viviendo y los pechos de una cochina mamando, nos salía él mismo cuando ganaba a alumbrar y cuando perdía, sin consentir que se sacara una luz, nos dejaba salir palpando sombras y dando contra la pared con las narices. Estas políticas o ceremonial de los estrados, asambleas, mesas, etc., deberían advertirse en la *Guía de Forasteros*, para que ninguno tropezara y escapar pudieran todos de la risa y la censura que tontos tantos hacen sin justicia de quien en una provincia extraña (no conociendo la moneda que allí corre) se deja sencillo engañar.

Dicen comúnmente que «al pueblo de Madrid, toros y pan». Doctrina es ésta infalible, porque a todos veo en tales fiestas, con más gusto que al mulato de morera componiendo altares y cargando la cena a Luis Pinelo. En Lugo, en Leganés, fuera de estos muros, en san Martín y en Segovia los he visto. ¡Qué bizarra mojiganga! Asiento que en la Plaza Mayor, estando y aun sin estar los Reyes, será espectáculo admirable, proporcionando su hermosura con la de Segovia, que pintarte voy, y este pueblo con aquel. Sin embargo, en las fiestas reales me alegra verlos: porque, si mata el toro caballos, así como los he visto siempre, y el torador padece la tormenta que a los otros he notado, será mojiganga real la que hasta aquí me ha sido ridícula mojiganga.

¿Descubriremos algo más que orégano o jengibre sea en este dentro de Madrid? No lo descubro. Lo que veo es suma ociosidad y una pobreza en sus dos terceras partes tan suma que incita la compasión de todos, y a mí el mayor deseo de salir de aquí me incita. En tanto que en esta Corte está el Rey, es el bullicio de la gente más granada, como el de los muchachos en La Palma cuando ponen las velas para Corpus, y no se habla en otra cosa que en los pensamientos de Palacio. Y es por lo general mentira o aprehensión cuanto dicen, infiriendo de una cosa indiferente una materia de Estado formidable.



Auséntase la Corte, y queda esto como Candelaria fenecida la fiesta de san Blas, o como la plaza de La Palma acabado de desbaratar el tablado. Yo no salgo de mi casa (si no es a la oración) en ese tiempo, para ir a visitar a un amigo, que rara o ninguna vez se hallará en la suya a esa hora, o para concurrir a alguna de mis asambleas conocidas; porque has de saber que el sol, abstrayendo de los gremios y de los hombres de oficio, para todos los demás ociosos sale a las cuatro de la tarde en el invierno y a las ocho en el verano. En cuyas conversaciones nada más que chismes se oyen.

Si en la calle amaneció un hombre muerto, hay que hablar con él y en las circunstancias de su hallazgo y juicio del acontecimiento quince días. Si hurtaron una joya en una iglesia; si al entrar en un zaguán dieron un pistoletazo a uno; si se casó tal señora; si se descasa la otra; la poca o mucha razón de ésta; el mucho o poco cortejo del marido de la otra; si paga o no doña Fulana a sus criados; si debe ser el pelo a la romana o a la paillota; si tal señora concurrió dos veces con un mismo vestido a el B.M.; si se pone hábito la otra por devoción, o por faldas. Y, en conclusión, la concurrencia de señoras aún es peor que en Garachico, porque es en todos los días la misma.

Cristóbal del Hoyo, *Carta del Marqués de S. Andrés y Vizconde de Buen Paso respondiendo a un amigo suyo lo que siente de la Corte de Madrid*. 1745.

## ESCENAS CORTESANAS: JOSEPH TOWNSEND

*En Un viaje por España en los años 1786 y 1787 el viajero inglés Joseph Townsend relata sus andanzas por Salamanca, Avila, la Granja, Segovia, El Escorial y Madrid. Después de describir estas ciudades, la relación de Townsend dosifica equilibradamente detallados estudios sociológicos sobre las rentas de España, su sistema fiscal, población y causas de su despoblación con lo que él llamó «observaciones de los usos de la época». Éstas, que se centran en la vida cotidiana de los nobles, sus costumbres sociales y galantes, constituyen un documento veraz sobre la vida privada de los cortesanos madrileños del siglo XVIII.*

Pasé todo el invierno en la capital de España y creo que no estará de más describir la vida que un extranjero lleva allí, incluyendo también alguna observación sobre las costumbres modernas.

Una vez que has sido presentado en la Corte, puedes acudir a ella todas las veces que quieras. Con frecuencia hice uso de este privilegio, que me permitió contemplar las pinturas sin prisas y disfrutar de la



conversación, pues la Corte es el punto de reunión más importante de la ciudad, y a ella acuden los caballeros distinguidos todas las mañanas para presentar sus respetos a todos los miembros de la familia real mientras comen y para hablar sobre lo que ocurre en el mundo.

Cuando el Rey entra en su carroza para ir, como de costumbre, a practicar su diversión favorita, las visitas se retiran. Pero como el cuerpo diplomático es aquí muy hospitalario, una persona bien recomendada puede disfrutar del trato con la sociedad más distinguida a todas las horas del día. La gratitud me exige expresar ahora mis deudas no sólo con el cuerpo diplomático, sino también para con otras personas que me honraron con su amistad y protección. Por ello me tomaré la libertad de describir brevemente la clase de vida que llevé mientras estuve en la Corte.

Sin duda el conde de Floridablanca debe encabezar este recuerdo, pues, aunque en Madrid no me agasajó, en los *Sitios* tuvo siempre la bondad de admitirme entre sus invitados a sus comidas semanales. De nuestro embajador en todas partes experimenté no sólo la protección general que suele dispensar a todos, y las amables atenciones que todo el mundo admira en él, sino también la amabilidad, hospitalidad y amistad de un hermano. Su casa siempre estuvo abierta para mí, y cuando ofrecía alguna comida a sus amigos nunca dejó de invitarme.

Las invitaciones que recibí para ir a casa del Duque de Vauguion fueron de tipo general y especial. Sus comidas eran magníficas, los invitados numerosos y la conversación interesante. Si comí allí en más ocasiones que en cualquier otra casa de Madrid, no fue por la suntuosidad de su mesa o por la compañía que allí encontraba, sino por la naturalidad y elegancia de los Duques y por la encantadora ingenuidad de sus hijos.

Con el embajador americano, ruso y prusiano me sentía como en casa y lo mismo me sucedía con el de Génova o el de Venecia. Los demás a menudo también me honraban con sus invitaciones, que yo aceptaba siempre gustoso.

Cuando deseaba cultivar las ciencias o conversar con hombres de letras, frecuentaba las mesas más humildes, aunque no menos hospitalarias, de algunos españoles que siempre me acogieron calurosamente. Izquierdo y Angulo aumentaron mis conocimientos sobre mineralogía, y podía estar seguro de que ellos o sus amigos me proporcionarían información sobre cualquier tema que me interesara. Ya he dicho antes que Ortega era botánico; a don Francisco Bayer se le recordará siempre como un culto erudito; don Juan Bautista Muñoz será celebrado como un buen historiador en cuanto publique su obra sobre la conquista de América; Clavijo merece los mejores elogios como fiel y elegante traductor y como hombre de gran cultura. Además de estos, conocí a los hermanos Fernán-

dez, que son dos químicos destacados, y al abate Guevara, un gran conocedor de la historia de España. Con todos estos caballeros llegué a entablar buena amistad.

Comía con frecuencia en casa del marqués de Imperiali, un Grande de España justamente admirado por la bondad de su corazón y la delicadeza de sus modales; y en otra ocasión tuve el honor de hacerlo con otro Grande, el marqués de Oviedo, quien está considerado como un ejemplo vivo de viejo caballero español. Si a través de un sólo individuo pudiéramos aventurarnos a formarnos una idea general de toda una comunidad, la cortesía, la rectitud y la dignidad de este caballero harían que la nación española nos mereciera el máximo respeto y estima.

#### RELACIONES SOCIALES: JOSEPH TOWNSEND

Cuando has sido convenientemente presentado a una familia española te dicen al salir: «Señor, desde ahora esta es su casa». Pero cada uno debe juzgar, usando su perspicacia, qué alcance tiene esta merced en su caso particular. Se trata de una fórmula de cortesía que, de manera general, permite hacer una visita a la familia, y las personas que así lo interpretan se retiran antes de la comida o llegan una vez acabada ésta; pero en casos más excepcionales significa una invitación a comer, a tomar el *refresco*, a cenar o a las tres cosas si así lo crees oportuno.

La mayoría de las familias, en especial las más importantes, organizan una *tertulia* o reunión vespertina para jugar a las cartas o conversar, después de la cual las personas que disfrutaban de una relación más íntima se quedan a cenar. En estas reuniones todos los días se encuentran las mismas caras. La que más frecuenté es la organizada por la duquesa de Berwick, pero también fui a menudo a la de la Duquesa de Vauguion; a veces, a la de la condesa de Carpio, y más escasamente visité al conde Campomanes. El deseo de conocer más detalladamente la sociedad madrileña me llevaba a visitar de vez en cuando a otras *tertulias*; pero como la única persona conocida que encontraba en ellas era la dueña de la casa, me aburría en seguida y rara vez hallaba motivos para prolongar mi estancia.

Sin ningún deseo de menospreciar a los demás, me arriesgaré a decir que las reuniones que se organizaban en la casa de la duquesa de Berwick, que frecuentaba los embajadores, eran las más agradables. Los encantadores modales de la Duquesa y su hermana, princesa de Stolberg, y la naturalidad y libertad que todos disfrutábamos hacían que el tiempo transcurriera deliciosamente. La Duquesa y tres de sus amigos ocupaban



una mesa de *whist*, algunos se retiraban a conversar, otros escuchaban el piano y la princesa se entretenía casi todas las tardes durante un rato dibujando bajo la dirección del embajador prusiano, cuyo buen gusto y destreza le convierten en uno de los mejores dibujantes. Por mi parte, solía tomar el lápiz y así aprovechaba estas lecciones. A las once nos sentábamos a disfrutar una refinada cena, y, hacia la una de la madrugada, me retiraba para recorrer a pie las casi dos millas que me separaban de mis habitaciones. El Duque generalmente llegaba a casa a cenar, pero en seguida se acostaba.

Franceses eran la mayor parte de quienes se reunían en casa de la Duquesa de Vauguion, donde se jugaba a las cartas, al *tric-trac* y al ajedrez, y una cena daba fin a la reunión.

En la *tertulia* del Conde de Carpio, todos, a excepción de un italiano, eran españoles, y la diversión habitual, un juego de cartas. Cerraba allí la velada una cena ligera. El conde llegaba antes de las diez, y cuando no iba al teatro pasaba la tarde con su familia. Él es un hombre culto y sensible, y ella puede animar cualquier reunión con su sola presencia. Aunque dista de ser hermosa, la viveza de su ingenio y la delicadeza de sus modales la hacen muy interesante; y la fragilidad de su constitución y su salud enfermiza aumentan su atractivo.

El Conde de Campomanes no organiza cenas, y apenas se juega a las cartas en su casa. El tiempo pasa agradablemente con su conversación, que hace innecesaria cualquier otra diversión. El grupo de amigos procede principalmente de Asturias, su tierra natal.

Además de estas sosegadas *tertulias*, durante todo el invierno las duquesas de Berwick y Vauguion organizan bailes una vez a la semana, y las Condesas de Cogolludo y Peñafiel ofrecen conciertos y bailes, acompañados de espléndidos bufetes de helados, tartas y jaleas. Después de los bailes, todos se retiran a cenar con su grupo.

#### USOS AMOROSOS: JOSEPH TOWNSEND

*Entre las costumbres galantes imperantes en la sociedad madrileña del siglo XVIII destaca la del cortejo, ampliamente difundida por la literatura, prensa periódica, folletos, sermonarios y también por los relatos de viajeros. Townsend se refiere a este uso social: ciertos maridos de las clases pudientes permitan a sus mujeres, con beneplácito social, trabar una amistad con una persona del sexo contrario, quien podía entrar en la casa, donde era tan conocido como el marido. El cortejo nunca traspasaba los límites del amor platónico limitándose a prodigar a la dama galante-rías sometidas a un rígido código social.*

Las señoras, en caso de que las haya, son las receptoras de todas las visitas de la familia. Cuando vas a ver a alguna, en vez de llamar a la puerta o preguntar al portero, te diriges directamente al salón en el que recibe habitualmente sus visitas, donde es muy raro no encontrarla, a menos que esté en misa, a cualquier hora de la mañana y de la tarde o al principio de la noche; en invierno la ves sentada junto al brasero y rodeada por sus amigos. Estos son generalmente hombres, pues las damas raramente hacen visitas de carácter familiar, y entre ellos suele haber uno a quien se denomina el *cortejo*, aunque no en todas las casas existe esta figura. Durante mi estancia en España, nunca oí hablar de maridos celosos ni pude observar que este sentimiento realmente existiese; sin embargo, el comportamiento de las damas, ya sea porque conservan su delicadeza, ya por decoro o por temor, se hace más cauto, circunspecto y reservado cuando sus maridos están presentes. Algunas tienen la suficiente habilidad para mantener el *cortejo* en secreto, lo que no resulta difícil en España, donde las señoras van a misa tan tapadas que no se les reconoce con facilidad. Todas usan para esta tarea un vestido característico del país, que incluye una *basquiña*, o refajo de seda negra, y la *mantilla*, que hace las veces de manto y velo, permitiéndoles ocultar la cara por completo. De esta guisa, tienen toda la libertad para ir a donde les plazca. Si les sigue un criado, deben ganárselo para evitar molestias. Por otra parte, como toda la casa está a disposición de las visitas durante todo el día y al marido, que ocupa un lugar casi completamente insignificante en el hogar, apenas se le ve, y cuando aparece se muestra perfectamente extraño para todas las visitas, el amante puede pasar completamente desapercibido. Sin embargo, esto no siempre satisface a las damas españolas, que, como poseen una aguda susceptibilidad y una asombrosa intensidad de sentimientos, se sienten infelices cuando no ven a su *cortejo*. Éste debe estar presente en todos los momentos del día, en privado y en público, esté la dama enferma o sana, y debe ser invitado a acompañarla a todas partes. Ha habido recientes ejemplos de mujeres, algunas incluso muy conocidas en sociedad, a quienes la ausencia del *cortejo* ha llevado a encerrarse durante meses; y esto no para expresar su disgusto, sino con objeto de no ofenderle. Si la dama está en casa, él se encuentra a su lado; cuando ella sale, lo hace del brazo de él; cuando toma un asiento en una reunión, guarda una silla para él; y si participa en alguna contradanza, lo hace con él. En el primero de los dos minués en los que una señora participa durante un baile, tiene por pareja a su *cortejo*, y en el segundo, a un extraño. Pero si mientras baila con el primero trata de demostrar toda su vivacidad y gracia, cuando lo hace con el otro, más que indiferencia muestra disgusto, y parece mirarle con desdén.



Tan pronto como se casan, las mujeres se ven asediadas por numerosos competidores que se disputan el distinguido favor de convertirse en su *cortejo*, hasta que elige a alguno de ellos. Cuando lo hace, los candidatos rechazados se retiran o se resignan a la idea de convertirse en lo que se podría llamar *cortejos de brasero*, sin ninguna otra pretensión que la de agruparse en torno a las brasas para calentarse en el invierno.

Aunque la veleidad se considera vergonzosa, hay numerosos ejemplos de damas que cambian de amante a menudo. Hasta llegar a este punto hay que pasar por una progresión natural, pues es inimaginable que mujeres inteligentes, distinguidas desde pequeñas por una gran delicadeza de sentimientos, por su prudencia y por la nobleza de sus pensamientos, puedan precipitarse de pronto a un extremo donde triunfa la pasión y se ha perdido todo respeto por la decencia. Es, sin embargo, humillante ver cómo algunas a quienes la naturaleza parece haber destinado a ganarse la veneración de la humanidad han acabado degradándose cayendo tan bajo, que sólo se habla de ellas con desprecio. Estas mujeres han cambiado con tanta frecuencia y han sido tan infieles en cada relación que, despreciadas por todos, acaban por no tener *cortejo*.

Ya he indicado que los maridos rara vez se sienten celosos, lo que no puedo decir de la nueva pareja, cuyas dos partes viven atormentadas por las sospechas. La verdad es que se trata de algo natural, pues como ambos son conscientes de que el único vínculo que les une es el frágil lazo del afecto mutuo, tiemblan ante la presencia de alguien que pueda interrumpir su unión. Esta falta de confianza les hace vigilar constantemente la mirada de su pareja y les impide disfrutar de gran parte de los encantos del trato social. Incluso cuando están en público viven como si estuvieran solos, abstraídos, enfrascados y prodigándose atenciones mutuamente. Él no debe hacer caso a ninguna otra mujer; y si algún caballero conversara con ella, a los pocos momentos se encontraría confundida, temiendo haber ofendido a su *cortejo*. Lo más probable es que lo hubiera hecho; y aunque ella fuera la duquesa más importante del reino, y él un simple suboficial del ejército, tal vez llegaría a insultarla; y de hecho, he oído que un hombre arrastró a su amante por los pelos por una sala. Pero si la ofendida fuera ella, hasta la mujer más delicada se abalanzaría sobre él como una tigresa y le golpearía en la cara hasta amarotársela. A veces la mujer se cansa de su primera elección, y el deseo de cambio le invita a centrar su atención en otro hombre, aunque el primero, que veía adulada su vanidad por semejante relación, no desee romperla. Entre las capas más bajas de la población esta es la causa de muchos asesinatos, que tanto abundan en España; pero en las clases más altas, entre las que está prohibido el puñal, si el primer amante posee temple, mantiene su posesión, pues su pareja no se atreve a abandonarle por miedo a un duelo que

puede resultar fatal para el hombre amado. En estas cuestiones el marido se mantiene aparte y no cuenta para nada.

Joseph Townsend, *Un viaje por España en los años 1786 y 1787*, Londres. C. Dully. 1791.

## COSTUMBRES POPULARES: SERVANDO TERESA DE MIER

Casi el día que llegué a Madrid vi por la calle de Atocha una procesión, y preguntando qué era, me dijeron que era la Virgen puta. Y es que como la imagen es hermosa, la asomaba por entre rejas una alcahueta para atraer parroquianos. El lenguaje del pueblo madrileño anuncia lo que es, un pueblo el más gótico de España. Una calle se llama de Arranca-culos, otra de Tentetieso, una de Majaderitos Anchos, otra de Majaderitos Angostos. Uno vende leche, y grita: «¿Quién me compra esta leche o esta mierda?». Las mujeres gritan: «Una docena de huevos; ¿quién me saca la huevera?». Todo se vende a maíz, por decir maravedís. El castellano que habla es como éste. «Manolo, ¿qué lijiste al médicu?». «Lije que te viniera a curar del estómago aluna, y le daríamos cien maíz». Oí pedir limosna: «Señor que me pele una limosna por Dios çhiquito; es la procesión del Buen Pastor»; Corpus es Dios grande. A toda esquina la llaman esquinazo, y a la puerta de una casa portal.

En el centro de Madrid vive gente fina de todas las partes de la monarquía; pero no puede salir a los barrios, porque insultan a la gente decente. En los barrios se vive como en un lugar de aldea. Los hombres están afeitándose en medio de la calle y las mujeres cosiendo. El barrio más poblado e insolente es del Avapiés. Y cuando hay fandango de manolos en los barrios, el del Avapiés es el bastonero. Esta preferencia la ganaron en una batalla de pedradas que se dieron montados en burros. Los reyes mismos tienen miedo de ir por allí, y paseando un día la reina en coche por junto al río Manzanares, donde se lava el mujerío manolo, la trataron de puta porque estaba el pan caro. La reina echó a correr, y prendieron unas treinta, que luego soltaron porque la cosa no era sino demasiado pública.

¿Qué son manolos? Lo mismo que curros en Andalucía. Manolo es Manuelito, y Curro es Francisco. Esta es la gente natural del país, gente sin educación, insolente, jaquetona, y, en una palabra, españoles al natural: que con su navaja o con piedras despachan a uno, si es menester, después de mil desvergüenzas. Son los majos, los valentones y chulitos de a pie de las mujeres como ellos, y tan desvergonzadas como ellos, entre las cuales se encuentran todas las fruterías y revendonas. Ellas no

llevan túnicos, sino sus enaguas, una chaquetita y su pelo largo con cintas. Ellos una chupeta, calzones, sombrero de tres picos, pelo largo recogido en un gran molote, y capote de mangas terciado, todo lleno de cintajos, colgajos y quirindolas, y su puro en la boca. Este es el verdadero pueblo de Madrid, y son los jueces natos de policía a fuerza de pedradas y alborotos. Algunas veces las mujeres han querido mejorar o mudar su traje, dejando el de pinacates o escarabajos que acostumbran, y en que hay la diferencia que las señoras castellanas llevan la mantilla blanca de muselina u otro género; las andaluzas, de seda negra; pero los manolos no lo consienten. Lo más temible en este género es el Jueves Santo y Viernes Santo, que es el verdadero Carnaval de Madrid. Como entonces no andan los coches, y los Grandes tienen que echar pie a tierra, se mandan hacer trajes de iglesia verdaderamente escandalosos a veces, y han querido a veces vestirse de morado. Aunque los guardias de Corps las acompañaban, los manolos la emprendieron a pedradas estando yo allí, y el general Urrutia, para apaciguar al pueblo, los mandó arrestados a su cuartel. Las señoras se retrajeron en las casas, y apenas las pudieron salvar los alcaldes de corte rodeándolas con su corchetes, únicos que respetan los manolos, porque la vista de la tropa los ensaña y le acometen. Así cada año tienen los ministros del rey que fijar el Martes Santo carteles mandando a las mujeres la moderación en los trajes. Y es fortuna que los manolos se hayan arrogado la policía, porque el desenfreno no tendría límites, y las mujeres se presentarían desnudas.

En ninguna parte de Europa tienen el empeño que las españolas por presentar a la vista los pechos, y las he llegado a ver en Madrid en el paseo público con ellos totalmente de fuera, y con anillos de oro en los pezones. Lo mismo que en los dedos de los pies, enteramente desnudos, como todo el brazo desde el hombro. Y ya que no pueden desnudar las piernas, llevan medias color de carne. En el Jardín Botánico y en el paseo del Retiro, donde por no poderse entrar con capote ni mantilla, por ser Sitio Real, no entran los manolos y nadie puede entrar en coche sino el intendente del mismo sitio, es donde se ven las mayores visiones. Las mujeres vestidas de diosas y sacerdotisas, o con un vestido tan ligero que se les señalan las más menudas partes de su cuerpo.

A las oraciones de la noche se apoderan de la Puerta del Sol (así llaman a una placita ante el Correo, y es el lugar más público de Madrid) y de todas las calles contiguas una infinidad de muchachas prostituidas, muy bien puestas, con sus *basquiñas* y *mantillas* blancas, que no hacen sino pasar y repasar muy aprisa, como quien va a otra cosa que la que realmente busca, y así están andando hasta las diez de la noche. Hecho el ajuste, se despachan en los zaguanes y escaleras, y cuando yo entraba a mi casa por la noche no hallaba donde pisar, por los diptongos que había



en los descansos. Hay muchas alcahueterías; pero, eso es para los más decentes. Suceden con esto mil chascos, porque los zaguanes de Madrid son las secretas y meaderos públicos, y es necesario entrar por un caminito que queda en medio, recogiendo la ropa para no ensuciarse.

No es menor el desorden en todo. Aun en lo eclesiástico lo hay por la multitud de jurisdicciones exentas. Es exenta la jurisdicción del Patriarca de Indias, por castrense. La de la Cruzada; la de la Inquisición, la de las Ordenes militares, a más de las monásticas. Los frailes si quieren van públicamente a los teatros, y en el cartel de precios que al principio del año se publica impreso, se pone artículo: «para los religiosos, tanto», y es un real más de vellón, que no llega a un medio nuestro. La causa de esto fue que una noche, en el teatro de la Opera, concurrieron muchísimos, y ocuparon todo el anfiteatro, es decir, los asientos que por abajo de los primeros palcos cercan en redondo el patio. En el silencio de un intermedio, siendo ya cerca de media noche, un gracioso, en medio del patio, entonó *Domine labia mea aperies*, como al principio de maitines. Las risadas y el escándalo fueron tales, que los frailes se echaron la capilla y desfilaron. El cardenal de Molina, arzobispo de Toledo, subió entonces ese real sobre el precio común, para retraerlos de asistir; tan miserables son.

Los guardias de Corps son los caballos padres de Madrid. Se llaman guardias de Corps cuatro compañías de 100 hombres de jóvenes nobles, llamadas Española, Americana, Flamenca e Italiana. Hacen guardia en Palacio con su carabina, y en número de cinco van siempre corriendo a caballo con su espada ante los coches de los de las familias reales. En tiempos de Godoy se puso la compañía americana, a sugestión de Beristain, y por ser el color de la reina se pusieron los cuadros de la bandolera morados; la española los lleva encarnados, verdes la italiana y amarillos la flamenca. Casi no ha quedado hoy ningún americano; pero al principio fueron muchos, e introdujeron el lujo, pues antes llevaban hasta medias de algodón y también hicieron angosta la bandolera. Son, en general, unos libertinos que corrompen a los jóvenes.

Pero la mayor corrupción de ellas y los que privan de su flor a las jovencitas que vienen a Madrid buscando servicio, son los Grandes de España. ¿Qué son estos? Los más pequeños hombres de la nación por su ignorancia y por sus vicios. Estos son los magnates, antiguamente ricos-homes, en la nación. Por los alborotos que su prepotencia causaba en el reino en cada elección de rey se hizo hereditario el reino de España, menos por ley que por conveniencia del pueblo, para evitar estos desórdenes. Ellos sostuvieron contra el pueblo, cuando las guerras de los comuneros para sostener la Constitución de España, el despotismo de Carlos V y sus sucesores. Ellos obtuvieron del miedo que les tenían los reyes, mil posesiones, especialmente las exorbitantes que se llamaron

mercedes enriqueñas, y se apoderaron de casi toda España. Asentado en el trono el despotismo, los reyes los llamaron a la corte para que se arruinasen queriendo igualar el fausto real, y lo han logrado; pero también han logrado arruinar los pueblos de que son señores, porque los han recargado y chupado para mantener su lujo en la Corte, sin que el dinero refluya a los pueblos, donde no habitan; y así los pueblos de señorío en España son los más miserables. Diéronles los reyes empleos en Palacio, adonde se siguen los 50 Grandes del reino por turno a servir de mayordomos mayores, para acostumarlos así a la obediencia y servidumbre, y los envilecieron. Pero al mismo tiempo, como tienen dinero se dieron a los vicios. No tienen honores en la Corte, ni nadie fuera de la familia real.

Se distinguen en tres clases, pero esta distinción se reduce a que los de la primera clase tienen puesto el sombrero antes de saludar al rey; los de la segunda, lo saludan y se lo quitan, y los de la tercera, se lo ponen después de saludarlo. Esta ceremonia sólo se practica el día que se reciben los Grandes. Para serlo se necesita tener una renta de 30.000 pesos. Pero hay Grandes pobretones. Los más respetables y ricos eran los de Medinaceli, que tenía trece millones de renta; el de Alba, que tenía once; y el del Infantado cuatro o cinco. Se entiende millones de reales; aunque todos están llenos de deudas, porque no alcanzan sus rentas al lujo, y siempre están sacando órdenes reales para que no los compelan a pagar sus acreedores. Ellos son patronos de una infinidad de iglesias en sus señoríos; dan canonjías, beneficios y mil empleos, además del influjo que tienen en la Corte para conseguirlos. De manera que casi todos los empleados de las oficinas son criados y lacayos de los Grandes o parientes de sus concubinas. A mí me ofreció uno de ellos un buen beneficio que tenía en su señorío porque le proporcionase arbitrio de engañar una señorita con un matrimonio fingido, para satisfacer su lujuria, propuesta que me horrorizó. Las mujeres de los Grandes suelen ser en su género tan corrompidas como sus maridos, y en mi tiempo *reginae ad exemplum*; toda la Corte y el sitio eran un lupanar.

Vivían bien, empero, las *camaristas*, que son las monjas de Palacio; viven en el último piso de él, sin que nadie las trate, sino muy de ceremonia, con sus maestras, que son Grandes o damas de la reina, ya entradas en edad de discreción. De allí van saliendo casadas con los pretendientes de empleos, porque a estas jovencitas nobles destinadas a servir en días de ceremonia a la reina y princesas, sirven de dote los mejores empleos de la nación. Como, por ejemplo: a una alemana cincuentona, criada de la reina, se le dió de dote la Dirección de la Lotería de México. Optaron a la plaza varios; pero la vieja se agradó de Obregón, mejicano de veintiséis años, porque las viejas siempre gustan de jóvenes que no las pueden querer, porque nadie puede querer a la

muerte, que representa una vieja. Y cádate aquí a Obregón, director general. Así solamente pudo un criollo tener un empleo en jefe. Hay damas de la reina que son todas Grandes de España, y la hermana de Godoy estaba en grande influjo; pero la Verdes era de la íntima confianza de la reina para sus aventuras escandalosas.

Lo criados de Palacio están galoneados; pero llenos de miseria, porque les duran los sueldos de la antigua moderación del rey. Hoy, los ayudas de cámara (cuyo uniforme es de seda sin ninguna bordadura, y su insignia una llave de hierro en la bolsa de la casaca, sacado el ojo fuera con unos cordones de plata) suelen ser caballeros. Pero por su patente se conocen lo que eran antiguamente; «por cuanto —dice— sois hombres de aguja e hilo, y no sabéis leer ni escribir, os hago mi ayuda de cámara». Los gentileshombres de cámara llevaban una llave dorada encima de la bolsa, al lado derecho de la casaca. El jefe de lo que pertenece a la cocina se llama gentil-hombre de boca, y tenían todos estos géneros de criados cada uno de los infantes, lo que con los sueldos de los consejeros, que se consideran como de Palacio, hacían ascender su gasto diario a un millón de reales o 50.000 pesos. Fernando ha reducido a una mesa todos los infantes. Los más de los empleados se mantenían de los percances de su oficio, porque para dar un par de huevos al rey se examinaba un canasto, y así de los demás, quedando el resto a los jefes de cocina. Cuando el rey hacía del cuerpo, un ayudante de cámara tenía ante él tres varas de lienzo casero para que se limpiase, y este lienzo, que tiraba, tocaba al camarero de la cámara baja, etc. La copa del rey tiene honores de grande de España. La llevan con asistencia de cuatro alabarderos, y todo el mundo se quita el sombrero.

Carlos IV, como Carlos III, vivían cazando en los Sitios reales, en cuyos contornos nadie sino el Rey puede cazar, y con él va una infinidad de monteros (que todos son de un lugar de Castilla llamado Espinosa de los Monteros), para espantar la caza y amontonársela delante del Rey. Y en tiempos de Carlos IV se llevaba también una jeringa para jeringar a un montero llamado Montril, que se quería morir cuando el Rey lo mandaba jeringar, y con esos aspavientos logró acomodar muy bien toda su familia. Se llevan también multitud de perros podencos para la caza. Y el Rey salía a cazar, lloviese o tronase. A veces tenía que echar pie a tierra por no poder andar el coche, enterrado en la nieve. Cuando la caza era lejos, se salía del sitio a las tres de la mañana, con un frío que los perros se entumían. Pero quien lo pasaba peor eran los guardias de Corps, que aunque el cielo se desgajase o el hielo matase, tenían que ir siempre en cuerpo, y siempre corriendo, porque así va siempre el coche del rey.

Servando Teresa de Mier, *Memorias*, Madrid, Biblioteca América, Biblioteca Ayacucho. s.a.



## NOTAS

<sup>1</sup> Este librero Moreno aparece también en la «Historia del terrible peregrino Hervás y de su padre, el omnisciente impío». Es quizá el mismo Simón Moreno que cita Angel González-Palencia en su libro *Eruditos y librerías en el siglo XVIII*. Tenía su librería en la calle de Relatores desde 1786, según la lista de librerías madrileñas que figura en el tomo III de la *Biblioteca Anual para la Utilidad de los librerías y literatos* (Madrid, 1786).

<sup>2</sup> Sobre Moldenhawer, ver el epígrafe *Las bibliotecas y el estado de los estudios y las letras en Madrid* en el capítulo *Vida cultural*.

<sup>3</sup> Se habla aquí del Teatro del Príncipe; la compañía de Manuel Martínez, cuya principal actriz era la Tirana, dio allí representaciones desde abril de 1783 a febrero de 1784 (Emilio Cotarelo, *Don Ramón de la Cruz*, Madrid, 1899, p. 462.)

<sup>4</sup> Su nombre verdadero era María del Rosario Fernández; nació en 1755 y murió en 1803. Cotarelo cuenta su vida en sus *Estudios sobre la historia del arte escénico en España, II* (Madrid, 1897), donde se ve también su retrato según Goya. Fue llamada Tirana porque su marido representaba papeles de tirano.

<sup>5</sup> Vio al mismo actor en el papel de Pirro y repitió en esta ocasión que tenía «uno de los rostros más repugnantes que jamás he visto».

<sup>6</sup> Nombre del teatro de María Antonia Fernández (1751-1787), una de las mejores actrices de *sainetes*.

<sup>7</sup> Célebre obra de 1625 atribuida a Luis Belmonte Bermúdez. Kauffhold vio esta obra, de una reputación «escandalosa», representada en Aranjuez.

<sup>8</sup> Para facilitar la comparación entre ambos textos, se ha transcrito primero el artículo de Fleuriot en *Viaje de Fíguro en España* y, a continuación, entre paréntesis, la refutación a ese artículo por parte del Conde de Aranda en *Denuncia pública del viaje del pretendido Fíguro a España*.

<sup>9</sup> Escritor público que se encuentra en casi todas las calles públicas. Su oficio le reporta pingües beneficios: quien desea un pasaporte, sólo puede obtenerlo mediante un *memorialito*.

<sup>10</sup> «Amigo de la casa, amante, compañero».

<sup>11</sup> Antaño una gobernanta severa, asalariada por el marido, y a menudo escogida entre sus parientes; pero, en las costumbres actuales, sólo una doncella o una criada.

# Las inmediaciones

## Descripciones generales

GEOLÓGIA Y TERRENO: WILLIAM BOWLES

*Entre los viajeros naturalistas que visitan Madrid destaca la figura de William Bowles, quien estudia la topografía geológica de los alrededores de la villa: al norte encuentra las formaciones graníticas de la Sierra; en el centro, arenas y arcillas pliocenas y cuaternarias; en el sureste, calizas, arcillas, yesos y pedernales del mioceno. Finalmente, constata la abundancia en estos alrededores de un terreno accidentado y desigual con abundancia de fuentes, piedras sueltas y bancos de tierras. En el emplazamiento de la ciudad estas desigualdades topográficas quedaron enmascaradas por desmontes y rellenos que cubrieron barrancos y vaguadas.*

Mirando los alrededores de Madrid desde alguna altura lejana, parecen un terreno ondeado, con muy pocas cuevas y quebradas; pero es un engaño de la vista, porque hay muchas lomas, cerros y hondonadas, que no se pueden percibir mirando el país horizontalmente, y sólo se reconocen estando cerca. Por esta razón, habiendo en su territorio como cosa de doscientos pueblos entre grandes y chicos, no hay parte desde donde se vean más de tres o cuatro de una vez.

Las causas de las desigualdades de los terrenos son la degradación imperceptible de las peñas, la resistencia accidental de las tierras, la mutación maravillosa de las madres de los ríos y arroyos, la rapidez de los torrentes, las aguas de las lluvias recias que acarrear y arrebatan las tierras, las fuentes internas y subterráneas que minan el terreno, y en fin las lluvias ordinarias y suaves con el largo tiempo. Cualquiera de estas

causas, y en particular algunas de ellas, o todas unidas, son más que suficientes para formar en un país arroyadas, barrancos y lomas; repara en los efectos que obra cualquiera fuente o arroyo, por pequeño que sea, en las tierras de alrededor de Madrid, se verá que en pocos años corroe y arrastra el terreno cuanto es menester para formar dichos barrancos y lomas considerables.

Examínense con cuidado las cortaduras y aberturas que hay en algunos parajes de los caminos nuevos, y se verán por los costados las reliquias y señales de las peñas que hubo allí, y hoy se hallan reducidas a guijo y tierra. Hay sitios donde todavía está la peña casi sana, y se ve cómo va pasando de un estado a otro, esto es, de piedra a guijo, arena, o tierra; y en los bancos que están ya descompuestos, se notan aún las divisiones y fajas que tenía la peña primitiva.

Hecha esta observación, no debe sorprender el que se hallen piedras sueltas por los campos de los alrededores de Madrid, porque son restos de las peñas que hubo por allí antiguamente; y no creo que haya nadie que pueda imaginarse que dichas piedras sueltas están así rodadas y vagabundas desde el principio del mundo, sin conocer que han nacido de las peñas originarias del país. Los terrenos donde se halla arena gruesa y arcilla, que proviene de ella, como en los altos hacia Fuencarral, prueban que las peñas que allí hubo fueron de granito. Las que son un poco calizas, como las de los lados del camino de Aranjuez, vienen de los peñascales de yeso. Las que constan de greda, arena, marga, y un poco de materia yesosa, como las de Alcorcón, provienen de diferentes peñas de dichas materias; y por esta mezcla se cuecen bien y se hace de ellas el barro de los pucheros y ollas que vienen de aquel lugar, que con fuego muy violento se funden.

Hay alrededor de Madrid algunos bancos de tierras negruzcas no calizas ni arcillosas, los cuales son para mí prueba de que allí hay recomposición, esto es, que se forman nuevos cuerpos, y el que no lo quiera creer que me explique de otro modo lo que es aquello.

A media legua de camino fuera de las puertas de Madrid, cerca de la venta del Cuerno, hay muchas capas de yeso, entre las cuales vi esta materia cristalizada en pequeños grupos de agujas blancas como la nieve, que nacen como un bosquecillo sobre capa delgada de marga, la cual, aunque está horizontal sobre otras capas, tiene la singularidad de exceder dos líneas por los extremos a las que no crían las agujas, y todas estas capas, y las agujas de yeso, se van convirtiendo visiblemente en tierra fértil un poco caliza, que, mezclada con la arcilla que hay en la mala marga seca y frágil, produce mucho trigo y cebada.

Los campos de la parte norte son areniscos, con mezcla de tierra arcillosa, por cuya razón son frescos y aguantan más que los otros la falta

de lluvias, y los de mediodía participan del yeso. Unos y otros se siembran por lo regular de trigo y cebada, y producen de nueve a doce por uno de lo primero; y de lo segundo, de catorce a diez y seis. Hay muy pocas viñas, no obstante que el terreno es apropósito para ellas, y el de los altos excelente para moscatel. El método de cultivar se parece al de Castilla la Vieja, esto es, arar ligeramente dos o tres veces la tierra, arrojar la semilla a mano, cubirlas con una vuelta de reja, escardar alguna vez y esperar a que vengan los gallegos para segar las mieses. Dicen algunos labradores de este país que si se usa un arado muy fuerte y se ahonda mucho la reja, se coge menos grano que arando como ellos aran. Es verdad que hay partes donde, si se ara profundo, se saca peor tierra que la que hay en la superficie, y se echan a perder las heredades; pero no creo pueda suceder esto en Madrid, porque generalmente el terreno tiene fondo, y ahondándole con la reja se revolvería más, y embebería más agua en tiempo de lluvias.

William Bowles. *Introducción a la historia natural y a la geografía de España*. Madrid, Imprenta de Francisco Manuel de Mena, 1775.

#### ALEDAÑOS DE MADRID: SERVANDO TERESA DE MIER

Nos vamos acercando a Madrid, y como en otros países se anuncia la cercanía de la capital por quintas, casas de recreo, o lugarcitos más pulidos. A Madrid por todas partes rodean lugarejos infelicísimos en ruinas, todos de tierra, y de la gente más miserable: no se ve un árbol en contorno; el terreno árido embiste hasta que llega uno a sus puertas. La primera vez que yo entré fue por la puerta de Fuencarral, y como en otras ciudades se divisan columnas de mármol. Yo vi dos muy elevadas, y pregunté qué eran. Estiércol para hacer el pan. Sacaba la cabeza del coche, y en todas las esquinas leía a pares carteles impresos con letras garrafales que decían: Don Gregorio Sencsens y D. qué se yo. Hacén bragueros para uno y otro sexo. Me figuré que aquel era un pueblo de potrosos, y no lo es sino de una raza degenerada, que hombres y mujeres hijos de Madrid parecen enanos, y me llevé grandes chascos jugueteando a veces con alguna niñita que yo creía ser de ocho o nueve años, y salíamos con que tenía sus dieciséis. En general, se dice de los hijos de Madrid que son cabezones, chiquititos, farfullones, culoncitos, fundadores de rosarios y herederos de presidios. Y luego la marca al cuello del Hospital de Antón Martín, que es del gálico, porque éste se anuncia en Madrid por los pescuezos.

Servando Teresa de Mier, *Memorias*, Madrid, Biblioteca América. Biblioteca Ayacucho, s.a.



## Casa de Campo

*La Casa de Campo es la antigua casa de los Vargas adquirida por Felipe II en 1562 y ampliada ininterrumpidamente hasta 1759 con la incorporación de los terrenos colindantes. El Palacio ocupaba el solar junto a la Puerta de la Tela, hoy Puerta del Río. Existían allí otras casas, como las llamadas Sala de las Burlas y la del Mosaico. Pero lo más importante del lugar eran los espléndidos jardines dotados de numerosas fuentes, estatuas (entre ellas la ecuestre de Felipe III, hoy en la Plaza Mayor) y estanques, que fueron descritos en 1623 por Gil González Dávila. En el siglo XVIII Felipe V y Fernando VI amplían considerablemente la extensión de la Casa de Campo comprando los terrenos circundantes. Quedan así fijados los actuales límites que se cercan con una tapia de mampostería. Carlos III utiliza la Casa de Campo como sitio de Recreo para la familia real, funda una Casa de Fieras, fomenta las explotaciones agropecuarias abriendo estanques y nuevos canales.*

*En el primer texto, el abate Vayrac describe el palacio, parque, paseos y estanques del lugar.*

*En la segunda descripción, de finales del siglo XVIII, el académico de Bellas Artes Nicolás de la Cruz destaca de la Casa de Campo la riqueza de pinturas del Palacio y las amenidades naturales y cinegéticas del entorno forestal.*

### CASA DE RECREO Y JARDINES: VAYRAC

Después de haber pasado este puente, a unos doscientos pasos de distancia, sobre el borde del Manzanares, se ve una Casa de Recreo llamada *Casa de Campo*. Está enfrente del Palacio Real, donde vive el Rey a quien le sirve, por decirlo así, de punto de observación. Es un lugar bastante bello, de gran extensión, rodeado de altas murallas, pero el edificio es pequeño y está bastante descuidado, al menos hasta el año 1710, fecha en que yo salí de Madrid. A la entrada de este jardín se ve la estatua de bronce de Felipe III a caballo completamente armado y colocado sobre un magnífico pedestal de mármol. Por su belleza se la compara con la estatua de Enrique IV en el Puente Nuevo de París. Más adelante se ve una fuente de bronce, que representa un castillo bien fortificado, con cañones y soldados que lo guardan. El Parque se extiende a lo largo del río y bastante lejos de la tierra. Hay grandes y soberbios paseos que conducen a tres o cuatro estanques bastante grandes. Están completamente cubiertos de árboles, que dan una sombra bastante agra-



dable, lo que produce un frescor que permite distenderse de los excesivos calores que azotan a este país.

El edificio es una especie de Casa de Fieras, donde se alimenta a varios animales salvajes. Uno de los estanques está bordeado por grandes robles y rodeado de murallas. Hay allí habitualmente algunas góndolas en las que el Rey puede solazarse paseándose por el agua. Es un paraje encantador y muy apropiado para quienes gustan de retirarse a meditar en soledad. También es el lugar adecuado para los enamorados, y las lenguas maldicientes dicen que la sombra de estos árboles sirve para ocultar los misterios amorosos de muchas mujeres, que van allí para resarcirse de la cruel represión a la que les tienen sometidas sus maridos.

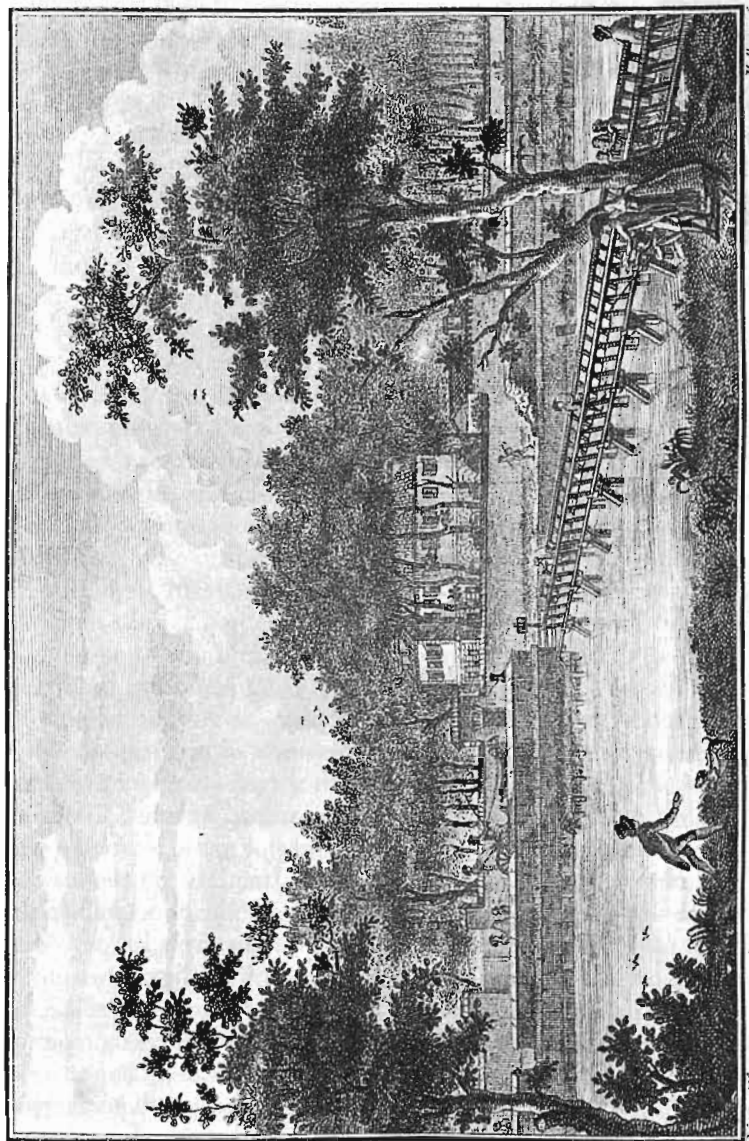
Vayrac, *Estado presente de España*, Amsterdam, Steenouwer, Uytwerf, 1719.)

### BELLAS ARTES Y NATURALEZA: NICOLÁS DE LA CRUZ Y BAHAMONDE

La Real *Casa de Campo*, situada de la otra parte del río Manzanares, se puede mirar como un paseo de la Corte. Su edificio no es gran cosa. No obstante, contiene dentro varias salas con porción de retratos de Reyes y Príncipes correspondientes a la casa de Austria. Hay un cuadro de Jerónimo Bosch que representa la creación del hombre, raro por la extravagancia con que pinta las pasiones. En el jardín frente de la fachada interior está colocada sobre su pedestal la estatua ecuestre de Felipe III hecha por Pedro Tacca según su inscripción en la cincha. Ponz dice que la principió Juan de Boloña guiándose por un retrato que se le envió a Florencia hecho por Juan Pantoja de la Cruz, extendiendo su erudición sobre las demás circunstancias de esta bella obra. Se ven varias fuentes.

Inmediato hay una cría de faisanes chinos con su preciosa variedad de plumas; otros ingleses, que la tienen blanca como una red perfectamente dibujada en la espalda y alas, y los pardos comunes. Todos el primer año después de su nacimiento tienen el color pardo, pero después varían de plumas: los chinos con los diversos matices de amarillo y encarnado y los ingleses con la delicada malla blanca. Había también un pajiú o faisán real mucho más grande, casi del tamaño de un pavo con una carnosidad sobre el pico color de caña y plumas grandes en la cabeza. Hay otro apartamento para las tórtolas con porción de ellas, en las cuales se denota no se qué tristeza en sus arrullos y encógimiento. Todas estas aves tienen sus cuartos separados con su patio capaz, resguardado de tejas y redes de cuerdas para que no se puedan escapar. Tienen dentro árboles naturales, donde se colocan cuando ellas quieren.

Todo el jardín está lleno de caza donde suele ir el Rey a divertirse. En el centro hay una parroquia con su pila bautismal, muy linda.



*M. Goussier del.*

*Vue d'une maison de plaisance du Roi prise des  
bois de Manzanara à Madrid.*

*Vista de la Real Casa de Campo de Madrid a la  
ribera del río Manzanara.*

Vista de la Real Casa de Campo desde la ribera del río Manzanara. Grabado de las Vistas de Madrid de Esteban Boix.

## El Pardo

*El Pardo es Sitio Real desde 1405, fecha en que Enrique III el Doliente edificó un palacio que, derribado en 1543, se reconstruyó entre 1547 y 1558 según planos de Luis de Vega. Sus tejados fueron los primeros empizarrados a la flamenca que se hicieron en España. En 1604, un incendio destruyó gran parte del Palacio. En 1614, se terminó la restauración. En 1772, fue agrandado. El edificio presenta planta rectangular alargada, con torres en los ángulos y tres patios (uno de ellos el de Luis de Vega). La torre S.O. conserva la decoración pictórica de Gaspar Becerra. Las habitaciones tienen tapices de la fábrica de Madrid.*

*El núcleo palaciego del Pardo está armónicamente inserto en el bello espacio forestal que lo rodea, sin duda la más importante masa arbórea continua de la provincia de Madrid en la región N.O. Su mantenimiento se debe a la voluntad secular del poder real de conservarla como disfrute cinegético.*

### ARQUITECTURA E INTERIORES DEL PALACIO: VAYRAC

A dos leguas de la Casa de Campo, hacia el Escorial, se halla otra Casa Real llamada *el Pardo*. Es un gran edificio cuadrado, flanqueado por cuatro torres, compuesto de cuatro cuerpos de apartamentos, unidos unos a otros por galerías de comunicación sostenidas por columnas. Delante de la fachada principal hay una plaza bastante bella y ancha, y se entra en la casa por un puente que conduce a un bello portal que se eleva hasta la cornisa del edificio, donde se ve dos estatuas que tienen la altura de una ventana. Las habitaciones están embellecidas por hermosos cuadros. Entre otras cosas puede verse a los Reyes de España vestidos de un modo singular. Felipe V construyó un bello gabinete retirado en donde recibía de vez en cuando a sus amantes. Hay también allí un jardín bastante bien cuidado y un parque muy grande, donde el Rey puede disfrutar de los placeres de la caza.

Vayrac, *Estado presente de España*, Amsterdam, Steenouwer, Uytwerf. 1719.

### PINTURAS DEL PALACIO: NICOLÁS DE LA CRUZ Y BAHAMONDE

El sitio real del Pardo dista dos leguas menos doscientas varas de Madrid. El camino desde el que se sale de la puerta de san Vicente no

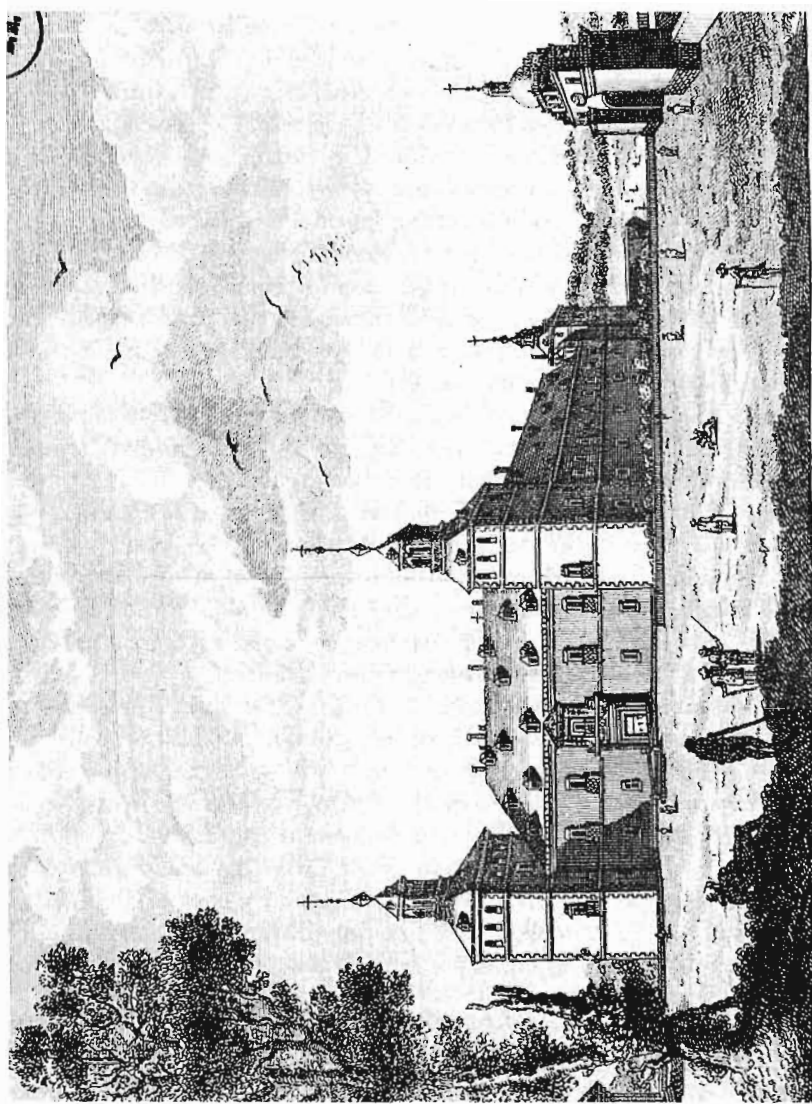
sólo es excelente sino que está acompañado de arbolados ya alineados, ya naturales hasta las inmediaciones del mismo palacio. La ruta sigue sobre la ribera del Manzanares porque este pequeño río atraviesa el sitio sobre el cual, cerca del pueblo, hay un puente de ladrillo y barcas con sus basas de piedra.

El palacio forma un cuadro con cuatro torres en las esquinas circuido con dos puentes. No hay nada que admirar en su arquitectura. Mucha parte es del tiempo de Carlos V y mucha moderna dirigida por Don Francisco Sabatini: así se conservan las pinturas de algunas bóvedas antiguas aunque algo deterioradas pintadas al fresco en el reinado de Felipe III. Eugenio Caxes pintó en la sala de audiencias. En la de besamanos, Bartolomé y Vicente Carducho, hermanos. En la galería de la Reina, Patricio Caxes. En la de vestir del Rey, Francisco López y en otra pieza Gaspar Becerra, que es la mejor de las nombradas. Contiene la fábula de Medusa, Andrómeda y Perseo tan celebrada de los pintores de su tiempo, y aun en el día se admira esta obra de Becerra por su expresión y diseño. En las piezas nuevas han pintado Don Francisco Bayeu y Don Mariano Maella, como lo indican sus nombres.

En una sala pintó Maella con gracia y dignidad la justicia y la abundancia con otras alegorías y en la segunda bóveda del cuarto del Rey la Diosa Palas abatiendo los vicios. De Bayeu son la excelente pintura de Apolo remunerando las bellas artes que se ve en una estancia, el cuadro de la Concepción que hay en el oratorio y las cabezas de serafines con otras lindas alusiones que se observan en la bóveda. Así como hace nueve años que no asiste aquí la Corte, así se ha mandado despojar de todos sus demás adornos.

En una sala he visto un plano topográfico de Aranjuez y otro del Pardo, el primero por Don Domingo Aguirre. Tiene un pequeño teatro. En lo interior hay un gracioso jardín con una portadita con dos columnas dóricas. A la entrada se ve otro huerto de árboles y todo el sitio está lleno de encinares y caza de cuadrúpedos, que era el destino que tenía en tiempo de los antiguos Reyes de Castilla.

Nicolás de la Cruz y Bahamonde, conde de Maule, *Viaje por España*, Madrid, Manuel Bosch, 1806-1813.



*Palacio Real del Pardo, visto por la parte de Poniente. F. en 1825. En los lugares de Madrid.*

*Palacio del Pardo visto por la parte poniente. Anónimo*



## El Paular, cueva de Regadillo: Padre Flórez

*El agustino Fray Enrique Flórez es un típico representante de la erudición ilustrada del siglo XVIII español. Entre sus obras destaca La España Sagrada, obra enciclopédica que toca todas las disciplinas históricas (geografía, cronología, epigrafía, numismática, paleografía, bibliografía, arqueología) y en la que tienen cabida crónicas, actas conciliares, epitafios, disertaciones litúrgicas y debates geográficos. «No fueron los viajes del sabio agustino de descanso, de esparcimiento y recreo, dice Antolín, sino otras tantas expediciones literarias de las que solía volver bien provisto de manuscritos inéditos, de monedas raras, de inscripciones desconocidas y preciosas y de ejemplares muy raros y curiosos de los tres reinos de la naturaleza que iba aprovechando y publicando después en su España Sagrada y con que iba enriqueciendo sus Museos de Historia Natural y de Monedas».*

*Para la transcripción de los viajes de Flórez por los alrededores de Madrid, se ha seguido la compilación realizada por Francisco Méndez (1725-1803), amanuense del Flórez, a quien ayudó copiando los borradores y documentos de La España Sagrada.*

*Destaca en estas páginas la llaneza y sencillez de un testigo imparcial que acompañó a Flórez a casi todos sus viajes por España en los que observó con diligencia lo más notable de los lugares que visitó. En estas páginas el Padre Méndez retrata fielmente al personaje, a la sociedad con la que estuvo en contacto y describe sucintamente las capitales y demás poblaciones que visitó. «Mi ánimo es solamente dar al público una colección de noticias y memorias que puedan servir de documentos ciertos y legítimos, para que otro de mayor talento y mejor pluma forme una historia completa de su vida con todos los primores del arte».*

*En uno de los valles más bellos de Castilla, Enrique II construye la cartuja del Paular, la primera erigida en la región. Posteriormente, los reyes de la Casa Trastámara edificaron un Palacio. Fue su primer arquitecto el toledano Rodrigo Alfonso en 1390, pero la iglesia sólo se empezó en 1433. En el último cuarto de siglo intervino en la ampliación del edificio Juan Gúas, a quien se debe la mayor parte de lo que queda de la obra gótica, sobre todo la puerta de ingreso a la iglesia y el claustro. Al siglo XVI corresponde el patio exterior, con columnas. La iglesia, de una nave con ábside poligonal, fue dañada por el terremoto de 1755 y se reconstruyó en estilo barroco.*

*El Padre Flórez destaca del conjunto arquitectónico del Paular dieciochesco la belleza del claustro, capillas y lienzos de Vicente Carducho.*

Apenas había descansado nuestro Rmo. Flórez de la caminata de Plasencia, cuando ideó ir a ver la célebre y riquísima Cartuja del Paular.

Salió de Madrid el día dos de septiembre, y fuimos a Alcobendas, en donde el Sr. conde de Puñonrostro tiene un palacio y huerta muy buena. De aquí se va a san Agustín, donde nada le agradó a nuestro Rmo. sino el nombre del lugar, por lo incómodo y desaliñado de la posada.

El día tres fue a la Cabrera, que aún es peor lugar que el pasado; pues los cuartos, la cocina y el portal no tienen más luz que la que entra por las puertas de la calle y la chimenea. Esta tarde caminó a Buitrago, lugar de otros humos, en donde, como otra vez, fue muy obsequiado; y más ahora por llevar las voces y veces del Excmo. Sr. Duque del Infantado, que le había ofrecido el bosque, río y villa a su disposición para cazar, pescar, etc. Aquí estuvo unos días muy divertido, y más en el Pualar, donde todo es grande, observantísimo y ameno.

Lo material del convento y claustro es magnífico; la iglesia es hermosa; el transparente celebrado puede serlo por sus mármoles y grandeza, pero no por su arquitectura y buena unión de piedras, y menos por estar metido y ahogado en donde no da lugar a gozarse sino por partes. No así lo que llaman las capillas, que es una especie de laberinto o cruceros muy graciosos y desahogados. Son excelentes y están muy bien conservados los cuadros del célebre pintor Vicente Carducho, que sirven de adorno al claustro principal, y representan varios pasajes de la vida del patriarca san Bruno.

El aprecio que aquí hicieron del Rmo. Flórez parece que no pudo recibir más arriba; y así de todo y por todo vino muy gustoso y contento. El día nueve por la tarde volvió a Buitrago, donde se estuvo el día diez a divertirse en la pesca.

El once volvió a la Cabrera; y no fue a ver el convento aunque está cerca, por causa del temporal. Por la tarde llegó a Torrelaguna, lugar rico y de buena planta, patria del gran cardenal Cisneros, cuya casa, aunque demolida, está señalada en el sitio. En la librería de los PP. franciscanos se guarda el breviario antiguo mozárabe, por el que ofreció ponerles otros juegos de libros que les acomodasen y sirviesen más, a satisfacción de la comunidad; lo que no tuvo efecto, aunque quedaron en hacerlo. Dijeron que el misal compañero del breviario se le había llevado un señor nuncio que allí fue, y que nunca le volvió.

Este día por la tarde fuimos a la famosa cueva del Regadillo: entramos en ella y la registramos muy despacio, aunque el Mtro. Flórez se salió luego. Redúcese a una cueva o cuevas muy espaciosas y agradables a la vista, con diferentes racimos, grupos, columnas y pirámides que la misma naturaleza ha formado poco a poco, según que el agua se va destilando del techo a la piedra, de que es todo. Para subir a esta cueva hay una cuesta grande y agria; y esta misma cuesta o cerro es, a mi juicio, lo que está hueco y se anda por dentro. Tiene la entrada penosa, pues hay que andar a rastras bastante trecho.

En el mismo camino de Torrelaguna a la cueva, que dista una legua bien cumplida, están haciendo un canal: iba bastante adelantado; y corriente, será utilísimo para regar una gran porción de tierra perdida, que llaman la Huerta de Uceda. A un lado del camino está el lugar de los Patones, famoso en aquella tierra por su extraordinaria situación, de quien cuentan una historieta al modo de la de las Batuecas.

El día trece salió de Torrelaguna, hizo mediodía en Alcobendas, y entró en Madrid.

Francisco Méndez, *Noticias sobre la vida, escritos y viajes del Rmo. P. Mtro Fr. Enrique Flórez*, Madrid, Imprenta de José Rodríguez, 1860.

## Reales Sitios: Nicolás de la Cruz y Bahamonde

En la casa denominada *Torre de la Parada*, y en la *Real Quinta*, llamada vulgarmente del duque de Arcos, se encuentran en la primera pinturas flamencas, y en la segunda varios floreros, fruteros, cacerías, países y perspectivas: aquí está el retrato de la barbuda de Segovia que vivía en tiempo de Felipe II.

La real casa de campo nombrada *Zarzuela* fue celebrada en tiempo de Felipe IV por las piezas de música y recitado que en ella se presentaban. Boadilla y Villaviciosa son dos casas de campo o más bien palacios que cuando vivía disfrutaba el Sr. Infante Don Luis: en aquel tiempo estaban adornados de pinturas. Dista el primero tres leguas de Madrid y una de Villaviciosa. En este último palacio falleció Fernando VI.

Nicolás de la Cruz y Bahamonde, conde de Maule, *Viaje por España*, Madrid, Manuel Bosch, 1806-1813.

## Alameda de Osuna: Nicolás de la Cruz y Bahamonde

*Estimulada por la iniciativa real que había creado en las cercanías de Madrid los Reales Sitios, en el siglo XVIII la aristocracia local (Infantado, Alba, Osuna) empieza a construir fuera del casco urbano sus palacios rodeados, según el modelo francés, de jardines.*

*La Alameda de Osuna, en el camino de Madrid hacia Alcalá de Henares, es un bello ejemplo de finca convertida en jardín donde los Duques de Osuna encargaron a los franceses Mulot y Provost el diseño de un jardín que sintetizó ejemplarmente el ideal paisajístico europeo; superando los tradicionales modelos geométricos, se ensayó una modalidad*



*paralela a la diseñada por Juan de Villanueva en Aranjuez. En la arquitectura de los jardines, de gran variedad botánica, destaca un templete dedicado a Baco. El monumento llamado «El Abejero», con su estatua a Venus realizada por Juan Adán, simboliza la unión entre la naturaleza y el arte. La estética popular está representada en la Casa Rústica, la Casa del Ermitaño y la Casa de la Vieja. Una Casino de Baile, diseño del arquitecto Antonio López Aguado, y un canal que discurre por la zona alta del jardín completan el conjunto. Pero entre todas las construcciones destaca el palacio clasicista, que consta de un cuerpo bajo que, por la fachada principal, sirve de zócalo a un peristilo de ocho columnas de orden corintio, con sus pedestales, basas y capiteles y su cornisamiento coronado de hierro. Este peristilo se comunica con el jardín mediante una escalera de piedra berroqueña y dos ramales de antepecho y pasamanos de hierro; está adornado, además, con bustos de mármol. Entre sus dos ramales, y debajo del peristilo, se halla colocado un grupo de Laoconte. En los cuatro ángulos del Palacio se elevan otros tantos torreones.*

La casa denominada el *Capricho* o Alameda de Osuna es una de las más bellas de estas inmediaciones. Está situada a la izquierda sobre el camino de Alcalá cosa de una legua antes de san Fernando.

El edificio es gracioso y bastante cómodo para el objeto del recreo: tiene una galería al jardín con diez columnas corintias muy bellas y una escalera que desciende al paterre, en el cual hay una fuente cubierta de medio templecito con ornatos dorados sostenido de columnas de mármol jónicas.

A la entrada tiene algunos cuadritos de Goya que representan pasos de comedia, el convidado de piedra, el hechizado por fuerza, caprichos de brujas, etc. En el gabinete de la duquesa hay cuadros grandes que contienen la entrada de los toros el día antes de lidiarlos y otros sucesos análogos, gentes en viaje, desgracias del camino, del mismo Goya.

La sala de tertulia y otra antecedente están colgadas de copias sacadas de las *cámaras* y *logias* de Rafael en el Vaticano; otras piezas están adornadas de láminas inglesas.

En el oratorio hay un Cristo muerto de Carnicero. No hablaremos de las salas del comedor, de billar y cuartos de huéspedes que corresponden a su diversión y comodidad.

La huerta y jardines son deliciosos: tiene una cabaña graciosa, un estanque con su islita. Vecino al estanque, varios juguetes chinoscos y un pabellón sobre un montecillo.

Tiene también un castillo a manera de torre antigua con su foso de agua, contrafoso encubierto, cañones, cuerpo de guardia y cuarto del oficial con todos sus requisitos. La subida es cómoda. Dentro contiene

una bomba manejada por una bestia que saca el agua de un pozo a ochenta pies de profundidad. Con este agua y la de un manantial hacen todo el acopio para el canal, para los estanques y para regar la huerta.

En la colmena es bella la cúpula sostenida de columnas corintias con remates dorados. En el centro hay una estatua moderna de mármol. El colmenar está cubierto de una puerta de hoja de lata quitando la cual se ven las labores de las abejas y colocación de la miel en sus nichos o vasos de cera.

Hay un cenador con doce columnas de granito jónicas con una estatua y un perro a su pie, de mármol.

Antes de la entrada del jardín hay bustos de mármol de los Emperadores romanos.

Ojalá diesen en Madrid todos los grandes en estos *caprichos*, se extendería el buen gusto en las artes, abundarían las hortalizas, las frutas, la leña y las flores; las gentes tendrían objetos en qué ocuparse, y ellos gozarían honesta y dulcemente sus riquezas.

Hasta ahora no ha habido mayor gusto en Madrid por el cultivo de las casas de campo. Apenas se ve tal cual. Por esta causa no tienen abundancia de frutas. Sería una buena política inspirar en los ricos particulares la aplicación a las casas de campo por medio de buenos estímulos; entonces resultarían más amenos los alrededores de la corte, las gentes empleadas tendrían en el momento desocupado dónde respirar de sus continuas tareas y el público todo más objetos de recreo.

Nicolás de la Cruz y Bahamonde, conde de Maule, *Viaje por España*, Madrid, Manuel Bosch, 1806-1813.

## **Buitrago, Colmenar, Miraflores, Bustarviejo, Horcajito, Hontanar, Madrigal, Guadarrama: Padre Flórez**

*Entre las excursiones emprendidas por el Padre Flórez por los alrededores de Madrid destaca el viaje a la villa de Buitrago, de finalidad predominantemente naturalista. No falta, sin embargo, una alusión al castillo de la población. Esta fortaleza data de principios del siglo XIV y fue construida en estilo mudéjar. En el siglo XV fue baluarte de los Mendoza, donde refugiaron a la reina Juana y a la Beltraneja. El edificio tiene planta rectangular, con torres cuadradas, menos la principal, que ofrece en el frente dos planos en ángulo.*

El gusto y la afición que el Mtro. Flórez llegó a coger a la historia natural crecía cada día más en él, y esto, sin otro motivo, le movió a ir a

reconocer una cantera de cristal de roca que le dijeron había en un lugarcillo llamado Horcajuelo, distante poco más de dos leguas de la villa de Buitrago; cuya corta caminata la dirigió por los lugares siguientes.

En el día veinticuatro de septiembre salió de Madrid, siendo yo el socio de sus peregrinaciones, y paró en Fuencarral, que dista dos leguas de Madrid: este mismo día llegó a Colmenar Viejo, donde estuvo al día siguiente, y vio la iglesia, que es de buena fábrica material, la cual está bien servida: paseó todo el lugar, que es de unos mil y quinientos vecinos y la corte de aquella sierra. Hay convento de PP. Franciscos descalzos.

A distancia de cosa de una legua del lugar hay en un cercado o dehesa una mina de cobre con grandes vestigios y señales de haberla tirado a beneficiar, como efectivamente lo hicieron aun no ha veinte años, pero en balde por lo pobre que es; y solamente en la tentativa dicen que gastaron quince o veinte mil pesos, y que de todo no sacaron más que el desengaño.

El que puso y perdió estos caudales dicen fue D. Tomás de Carranza, sujeto bien conocido en Madrid; y los mineros y faranduleros que anduvieron en la maniobra eran extranjeros, llegando tanto la maldad que para persuadir al dueño de la mina que era abundante y rica, echaban furtivamente en los crisoles cobre bueno cuando hacían los experimentos, con lo que lograron alargar el tiempo y sus sueldos; pero desengañado el dueño levantó la mano. Hay en dicha mina dos o tres pozos muy anchos y profundos, por donde se echa de ver la grande cantera que allí levantaron. Todo lo vio y registró el Mtro. Flórez, y yo con él.

El día veintiséis por la tarde fue a Miraflores de la Sierra, por otro nombre Porquerizas; y siendo así que es lugar adonde van a tomar los aires varias gentes de Madrid, apenas encontró casa en donde recogerse, y nada halló de bueno sino es el aire.

De aquí salió al día siguiente por la tarde y fue a Bustarviejo, que aunque no le tienen por de tanta diversión y amenidad como el otro, al Mtro. Flórez le agradó más y le fue mejor que en aquel. Tiene buen piso y huertas inmediatas al lugar.

El veintinueve fue a hacer medio día a Lozoyuela, atravesando por un cerro muy agrio y penoso para la rueda que llaman el Medio Celemín: esta misma tarde llegó a Buitrago, donde fue obsequiado por el Sr. Corregidor, eclesiásticos, hidalgos, etc.

Está la villa de Buitrago en el camino que va de Madrid a Burgos, y tiene su asiento al pie de una llanada. Rodéala el río Lozoyuela casi por todas partes, excepto el Mediodía. Es lugar murado, propio de los Excmos. Sres duques del Infantado, los que tuvieron palacio o fortaleza dentro del mismo lugar con un gran mirador sobre el río y hacia el bosque; pero hoy está todo derrotado, no habiendo quedado más que los torreones: vive no

obstante en el pueblo persona que nació en este palacio. Al otro lado del río tienen estos Señores duques un bosque cerrado, y en él una casa de esquilero y palacio: hay alguna caza mayor.

Tiene esta villa unos ciento y treinta vecinos, con bastantes hijosdalgos de buenos caudales, que consisten en ganados lanar y vacuno. Hay dos parroquias, una dentro de los muros, que se titula santa María del Castillo, y otra en el arrabal, con el título de san Juan. De ninguna se sabe su antigüedad; y la de san Juan tiene en la fachada exterior, a la derecha del que entra, una figura de mujer, de relieve, embebida en un arco o nicho, la cual está con la carta de dotación o fundación en la mano, pues dicen fue la que ayudó mucho para aquella fábrica, y no dan más razón. Las dos iglesias están bien provistas y abastecidas de ornamentos y alhajas de plata. Tiene su cabildo muy formal y respetable, que se compone de los clérigos de las dos parroquias y de algunos otros de fuera del lugar, que por haber vivido en Buitrago gozan de ciertos sufragios y son de aquel cuerpo.

Hay un hospital general con el título de san Salvador, fundado por el Señor Iñigo López de Mendoza, primer marqués de Santillana. El rector tiene muy buena renta, y obligación de administrar los sacramentos y enterrar a los difuntos en la iglesia que hay en él con Sacramento. Sus actuales ordenanzas las hizo el año de 1500 Don Iñigo López de Mendoza, segundo duque del Infantado y nieto del marqués, por haberse quemado las primeras. Hay también una hospedería de PP. Agonizantes, fundada con las facultades Reales correspondientes. Pasado al río y arrimado al puente hay otro arrabal que llaman Alen del Río.

No se sabe el origen de esta población. En instrumentos antiguos se llama en latín *Bulturiaco*<sup>1</sup>, según le oí al célebre y eruditísimo benedictino Maestro Fr. Martín Sarmiento. Tiene esta villa por armas un buey. Hay corregidor puesto por el duque, al cual tienen apelación varios lugares inmediatos propios del duque. Su territorio pertenece al arzobispado de Toledo.

El día de san Jerónimo pasó con su coche adonde nunca le habían visto ni parece se podía esperar; pues por parte del camino hubo que subir casi por escaleras. En fin llegó a la villa de Horcajuelo, en donde le dijeron estaba la cantera de cristal de roca. Es cierto que en tal lugar se halla cristal de roca o montano; pero no es cantera como se imagina, ni sueña serlo. Los tales cuales parajes donde apunta haberlo, se conocen por encontrarse allí y no en otras partes algunos trozos. Descúbrense cavando, pero no en peña como se discurre y sueña el nombre de cantera, sino sueltos y separados unos trozos de otros. Todos son exágonos, colocados en la tierra hacia abajo: unos mayores que otros, y los regulares que nos mostraron era su peso de media una y dos libras, y también había trozos de más de media arroba; pero en lo común todos estaban puercos,

y no tenían aquella diafanidad y limpieza que se desea. Esta es la famosa cantera de cristal de roca de Horcajuelo. En este mismo día volvió a Buitrago.

En el siguiente hizo mediodía en Venturada, que apenas le vio; y noche en san Agustín, que tiene poco que ver.

El día dos de octubre llegó a Alcobendas y por la tarde a Madrid.

Salió de Madrid el Mtro. Flórez acompañado del que esto escribe, el día cuatro de junio por la tarde, y llegó a Alcalá.

Desde Alcalá de Henares a Marchamalo hay cuatro leguas de camino llano, y campo fértil de trigo, y cebada, a cuyos frutos se dedican los de aquel pueblo, donde no hay cosa particular.

En Hontanar hay una gran casa, que es de los cartujos del Paular, y tienen posesiones cercadas con mucha amenidad de árboles, huertas y viñas.

En el día veintisiete de abril salió el Mtro. Flórez de Madrid, dirigiendo su viaje a la villa de Madrigal, en donde esta provincia de Castilla tiene la casa o convento capitular. Las jornadas regulares son a Galapagar y Guadarrama; las Navas y Labajos; Arévalo y Madrigal.

Aquí estuvo unos veinte días disponiendo y preparando, como presidente que era del capítulo, lo que le parecía más conducente para el acierto de lo mejor, que era su fin en todas las cosas. Celebróse el capítulo a satisfacción de todos en paz, equidad y justicia; y evacuadas las cosas, salió de Madrigal en el día veintiuno de julio, y pasó a Medina del Campo, donde estuvo todo el día veintidós. El siguiente vino a Guadarrama, y después a Madrid.

Francisco Méndez, *Noticias sobre la vida, escritos y viajes del Rmo. P. Mtro Fr. Enrique Flórez*, Madrid, Imprenta de José Rodríguez. 1860.

#### NOTAS

<sup>1</sup> Salazar de Mendoza dice que, en arábigo, quiere decir Casa Real. *Vida del Gran Cardenal*, fól. 55.





# El Escorial

*El Monasterio del Escorial ocupa a menudo en el libro de viaje ilustrado un apartado autónomo entre las descripciones dedicadas a la arquitectura y pintura de España. El edificio es muy conocido en el extranjero gracias a relaciones de viajeros del barroco como Brunel, Villars o Monconys y también a causa de la difusión de estampas y grabados por toda Europa desde el momento mismo del comienzo de su construcción. De este conocimiento artístico y literario arranca en siglo XVIII una polémica ideológica: para muchos es un monumento representativo de un pasado preilustrado e intolerante según una tradición difundida por Montesquieu y Voltaire y recogida por viajeros como Louis de Rouvray, Duque de Saint - Simon; otros viajeros lo consideran, en cambio, como expresión acabada de majestuosidad monárquica y fervor contrarreformista (Margarot). Finalmente, predomina la visión aséptica de los viajeros naturalistas fascinados por la belleza del entorno, pero sobre todo el acercamiento cultural de los viajeros academicistas, que encuentran en el monasterio la ocasión para desplegar su erudición inventariando los objetos del arte.*

*Los textos seleccionados recogen estas opiniones: William Bowles describe el medio natural y geología de lugar con precisión científica. William Beckford presenta una visión prerrománica teñida por la imaginación gótica sobre lo que llama «un templo consagrado al señor de los terrores». Teresa de Mier aporta la diatriba, el ácido resentimiento contra la ortodoxia católica. Antonio Ponz introduce finalmente el acercamiento erudito y virtuosamente equilibrado del académico de Bellas Artes.*

## **Geología y paisaje: William Bowles**

Impertinente cosa sería que yo me detuviese en esta obra a describir las grandezas del Escorial, ni lo que el arte ha obrado en aquel magnífico

edificio; porque esta relación no es de mi instituto, y además se puede ver muy circunstancialmente en la descripción del Padre Sigüenza, en el viaje de Don Antonio Ponz, y en otros escritores que tratan de aquel Sitio. Sobra para mi intento que el lector sepa que el Escorial es un Monasterio de Jerónimos, al cual está unido un palacio para la Familia Real; habitaciones para toda su Corte; un colegio para educación de muchachos; una exquisita colección de pinturas de los mejores maestros italianos, flamencos y españoles; una biblioteca muy rica en libros impresos y manuscritos; y un sepulcro para los Reyes, al cual, sin saber por qué, llaman Panteón. Es el edificio mayor de España, construido del granito de los montes vecinos, a siete leguas de Madrid, desde donde Carlos III acaba de hacer un magnífico camino para comodidad suya y del público.

Si se considera el Escorial como centro de un círculo de seis leguas de diámetro tiradas por el aire, se hallará en su extensión la mayor parte de aquellos cuerpos naturales, que se encuentran esparcidos en el Reino, cuales son minas, aguas minerales, piedras, tierras y vegetales; y como éstos nunca están juntos en un paraje, prueban la providencia de la naturaleza, que ha querido extender el negocio de los hombres, y hacerlos dependientes unos de otros por la variedad de producciones de las diferentes tierras y climas.

En la demarcación que acabo de hacer se comprenden principalmente las siguientes cosas: una especie de cuarzo blanco muy singular; la mina de cobre color violeta; el espato de otra mina verde y azul; la piedra caliza, y la mina de plomo que están en las cercanías de Colmenar Viejo al pie del Guadarrama; la mina de azabache, y las piritas que hay cerca del nacimiento del Manzanares, con las piedras rodadas que acarrea y las que hay en sus campos vecinos; las aguas minerales calientes; la mina de esmeril con que se alisan los cristales de san Ildefonso; las plantas usuales de los alrededores de Miraflores; el mármol, el yeso y las truchas asalmonadas del Paular; el Sitio Real de san Ildefonso; y las singularidades de Segovia.

Aunque las montañas de cerca del Escorial parecen todas de granito cárdeno, las hay también de color rojo como el de Egipto, sin que en muchas partes contenga espato ni arena, y se descompone al contacto del aire, como las demás piedras que no están encerradas, sino expuestas a las injurias de la atmósfera, y en especial de la humedad, o que no están defendidas con el pulimento. De este granito rojo de cerca del Monasterio son algunas piezas del presbiterio de la Iglesia, y las columnas del tabernáculo son de una especie de diáspero de lo más singular que habrá en el mundo, las cuales se trajeron de una cantera que hay en Aracena en Andalucía. Todo el granito de estos parajes tiene gran disposición a degradarse y descomponerse, como se observa en los trozos que salen



fuera de tierra; y el que es rojo, pierde visiblemente su color al paso que se va descomponiendo.

De la cordillera que hay desde el Escorial a san Ildefonso, salen una infinidad de manantiales de agua muy pura, que fertilizan algunos campos y muchos prados, que producen excelente heno, cosa que es muy rara en el centro de las Castillas. Dichos manantiales nacen indiferentemente en todos los parajes de la montaña, ya sea donde la masa de ella es de roca pura desde la cima a la basa, o de granito, o de estas materias alternadas. Desde la venta de santa Catalina hasta una legua mas allá del Reventón, toda la masa de la montaña parece de roca pura; pero mirando con atención, se ven algunos trozos de granito; y aun me pareció que dicha roca tiene cierta tendencia y disposición para convertirse en granito, según observé en las dos faldas o basas de la montaña por ambas partes.

Un observador atento no se admirará de hallar en estos parajes el granito sin espato, y las enormes porciones de roca rústica y de granito con pedazos de cuarzo blanco y de cristal de roca encajados en él, pues no obstante que el granito contenga espato ordinariamente, no es ingrediente necesario para su formación; como tampoco lo es la verdadera arena, que regularmente se halla también junta con él; porque el agua y la humedad pueden acarrear y combinar diferentes tierras que forman por sí el cuarzo, el espato, el cristal o la arena; y cuando el granito contiene espato y verdadera arena juntos, prueba para mí tener una grande antigüedad.

William Bowles, *Introducción a la Historia Natural y a la Geografía Física de España*, Madrid, Francisco Manuel de Mena, 1775.

## Monasterio

### BASÍLICA Y PANTEÓN DE REYES: WILLIAM BECKFORD

Nada me molesta tanto como que me saquen de la cama a la luz de una vela en una mañana fría de invierno; pero como hoy había decidido ir a visitar el Escorial y tenía ya preparados tres relevos a lo largo del camino para hacer el viaje de manera expedita, me creí obligado a poner en práctica mi plan.

Eran más de las ocho cuando salimos por una de las puertas de Madrid y emprendimos camino ruidosamente por una avenida que va paralela al Manzanares; íbamos a todo galope y así no tardamos en llegar a la Casa de Campo, uno de los palacios del rey, rodeado de bosquecillos

y setos. Bordeamos las dos o tres millas de muro de que está rodeado, y, dejando *La Zarzuela*, otra de las villas reales, rodeada de montículos cubiertos de matorrales, a la derecha, cruzamos tres o cuatro millas de maleza y páramo, y después de subir varias eminencias de bastante altura, salió por fin el sol, las nubes se dispersaron en parte y descubrimos los blancos edificios de este renombrado monasterio, con su cúpula y sus torres, que se dibujan claramente contra el telón de fondo de una montaña elevada e irregular.

Nos faltaba ahora cosa de una legua. La comarca tenía mejor aspecto que la que se extiende en torno a Madrid. A derecha e izquierda de la carretera, que es de majestuosa anchura y está perfectamente construida, se ven grandes parques de césped, moteados de fragmentos rojizos y tocones de robles y fresnos. Numerosos rebaños de venados estaban inmóviles, tranquilos, con la cabeza levantada, los morros inocentes bien en alto y mirándonos de frente con sus bellos ojos, seguros de no ser molestados, pues el rey no permite que nadie dispare un tiro en estas fincas.

El Escorial, aunque rodeado por melancólicas montañas, está situado sobre una alta eminencia de terreno, que nos costó una penosa hora de ascender, pues las lluvias recientes habían causado grandes desperfectos en esta parte de la carretera.

Hay algo que impresiona profunda y severamente en la fachada de este convento real, que, como el palacio de Persépolis, está como enmarcado por la montaña vecina; no pude pasar por el claustro abovedado que conduce al patio frontal de la iglesia, sólida, como tallada en la roca misma, sin sentir una especie de escalofrío, producido sin duda en parte por el recuerdo vívido de los días negros y sangrientos del marido de nuestra sombría reina María Tudor; el marido es Felipe II. El sol, de nuevo obscurecido, daba al atrio de la iglesia, coronado por sombrías estatuas, una apariencia tan oscura y cavernosa, que pensé estar a punto de entrar en un templo subterráneo, sumergido allí para celebrar los ritos de alguna religión misteriosa y terrible. Y cuando vi el altar mayor y sus pomposos escalones de jaspe, sus hileras de columnas una tras de otra, y sus pinturas que cubren todos los intersticios, el espectáculo que se abrió ante mí me sobrecogió profundamente.

Lo lados del hueco en que está el imponente altar son majestuosas capillas, casi enteramente llenas de catafalcos de bronce esmaltados de oro. Aquí, con sus coronas y cetros, humildemente rendidos a sus pies, la cabeza descubierta y sin yelmo, yacen de hinojos las figuras, de tamaño natural, del emperador Carlos V y de su imperioso hijo, acompañados por las de sus infelices consortes y malhadados hijos. Mis sensaciones de temor y lóbrega tristeza no disminuyeron cuando me vi solo en tal compa-

ña, pues Roxas me había dejado para entregar al prior ciertas cartas que iban a tener la virtud de abrirnos todos los arcanos de este estupendo edificio, templo al tiempo que palacio, convento y tumba.

No tardó en volver mi amable amigo y con él venía un monje alto y viejo, cuyo rostro severo, mirada fija y tez cenicienta, expresaban todo menos cordialidad. Era éste el mistagogo del templo, el prior *in propria persona*, el representante de san Jerónimo en el monasterio y sus posesiones, ordenancista conocido por su rigidez rigurosa y exacta. Comenzó por examinarme de arriba a abajo y después de lo que a mí me pareció inoportuno escrutinio, me preguntó en tosco español qué era lo que yo tenía más interés por ver; luego, volviéndose a Roxas, le dijo, con voz lo bastante alta para que yo lo oyese:

Es muy joven, ¿entiende lo que le digo? Como tengo orden perentoria de mostrarle todo esto supongo que no me queda más remedio que cumplirla, por más que no tenga yo costumbre de hacer de cicerone de nuestras curiosidades. Pero, en fin, órdenes son órdenes, de modo que comencemos y no perdamos más el tiempo. No tengo mucho que perder, y mis ocupaciones me llaman al coro y al convento.

Después de este exordio tan poco cortés comenzamos nuestra visita. Primero vimos algunos apartamentos abovedados, pintados en arabesco, en el estilo más elegante del siglo XVI, y luego una vasta estancia que había sido utilizada para celebrar la misa mientras se terminaba de construir la gran iglesia; vi allí la Perla en toda su pureza, la obra más delicada de Rafael, el Pesce, con su ángel divino, gracioso infante, y al joven y devoto Tobías, que parecía respirar la esencia misma de la más piadosa y natural sencillez. Mi atención se vio atraída luego por la más conmovedora pintura que conozco: Jacob llorando sobre la prenda ensangrentada de su hijo, la prueba más contundente del genio de Velázquez plasmada en la más noble obra que ha producido el arte

Estos tres cuadros absorbieron de tal forma mi admiración, que me quedó muy poca para admirar una hueste de magníficas obras de Tiziano y otros grandes maestros, que cubren los muros macizos y monócromos de esas estancias conventuales con un paraíso de colores brillantes; por lo tanto pasé por ellas casi con tanta rapidez como parecía desear mi gruñón cicerone y le seguí por varias escalinatas y por muchos pasadizos y vestíbulos, todos ejecutados en el más severo estilo dórico, hasta llegar al coro, que está situado sobre la gran entrada del oeste, justo enfrente, y a más de doscientos pies de distancia del altar mayor y su solemne marco. Ninguna estancia real puede compararse a esta en sobria y armoniosa majestuosidad, más propia, a mi modo de ver, de un palacio que de una iglesia. Los asientos, diseñados con un gusto más severo del que era corriente en el siglo XVI, están tallados en las más preciosas maderas

que producen las Indias. En el extremo de esta impresionante perspectiva de asientos color ónix, columnas y doseles, aparece, como suspendida sobre un paño mortuorio de terciopelo negro, la reverenciada imagen del crucificado, tallada en el más puro marfil por Cellini en un momento de arrebatado lleno de devota inspiración. Es, con mucho, su obra maestra; su Perseo, que está en Florencia, es poca cosa en comparación con este crucifijo.

En un pasillo largo y estrecho que va detrás de los asientos y está completamente artesonado con un bargeño de marquetería, me fue mostrado un bello órgano de pequeño tamaño, en un estuche de plata ricamente trabajada, que llevó consigo Carlos V en su expedición africana y alivió sin duda con su suave tono el peso del Imperio, pues el emperador mismo lo tocaba, según dice la tradición, casi todas las veladas. Puedo asegurar sin temor a errar que vale la pena tocarlo aún, pues nunca puse los dedos en un instrumento que respondiera con un tono de tan deliciosa dulzura, y créame el lector que lo toqué, aunque mi austero guía, el prior de rostro amagado, redobló la severidad de su mirada al verme hacerlo.

Los asientos de que acabo de hablar están menos ornamentados que los que vi en Pavía y en muchos otros monasterios; el techo de este nobilísimo coro exhibe la mayor exuberancia decorativa que imaginar cabe; es el más rico y grato espectáculo, y representa los cielos y cuanto contienen. La imaginación apenas puede concebir la pompa y prodigalidad de trazado con que Lucas Jordán expone este tema y llena todas las esquinas del vasto espacio, cubierto con formas bien redondeadas y que parecen salir de las nubes resplandecientes que las rodean.

— ¿No es esto bello? —preguntó el monje—, no podéis tener nada parecido en vuestro país. Y ahora hacedme el favor de seguir adelante porque el tiempo pasa y nos queda poco para ver nuestras inestimables reliquias y los relicarios enjoyados en que están guardadas.

Bajamos del coro, no recuerdo apenas a dónde, tal es la complejidad de este asombroso edificio. Pasamos, creo, por algunas de las capillas laterales de la gran iglesia, cruzando varios patios, uno sobre todo, que tiene unas fuentes bajo una cúpula, en el centro, rodeado de arcadas dóricas, comparable, por la justeza de sus proporciones y su sobriedad arquitectónica, con el patio de Palladio en el convento de san Giorgio Maggiore.

Como mi señor el Prior no estaba dispuesto a concederme tiempo para un detallado examen, tuve que dejar muy a desgana este bello patio y fuimos por una galería baja, cuyo tejado y friso interior eran de cedro, horadada a ambos lados por pequeñas puertas de palobrasil de diversos colores, que, al menos a primera vista, parecían sólidas, como si fueran de mármol. Cuatro sacristanes y otros tantos legos, con grandes velones

encendidos en las manos, y que, de paso sea dicho, no nos perdieron de vista durante el resto de la visita, estaban junto a nosotros, silenciosos como muertos, dispuestos a abrir aquellas misteriosas puertas.

La primera que abrieron conducía a una alacena, de tres pisos de altura que contenía muchas hileras de calaveras embellecidas con oro y diamantes; la segunda alacena contenía la más variada colección de reliquias físicas arrancadas a los cadáveres de los mártires; en la tercera vi grandes armarios de ébano cuyos secretos rehusé conocer, pues ya empezaba a sentirme fatigado; pero cuando mis guías abrieron la cuarta puerta misteriosa, no pude menos de retroceder unos pasos, casi con náuseas ante la ola de perfume de almizcle y ambargris que se me echó encima.

Me fue mostrada una preciosa bóveda, un majestuoso arco, ricamente artesonado; el pavimento de esta extraña estancia estaba cubierto de azafrán. Yo me hubiera creído transportado al establo prohibido del corcel encantado del que se lee en el cuento de las tres calandrias.

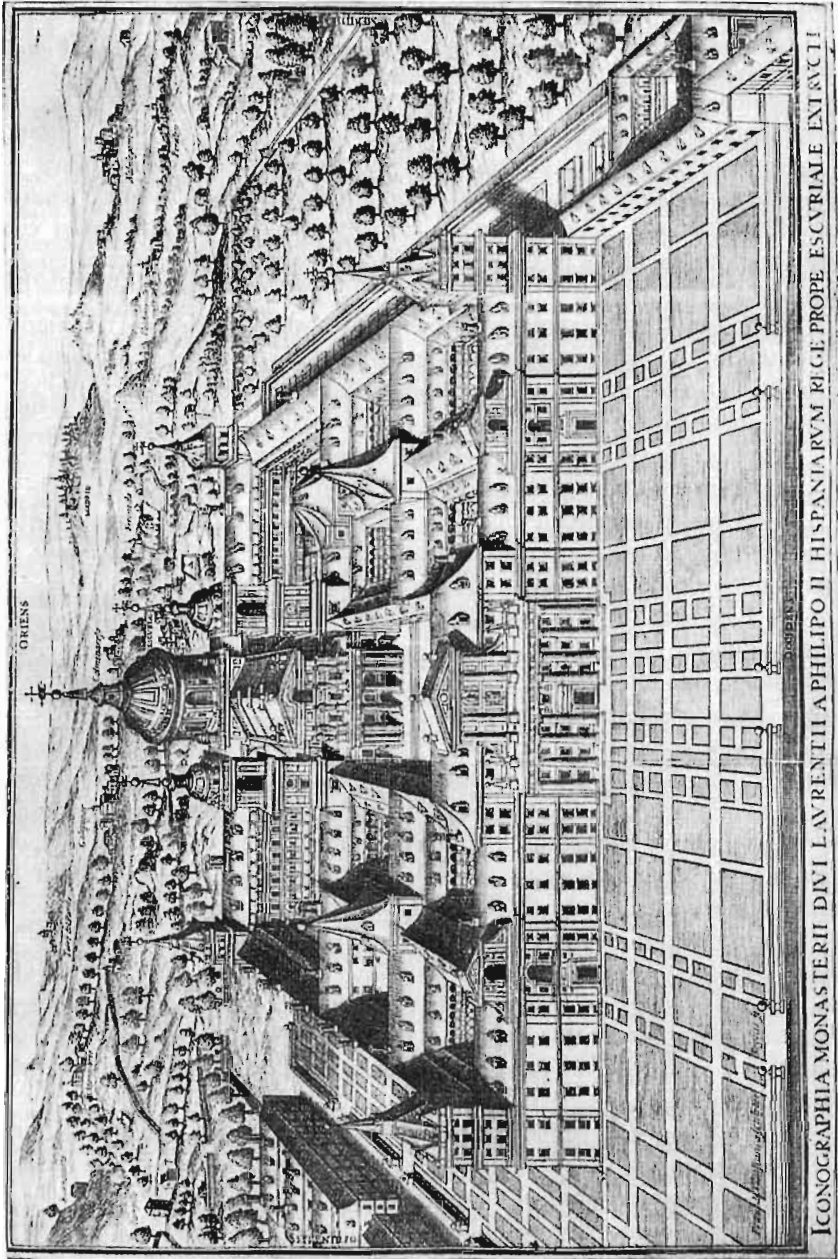
El prior, que es hombre difícil de contentar, pareció pensar que mi conducta no era del todo ortodoxa; le oí decir a Rosas:

— ¿Cree que debo enseñarle la pluma de ángel? De sobra sabe que esa reliquia, lo más precioso e incomparable que poseemos, no se la mostramos a todo el mundo y sólo en ocasiones especiales.

— Esta ocasión es especial, padre —replicó mi parcial amigo—, las cartas que os he mostrado son la mejor prueba de ello y ruego a su reverencia que nos permita contemplar ese don del cielo, que yo mismo estoy deseoso de adorar y venerar.

El prior se adelantó y de una vitrina muy grande extrajo una balda corrediza también de buen tamaño (de donde deduje que salía el aroma poderoso del que me quejo más arriba); allí, sobre un mullido cojín de seda, yacía la más espléndida pluma que jamás se vio en este planeta, de tres pies de longitud y de un colorido más delicado y suave que el de la más bella rosa. Sentí vivos deseos de preguntar en qué momento y fecha cayó aquel tesoro inestimable —me figuro que por el aire —sobre la tierra y si fue en un descampado o dentro de las paredes de la humilde morada de Nazaret; pero me contuve y no hice pregunta alguna sobre el porqué y el porqué no, el cuándo y el cómo, el para qué y el para quién de tan palpable manifestación de belleza arcangélica y alada, pues habría sido indiscreción.

Todos nos arrodillamos en silencio y cuando nos levantamos de nuevo, después de que la santa pluma fue depositada otra vez en su perfumada guaria, me pareció que el recelo del prior había aumentado considerablemente y le oí murmurar algo con tono áspero; su malhumor se disipó cuando le rogué que nos mostrase la biblioteca.



Monasterio de San Lorenzo del Escorial. En Andrés Ximenez, Descripción del Monasterio del Escorial, Madrid, AA. Martín, 1764.



— Es demasiado tarde para mostrarle nuestros preciosos manuscritos y miniaturas a la luz del día —replicó el viejo monje gruñón— y estoy seguro de que vuestra merced no querrá que corramos el riesgo de estropearlos derramando cera sobre ellos. No, no, en otra ocasión, otra vez que venga más temprano. Por el momento lo mejor será que visitemos la tumba de los reyes; a esas nuestros velones no les causarán desperfecto alguno.

Nos guió por un laberinto de claustros, fúnebres como tumbas; por fin llegamos y el prior ordenó que se abriera una puerta de rejas. La luz de nuestros velones iluminó entonces una escalinata de mármol bellísima, pulida como un espejo, que descendía entre dos paredes del jaspe más precioso, hasta un portal de no gran tamaño, pero enriquecido con balaustres de bronce, arquitrabes esculpidos y tabletas con inscripciones, todo ello de magnífico estilo.

Descendiendo por la escalinata hirió mi oído un ruido como de gorgoteo.

— ¿Qué ruido es este? —pregunté.

— Significa —respondió el monje— que la cueva sepulcral situada a la izquierda de esta escalinata, donde reposan los restos mortales de muchas de nuestras reinas e infantas, está ventilada como es debido, pues el agua corriente es lo más apropiado para ello.

Seguí bajando, no acunado por aquel gorgotear, sino más bien sobrecoído de pensar por qué lugar discurría aquel río de la muerte.

Cuando llegamos al fondo de la escalinata, pasamos por el portal a que acabo de referirme y entramos en un salón circular, que no tendría más de treinta y cinco pies de diámetro, notable por su extrema elegancia más que por su severa solemnidad. Los sarcófagos reales, cubiertos de ornamentos dorados, estaban uno sobre otro, formando a manera de paneles, y el efecto era sumamente decorativo; el lustre del bronce, exquisitamente modelado, el pavimento de alabastro moteado, en fin, la graciosa bóveda cubierta con cintas de follaje delicadísimo, me daban la impresión de estar en una alcoba subterránea, aderezada por algún galante y joven mago para recibir a su princesa encantada y encantadora, más que en un templo consagrado al señor de los terrores.

El rostro de mi guía se volvía cada vez más largo y parecía ya casi tan severo como el del señor al que acabo de referirme, de modo que susurré a Roxas que ya era hora sobrada de despedirnos de él, cosa que mi amigo hizo sin dilación.

Fríos y hambrientos, pues no nos habían ofrecido lo que se dice ni una miga de pan, fuimos a una morada de opulento aspecto, perteneciente a uno de los amigos más íntimos de mi amable acompañante, quien nos recibió con los brazos abiertos y nos dispensó la más generosa hospitali-

dad, de modo que era ya noche cerrada cuando nos decidimos a abandonar este cómodo refugio y lanzarnos al viento penetrante que sopla casi eternamente sobre el Escorial, camino de Madrid.

William Beckford, *Italia, con apuntes sobre España y Portugal*, Cartas décima y undécima. Londres, Richard Bentley, 1834.

## HABITACIONES DE FELIPE II: LOUIS DE ROUVRAY, DUQUE DE SAINT-SIMON

Salí el 2 de diciembre de Madrid para dirigirme al lugar donde se hallaba la Corte y fui a dormir al Escorial con los condes de Lorges y de Cereste, mi segundo hijo, el abate de Saint Simón y su hermano, Pecquet y dos oficiales de las tropas del rey, que me acompañaron mientras estuve en España. Además de las órdenes del rey de España y de las cartas del marqués de Grimaldo, se me proporcionaron también las del nuncio para que las presentase al prior de El Escorial, que es al mismo tiempo su gobernador, de modo que se permitiera ver las maravillas que alberga ese soberbio y prodigioso monasterio y pudiera visitar todo lo que quisiera dentro de él, porque se me había advertido de que, sin la recomendación del nuncio, la del rey y su ministro ni siquiera mi carácter me habría servido de mucho. De todos modos, como se verá, no dejé de sufrir la tosquedad y superstición de los groseros jerónimos.

Son éstos frailes blancos y negros y su hábito se parece al de los celestinos. Son muy ociosos, ignorantes y escasamente austeros. Entre sus muchos monasterios ninguno es abadía. Por sus riquezas y el papel que desempeñan en España pueden compararse con los benedictinos en Francia. Eligen también, como ellos, a sus superiores generales y particulares, excepto al prior del Escorial, que es nombrado por el rey, y que comparativamente está mejor alojado en El Escorial que Su Majestad Católica.

El Monasterio del Escorial es un edificio portentoso. Llama la atención la estructura, la magnificencia de la casa así como el conjunto inmenso de riquezas artísticas que contiene, tanto en cuadros como en ornamentos, cálices de toda especie y pedrerías cuya descripción no haré aquí porque es asunto que no me atañe. Bastará con decir que un curioso experto en todas esas diferentes bellezas que dedicase más de tres meses sin descanso a verlas no terminaría de examinarlo todo. La forma de parrilla ha regulado toda la ordenación de este suntuoso edificio construido en honor de san Lorenzo para celebrar la batalla de san Quintín, ganada por Felipe II, quien, viendo la acción desde la cima de una altura, prometió edificar ese monasterio si sus tropas obtenían la victoria, y





preguntó a sus cortesanos si hubiera sido esa la voluntad de su padre. No hay allí puerta, cerradura, utensilio de cualquier especie o pieza de vajilla que no esté marcada con una parrilla.

Entre Madrid y el El Escorial media una distancia semejante a la que separa París de Fontainebleu. El terreno es liso y se vuelve muy árido a medida que uno se aproxima al Escorial, que toma su nombre de un pueblo grande.

El Escorial está sobre un altura, a la que se sube imperceptiblemente. Desde allí se divisan desiertos hasta que la vista se pierde por los tres lados. Está rodeado por la montaña del Guadarrama que rodea por todas partes Madrid a una distancia de varias leguas. Las habitaciones de sus Majestades Católicas están situadas en el mango de la parrilla. Los principales oficiales se alojan, como las damas de la reina, en el monasterio. El resto del séquito de la Corte vive —muy mal— por el lado por donde se llega, que está muy mal construido.

Me sorprendió la iglesia, la escalera principal y el claustro grande. Admiré la elegancia de la botica y lo grato de los jardines que, sin embargo, no son más que una ancha y larga terraza. El panteón me aterrorizó inspirándome una especie de horror y majestad. El altar mayor y la sacristía agotaron mis ojos por sus inmensas riquezas. La biblioteca no me satisfizo y los bibliotecarios todavía menos.

Fui recibido con mucha cortesía y el prior y otro fraile gordo me ofrecieron buena comida, aunque al estilo español. Después de ese primer almuerzo, los míos me dieron de comer. Pero ese fraile gordo no dejaba de proporcionarles algunas viandas que no hubiera sido correcto rechazar, y, mientras duró la comida, no se separó de nosotros porque no nos abandonaba para guiarnos por todas partes. Hablaba un latín muy malo que suplía al francés. Él no entendía francés ni nosotros español (...)

#### Habitaciones donde Felipe II murió

En el santuario, en el altar mayor, hay dos ventanas acristaladas detrás de los asientos del sacerdote que celebra la misa solemne. Esas ventanas que están casi al nivel del santuario, que está muy elevado, son las habitaciones privadas de Felipe II en las que murió. Oía misa desde ellas. Quise ver esas habitaciones, a las que se entraba por detrás. No me lo permitieron. Insistí alegando que tenía permiso del rey y del nuncio y que deberían dejarme visitar todo lo que quisiera. Discutí en vano. Me dijeron que estaban cerradas desde la muerte de Felipe II y que desde entonces nadie había entrado en ellas.

Arguí que sabía que el rey Felipe V las había visto con su séquito. Me lo reconocieron, pero me dijeron también que entró por la fuerza y como amo, pues había amenazado con romper las puertas, que era el único rey

que, desde Felipe II, había entrado allí, y que eso ocurrió sólo una vez y que no las abrían ni las abrirían jamás a nadie más. No comprendí nada de esa especie de superstición, pero tuve que conformarme. Louville, que había entrado en ellas con el rey, me dijo que, cuando él lo vio, el conjunto no era más que cinco o seis habitaciones oscuras y algunos pequeños agujeros, todo ello pequeño, de carpintería mal construida, sin tapicería ni ninguna clase de muebles. Creo por ello que no perdí gran cosa no entrando en ellas (...)

### Putridero

Al bajar al panteón, a la izquierda, vi una puerta a mitad de la escalera. El fraile gordo que nos acompañaba nos dijo que era el putridero y nos acompañó hasta él. Hay que subir cinco o seis escalones en el espesor del muro y se entra a una habitación estrecha y larga. Allí sólo se ven paredes blancas, una gran ventana por el lado por donde se entra, una puerta bastante pequeña enfrente, por todo mueble una mesa de madera que ocupa el centro de la sala y que sirve para colocar y acomodar los cadáveres.

Para cada cadáver que depositan allí se abre un nicho en la pared donde se coloca el cuerpo para que se pudra. El nicho se cierra sin que se vea que han tocado la pared, que es por todas partes brillante y cuya blancura deslumbra. El sitio es muy claro.

El fraile me enseñó el sitio de la pared que cubría el cuerpo del señor Vendôme, cerca de la otra puerta, el cual, según su gesto y sus palabras, está para no salir jamás de allí. Los de los reyes y reinas que han tenido hijos son sacados al cabo de cierto tiempo y llevados sin ceremonias a los ataúdes del panteón que les están destinados. Los de los infantes y reinas que no han tenido hijos son llevados a la habitación próxima de la que voy a hablar y se quedan allí para siempre.

Enfrente de la ventana, en el otro extremo de la habitación, hay otra de forma semejante y que nada tiene de fúnebre. El extremo opuesto a la puerta y los dos lados de la habitación, que no tiene más salida que la puerta por donde se entra, están dispuestos a modo de biblioteca, pero, mientras los estantes de una biblioteca se adaptan al tamaño de los libros que les están destinados, éstos lo están a los féretros que allí son puestos unos después de otros, con la cabeza hacia la pared, los pies hacia el borde de los huecos, que llevan la inscripción del nombre de la persona que está dentro. Algunos féretros están revestidos de terciopelo, otros de brocado (...)

### Escena entre un fraile y yo

Aunque este sitio esté tan encerrado, no se siente allí olor alguno. Leímos las inscripciones que pudimos y el fraile nos leyó otras a medida



que se lo pedíamos. Dimos de ese modo la vuelta hablando y razonando. Pasando al fondo de la habitación, se ofreció a nuestra vista el féretro del infortunado Carlos:

En cuanto a ése —dije—, bien se sabe por qué y de qué murió.

Al oír estas palabras, el fraile se alteró, sostuvo que había muerto de muerte natural y se puso a perorar contra las historias que, según él, se habían propalado por todas partes. Sonreí diciendo que estaba de acuerdo en que no era cierto que le hubiesen cortado las venas. Esa frase acabó por exasperar al fraile, que se puso a hablar en una especie de arrebató. Me divertí con ello al principio, en silencio; luego le dije que el rey, poco después de haber llegado a España, había tenido la curiosidad de ordenar abrir el féretro de don Carlos, y que sabía por un hombre que estuvo en el acto (era Louville) que había encontrado su cabeza entre las piernas, que Felipe II, su padre, ordenó cortarle en prisión delante de él.

¡Bien! exclamó el fraile sumamente furioso, pero, al parecer, lo había merecido, porque Felipe II obtuvo para ello permiso del Papa.

Y después de eso comenzó a proclamar gritando con todas sus fuerza las maravillas de la piedad y justicia de Felipe II y del poder sin límites del Papa y que, para luchar contra la herejía, se podía ordenar cualquier cosa y dispensar cualquier acción. Tal es el fanatismo de los países de Inquisición, donde la ciencia es un crimen y la ignorancia y la estupidez, la primera virtud.

Aunque mi carácter me puso a cubierto, no quise discutir ni tener con ese fraile cebón una escena grotesca. Me contenté por ello con reírme y con hacer un signo de silencio a quienes me acompañaban. El fraile dijo, pues, todo lo que quiso y tardó bastante tiempo en recobrar la calma. Probablemente descubrió por nuestras caras que nos burlábamos de sus arrebatos, aunque sin gestos y sin palabras. Por fin, nos enseñó el resto de la sala. Después bajamos al panteón.

Me hicieron el singular favor de encender cerca de los dos tercios de la inmensa y admirable araña que cuelga en el centro de la bóveda, cuya luz nos deslumbró y permitió que distinguiésemos todas las partes, no solamente de los mínimos trazos de la más menuda escritura, sino también lo que allí se encontraba más suelto.

Pasé tres días en El Escorial alojado en una casa grande y hermoso y todos quienes estaban conmigo estuvieron muy bien alojados también. Nuestro fraile, que no dejó de mostrar su mal humor desde el día del pudridero, no recobró su tranquilidad hasta el desayuno del día de nuestra salida. Le dejamos sin pena, pero no al Escorial cuyas riquezas y bellezas satisfacerían las expectativas del curioso que las visitara durante tres meses.

Louis de Rouvray, Duque de Saint-Simon, *Memorias sobre el reinado de Luis XIV.* Marsella, Jean Mossy, 1788.

Amigo: Dejé en mi antecedente el hablar de las bibliotecas para ahora; y así digo, que están situadas la una encima de la otra, sobre el pórtico de la principal fachada; esto es, la de poniente, ocupando el medio entre colegio, y convento. La baja puesta a la altura de treinta pies, es la que tiene mayor copia de libros, y muy bellos adornos, con pavimento de mármoles, y dos órdenes de ventanas hacia el oriente, y poniente, que le dan mucha claridad. Sobre un zócalo de jaspe, un pie de alto, corre por los cuatro lados un cuerpo de arquitectura ejecutado en tan buenas maderas como las que dije del coro. Es de orden dórico, con columnas istriadas en número de setenta sobre sus pedestales; de cuya decoración, y de las demás pertenecientes a este orden, resulta una obra del mejor gusto, que también se observa en el banco, o podio sobre el cornisamento, adornado de pilastras, y bolas encima. Desde el zócalo al arquitrabe están colocados los libros en seis divisiones, que se hacen en los intercolumnios, y se nota en todo buen orden y disposición.

Hablaré de las pinturas al fresco, que contiene esta gran pieza, y después diré algo de los libros, uno y otro con la posible brevedad. En la bóveda hay siete compartimentos, y en ellos se representan en figuras de matronas, de mayor tamaño que el natural, las Artes liberales; es a saber, la Gramática, la Retórica, la Dialéctica, la Aritmética, la Música, la Geometría y la Astronomía; y a más de éstas en él un testero sobre la cornisa, la Filosofía; y en el de enfrente, la Teología. Esta tiene a sus lados los cuatro Doctores de la Iglesia, y aquella a Sócrates, Platón, Aristóteles y Séneca; ambas con ornatos y varias insignias relativas a lo que representan. Semejantes señales se ven en las ciencias pintadas en la bóveda sentadas en grupo de nubes, y acompañadas de otras figuras de mancebos, y niños, en graciosas y difíciles actitudes, con bellos celajes en los campos.

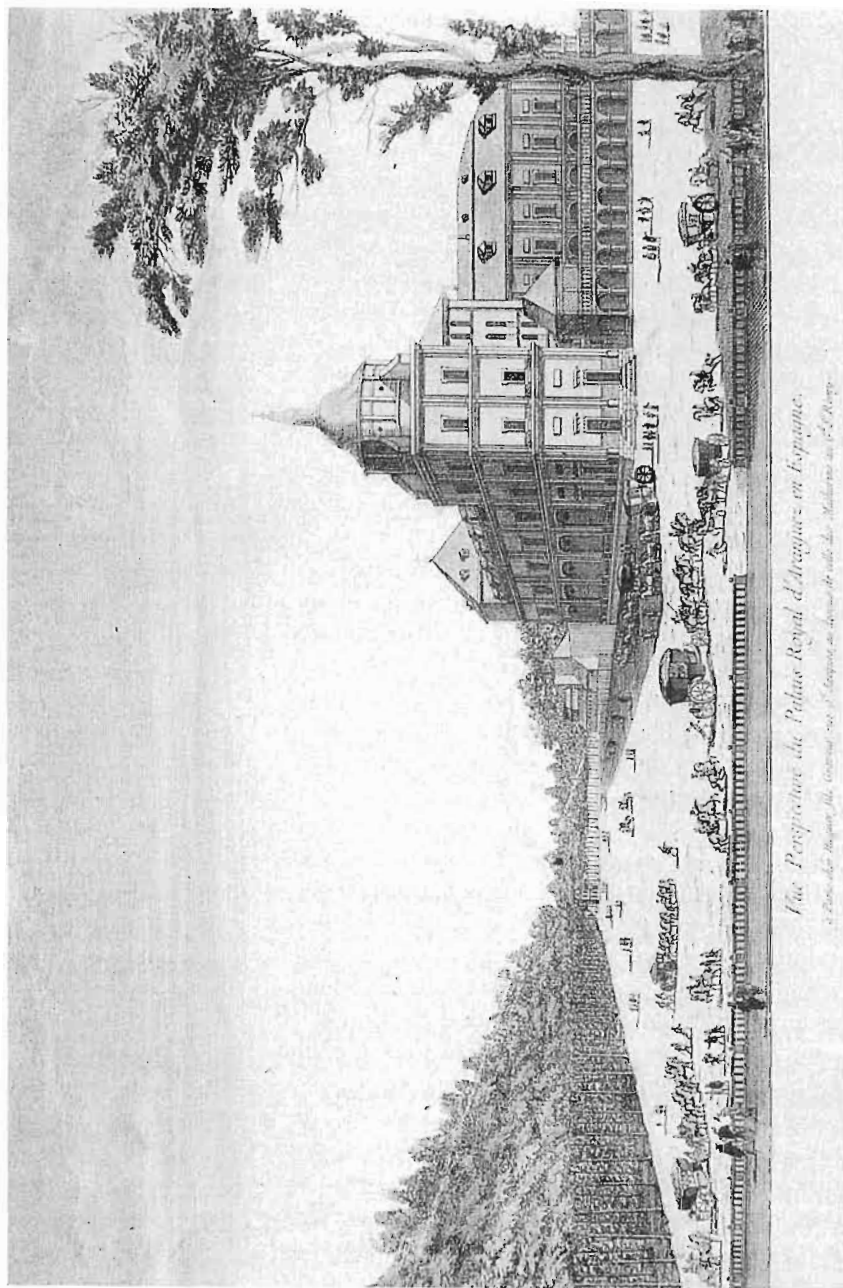
En los lunetos de las ventanas altas hay niños con algunas divisas en las manos, pertenecientes a la ciencia a que corresponden. A los lados de las referidas ventanas altas, sobre la cornisa, se representan insignes varones en aquellas ciencias, que están en un compartimento inmediato de la bóveda, haciendo demostraciones o manifestando de otra manera su saber. La arquitectura del techo se finge sustentada de varias figuras desnudas en diferentes posturas, que demuestran el gran conocimiento que tuvo el autor del desnudo y de la anatomía.

En ninguna otra parte del Escorial manifestó tanto su saber Peregrino Tibaldi como en esta obra, en la cual hizo ver claramente el grandioso carácter de la escuela de Miguel Angel, el artificio de componer, la profunda inteligencia del desnudo, habiendo figuras, que si no se supie-

se, pasarían por del mismo Miguel Angel. La facilidad de dar razones de tantos escorzos como allí hay; el manejo y práctica en la ejecución y el capricho en otros mil adornos, que enriquecen esta bóveda de grutescos, festones y otras cosas, es menester verlo para formar idea de lo que ello es; porque el hablar de todas, y de cada figura, sería una historia larga<sup>1</sup>.

Las que hay pintadas también al fresco debajo de la cornisa, las hizo Bartolomé Carducho, y ocupan el espacio entre los estantes y la misma cornisa. Son de representaciones alusivas a la ciencia que corresponde pintada en la bóveda por aquella parte; y así en la Gramática, a un lado se da a entender la confusión de lenguas en la fábrica de la torre de Babilonia, y al otro Daniel aprendiendo con otros niños la lengua y ciencia de los Caldeos. En la Retórica se ve a Cicerón orando por *Cayo Rabirio*, y al otro lado Hércules, de cuya boca salen cadenas de oro y plata, que atraen las gentes, para manifestar la fuerza de la elocuencia. En la Dialéctica señala Zenón Eléate a sus discípulos una puerta, donde dice *veritas* y otra donde está escrito *falsitas*; al otro lado San Ambrosio, y San Agustín disputando, y Santa Mónica desviada, en ademán de orar. En la Aritmética está Salomón de un lado descifrando enigmas a la Reina de Saba, con varios instrumentos, y cifras sobre una mesa, pertenecientes a esta ciencia; y al otro lado varios filósofos, que señalando números sobre la arena, pretenden averiguar las cualidades del alma, siguiendo el sistema de Pitágoras. En la Música está David tañendo el harpa delante de Saúl; Orfeo, que con la lira adormece al Cervero, y saca a Eurídice del infierno. En la Geometría se ven los sacerdotes egipcios, dividiendo a cada cual sus tierras, después de las inundaciones del Nilo, con demostraciones geométricas; y en el lado opuesto se representa Arquímedes divertido en sus especulaciones, cuando los Romanos, que lo mataron, saqueaban a Siracusa. En el arco de este compartimento hay dos bellas figuras de Mercurio y Apolo, que son de Peregrino. En la Astrología está San Dionisio Areopagita y otros observando el eclipse de sol en la muerte del Señor, y al otro lado el Rey Ezequías enfermo y Isaías que le da por señal de su salud el prodigio de retroceder el sol en el reloj de Achaz. Debajo la Teología se representa el primer concilio Niceno, y debajo la Filosofía la escuela de Atenas, con sus fundadores Zenón y Sócrates. Hay bellísimas composiciones en las historias referidas, que pintó Bartolomé Carducho<sup>2</sup>. Es mucha la práctica, manejo, buenas expresiones y dibujo de todas ellas.

En el fondo de esta librería, enfrente de la entrada, hay, en un armario que está cerrado, algunos códigos preciosos y varios libros de dibujos y estampas. Lo principal y con razón más estimado es el *Código Áureo*, en donde están los cuatro evangelios escritos en caracteres de oro con suma perfección, y tan bien conservado como si se acabara de hacer, aunque ya tiene más de setecientos años. Están en este libro las prefaciones



*Vue Perspective du Palais Royal d'Aranjuez en Espagne.*

*à Paris chez M. Moitte, Palais National, au Salon de Peinture, sous le Vestibule, au Salon de Peinture, sous le Vestibule, au Salon de Peinture, sous le Vestibule.*

*Palacio Real de Aranjuez (trista perspectiva). Cobre, talla dulce. MMM Anónimo.*



de San Jerónimo y los cánones de Eusebio Cesariense. Tiene ciento sesenta y ocho hojas de escogido pergamino; y en la primera se ve pintado Jesucristo sobre nubes, con gloria de ángeles, y delante están de rodillas el Emperador Conrado y la Emperatriz Gisela, su consorte, a los cuales da el Señor la bendición. Se ven allí escritos algunos versos latinos al estilo de aquella edad.

En la segunda hoja está Nuestra Señora sobre su trono, que recibe del Emperador Enrique un libro abierto, y pone la otra mano sobre la cabeza de la Emperatriz Inés, que está arrodillada. Hay allí también versos al estilo de los de la hoja anterior. Luego hay pintados cuarenta y ocho Papas, desde San Pedro hasta San León I. Se ven retratos del Emperador Enrique, con su nombre, para quien fue escrito este libro. Al principio de cada evangelio está pintado el santo Evangelista de quien es, y casi setenta historias de las escritas en los capítulos, al principio de muchos de ellos.

El título de este libro es: *Sancta quatuor Evangelia litteris aureis scripta jussu Regis Henrici Conradi Imperatoris filii. Liber vitae nuncupatur.* Fue de la Princesa Margarita, hija del Emperador Maximiliano, en cuyo poder lo vió Erasmo, y después en el de Doña María, hermana de Carlos V. De esta Señora lo adquirió su sobrino Felipe II. Erasmo confiesa haber sacado de él muchas enmiendas para sus anotaciones sobre el Nuevo Testamento. Dice que se lo enseñaban con gran solemnidad y ceremonia, encendiendo hachas. El Padre Bianchini en su obra grande, intitulada *Evangeliarium*, habla de este *Código Aureo* con erudición; aunque dice poco, y sin expresar el paradero que hoy tiene en esta Biblioteca del Escorial, cubierto de brocado, con otros ricos adornos. Se tiene también en estimación un antiguo volumen manuscrito griego, reputado por de san Basilio, que trata de *Liturgia*.

Contiene el armario arriba dicho porción de libros, con pintura de frutas, dibujos y estampas; y entre los pintados es apreciable, por lo natural, y bien acabado, uno, en el cual hay variedad de frutas, peces y algunas otras cosas. Su autor es *Jacomo de Ligoza*, según una firma. Es de mucha estimación otro libro de dibujos, en cuya fachada está escrita en lengua portuguesa: *Reinando en Portugal el Rey D. João III. Francisco de Ollanda pasou a Italia, e das antigualas que...vió, retrató de sua mao todos os desenhos deste libro.* Empieza por un retrato de Paulo III, y otro de Miguel Angel, iluminados. Se ven en este libro con eruditas explicaciones dibujados perfectísimamente los mejores trozos de las antigüedades de Roma; entre los cuales el anfiteatro de Vespasiano, las columnas Trajana y Antoniana, los trofeos de Mario, el templo de Jano, el de Baco, el de Antonino y Faustina, el de la Paz, los bajos relieves de Marco Aurelio, el Septizonio de Séptimio Severo y otros muchos monumentos y

pedazos de ruinas, como cornisas, frisos, capiteles, que aún subsisten, pero no tan enteras como cuando estos dibujos se hicieron. También hay en él vistas de Venecia y de Nápoles, con algunos sepulcros de la Vía Apia, el anfiteatro de Narbona, y muchos dibujos de mosaicos, de estatuas antiguas y otras cosas.

Hay otro que fue del insigne y doctísimo varón Don Diego Hurtado de Mendoza, Embajador de España en Venecia y Roma, en el Concilio de Trento, y otras partes: contiene más de setenta dibujos hechos de pluma, de lápiz y aguadas. En él se ven plantas de edificios, bastimentos marítimos, como liburnas, trirremes, quadrirremes; contiene asimismo trofeos, frisos, excelentes grotescos, aras, urnas sepulcrales, estatuas, arcos triunfales, teatros, vasos etruscos, el sepulcro de Cecilia Metela, las columnas Trajana y Antoniana, el Panteón o Rotunda en diversas vistas, con otras de varias ciudades de Italia, y muchas cosas más. Es un estimable libro, aunque no se note en el trabajo igual prolijidad al antecedente. En otro libro de dibujos están delineadas con gran inteligencia todas las historias que hay de bajo relieve en la columna Trajana, y al fin la columna entera. Acaso se hizo para estos dibujos a explicación tan erudita, que de la expresada columna trabajó el doctísimo Alfonso de Chacón, para publicarlos en estampas, como se hizo. Contiene este documento de la antigüedad más de mil y quinientas figuras de mármol, y fue su autor Apolodoro ateniense<sup>3</sup>.

En otro libro se ven cerca de doscientos dibujos, ejecutados con la mayor diligencia, y son de estatuas antiguas, bajos relieves, pedazos de arquitectura y otros muchos monumentos. Hay en él copia de las pinturas de Rafael de Urbino en el Vaticano, y principalmente de las que representan historias del Nuevo y Viejo Testamento. Los hay de obras de Miguel Angel. Está el anfiteatro de Vespasiano, con todas sus medidas, y explicación italiana, los arcos triunfales, y son de lápiz, y de aguadas de diferentes colores.

En otros libros, que aquí mismo se conservan, están recogidos los dibujos originales de aguada, que sirvieron para los bordados de las capas, dalmáticas que dije de la sacristía, y en los más de ellos se reconoce la escuela de Peregrino Tibaldi.

Los libros de estampas, como recogidas en tiempos de la fundación, contienen, y están repetidas en ellos las antigüedades de Roma, y otras partes; y entre éstas muchas de las que dibujó y restauró Pedro Ligorio, tan celebrado por Don Antonio Agustín en sus diálogos de las medallas; y así, a más de la clase de antigüedades, que he referido, contenidas en los libros de dibujos, se ven en los de estampas otras muchas, que no es asunto de cansar a V. en referírselas, concluyendo que en ellos hay grabadas obras de Rafael, Miguel Angel, Tiziano, Durero y demás artifi-



ces de aquella edad. Se guardan aquí otras curiosidades; pero ya hemos hablado bastante en esta materia.

A lo largo de la librería, que es de ciento noventa y cuatro pies, hay cinco mesas de mármol, y dos de pórfido, con algunas ricas alhajas sobre ellas. En una está el Sr. Felipe IV a caballo. El caballo en acto de andar, se ve colocado sobre un pedestal adornado de lapislázuli, y molduras de plata, de cuya materia es también la estatua, el caballo, algunos trofeos y cuatro figuras en los lados del pedestal, que representan las estaciones, y todo está trabajado de buen gusto en figuras pequeñas, correspondientes a la del Rey, que es de pie y medio de alto.

En otra mesa hay una especie de templete, y es de plata, con mucha labor de filigrana. En medio está Carlo Magno, y alrededor sobre pedestales porción de figuritas de Príncipes de la casa Palatina del Rhin. Las hay también entre columnas, y en otros parajes de esta máquina, que al fin remata en un globo de plata esmaltada, y sobre él está la Reina Doña Mariana de Neoburgo, mujer del Sr. Carlos II. Tiene de plata mil cuatrocientas cuarenta y ocho onzas, cuarenta y tres de oro, y más de veinte libras de lispislázuli, con porción de ágatas, diamantes. Su figura es ochavada, y su orden el compuesto, aunque no de la más seria arquitectura. Se hizo en Nápoles, y fue alhaja de la Señora Reina Doña Mariana de Neoburgo, que después de su muerte se destinó al Escorial. Otras mesas tienen globos, y entre los estantes se ven pintados al óleo cuatro retratos de cuerpo entero, y son: el Emperador Carlos V, Felipe II, Felipe III; todos tres los hizo con la mayor diligencia y acierto Juan Pantoja de la Cruz; y los pintó armados, a excepción de Felipe II, que le retrató en su mayor edad vestido de negro. El otro es Felipe IV, ejecutado con toda la práctica e inteligencia por el célebre Don Diego Velázquez, su autor.

Basta de biblioteca baja: subamos un instante a la otra que hay encima, de manuscritos, en la cual también se guarda buena porción de libros impresos y duplicados de varias materias y lenguas, parte árabes, chinos y hebreos. Los manuscritos ascienden a más de cuatro mil y trescientos; es a saber, quinientos sesenta y siete griegos, sesenta y siete hebreos, arábigos más de mil ochocientos; de latinos y lenguas vulgares hay mil ochocientos y veinte. Las Biblias manuscritas que aquí se conservan de grandísima antigüedad, así escritas en hebreo, como en caracteres llamados góticos, en longobardos son de sumo aprecio; y una griega, que igualmente está aquí del Emperador Cantacuceno, se tiene por muy conforme a la de los Setenta, que se imprimió en Roma a solicitud del Cardenal Carafa.

Hay buena porción en estos manuscritos de Santos Padres griegos y latinos, de concilios, decretos, cartas de Pontífices y otras obras eclesiásticas de diversos tiempos y caracteres antiguos; y aún había muchos más

antes del incendio del año mil seiscientos setenta y uno, que, por espacio de quince días consumió gran parte de las piezas de esta casa; y en tal ocasión perecieron muchos manuscritos que se guardaban en otra parte fuera de las librerías alta y baja, adonde no llegaron las llamas. De los libros arábigos fue mayor el número, pues había antes tres mil, que Don Luis Fajardo, Comandante de mar, quitó a los mahometanos, pasándolos de una Ciudad de Africa a otra<sup>4</sup>. El Padre Sigüenza hace grandes alabanzas de una obra, que también se quemó en dicho incendio, y era la *Historia de las plantas y animales de la América*, en donde había mucho pintado, y pegadas en las hojas las mismas hierbas, raíces, flores que en todo eran diez y siete libros<sup>5</sup>. En una copiosa colección de medallas antiguas, y algunas modernas, se ha tenido siempre por singular un sielo, que dió Arias Montano, en el cual está escrito por una parte: *Siclus Israel*, con el Vaso del Manná, y por la otra *Jerusalem Sancta*, con un ramo alusivo a la vara floreciente de Aarón. No es tanta su raridad, que no se halle en otros monetarios: pesa algo menos que un real de a cuatro.

El número de libros de todos géneros, que se guardan en estas bibliotecas, no sé que llegue todavía al de treinta mil. Tuvo principio la dicha colección de la librería que tenía Felipe II en Palacio, y dio al Escorial; adonde fue a parar después la de Don Diego Hurtado de Mendoza, la de Don Antonio Agustín, con su monetario. Del Obispo Don Pedro Ponce de León se recogieron muchos libros. Hay otros que fueron de Ambrosio de Morales, de Juan Páez de Castro, de Arias Montano, que dio el Pugilar usado de los hebreos, en que con algunas lecciones de la Santa Escritura acostumbraban escribir sus dueños otras cosas particulares<sup>6</sup>.

En las paredes alrededor de esta biblioteca se ponen algunas copias de retratos de escritores españoles. No sé si habló a V. de la piedra imán que hay en la biblioteca baja, de peso de siete libras, que suele levantar más de una arroba, y de ciertas cortezas de árboles, en que escribían los antiguos. La idea que tuvo el fundador de juntar en el Escorial tantos libros, y tan exquisitos, particularmente de lenguas orientales, fue sin duda para que éstas se cultivasen por sus individuos religiosos: y aunque por lo pasado ha habido algunos que lo han practicado, en el día de hoy se halla formalmente establecida, con aprobación de S.M., la enseñanza de dichas lenguas, siendo Catedrático de la Hebrea el P.M. FR. Joseph de Manzanares, de la Arabe el P. Fr. Patricio de Torres y de la Griega el P. FR. Juan de Soto, y cada uno tiene un número competente de discípulos; pudiéndose esperar de estos, y de sus Maestros muchos progresos dentro de pocos años con no poco crédito de tan célebre Monasterio.

Antonio Ponz, *Viaje de España*, Madrid, Ibarra, 1788.

## Leyenda negra y visión crítica: Servando Teresa de Mier

Los Sitios reales son: Aranjuez, a siete leguas de Madrid; La Granja, o san Ildefonso, a catorce que es el mejor Sitio por los jardines. Allí estaba la fábrica de cristales, y su abad es mitrado. Hay también una colección de figuras ridiculísimas, dioses antiguos de los españoles. El Prado, abandonado desde que murió Carlos III; el Retiro, en el Prado de Madrid, abandonado desde Felipe II, y dentro del cual está la fábrica de la China y El Escorial, o san Lorenzo, que fabricó Felipe II por voto hecho a este santo mártir por la batalla de san Quintín. Es un monasterio inmenso, con muy bellas pinturas de los mejores pintores de Italia y España en aquel tiempo. La llamada perla es la mejor. Lo habitan monjes jerónimos, y la mitad el Rey. Los españoles lo ponen por una maravilla, y a mí no me pareció sino un montón de piedras. Lo que hay allí es muchísimas riquezas, porque lo amontonó allí con lujo Felipe II, en tiempo que él dominaba media Europa. El dinero, que iba mucho de América, valía cuatro veces más que ahora, y el precio de las cosas no había subido; de suerte que el sueldo del maestro mayor de la obra era de real y medio diario, lo que viene a ser medio y cuartillo de América. Todas las monjas de Italia trabajaron en ornamentos, y sólo el ramo de casullas sube a dos mil y quinientas. Hay muchas reliquias y en especial una hostia, que dicen está incorruptible dentro de una caja de reloj morisca de oro, como una torrecita.

Allí está la biblioteca de los manuscritos árabes, cogidos a un rey moro. Esta biblioteca se quemó, aunque mucho se salvó. Un monje jerónimo es el bibliotecario, y con decir jerónimo ya se dice que es un bárbaro, porque esta es una Orden de cantores y comedores, y por eso les llaman cebones de Jesucristo. Hice del bibliotecario el mismo juicio que un embajador de Francia, a quien habiéndole preguntado el rey qué le parecía de su biblioteca, respondió: «Excelente, pero al bibliotecario lo debe hacer V.M. ministro de Hacienda, o tesorero general, porque no toca al depósito que se le confía».

Allí están también los sepulcros de los reyes, junto a la sacristía. Es una pequeña bóveda toda cubierta de jaspe de aguas, la que se baja por escalones es de lo mismo, y en unas urnitas de lo mismo están con sus letreros los huesos de los reyes, reinas e infantas que dejan sucesión. He dicho los huesos, porque a los reyes en muriendo los llevan al pudridero. Allí los ponen bajo un goteadero de agua que va cayendo gota a gota y pudriendo la carne, hasta que quedan los huesos blancos como el papel. Todavía cuando yo estuve, decían que estaba Carlos III en el pudridero. Yo estuve en aquella bóveda haciendo las reflexiones correspondientes sobre la fragilidad de las cosas humanas.

Fray Servando Teresa de Mier, *Memorias*, Madrid, s. a., Editorial América.



<sup>1</sup>Pelegrin de Peregrino, llamado Tibaldi por el nombre de su padre, nació en Bolonia el año de 1529, según el Zanoti que últimamente escribió su vida, en donde se hace ver que murió en Milán antes del 1600, y que no tuvo hijo alguno, sino un hermano llamado Domingo Tibaldi; con que no pudo llevar plaza de Senador para un hijo, ni morir en Módena, como se halla en Palomino. Hizo Peregrino varias obras de arquitectura, y pintura en Milán, Roma, Ancona y otras partes de Italia. Imitó el gran estilo de Miguel Angel; pero su maestro, dice Zanoti, fue Bagnacabalo. Vino a España para hacer estas pinturas del Escorial, de donde volvió muy remunerado. Se ha podido haber copia de la siguiente cédula, perteneciente a Peregrino:: EL REY.- Venerable, y devoto Padre Prior: «Sabed que Peregrino de Bolonia, pintor, ha venido de Italia a servirnos en lo que se le ordenare de su profesión; y demás del salario que le habemos mandado señalar en cada año por el tiempo que nos sirviere, cuya paga ha de ser en Milán, como con él se ha concertado, ha de ser pagado de las obras que para nuestro servicio hiciere, según y con él se concertaren, o fueren tasadas, y estimadas por dos personas nombradas por nosotros de nuestra parte, sin que él haya de poner ninguna por la suya; y en el caso que ellos no se concierten, haya de nombrar la justicia un tercero para ello. Por lo cual os mando que el dinero de esta fábrica déis y paguéis... Fecha en S. Lorenzo a 9 de Agosto de 1589. YO EL REY.- Refrendada de Matheo Vázquez.

<sup>2</sup>Bartolomé Carducho, florentino, discípulo del Amanato, vino a España con Federico Zucaro, e hizo para el Escorial las obras de que se ha hablado, y después otras para varias partes, de que se hablará cuando ocurra. Murió en el Pardo antes de los cincuenta años, por el de 1610, cuando se preparaba para pintar un Salón.

<sup>3</sup>Alfonso Chacón, de la orden de Santo Domingo, Patriarca Alexandrino, Teólogo de Gregorio XIII, y juntamente Penitenciario en Roma, entre las obras que publicó con aplauso general y honra de la nación española, fue la exposición latina de la columna Trajana, uno de los monumentos que permanecen enteros de la antigüedad, en que se expresa, como refiere el mismo, una, y otra guerra dácica, y casi una

general noticia de una misma antigüedad, principalmente en lo tocante a la milicia, como es el traje, y campamentos de los soldados, marchas, arengas, empresas, batallas, y otras cosas. Asimismo los usos en los sacrificios, las aras, víctimas, libaciones, la forma y construcción de las naves, los ríos, los puentes, los trofeos, los signos militares y por último, todo cuanto hay esparcido en varios parajes, y monumentos antiguos, lo pone delante esta columna, trabajada con elegantísimas figuras. Dice que Rafael de Urbino, y su discípulo Julio Romano, y Juan Francisco Polidoro la dibujaron, valiéndose después para sus célebres pinturas; que Francisco Rey de Francia, Príncipe magnánimo, y amante de la antigüedad, quiso, en el pontificado de Paulo III, que se formase para vaciarla en bronce, y erigirla en Francia, cuya empresa no se perfeccionó; últimamente, que San Gerónimo Muciano, de quien alaba las costumbres, religión, pericia en la pintura, y otras prendas, a costa de muchas fatigas, y gastos, fue causa de que se grabase, y publicase, por lo cual todos los amantes de las letras debían quedarle obligados. Concluye Chacón que por los ruegos de este artífice y persuasión de otros amigos, habían hecho sus comentarios. Se pone esto, porque acaso serán estos dibujos los que Gerónimo Muziano hizo publicar, o publicó en estampas. Juan Baglioni da a entender en su vida que siguió la noble fatiga de diseñar la columna Trajana, empezada por Julio Romano. Esta columna la grabó segunda vez Pedro Santi Bartoli, en donde se puso la misma explicación de Chacón.

<sup>4</sup>De los que actualmente conserva El Escorial se ha dado la deseada razón en los dos tomos impresos, que con grande aceptación ha trabajado el Sr. Casiri, bibliotecario de S.M.

<sup>5</sup>Esta, y otras pérdidas semejantes quedarán resarcidas con el célebre gabinete de Historia natural, que D. Pedro Dávila presentó a S.M. que se dignó de recibirlo, y destinar paraje en donde sirva para la instrucción del público, habiendo encargado su cuidado al mismo Dávila, a quien remitía para el aumento de la expresada colección varias cosas que S.M. ya tenía, y otras que iban llegando a sus reales manos: por la cual brevemente logrará Madrid este nuevo, y digno ornamento de la corte de tan gran Monarca.

<sup>6</sup> Habiendo venido al Escorial de orden del Sr. Felipe II. el Doctor Benito Arias Montano para ordenar y formar la Biblioteca, y para otros fines literarios, se dice de paso que nació este incomparable varón en Fregenal de la Sierra, pueblo de Extremadura, el año de 1527, y que murió en Sevilla en el de 1598. Sus obras son bien conocidas, y entre ellas la Biblia Regia, cuya impresión se hizo en Flandes, adonde pasó Arias Montano por encargo del Rey.

Acabado de profesar en la orden de Santiago, fue al Concilio de Trento con Don Martín de

Ayala, Obispo entonces de Segovia, y allí manifestó su universal erudición y literatura, y el profundo conocimiento que de las lenguas árabes tenía. Sus obras de algunos años a esta parte se han hecho raras, por lo qual sería muy plausible que en España se hiciese, y publicase una colección de todas, comprendiendo lo que todavía no se ha publicado hasta ahora, sobre lo qual se puede asegurar, que hay quien está acalorado en esta grande empresa, y será capaz de llevarla a efecto, si logra los auxilios que para ella son necesarios.





# Alcalá de Henares

*Alcalá de Henares entra en el siglo XVIII en una fase de decadencia urbanística y cultural progresiva: desde 1711, cuando Felipe V aún es recibido con grandes festejos, hasta 1759, fecha de la visita Carlos III, las rivalidades entre los distintos Colegios, el desorden en los estudios y las disminuciones de los centros de enseñanza deterioran irremediablemente la vida cultural de la antigua Complutum. El esplendor humanista ligado al crecimiento de la ciudad universitaria de Cisneros, al auge de los Colegios Mayores, iglesias y conventos, factores que se mantuvieron constantes hasta entrado el siglo XVII, sufre en el siglo XVIII las secuelas de la caída de la población, la expulsión de los jesuitas y la falta de iniciativas urbanas significativas. Finalmente, los estragos de la invasión francesa de 1813 confirman el empobrecimiento ciudadano.*

*Los viajeros que visitan Alcalá en el siglo XVIII la describen como un tejido urbano «fossilizado» en el Renacimiento: a las habituales referencias a las intervenciones de Cisneros y al inventario de sus obras culturales y artísticas sólo acompañan propuestas teóricas para la buena conservación o reforma de la ciudad (Ponz). Faltan, en cambio, referencias a intervenciones ilustradas.*

## Descripciones generales

INMEDIACIONES Y ARQUITECTURA COMPLUTENSE: TOMÁS DE IRIARTE

*Tomás Iriarte (1750-1791) siempre estuvo vinculado al movimiento ilustrado y fue, por lo tanto, consciente de la función que desempeñaba la literatura en la mejora de la nación. Versátil cultivador de varios géneros*

literarios (poesía satírica, didáctica y pastoril y teatro), es autor también de un epistolario en el que describe sus viajes por España. La carta seleccionada pertenece al primer viaje de los muchos que realizó y que, en 1781, le condujo a la Alcarria, y, más precisamente, al pueblo de Gascueña, en donde, fatigado de la vida cortesana («si abominas la corrupción de la Babel adúltera...»), pasó una temporada de descanso. De camino hacia allí Iriarte observa Alcalá: es una visión humanista que no disimula los aspectos displicentes del cuadro. La sátira subvierte el didactismo del viajero ilustrado.

Querido Delitala:

Quedamos en que daría a Vm. cuenta de mi peregrinación, y voy a cumplir mi palabra con apuntar ligeramente algunas observaciones que he ido haciendo en mi itinerario, según pueda acordarme de ellas; con lo cual, si no divierto a Vm., me divertiré a mí mismo.

Domingo 22 de julio a las cuatro de la mañana, primera salida de don Quijote, no por el campo de Montiel, sino por la Puerta de Alcalá, en compañía de un Sancho Panza que por sus simplezas merecía andar en historias como el otro.

Encontréme en el camino dos como estudiantes que iban, como yo, a Alcalá. El uno sabía latín y conocía la Gramática de mi tío. El otro era bajonista de Toledo, y había tomado lecciones de Garisuain, en cuya casa había visto el poema de La Música. Héte Vm. aquí como me deparó la fortuna con quién conversar sobre literatura y sobre música; y vea Vm. si vale algo ser autor público.

Llegamos a Alcalá pasando por lugares, las iniciales de cuyos nombres forman unidas la dicción CARTA; conviene a saber: Canillejas, Alameda, Rejas, Torrejón, Alcalá. Esta rara y segura observación me sirvió de guía para dirigir mi itinerario.

Pasé todo el domingo en Alcalá y vi lo más notable de aquella ciudad semimora, que tiene 800 vecinos escasos y 34 conventos largos. Vi la biblioteca del Colegio Mayor, que consta de 17.000 volúmenes, y entre ellos apenas habrá 50 de los publicados en este siglo. El colegial mayor que me enseñaba aquellas preciosidades se me quejó amargamente de que estaban muy escasos de libros predicables. Me enseñaron un tomo del Atlas de Sansón, y el Don Quijote de Londres, como dos alhajas rarísimas y dignas de admiración, y me costó mucho contener la risa.

La biblioteca de la Universidad, algo menos numerosa, es, en la calidad de los libros, todavía inferior a la del Colegio. Fue de los jesuitas expulsados, y sobre los más estantes se leen estos rótulos: *Theologi Societatis*; *Metaphysici Societatis*, *Moralistae Societatis*, *Expositores Societatis*, etc., etc.



En la iglesia del Colegio Mayor vi como una campana de bronce toda de filigrana, agujereada como una criba, que dicen era campana de Orán, que trajo el cardenal Jiménez cuando conquistó aquella plaza. No pude concebir cómo una campana llena de agujeros podía sonar; pero un hombre de razón, que me acompañaba, me dijo que lo cierto era no haber sido aquella jamás campana, aunque toda Alcalá lo cree, sino cubierta de una lámpara de Mahoma. Con este dictamen se aquietaron mis dudas.

Dos cosas excelentes vi en Alcalá: la fachada de la Universidad, que fue colegio de jesuitas, y el sepulcro del cardenal Jiménez, que, aunque por otro estilo, tiene, a mi parecer, gran mérito. Pero dejemos esto para el amigo Ponz.

Lunes por la mañana pasamos la barca de Santorcaz en el río Henares. Vi verificada la fábula de la barca de Acheronte o de Charonte. El barquero era negro, feo, infernal, de mal humor; en fin, dotado de todas las prendas que tenía el tal Charonte.

Del lugar de Santorcaz pasamos a otro llamado el Pozo y de allí a Aranzueque. Desde Alcalá allí se cuentan cuatro leguas, pero son seis de buen tamaño. He observado que, por lo general, no hay en España medias leguas, ni cuartos, ni tres cuartos, pues nunca cuentan de lugar a lugar sino una legua, dos, tres, cuatro, etc., y así hay leguas que casi son dos, y otras que, siendo medias leguas, pasan por una. Así es que, de Madrid a Gascueña cuentan 17 leguas por el camino que he traído, y hay, desde luego, 22 tan largas como las del camino de Aranjuez.

Tomás de Iriarte, *Carta a Manuel Manca*, Gascueña 1 de Agosto de 1781. Ms. 12964 de la Biblioteca Nacional.

#### ALREDEDORES: ANTONIO PONZ

A un cuarto de legua distante de Alcalá, hay una fuente llamada *del Juncar*, y cerca de ella una ruina, que llaman *El paredón del milagro*, que algunos creen firmemente serlo de la escuela adonde iban a estudiar los santos niños Justo y Pastor; y en este lugar dicen que estuvo el antiguo Compluto, como si se dijese *compluvium*, por las aguas que en aquellas vecindades concurren a juntarse con el río Henares inmediato, como son el arroyo Camarmilla, el Camarma, y después el de Torote, peligrosos, principalmente el uno, en las crecientes de invierno, por falta de la obra pía de un puente<sup>1</sup>.

A vista de este paraje, en el otro lado del río, se levanta un cerro, llamado *de san Juan del Viso o de Zulema*, en el cual he oído que había mina de oro, y que no ha muchos años se habían practicado diligencias, por si se descubría algo, y que se había hallado estaño. El cerro de la

Veracruz está situado al oriente del de Zulema y encima hay una ermita por señal del paraje en donde se apareció la Santa Cruz al arzobispo don Bernardo<sup>2</sup> puesto en oración para la empresa que meditaba de quitar a los moros la ciudad de Alcalá, como lo ejecutó. En la falda de este cerro, al lado izquierdo de la corriente del río, hay un gran castillo casi arruinado, y cerca de este paraje se ven otras ruinas que, según algunos creen, fue la antigua Alcalá y hoy llaman «Alcalá la Vieja», la que conquistó el arzobispo de los moros. Por esta expedición quedó desde entonces el señorío de Alcalá a los arzobispos de Toledo. La nueva reedificación de esta ciudad en donde hoy está se atribuye al arzobispo don Ramón, sucesor de don Bernardo.

Estos cerros que Alcalá tiene a su oriente y mediodía están peladísimos de árboles; de suerte que ninguno se ve en ellos, con tierra buena y muy propia para ello, si se tomase con empeño. Hablando yo de esto, me dijeron que el Cardenal Cisneros los hizo plantar en su tiempo de bellota y de otras simientes, como estaba escrito no sé dónde; pero lo cierto es que ahora no hay árbol alguno. Tampoco los hay en toda la vasta llanura de sembrados alrededor de la ciudad, fuera de los pocos que se crían en las márgenes del río; en una posesión que fue de los jesuitas llamada *la Esgaravita*, y en otra del Colegio de san Ildefonso, por medio de las cuales pasa el Henares. Sin embargo, la campiña de Alcalá es pingüe de trigo y cebada, aunque falta la abundancia de otras cosas, de que es carísima. Si algún día se efectuase el proyecto de regarla por medio de una acequia que se había de sacar del río como se trató, siendo presidente de Castilla el excelentísimo señor conde de Aranda, se podría esperar verla convertida en una huerta maravillosa. La población de Alcalá creo que no llega a ochocientos vecinos, y la mayor parte de su ámbito se puede decir que lo ocupan colegios, conventos e iglesias.

Antonio Ponz, *Viaje de España*, Madrid, Ibarra, 1772-1780.

#### FAMA DE ALCALÁ: CHARLES-LOUIS DE PÖLLNITZ

Llegué un domingo por la tarde a Alcalá, ciudad de Castilla la Nueva famosa por su universidad. Es una ciudad que debe su fama y magnificencia al Cardenal Jiménez, que siendo primer ministro bajo Fernando de Aragón e Isabel de Castilla, no ahorró nada para volver a esta villa, una de las más bellas de España. Empezó por hacer construir bastantes bellos colegios, cuando, después de la muerte de Fernando, volvió a ser regente de España. Fundó allí la Universidad.

Charles-Louis de Pöllnitz, *Cartas y Memorias sobre observaciones hechas en sus viajes*, Amsterdam, François Changuion, 1737.

## Universidad, Colegios Mayores, Iglesias: Antonio Ponz

Aquel mismo día que salí de Madrid para Loeches continué, después de ver las pinturas, hasta Alcalá por un camino razonable y llano, hasta descubrir aquella ciudad desde el principio de una cuesta, que es menester bajar hasta el río Henares. La bajada viene a estar entre dos altos cerros, llamado, el de la mano derecha, de la Vera Cruz, y el de la izquierda, de Zulema. Sobre aquel hay una ermita, y es el paraje donde se dice que se apareció una cruz en el cielo al arzobispo don Bernardo en señal de la próxima destrucción de los moros y restauración de Alcalá. Al pie de la cuesta se pasa un puente bravamente construido sobre el río Henares y fundado por no sé qué señor arzobispo de Toledo, desde el cual a Alcalá hay la distancia de un cuarto de legua; y cierto que por aquel paraje representa la ciudad su mejor vista, pues, conteniendo en su recinto treinta y ocho iglesias y diecinueve colegios, sobresale un número de cúpulas y torres que forman un razonable espectáculo.

Entré, pues, en la ciudad, y habiéndome alojado lo mejor que pude, procuré amistad con quien me pudiese dar noticia de lo particular que en ella hubiese.

Ante todas las cosas me fui al Colegio Mayor de san Ildefonso, fundación como usted sabe, del insigne cardenal Cisneros, y comencé a averiguar cosas de que yo creo que nadie se ha cuidado mucho hasta ahora, que son las que principalmente me he propuesto en este *Viaje* pertenecientes a las artes. Hubo varios edificios que fueron empleados en esta fábrica. El principal parece que fue de Pedro Gumiel, de quien hay una lápida en la iglesia, y también hay otra de José Sopeña en la misma iglesia, en la cual pude leer lo siguiente:

SO AQUESTA PIEDRA IACE  
IOSEF SOPEÑA, LA PIEDRA  
LE DIO EL SER, I LO ACABO  
LA PIEDRA EN LIEZO,  
EN XVI DE ENERO AÑO DE  
1676. FUE ARCHITEC  
TO MAYOR DE...SFN  
SIGN... DO, ET FUE NA  
TURAL DE LA VALLE DE  
LIENDO DIOCESIS DEL BURGOS  
R. I. P.

Usted interpretará mejor que yo aquello de «la piedra le dio el ser, y lo acabó la piedra»; a mí me parece si querrá decir que se hizo rico en



obras de cantería, y si alguna piedra le hubo de caer encima que lo matase en Liezo; o si acaso tendrá alusión al sepulcro, que todo lo consume y acaba, aun cuando no sea formado de aquellas piedras que brevemente se comían los cuerpos depositados dentro de ellas, y se llamaban «sarcófagos».

La lápida de Pedro Gumiel tiene delineada una figura, y alrededor de ella dice:

PETRUS COMELIUS COMPLUTENSIS ACA  
DEMIAE ARCHITECTUS. CARD. HISP.  
FUNDATORIS PERMISU. SIBI ET SIUS. V.F.

En los libros del archivo está nombrado varias veces el honrado Pedro Gumiel, natural de Alcalá.

Concurrieron otros buenos arquitectos en la fábrica de este Colegio; y la fachada principal de él, que es la de la plaza, fue trabajada por Rodrigo Gil de Ontañón, maestro de cantería y vecino del lugar de Rascafría, cerca del Paular, en el valle de Lozoya, y se concluyó en mayo de 1553. Antes hubo de ser de tierra, según este letrado que hay encima:

NUNC LUTEA, OLIM MARMOREA

que dicen mandó poner el cardenal, como un precepto de que así quería que después se ejecutase. Efectivamente, hoy es de piedra; y aunque su arquitectura no es hija legítima de los cinco órdenes conocidos, con todo eso, tiene caprichoso artificio en sus ornatos, muy bien trabajados, que todavía mantiene algún resabio de la manera llamada por mal nombre gótica.

El primer patio, en donde se entra después del vestíbulo, es de buena arquitectura, cerrada de claustros, cuyo primero y segundo planos lo forman arcos y columnas dóricas y el tercero es de la misma forma de columnas de orden jónico. En dos lados de este tercer alto hay, en cada uno, una medalla que representan a santo Tomás de Villanueva y al cardenal fundador, y fueron hechas por Francisco de la Dehesa, así como la arquitectura de todo él es de José Sopeña, y esto consta por una inscripción que hay alrededor del último friso. El número de columnas que se ve en este patio es de unas noventa y seis.

El segundo patio es de columnas de orden compuesto, y entre los arranques de los arcos están colocadas algunas cabezas de mayor tamaño que el natural, trabajadas en mármol y de un carácter grandioso. El tercer patio, llamado *de Trilingüe*, donde se halla el teatro, está también cerrado de treinta y seis columnas de orden jónico, y lo hizo Pedro de la Cotera en 1557.

Los referidos tres patios tienen una arquitectura arreglada y de muy buen gusto; pero el del medio, que era más rico, o no se concluyó o se ha destruido después gran parte de él; sin embargo, quedan treinta y dos columnas. La primera planta de este Colegio es de Pedro Gumiel, y juzgo que será suya la iglesia, siendo del mismo gusto la fachada principal, aunque la ejecutó Ontañón. Se han tenido ideas en este siglo de engrandecer el Colegio y fabricar nueva iglesia; se hicieron para esto diseños de poco gusto por un tal Miguel López, y después se le encargaron a don Ventura Rodríguez, que los ejecutó excelentemente, según su grande y notoria habilidad; pero nada se ha puesto en ejecución, y los diseños se conservan en el archivo. Esto es lo que pude averiguar perteneciente a los arquitectos de la gran fábrica del Colegio; y conseguí que diesen noticia de lo más que a usted he contado y le iré contando de esta casa.

La iglesia del Colegio, con buena portada de dos columnas jónicas y un bajo relieve de san Ildefonso encima, es de más que mediana longitud, y se divide su nave por medio de una reja de la capilla mayor. En medio de esta capilla está el depósito y sepulcro del cardenal don Francisco Jiménez de Cisneros, fundador, el cual es uno de los monumentos más magníficos que hay en España, aunque no todas las partes de la máquina son de igual gusto y elegancia, porque en esta línea excede el balaustre, o como llaman reja de bronce, que tiene alrededor para su custodia, lo que provino de haberse hecho en mejor tiempo y después de la restauración de las artes.

La cama sepulcral, sus adornos y figura del cardenal echado encima vestido de pontifical es obra ejecutada en bellísimo mármol por Meser Domenico Florentino. Es verosímil que se echase mano del hombre que más acreditado se creyese entonces en la escultura, y no se puede desear ni más diligencia, ni más trabajo en ella; y si se echa de menos cierta composición, dibujo y bizarría, notándose en otras cosas alguna impropiedad, es porque todavía el mejor gusto no había echado raíces en España, o porque Meser Domenico se había criado en el de la primera escuela florentina, que tanto engrandecieron luego Miguel Angel y otros insignes varones de su edad. No sabemos si este profesor vino a España, o si hizo la obra en Florencia.

Levanta del suelo esta cama como dos varas. En la basa hay adornos, grotescos y follajes de bellísimo gusto, porque para estas cosas lo hubo antes que para las figuras, de que se pueden dar muchos ejemplos en España. La urna tiene en sus cuatro fachadas doce nichos, cuatro en cada uno de los lados, dos en la de los pies y los mismos en la opuesta. En medio de cada lado hay una medalla; y así, en estas como en las de los nichos, se ven figuras de ángeles, de santos, etc. Es sensible el ver algunas partes de estas figuras gastadas, principalmente en las cabezas,

lo que atribuyen a la humedad del sitio; pero yo pienso de otra manera: que este mal lo harían los muchachos y los ignorantes antes que la reja se pusiese, como que aún de rodillas las podían manosear, pues no se ve que haya nada gastado en las partes adonde no se podía llegar sin trabajo. En cada ángulo de la urna hay un grifo o quimera con las alas extendidas, y encima, en el plano del colchón en que está echado el cardenal, se ven sentados los cuatro doctores de la Iglesia representados en figuras pequeñas. Toda la urna alrededor está adornada de niños, festones y otras cosas ejecutadas con prolijidad y atención. Costó esta obra de mármol dos mil cien ducados de oro, y, aunque es gran suma para entonces, no parece excesiva, si se considera bien el tiempo que costaría tanta y tan menuda obra como es la de la urna y cama referidas.

La obra de la reja o balaustre que hay alrededor del referido sepulcro es trabajo excelentemente ejecutado por Nicolás de Vergara, escultor, vecino de Toledo, que después de su muerte concluyó su hijo, llamado también Nicolás. Las verjas están adornadas de bellísimos follajes y mascaroncillos. En los ángulos de la reja hay, sobre su cornisa, unos pedestalitos, y encima, jarrones de hermosa forma y extremado primor. En ellas se ven trabajadas algunas cabecitas, cisnes y otros ornatillos, que los enriquecen maravillosamente. En uno de estos pedestalitos están escritos, en letras pequeñas los siguientes versos:

ADVENA MARMOREOS MIRARI DESINE VULTUS  
FACTAQUE MIRIFICA FERREA CLAUSTRA MANU  
VIRTUTEM MIRAREVIRI, QUAE LAUDE PERENNI  
DUPLICIS,ET REGNI CULMINE DIGNA FUIT.

Comenzó la reja en Toledo Nicolás de Vergara, el padre, el año de 1566; y habiendo muerto en el de 1568, hizo su hijo en 1574 escritura con obligación de darla acabada en año y medio por precio de mil ducados; sin embargo, duró la obra hasta el año de 1593, y sobre el pago de ella hubo pleito entre el Colegio y Vergara, el cual se siguió en el Consejo, de cuya orden se nombró un tercero en discordia de los antes nombrados por las partes para tasar la obra, el cual tercero, de menos materiales y asiento la tasó en diez mil cuatrocientos cincuenta y cinco ducados. No obstante la tasación, en 5 de junio de 1593 hicieron las partes escritura de concierto, y se convinieron en que se le pagarían a Vergara nueve mil cien ducados de los que llamaban del rey, que creo equivalgan a los de ahora, cuya cantidad se le había de entregar en esta forma: nueve mil reales por tres mil libras de bronce, que se pesó a tres reales la libra, y lo restante por las manos, industria, maestría, acarreos, asientos y sucio de mármol.



Todo esto y en estos términos está registrado en el archivo del Colegio; de lo cual, como he dicho, conseguí copias, y se lo he querido referir a usted menudamente, porque conozco su curiosidad, y para que vea lo bien que se pagaban las obras en aquel tiempo; pero las que tienen verdadero mérito como esta, nunca se pagan bastante, porque siempre le crece honor al que las mandó hacer, y por ella reputan los venideros el juicio de los que las costearon y promovieron; como, al contrario, las obras sin artificio, y que se dirigieron sin inteligencia, son suficientes para que se hable mal de los que gastaron en ellas su dinero.

Por otra parte, la memoria de tan ilustre varón como fue el cardenal Cisneros merece aquel todo lo que él hizo, o lo que se hizo en su obsequio, sea notorio al mundo. En la sacristía de la iglesia del Colegio hay una medalla ovalada en mármol, poco más de tercia de alto y algo menos de ancho, y es un bellissimo retrato de perfil del cardenal; el mármol en la parte de la cara tiene un colorcillo de carne, lo cual, juntamente con lo bien hecha que está la cabeza, la hace parecer viva. Es alhaja verdaderamente digna de un museo y de libertarla de la jurisdicción de sacristanes; y es milagro que no haya perecido, pues se le conoce por una pegadura que ya se hubo de caer y de romperse.

La iglesia magistral es bastante grande, fabricada según la usanza gótica y con alguna similitud a la catedral de Toledo, cuya idea tendría el cardenal Cisneros en su reedificación. En las rejas de la capilla mayor, que no dejan de tener artificio, hay este letrero:

MAESTRO JUAN FRANCES, MAESTRO MAYOR  
DE LAS ARMAS DE FIERRO EN ESPAÑA

El coro es del mismo estilo gótico; es, a saber: de un trabajo menudo y trepado con columnitas, torrecillas, doseles y otras cosas, como es natural que fuese el de Toledo antes de poner mano los célebres Berruguete y Borgoña; y por el mismo camino se ve hecho el altar mayor, detrás del cual hay una capillita en donde están parte de los cuerpos de los santos niños Justo y Pastor.

No vi muchas pinturas en la iglesia; pero las hay buenas, y entre ellas, un san Jerónimo en una capilla con esta firma: *Vincentus Carducho hic vitam non opus finiit 1638*, por donde se viene en conocimiento que haciendo la tal pintura acabó sus días aquel célebre profesor.

Todos los cuadros de la Pasión de Cristo que hay en una capilla hacia la sacristía son de Eugenio Caxes, y tienen verdad y fuerza de claroscuro. Allí cerca se ve, en otra capilla, un cuadro grande de la Concepción con muchos ángeles, y me pareció de la escuela de Carducho. Otra Concepción pequeña en la Sala Capitular es de Alonso del Arco. A la entrada de

la sacristía se ve un buen cuadro de mucha fuerza y expresión, que representa el Martirio de los santos Niños, y está firmado: *Sevilla*, que, sin duda, es Juan de Sevilla, de quien habla Palomino en el folio 488 de la *Vidas de los pintores*, y de quien ocurrirá hablar en la continuación de mi *Viaje*.

El mismo asunto se ve representado con bastante gusto y franqueza en la pieza de la tesorería, firmado *Juan Vicente de Rivera*, que murió en Madrid muy entrado este siglo. Miré en la iglesia y alrededor de ella, por si encontraba la inscripción que trae Morales en el libro de sus Antigüedades, folio 18, y es:

TUTELAE  
FLACCILLA  
LIBERTA  
V. S. L. M.

pero no lo encontré.

El colegio que fue de los jesuitas en esta ciudad es de excelente arquitectura, particularmente la iglesia y la fachada. Sabía solamente de oídas que fuese de un Mora; pero tuve proporción para averiguar esto radicalmente, habiendo encontrado en el colegio tres dibujos de plantas para esta fábrica con la firma de Juan Gómez de Mora, de quien yo creo se siguió toda o la mayor parte de la obra, sin embargo de otros dibujos que en el mismo paraje había firmados de Andrés Ramírez, que, como en ellos está también escrito, aprobó el general de los jesuitas, Vitelesci, residente en Roma; previniendo que se estuviese a las advertencias del padre tracista Christóforo Clandester; y para la ejecución puso el mismo general su firma en 1620.

Asimismo hay allí otra planta de la iglesia y colegio firmada del hermano Pedro Sánchez en el año 1619, y también se encontraron retazos de dibujos medio podridos del expresado Mora. Entre ellos había adjunto uno de la fachada del Colegio del Rey, cuya arquitectura es muy buena, y yo juzgo que la hizo el mismo artífice.

Vi en aquel paraje una porción de monedas antiguas de metal, pero amontonadas y sin orden, y no hallé gran cosa que poder decir a usted fuera de algunas de colonias de España. Había asimismo otras curiosidades, como petrificaciones, minerales y algunos idolillos chinos, y entre todo esto se guardaba un sombrero blanco redondo, con cordoncillo de plata alrededor, cuya principal prerrogativa consistía en haber sido del emperador Carlos V. Se lo pusieron algunos de los circunstantes, por si tenía virtud para comunicar algo del gran entendimiento de su amo. En el tránsito llamado del Rector había quince cuadros, y en el primero leí:



«Vida de san Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús, sacada de la que el padre Rivadeneira, de la misma Compañía, escribió, y después hizo pintar a Juan de Mesa en Madrid y estampar en Flandes a los Galeos».

La fachada de la iglesia es de bella proporción y mucha majestad, de piedra berroqueña. Se divide en dos cuerpos, con pilastras y columnas de orden corintio; el inferior tiene seis columnas, y entre las más inmediatas a la puerta del medio hay estatuas muy buenas de san Pedro y san Pablo con una figura de Nuestra Señora sobre la misma puerta. Ésta y las dos de los lados corresponden grandemente al todo de la fachada. Entre las columnas del segundo cuerpo hay también estatuas, y son de san Ignacio y san Francisco Javier. Algunos han criticado mucho, como una cosa impropia y poco natural, que las fachadas de los templos tengan estos varios cuerpos unos sobre otros, como si dentro hubiese otros tantos planos por donde se pudiese caminar; y citan en su favor insignes fábricas de iglesias cuyas fachadas son de un cuerpo solo. En los extremos de ésta hay piramidillas sobre sus pedestales; y aunque no es lo que más me gusta en los edificios, veo que se han usado en varias partes, y las hay alrededor del cimborrio del hospital de san Juan Bautista, de Toledo, de cuya fábrica envié a usted mi relación desde aquella ciudad; y aún allí pueden tener alguna alusión al sepulcro del cardenal Tavera, que está debajo, siendo, como quieren que sean las pirámides, símbolos y adornos propios de los sepulcros; pero en tal caso parecerían mejor fuera del cuerpo de la obra.

La iglesia es, según mi conjetura, del mismo autor que la fachada; es, a saber: de Mora, y también el altar mayor. Todos los cuadros que hay en él son, como refiere Palomino, de Angelo Nardi. Yo, a la verdad, noto alguna diferencia entre estas obras y las de las Bernardas que he referido a usted, hallando en aquellas más fuego de invención y composición, y en éstas más composición y diligencia en la ejecución; pero es menester pasar por lo que otros dicen, mientras no haya cosa cierta que oponer. El crucifijo en el remate del altar mayor es de Domingo Beltrán, que fue lego jesuita y escultor muy diligente. Algunas obras de pintura que había en la iglesia y sacristía, de que se habló en la primera edición, se han quitado.

La capilla de las Santas Formas, que se trasladaron a la magistral, estaba adornada de ridícula hojarasca y de pésimo gusto, principalmente el altar de las mismas; pero esto es, cabalmente, lo que, con el oro sobrepuesto, se lleva la atención de los ignorantes, que han tenido en desprecio lo que no veían ejecutado según esta disparatada manera. Lo más gracioso es que ahora sirven dichas tallas y doraduras de afear la iglesia magistral, donde se han puesto para agradar a quien busca relumbrones y no a la razón.

Aunque hay otras cosas medianas en esta casa e iglesia, vamos a otra, pues todavía nos queda qué ver en Alcalá; antes demos una visita al Colegio del Rey, inmediato al que fue de jesuitas. Dicen que lo fundó Felipe II para hijos de criados de la real familia. Tiene buena fachada, a mi entender de Juan Gómez de Mora, y lo mismo el patio, cercado de columnas. Entrando en este patio se ve puesta, a mano izquierda, la lápida que Ambrosio de Morales dice haber hecho traer él de Alcalá la Vieja, y sólo se lee:

IIIIII C. M. IIIII  
VRBE ITALICA  
DEFVNCTO AN  
IIIIII SVLPICIA  
QVINTA ADSI  
DVA EIUS ME  
RENTISSIMO  
F. C.

En un ángulo de este mismo claustro hay otra inscripción en una gruesa piedra redonda con letras grandes, donde se lee:

IMP. NERVA. CAESAR. AUG. TRAJANUS.  
GER. PONT. MAX,

y no se lee más en ella, acaso será la que Morales leyó a poco más de una legua de Alcalá, junto a la barca que llaman de los Santos, y la pone al folio 15 en su *Discurso de las antigüedades*; pero aquella tiene la referida potestad y el consulado, lo que no hay en la referida, que puede también faltar por haberse roto o borrado.

En la iglesia, claustro y sacristía de san Nicolás de Tolentino, de Agustinos recoletos, vi muy buenas obras de pintura; la del altar mayor es de don Francisco Solís, y las dos sobre las puertas del crucero, como también las que hay en el remate de los altares colaterales, en cuyos nichos están puestas las estatuas de santo Tomás de Villanueva y santa Mónica, muy bien hechas. De mano del expresado Solís son los cuadros sobre los arcos de las capillas y cuatro asuntos de la Encarnación, Presentación, Visitación y Ascensión, que se ven en los cuatro ángulos del claustro. Otras pinturas hay en la sacristía del mismo autor, y en todas manifestó gran práctica y facilidad, siendo su colorido de mucha frescura y grato a toda clase de gentes. En esa corte hay obras suyas en la capilla de Copacavana, de Recoletos, en los claustros del mismo convento, en el de Trinitarios Descalzos y en otras muchas partes, que usted conocerá no

solamente por firma, que solía poner en sus obras, sino también por el estilo<sup>3</sup>.

Pasemos de aquí a san Diego, iglesia de padres Franciscanos, en esta ciudad. Tiene bastante majestad y anchura en aquella manera antigua; pero la portada, moderna, es de muy poco gusto. La mejor capilla es la primera entrando a mano derecha, dedicada a san Diego. Tiene buenas pinturas, y la mejor es el cuadro de san Francisco en su altar, obra de Alonso Cano, que fue acabada por Bartolomé Román, de cuya mano son los cuadros grandes que hay en las paredes colaterales de la capilla <sup>4</sup>. Fue pintor de mucho mérito, y usted se puede desengañar con ir a ver el cuadro de su mano que hay en la sacristía de la iglesia de la Encarnación, de esa corte, en donde se expresa la parábola de Jesucristo sobre las nupcias y ornato de los convidados. El retablo de esta capilla no es de mala arquitectura, principalmente la urna y sus adornos, en donde está el cuerpo de san Diego. Me enseñaron el camarín y sus curiosidades; vi junto a una ventana cierta tablita, en la que estaba pintado san Jerónimo en hábito cardenalicio, con su bonete rojo, que, aunque es un disparate, la pintura era buena, al estilo de Durero.

Antonio Ponz, *Viaje de España*, Madrid, Ibarra, 1772-1780.

#### NOTAS

<sup>1</sup> Está dada la providencia, y publicada en 15 de abril de este mismo año de 1776, por mandado del señor don Andrés Gómez de la Vega, corregidor de Madrid, para la construcción de un puente sobre el arroyo de Torote y de un pontón sobre el de Camarmilla, con lo cual se quitará para siempre el riesgo en que tantos infelices pasajeros han perecido, providencia aplaudida de cuantos ya la ven ejecutar.

<sup>2</sup> Este arzobispo de Toledo vino a España, adonde le envió desde Francia Ugo, abad de Cluny, a petición de Alfonso VI. Fue abad del famoso monasterio de Sahagún, de donde le sacó el rey para el arzobispado de Toledo. En su tiempo se introdujo en España el Oficio romano, o galicano, y sucedió el milagro que cuentan de las llamas; de todo lo cual quedó resuelto que el toledano antiguo se usase en las seis iglesias mozárabes de Toledo, y el romano en todas las demás iglesias del reino. En este tiempo celebraron concilio en León el rey y don Bernardo con varios prelados y mandaron que

no se escribiese más en los caracteres llamados «góticos», y desde entonces se introdujo la escritura francesa. Este prelado, después de muy gloriosos hechos, murió en la Era de 1166.

<sup>3</sup> Don Francisco Solís, pintor erudito, como Palomino refiere en su *Vida*, tuvo una librería y estudio de pintura, que se estimó en seis mil ducados. Es desgracia que el libro que escribió de los eminentes españoles en las tres bellas artes, y que los retratos que para él mismo hacía grabar, se hayan perdido. En las obras de pintura seguía más su práctica y genio que el natural; pero esta práctica era graciosa y fundada en los estudios que del mismo natural había hecho. Fue de los profesores de quien se ven más obras. Tuvo por maestro a su padre, Juan Solís. Nació en Madrid, en donde falleció el año 1684, y de cincuenta y cinco de edad.

<sup>4</sup> Bartolomé Román, natural de Madrid, fue discípulo de Vicente Carducho, y después de Velázquez; lo fue suyo Carreño. Murió en Madrid, de sesenta años, en el de 1659.



## Aranjuez

*El Aranjuez de los Habsburgo fue transformado por los Borbones en una residencia estatal o residencia de príncipes (Residenzstadt) que reunió en un complejo, y según un plan coherente, un palacio, una ciudad, residencias anejas, jardines y una amplia propiedad que se extendía sobre todo al norte, a orillas del Tajo. Pedro Caro Idrogo (1715) y más tarde Santiago Bonavía (1745) reforman el Palacio y las estancias reales. Paralelamente, se transforman los jardines aumentando su decoración floral, construyendo puentes y nuevos pabellones y erigiendo puertas monumentales (Bonavía). Esteban Boutelou diseña un nuevo jardín de flores en el Jardín de la Isla con nuevos parterres y una fuente central. Finalmente, se abren vías radiales que desde el palacio partían hacia el este, donde se reedifica la iglesia de Alpajés.*

*Para muchos viajeros el Real Sitio de Aranjuez es lugar de paso obligado entre Madrid y Toledo, Andalucía o Valencia y, como tal, ocupa en sus relaciones de viaje un lugar secundario. Para los viajeros diplomáticos y cortesanos (Bourgoing), la presencia del rey y su séquito, la vida cortesana y las fiestas barrocas constituyen un reclamo irresistible, lo que les mueve a describir pormenorizadamente el Real Sitio. Los jardines, huertas y amenidades naturales por un lado y la arquitectura palaciega por otro atraen respectivamente a los viajeros naturalistas (Talbot Dillon) y a los viajeros artísticos (Ponz). Finalmente, la villa de Aranjuez, como realización urbanística típica de la ilustración carolina, sorprende a otros viajeros (Margarot) por su trazado regular, edificios en la trama y sistema de avenidas radiales de la ciudad que confluyen en el Palacio.*

## Arquitectura palaciega y vida cortesana

GABINETE ANTIGUO Y VESTIDOR DEL REY: JOHN TALBOT DILLON

Al ser el palacio un edificio antiguo con algunos añadidos, parece más un pabellón de caza, según el proyecto de Felipe II, que una residencia regia; tampoco hay nada especial que nos haga olvidar el gozo ante todos los objetos maravillosos de otros lugares. Las nuevas alas del palacio están terminadas; en una hay un teatro y en la otra una capilla. Parte del techo de la antigua fue decorada por Mengs, que ahora (1779) está en Roma pintando una Sagrada Familia para el altar mayor de la capilla.

En la habitación llamada *El Gabinete Antiguo* hay siete magníficos cuadros de Lucas Jordán, y otros seis en la de los Mayordomos; uno de ellos en especial es admirado universalmente. Se representa en él a un grupo de animales escuchando a Orfeo, y las bestias que parecen encantadas por la melodía de su lira. Los retratos del gran duque y duquesa de Toscana, de Mengs, están en un nuevo apartamento llamado *el Vestidor del Rey*. En la capilla, sobre el altar mayor, hay un magnífico lienzo de la Anunciación, de Tiziano, obsequiado por este pintor a Carlos V y traído desde el convento de Yuste tras la muerte del Emperador. El gabinete de Porcelanas, donde hay varias piezas grandes de la Fábrica Real, llama también la atención del viajero.

John Talbot Dillon, *Viajes a través de España*, Londres, G. Robinson, 1780.

EMPLAZAMIENTO GENERAL Y ORNATO DEL PALACIO: JEAN-FRANÇOIS DE BOURGOING

Los embellecimientos de Aranjuez son modernos. El primer monarca español que fijó allí su residencia durante algún tiempo fue Carlos V, que empezó a construir el palacio que hoy habitan sus sucesores. Fernando VI y Carlos III le añadieron un ala cada uno. Con esta nueva forma resulta no tanto una mansión regia como una bellísima Casa de Campo. El Tajo corre perpendicularmente a su fachada oriental, bordea su parterre y forma, casi bajo sus mismas ventanas, una cascada, de la que sale un pequeño brazo de río que está tan cerca del palacio que permite al Rey disfrutar desde su terraza de los placeres de la pesca. Este brazo vuelve luego a unirse con el caudal del río, formando así una isla deliciosa.

El palacio y los demás edificios de Aranjuez presentan una forma agradable, pero carecen de magnificencia. Durante el reinado de Carlos III, las habitaciones de los reyes no contenían muchos cuadros estimables, pero recientemente se han enriquecido con los despojos del Real



Sitio de san Ildefonso y ahora contienen más de cuatrocientos cuadros, entre los cuales hay algunos de Guido, Guercino, Lanfranc y Poussin. La capilla del castillo es nueva y de buen estilo: la escultura y los dorados están distribuidos con gusto y sin excesiva profusión, y algunos cuadros de Mengs contribuyen grandemente a su ornato.

Jean-François de Bourgoing, *Nuevo viaje de España*, París, Regnault, 1788.

#### DEPENDENCIAS DEL PALACIO Y CASA DEL LABRADOR: WILLIAM BECKFORD

El palacio ha sido terminado hace poco: los añadidos de Carlos III no encajan mal con el edificio original. Es una morada cómoda, aunque no espléndida, de paredes gruesas, ventanas alegremente vidriadas, de dos hojas, chimeneas bajas y bonitas en muchos apartamentos y pocos recuerdos de los Felipes ni apenas muebles que hagan pensar al visitante que allí vive una familia antigua. El estilo es frágil y moderno, entre italiano y francés. Hasta los cuadros son, por lo que se refiere a sus temas, estado de conservación, originalidad y firmas, una extraña mezcolanza que semeja la tienda de un marchante. Esto quizás se deba a que fueron coleccionados sin demasiado juicio por el rey actual cuando era príncipe de Asturias. Entre mucha basura vi una crucifixión de Mengs, no excesivamente expresiva, pero de fino colorido; el fondo y el cielo son sombríamente solemnes y producen una estupenda sensación de luz y sombra. El interior de una iglesia gótica, pintada por Peter Neef, es tan bello, claro y de un tono tan plateado, que me reconcilié (al menos por el momento) con este pintor, por lo general duro y rígido; las figuras son exquisitas, el estado de conservación perfecto, sin barnices ni retoque alguno.

Un grupo de doce cuadritos de gabinete pintados con gran ingenio e inspiración por Teniers, cuyos temas están tomados de la *Jerusalén Liberada*, dan la impresión, por la familiaridad de la ejecución, de que el pintor borracho trataba a esos personajes como a sus amigos de francachela. El palacio de Armida es un pequeño pabellón de verano; Armida misma, vestida como la mujer de un burgués holandés en día de fiesta, sostiene en la mano un espejo redondo que levanta para que se refleje en él el rostro rústico de Rinaldo. Las bellas náyades, confortablemente rechonchas, sonriendo provocativamente, están, por supuesto, desnudas, pero hay un montón de prendas y guardainfantes ostentadamente esparcidos junto a la orilla del agua; muy cerca hay una mesita con un mantel blanco y limpio cubierto de vasos de plata, carne fría y bandejitas de natillas y jaleas. Todos estos detalles vulgares están ejecutados con escrupulosa delicadeza.

Los apartamentos reales dan a varios oratorios. Uno, asignado al uso de la reina, está adornado con un altar muy costoso y al tiempo bello, sencillo, rico y majestuoso. Dos columnas corintias, de un bello mármol y púrpura, sostienen un frontón tan finamente pulido y ricamente moteado, que semejan la más perfecta ágata; los capiteles son de bronce espléndidamente dorado, como también el follaje de las ménsulas, que sostienen la losa que forma el altar. El diseño, los materiales y la factura son enteramente españoles y es un motivo más de orgullo para este país.

El oratorio del Rey es mucho mayor y no está mal diseñado, las proporciones son acertadas, unos veintiséis por veintidós pies y veinticuatro de altura, sin contar el nicho en que está el altar. Las paredes están completamente cubiertas de pinturas al fresco: una confusión majestuosa de santos, profetas, nubes y ángeles. Los lados del arco y todo el marco en que está encuadrado el altar están profusa y sólidamente dorados. A todo lo largo de las paredes corre un plinto de jaspe y un friso de unos tres pies de altura jaspeado de negro y pulido como un espejo y que refleja el brillo del oro, los colores de las pinturas y el mármol, mezclado todo ello en un relucir incandescente. El pavimento, también de varios mármoles españoles, es una obra mestra de la artesanía. Admiré sobre todo el colorido de marfil suave del blanco mármol, pero mi guía no lo consideró de particular alabanza, prefiriendo el mármol italiano; yo creo que en eso se equivocaba.

Este guía, un viejo criado gangoso del difunto Rey, no hacía más que hacer comentarios sobre los tiempos que corren. Una especie de piamontés que venía conmigo —creo recordar que era el dueño de la fonda donde me alojaba— señaló a un establo que estaba siendo construido y preguntó para quien iba a ser, si para el Rey o para el duque de Alcudía.

— Para los dos, sin duda —fue la respuesta—, porque lo que le sirve al uno le sirve también al otro.

En la tribuna real me informó, con un apenado encogerse de hombros, que el Rey, ¡gracias a Dios!, continuaba sus devociones con exacto y riguroso fervor, sin dejar de oír misa un solo día y con frecuencia pasando horas enteras sumido en meditación piadosa, pero que la Reina se mostraba escandalosamente tibia para con los asuntos de devoción y raro era el día en que se dejaba ver por las capillas, excepto cuando algún resto de etiqueta aún observada se lo exigía.

La capilla, rehecha según los diseños de Sabatini, un viejo arquitecto italiano que gozó de los favores de Carlos III, tiene mérito y es notable por lo bien que está distribuida la luz, lo cual produce un solemne efecto religioso. Los tres altares son nobles y las pinturas buenas. Una sobre todo, a la derecha, dedicada a san Antonio, atrajo inmediatamente mi atención por el fulgor de gloria que rodea al niño Jesús cuando desciende





a acariciar al santo arrodillado, cuya actitud y juvenil entusiasmo que refleja su rostro son sumamente expresivos. El colorido es cálido y armonioso y el pintor es Maella.

Pregunté por cierta notable estancia de este palacio, llamada en el plano *Salón de las Funciones* y corrientemente apellidada *el Coliseo*. Su techo ha sido pintado por Mengs y pasa por ser una de sus principales obras: allí es donde Fernando y Bárbara, los reyes más aficionados a la música que se conoce, solían unir sus éxtasis oyendo los gorjeos suaves de Farinelli y Egiziello, pero, ¡ay!, la escena de estos placeres, como los placeres mismos y las aves cantoras que los produjeron, han desaparecido. El verano pasado este gran apartamento teatral fue dividido en una serie de estancias pequeñas y mal hechas para acomodar al infante de Parma. No han tenido clemencia con el bellissimo techo. En algunos sitios se veían aún piernas y pliegues de cortinajes, pero los obreros estaban todavía dándole al martillo y al mortero, a gran velocidad, de modo que, dentro de pocos días, ya estaría todo cubierto de yeso.

Saliendo del palacio y observando lo desiertos y melancólicos que parecían los paseos, el jardín y las avenidas, me enteré de que, dentro de unas pocas semanas, tendría lugar un cambio general, pues se esperaba la llegada de la Corte para el seis de enero y su estancia duraría seis meses; con la Corte vendría el séquito habitual de placeres, enjambres de jugadores y rameras de todas las edades, categorías y tipos. Todas las barreras que Carlos III, de pía y casta memoria, intentó levantar contra las licenciosas inclinaciones de sus súbditos han sido echadas abajo, pues en el actual reinado se enseñorea la más completa libertad de conducta y estos bellos emparrados son teatro de la más repulsiva corrupción, en lugar de serlo de los elegantes y rurales placeres que merecen.

Paseando me vi junto a un enorme edificio recién construido para Alcudía, el favorito. La opinión popular le acusa de estar amueblado con más magnificencia que la residencia real, pero, como no entré en él, me contentaré con decir que la fachada delantera tiene diez y nueve ventanas y un portal sencillo adornado con bellas columnas de granito. Al lado hay una casa que pertenece a la duquesa de Osuna, llena de obreros, pintores y estucadores; un milanés de ojos saltones, vanidosísimo, está pintarrajeando las paredes con toda la fuerza y energía de que dispone. Es también arquitecto, o al menos tal es lo que él me dijo, y se atribuye el mérito, grande a su modo de ver, de haber diseñado un salón de baile con muchos festones, candelabros de cristal de Bohemia y toscos arabescos. El pavimento es de ladrillo y está cubierto con gruesas alfombras para bailar.

Yo tenía la esperanza de que esta necia costumbre de patear alfombras y esteras al ritmo vivo del bolero y el fandango estuviera en deca-

dencia. No hay música más estimulante que la música española y es una lástima que los españoles se nieguen a sí mismos el placer de saltar sobre un pavimento de tablas elásticas.

Me da pena la duquesa de Osuna, cuyo liberal deseo de proteger el arte merece ir dirigido a los mejores artistas. En cuestiones musicales ha tenido mejor suerte: la última vez que estuve en Madrid Boccherini era el director de su banda de música y aún recuerdo el arrobamiento con que oyó y aplaudió a la Galli, a quien una mañana envió un regalo que consistía en los más caros dijes, descuidadamente amontonados en una bandeja.

El día terminaba mientras yo me paseaba por la mansión de la duquesa, sorprendido de lo descuidado que estaba el mobiliario; ni uno solo de los muebles había sido quitado de su sitio habitual para que no los estropease el polvo, los andamios, la pintura, y, lo más dañino de todo, el aliento cargado de ajo de los obreros. La apatía más compleja parece invadirlo todo en la Península Ibérica. Si fuera una virtud no poner interés en lo que se come o en lo que se bebe, todos coincidiríamos en señalar que aquí se practica de maravilla. Lo mismo ocurre en Portugal y así parece que seguirá ocurriendo en el futuro en ambos países; y que el resto de Europa diga «amén», porque si estos países abrieran los ojos, se liberaran de sus ligaduras y se dedicaran al trabajo, no tardarían en sorprender a sus vecinos por su riqueza y vitalidad.

Muy cerca se levanta una gran mansión de ladrillo, recién edificada en el estilo español más ordinario y vulgar, a lo que con muy poca propiedad llaman la *Casa del Labrador*. No tiene nada de rural, ni siquiera un gallinero o una pocilga, pero la cocina es cómoda y agradable y a esta casa suele ir su Católica Majestad con frecuencia a cocinar, con sus propias y reales manos y para su propia y real tripa, criadillas, tortillas de ajo y otros platos sabrosos de la cocina nacional.

William Beckford, *Italia, con apuntes sobre España y Portugal*, Londres, Richard Bentley, 1834.

## Jardines

ARANJUEZ, *LOCUS AMOENUS*: GIUSEPPE BARETTI

En muchas partes he visto lugares deliciosos, pero ninguno tanto como el Palacio Real y el Jardín de Aranjuez. Un poeta diría que aquí Venus y el Amor consultaron a Catulo y Petrarca para construir una casa de campo a Psiche, Lesbia, o en honor de alguna infanta española.



Describir objetos materiales con la pluma, dando una idea exacta de jardines y casas, es algo completamente imposible. Sólo puede conseguirlo el lápiz del dibujante. Sin embargo, a través de lo que he dicho, espero que sea capaz de imaginar Aranjuez como uno de los lugares más amenos de Europa. En ninguna parte he visto un sitio tan agradable<sup>1</sup>. En el mundo hay personas con mala suerte a las que sólo les gusta su país. La condesa viajera francesa<sup>2</sup>, que los vio hace ochenta años, quedó encantada, y eso que entonces no era ni la mitad de hermoso de lo que lo es hoy.

Giuseppe Baretti, *Un viaje desde Londres hasta Génova atravesando Inglaterra, Portugal, España y Francia, Londres*, T. Davies y L. Davies, 1770.

#### VEGETACIÓN Y PLANTACIONES: WILLIAM BECKFORD

Por fin, después de un viaje pesado por una vasta comarca deprimente, sin apenas una casa o un arbusto ni casi una persona, bajamos por una cuesta empinada y, una vez más, me vi en el valle de Aranjuez. Las avenidas de sicómoros y álamos han crecido mucho desde la última vez que las vi. Los sicómoros de las orillas del Tajo se inclinan respetuosamente hacia las aguas: son árboles vigorosos y de mucho follaje, aunque sólo fueron plantados hace siete años, según me informó el jardinero.

Los olmos de Carlos V de la isla-jardín que está cerca del palacio están decayendo rápidamente. Fui a ver los nueve venerables troncos que están junto a una horrible ruina de ladrillos; el mayor mide entre cuarenta y cincuenta pies de diámetro y las raíces tienen formas fantásticas y pintorescas. Las fuentes, como los emparrados de que están cubiertas, parecen muy abandonadas: la Venus de Bronce, junto a la fuente que se llama de don Juan de Austria, ha perdido uno de los brazos.

A pesar de la estación desfavorable, con su acompañamiento de hojas secas y yerba mustia, este jardín histórico aún conservaba cierto encanto; el aire era suave y los rayos del sol cabrilleaban sobre el Tajo y muchos pájaros revoloteaban de rama en rama. Varias largas avenidas, flanqueadas por majestuosos olmos, cuyos troncos ásperos estaban entrecruzados de yedra y cuyas raíces grotescas avanzaban y retrocedían como venas por el grijo del paseo, me dieron una impresión curiosamente agradable.

Eran casi las once cuando una niebla espesa, que se había levantado de los bosquecillos y las aguas de Aranjuez, se dispersó. Aproveché la luz brillante del sol para salir a caballo a explorar las extremidades de la *calle de la Reina*. Casi todos los antiguos olmos que tiene esta noble avenida están calvos y muchos perdieron sus florecientes cabelleras

desde la última vez que estuve yo aquí, pero por todas partes se levantan innumerables plantaciones de robles, olmos, sicómosos y álamos, llenos del vigor y la pujanza de la juventud. Mucho sentí ver tanta, tantísima tierra cubierta de arbustos sin utilidad ni belleza alguna, paseos serpentinos y flores mediocres puntuando las herbosas orillas del Tajo.

El Rey, la Reina y el favorito son maniáticos de lo que ellos llaman introducir mejoras y están allanando terrenos, suavizando orillas y levantando roqueros artificiales con pagodas y barandillas chinas. Los sauces llorones, los cítisos y los arbustos de flores que hace siete años admiré tanto por su belleza y pujanza natural, están siendo recortados y torturados, dándoles lo que los jardineros suelen llamar «bellas formas». Incluso el curso del Tajo ha sido cambiado y parte de sus aguas desviadas a un amplio foso para formar una isla que es llana y pantanosa y está cubierta de arbustos exóticos, por hacer sitio a los cuales han sido cortados muchos venerables chopos

William Beckford, *Italia, con apuntes sobre España y Portugal*. Carta decimoséptima y Carta decimoctava, Diciembre de 1795. Londres, Richard Bentley, 1834.

## Naturaleza y terreno

### LAS AGUAS DEL TAJO: WILLIAM BOWLES

El tercio a lo menos de las tierras que hay en el camino de Aranjuez es de yeso, y en medio de esta materia hay bancales de pedernal, como sucede en las cercanías de Pinto. Y ya que he nombrado a Aranjuez, diré que los magníficos jardines, las huertas, las bellas calles de árboles, los prados, los sotos, cuanto hay de delicioso en aquel sitio, está cercado de colinas de yeso<sup>3</sup>. El Tajo corre por medio de ellas, y en su lecho hay piedras redondeadas no calizas, así como en los campos y prados del ámbito del valle, lo que demuestra que el río ha mudado de madre muchas veces. La primera vez que vi, hace veinte años, estas piedras redondeadas del Tajo, y las comparé con las que hay más abajo de Toledo, me hicieron concebir la idea que tengo formada de que los ríos no acarrear constantemente dichas piedras; que el redondearlas no proviene, como se ha creído hasta aquí, de la frotación de unas con otras por el acarreo de los ríos, sino que la acción del agua en los mismos ríos y estanques y que las lluvias y el tiempo bastan para gastar los ángulos de las piedras, como veremos en otro discurso. Yo miro esta observación, que debo a mi estancia en Aranjuez, como el más estimable descubri-



miento que he hecho en mi vida, porque es como una llave que abre la puerta de la verdadera teórica física de la tierra.

El agua del Tajo, cuando pasa entre las colinas que he dicho arriba, disuelve y arrastra las diferentes sales que la hacen mala para beber, guisar y lavar en Aranjuez; pero todas estas materias salinas desaparecen enteramente más abajo de Toledo, descomponiéndose antes de llegar allí, sin que quede vestigio de ellas.

No sería tal vez muy costoso construir algunas máquinas para purificar el agua en Aranjuez y hacerla potable, como se ha hecho, y ya hoy es público, en Inglaterra y en Francia con el agua del mar. Yo me acuerdo haber visto en París hace más de veinte años los primeros ensayos de esta operación en el laboratorio del célebre Mr. Rouelle, en presencia del excelentísimo Sr. Don Jaime Masones, embajador del Rey en aquella Corte, que hizo ejecutar a su costa estas experiencias, y envió a Madrid varias botellas del agua purificada, que después de mucho tiempo se conservó pura y fría. La purificación debería salir igualmente bien con el agua del Tajo que con la del mar, porque una y otra tienen sales disueltas; sólo que la del mar abunda más de sal común, y la de Aranjuez tiene muy poco de ella, y está más cargada que la otra de sal de Glauber, sal de Epsom y selenita.

William Bowles, *Introducción a la historia natural y a la geografía de España*, Madrid, Imprenta de Francisco Manuel de Mena, 1775.

## LA RIBERA DEL TAJO Y LA CAZA: WILLIAM BECKFORD

Lo mejor que podrían hacer es dejar a Aranjuez como está, pues la naturaleza ha prodigado sus dones con la mayor generosidad en este valle. Las colinas silvestres que lo encierran, aunque estériles, tienen formas pintorescas. El Tajo se retuerce aquí con audacia, fluyendo entre álamos curvos y árboles altísimos, ora va corroyendo empinadas orillas, desnudando rocas y formando irregulares nichos y grutas, ya fluye alegre por entre vastos bosques de álamos temblones, tamariscos y arbustos bajos. Aquí está bordeado por el más delicado césped, allá por menta y mil otras hierbas fragantes. Vi numerosos venados que retozaban entre aquella abundancia de pasto y libertad, grupos de caballos, algunos de un color crema claro, que saltaban entre alisos gigantes, y conté ciento ochenta vacas del más notable tamaño, en un prado verde, rumiando en paz y abundancia.

El elemento animal en Aranjuez parece gozar de todas las ventajas que emanan del buen gobierno. La raza es esmeradamente cuidada y no



se escatiman esfuerzos ni dinero para traer aquí a los mejores toros. Nunca he visto vacas tan bellamente moteadas ni tan bien cuidadas.

William Beckford, *Italia, con apuntes sobre España y Portugal*, Londres, Richard Bentley, 1834.

## La Villa: Maurice Margarot

Añadiremos que, cerca del Palacio de Aranjuez y frente a él, se ha construido una nueva ciudad del mismo nombre, que se utiliza como alojamiento para las embajadas extranjeras. Allí se instalan algunos oficiales de la corte y los comerciantes que la siguen, pues es costumbre que la sigan allí adonde vaya. Por ello, durante los cinco viajes anuales, puede verse una especie de comitiva ininterrumpida formada por comerciantes, artesanos, particulares, religiosos, jardineros y otras muchas gentes. La ciudad, sin ser grande, es hermosa. Tiene calles alineadas, anchas y muy cuidadas. Las casas son bajas, pero muy limpias y cómodas. También se ha construido una hermosa iglesia parroquial y otra de forma octagonal cerca del mercado, la cual es muy frecuentada los días de fiesta, pues allí se oficia la misa desde el alba hasta el ocaso. El mercado, que está formado por varios edificios sostenidos por pilastras cuadradas, está bien abastecido con variedad de productos de caza, pescados de agua dulce, carnes, aves de corral, hortalizas y legumbres de todas las clases.

Maurice Margarot, *Historia o relación de un viaje*, Londres, G. Bigg, 1780.

### NOTAS

<sup>1</sup> El Sr. Clark dice que el Palacio Real de Aranjuez es «un edificio aceptable», y el jardín «una simple planicie».

<sup>2</sup> Marie Catherine d'Aulnoy, cuya *Relation du Voyage en Espagne* (París, 1691), influye visiblemente en las relaciones viajeras del siglo XVIII.

<sup>3</sup> Estas colinas en unas partes tienen el yeso en la cima, sobre basa de piedra almendrilla y guijo; y en otras el yeso en la basa, y el guijo en la cima.

# Bibliografía

## Autores y obras de la presente antología

- ANÓNIMO: *Verdadera relación en que se refiere la feliz entrada que hizo el Rey nuestro señor don Felipe V en su Real Corte de Madrid el lunes 4 de octubre de este preferente año de 1706, el común aplauso con que fue recibido de sus leales vasallos; adorno de las calles y públicos festejos que se ejecutaron, en demostración de alegría, con luminarias generales y artificiales, fuegos y demás circunstancias que verá el curioso.* Con licencia, en Madrid, y por su original, en Sevilla, por Juan de la Puerta, en las siete Revueltas.
- ANÓNIMO: *État present d'Espagne, l'origine des Grands, avec un voyage d'Angleterre,* Villefranche, Etienne Le Vray, 1717.
- ARANDA, Conde de: *Dénonciation au public, du Voyage d'un soi-disant Figaro en Espagne, par le véritable Figaro, Currente flagello,* Londres, París, Chez Fournier, 1785.
- BAENA, Clemente Antonio de: *De Arcos a Roma en 1761, con anotaciones de M.,* Arcos, Tipografía de El Arcobricense, 1893.
- BARETTI, Giuseppe: *A Journey from London to Genoa through England, Portugal, Spain and France,* Londres, T. Davies y L. Davies, 1770.
- BECKFORD, William: *Italy; with sketches of Spain and Portugal. By the author of "Vathek".* Second Edition, Revised in two volumes. London, Richard Bentley. New Burlington street. Publisher in Ordinary to His Majesty, 1834.
- BOURCOING, Jean-François de: *Nouveau voyage de l'Espagne, ou Tableau de l'état actuel de cette monarchie; contenant les détails les plus récents sur la Constitution politique, les Tribunaux, l'Inquisition, les Forces de terre et de mer, le Commerce et les Manufactures.* París: Regnault, 1788.

- BOURGOING, Jean-François de: *Tableau de l'Espagne Moderne, corrigée et considérablement augmentée, á la suite des deux voyages faits récemment par l'Auteur en Espagne*, París, Devaux, 1797.
- BOWLES, William: *Introducción a la Historia Natural y a la Geografía Física de España, por don Guillermo Bowles*, Madrid, imprenta de D. Francisco Manuel de Mena, 1775.
- CABARRÚS, Francisco: *Elogio de Carlos III Rey de España y de las Indias, leído en la Junta General de la Real Sociedad Económica de Madrid de 25 de Julio de 1789 por el socio D. Francisco Cabarrús, del Consejo de S.M. en el de Hacienda*. En Madrid, por Antonio de Sancha, 1789.
- CASANOVA DI SEINGALT, Giacomo Girolamo: *Mémoires*, Leipzig, 1822-1888.
- CLARKE, Edward: *Letters concerning the Spanish Nation: Written at Madrid during the Years 1760 and 1761*. By the Rev. Edward Clarke. M.A...London: printed for T. Becket and P.A. De Hondt, 1763.
- CONCA, Antonio: *Descrizione odeporica della Spagna, in cui specialmente si dà notizia delle cose spettanti alle belle arti degne dell'attenzione del curioso viaggiatore; di Antonio Conca socio delle reali accademia fiorentina e de' Georgofili*. Parma, Stamperia reale, 1793-1794, vol. 1.
- CRUZ Y BAHAMONDE, Nicolás de la: *Viaje de España, Francia e Italia por D. Nicolás de la Cruz y Bahamonde, Conde Maule, Consiliario de la Real Academia de Bellas Artes de Cádiz*, en la imprenta de Manuel Bosch, año de MDCCCXII.
- FISCHER, Christian August Fischer: *Reise von Amsterdam über Madrid und Cadix nach Genua in den Jahren 1797 und 1798. Nebst einem Anhang über das Reisen in Spanien*. Berlín: Johann Friedrich Unger, 1799.
- FLEURIOT, Jean-Marie-Jérôme, Marqués de Langle: *Voyage de Figaro en Espagne*. Saint-Malo, 1784.
- GIGAS, Daniel Gotthilf Moldenhawer, *Un voyageur allemand-danois en Espagne sous le regne de Charles III*, en *Revue Hispanique*, 1927, t. 69. Según *Spanien omkring 1789. Kulturhistoriske fragmenter efter D.G. Moldenhawers Rejsedagboger*. Copenhagen, 1904.
- GUTIERREZ DE LA HACERA, Pascual Ramón: *Descripción general de la Europa y particular de sus Estados y cortes, especialmente de las ciudades, villas y pueblos más notables de España*, Madrid, Imprenta de Jospe Doblado, 1782.
- HOYO, Cristóbal del: *Carta del Marqués de S. Andrés y Vizconde de Buen Paso respondiendo a un amigo suyo lo que siente de la corte de Madrid*, 1745.
- IRIARTE, Tomás de: *Carta a Manuel Manca*, Ms. 12964 de la Biblioteca Nacional.





- LINK, Heinrich Friedrich: *Bemerkungen auf einer Reise durch Frankreich, Spanien und vorzüglich, Portugal, von D. Heinrich Friedrich Link, Professor zu Rostock...* Kiel: in der neuen Academischen Buchhandlung, in Commission Helmstadt und Braunschweig, bey C.G. Heckeisen, 1801.
- LÓPEZ, Tomás: *Descripción de la provincia de Madrid*, por Tomás Lopez, pensionista de S.M. y de la Real Academia de S. Fernando, Con Licencia, Madrid, por don Joachin Ibarra, calle de las Urosas. Año de 1763.
- MARGAROT, Maurice: *Histoire, ou Relation d'un Voyage, qui a duré près de cinq Ans; pendant lequel l'auteur a parcouru partie de l'Angleterre, la France, l'Espagne, le Portugal; tous les Etats d'Italie, la Sicilie et l'Isle de Malte....*A Londres: de l'Imprimerie de G. Bigg, Grafton-Street, Soho, 1780.
- MÉNDEZ, Francisco: *Noticias sobre la vida, escritos y viajes del Rmo. P. Mtro Fr. Enrique Flórez, de la Orden de san Agustín, por Fr. Francisco Méndez, religioso de la misma orden, con notas y adiciones de la Real Academia de la Historia*, Madrid, Imprenta de José Rodríguez, 1860.
- MENGS, Antonio Rafael: *Carta de don Antonio Rafael Mengs, primer pintor de Cámara de Su Majestad, a Antonio Ponz*, en Antonio Ponz, *Viaje de España*, Madrid, Ibarra, 1772-1780.
- MIRANDA, Francisco de: *Viajes, Diarios (1750-1785)*. Tomo I. Editorial Sur América. Caracas-Venezuela, 1929.
- PÖLLNITZ, Charles-Louis de: *Lettres et Mémoires du Baron de Pöllnitz contenant les observations qu'il a faites dans ses voyages et le caractère des personnes qui composent les principales cours de l'Europe*, Amsterdam, Chez François Changuion, 1737.
- PONZ, Antonio: *Viaje de España, en que se da noticia de las cosas más apreciables, y dignas de saberse, que hay en ella*. Madrid: Ibarra, 18 vol. in-8, 1772-1780. Segunda edición: 1776-1786. Tercera edición: 1787-1793.
- POTOCKI, Jan: *Le Manuscrit trouvé à Saragosse*, san Petesburgo, 1804-1805. La segunda edición lleva el título de *Avadoro, histoire espagnole* y la publicó el editor de París Gide Fils en 1813.
- ROUVRAY, Louis de, Duque de Saint-Simon: *Mémoires sur le règne de Louis XIV, et sur les premières époques des règnes suivants*. Marseille: Jean Mossy, 1778, 3 vols.
- SWINBURNE, Henry: *Travels through Spain, in the years 1775 and 1776. In which several monuments of Roman and Moorish architecture are illustrated by accurate drawings taken on the spot*. By Henry Swinburne. London: P. Elmsly, 1779.

- TALBOT DILLON , John: *Travels through Spain, with a view to illustrate the Natural History and Physical Geography of that Kingdom, in a series of letters including the most interesting subjects contained in the Memoirs of Don Guillermo Bowles and other Spanish writers interested with historical anecdotes*. London, Printed for G. Robinson, No 25, Paternoster-Row, and Pearson and Rollason, in Birmingham, 1780.
- TERESA DE MIER, Servando: *Memorias*, s. a., Madrid, Biblioteca América, Biblioteca Ayacucho, bajo la dirección de Don Rufino Blanco-Fombona, prólogo de Alfonso Reyes.
- TOWNSEND, Joseph: *A Journey through Spain in the years 1786 and 1787; with particular attention to the agriculture manufactures, commerce, population, taxes and revenue of that country; and remarks in passing through a part of France*, London, printed by C. Dilly in the poultry, 1791.
- UBILLA Y MEDINA: *Sucesión de el Rey D. Phelipe V. Nuestro Señor en la Corona de España; Diario de sus Viages desde Versalles a Madrid en que se ejecutó para su feliz casamiento; Jornada de Nápoles, a Milán, y a su exercito; sucessos de la campaña y su buelta a Madrid*, Madrid, Juan García Infanzón, Impresor de su Magestad en la Santa Cruzada, 1704.
- VAYRAC, M. L'Abbé: *État Present de l' Espagne ou l' on voit une geographie historique du pays. L' établissement de la Monarchie, ses revolutions, sa Décadence, son Retablissement et ses Accroissemens. Les prérogatives de la Couronne...Les Moeurs, les coùtumes et les usages des Espagnols...* Par M. L' Abbé de Vayrac, Amsterdam, Steenouwer, Uytwerf, 1719, 3 vols, in-12.

## Índice de ilustraciones

<i>Madrid, ciudad del arzobispado de Toledo y residencia del Rey Católico.</i> Pierre Aveline el Viejo (c.a 1656-1722). Cobre, aguafuerte. Museo Municipal de Madrid. ....	4
<i>El Halcón de la Casa de Fieras del Buen Retiro de Madrid.</i> Grabado de J. Talbot Dillon en <i>Viajes por España</i> , Londres, G. Robinson, 1780. ....	15
<i>Palacio Real de Madrid por la parte de poniente y Puerta de san Vicente.</i> Grabado de las vistas de Madrid de Esteban Boix. ....	38
<i>Jardines del Palacio Real: vista en perspectiva de la residencia de los embajadores en la Corte de España.</i> Anónimo. Cobre, talla dulce iluminada. Museo Municipal de Madrid .....	41
<i>Palacio de Buena Vista desde el Prado.</i> Grabado de las vistas de Madrid de Esteban Boix. ....	67
<i>El Palacio y los jardines del Buen Retiro.</i> Anónimo. Cobre, talla dulce. Museo Municipal de Madrid. ....	71
<i>Estatua de Carlos V en el Buen Retiro.</i> Grabado de <i>Nouveau Voyage en Espagne</i> de François de Bourgoing, París, 1788. ....	79
<i>Fachada de la Cárcel de Corte.</i> Grabado del <i>Viaje de España</i> de Antonio Ponz. Madrid. Ibarra, 1772-1780. ....	106
<i>Proyecto del Puente de Toledo sobre el río Manzanares.</i> ....	130

<i>Juramento de los Reinos Castilla y León a Felipe V en el convento de san Jerónimo el Real. Grabado de Ubilla y Medina, Sucesión de el Rey D. Phelipe V. Nuestro Señor en la Corona de España; Diario de sus Viajes desde Versalles a Madrid en que se ejecutó para su feliz casamiento; Jornada de Nápoles, a Milán, y a su ejército; sucesos de la campaña y su vuelta a Madrid, Madrid, Juan García Infanzón, Impresor de su Majestad en la Santa Cruzada, 1704. ....</i>	135
<i>Fachada de la Real Academia de Bellas Artes de san Fernando, 1789. ....</i>	213
<i>San Isidro labrador. Grabado de A. Guerrero. ....</i>	241
<i>Vista del Real Convento de la Visitación. Grabado de las vistas de Madrid de Esteban Boix. ....</i>	253
<i>Escena de baile y riña de majos madrileños. Dibujo anónimo del Museo Municipal de Madrid. ....</i>	295
<i>Vista de la Real Casa de Campo desde la ribera del río Manzanares. Grabado de las vistas de Madrid de Esteban Boix. ....</i>	322
<i>Palacio del Pardo visto por la parte poniente. Anónimo. ....</i>	325
<i>Monasterio de San Lorenzo del Escorial. En Andrés Ximénez, Descripción del Monasterio del Escorial, Madrid, A. Marín, 1764. ....</i>	342
<i>Palacio Real de Aranjuez (vista perspectiva). Cobre, talla dulce. Anónimo. Museo Municipal de Madrid. ....</i>	350

# Índice

<b>Presentación</b> .....	VII
<b>Introducción</b> .....	IX
<b>Descripciones generales</b> .....	1
Emplazamiento, calles y plazas: Nicolás de la Cruz y Bahamonde .....	1
Salubridad e higiene: Charles-Louis de Pöllnitz .....	2
Geología y clima: William Bowles .....	5
Naturaleza y cultura: John Talbot Dillon .....	12
Tópicos descriptivos: Pascual Ramón Gutiérrez de la Hacera .....	16
Arquitectura palaciega y establecimientos religiosos: Joseph Townsend .....	18
Mejoras urbanas bajo Carlos III: Antonio Conca .....	22
Urbanismo y arquitectura: Vayrac .....	25
Tortuosidad de las calles, malas edificaciones: Servando Teresa de Mier .....	27
Neoclasicismo académico versus «churriguerismo» castizo: Henry Swinburne .....	29
Urbanismo y clima: H.F. Link .....	31
<b>Paisaje urbano</b> .....	35
Arquitectura civil .....	35
Arquitectura palaciega, jardines y residencias reales .....	35
El Palacio Real .....	35
Emplazamiento y arquitectura: Vayrac .....	36
Interiores y jardines: Charles-Louis de Pöllnitz .....	37
Pinturas, biblioteca, Gabinete de Historia Natural: Francisco de Miranda .....	40

El arte de la pintura: Anton Rafael Mengs .....	44
Planos de la construcción: Henry Swinburne .....	48
Patio interior, Salón del Trono: William Beckford .....	49
Diseños arquitectónicos, pinturas del Salón de los Reinos, tapices: Antonio Conca .....	52
Estancias y apartamentos reales: Nicolás de la Cruz y Bahamonde .....	56
Armería Real: Henry Swinburne .....	63
Armería Real: Antonio Conca .....	63
Armería Real: Nicolás de la Cruz y Bahamonde .....	64
Palacio de la Duquesa de Berwick: William Beckford .....	65
Casa de los Duques de Liria y de Alba, colecciones particu- lares: Nicolás de la Cruz y Bahamonde .....	66
El Retiro .....	70
Palacio, Ermitas de san Antonio y san Pablo: Vayrac .....	70
El Palacio como residencia de los reyes: Charles-Louis de Pöllnitz .....	73
Decoración e interiores del Palacio: Francisco de Mi- randa .....	73
Palacio del Buen Retiro: William Beckford .....	77
Teatro y jardines: Henri Swinburne .....	78
Estatua ecuestre de Felipe IV: Antonio Ponz .....	80
Casón, teatro: Antonio Conca .....	83
Pinturas del Palacio: Nicolás de la Cruz y Bahamonde .....	88
Establecimientos científicos .....	93
Museo del Paseo del Prado: Nicolás de la Cruz y Bahamonde .....	93
Real Jardín Botánico: .....	95
Emplazamiento y extensión: Nicolás de la Cruz y Bahamonde .....	95
Especies vegetales y estado de los estudios botánicos: H. F. Link .....	97
Observatorio Astronómico: Nicolás de la Cruz y Bahamonde	98
Edificios públicos .....	100
Hospital General: Antonio Ponz .....	100
Real Aduana: Nicolás de la Cruz y Bahamonde .....	101
Casa de los Consejos: Nicolás de la Cruz y Bahamonde .....	102
Casa de la Villa: Nicolás de la Cruz y Bahamonde .....	102
Cárcel de Corte .....	103
Arquitectura: Vayrac .....	103
Fachada, portada: Nicolás de la Cruz y Bahamonde .....	104
Casa de Correos: Nicolás de la Cruz y Bahamonde .....	104

Teatro de la Cruz, del Príncipe y Caños del Peral: Nicolás de la Cruz y Bahamonde .....	105
Arquitectura industrial .....	107
Fábrica de Loza y Fábrica de mosaico: Nicolás de la Cruz y Bahamonde .....	107
Fábrica de Tapices: Nicolás de la Cruz y Bahamonde .....	108
Fábricas privadas: Nicolás de la Cruz y Bahamonde .....	109
Arquitectura religiosa .....	110
Iglesias de san isidro y de Nuestra Señora de Atocha: Vayrac .....	111
Iglesia de san Ginés: Francisco de Miranda .....	112
Iglesias de Madrid: Clemente Antonio de Baena .....	112
Iglesia de san Isidro: Nicolás de la Cruz y Bahamonde .....	113
Iglesia de Las Salesas: Nicolás de la Cruz y Bahamonde .....	114
Convento de Carmelitas Descalzos: Nicolás de la Cruz y Bahamonde .....	115
Iglesia de san Felipe El Real: Nicolás de la Cruz y Bahamonde .....	117
Iglesia de san Francisco: Nicolás de la Cruz y Bahamonde ...	117
Las Descalzas Reales: Nicolás de la Cruz y Bahamonde .....	118
Iglesia de la Merced Calzada: Nicolás de la Cruz y Bahamonde .....	118
Iglesia de las monjas de la Encarnación, iglesia de san Pascual: Nicolás de la Cruz y Bahamonde .....	119
Iglesias varias: Nicolás de la Cruz y Bahamonde .....	119
Urbanismo .....	120
Paseo de Recoletos, Paseo del Prado, Paseo de Atocha .....	120
Situación: Nicolás de la Cruz y Bahamonde .....	121
Trazado: Henry Swinburne .....	123
Paseantes y carruajes: William Beckford .....	123
Arbolado: Antonio Ponz .....	124
Puerta de Recoletos: Nicolás de la Cruz y Bahamonde .....	125
Puerta de Alcalá: Antonio Ponz .....	125
Puente de Segovia: Vayrac .....	127
Puente de Toledo: Nicolás de la Cruz y Bahamonde .....	128
Canal del Manzanares: Nicolás de la Cruz y Bahamonde .....	129
Canal del Manzanares: Antonio Ponz .....	131
<b>El Rey y la corte .....</b>	<b>133</b>
Felipe V: .....	133
Entrada pública de Felipe V en Madrid: Ubilla y Medina .....	133

Ceremonias de recibimiento de Felipe V en la Villa y Corte: Anónimo .....	142
Vida cotidiana de la familia real: Charles-Louis de Pöllnitz....	145
Semblanza del Rey y de la familia real: Louis de Rouvray, Duque de Saint-Simon .....	146
Carlos III: .....	150
Elogio y crítica de la Monarquía y del Despotismo Ilustrado: Francisco Cabarrús.....	150
Semblanza física y espiritual del rey: Edward Clarke .....	166
Psicología y gustos de Carlos III: Giuseppe Baretti .....	168
<b>Las instituciones</b> .....	171
Inquisición:.....	171
Diligencias del Santo Oficio en Madrid: Charles-Louis de Pöllnitz .....	171
Autos de Fe en la Plaza Mayor: Jean-Marie-Jérôme Fleuriot; Conde de Aranda .....	172
Instituciones penitenciarias: .....	174
La prisión del Buen Retiro: Giacomo Casanova .....	174
Cárceles de Madrid: Jean-Marie-Jérôme Fleuriot; Conde de Aranda .....	178
Régimen penitenciario: Servando Teresa de Mier .....	178
Instituciones militares: Jean-Marie-Jérôme Fleuriot; Conde de Aranda .....	188
Administración y gobierno: .....	189
Administración municipal en Madrid: Pascual Ramón Gutiérrez de la Hacería .....	189
Ministros del Rey, secretarías de Estado, consejos, audiencia y cortes: Servando Teresa de Mier .....	190
<b>Vida cultural</b> .....	197
Bibliotecas y lectura: .....	197
Biblioteca Real .....	197
Lectura pública en la Biblioteca Real: anónimo .....	198
Emplazamiento, arquitectura y fondos bibliográficos de la Biblioteca Real: Nicolás de la Cruz y Bahamonde.....	199
Biblioteca de san Isidro: Nicolás de la Cruz y Bahamonde .....	199
Las bibliotecas y estado de los estudios y las letras en Madrid: Daniel Gotthilf Moldenhawer .....	200
La traducción de libros: Servando Teresa de Mier .....	211
Reales Academias: .....	211



Real Academia de Bellas Artes de san Fernando: Nicolás de la Cruz y Bahamonde .....	211
Real Academia de la Lengua: .....	214
Fundación, finalidad y régimen: Nicolás de la Cruz y Bahamonde .....	214
Miembros y obra cultural: Servando Teresa de Mier .....	215
Real Academia de la Historia: Nicolás de la Cruz y Bahamonde .....	216
Museos y establecimientos científicos: .....	216
Gabinete de Historia natural .....	216
Fundación, ubicación y piezas de la colección: John Talbot Dillon .....	217
Objetos de la colección: Nicolás de la Cruz y Bahamonde ....	218
Objetos de la colección: Servando Teresa de Mier .....	221
Monetario: Nicolás de la Cruz y Bahamonde .....	222
Ingenieros cosmógrafos: Nicolás de la Cruz y Bahamonde .....	222
Prensa: .....	223
Periódicos de Madrid: Nicolás de la Cruz y Bahamonde .....	224
La Gaceta de Madrid y el Mercurio: Servando Teresa de Mier .....	225
<b>La historia de Madrid</b> .....	227
El Madrid árabe y cristiano : Tomás López .....	228
Fundación de Mantua Carpetana: Nicolás de la Cruz y Bahamonde .....	236
<b>Vida religiosa</b> .....	239
Ceremonias y festividades: .....	240
Observaciones sobre la ceremonia hecha en Madrid para la canonización de cuatro nuevos santos: anónimo .....	240
Procesiones de Semana Santa en el Retiro: Charles-Louis de Pöllnitz .....	243
Práctica religiosa: .....	245
Predicadores en las plazas: Jean-Marie-Jérôme Fleuriot; Conde de Aranda .....	245
Legados piadosos: Jean-Marie-Jérôme Fleuriot; Conde de Aranda .....	247
Santoral: Jean-Marie-Jérôme Fleuriot; Conde de Aranda .....	248
La Virgen: Jean-Marie-Jérôme Fleuriot; Conde de Aranda .....	249
Devotos: Jean-Marie-Jérôme Fleuriot; Conde de Aranda .....	250
Peregrinaciones: Jean-Marie-Jérôme Fleuriot; Conde de Aranda .....	250
Templos: Jean-Marie-Jérôme Fleuriot; Conde de Aranda .....	251

Religiosas: Jean-Marie-Jérôme Fleuriot; Conde de Aranda .....	251
Usos y costumbres religiosos: Joseph Townsend .....	252
Crítica ilustrada de prácticas religiosas: Servando Teresa de Mier .....	254
Organización administrativa eclesiástica: Pascual Ramón Gutiérrez de la Hacerá .....	258
<b>Costumbres y diversiones</b> .....	261
Espectáculos públicos: .....	261
Espectáculos teatrales en el Buen Retiro: Charles-Louis de Pöllnitz .....	261
Bailes en los Caños de Peral: Giacomo Casanova .....	262
Ritos taurinos: Jean-François de Bourgoing .....	272
Fiestas de toros en la Plaza Mayor: Edward Clarke .....	274
Vida teatral: Jan Potocki .....	279
Actores y actrices madrileños: Daniel Gotthilf Moldenhawer ..	286
Vida cotidiana y ocio: .....	288
Cortesanías: Jean-Marie-Jérôme Fleuriot; Conde de Aranda ....	288
Manera de recibir a los extranjeros: Jean-Marie-Jérôme Fleuriot; Conde de Aranda .....	288
Lugares de encuentro: Jean-Marie-Jérôme Fleuriot; Conde de Aranda .....	289
La siesta o meridiana: Jean-Marie-Jérôme Fleuriot; Conde de Aranda .....	290
Matrimonio: Jean-Marie-Jérôme Fleuriot; Conde de Aranda ...	291
Ocio y descanso: Joseph Townsend .....	292
Gritos de la ciudad: Christian August Fischer .....	292
Gastronomía: .....	297
Café: Jean-Marie-Jérôme Fleuriot; Conde de Aranda .....	297
Vino: Jean-Marie-Jérôme Fleuriot; Conde de Aranda .....	298
Miel: Jean-Marie-Jérôme Fleuriot; Conde de Aranda .....	298
Costumbres sociales: .....	299
Sátira de costumbres madrileñas: Cristóbal del Hoyo .....	299
Escenas cortesanías: Joseph Townsend .....	305
Relaciones sociales: Joseph Townsend .....	307
Usos amorosos: Joseph Townsend .....	308
Costumbres populares: Servando Teresa de Mier .....	311
<b>Las inmediateces</b> .....	317
Descripciones generales: .....	317
Geología y terreno: William Bowles .....	317
Alrededores de Madrid: Servando Teresa de Mier .....	319

Casa de Campo: .....	320
Casa de Recreo y jardines: Vayrac .....	320
Bellas Artes y naturaleza: Nicolás de la Cruz y Bahamonde ....	321
El Pardo: .....	323
Arquitectura e interiores del Palacio: Vayrac .....	323
Pinturas del Palacio: Nicolás de la Cruz y Bahamonde .....	323
El Paular, cueva de Regadillo: Padre Flórez.....	326
Reales Sitios: Nicolás de la Cruz y Bahamonde .....	328
Alameda de Osuna: Nicolás de la Cruz y Bahamonde .....	328
Buitrago, Colmenar, Miraflores, Bustarviejo, Horcajillo, Hontanar, Madrigal, Guadarrama: Padre Flórez .....	330
<b>El Escorial</b> .....	335
Geología y paisaje: William Bowles .....	335
Monasterio: .....	337
Basílica y Panteón de Reyes: William Beckford .....	337
Habitaciones de Felipe II: Louis de Rouvray, Duque de Saint- Simon. ....	344
La Biblioteca: Antonio Ponz .....	348
Leyenda negra y visión crítica: Servando Teresa de Mier .....	355
<b>Alcalá de Henares</b> .....	359
Descripciones generales: .....	359
Inmediaciones y arquitectura Complutense: Tomás de Iriarte ..	359
Alrededores: Antonio Ponz .....	361
Fama de Alcalá: Charles-Louis de Pöllnitz .....	362
Universidad, colegios mayores, iglesias: Antonio Ponz .....	363
<b>Aranjuez</b> .....	373
Arquitectura palaciega y vida cortesana: .....	374
Gabinete antiguo y Vestidor del Rey: John Talbot Dillon .....	374
Emplazamiento general y ornato del Palacio: Jean-François de Bourgoing .....	374
Dependencias del Palacio y Casa del Labrador: William Beckford .....	375
Jardines: .....	378
Aranjuez, <i>locus amoenus</i> : Giuseppe Baretto .....	378
Vegetación y plantaciones: William Beckford .....	379
Naturaleza y terreno: .....	380
Las aguas del Tajo: William Bowles .....	380
La ribera del Tajo y la caza: William Beckford .....	381
La Villa: Maurice Margarot .....	382

<b>Bibliografía</b> .....	383
<b>Índice de ilustraciones</b> .....	387







Este libro, *Madrid en la Prosa de Viaje II*,  
se acabó de imprimir en el mes de agosto  
de 1993, en la imprenta de la  
Comunidad de Madrid.



















## MADRID EN LA PROSA DE VIAJE II

En este segundo volumen de la serie "Madrid en la Prosa de viaje" y en un primer bloque de textos seleccionados, diplomáticos como Saint-Simon, Bourgoing o Clarke, políticos como Miranda, historiadores como Ponz, Conca y Cruz, naturalistas como Bowles, Talbot y Link describen con rigor profesional las transformaciones urbanas de la Villa y Corte y los Reales sitios bajo los reinados de Felipe V, Fernando VI, Carlos III y Carlos IV. Un segundo bloque de fragmentos de la presente antología, formado por los testimonios de viajeros curiosos o de simples turistas como Casanova, Moldenhawer, Baretti, Townsend, William Beckford y Fischer, recoge coloristas instantáneas de la vida cotidiana, cultura, diversiones y costumbres de los madrileños. De la lectura integradora de ambos grupos emerge la imagen de un Madrid ilustrado cuya huella ha permanecido hasta nuestros días en el paisaje urbano de la capital.

Comunidad de Madrid  
Consejería de Educación y Cultura

